BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 96

QUINTO CURCIO RUFO

HISTORIA DE ALEJANDRO MAGNO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
FRANCISCO PEJENAUTE RUBIO



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección latina: SEBASTIÁN MARINER BIGORRA.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JENARO COSTAS RODRÍGUEZ.

Depósito Legal: M. 20817-1986.

ISBN 84-249-1049-4.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1986. — 5956.

INTRODUCCIÓN

Datación del autor y de la obra

La datación de la *Historia de Alejandro Magno* y de su autor [1] es una de esas cuestiones —una más entre tantas— que la Antigüedad clásica ha dejado sumidas en la más completa oscuridad para que los filólogos agucen el ingenio tratando de buscarles una solución [2]. En el caso presente los antiguos guardan el más profundo silencio, hasta el punto de que no hay ni la más ligera alusión, directa o indirecta, ni al autor, ni a su patria, ni a su obra en toda la Antigüedad: una espesa nube de misterio rodea a Quinto Curcio y a su *Historia de Alejandro Magno*.

Por lo que se refiere a la fecha en que fue escrita la obra, sólo hay un dato, sacado de la propia obra de Cur-

[1] De entre los manuscritos más antiguos (uno del s. IX, el P, *Parisinus* 5716, media docena del s. X, etc.) unos ofrecen el nombre del autor completo: «Quinto Curcio Rufo»; otros sólo el *praenomen* y el *nomen:* «Quinto Curcio», como normalmente suele ser llamado a partir de época humanística.

[2] J. THÉRASSE, «Le moralisme de Justin (Trogue-Pompée) contre Alexandre le Grand. Son influence sur l'oeuvre de Quinte-Curce», *Ant. Class.* 37 (1968), 551-588, dice en nota 45 de pág. 559: «no hay cuestión más controvertida que la datación de Quinto Curcio».

cio (X 9, 1-6), que parece aludir a una determinada época[3]. Pero este dato, ofrecido por el propio autor, en vez de arrojar una luz definitiva sobre el misterio, lo que ha hecho ha sido (como suele suceder en casos parecidos) desatar la imaginación de los investigadores, con lo que se ha llegado a un número de interpretaciones bien diversas, encontrándonos lejos de saber a ciencia cierta en qué época fue efectivamente escrita la obra.

Veamos el texto en cuestión: después de contar Curcio las primeras discordias surgidas a la hora de nombrar un sucesor a Alejandro, y ante el panorama ensombrecido que se vislumbra (panorama que hace presagiar la inminencia de las guerras civiles), dice el autor: «Pero ya los hados acercaban al pueblo macedonio la guerra civil, pues eran muchos los que solicitaban el poder real, que es indivisible. Así pues, se comenzó por un violento choque de fuerzas; después se dispersaron y, al encontrarse el cuerpo del Estado abrumado con más cabezas que las que podía soportar[4], los restantes miembros comenzaron a flaquear y el imperio, que pudo mantenerse en pie bajo el mando de uno solo, se vino abajo al ser varios los que intentaban sostenerlo. Por eso, con todo derecho y con todo merecimiento el pueblo romano reconoce que debe la salvación a su príncipe, quien, como un nuevo astro, iluminó la noche que parecía que iba a ser la última. Fue,

[3] El otro pasaje que suele aducirse (IV 4, 21), que hace referencia a la prosperidad de Tiro bajo la tutela de Roma, y del que hablaremos más adelante, parece que hay que estimarlo como un simple «topos» retórico. Véase, por ejemplo, J. RUFUS FEARS, «The solar monarchy of Nero and the imperial panegyric of Q. Curtius Rufus», *Historia* 25, 4 (1976), 494-496, nota 2 y, del mismo autor, «Silius Italicus, *cataphracti* and the date of Q. Curtius Rufus», *Class. Philol.* 71 (1976), 214-223.

[4] Véase nota de la traducción 1003.

¡por Hércules!, la aparición de este astro y no la del sol la que devolvió la luz al mundo sumido en las tinieblas, cuando, privados de su cabeza, los miembros, en discordia, se echaron a temblar. ¡Cuántas teas apagó él entonces! ¡Cuántas espadas envainó! ¡Qué tormenta tan grande disipó, trayendo una súbita calma! Así pues, el imperio no sólo reverdece sino que incluso está floreciente. Si los dioses no se oponen, el reino actual lo proseguirá la descendencia de esta misma casa si no para siempre, al menos durante mucho tiempo».

Del texto parece que pueden desprenderse las siguientes deducciones: 1.ª, la obra está compuesta bajo el reinado de un emperador; 2.ª, éste llegó al trono en un momento crítico para Roma; 3.ª, el príncipe en cuestión trajo la luz a las tinieblas, apagó las teas incendiarias, envainó las espadas, evitando (la comparación con lo que ocurrió al Imperio de Alejandro no deja lugar a dudas) la guerra civil; 4.ª, Roma está floreciente y no tiene por qué temer el futuro pues el emperador aludido tiene una descendencia «de la misma casa», que garantiza la continuidad si no para siempre, sí al menos por mucho tiempo.

El pasaje, a pesar de todas sus precisiones retóricas (y tal vez debido a ellas precisamente) es de una ambigüedad exasperante y puede ser aplicado a numerosos emperadores. En efecto, emperadores que hayan llegado al trono en las condiciones que se especifican en el pasaje citado son muchos y así la lista de los mismos va desde Augusto hasta Teodosio, pasando por Calígula, Claudio, Nerón, Galba, Vespasiano, Nerva, Adriano, Septimio y Alejandro Severo, Gordiano III y Constantino. En estas condiciones no es extraño que hasta se haya llegado a pensar que la

obra ha podido ser escrita por un falsario de época medieval [5].

Ahora bien, el amplio lapso de tiempo que supone la lista de tales emperadores puede acortarse y precisarse teniendo en cuenta los términos *ante quem non* y *post quem non* entre los que debe encuadrarse la obra.

TÉRMINO «ANTE QUEM NON». — Dado que el pasaje habla de un *princeps*, no ha podido ser escrito con anterioridad a Augusto (27 a. C.-14 d. C.); pero, ¿no podría acercarse algo más este término al *post quem non?* Ya S. Dosson [6] hacía uso de un argumento que se remonta a Justo Lipsio y que, después, ha sido invocado por investigadores modernos [7]: en VII 1, 19 sigs. Curcio pone en boca de Amintas, acusado de complicidad con Filotas, un discurso

[5] S. DOSSON, *Étude sur Quinte-Curce, sa vie et son oeuvre,* París, 1887, llevó a cabo un estudio de los trabajos aparecidos hasta la publicación de su propia obra. D. KORZENIEWSKI, *Die Zeit des Quintus Curtius Rufus,* Colonia, 1959, pasó revista a los trabajos publicados hasta esa fecha. E. BADIAN, «Alexander the Great 1948-1967», *Class. World* 65 (1971), 37-56, 77-83, a los aparecidos entre las fechas indicadas. N. J. BURICH, *Alexander the Great: a Bibliography,* Kent, 1970, presenta una lista alfabética sin descender al análisis de la materia. Por el contrario, J. SEIBERT, *Alexander der Grosse,* Darmstadt, 1972, ofrece una crítica de obras por materias acerca del estado de la cuestión de toda la problemática en torno a Alejandro. J. COSTAS RODRÍGUEZ, *Aspectos del vocabulario de Q. Curtius Rufus: estudio semántico-lexicológico. Una contribución al problema de su datación,* Salamanca, 1980, ha trabajado sobre obras aparecidas con posterioridad a la de Korzeniewski, y nosotros, por nuestra parte, aludiremos a algún trabajo aparecido después del de Costas.

[6] *O. c.* en la nota anterior.

[7] Por ejemplo, H. BARDON, «Quinte-Curce», *Les Études class.* 15 (1947), 3-14; 120-137; 193-219, en pág. 7; H. J. ROSE, *A Handbook of Latin Literature,* Londres, 1967 (la 1.ª ed. es de 1936), pág. 386.

que es un eco fiel del pronunciado por el caballero romano M. Terencio, amigo de Sejano, acusado de tal amistad tras la caída en desgracia del valido de Tiberio, discurso que podemos leer en Tácito, *Ann.* VI 8 y en Dión Casio, LVIII 19, 3-4. Dando por hecho los defensores de esta teoría que el discurso de Amintas estaría inspirado en el de M. Terencio y puesto que éste fue pronunciado en el año 32 d. C., aquí tendríamos un término *ante quem non* de la composición de la obra de Curcio.

TÉRMINO «POST QUEM NON». — A la hora de tratar de descubrir argumentos de evidencia interna en la propia obra de Curcio para fijar este término, varias han sido las circunstancias que se han puesto de relieve:

a) *Las alusiones del autor a la prosperidad del imperio de los partos* en IV 12, 11; V 7, 9; 8, 1; VI 2, 12. Ahora bien, el imperio parto, gobernado por la dinastía de los Arsácidas, fue destruido en 226-227 por Ardashir, fundador de la monarquía persa Sasánida; luego éste sería un término *post quem non* para fijar la composición de la obra de Curcio y así ha venido tomándose desde que J. Mützel lo puso de relieve en la edición de nuestro autor [8], interpretación no aceptada, por ejemplo, por R. Pichon [9], aunque ha sido J. Rufus Fears quien, en fecha reciente [10], ha tratado con más empeño de invalidar la fuerza del argumento de Mützel. Según Fears, las referencias de Curcio al imperio parto no pueden constituir el término *post quem non* de la composición de la obra porque los autores de

[8] Berlín, 1841, pág. XLVII y sigs.

[9] *Rev. Philol.* 32 (1908), 210-214.

[10] En su trabajo «*Parthi* in Q. Curtius Rufus», *Hermes* 102, 4 (1974), 623-625.

los siglos III y IV utilizan los términos *Parthi* y *Persae* como intercambiables: Festo, Amiano Marcelino y los Panegiristas latinos usan estos términos como sinónimos y puede ser que Curcio los empleara así también o que los empleara la fuente manejada por este autor.

b) *La alusión a la prosperidad de Tiro* en IV 4, 21: «Así pues, tras sufrir muchas vicisitudes y renacida después de su destrucción, ahora, por fin, en medio de una dilatada paz que revivifica todas las cosas, Tiro descansa bajo la tutela bienhechora de Roma». Dado que una de las veces en que Tiro sufrió un saqueo y destrucción prácticamente totales fue en el año 193 d. C., llevados a cabo por Pescennio Níger, se ha pensado que en esta fecha tendríamos un seguro término *post quem non* para la datación de la obra. Pero, puesto que en el texto se habla de una «dilatada paz» que ha hecho resurgir la ciudad bajo la tutela bienhechora de Roma, apoyándose en este pasaje Niebuhr [11] había colocado a Curcio en el reinado de Septimio Severo (a. 193-211), quien concedió a Tiro los derechos de colonia, aunque McQueen [12] ha rechazado la posibilidad apuntada por Niebuhr ya que Tiro, como colonia, no podría ser descrita como «sub tutela Romanae mansuetudinis».

Ahora bien, la expresión «longa pax» es una simple alusión retórica: Tácito la emplea [13] en *Agrícola* XI 4; *Historias* I 67, 2; 88, 2; II 17, 1; IV 22, 1; V 16, 3; *Anales* XIII 35, 1; Juvenal, VI 292 y hasta el mismo Plinio el Viejo, muerto el año 79 d. C., que compuso su obra en gran parte en los turbulentos años 68-79, puede hablar,

[11] Véase J. RUFUS FEARS, «Silius Italicus...», pág. 200 (cit. en n. 3).

[12] «Quintus Curtius Rufus», en T. A. DOREY (ed.), *Latin Biography*, Nueva York, 1967, págs. 24-26, en pág. 24.

[13] Véase R. SYME, *Tacitus*, 2 vols., Oxford, 1958, vol. I, pág. 218, n. 6.

en *N.H.*, XXVII 1 (3) de la «immensa Romanae pacis maiestas».

Por todo ello, cada vez va imponiéndose con más fuerza la idea de que la referencia en Curcio a la prosperidad de Tiro no es más que un *topos* retórico, aplicado a la situación de la ciudad y con validez desde que, en el año 63 a. C., fue anexionada a Roma por Pompeyo.

c) *Las posibles conexiones entre Curcio y Silio Itálico.* Sabemos que Silio Itálico, el poeta neoclásico, murió en el año 101 d. C. Apoyándose en este dato, y creyendo encontrar conexiones entre este poeta y nuestro historiador (y, por supuesto, partiendo de la base de que en tales conexiones el imitado es Curcio y el imitador Silio), ha habido investigadores que han pretendido ver en la fecha de la muerte del autor de *Punica* un claro término *post quem non* para datar la *Historia de Alejandro Magno*.

Así, R. T. Bruère [14] estima que los dos pasajes de Silio citados en el título de su artículo (que se refieren, por un lado, al episodio en que Aníbal manda a su mujer y su hijo desde Hispania a Cartago para que estén más protegidos, y, por otro, a la visita que unos emisarios de Cartago hacen a Aníbal, en Trasimeno, para anunciarle que su hijo ha sido elegido en suerte para ser ofrendado en sacrificio) están inspirados en sendos pasajes de Curcio (IV 3, 20 y IV 3, 23-4), ambos referidos al asedio de Tiro.

Pero la problemática de la discutible imitación de Curcio por parte de Silio defendida por R. T. Bruère (y lo mismo habría que decir de la defendida, en los mismos términos, por K. Meyer [15], apoyándose en que la descripción que Silio hace del desierto de Libia y del santuario

[14] «Silius Italicus *Punica* 3.62-162 and 4.763-822», *Class. Philol.* 47 (1952), 219-227.

[15] *Silius und Lucan*, Würzburg, 1924, pág. 58.

de Júpiter-Amón, en III 654-65 y III 669-71, es una imitación de Curcio VII 4, 27 y IV 7, 22, respectivamente) se viene a sumar a los casos de posible imitación que, sugeridos por otros autores, relacionan a Curcio con Séneca o Lucano, por ejemplo. Cuestión en la que, aparte la dificultad de establecer objetivamente un caso de imitación, subsiste normalmente la duda (en el caso de Curcio nunca disipada) de qué autor imita a quién cuando se desconoce la época en que vivió uno de ellos o los dos; por lo que este argumento de la imitación de Curcio por parte de Silio Itálico parece que no tiene fuerza probatoria decisiva a la hora de fijar un término *post quem non* a la obra del primero.

Ahora bien, la mayor parte de los investigadores, dando por buena como término *post quem non* la fecha del año 226-227, han centrado su atención preferentemente en seis o siete emperadores que no siempre coinciden: según unos (así, haciéndose eco de otros muchos, R. D. Milns [16]), Augusto, Claudio, Galba, Vespasiano, Nerva y Septimio Severo; según otros [17], Augusto, Claudio, Nerón, Galba, Vespasiano, Septimio Severo y Alejandro Severo; un lapso de tiempo que iría desde el año 29 a. C. al 193 ó 222 d. C.

De entre los emperadores que quedan fuera de esos plazos y cuya candidatura ha sido defendida en alguna ocasión tenemos, por ejemplo, a Gordiano III y a Constantino con defensores de peso. El primero fue defendido por E. Gibbon [18], para quien a ningún emperador se le puede aplicar mejor el elogio de Curcio que a Gordiano III en

[16] «The date of Curtius Rufus and the *Historiae Alexandri*», *Latomus* 25, 3 (1966), 490-507.

[17] Véase J. Costas R., *Aspectos del vocabulario...*, págs. 17 sigs. (cit. en n. 5).

[18] *Decline and fall of the roman empire*, Londres-Nueva York, 1960, volumen I, cap. 7, pág. 184 y nota 1.

el momento de su advenimiento al trono en el año 238; según el gran historiador inglés del s. xviii, los que defienden la candidatura de los primeros emperadores tienen a su favor la pureza del estilo del escritor, pero no pueden justificar el silencio de Quintiliano en su cuidada lista de historiadores romanos. (Se refiere a *I.O.*, X 1, 101 sigs., aunque el mismo Quintiliano hace constar que su relación no es exhaustiva y en ella, por ejemplo, no aparecen autores como Catón, Varrón, Cornelio Nepote, etc.).

En cuanto a Constantino, su candidatura ha sido defendida por R. Pichon [19], basándose en la existencia en Curcio de cláusulas métricas que, en su opinión, no pudieron ser utilizadas por un historiador anterior al s. iv; sin embargo, en su *Histoire de la littérature latine* [20] dice simplemente que, aunque se ha colocado a Curcio bajo Augusto y otros emperadores hasta Teodosio, «la hipótesis más extendida es la que lo hace vivir bajo Claudio».

De entre los emperadores que, de Augusto a los Severos, pueden recibir, como destinatarios, los elogios de Curcio, los dos que más adhesiones han concitado son, indudablemente, Claudio y Vespasiano, pero también las candidaturas de otros han sido defendidas, y con ardor, por los investigadores.

Así Augusto (a. 27 a. C.-14 d. C.) por A. N. Zumpt [21], D. Korzeniewski [22] y W. W. Tarn [23]; Calígula (37-41) por

[19] «Le texte de Quinte-Curce et la prose métrique», *Revue Philol.* 30 (1906), 90-100 y «L'époque probable de Quinte-Curce», *id.* 32 (1908), 210 sigs. Información tomada de J. Vergés, *Q. Curcio Rufo. Historia de Alejandro Magno*, Libros III y IV, Barcelona-Zaragoza, 1951, «Introducción», pág. 15.

[20] París, 1908, pág. 473, n. 1.

[21] En su edición de Q. Curcio, Braunschweig, 1849.

[22] *Die Zeit...* (citada en n. 5).

[23] *Alexander the Great*, 2 vols., Cambridge, 1948-1950.

R. Zimmermann [24]; Nerón (54-68) por R. Verdière [25]; Galba (69) por R. D. Milns [26]; Trajano (98-117) por A. Ruegg [27]; Adriano (117-138) por A. von Domaszewski [28]; Septimio Severo (193-211) por R. B. Steele [29] y F. Altheim [30]; Alejandro Severo (222-235) por E. Griset [31].

Pero son los emperadores Claudio y Vespasiano los que más adhesiones han concitado a su favor; la candidatura del primero ha tenido defensores en todas las épocas; la del segundo, aunque nunca le han faltado partidarios, es recientemente cuando parece gozar de más favor. Juntas, ambas interpretaciones vendrían a colocar la composición de la obra en los 40 años centrales de s. I d. C.

Entre los defensores de la candidatura de Claudio (41-54) podemos citar a S. Dosson [32], P. W. Schwartz [33], F. Wilhelm [34], L. Herrmann [35], M. Schanz-C. Hosius [36], H. Bardon [37], I. Lana [38], G. V. Sumner [39], Cl. Wehrli [40], J. C. Rolfe [41], G. M. Lee [42], G. Baraldi [43], J. Thérasse [44], E. Cizek [45], J. E. Atkinson [46], A. Giacone [47], etc.

[24] «Die Zeit des Geschichtsschreibers Curtius Rufus», *Rheinisch. Museum,* 1930, 381-390.

[25] «Quinte-Curce, écrivain néronien», *Wiener Studien* 79 (1966) (= *Donum natalicium A. Lesky*), 490-509.

[26] «The date ...» (cit. en nota 16).

[27] *Beiträge zur Erforschung der Quellenverhältnisse in der Alexandergeschichte des Curtius,* Basilea, 1906.

[28] «Die Phalangen Alexanders und Caesars Legionen», *Sitzungs. Heidelb. Akadem. Wissensch.* 1925-1926, 1. Abh., Heidelberg, 1926, 15-24.

[29] «Quintus Curtius Rufus», *Am. Journ. Philol.* 36 (1915), 402-423.

[30] *Literatur und Gesellschaft im ausgehenden Altertum,* I, Halle, 1948, páginas 153-164, y *Röm. Religionsgeschichte,* II, Baden-Baden, 1953, página 302.

[31] «Per la interpretazione di Curzio Rufo X 9, 1-6 e la datazione dell'opera», *Riv. Studi Class.* 12 (1964), 160-164.

[32] *Étude* ... (cit. en n. 5) y en su «Notice sur Quinte-Curce» de su edición de Curcio para la «Librairie Hachette», *Q. Curtii Rufi Historiarum Alexandri Magni Macedonis libri superstites,* París, [s.a].

[33] *Realencyclopädie,* IV 2 (1901), *s.v.* «Curtius» n.° 31. La cuestión que aquí nos interesa está tratada en la columna n.° 1872.

[34] *Curtius und der jüngere Seneca,* Paderborn, 1928.

[35] «La date de l'*Histoire* de Quinte Curce», *Rev. Étud. Ancien.* 31 (1929), 217-224.

[36] *Geschichte der Römischen Literatur,* II, 4.ª ed., Munich, 1967. Por lo general, los manuales de *Historia de la Literatura latina* suelen ser partidarios de la candidatura de Claudio; por ejemplo, entre los más asequibles, A. Rostagni, II, 3.ª ed. revisada y ampliada por I. Lana, Turín, 1964; E. Paratore, Florencia, 1962; L. Bieler, Madrid, 1965; J. Bayet, Barcelona, 1966; V. Paladini, E. Castorina, Bolonia, 1969; etc.

[37] «Quinte-Curce» (cit. en nota 7), reafirmándose taxativamente en su edición de Curcio: *Quinte-Curce, Histoires,* París («Les Belles Lettres») 1947, en la «Introduction», pág. VII.

[38] «Dell'epoca in cui visse Curzio Rufo», *Riv. Filol. Class.* 27 (1949), 48-70.

[39] «Curtius Rufus and the *Historiae Alexandri*», *Journ. Austral. Univ. Lang. and Liter. Associat.* 15 (1961), 30-39.

[40] «La place de Trogue-Pompée et de Q.-Curce dans l'historiographie romaine». Compte rendu de recherches, *Rev. étud. lat.* 39 (1961), 65.

[41] Edición de Curcio: *Quintus Curtius,* Londres (col. «Loeb»), 1962, en la «Introduction», págs. XX-XXI.

[42] «Varia Graeca et Latina», *Meander* 22 (1967), 57-59. El autor se apoya, para defender la candidatura de Claudio, en la comparación entre Curcio VIII 9, 19 y Columela, *De re rustica,* VIII 19.

[43] Edición de Curcio: *Q. Curzio Rufo, Storia di Alessandro Magno,* Bolonia, 1968, en la «Introduzione», pág. XII, n. 1.

[44] «Le moralisme de Justin...» (cit. en n. 2), pág. 559, n. 45.

[45] *L'époque de Néron et les controverses idéologiques,* Leiden, 1972. El autor piensa (n. 3 de págs. 274-5) que la obra entera de Curcio y no algún pasaje suelto pertenece al «nuevo estilo» y estaría escrita bajo Calígula y los primeros años de Claudio, aunque no se descarta la posibilidad de que lo fuera bajo Nerón.

[46] «The Curtii Rufi again», *Acta Classica* 16 (1973), 129-133.

[47] Edición de Curcio: *Storie di Alessandro Magno di Quinto Curzio*

Se han inclinado por Vespasiano (69-79), por ejemplo, entre los modernos, J. Stroux [48], H. J. Rose [49], H. U. Instinsky [50], A. D. Leeman [51], G. S. Scheda [52], H. Grassl [53], J. Costas Rodríguez [54], A. Grilli [55], etc.

En cuanto a los argumentos que en un caso y otro se han esgrimido, hay que hacer observar que en la mayor parte son comunes a todos ellos los hechos en los que se apoyan (como no podía ser menos, dado que todos giran en torno al ya mencionado pasaje de Curcio), siendo distintas en cada caso las interpretaciones de los mismos.

1. Interpretación de la noche. — Si el argumento tiene algún valor para cualquiera de las dos interpretaciones tiene que ser sobre la base de tomar la noche en sentido material y físico, ya que si se toma la noche en sentido metafórico el pasaje de Curcio sirve para cualquiera de los emperadores citados al principio de esta «Introducción». Los defensores de la candidatura de Claudio piensan que Curcio se refiere a la noche del 24 al 25 de enero del año 41, que siguió al asesinato de Calígula: el senado se había apoderado del Foro y del Capitolio para, según Suetonio [56],

Rufo, con un «Appendice» de Oscar Botto, Turín, 1977, en la «Introduzione», pág. 10 y sigs.

[48] «Die Zeit der Curtius», *Philologus* 84 (1928) 233-251.

[49] *A Handbook* ... (cit. en n. 7).

[50] «Zur Kontroverse um die Datierung des Curtius Rufus», *Hermes* 90 (1962), 379-383.

[51] *Orationis ratio. The stylistic theories and practice of the roman orators, historians and philosophers*, 2 vols., Amsterdam, 1963.

[52] «Zur Datierung des Curtius Rufus», *Historia* 18 (1969), 380-383.

[53] «Zur Datierung von Curtius Rufus», *Philologus* 118 (1974), 160-163.

[54] *Aspectos del vocabulario*... (cit. en n. 5).

[55] «Il 'saeculum' di Curzio Rufo», *La Parola del Pass.* 1976, 215-223.

[56] *Claudio* 10.

«restablecer la antigua libertad», esto es, la República, que, para Curcio, es sinónimo de anarquía y lucha civil ya que —como dice en el pasaje en cuestión— «el poder real... es indivisible». Es en la mañana del día 25 cuando el senado se decide a aproximarse a Claudio, que ha pasado la noche en el campamento de los pretorianos, por lo que, dice Herrmann [57], «il est rigoureusement exact de dire que l'astre salutaire du nouvel empereur s'est levé dans la nuit qui fut presque la dernière de l'Empire».

Por su parte los defensores de la candidatura de Vespasiano piensan o bien en la noche de la batalla de Cremona en la que el ejército de Vitelio fue derrotado por el ejército de Vespasiano y la ciudad fue destruida o, mejor, en la noche que siguió al incendio del Capitolio por los vitelianos (octubre del 69), incendio calificado por Tácito [58] como «el acontecimiento más luctuoso y más execrable padecido por el pueblo romano desde la fundación de Roma». Estos investigadores aluden también —tomándolas igualmente en sentido material— a las teas incendiarias del pasaje de Curcio que vendrían a sumarse al incendio del Capitolio en la noche fatídica (aunque Vespasiano llegó demasiado tarde a Roma como para apagar el incendio).

2. Alusión a las guerras civiles. — Los que ven en el texto de Curcio una alusión a Vespasiano insisten en que este emperador llegó al trono después de una serie de contiendas civiles que jalonaron la marcha del año 69, pero —contestan los defensores de Claudio— el texto de Curcio lo que dice es que el advenimiento del nuevo empe-

[57] «La date...» (cit. en n. 35), donde rebate los argumentos de los partidarios de la candidatura de Vespasiano, aplicando los hechos propuestos por éstos a la defensa de la candidatura de Claudio.

[58] *Historias* III 72, 1.

rador e v i t ó unos males que muy bien pueden interpretarse como una guerra civil.

3. Referencia a la descendencia del emperador. — Los defensores de Vespasiano interpretan el texto («el reino actual lo proseguirá la descendencia de esta misma casa») en el sentido de que, desde la muerte de Nerón, ocurrida en junio del 68, los emperadores que se fueron sucediendo hasta llegar a Vespasiano (Galba, Otón, Vitelio y el mismo Vespasiano) no lo hicieron amparados en una legitimidad dinástica, sino por razones de fuerza, ajenas a la normal sucesión al imperio implantada por Augusto y en vigor hasta Nerón. Ahora bien, Vespasiano tiene unos hijos que hacen presagiar una continuidad en el mando (y que efectivamente le sucedieron: Tito del 79 al 81 y Domiciano del 81 al 96) sin salir tal mando de «la misma familia»; pero L. Herrmann [59] ha hecho notar que la interpretación correcta es que la posteridad que va a suceder al emperador en cuestión es la posteridad que pertenece a la misma familia que gobernaba antes de la famosa noche, es decir, a la familia de los Julio-Claudios: en efecto, antes de tres semanas después de la noche del 24-25 de enero del 41, Mesalina, esposa de Claudio, dio a luz un hijo, Británico, que sería en quien pensaría Curcio al escribir este pasaje.

4. El juego de palabras «cālīganti» / «Caligula». — Según Curcio, el emperador en cuestión y no el sol fue quien trajo la luz al mundo sumido en las tinieblas, y en la expresión de Curcio (*«huius, hercule, non solis ortus lucem caliganti reddidit mundo»)* se ha querido ver un juego de palabras entre *caliganti* = 'sumido en las tinie-

[59] «La date...», págs. 219-220 (cit. en n. 35).

blas' y *Calígula,* el emperador al que vino a sustituir Claudio. El primero que hizo valer tal juego de palabras fue, al parecer, F. Schulten, en su Tesis, aparecida en Bonn, en 1872, sobre Séneca [60]. La existencia de tal juego de palabras es negada por todos los defensores de la tesis vespasianista, unos (así, A. D. Leeman) apoyándose en el hecho de que Calígula era conocido en la Antigüedad por *Gaius;* otros (en seguimiento de J. Stroux) sobre la base de que la cantidad que presentan ambas palabras es distinta. Pero a estos últimos se debe contestar que la diferencia de cantidad no es óbice de ninguna manera para que se dé un auténtico juego de palabras; es más, lo normal es que en tales juegos se dé una similitud fonética o fonológica pero nada más: con ello basta y sobra [61].

[60] Dato tomado de H. Bardon, «Quinte-Curce» (cit. en n. 7), pág. 6.

[61] Un juego de palabras se ha visto también en un texto de Pomponio Mela (autor que a veces se ha puesto en relación con Curcio para situar la obra de éste en una determinada época). Se trata de III 49: «quippe tamdiu '*clausam*' (sc. 'Britanniam') aperit ecce principum maximus, nec indomitarum modo ante se uerum ignotarum quoque gentium uictor, propriarum rerum fidem ut bello affectauit, ita triumpho declaraturus portat», texto que se ha presentado a veces para datar la obra de Mela en tiempo de Claudio (basándose en el juego de palabras *clausam / Claudius*), triunfador de la Britannia y que celebra el triunfo en el 44. (El editor de Mela en la col. Teubner, K. Frick, *Pomponii Melae de chorographia libri tres,* 1.ª ed., 1880; ed. revisada y ampliada, Stuttgart, 1968, en su «Praefatio» asegura que la obra está compuesta en 40-41, durante el reinado de Calígula, cuyo triunfo sobre Britannia se celebra en el texto). Si la obra de Mela perteneciera al reinado de Claudio, las similitudes de pasajes entre este escritor y Curcio (que han sido puestas de relieve, por ejemplo, por P. Parroni, en su reseña crítica de la edición de Curcio por A. Giacone, *Riv. Filol. e Istruz. Class.* 106, 4 (1978), 444-446) servirían para, partiendo de la idea de que es el historiador quien habría leído con atención al geógrafo, fijar la obra de aquél en el reinado de Calígula o primeros años del de Claudio.

5. Las circunstancias descritas por Curcio se corresponden exactamente con los relatos de otros autores al narrar el advenimiento de Claudio. — Así, por ejemplo, con los de Suetonio [62], Dión Casio [63], Flavio Josefo [64] y Séneca [65]. En un argumento de este tipo se ha apoyado, por ejemplo, G. Baraldi [66] para defender la candidatura de Claudio.

6. Similitud de algunas expresiones de Curcio con las de otros escritores. — Los defensores de Claudio se han fijado en que algunas expresiones de Curcio se parecen extraordinariamente a algunas, por ejemplo, de Séneca, y, dando por hecho que —una vez más— Curcio es el imitado (cuando parecería lógico que fuera al revés, que un escritor ya famoso en vida lo fuera por un escritor que no ejerce verdadera influencia hasta bien entrada la Edad Media), estiman que el emperador aludido no puede ser Vespasiano (Séneca murió el 65) y muy bien podría ser Claudio. He aquí algunos ejemplos que suelen citarse: Séneca [67] refiere un episodio de la vida de Alejandro utilizando una expresión *(«omnes, inquit, iurant esse me Iouis filium, sed uulnus hoc hominem esse me clamat»)* muy similar a la utilizada por Curcio [68] *(«ceterum... dixisse fertur se quidem Iouis filium dici, sed corporis aegri uitia sentire»).* En otra carta del filósofo [69] leemos una frase que

[62] *Calígula* 58; *Claudio* 10.
[63] *Historia romana* LX 1 y 3.
[64] *Antigüedades judaicas* XIX 1.
[65] *A Polibio* XIII.
[66] Lugar cit. en n. 43.
[67] *Cartas a Lucilio* LIX 12.
[68] VIII 10, 29.
[69] LVI 9.

es un calco de otra igual de Curcio [70]: *«nihil tam certum est quam otii uitia negotio discuti»* y *«otii uitia negotio discuti»* (aunque tal vez se trate de un proverbio). En otro pasaje [71] Séneca saluda la llegada de Claudio al trono con palabras que recuerdan mucho las de Curcio en el tantas veces citado pasaje de X 9, como se ha indicado en nota n.° 65: *«Sidus hoc, quod praecipitato in profundum et demerso in tenebras orbi refulsit, semper luceat».* Es verdad que para muchos autores aquí no hay más que un tema retórico banal [72], pero son muchos también los que piensan que hay una indudable influencia de Curcio; así, L. Herrmann [73], después de analizar ambos textos, dice: «Le fait que, pour flatter Claude, Sénèque retombe sur *la même métaphore d'origine dramatique* que Quinte-Curce, s'explique fort bien si Quinte-Curce s'était déjà servi de cette métaphore pour flatter Claude» (subrayado en el original).

Pero también los defensores de la candidatura de Vespasiano tienen textos de autores que poner en relación con Curcio. H. U. Instinsky [74] viene a defender la candidatura del emperador Flavio apoyándose en la similitud de la terminología empleada por Curcio a la hora de ensalzar al *princeps* y de ciertas expresiones de Plinio el Viejo. Por su parte, A. Grilli [75] pone en relación, a la hora de defender la candidatura de Vespasiano, el *corpus* de Curcio [76]

[70] VII 1, 4.
[71] *A Polibio* XIII 1.
[72] Véase J. Rufus Fears, «The solar monarchy...» (cit. en n. 3).
[73] «La date...», pág. 223 (cit. en n. 35).
[74] «Zur Kontroverse...» (cit. en n. 50).
[75] «Il 'saeculum'...» (cit. en n. 55).
[76] X 9, 2, «primum ergo collisere uires; deinde disperserunt: et cum pluribus *'corpus'* quam capiebat (capitibus) onerassent, cetera *'membra'* deficere coeperunt»; y, en el párrafo 4, «huius, hercule, non solis ortus

con la misma imagen empleada por Galba cuando, al adoptar a Pisón como hijo y sucesor suyo, la saca a relucir, entre otras muchas cosas, como recuerda Tácito [77].

7. Argumento sacado del vocabulario. — El argumento basado en las características del vocabulario de Curcio para llegar a fechar al autor ha sido desarrollado ampliamente por J. Costas Rodríguez en su Tesis Doctoral ya citada. Del «Extracto» de la Tesis (22 páginas con «Bibliografía» selecta al final) se saca la conclusión de que uno de los logros más interesantes del trabajo en cuestión ha sido, sirviéndose de las ventajas de una computadora, haber conseguido aislar unas 340 palabras de Curcio que no aparecen en T. Livio (dato significativo si se tiene presente la extensión del vocabulario de Livio comparado con el de Curcio —ya desde S. Dosson sabemos que éste no sobrepasa las 3.850 palabras—). Pues bien, el autor ha hecho un recuento de esas palabras en nueve escritores de épocas diversas (Silio Itálico, Valerio Flaco, Estacio, Plinio el Viejo, Quintiliano, Séneca, Lucano, Cicerón y Virgilio) y ha podido comprobar que un gran porcentaje de esas palabras aparece en autores que, fechando a Curcio en época de Vespasiano, serían más o menos contemporáneos suyos: entre los poetas encontramos en Silio Itálico un 41,17 por ciento; en Valerio Flaco un 26,17 y en Estacio un 44,11. Los porcentajes aumentan bastante en los prosistas: en Quintiliano un 44,11 por ciento y en Plinio el Viejo un 57,64 [78]. Ahora bien, los trabajos de esta índole son difícilmente probatorios a la hora de querer utilizarlos para datar a un escritor, máxime cuando —como es aquí el caso— los puntos cronológicos en litigio están separados por un lapso de tiempo tan exiguo como el que va del advenimiento de Claudio (año 41) al de Vespasiano (año 69). (Temor que comparte el mismo autor de la Tesis cuando dice: «reconocemos, sin embargo, el carácter discutible y relativo de los trabajos de este tipo»).

lucem caliganti reddidit mundo, cum sine suo *'capite'* discordia *'membra'* trepidarent». (El subrayado es nuestro.)

[77] *Historias* I 16, 1.

[78] J. Costas Rodríguez, *Aspectos del vocabulario...*, págs. 193 sigs. (citado en n. 5).

8. Argumento sacado de la finalidad de la obra. — Algunos de los defensores de la candidatura de Claudio piensan que la obra habría sido compuesta para poder criticar a Calígula sin correr riesgo. En el fondo, éste es el argumento esgrimido ya en 1949 por Lana [79]: es indudable que la postura de Curcio ante Alejandro es, como diremos al hablar de sus fuentes, titubeante: por un lado, se siente atraído por el personaje de un modo intenso y, en este sentido, refleja que parte de sus fuentes han sido claramente laudatorias; por otro, siguiendo una tradición romana claramente perceptible en el *excursus* de T. Livio IX 17, 1, se muestra hostil al conquistador. Precisamente a Calígula (predecesor de Claudio en el trono), deseoso de orientalizar el imperio, le gustaba presentarse como un nuevo Alejandro: solía exhibir por las calles de Roma un rehén parto llamado «Darío» [80]; la muerte le sorprende cuando había resuelto emigrar a Alejandría [81]; con frecuencia se revestía de la coraza de Alejandro que había hecho extraer de la tumba del Macedonio [82]. Al criticar Curcio la

[79] «Dell'epoca in cui visse...» (cit. en n. 38).

[80] Suetonio, *Calígula* 19.

[81] *Ibid.*, 49.

[82] *Ibid.*, 22.

tendencia orientalizante y despótica de Alejandro, estaría criticando la misma tendencia de Calígula [83]. Esta opinión vendría a coincidir, en épocas más recientes, con la de G. V. Sumner [84], según el cual, aun aceptando la teoría del «retrato peripatético» de Tarn (del que hablaremos a continuación), la finalidad primordial de la obra de Curcio era, como en el caso de Lana, poder atacar a Calígula impunemente, poniendo en evidencia el deterioro progresivo

[83] En realidad el interés de Calígula por asemejarse de alguna manera a Alejandro está en la línea de la actitud generalizada de la mayor parte de los emperadores hacia el Macedonio (véase, sobre este particular, J. Rufus Fears, «The stoic view of the career and character of Alexander the Great», *Philologus* 118, 1 (1974), 113-130, pág. 127 y n. 90, y G. Wirth, «Alexander und Rom», págs. 181-221 de *Alexandre le Grand (Image et réalité)*. Entretiens Hardt sur l'Antiquité classique, XXII, Ginebra, 1976: Julio César se consideraba a sí mismo *aemulus Alexandri;* sobre Augusto y su admiración por Alejandro tenemos numerosos testimonios: Suetonio, *Augusto* 18, 1; 94, 7; Dión Casio, *Hist. rom.* LI 16, 5; Plinio, *Hist. Nat.* XXXIV 3 (8); XXXV 10 (93); etc. De Germánico dice Tácito, *Anales* II 73, que rivalizaba con las hazañas de Alejandro. Nerón, para llevar a cabo una expedición a las Puertas Caspianas, prepara una legión a la que da el nombre de «la falange de Alejandro Magno», según Suetonio, *Nerón* 19. Trajano, según Dión Casio, LVIII 29, 1, se vanagloriaba en el senado de haber sobrepasado a Alejandro. Representativa del ambiente pro-Alejandro en la corte imperial es la cuestión de las dos tablas pintadas por Apeles con motivos del Macedonio y que desde Alejandría fueron hechas llevar por Augusto a Roma, y de las que se hace eco Plinio, *Histo. Nat.* XXXV 93 (véase G. Marrone, «*Imitatio Alexandri* in età agustea (nota a Plinio, *Nat.* 35, 27 e 93-94)». *Atene e Roma* 25, 1-2 (1980), 35-41): Claudio, según Plinio XXXV 94, hizo borrar el rostro de Alejandro en ambas tablas y sustituirlo por el de Augusto. Marrone opina que de esta singular «restauración» no estaría ajena la voluntad de Claudio de evitar toda alusión a Calígula (condenado, después de su muerte, a la *damnatio memoriae*), que se solía identificar con el Macedonio y que las tablas de Apeles recordarían a los espectadores.

[84] «Curtius Rufus...» (cit. en n. 39).

de Alejandro. R. D. Milns [85] reconoce que esta interpretación es superficialmente atractiva, pero hace notar que, cuando se somete a un análisis profundo, se halla expuesta a graves objeciones: a) no hay en toda la literatura de época imperial ningún otro caso en que se haya empleado un procedimiento así para atacar a un emperador reinante; b) Tácito dice [86] que el sistema normal para atacar a un emperador era aguardar a que muriera y entonces escribir contra él toda clase de dicterios, y por Suetonio [87] sabemos que con frecuencia los que querían denigrar la memoria de un emperador dejaban constancia de sus ofensas en los testamentos para ser leídas después de su propia muerte; c) la *Historia de Alejandro* es una obra demasiado elaborada y detallada como para servir de mensaje en clave contra el emperador. Si la obra fuera un ataque velado a Calígula, debería desprenderse mucho más fácil y claramente su carácter de invectiva. Ningún romano de la época podía ver a Calígula retratado en la figura de Alejandro al leer los diez libros de la obra de Curcio. Ni siquiera el juego de palabras *caliganti / Caligula* puede servir de base a esta interpretación.

Sobre esta cuestión de la finalidad perseguida por Curcio al componer su obra se han venido ofreciendo opiniones muy diversas. A la ya expuesta (que está en la base de las interpretaciones de un Lana o de un Sumner, por ejemplo) podrían añadirse: las de aquellos (así, Wilamowitz, en su *Historia de la literatura griega)* que piensan que Curcio pretendió escribir una obra de entretenimiento y solaz; pero hay en su obra demasiado trabajo y demasia-

[85] «The date of Curtius Rufus...», pág. 501 (cit. en n. 16).
[86] *Anales* I 1-5.
[87] *Augusto* 66.

da investigación para pensar en una simple obra de entretenimiento; o las de aquellos (así, J. Stroux [88] o W. W. Tarn [89]) que opinan que Curcio habría pretendido exponer el «retrato peripatético» de Alejandro. En esencia dicho retrato consiste en hacer ver cómo un discípulo virtuoso y bien guiado por su maestro se convierte en tirano cruel por obra de su propia Fortuna. Se pretende que un tal retrato vendría a ser obra de los Peripatéticos, que de esta manera habrían vengado de algún modo el asesinato de Calístenes, sobrino de Aristóteles, llevado a cabo por instigación de Alejandro. Pero hay muy serias dudas de que un retrato de este tipo existiera en la Antigüedad y lo más probable es que sea obra de los investigadores modernos. El artículo de J. Rufus Fears, «The stoic view of the career and character of Alexander the Great» [90] es, creemos, definitivo al respecto: la Media y Nueva Stoa, y lo mismo la Vieja (en la medida en que podemos conjeturarlo sobre esta última), no se muestra, como Escuela, enemiga de Alejandro. Lo mismo hay que decir de otras Escuelas, como la Peripatética y la Cínica. Si hay filósofos enemigos de Alejandro, se trata de autores a título personal, pero sin involucrar a sus respectivas Escuelas. En el caso de autores latinos enemigos de la memoria del Macedonio (Cicerón, T. Livio, Séneca, Lucano, Tácito, M. Aurelio), la explicación consiste en que Alejandro se había convertido en un símbolo, en un prototipo que servía a tales autores para, refiriéndose a él, denigrar (o ensalzar) a determinadas figuras romanas: César, Pompeyo, Catón de Útica, Germánico, Nerón, etc. y, en todo caso, la postura de estos escritores es más bien la postura impuesta por las escuelas de retórica (el personaje Alejandro se convierte bien pronto en tema obligado de las disputas de las escuelas de retórica) que por las de filosofía. Con esto se puede dar contestación a los que (caso de A. Giacone [91]) pretenden apoyarse en consideraciones de tipo filosófico para fijar la fecha de la composición de la obra de Curcio: según este autor, la obra está inmersa en el ambiente propiciado por la filosofía estoica de un Séneca; es un libro de actualidad que, al mismo tiempo que ensalza la figura del emperador reinante, pone en evidencia el castigo de la soberbia y de la ambición de un hombre que había querido ser tenido por hijo de un dios; la obra presentaría, al lado de un fin retórico, un fin práctico y moral.

[88] *Philologus* 88 (1939), 222-240, en pág. 229 y sigs.

[89] *Alexander the Great,* II, pág. 69, n. 1 (cit. en n. 23).

[90] Cit. en n. 83.

Identificación del autor

Como se ha dicho en nota 1, ya los manuscritos más antiguos informan de que el autor de las *Historiae Alexandri* es «Quinto Curcio Rufo» o «Curcio Rufo». La *Realencyclopädie* [92] registra 36 personajes pertenecientes a la familia «Curtia». De entre ellos, los que siendo posible que vivieran en época imperial y llevaran como *praenomen* «*Quintus*» y/o *cognomen* «Rufus», sólo hay tres, entre los que diversos investigadores han querido ver al autor de la *Historia de Alejandro:* el n.° 13, «*Quintus Curtius*», calificado por Cicerón, en carta a su hermano Quinto [93], escrita en el 55 a. C., como *bonus et eruditus adulescens*

[91] «Introduzione», pág. 12, a su edición de Curcio cit. en n. 47.

[92] IV 2, *s.v.* «Curtius», col. 1863-1892.

[93] *Ad Quintum fratrem* III 2.

y que acusó a Memmio *de ambitu* en aquel año; el n.° 30, «*Curtius Rufus*», del que nos habla, por un lado, Tácito [94] y, por otro, Plinio el Joven [95], personaje que terminó su *cursus honorum* como procónsul de África; y el n.° 31, «*Quintus Curtius Rufus*», mencionado por Suetonio [96] entre «*M. Porcius Latro*» y «*L. Valerius Primanus*».

El primero de ellos debe ser excluido por razones cronológicas: si en el 55 a. C. era ya un *bonus et eruditus adulescens* que acusa *de ambitu* a Memmio que aspira al consulado, al único emperador que pudo conocer, de entre los que son susceptibles de ser los destinatarios del «encomion» del historiador de Alejandro, es a Augusto [97].

El segundo es un personaje involucrado en una historia de fantasmas y aparecidos en los que Plinio, en su citada carta, manifiesta abiertamente creer, apoyándose, precisamente, en la historia acaecida a este personaje, historia que con ligeras variantes cuentan Tácito y el mismo Plinio. Este Curcio fue *candidatus Caesaris* a la pretura bajo Tiberio; *consul suffectus* con Pompeyo Silvano en el reinado de Claudio, tal vez en el año 45 [98]; después del consulado

[94] *Anales* XI 20-21.

[95] *Cartas* VII 27, 2.

[96] En su «Index» al *De rhetoribus* 9.

[97] En su edición de la «Correspondencia» de Cicerón, L. A. Constans, *Cicéron, Correspondance,* París («Belles Lettres»), 5.ª ed., 1960, en la carta 147 (= *Ad Quintum fratrem* III 2) no presenta la lectura «a Q. Curtio» sino «a Q. Acutio», sin plantear problema alguno en el aparato crítico.

[98] Así piensa Groag en *Realencyclopädie, s.v.* «Curtius», n.° 30, col. 1870; H. Bardon, «Quinte-Curce» (cit. en n. 7), pág. 8 estima que fue *consul suffectus* en el 47; F. Barbieri, «I consoli dell'anno 43 d. C.», *Rendiconti Accad. Lincei* 30 (1975), 153-157, por su parte, apoyándose en un pequeño fragmento, inédito, perteneciente probablemente a los Fastos de Potenza Picena, que lleva las iniciales del *praenomen* y las dos primeras letras del gentilicio de tres *consules suffecti* del año 43, estima que uno de ellos podría ser Q. Curcio Rufo el historiador (o un próximo pariente). Por otro lado, J. E. Atkinson, «The *Curtii Rufi* again» (cit. en n. 46), sostiene que el «*Rufus*» que fue colega, como *consul suffectus,* de M. Pomponio Silvano (y no de Pompeyo Silvano, como estiman generalmente los investigadores, entre ellos Groag en la *Realencycl.* ya citada) no era «*Curtius Rufus*» sino «*M. Antonius Rufus*».

fue designado legado en la Germania Superior y, tal vez a comienzos del reinado de Nerón, fue nombrado procónsul de África, muriendo en el cargo.

En cuanto al tercero, «*Quintus Curtius Rufus*», aunque no sabemos nada sobre él directamente, si tenemos presente que la lista en que aparece citado está redactada, por lo general, siguiendo un orden cronológico, y que M. Porcio Latrón nació probablemente hacia el año 55 a. C. y L. Valerio Primano floreció bajo Claudio, no sería arriesgado afirmar que la actividad de nuestro profesional de retórica se extendería por los reinados de Tiberio, Calígula, Claudio y tal vez alguno más.

El autor de nuestra obra podría ser alguno de estos personajes (especialmente uno de los dos últimos), pero podría ser muy bien igualmente otro personaje distinto. También aquí las interpretaciones han sido variadas:

1. Los que opinan que el autor de la obra es el Curcio Rufo mencionado por Tácito y Plinio. — Ya S. Dosson [99] se inclinaba por esta interpretación, aunque basándose en argumentos más que discutibles: a nuestro autor le irían bien los calificativos de «adulador», «arrogante», «poco tratable» que le dirige Tácito [100] y los honores del

[99] *Étude...* (cit. en n. 5), pág. 51 sigs.

[100] Otros autores (H. Bardon, «Quinte Curce», pág. 8, por ejemplo) piensan precisamente lo contrario, que tales calificativos no le cuadran al historiador de ninguna manera.

triunfo que le otorga Claudio serían la recompensa por el desorbitado elogio que el historiador le dirige en X 9, 3 y sigs. [101]. (De la misma opinión es R. Verdière [102]).

Las dificultades para admitir tal identificación son muchas. Entre las más importantes tenemos, según Groag [103], una cierta sinceridad en el historiador, que no va con lo que Tácito dice del político; insuficiente conocimiento del escritor de las artes de la milicia, que se manifiesta, sobre todo, en la descripción de batallas (el Curcio de Tácito ha tenido tropas a su cargo en la Germania Superior); el racionalismo de que da muestras muchas veces el historiador en su obra y que no encaja con la actitud del político «cuyas esperanzas medran» con la aparición de un fantasma, actitud que queda de manifiesto sobre todo en el relato de Plinio; dada la carrera del político, no parece que fuera un personaje muy adecuado para escribir una Historia de Alejandro; ni Tácito ni Plinio hacen la más leve alusión a las aficiones literarias del personaje en cuestión. Los que admitan que el elogio del historiador a un emperador va dirigido a alguno posterior al año 69 (de Galba en adelante) no pueden inclinarse por la identificación del escritor con el político de Tácito, ya que en el 68 el procónsul de África no era ya Curcio Rufo, que para entonces había muerto, sino Clodio Macer (a cuya muerte, ordenada por Galba, en el 69, hace referencia Tácito [104]).

2. Los que opinan que hay que identificar al autor de la obra con el «rhetor» de Suetonio. — Aquí son

[101] Véase J. Vergés, «Introducción», págs. 17-18 a *Q. Curcio Rufo*... (cit. en n. 19).
[102] «Quinte-Curce, écrivain néronien» (cit. en n. 25).
[103] Art. cit. en n. 98.
[104] *Historias* I 7, 1.

muchos más los autores que defienden la identificación, aunque el argumento principal esgrimido (el carácter retórico indudable que presenta la obra) no es del todo convincente, ya que no hay que olvidar que la mayor parte de los escritores del alto Imperio han sufrido, en mayor o menor grado, el influjo de la retórica. Entre los autores que defienden esta identificación, en trabajos ya citados anteriormente, tenemos, por ejemplo, a Zimmermann, Lana, Schwartz, Rostagni, Milns, y los editores de Curcio, Rolfe, Baraldi, Giacone, etc.

3. Los que piensan que el historiador, el «Curtius Rufus» de Tácito y Plinio, así como el «Q. Curtius Rufus» de Suetonio, son la misma persona. — Los autores más caracterizados, entre los que han defendido este punto de vista, son Syme, Sumner y Herrmann en trabajos ya citados. Particularmente decidida es la postura de Herrmann, quien, por un lado, se esfuerza en demostrar que el *«Curtius Rufus»* de Tácito y Plinio se identifica con el historiador de Alejandro, y, por otro, que el personaje historiador-procónsul de África se viene a confundir con el *rhetor* de Suetonio.

4. Los que defienden que el autor de la obra no sería ni el «Curtius Rufus» de Tácito y Plinio ni el «Q. Curtius Rufus» de Suetonio. — Es la conclusión, por ejemplo, a la que llega H. Bardon [105] y el mismo Rolfe; aunque éste se inclina por identificar al historiador con el *rhetor* de Suetonio, sin embargo admite que «dado que

[105] «Quinte-Curce» (cit. en n. 7), pág. 8: «nous nous refusons (...) à suivre ceux qui assimilent Quinte-Curce au Curtius Rufus de Tacite (*Ann.* XI 20-21) et de Pline le Jeune (*Ep.* VII 27). (...) Nous n'identifierons pas davantage notre historien au rhéteur que signale Suetone».

Rufus es un *cognomen* corriente, es posible que el autor sea otro Quinto Curcio Rufo, por otro lado desconocido» [106].

Las fuentes de Q. Curcio

La bibliografía antigua sobre el tema la ofrecen M. Schanz-C. Hosius [107] y S. Dosson [108]. También H. Bardon [109] ofrece una amplia bibliografía, aunque, como es natural, igualmente antigua. Una exposición del estado de la cuestión, puesto al día, con los trabajos más importantes que han aparecido sobre ello hasta 1970, puede verse en J. Seibert [110].

Durante la misma campaña de Alejandro se llevaron a cabo dos tipos de relatos de la expedición: una especie de «Diario de campaña» (las denominadas *Efemérides),* bajo la supervisión de Eumenes de Cardia y Diódoto de Eritras, y una historia de la campaña redactada por Calístenes, que narraba las peripecias de la misma hasta la batalla de Gaugamelas por lo menos (1 de octubre del 331) —Calístenes muere en el 327—.

Después de la muerte de Alejandro muchos contemporáneos suyos (unos que habían sido testigos presenciales de los acontecimientos y otros que, sin serlo, podían tener información de primera mano a través de protagonistas de la expedición) redactaron las vicisitudes de la campaña:

[106] «Introduction» a su edic. de Curcio (cit. en n. 41), pág. XXI.

[107] *Geschichte der R. Lit.* (cit. en n. 36), págs. 600-602.

[108] *Étude...* (cit. en n. 5), pág. 101 sigs.

[109] «Quinte-Curce» (cit. en n. 7), pág. 120, n. 1.

[110] *Alexander...* (cit. en n. 5), cap. I: «Quellen und Gesamtdarstellungen», págs. 1-69.

Nearco, Onesícrito, Aristobulo, Ptolomeo, Clitarco, etc. Todos estos relatos, junto con un grupo de narraciones que se compusieron en los dos siglos siguientes, se perdieron, a excepción de unos pocos fragmentos recogidos y publicados por F. Jacoby [111].

De entre todas las obras que la Antigüedad dedicó a Alejandro y a su campaña las únicas que han llegado hasta nosotros en su mayor parte o en su totalidad son las de cuatro historiadores y un biógrafo que escribieron varios siglos después de la muerte del Macedonio: Pompeyo Trogo / Justino, Diodoro Sículo, Q. Curcio, Arriano y Plutarco. Todos ellos parece ser que tomaron su información de fuentes muy variadas.

Por lo que respecta a Q. Curcio, es difícil establecer sus fuentes. Tal vez (como hace Arriano) hablara nuestro autor de las mismas al comienzo de su obra, pero, dado que faltan los dos primeros libros, nada sabemos al respecto. De hecho, en el cuerpo de su obra Curcio cita dos veces —y ambas en el lib. IX— a unos autores en concreto: Ptolomeo, Clitarco y Timágenes [112]. Ahora bien, aunque no cite los nombres de más autores, en diversos pasajes de su obra hace referencia indirecta a diversas fuentes; así en IV 15, 30; V 1, 35; VII 8, 10; 8, 11; IX 1, 34, etc.; y la comparación de Curcio con otros autores nos lleva a diversas fuentes que pueden establecerse de la siguien-

[111] *Die Fragmente der griechischen Historiker,* II B (= Fragmente); II BD (= Kommentar), Berlín, 1927 (reimpresos en Leiden, 1962). Estos Fragmentos, y siguiendo esta edición de Jacoby, fueron traducidos al inglés por C. A. Robinson Jr., *The History of Alexander the Great,* I 2, Providence, 1953; II, 1963. El mejor comentario sobre estos fragmentos y sus autores es el ofrecido por L. Pearson, *The lost Histories of Alexander the Great,* Nueva York, 1960.

[112] Véase IX 5, 21 y 8, 15.

te manera: la comparación de Curcio con Diodoro nos lleva al autor que debió de ser la fuente principal de nuestro personaje y del que el mismo Diodoro hizo también un uso principalísimo [113]; esto es, Clitarco. La comparación con Arriano nos conduce a Aristobulo, Ptolomeo y, a través de ellos, a Calístenes; la comparación con Justino nos conduce a P. Trogo y Timágenes; la comparación con Estrabón y Plutarco nos lleva de nuevo a Aristobulo y, finalmente, la comparación con Estrabón y Plinio el Viejo nos hace llegar a Onesícrito.

Pasemos revista, aunque sea sumariamente, a estas posibles fuentes, directas e indirectas.

CALÍSTENES [114]. — Sobrino de Aristóteles, había nacido en Olinto. De entre sus obras anteriores a la expedición la más importante parece haber sido una *Historia de Grecia* en 10 libros. Vivió entre el 370 y el 327. Al parecer, la finalidad de la historia de la campaña de Alejandro era enaltecer la figura del Macedonio de manera que sirviera para el consumo del público griego, tratando de ligar sentimentalmente a este pueblo a la campaña. Su obra tendría un carácter oficial y el rey aparecería como jefe del helenismo y debelador de los bárbaros. Es más, puede ser que incluso la obra de Calístenes no fuera más que la plasmación de los propios deseos del rey. Como panegirista oficial del mismo, se convirtió en el precedente de todas las Historias de Alejandro encaminadas a ensalzar sin cortapisas la figura del héroe, tendencia que tendrá su máxima expresión en la denominada *Novela de Alejandro* y que, siendo obra de un inculto autor del s. III d. C., fue atribuida al sobrino de Aristóteles en algunos manuscritos, siendo conocida como la obra del «Pseudocalístenes» [115]. El Alejandro de Calístenes sería el general en jefe de la Liga de Corinto, el vengador de Grecia y el hijo de los dioses, aunque precisamente la oposición de Calístenes a aceptar la *proskýnesis* en honor de Alejandro le costará la vida en el a. 327 [116]. Como hace notar P. Pédech [117], Calístenes incluso habría creado en torno a la figura de Alejandro una atmósfera homérica y mitológica (Calístenes precisamente había contribuido a la edición de Homero denominada de «la cajita», que Alejandro llevaba consigo a todas partes): el héroe era el descendiente de Aquiles y en su expedición camina tras las huellas de héroes mitológicos como Perseo y Hércules. Por su parte Cicerón [118] comenta que la *Historia* de Calístenes está escrita en tono declamatorio *(rhetorico paene more)*, muy en consonancia con el espíritu de la obra y las intenciones del historiador.

ARISTOBULO [119]. — Tomó parte en la campaña pero no parece que tuviera mando militar. Por las misiones que (según distintos historiadores de la misma) se le encomendaron (entre otras, la restauración del mausoleo de Ciro [120]) y por las informaciones que Arriano ofrece del interés mostrado por Alejandro por diversas construcciones (in-

[113] «Curtius» (cit. en n. 33).

[114] F. JACOBY, *Die Fragmente...*, n.° 124.

[115] Véase «Prólogo», pag. 17 de C. GARCÍA GUAL, a *Pseudo Calístenes, Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia.* Traducción, prólogo y notas, Madrid, 1977 (Biblioteca Clásica Gredos, n.° 1).

[116] Véase, en el mismo CURCIO, VIII 5 sigs.

[117] «Les historiens d'Alexandre», págs. 119-138 de *Historiographia antiqua.* Commentationes Lovanienses in honorem W. Perermans septuagenarii editae, Lovaina, 1977, en pág. 122.

[118] *De oratore,* II 14 (58).

[119] F. JACOBY, *Die Fragmente...*, n.° 139.

[120] ARRIANO, *Anábasis de Alejandro,* VI 29, 10.

formaciones que indudablemente Arriano toma de su fuente, Aristobulo) se desprende que éste debía de ser un técnico, ingeniero o arquitecto. Arriano [121] lo tomó por una de sus fuentes principales (junto con Ptolomeo) por considerarlo un testigo veraz de los hechos narrados.

P. Pédech [122], al intentar trazar los rasgos del retrato de Alejandro que cada uno de los cuatro historiadores por él estudiados nos dejó, sacándolos de los fragmentos que de cada uno de ellos nos han llegado, reconoce que es difícil descubrir el retrato de Alejandro por los fragmentos de Aristobulo, que sólo ofrecen rasgos dispersos: espíritu caballeresco con las mujeres, gusto por la compañía de los amigos, sensible, generoso, emprendedor infatigable, pero más cercano al hombre de bien que al genio o al héroe. A pesar de su actitud decididamente laudatoria del rey, Aristobulo parece que no se dejó llevar por la retórica ni la exageración: el hombre de ciencia y de sentido práctico se reflejaría en su propia obra (por ejemplo, es el primer autor citado por Plutarco [123] del grupo de nueve historiadores que sostenían abiertamente que el episodio de Talestris, reina de las Amazonas, era pura invención [124]; es más reticente que Onesícrito a la hora de contar las maravillas de la India; no mencionaba el «komos» o procesión báquica de Carmania; etc.).

Una cuestión interesante relacionada con Aristobulo, y que ha venido preocupando a los investigadores, es la de si este autor escribió antes o después de Clitarco (y antes o después de Ptolomeo). La cuestión afecta más a la biografía de Clitarco que a la de Aristobulo. La obra de

[121] «Prefacio» de su obra.

[122] «Les historiens...» (cit. en n. 117), pág. 124.

[123] *Alejandro* XLVI 1.

[124] Véase nota 479 de la traducción.

este último se estima que no fue escrita antes del 295 y la interpretación más corriente es la de que Clitarco, por su parte, escribió la suya a finales del s. IV; pero Tarn [125] y, especialmente, L. Pearson [126] han defendido una anterioridad cronológica de Aristobulo sobre Clitarco; concretamente, Pearson defiende el orden cronológico Aristobulo-Ptolomeo-Clitarco, siendo sus razones convincentes, por ejemplo, para S. Payrau [127]: según Pearson, Clitarco escribiría después del 283, es decir, después de la muerte de Ptolomeo, aunque la opinión de que Clitarco escribiera después del 280, como apunta Tarn, le parece a C. Bradford Welles [128] «ingenua».

ONESÍCRITO [129]. — Discípulo de la escuela de Diógenes el Cínico [130], era timonel de la escuadra de Alejandro. La obra que escribió sobre el Macedonio debía de titularse *Cómo fue educado Alejandro* y, según Diógenes Laercio [131], en cierto modo debía de ser semejante a la compuesta por Jenofonte sobre la educación de Ciro, la *Ciropedia*. (Precisamente Diógenes Laercio, en el lugar citado, hace una comparación entre la personalidad de ambos escritores, poniendo de relieve los puntos en contacto entre uno y otro).

[125] *Alex. the Great* (cit. en n. 23) II 16 sigs.

[126] *The lost Histories...* (cit. en n. 111).

[127] Reseña crítica de la obra de PEARSON, *Rev. Étud. Ancien.* 62 (1960), 479-480.

[128] «Introduction», pág. 11, n. 1, a su edición de *Diodorus of Sicily*, volumen VIII (libros XVI 66-95 y XVII), (colec. «Loeb»), Londres, 1970. Un análisis de la cuestión, con mención de autores que han defendido diversas fechas para Clitarco, puede verse en J. SEIBERT, *Alexander...* (cit. en n. 5), págs. 17-18.

[129] F. JACOBY, *Die Fragmente...*, n.° 125.

[130] PLUTARCO, *Alejandro* LXV 2.

[131] *Vidas de filósofos ilustres* VI 84.

En la obra de Onesícrito, Alejandro (y de acuerdo con las doctrinas filosóficas profesadas por su autor) se presentaba como el «filósofo en armas», a la manera cínica, con una principal misión: la de civilizar a los bárbaros. Como dice P. Pédech [132], «no sabemos si Onesícrito ponía de relieve otros aspectos del carácter de Alejandro, pero hay que subrayar la notable unidad del retrato que ha trazado: el de un príncipe imbuido de cultura griega, ávido de saber, conquistado por la filosofía. En él se podía encontrar a la vez al discípulo de Aristóteles y al soberano ilustrado que había ido a Asia acompañado de filósofos y de sabios».

PTOLOMEO [133]. — El antiguo amigo y compañero de Alejandro (del que se hace mención repetidas veces en la misma obra de Curcio) compuso, ya en edad avanzada, y siendo rey de Egipto (fundador de la dinastía de los «Ptolomeos» que perduró hasta Cleopatra en el año 30 a. C.), una historia de la campaña de la que él fue testigo presencial y protagonista en ocasiones, y que para algunos autores [134] es la mejor de las Historias de Alejandro. Era hijo del macedonio Lago y de Arsínoe, descendiente de la familia de los Lincestes [135]. Para la redacción de su obra debió de contar con la información ofrecida por las *Efemérides* [136] y otros documentos oficiales, así como con sus propios recuerdos de la expedición. La obra debía de ser una auténtica historia y no unas simples memorias de un general retirado.

El Alejandro de Ptolomeo es fácilmente deducible de la lectura de la obra de Arriano en la que el Macedonio se nos presenta como el general en jefe del ejército: prevé acontecimientos, planea la campaña con sus generales, organiza las marchas, da las órdenes e impone las tácticas de combate. Lo que llama la atención al historiador son las cualidades militares del héroe, no valorando en la misma medida las cualidades políticas del mismo. Por otro lado, Ptolomeo pone de manifiesto la religiosidad de Alejandro, considerándolo como protegido de los dioses, a los que procura tener de su parte mediante frecuentes sacrificios y a los que consulta sirviéndose de los adivinos.

CLITARCO [137]. — Es la principal fuente de Diodoro Sículo, de Q. Curcio y, posiblemente, también de Trogo/Justino. De su vida prácticamente no sabemos nada. Era hijo del historiador Dinón, quien escribió una Historia de los imperios de Oriente, *Persica,* en 20 libros. Clitarco vivió en Alejandría y para Ptolomeo debió de componer su Historia de Alejandro. Sobre su participación en la expedición del Macedonio, aunque algunos investigadores opinan que no es cuestión que esté decidida [138], por lo general se estima que no tomó parte en ella.

Su obra estaba escrita con viveza, colorido y amenidad (cualidades que caracterizan también la de Curcio) y, en cierto modo, se trataba de una historia novelada, en la base de lo que se ha dado en llamar la «vulgata» de la

[132] «Les historiens...» (cit. en n. 117), pág. 125.

[133] F. JACOBY, *Die Fragmente...,* n.° 138.

[134] Por ejemplo, F. M. HEICHELHEIM - P. M. FRASER, *The Oxford Classical Dictionary,* 2.ª ed., Oxford, 1972, *s.v.* «Ptolemy» (1).

[135] Véase notas 899 y 900 de la traducción.

[136] Véase J. SEIBERT, *Alexander...* (cit. en n. 5), pág. 19, con bibliografía, sobre este punto, en pág. 238, n. 2.

[137] F. JACOBY, *Die Fragmente...,* n.° 137.

[138] Así piensa, por ejemplo, W. SPOERRI, *Der kleine Pauly,* III, Munich, 1969, *s.v.* «Kleitarchos».

tradición historiográfica sobre Alejandro. La tradición, que quiere que escribiera su obra a finales del s. IV, se basa principalmente, para fijar la época de la vida del autor, en un texto de Plinio el Viejo [139], que coloca a Clitarco entre Teopompo de Quíos (nacido hacia el 378) y Teofrasto (372/369-hacia 287) [140].

Los autores antiguos nos hablan con desdén de Clitarco, representante de la corriente «popular», «heroica», de la historiografía de Alejandro, pero fue el autor más leído, de entre los historiadores del Macedonio, a finales de la República y comienzos del Imperio. Diodoro Sículo [141] lo ha seguido fielmente: Schwartz [142] opina que Diodoro tiene a Clitarco como única fuente y en las columnas 1873-4 del artículo citado ofrece una lista muy amplia de similitudes entre Diodoro y Curcio, demostrando que éste tiene a Clitarco, igual que Diodoro, como primera fuente, tesis que viene defendiéndose, por otro lado, desde C. Raun [143].

Tarn [144] se opone a esta corriente de opinión (que es más o menos general) y piensa, por el contrario, que Diodoro utilizó no sólo a Clitarco sino otras muchas fuentes,

[139] III 5 (57).

[140] Toda la problemática en torno a la cronología de Clitarco puede verse en J. SEIBERT, *Alexander...* (cit. en n. 5), págs. 16-18, con examen de obras y autores al respecto.

[141] En el lib. XVII de su *Historia universal.*

[142] «Curtius» (cit. en n. 33).

[143] *De Clitarcho Diodori Curtii Iustini auctore,* Bonn, 1868. Sobre las posibles maneras de utilización de las fuentes por parte de Diodoro, véase en J. SEIBERT, *Alexander...* (cit. en n. 5), la exposición de las distintas teorías formuladas sobre el particular; con diversas variantes, la mayor parte de las opiniones giran en torno a una fuente principal que sería la misma para Diodoro, Curcio y Trogo/Justino, los componentes de la «Alexander-Vulgata». La fuente en cuestión sería Clitarco.

[144] *Alex. the Great* (cit. en n. 23), II 63-87.

llegando a la conclusión de que la fuente del libro XVII de Diodoro «no es Clitarco» y el libro no ofrece base para cimentar la teoría de una «vulgata clitarqueana» [145]. En esta línea estaría también C. Bradford Welles [146], quien en págs. 8-10 presenta una lista de pasajes en que Diodoro sigue no sólo a Clitarco, sino también a otros historiadores primitivos de Alejandro (Calístenes, Aristobulo, Onesícrito, Nearco, etc.). En lo que este investigador se separa de Tarn es en la consideración de que, fuera la que fuera la fuente utilizada por Diodoro, era con toda seguridad la misma que utilizó Curcio. Tarn, para defender lo contrario, se fundaba en que el relato de Curcio es inamistoso para con Alejandro mientras que el de Diodoro es favorable, sacando la conclusión de que ambos relatos no pueden proceder de la misma fuente.

Pero he aquí que también Trogo/Justino es semejante a Diodoro y Curcio [147]. Las similitudes entre ellos llevaría a una fuente principal, la misma para los tres. En cuanto a las relaciones entre ellos mismos, Curcio no presenta problemas, pues, al ser bastante posterior (o muy posterior) a Diodoro y Trogo, pudo utilizar sus obras. El problema surge entre Trogo y Diodoro, ambos escritores del s. I a. C., de los que no sabemos con certeza quién de los dos es anterior a quién. P. A. Brunt [148] cree que probablemen-

[145] *Alex. the Great,* II, pág. 87.

[146] «Introducción» a su obra cit. en nota 128.

[147] Pompeyo Trogo, galo helenizado natural de la Galia Narbonense, escribió, en 44 libros, una Historia universal que presentaba la novedad de que en ella Roma era un pueblo más: la historia del mundo no giraba en torno a Roma. La obra, titulada *Historiae Philippicae,* se perdió, pero nos ha llegado un Epítome de la misma confeccionado por Justino, que vivió, seguramente, en el s. II o comienzos del III d. C.

[148] En su edición de ARRIANO: I *Anabasis Alexandri,* I-IV (col. «Loeb»), Londres, 1976, «Introduction», pág. LXXXIV.

te Trogo escribió después de Diodoro, argumentando, en un *addendum* a su «Introduction», de la siguiente manera: Diodoro visitó Egipto en 60-56 a. C.; en su *Historia,* que llega hasta el 54, el último acontecimiento mencionado es la fundación de una colonia romana en *Tauromenium* (= Taormina), en el 36 a. C. La obra de Trogo, publicada antes del 2 a. C., terminaba en el 20; su abuelo o bisabuelo recibió la ciudadanía romana en los años 70, por lo que es al menos improbable que Diodoro no haya escrito antes que Trogo.

Hay en la obra de Curcio una clara veta de animadversión, por un lado, contra lo macedonio (que provoca, en contrapartida, otra de simpatía por lo griego) y, por otro, contra el propio Alejandro, postura del escritor que se ha pretendido explicar desde una clara actitud moralizadora. Descartada la posibilidad de que esta actitud de Curcio sea consecuencia de la utilización por el mismo de Calístenes, Aristobulo, Ptolomeo, etc. como fuentes (todas ellas laudatorias, especialmente del rey), nos encontramos con que la actitud antimacedonia Curcio la comparte claramente con Diodoro (y, a través de él, tal vez con Clitarco), pero no cabe decir lo mismo de la actitud contra Alejandro, que Diodoro no comparte. Tradicionalmente se ha venido admitiendo [149] que esta actitud aparece en Trogo (= Justino) y que tal vez haya que hacerla derivar de Timágenes [150]. En esta línea, Curcio la habría tomado de Trogo; pero J. Thérasse [151] ha defendido con convicción la tesis de que

[149] Véase, por ejemplo, H. Bardon, «Quinte-Curce» (cit. en n. 7), página 124.

[150] Historiador griego, llegado a Roma como prisionero en el año 55 a. C., que ensalzó el poder de los partos en contraposición al de los romanos, como lo hizo en Roma, en tiempos de Augusto, P. Trogo.

[151] «Le moralisme...» (cit. en n. 2).

Justino, en contra de lo que se suele decir, no presenta una preocupación especial por moralizar, y que «este autor y, por consiguiente, lo mismo, sin duda, Pompeyo Trogo, no han podido ejercer influencia sensible ni sobre el moralismo de Quinto Curcio ni, especialmente, sobre su hostilidad cada vez mayor contra el héroe macedonio, ni sobre la importancia cada vez más patente del papel desempeñado por la *Fortuna* a lo largo de las páginas de su *Historia*» [152].

La veta anti-Alejandro, visible claramente en Curcio, se ha querido buscar en las escuelas de retórica (Alejandro es comprensible que bien pronto se convirtiera en tema rico en situaciones diversas para las disputas y controversias de escuelas de este tipo) que continuarían la tendencia de las escuelas filosóficas peripatética y estoica de Grecia, hostiles (según se ha venido afirmando comúnmente) a Alejandro, personificación del dictador y del tirano; pero J. Rufus Fears [153] ha puesto de relieve que ninguna escuela en general y la estoica en particular ha defendido, como doctrina de escuela, una actitud en contra de Alejandro, aunque es posible encontrar autores diversos, en las distintas escuelas, que la hayan defendido. Ninguna escuela ha

[152] Pág. 588. Este mismo autor ha vuelto sobre el tema de la actitud moralizadora de Curcio en «Le jugement de Quinte-Curce sur Alexandre. Une appréciation morale indépendante», *Les étud. class.* 41 (1973), 23-45, poniendo de relieve que el aspecto moralizador de nuestro historiador tampoco se debe a la influencia de Ptolomeo ni a la de Aristobulo. En la línea de los defensores de que Curcio ha querido trazar el «retrato peripatético» de Alejandro (véase más arriba, pág. 28), Thérasse opina que nuestro historiador ha querido mostrar, sirviéndose del ejemplo de Alejandro, que el hombre se corrompe por el constante favor de la Fortuna.

[153] «The stoic view...» (cit. en n. 83).

mantenido una actitud uniforme frente a la figura de Alejandro (recuérdese, por ejemplo, que Onesícrito, filósofo cínico, escribió una Historia de Alejandro esencialmente laudatoria, y la escuela cínica es una de las que se suele afirmar que defiende una postura anti-Alejandro). Lo que ha ocurrido con el Macedonio (y ello se hace patente cuando se examina su figura en algunos representantes del estoicismo romano) es que bien pronto se convirtió en ejemplo y prototipo al que referir y con el que enlazar acontecimientos y personajes de la propia historia de Roma (César y Pompeyo para Cicerón y Lucano; Nerón para Séneca y Tácito, por ejemplo), actuando de pararrayos de las iras de los romanos contra sus propios conciudadanos ambiciosos [154]. Pero la reacción de un Séneca, un Lucano, un Marco Aurelio (típicos representantes del estoicismo romano) ante Alejandro contrasta, por ejemplo, con la actitud de un Arriano, discípulo de Epicteto (del que publicó su *Manual de moral estoica),* panegirista convencido del Macedonio. Precisamente el entusiasmo de Arriano por Alejandro causa un evidente malestar a aquellos que quieren hacer del rey el prototipo del tirano según la tradición estoica griega [155].

En cuanto a la retórica, como hemos dicho más arriba, la figura de Alejandro (como la de Catón de Útica, por

[154] Como lo hace ver P. CEAUSESCU, «La double image d'Alexandre le Grand à Rome», *Stud. Class.* 16 (1974), 153-168, las causas del odio de los romanos hacia Alejandro más que de orden moral son de orden político: de Cicerón a Marco Aurelio, los historiadores y filósofos cercanos al partido senatorial condenan en Alejandro el espíritu de César, de Marco Antonio, de Calígula o de Nerón.

[155] Una amplia información bibliográfica sobre la actitud uniformemente hostil de ciertos filósofos estoicos hacia Alejandro puede verse en J. RUFUS FEARS, «The stoic view...» págs. 113-114, n. 3.

ejemplo) se convirtió bien pronto en un tópico con el que ejercitarse los jóvenes aprendices de la escuela. Séneca el Rhétor nos ha dejado dos «suasorias» sobre el Macedonio: la I [156] y la IV [157]. Los tópicos retóricos en torno a Alejandro justificarían el *felix praedo* de un Lucano [158]; y el mismo *excursus* de Tito Livio [159] sobre el hipotético resultado de una guerra entablada entre Alejandro y el ejército romano puede ser que en su origen no fuera más que un ejercicio retórico de escuela, tal como ya había sido propuesto por W. Anderson [160], aunque tal opinión ha sido rebatida con insistencia [161].

OTRAS FUENTES. — Es indudable que Curcio manejó otras fuentes, aparte de las posibles citadas; él mismo menciona a Timágenes, como hemos visto, el historiador griego que pudo conocer directamente o a través de Trogo, en quien Timágenes ejerció una gran influencia al exaltar el poder de Macedonia y el de los partos (claro precedente de las *Historias Filípicas* de Trogo).

Nearco le debió de servir de gran ayuda en la redacción del libro VIII, ya que se ha hecho observar [162] que noticias ofrecidas por Curcio en dicho libro coinciden con las ofre-

[156] «Deliberat Alexander an Oceanum nauiget». Aunque la Suasoria presenta una laguna al comienzo, el propio SÉNECA, en *Controuersiae* VII 7, 19, se refiere a ella con esa frase y a ella alude QUINTILIANO, *Inst. orat.* III 8, 16.

[157] «Deliberat Alexander Magnus an Babylona intret, cum denuntiatum esset illi responso auguris periculum».

[158] *Farsalia* X 21.

[159] IX 17-19.

[160] *Transact. Amer. Philol. Associat.* 34 (1908), 94-99, *apud* J. RUFUS FEARS, «The stoic view...» (cit. en n. 83), pág. 128, n. 97.

[161] Véase bibliografía sobre el tema, *ibidem*.

[162] Por ejemplo, por H. BARDON, «Quinte-Curce» (cit. en n. 7), página 127.

cidas por Arriano en su *Indica,* obra compuesta con ayuda del relato de Nearco, y no hay que olvidar que sobre Alejandro sabemos que escribieron otros escritores de época helenística en algunos de los cuales puede ser que nuestro historiador buscara información.

En una palabra, y como conclusión, si es verdad que Clitarco debió de ser su fuente principal, es innegable que Curcio manejó otras muchas (como del propio texto de Curcio se desprende) y que, como dice J. Vergés [163], «es tarea imposible averiguar qué fuentes pudo utilizar para cada pasaje de su historia. Nos basta saber que no se limitó a reproducir una obra anterior, que consultó varios autores y que escogió en cada caso la información que le pareció más verosímil».

Curcio, historiador y escritor

Es tradicional considerar la obra de Curcio como una historia novelesca y, de acuerdo con ello, no otorgar a su autor más credibilidad que la que se puede otorgar al autor de una obra de este tipo. Pero, aun reconociendo que hay en la *Historia de Alejandro Magno* una narración pletórica de rasgos novelescos, no se le puede negar a su autor un sincero deseo de estar bien informado (como él mismo dice en diversos pasajes de su obra), aunque en más de una ocasión se deja llevar de la credulidad a la hora de transmitir lo que las fuentes le ofrecen y se le pueden aplicar a él los reproches que él dirige a otros historiadores. Veamos algunos testimonios que acreditan su fidelidad a las fuentes: «pero, aun suponiendo que su discurso [= el

[163] *Quinto Curcio...* (cit. en n. 19), «Introducción», pág. 21.

de los escitas] puede ser menospreciado, no debe serlo nuestra fidelidad histórica y expondremos, sin alterarlo lo más mínimo, lo que la tradición nos ha legado» [164]; «la verdad es que yo transcribo más cosas que las que en realidad creo, pues ni puedo afirmar cosas de las que dudo ni pasar por alto las que me han sido transmitidas» [165]; (después de rechazar el testimonio ofrecido por Clitarco y Timágenes y de seguir el de Ptolomeo): «¡tan grande fue la despreocupación o —lo que es un defecto tan grave como éste— la credulidad de los que recogieron los documentos de la historia antigua!» [166]; «algunos han creído que esta división de las provincias había sido ya fijada por Alejandro en su testamento, pero nosotros hemos comprobado que esta noticia, aunque mantenida por algunos autores, carece de fundamento» [167]; etc.

Es incluso comprobable que Curcio es menos crédulo que otros historiadores de Alejandro, cosa que se puede ver a propósito de algún pasaje concreto, como, por ejemplo, la leyenda según la cual Alejandro había hecho encerrar a Lisímaco con un león [168]; o la actitud mostrada por nuestro historiador con ocasión del descubrimiento de una fuente de agua en la propia tienda del rey: Curcio dice claramente [169] que la noticia de que hubiera surgido milagrosamente de repente era falsa, mientras que tanto Arriano [170] como Plutarco [171] dan por descontado que el descu-

[164] VII 8, 11.
[165] IX 1, 34.
[166] IX 5, 21.
[167] X 10, 5.
[168] Véase nota 652 de la traducción.
[169] VII 10, 14.
[170] *Anáb. de Alejandro* IV 15, 7.
[171] *Alejandro* LVII 5 sigs.

brimiento de la misma fue maravilloso. En el asalto a la plaza fuerte de los sudracas, Curcio [172] cuenta la gesta de Alejandro en términos épicos pero en un tono de credibilidad total, conocido el carácter y la manera de ser de Alejandro, quien, tras dar muerte a tres atacantes y dentro como está, él solo, de la misma plaza fuerte, se encuentra a merced del enemigo (situación de la que le salvan Peucestes, Timeo, Leonnato y Arístono); pero Justino [173], por ejemplo, habla de miles de enemigos a los que puso en fuga o dio muerte. Otras veces se mofa de la credulidad, por ejemplo de los griegos, a la hora de admitir una fábula legendaria [174].

Es verdad que en Curcio encontramos numerosas inexactitudes y errores de todo tipo (de los que hemos procurado dejar constancia y rectificación en las Notas a la traducción): algunos Curcio los comparte con sus fuentes y otros son de responsabilidad personal [175]. Por ejemplo, entre los errores geográficos, con la denominación «Rubrum mare» alude tanto al golfo Pérsico como al mar Arábigo o al océano Índico [176]; con el nombre de «Tanais» designa al río Don y al Sir Daria [177]; con el de «Cáucaso» designa tanto al auténtico Cáucaso como al Parapámiso [178]; según nuestro autor, el Asia Menor tiene casi el aspecto de una

172 IX 5, 1 sigs.
173 XII 9, 7-8.
174 VIII 10, 12.
175 Véase H. BARDON, «Quinte-Curce» (cit. en n. 7), el apartado «La valeur historique de Quinte-Curce. Les faiblesses de l'oeuvre», pág. 128 sigs.; J. VERGÉS, *Q. Curcio...* (cit. en n. 19), «Introducción», páginas 22-23; A. GIACONE, *Storie di Al. Magno...* (cit. en n. 47), «Introduzione», págs. 22-23; etc.
176 Véase notas 41, 236, 343, 444, 736, etc. de la traducción.
177 Véase nota 196.
178 *Id.* 195.

isla [179]; confunde el mar Caspio con el Negro [180]; y el río Lico con el Meandro [181]; etc.

A los errores geográficos habría que añadir errores cronológicos e históricos [182], pero estos errores, importantes para nuestra mentalidad moderna, no tenían la menor importancia para los antiguos (errores parecidos los encontramos en la mayor parte de los historiadores griegos y romanos) pues, como dice Giacone [183], los antiguos no conocían bien ni la historia ni la geografía.

Pero sus defectos y errores no empañan los méritos de Curcio como historiador, siendo el principal de ellos (como hemos señalado más arriba) su deseo de estar bien informado y de llegar a la verdad, presentando como rumores y noticias sin confirmar datos cuya veracidad no ha podido constatar. Incluso, a veces, ofrece una información que otros historiadores de Alejandro no precisan, presenta correctamente un nombre que otros autores ofrecen equivocadamente [184], y hasta se puede afirmar que la narración de Curcio muchas veces es más precisa y exacta, por ejemplo, que la del mismo Arriano [185]. G. Radet en diversos trabajos [186] ha defendido calurosamente a nuestro historiador como autor veraz y fiable.

179 *Id.* 19.
180 *Id.* 549 y 568.
181 *Id.* 7.
182 Véase, por ejemplo, H. BARDON, «Quinte-Curce» (cit. en n. 7), páginas 129-131.
183 *Storie di Al. Magno...* (cit. en n. 47), «Introduzione», pág. 23.
184 Véase, por ejemplo, nota 828 de la traducción.
185 Pasajes en los que Curcio es más preciso que otros historiadores de Alejandro pueden verse, por ejemplo, en el artículo citado de BARDON, pág. 133.
186 «La valeur historique de Quinte-Curce», *Comptes Rend. Acad. Inscr.* 1924, 356 sigs., «Les négociations entre Darius et Alexandre», *Rev. Étud. Anc.* 27 (1925), 183-208.

Pero donde Curcio encuentra elogios prácticamente generales es en su faceta de escritor, por su dominio de la técnica narrativa, la habilidad para mantener sin decaimientos la atención del lector y el sabio empleo de todos los recursos retóricos, destacando en la pintura de caracteres de los personajes de la acción; fundamental, en este campo, es el retrato que Curcio, a lo largo de su narración, nos va trazando del héroe: indomable, ambicioso, vengador de los griegos, pertinaz y constante en las empresas, conocedor de los gustos y aficiones de sus soldados, desprendido ante las riquezas y el dinero, buscador incansable de la fama, confiado en sus amigos, orgulloso ante el enemigo, altanero ante la provocación, caballeresco con las damas, supersticioso ante la adversidad, sensible ante la muerte de sus compañeros; es decir, encarnando en su persona todas las cualidades y defectos de un héroe épico; pero, a partir de su llegada a Babilonia [187] y, sobre todo, a partir del incendio de Persépolis [188], aparece cada vez más como un déspota oriental, enfrentado a los macedonios de viejo cuño, indefenso ante los ataques (cada vez más frecuentes y cada vez más violentos) de la cólera, víctima del vino, juguete de la Fortuna que, a puro de mostrársele favorable, acaba por arrastrarlo a la perdición, matando a sus amigos y generales más prestigiosos y convirtiéndose en juguete de su propia gloria.

Y, frente a él, el antihéroe Darío, de buen corazón y nobles sentimientos, mal estratego pero buen monarca, que una y otra vez se levanta tras la derrota y vuelve a presentar batalla cuando los intentos de paz han fracasado; enamorado de su esposa y padre amantísimo de sus hijos; incapaz de infligir un desprecio a su guardia a pesar de que sospecha que le va a traicionar; confiado, hasta el final, en unos generales que le pagan con la traición.

[187] V 1, 36.

[188] V 7, 3 sigs.

Y, junto a Alejandro y Darío, esa larga serie de personajes que jalonan la marcha de esta historia: médicos abnegados como Filipo, que exponen su vida por salvar la del rey; generales beneméritos, como Clito o Parmenión, que caen víctimas de la intemperancia del rey o de la razón de Estado; mujeres intrigantes que, en aras del despecho, de la venganza o de la ambición, consiguen que se pegue fuego a la capital de Persia, como Tais, o asesinan a sus maridos, como la mujer de Espitamenes; muchachas que, con su belleza y sus modales, cautivan el corazón del rey, como Roxana; enemigos esbeltos y aguerridos, hechos a la altura de la grandeza del héroe, como Poro; amigos y compañeros que, duros y bravos en el combate, comparten con Alejandro alegre y ruidosamente la mesa y las copas, como Ptolomeo y Leonnato y Peucestes y Atalo; y todos ellos (y, con ellos, los miles de soldados del ejército) llevados y traídos de un lugar a otro, de una nación a otra, de un combate a otro combate y de la patria Macedonia a los confines del mundo; un ejército que unas veces —las más— se doblega y obedece y otras se rebela y solivianta.

Y todo ello en una narración, a veces, discursiva, lenta y reiterativa pero, por lo general, viva y emocionante, bien sazonada (y ahí están, para demostrarlo, los abundantes discursos del texto) con las mejores galas de la más pura retórica. La historiografía helenística, con su tendencia a las digresiones, lo maravilloso, lo novelesco, encontró en nuestro autor un seguidor fiel y un buen representante del género. No es extraño que una obra adornada con todas las cualidades que pueden exigírsele para ser amena y entretenida tuviera el éxito que la de Curcio tuvo en

muchos momentos de la historia y hasta que, en alguna ocasión, se le adjudicaran cualidades terapéuticas: como cuenta E. Paratore [189], Alfonso el Magnánimo de Aragón curó de una fuerte fiebre escuchando la lectura de un capítulo de Curcio; y es que, a fin de cuentas, algo tendrá el agua cuando la bendicen.

Quinto Curcio y la posteridad

El tema de Alejandro en la posteridad ha sido analizado en el volumen 1.° de esta colección por C. García Gual [190], lo cual nos permite no detenernos a analizar la evolución sufrida por la figura del Macedonio, por un lado, y la influencia ejercida por una obra como la denominada *Novela de Alejandro,* por otro, pasando revista únicamente a algunas de las manifestaciones más sobresalientes de la influencia de Quinto Curcio en la posteridad.

Dejamos, pues, de lado, la versión del Pseudocalístenes hecha por Julio Valerio en el s. IV (según García Gual, llevada a cabo, lo más probablemente, entre el 310 y el 330) y el análisis de versiones romances de la obra de Valerio, como el *Roman d'Alexandre* de Alberic de Besançon [191], la del mismo título de Lambert le Tort y Alexandre de Bernay, más conocido por Alexandre de París [192], así como la versión que del Pseudocalístenes ofreció, a mediados del s. X, el Arcipreste Leo, conocida como *Liber de proeliis* o *Historia de prelis* con toda la problemática de sus tres recensiones.

Relación directa con Curcio tiene, sin embargo, como ha puesto recientemente en evidencia D. Romano [193], el opúsculo *Epitoma rerum gestarum Alexandri Magni,* de autor anónimo. Según Romano, la obrita se habría compuesto con ocasión de la campaña del emperador Juliano contra los persas en el año 363. El *Epitoma* nos ha llegado junto con otra obrita, titulada *Liber de morte testamentoque Alexandri,* que hay que colocar en la línea de Clitarco y que hay que poner en relación con el Pseudocalístenes, como lo hace continuamente, a pie de texto, su editor P. H. Thomas [194]. Ambas obritas formaban parte del denominado «códice de Metz 500», que fue destruido, junto con otros muchos, durante la segunda guerra mundial, en 1944. De aquel códice nos quedan dos ediciones, una de D. Volkmann y otra de O. Wagner, así como una copia manuscrita hecha por J. Quicherat, sobre el códice de Metz, en 1841. La edición de Volkmann (1866) no contenía el *Liber de morte...* que sí aparece en la de Wagner (1900). El códice de Metz (del s. X) era el único que pudieron manejar los editores mencionados, pero a él han venido a sumarse dos códices hispanos descubiertos por Weber en 1914 y que no fueron utilizados hasta Thomas, que los empleó para su edición ya que no dependen del texto del códice de Metz y en numerosos pasajes corrigen a éste. Los códices hispanos son ambos del s. XVI, uno («E») conservado

[189] *Storia della letteratura latina* (cit. en n. 36), pág. 550.

[190] PSEUDO CALÍSTENES... (cit. en n. 115). Véase también del mismo autor *Primeras novelas europeas,* Madrid, 1974, págs. 108-111.

[191] Escrito en las primeras décadas del s. XII; ha sido considerado como la primera novela de tema antiguo; véase C. GARCÍA GUAL, *Primeras novelas...,* págs. 108-109.

[192] Véase, por ejemplo, D. J. A. Ross, «*Alexander historiatus*». *A guide to medieval illustrated Alexander Literatur,* Londres, 1963, página 9 y sigs.

[193] «Generi e significato della *Epitoma rerum gestarum Alexandri Magni*», *Pan* 1 (1973), 69-76.

[194] *Incerti auctoris epitoma rerum gestarum Alexandri Magni cum libro de morte testamentoque Alexandri,* 2.ª ed., Leipzig, 1966.

en la Biblioteca del Escorial y otro («F») en la Nacional de Madrid. L. Ruggini [195] ha insistido en que tanto el *Epitoma* como el *Liber de morte* son independientes aunque pertenecen a la misma época (finales del s. IV-comienzos del V) y, si no son del mismo autor, pertenecen al mismo ambiente cultural paganófilo y arcaizante.

Lo cierto es que, si se descarta el *Epitoma*, obra en la que la huella de Curcio es manifiesta, nuestro autor no parece haber ejercido influencia digna de ser notada hasta llegar a plena Edad Media en la que la misma abundancia de manuscritos llegados hasta nosotros nos hace ver que Curcio era ampliamente leído y apreciado en la época del renacimiento carolingio; esta influencia se manifiesta, por ejemplo, en ciertos historiadores, como Eginardo o Gramático Saxo, y hasta hay motivos para creer que nuestro autor era comentado en las escuelas [196]. Pero va a ser a partir del s. XII cuando la obra de Curcio va a ejercer una influencia verdaderamente importante sobre las letras en Occidente, convirtiéndose en la principal fuente de poemas épicos en distintas lenguas. En esta línea habría que mencionar el *Alexander* de Rudolf von Ems o von Montfort, poema que debió de quedar inacabado a la muerte del poeta en 1250 y, muy especialmente, la *Alexandreis* de Gautier de Chatillon con las distintas derivaciones que de este importante poema en hexámetros latinos se dieron en lenguas modernas [197].

---

[195] «L'*epitoma rerum gestarum Alexandri Magni* e il *Liber de morte testamentoque eius*. A proposito della recente edizione di P. H. Thomas», *Athenaeum* 39 (1961), 285-357.

[196] Véase S. DOSSON, *Étude...* (cit. en n. 5), pág. 363.

[197] De este poema tenemos dos antiguas ediciones: la aparecida en el tomo 209 de la *Patrologia latina* de Migne y la de F. A. W. MUELDENER, *M. Philippi Gualtheri ab Insulis dicti de Castellione. Alexandreis,* Leipzig, 1863. Entre los trabajos dedicados al autor o a su obra merecen recordarse M. MANITIUS, *Geschichte der Lateinischen Literatur des Mittelalters,* Munich, t. III, 1931 (reimpresión, 1964), págs. 920-936, con mención de bibliografía ya antigua; F. J. E. RABY, *A History of Secular Latin Poetry,* 2.ª ed., Oxford, 1967, t. II, pág. 72 sigs.; M. BACHELER, «Gualterus *'Alexandreis'* in ihrem Verhältnis zum Curtius-text», *Philol. Wochenschr.* 1917, págs. 693 sigs., 698 sigs., 730 sigs.; H. CHRISTENSEN, *Das Alexanderlied Walters von Chatillon,* Halle, 1905; G. CARY, *The medieval Alexander* (edit. por D. J. A. Ross), Cambridge, 1956, *passim,* especialmente en págs. 63-66, 173-174, 191-195 y 321-322; D. J. A. ROSS, *Alexander historiatus...* (cit. en n. 192), pág. 72; J. HELLEGOUARC'H, «Un poète latin du XIe siècle, Gautier de Lille, dit Gautier de Chatillon», *Bullet. Associat. Guill. Budé,* 1967, 95-115; W. T. JOLLY, *The Alexandreid of Walter of Chatillon. A traslation and commentary,* Diss. Tulane Univ., 1968. (Microfilm; resumen en *Dissertations Abstracts* 29 (1968), 1523A).

Como hace notar D. J. A. Ross [198], la Edad Media, de la mano de G. de Chatillon, vino a reparar la negligencia de la Antigüedad que dejó pasar un tema como el de Alejandro sin plasmarlo en un magno poema épico cuando hasta los mismos historiadores del Macedonio (y, más que nadie, Curcio) presentaron la gran expedición como tema de un encumbrado canto en prosa. La *Alexandreis* (como dice el autor en una carta introductoria) ocupó al poeta durante cinco años (entre 1178 y 1182) y la narración sigue el curso de la vida de Alejandro desde su juventud hasta su muerte. La fuente principal es Curcio, aunque el poeta se inspira a veces en Justino, Julio Valerio, Josefo e Isidoro de Sevilla.

El éxito de la obra fue tal que una década después de su aparición fue imitada en Italia por Enrico de Settimello [199], llegando a competir con la *Eneida* como texto en

---

[198] *Alexander historiatus...*, pág. 72.

[199] Véase F. J. E. RABY, *A History...* (cit. en n. 197), pág. 78, quien remite a STRECKER, «Henricus Septimellensis und die zeitgenösische Literatur», *Studi medievali* 2 (1929), pág. 120.

las escuelas. Su interés decayó con la llegada del Renacimiento, aunque fue impresa cuatro veces en el s. XVI y una en el XVII [200]. La influencia ejercida por la *Alexandreis* se manifiesta en las derivaciones que el poema tuvo en las literaturas nacionales: el *Alexander Geesten* de Jakob van Maerlant (se trata de una traslación en estrofas rítmicas de la obra de G. de Chatillon, hecha entre los años 1256 y 1260); el *Alexander* de Ulrich von Etzenbach (poema largo y difuso, terminado entre 1270 y 1287, que utilizó además, como fuentes, la *Historia de Prelis* J[2], el *Iter ad Paradisum* y otros); la *Alexanderssaga* de Brandr Jónsson (versión al islandés, en prosa); una versión al checo, en verso, probablemente en torno al año 1265; etc.

Pero, de todas las adaptaciones y versiones de la *Alexandreis* a las literaturas nacionales en época medieval la más importante es, sin duda, la de *El libro de Alexandre* llevada a cabo en España [201]. La obra se ha conservado en dos manuscritos: uno («O»), que perteneció al Duque de Osuna, se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid

[200] Véase D. J. A. Ross, *Alexander historiatus...*, pág. 72.

[201] De este magno poema tenemos las ediciones de S. WILLIS, Jr., *«El libro de Alexandre». Texts of the Paris and the Madrid manuscripts*, Nueva York, 1934 (el texto de ambos manuscritos aparece, enfrentado, en las páginas pares el «P» y en las impares el «O»); la de DANA ARTHUR NELSON, *Gonzalo de Berceo. «El Llibro de Alixandre»*, Madrid, 1979 y, en edición popular de la Editora Nacional, la de J. CAÑAS MAVILLO, *Anónimo, Libro de Alexandre*, Madrid, 1983. El episodio de la caída de Troya aparece en la obra de E. ALARCOS LLORACH, *Investigaciones sobre el «Libro de Alexandre»*, Madrid, 1948, págs. 97-184, estrofas núms. 321 a 773. La bibliografía especializada sobre nuestro poema es abundantísima; sólo mencionaremos dos títulos de un especialista en la cuestión, L. MICHAEL, «Estado actual de los estudios sobre el *Libro de Alexandre»*, *Anuario de Estud. Mediev.* 2 (1965), 581-595, y *The treatment of classical material in the «Libro de Alexandre»*, Manchester, 1970.

y fue editado por primera vez en 1782 por Tomás A. Sánchez. En él se lee que escribió este «dictado» Juan Lorenzo Segura de Astorga (que es considerado como autor del poema por muchos investigadores). El manuscrito fue copiado a finales del s. XIII o comienzos del XIV, presentando gran número de leonesismos. El otro manuscrito («P»), conservado en la Biblioteca Nacional de París, fue dado a conocer por Morel-Fatio en 1888 [202] y es copia del siglo XV, presentando numerosos aragonesismos. Según su editor, el poema sería obra de Gonzalo de Berceo y como autor del mismo figura, al frente de la obra, el poeta riojano en la reconstrucción crítica hecha por Dana Arthur Nelson, fijándose especialmente en razones de tipo métrico [203]. Los dos códices están incompletos y, combinando el texto de ambos, se obtiene un total de 2.675 estrofas (más de 10.000 versos), lo que supone la obra más extensa de todo el «mester de clerecía». (Sobre los problemas de fecha exacta de composición, autoría, dialecto empleado, fuentes, etc., puede verse, en la bibliografía citada en n. 201, especialmente I. Michael, «Estado actual...» y Jesús Cañas M., «Prólogo» a su edición del poema).

La influencia de Curcio se deja sentir, aunque de manera mucho más débil, en el propio Renacimiento, en el que contamos, por ejemplo, con el poema, en 27 cantos en «ottava rima», el *Trionfo magno* de Domenico Falugio, publicado en 1521. Su fuente principal es nuestro historiador, que, según dice Ross [204], está tratado «dentro del espíritu de la épica burlesca del Renacimiento». El apaga-

[202] La primera edición de «P», hecha por MOREL-FATIO, apareció en 1906: *«El libro de Alixandre», manuscrit espagnol 488 de la Bibliothèque Nationale de Paris*, Dresden, 1906.

[203] Véase su «Estudio preliminar» a la edición, pág. 23 sigs.

[204] *Alexander historiatus...* (cit. en n. 192), pág. 73.

miento que experimenta la influencia de Curcio a partir del Renacimiento viene a coincidir con el conocimiento directo que, a partir de esta época, se tiene en Occidente de otras fuentes (griegas) sobre Alejandro y su campaña: Arriano, Diodoro, Plutarco, así como la aparición de versiones de sus obras a lenguas nacionales, siendo la primera de todas ellas la de Plutarco llevada a cabo por el aragonés Juan Fernández de Heredia, obispo de Tudernopoli, antes de 1377 [205].

La tradición manuscrita de Q. Curcio

S. Dosson [206] ha redactado la lista de los manuscritos que nos han hecho llegar la obra de Curcio: más de ciento veinte. Como dice A. de Lorenzi [207], la situación de la tradición manuscrita de Curcio es notablemente confusa, pero, a pesar de ello, presenta puntos bastante seguros:

a) Por un lado, tenemos una serie de manuscritos antiguos: del s. IX, el «P» (= «Parisinus» 5716), que presenta lagunas de X 2, 10 a 5, 8 y termina en X 8, 14 (la obra termina en X 10, 20); del s. x, el «B» (= «Bernensis» 451); el «L» (= «Leidensis» 137), que termina en X 10, 16; el «V» (= «Vossianus» Q 20); del s. XI, el «F» (= «Florentinus» 64/35), que comienza en III 10, 6; así

[205] Véase J. SÁNCHEZ LASSO DE LA VEGA, «Traducciones españolas de las *Vidas* de Plutarco», *Est. Clás.* 6 (1961-1962), 451-514, pág. 454 sigs. y A. BRAVO GARCÍA, «Sobre las traducciones de Plutarco y de Quinto Curcio Rufo hechas por Pier Candido Decembrio y su fortuna en España», *Cuad. de Filol. Clás.* 12 (1977), 143-185, pág. 150 sigs.

[206] *Étude...* (cit. en n. 5), pág. 315 sigs.

[207] *Curzio Rufo. Contributo allo studio del texto e della tradizione manoscritta,* Nápoles, 1965, pág. 5.

como varios fragmentos: del s. x, «H» = «Herbipolitanus»; «R» = «Excerpta Rhenaugiensia»; «S» = «Schedae Vindobonenses»; «D» = «Darmstadiensis» 3152; y, del siglo XI, «E» = «Einsidlensis» 365.

b) Por otro lado, más de 120 códices «recentiores».

c) Y, entre unos y otros, el «M» (= «Parisinus» 5717), del s. XII, que, como dice A. de Lorenzi [208], puede ser considerado o como el último de los «antiguos» (así Bardon) [209] o como el primero y de mayor autoridad de los «recentiores» (así K. Müller [210]).

Todos los manuscritos dependen de un ejemplar anterior que presentaba ya las lagunas que encontramos en todos los que han llegado hasta nosotros: libros I y II, final del V, comienzo del VI y parte en el cuerpo del X. Entre los manuscritos antiguos se suele separar «P» del grupo Ω (formado por «B» «L» «V» «F» y sobre ellos han venido trabajando los distintos editores, siendo notable la aportación de Bardon, que en el aparato crítico de su edición presenta la colación de «M», que hasta él no había sido hecha en su conjunto. (Por su parte, la obra de A. de Lorenzi examina algunos códices napolitanos para que sirvan de confrontación con la tradición manuscrita más antigua).

Ediciones y traducciones más importantes de Q. Curcio

La edición «princeps» es la de Vindelino da Spira, Venecia, 1470. A la misma década pertenecen la «Romana», de 1472, y la «Mediolanensis», de 1475. Antes de acabar

[208] *Curzio Rufo..., ibidem.*

[209] En su edición, cit. en n. 37.

[210] En su edición publicada en Munich, 1954.

el s. xv aparecieron la de Zarotus, en 1481, y la de B. Merula, Venecia, 1490.

En el s. xvi tenemos la de Aldo Manucio, Venecia, 1510; la «Aldina» de Francisco Asulano, 1518, que corregía numerosos errores; la de Erasmo [211], Estrasburgo, 1518, y la de F. Modius, Colonia, 1579 y 1591, con un gran número de correcciones debidas a Janus Meller Palmer.

En el s. xvii es importante la de J. Freinsheim, Estrasburgo, 1648 y 1670, quien, basándose en la información ofrecida por otros historiadores de Alejandro, suplió las lagunas de Curcio (entre ellas, las de los dos primeros libros) en un latín que los críticos han calificado de «fácil y puro». E. Malcovati, en su reseña de la edición de A. Giacone [212], cita elogiosamente una curiosa edición italiana del s. xvii.

Entre las ediciones anteriores a las que podemos calificar de «modernas», debemos citar las de H. Snakenburg, Delft y Leiden, 1724; F. Schmieder, Gotinga, 1803-1804; N. E. Lemaire, París, 1822-1824 y J. Mützell, Berlín, 1841, con amplia introducción y comentario.

Las ediciones «modernas» se inician con la de C. T. Zumpt, Brunswich, 1849 y, por lo que se refiere a la reconstrucción del texto, las tres más importantes son, indudablemente, las de T. Vogel, Leipzig, 1880; E. Hedicke, Berlín, 1867 y, sobre todo, la segunda edición de Leipzig, 1908 [213] con reimpresión en 1927, y la de T. Stange, Leipzig, 1908.

[211] Erasmo hizo editar varios autores latinos: Terencio, Curcio, Suetonio, Plinio el Viejo, T. Livio y obras filosóficas de Cicerón. Véase R. Pfeiffer, *History of Classical Scholarship 1300-1850*, Oxford, 1976, página 77.

[212] «Una nuova edizione di Curzio Rufo», *Athenaeum* 55, 3-4 (1977), 421-3.

[213] La edición «maior»; la «minor», en 1931.

Otras ediciones dignas de mención son, por ejemplo la de P. H. Damsté, Groninga, 1897; S. Dosson-R. Pichon, París, 13.ª ed., 1929; E. Cocchia, Turín, 1884-1885; A. Vauchelle, París, 1898, con notas, como las dos anteriores, y la de K. Müller, Munich, 1955.

Entre las ediciones en las que el texto latino va acompañado de traducción podemos citar la de V. Crépin, París, 1932, que ha servido de base para la edición bilingüe (texto latino y traducción al italiano) de G. Baraldi [214]; la de H. Bardon [215]; la de J. C. Rolfe [216]; la de K. Müller-H. Schönfeld, Munich, 1954, y la de A. Giacone [217].

Entre las traducciones sin texto latino tenemos, la primera que se hizo a lengua moderna, la de Pier Candido Decembrio, en 1438, hecha por el humanista italiano para Felipe María Visconti, Duque de Milán [218]; la del portugués Vasco de Lucena [219], traducida al francés (= *Les faitz d'Alexandre)*, 1468. Esta traducción tuvo un gran éxito, a pesar de su carácter ampuloso, y de ella nos han llegado 29 manuscritos [220]. Su popularidad se mantuvo hasta mediados del s. xvi y entre los años 1500 y 1555 fue impresa siete veces. En el s. xvii tenemos la famosa de Vogelas al francés, París, 1652 —paráfrasis más que traducción—, en la que el traductor empleó treinta años y de la que se

[214] Edición cit. en n. 43.

[215] Cit. en n. 37.

[216] Cit. en n. 41.

[217] Cit. en n. 47.

[218] Sobre ella véase el apartado «Curcio en España», págs. 64 y sigs.

[219] Vasco Fernández, conde de Lucena, era un caballero portugués que, en la corte de Borgoña, formaba parte del séquito de Isabel de Portugal, esposa de Felipe el Bueno.

[220] Véase D. J. A. Ross, *Alexander historiatus...*, (cit. en n. 192), páginas 69-71.

decía que era tan inimitable como Alejandro invencible [221]; en el XVIII, la de Beauzée, igualmente al francés, París, 1781; en el XIX, la de P. Pratt al inglés, 1821, y la A. H. Christian al alemán, Stuttgart, 1855-1875, en tres volúmenes; y, en el XX, la de W. Felsing, Leipzig, 1929, igualmente al alemán. Etc. [222].

Curcio en España [223]

El interés que por la figura de Alejandro y por la obra de Curcio se despierta en Italia, principalmente en el si-

[221] Véase J. C. ROLFE, «Introduction» a su edic. de Curcio, página XXXIII.

[222] Sobre las traducciones de Curcio en nuestra patria, véase el apartado siguiente, «Curcio en España».

[223] Aparte las Introducciones que suelen encabezar las traducciones de Curcio a diversas lenguas de nuestra patria y en las que se ofrece información sobre el tema que ahora nos ocupa, pueden consultarse con fruto trabajos como los de M. MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía hispano-latina clásica,* Madrid, 1950, t. III, págs. 305-318; J. VALLEJO, *Papeletas de bibliografía hispano-latina clásica,* Madrid, 1967, *passim;* J. SÁNCHEZ LASSO DE LA VEGA, «Traducciones españolas...» (cit. en n. 205); A. BRAVO GARCÍA, «Sobre las traducciones...» (cit. igualmente, en n. 205); MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL, «La leyenda de Alejandro en la literatura medieval», en *La tradición clásica en España,* Barcelona, 1975, páginas 165-197, trabajo aparecido primeramente como artículo de revista en *Romance Philology* 15, 3 (1962), 311-318 y 15, 4 (1962), 412-423 (que pretende llenar, como la misma autora dice, «con muy provisional inventario», el vacío que la obra de G. CARY, *The medieval Alexander* (cit. en n. 197), presenta a propósito de España, de la que el investigador inglés apenas si ofrece algunas aisladas manifestaciones culturales relativas a la figura de Alejandro. El trabajo de la autora se limita a la materia enunciada en su título pero puede tener interés para enmarcar las relaciones de Curcio con nuestra patria); también sobre la figura de Alejandro, y con un interés más alejado de nuestro tema, versa el trabajo de EMILIO

glo XV, se deja notar también muy pronto en España; interés que queda reflejado en la temprana traducción de la versión que de la obra de Curcio había hecho ya en 1438 Pier Candido Decembrio, traducción ya citada y de la que se hablará más adelante.

MANUSCRITOS. — Menéndez Pelayo cita y describe cinco [224]. J. Vallejo [225] cita ocho, todos ellos del s. XV (tres en la Biblioteca del Escorial, tres en la Nacional de Madrid y dos en el Cabildo de la Catedral de Toledo [226]).

EDICIONES. — Menéndez Pelayo [227] describe la edición de Lorenzo Balbo, aparecida en Alcalá en 1524, «tan rara que Fabricio dice no haberla visto nunca ni haberla encontrado descrita en ningún autor». De esta edición es muy notable el «Prólogo», escrito en latín, en el que, después de hacerse un elogio de la historia y de los historiadores en general, se encumbra la figura de Curcio hasta las alturas más sublimes. El rótulo de la obra reza así: *«Curtii Fragmenta nuperrime impressa et plurimis maculis repur-*

GARCÍA GÓMEZ, *Un texto árabe occidental de la leyenda de Alejandro,* según el manuscrito árabe XXVII de la Biblioteca de la Junta para la Ampliación de Estudios, Madrid, 1929, obra de la que arrancan dos trabajos de F. RUBIO, «Un texto castellano occidental de la leyenda de Alejandro Magno», *La Ciudad de Dios,* 178, 2 (1965), 311-336 y «Las leyendas sobre Alejandro Magno en la *General Estoria* de Alfonso el Sabio», *La Ciudad de Dios,* 179, 3 (1966), 431-462.

[224] *Bibliografía...,* págs. 305-307.

[225] *Papeletas...,* págs. 4-5.

[226] Véase P. GUILLERMO ANTOLÍN, *Catálogo de los códices latinos de la Real Biblioteca del Escorial,* 5 vols., Madrid, 1916, E. PELLEGRIN, «Manuscrits des auteurs classiques latins de Madrid et du Chapitre de Tolède», *Bul. Inform. Inst. de Recherche et Hist. des Textes,* 2 (1953), (referencia bibliográfica tomada de J. VALLEJO, *Papeletas...,* pág. XII), y L. RUBIO FERNÁNDEZ, *Catálogo de los manuscritos clásicos latinos existentes en España,* Madrid, 1984, núms. 74, 158, 204, 379, 398, 485, 611 y 612.

[227] *Bibliografía...,* pág. 308.

gata per Laurentium Balbum Liliensem. Adiectum est insuper rerum omnium annotari dignum, quae per totum volumen sparsae sunt, pinacidium uberrimum, frugem non exiguam studiosis omnibus pariturum». Como hace notar M. Pelayo, aunque el título hable de «Fragmentos», en realidad la edición ofrecía todo lo que de Curcio ha llegado hasta nosotros, una obra, en efecto, fragmentada.

Del s. XVII tenemos la edición de Antonio de Castro, Madrid, 1657; pero es en el s. XVIII cuando las ediciones de Curcio se multiplican extraordinariamente: nada menos que catorce ediciones registra J. Vallejo [228] (Sevilla, 1735; Madrid, 1741; Valladolid, 1750; Sevilla, 1753; Villagarcía, 1758; Madrid, 1760, de la que Vallejo dice que tal vez haya que identificar con la citada por M. Pelayo en su apartado de «traducciones» aparecida en 1761; Madrid, 1767; Valladolid, 1767; Madrid, 1768; Madrid, 1772; Madrid, 1773; Madrid, 1782; Madrid, 1791; Madrid, 1798) a las que habría que añadir las descritas por M. Pelayo [229]: Madrid, 1776, de la Real Academia Greco-Latina y Madrid, 1797, de editor anónimo. Esta proliferación de ediciones en este siglo es tanto más notable cuanto que, aun admitiendo que todos los autores clásicos conocen en esta época un esplendor hasta entonces ignorado en este terreno de todos ellos sólo Cicerón (con 19 ediciones de sus distintas obras) supera el número de ediciones de Curcio; siguen después Virgilio con doce; Horacio con seis; Fedro con cinco; etc. [230].

Del s. XIX tenemos las ediciones de Madrid, 1805, 1819, 1828 y 1834, y del XX, la bilingüe (latín/catalán) de J.

[228] *Papeletas...*, págs. 33-34.
[229] *Bibliografía...*, págs. 311-312.
[230] *Papeletas...*, pág. 29 y sigs.

Estelrich-M. Montoliu [231] y las parciales de M. Montoliu-J. Vergés [232], F. Delgado Sanz [233] y J. Vergés [234].

PRINCIPALES TRADUCCIONES. — Las primeras traducciones de Curcio hechas en España son: una de Luis de Fenollet, Barcelona, 1481, al valenciano (hecha sobre la versión al italiano de Pier Candido Decembrio) y dos anónimas aparecidas en Sevilla, en 1496 y 1518.

Pier Candido Decembrio (de cuya traducción al italiano se ha hecho mención más arriba) es un humanista italiano del Cinquecento ligado a España por abundantes lazos [235]. Tradujo a Platón, Homero, Apiano, Polibio, César, Séneca, Columela, Apuleyo, Quinto Curcio, Plutarco y otros autores clásicos. Su traducción de Curcio tuvo un éxito extraordinario, como lo demuestra el hecho de que se nos ha conservado en 18 manuscritos (a los que, según Bravo García, habría que añadir otro más, «conservado en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (manuscrito 100), con letra del XV y proveniente de los fondos que hace bastantes años estuvieron en la Biblioteca de las Cortes» [236]. Decembrio, para suplir la laguna de los dos primeros libros de Curcio, introdujo, por un lado, pasajes tomados de las *Vidas* de Plutarco (como lo hace notar el mismo Fenollet) y, por otro, una «Comparación» entre Cé-

[231] *Història d'Alexandre el Gran* (colec. «Bernat Metge»), Barcelona, 3 vols., 1925, 1926, 1935.
[232] *Història d'Alexandre el Gran*, vol. I, Llibres III-i IV. Text revisat i traducció de Manuel Montoliu, 2.ª ed. a cura de Josep Vergés, Barcelona, 1936 (publicada en 1941).
[233] *De rebus gestis Alexandri Magni*, L. III, Madrid, 1950.
[234] *Quinto Curcio...* (cit. en n. 19).
[235] Véase A. BRAVO GARCÍA, «Sobre las traducciones...» (cit. en nota 205), especialmente págs. 143-148.
[236] *Ibid.*, pág. 160.

sar y Alejandro. La traducción del humanista italiano tuvo rápidas reediciones: en Florencia, 1519, 1530, 1534; Venecia, 1520, 1524; Venecia y Florencia, 1531 y 1535 (siete ediciones en una quincena de años).

La versión al valenciano hecha por Luis de Fenollet apareció, como se ha dicho, en Barcelona en 1481, el 7 de julio, en la imprenta de Pedro Posa y Pedro Bru, con el siguiente título: *La vida del rey Alexandre scrita por aquell singularissim e hystorial Plutarcho fins en aquella part on lo Quinto Curcio Ruffo comença Alexandre entretant.* A la vuelta de la hoja que debía servir de portada, y que está en blanco, empieza la «Tabla»: «En nom de nostre sennyor deus Aço es la taula o registre del present libre appellat la hystoria de Alexandre scrita da Quinto Curcio Ruffo. En lo qual libre es stat aiustat una part del Plutarcho, e aço per supplir lo defecte dels primers dos libres de dita hystoria perduts (...)» [237].

Sobre la traducción de Decembrio se hicieron también las dos versiones al castellano aparecidas en Sevilla (1498, 1518), de las que la segunda, según M. Pelayo [238], no sería más que una nueva edición de la misma traducción y acerca de las cuales los investigadores discrepan a la hora de interpretar si estas traducciones están directamente hechas sobre la de Decembrio o a través de la de Fenollet [239].

Como la segunda de Sevilla, también del s. XVI es la traducción de Gabriel de Castañeda [240]. Según Menéndez Pelayo [241], los «otros autores» de los que se valió el traductor para suplir las lagunas del texto de Curcio fueron Arriano, Josefo, San Antonino de Florencia, San Agustín y Plutarco. Tal vez esta traducción esté inspirada (aunque no se pueda asegurar) en la de Decembrio. La traducción en cuestión fue ferozmente criticada por Mateo Ibáñez de Segovia en el «Prólogo» de su propia versión.

En 1699 apareció la versión que más éxito ha tenido, y con mucho, de cuantas han aparecido en España, y fue llevada a cabo por el citado M. Ibáñez de Segovia y Orellana [242]. El traductor conoce, lo mismo que Castañeda, los suplementos de Freinsheim, y del éxito obtenido por esta versión da clara idea el hecho de que se han venido ofreciendo reediciones de la misma hasta nuestros días: 1723, 1749, 1781, 1794, 1796, 1887-1888, 1914 [243], 1944 [244] y 1969 [245].

M. Pelayo se hace eco de dos traducciones, una del P. Juan Andrés de Navarrete, S. I., 1782, y otra de Cayetano Navarro y Cea [246], de la que dice: «esta obra, de la cual no creo que llegaran a salir más que algunas entregas, se anunció que constaría de dos tomos de 8.º marquilla prolongado, y que se publicaría por cuadernos sueltos de unas 56 páginas de impresión» [247].

En 1960 apareció la versión de Flor Robles [248].

---

[237] Datos tomados de MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía...*, págs. 312-313.

[238] *Bibliografía...*, pág. 314.

[239] Véase A. BRAVO GARCÍA, «Sobre las traducciones...», pág. 171.

[240] *Quinto Curcio. De los hechos del magno Alexandre rey de Macedonia: nuevamente traduzido y suplidos los libros que del faltan de otros autores,* Sevilla, 1534.

[241] *Bibliografía...*, pág. 316.

[242] *De la vida y acciones de Alexandro el Grande,* Madrid, 1699.

[243] Madrid, 2 vols., Editorial Hernando (Biblioteca Clásica).

[244] Con «Nota preliminar» de S. Montero Díaz, 2 vols., Madrid.

[245] Formando parte —págs. 443-651— de la obra colectiva *Biógrafos y Panegiristas latinos,* Madrid, Aguilar.

[246] *Campaña de Alejandro el Grande,* historia escrita en griego por PLUTARCO, en latín por Q. CURCIO RUFO; traducida libremente al castellano por el doctor don Cayetano Navarro y Cea, Madrid, 1840.

[247] *Bibliografía...*, pág. 317.

[248] *Historia de Alejandro Magno,* Barcelona, ed. Iberia.

NUESTRA TRADUCCIÓN. — Está basada en el texto ofrecido por H. Bardon [249], apartándonos de dicho texto en los siguientes pasajes: III 2, 6-7; IV 2, 8; V 3, 3; VI 6, 8; 11, 33; VII 1, 7; 7, 25; VIII 5, 8; IX 8, 17; 8, 25; X 2, 21; 7, 10 y 9, 2 (como se hace observar en las correspondientes notas n.os 37, 174, 380, 481, 518, 528, 604, 699, 898, 903, 968, 993 y 1003), en que seguimos el texto ofrecido por A. Giacone [250], quien unas veces sigue la interpretación de otros editores y otras innova personalmente, lecturas que por lo general han sido reconocidas como válidas por el propio Bardon en su reseña crítica de la edición de Giacone [251]. En cuanto a la traducción nos han servido de ayuda, a la hora de confrontar interpretaciones, las versiones ofrecidas en las ediciones bilingües de Bardon, Rolfe, Baraldi y Giacone, así como las notas de J. Vergés a su edición escolar de los libros III y IV y las de Dosson-Pichon a su edición de Hachette.

[249] En su edición cit. en n. 37.
[250] En su edición cit. en n. 47.
[251] *Latomus,* 38, 2 (1979), 540-541.

LIBRO III [1]

SINOPSIS

(Primavera-Diciembre del año 333 a. C.)

Primavera: Alejandro toma Celenas. Entrada en Gordio (episodio del «nudo gordiano») y en Ancira (cap. 1). Darío asume personalmente la dirección y mando de su ejército. Recuento de sus

[1] Tal como han llegado hasta nosotros los manuscritos de Q. Curcio, faltan, completos, los libros I y II, así como el final del V, el comienzo del VI y una parte central del X. J. FREINSHEM, en sus ediciones de 1648 y 1670, ofreció un resumen de los dos primeros libros basándose en fuentes antiguas de otros historiadores de Alejandro que hacen mención de lo que presumiblemente Curcio contaba en tales libros, por ejemplo, DIODORO, XVII 2-29, JUSTINO, IX 5-XI 6, PLUTARCO, *Alejandro* XI-XVII, ARRIANO, *Anábasis* I 1-II 2. (Una versión, al inglés, de los resúmenes de Freinshem puede verse en la edición de Q. Curcio preparada por J. C. ROLFE, para la colección de clásicos «Loeb», I 3-59). Intentar adivinar cuál era el contenido de los dos primeros libros de Curcio ha tentado a muchos investigadores en todas las épocas. No hace mucho S. ALESSANDRI ha vuelto sobre el tema en su trabajo «Curzio Rufo e la *paideia* de Alessandro», *Annali della Facoltà di Lettere di Lecce,* 2 (1964-5), 35-70. Según este autor (información tomada de *L'Année Philologique,* 44 (1975, 92), Curcio seguramente no trataba de la *paideia* de Alejandro al comienzo de su obra. El libro I contendría el relato de la eliminación de los aspirantes al trono de Macedonia, las campañas en Europa, el asedio y destrucción de Tebas, así como la organización política de Macedonia y de Grecia, antes de la expedición contra Persia, que fue iniciada en

tropas. Asesinato del ateniense Caridemo por haberse atrevido a decir a Darío lo que pensaba sobre el ejército persa y el macedonio (2). Inquietante sueño de Darío. El ejército persa se pone en marcha. Descripción del mismo (3). Alejandro atraviesa la cordillera del Tauro. Entrada en Cilicia (4).

Otoño: Baño de Alejandro en el Cidno. Súbita enfermedad del rey, quien recibe una carta de Parmenión en la que éste le aconseja que no se fíe del médico Filipo; a pesar de ello, Alejandro se pone en manos del médico y cura de su enfermedad (5-6). Darío se dirige a Cilicia. Alejandro lo hace hacia Iso. Muerte del persa Sísenes, del que Alejandro sospecha que es un traidor (7). Darío penetra en Cilicia contra el parecer de sus generales. Los ejércitos persa y macedonio se aproximan uno a otro (8).

Noviembre: Batalla de Iso: descripción de los dos ejércitos (9). Alejandro arenga a sus tropas (10). La batalla; victoria de Alejandro. Éste penetra en el campamento de Darío (11). Comportamiento de Alejandro con la familia de Darío (12).

Diciembre: Parmenión toma Damasco y se apodera de los tesoros del rey persa, haciendo prisioneros a muchos personajes importantes (13).

1 Entre tanto, Alejandro había enviado a Cleandro [2] con dinero a fin de llevar a cabo un reclutamiento de tropas procedentes del Peloponeso y, tras arreglar los asuntos de

el año 334, cuando Alejandro tenía 22 años. En el libro II se narraría el paso de los Dardanelos, la batalla junto al río Gránico, la conquista de la Frigia, de la Lidia, de la Panfilia y de la Licia, así como las empresas de Memnón en el Egeo y la muerte de este general. En este punto —primavera del año 333, un año después de iniciada la campaña— comienza la narración de libro III.

[2] General de Alejandro. Su regreso se narra en IV 3, 11 y, según ARRIANO II 20, 5, volvió con 4.000 mercenarios griegos. Era hijo de Polemócrates y hermano de Ceno. Intervino directamente, por orden de Alejandro, en el asesinato de Parmenión, pero, a pesar de ello, Alejandro le condenó a muerte cuando, a su regreso de la India, fue acusado de mal gobierno y abuso de poder, como se cuenta en X 1.

Licia y Panfilia [3], levantó su campamento y se dirigió a la ciudad de Celenas [4].

Por aquella época, el río Marsias [5], famoso por las 2
quiméricas leyendas de los griegos [6], dividía, en su curso, a la ciudad en dos mitades. Nace en la cima más alta 3
de una montaña y, con gran estrépito de sus aguas, cae en cascada sobre una superficie rocosa desde la que, difundiéndose, riega las llanuras circundantes con sus aguas, cristalinas al no recibir las de ningún afluente. Por eso, el 4
color de las mismas, semejante al del mar en calma, ha dado lugar a una invención de los poetas: cuenta la tradición que las ninfas, cautivadas por el amor al río, hicieron de aquella roca su morada. El río conserva su nombre de 5

[3] Licia, península del Asia Menor, entre la Caria y la Pisidia; 23 ciudades de este país constituían una confederación democrática. La Panfilia, por su parte, abarcaba una zona costera situada entre la Licia y la Cilicia.

[4] Según T. LIVIO, XXXVIII, 13, 5 y sigs., Celenas fue en otro tiempo la capital de la Frigia. De esta ciudad nos habla con detenimiento JENOFONTE, *Anábasis* 1 2, 7 sigs. En ella tenía Ciro una residencia y un gran parque lleno de fieras que el rey cazaba a caballo, y por el parque corría el río Meandro.

[5] Según la leyenda, el sátiro Marsias habría tenido la osadía de competir con Apolo en un duelo musical, Marsias con la flauta (cuya invención se atribuía al sátiro) y Apolo con la lira. Apolo, tras vencer en el duelo, desolló vivo a Marsias. El dios, conmovido por las lágrimas de las ninfas, de los pastores y de los faunos, convirtió aquellas lágrimas, mezcladas con la sangre de Marsias, en un río.

[6] La leyenda de Marsias ha sido objeto de múltiples referencias entre los antiguos, tanto griegos como romanos. A los dos historiadores citados en la nota n.° 4 podemos añadir: HERÓDOTO, VII 26, DIODORO, III 58; PAUSANIAS, I, 24, 1; II 7, 9; 22, 9; X 30, 9; PLUTARCO, *De Musica* V y VII; OVIDIO, *Metamorfosis* VI 383 sigs.; *Fastos* VI 696 sigs.; HIGINIO, *Fábulas* 165; APULEYO, *Florida* III; etc. Particularmente interesante es la descripción preciosista del duelo musical que nos ofrece Apuleyo.

«Marsias» mientras corre dentro de los muros de la ciudad, pero, una vez que, de mayor ímpetu y caudal, se extiende fuera de las murallas, recibe el nombre de «Lico» [7].

6 Alejandro, pues, entró en la ciudad abandonada por sus propios habitantes y, disponiéndose a tomar al asalto la ciudadela en la que aquéllos habían buscado refugio [8], envió por delante un parlamentario [9] para que les hiciera saber que, si no se rendían, serían pasados por las armas.
7 Los habitantes condujeron al parlamentario a una torre de extraordinaria altura debido tanto a su emplazamiento como a su construcción, y le invitaron a que calibrase la altura de la misma y a que hiciera saber a Alejandro que él y los celeneses no tenían el mismo patrón a la hora de medir las fortificaciones: que supiera que unas personas, decididas a morir en caso extremo en aras del honor, eran,
8 por lo mismo, inexpugnables. Pero he ahí que, al ver que la ciudadela se encontraba sitiada y que los recursos de todas clases disminuían de día en día, pactaron una tregua de sesenta días, con la condición de que, si dentro de ese plazo no recibían ayuda de Darío [10], entregarían la ciudad;

[7] Los comentaristas interpretan que lo más probable es que aquí haya una confusión de Curcio, llamando «Lico» al Meandro, que vertía sus aguas en el Marsias dentro de la ciudad de Celenas. Por otra parte, varios eran los ríos que, en Asia Menor, tenían el nombre de «Lico» y uno de ellos era, precisamente, afluente del Meandro.

[8] Según ARRIANO, I 29, 1, la ciudadela estaba defendida por 1.000 carianos y 100 griegos mercenarios, a las órdenes del sátrapa de Frigia.

[9] El texto latino lo llama *caduceator*. El caduceo era la vara que llevaba Mercurio, el dios mensajero, y que pasó a ser el distintivo de los heraldos, convirtiéndose en símbolo de inviolabilidad cuando un delegado se disponía a parlamentar.

[10] Darío III Codomano (380-330), el último rey de los persas. Subió al trono el año 336 (hay autores que piensan que en el 337 y algunos que en el 335), gracias a su eunuco Bagoas, que había asesinado al padre

y, como quiera que seguían sin recibir auxilio, en el día prefijado se rindieron al rey [11].

Llegó después [12] una comisión ateniense con la petición 9
de que se les hiciera entrega de los soldados hechos prisioneros junto al río Gránico [13], a lo que Alejandro respondió que no sólo aquéllos, sino que, además, daría orden de devolver los restantes griegos a los suyos, una vez terminada la guerra contra Persia [14]. Pero, estando ya a 10
punto de pisar los talones a Darío, del que sabía que todavía no había atravesado el Éufrates [15], reunió todas sus

y al hermano de Darío. Darío va a ser el gran rival de Alejandro y el antihéroe del relato histórico-épico de Curcio en los libro III, IV y V. Fue derrotado por Alejandro en las memorables batallas de Gránico, Iso y Arbelas, siendo asesinado por Beso, sátrapa de la Bactriana, el año 330, tal como se cuenta en el último capítulo del libro V.

[11] ARRIANO, I 29, 2, cuenta que Alejandro dejó ante la ciudadela un contingente de 1.500 soldados mientras él seguía su marcha hacia Gordio.

[12] Según ARRIANO, I 29, 5, la embajada ateniense llegó a presencia de Alejandro cuando éste se encontraba ya en Gordio. En cuanto a la petición de que eran portadores, se trataba del rescate de unos 2.000 soldados griegos que habían militado en el bando persa. En IV 8, 12-13, se habla de otra embajada ateniense que vuelve a interesarse por los prisioneros griegos y es entonces —en el a. 331— cuando Alejandro accede a darles la libertad.

[13] El río Gránico (hoy, Oust-vola-sou) es un río de Misia que nace en el Ida y desemboca en la Propóntide (mar de Mármara). La victoria conseguida por Alejandro junto a sus aguas fue la primera de las grandes victorias del Macedonio sobre el rey persa y tuvo lugar en junio del año 334; indudablemente Curcio hablaría de ella en el libro II.

[14] No aguardó hasta terminar la guerra con Persia para ponerlos en libertad. Como se ha dicho en nota 12, lo hizo en el año 331 cuando, a la vuelta de Egipto, se detuvo en Tiro.

[15] Se trata de uno de los ríos más cargados de historia. Nace en las montañas de Armenia, cerca del monte Ararat. En la antigüedad formaba frontera entre Siria y Mesopotamia. Esta última región recibía su nombre por encontrarse entre los dos grandes ríos Éufrates y Tigris. Hoy ambos

tropas, dispuesto a hacer frente, con la totalidad de sus efectivos, al punto culminante de guerra tan decisiva.

11 La población de Frigia, región a través de la cual conducía su ejército, se encontraba concentrada más bien en aldeas que en ciudades, y en Frigia estaba, por entonces, 12 la en otro tiempo célebre corte de Midas [16], de nombre «Gordio», bordeada por el río Sangario, y a igual distan- 13 cia del Ponto Euxino [17] y del mar de Cilicia. Sabemos que es precisamente entre estos dos mares donde Asia [18] presenta su parte más estrecha, al empujar ambos mares a la tierra y formar un estrecho istmo; éste, al estar unido al continente pero ceñido en gran parte por las aguas, ofrece el aspecto de una isla [19] y, si no opusiera la ligera barrera que opone, pondría en comunicación los dos mares que ahora separa.

14 Tras la rendición de la ciudad, Alejandro hizo su entrada en el templo de Júpiter. Allí contempló el carro que, según se aseguraba, había transportado a Gordio, padre de Midas; carro que, en cuanto a su aspecto externo, verdaderamente no se diferenciaba de otros carros de menos

ríos unen sus aguas antes de desembocar en el golfo Pérsico, pero en la Antigüedad, cuando el Golfo penetraba hasta el paralelo 31, cada uno de esos ríos desembocaba por su lado.

[16] El legendario rey del que se contaba que cuanto tocaba con sus manos se convertía en oro.

[17] Ponto Euxino = mar Negro.

[18] Como es tradicional en los autores clásicos, se trata, por supuesto, del Asia Menor.

[19] Los antiguos aquí, como en muchas otras cuestiones geográficas, tenían una idea muy equivocada al respecto, considerando que la distancia entre el mar Negro y el Mediterráneo (o mar de Cilicia o de Chipre) era mucho menor que lo que en realidad es. HERÓDOTO, I 72, llega a decir que un hombre ágil podía hacer el recorrido desde la desembocadura del Cidno, en el mar de Chipre, hasta la del Halis, en el mar Negro, en cinco días de marcha. También PLINIO EL VIEJO, VI 2 (7), tiene una idea errónea al respecto.

valor y de uso común [20]. Digno de ser notado era el yugo, 15 amarrado como estaba con gran cantidad de nudos entrelazados entre sí y que no dejaban ver la trabazón. Al oír, 16 de boca de los habitantes del lugar, que existía el vaticinio de un oráculo según el cual llegaría a ser dueño de Asia aquel que soltara aquel lazo inextricable, se apoderó del ánimo de Alejandro el deseo de dar cumplimiento al vaticinio. Rodeaban al rey una multitud no sólo de frigios 17 sino también de macedonios, unos con el ánimo en vilo ante el resultado, los otros, preocupados por la temeraria osadía del rey, ya que la serie de ataduras era tan compacta que ni con la vista ni por cálculo se podía deducir dónde comenzaban los cabos ni por dónde se ocultaban. Alejandro, puesto manos a la obra, infundió en los suyos el temor de que, si el intento fracasaba, se volvería contra él la predicción del oráculo. Después de luchar en vano, 18 durante mucho tiempo, con los inextricables nudos, dijo: «Poco importa la manera de cómo sean desatados», y, cortando con su espada todas las correas, burló la predicción del oráculo o le dio así cumplimiento.

Decidido, pues, a sorprender a Darío dondequiera que 19 se encontrara, con el fin de no tener que temer ningún contratiempo en la retaguardia, puso al frente de la escuadra, anclada en el Helesponto [21], a Anfótero [22] y de las

[20] La historia del campesino Gordio que, de labrador, pasó a rey de la ciudad a la que dio su nombre por haber sido el primero que dio cumplimiento al oráculo, según el cual el primero en entrar con su carro en el templo de Júpiter sería nombrado rey, es narrada por JUSTINO, II, 11, 5-16, Y POR ARRIANO, II 3.

[21] El Helesponto o mar de Helle (el actual estrecho de los Dardanelos) une el archipiélago del Egeo y la antigua Propóntide o mar de Mármara. Se llamó «Helesponto» porque allí habría caído Helle cuando, en compañía de su hermano Frixos, huía, a lomos del carnero volador, de las iras de su madrastra Ino.

[22] Hermano menor de Crátero.

tropas de tierra a Hegéloco [23], con la orden de desmantelar las guarniciones enemigas de Lesbos, Quíos y Cos.
20 A estos generales les fueron asignados, para gastos de guerra, 500 talentos [24]; a Antípatro [25] y a los que protegían las ciudades griegas, les fueron remitidos 600 y, de acuerdo con las cláusulas del tratado, a los aliados les fueron exigidas naves con las que velar por la defensa del
21 Helesponto. Y es que todavía Alejandro no se había enterado de la muerte de Memnón [26], en relación con el cual tomaba todas aquellas precauciones, sabiendo muy bien que todo saldría a pedir de boca si aquél no tomaba ninguna iniciativa.

---

[23] Comandante de la caballería macedonia en la batalla del Gránico. Del resultado de la operación mencionada en el texto se da cuenta en IV 5, 14.

[24] El valor del talento (empleado para contar grandes sumas de dinero) varió según las épocas y según los Estados. El talento ático de la época de Alejandro correspondía al valor de 60 minas, 3.000 siclos, 6.000 dracmas o 36.000 óbolos. Dada la constante fluctuación de la cotización del oro en los tiempos actuales es imposible aventurar una equivalencia actual del talento. Normalmente se entiende que el talento en cuestión equivaldría a unas 5.500 pts. oro a su cotización de comienzos del presente siglo.

[25] Gobernador de Macedonia y de Grecia durante la campaña de Alejandro en Oriente. Tras la muerte del rey, en el reparto del Imperio a Antípatro le correspondieron las mismas regiones de las que había sido gobernador, muriendo en el año 319.

[26] Griego, de Rodas, que en la batalla del Gránico capitaneaba las tropas griegas que militaban en el bando de Darío. Tras esta batalla fue nombrado sátrapa del Asia Menor. Después de conquistar Quíos y Lesbos, se disponía a llevar la guerra a Europa cuando murió en el asedio de Mitilene, el año 333. Era hermano de Mentor y se convirtió en el prototipo del general fiel y abnegado que, a las órdenes de Darío, militó contra Alejandro. (De la fidelidad de los soldados griegos que servían en el bando persa tenemos abundantes testimonios en el relato de Curcio).

Entre tanto se había llegado a Ancira [27]; allí el rey 22
procedió a un censo del ejército y después penetró en Paflagonia [28]. Vecinos de este pueblo eran los hénetos, de los que algunos creen que descienden los vénetos. Toda 23
esta región se sometió al rey y, mediante la entrega de rehenes, consiguieron no verse en la obligación de pagar un tributo que ni siquiera a los persas habían pagado. Calas [29] 24
fue puesto al frente de esta región y Alejandro, después de incorporar las tropas recientemente llegadas de Macedonia, puso rumbo a Capadocia [30].

Darío, por su parte, justamente conmovido ante el anun- 2
cio de la muerte de Memnón, dejando a un lado cualquier otro tipo de esperanza, se decidió a presentar batalla personalmente. En efecto, nada de cuanto habían hecho sus generales merecía su aprobación, estimando que a muchos les había faltado el interés y, a todos, la fortuna.

Así pues, acampó en las cercanías de Babilonia [31]; con 2
el fin de que sus tropas se vieran más animadas para emprender la lucha, hizo una exhibición de todo su ejército

---

[27] Corresponde a la actual Ankara.

[28] Región costera del Asia Menor, situada entre el Ponto Euxino al norte, la Bitinia al oeste, la Galacia al sur y el río Halis (que marcaba la frontera entre la Paflagonia y el reino del Ponto) al este.

[29] Gobernador de la pequeña Frigia, a cuyo gobierno parece que Alejandro añadió el de Paflagonia. En la batalla de Iso estará al frente de la caballería tesalia.

[30] Una de las regiones más extensas del Asia Menor, entre la Cilicia, la Frigia y el Ponto.

[31] Capital de la región de este mismo nombre. Se extendía a ambas orillas del Éufrates. Había sido fundada por Belo (año 2640 ?) o por Semíramis. Fue, en principio, una de las cuatro capitales de la monarquía persa y Alejandro hizo de ella la capital del imperio de Asia. En ella morirá Alejandro el año 323.

y, levantada una empalizada circular capaz de contener diez
3 mil hombres armados, pasó revista a sus tropas [32] siguiendo el ejemplo de Jerjes [33]. Desde la salida del sol hasta la noche los batallones, tal como habían sido distribuidos, fueron entrando en el recinto.

Partiendo de allí, ocuparon las llanuras de Mesopotamia [34] multitud poco menos que innumerable de soldados de caballería y de infantería y que ofrecía el aspecto de
4 ser mayor incluso de lo que era. Cien mil eran persas, y, de ellos, 30.000 jinetes, mientras que de los medos, 10.000
5 eran de caballería y 50.000 de infantería. Había 2.000 jinetes barcanos [35], armados con hachas de doble filo y con ligeros escudos que daban exactamente la impresión de «cetras» [36]. Detrás de la caballería seguían 10.000 soldados
6 de a pie, equipados con el mismo armamento. Los armenios habían enviado 40.000 infantes, más 7.000 jinetes. Los hircanos presentaban un total de 6.000 jinetes excelentes, como suelen ser los de aquellos pueblos, más 1.000 jinetes
7 tapuros [37]. Los dérbices tenían un total de 40.000 infantes

[32] El procedimiento seguido por Darío es repetición del ideado por Jerjes cuando, en la llanura de Doriscos (hoy, Romigik), contabilizó sus tropas, tal como lo cuenta Heródoto, VII 60.

[33] Hijo de Darío I. Fue rey de Persia entre el 486 y el 465. Famoso por su desgraciada expedición contra Grecia (Segunda Guerra Médica).

[34] Como se ha dicho en nota n.° 15, el nombre significa, en griego, «región entre ríos», pero los límites geográficos de la Mesopotamia histórica eran mucho más amplios: los montes de Armenia al norte, los de Zagros al este, el Éufrates al oeste y el desierto de Siria al sur.

[35] Pueblo vecino de Hircania.

[36] «Cetra»: pequeño escudo redondo, muy ligero y recubierto de cuero.

[37] Se trataba de un pueblo medo que habitaba en una región costera del mar Caspio entre los hircanios y los dérbices. En un principio sirvieron en la caballería de Darío, pero después lo hicieron también en la caballería de Alejandro.

armados; la mayor parte llevaban picas con punta de hierro y, algunos, estacas con la extremidad endurecida al fuego. A éstos les acompañaban también 2.000 jinetes de la
misma nacionalidad. De las tierras bañadas por el mar 8
Caspio había llegado un ejército de 8.000 hombres de a pie y 200 de a caballo. Con ellos estaban también los soldados de otros pueblos desconocidos: 2.000 infantes y un
número doble de jinetes. A estas tropas se añadían 30.000 9
mercenarios griegos [38] en la flor de la edad. En cuanto a los bactrianos [39], los sogdianos [40], los indios y los restantes habitantes ribereños del Mar Rojo [41] (cuyos nombres hasta el mismo Darío desconocía) la misma prisa impedía que se les hiciera un llamamiento.

Soldados era lo que le sobraba a Darío. Rebosando 10
felicidad ante el espectáculo de la multitud reunida (sus cortesanos daban alas a su esperanza con sus acostumbrados halagos), se volvió al ateniense Caridemo [42], buen conocedor de la milicia y que aborrecía a Alejandro porque por orden suya había sido expulsado de Atenas, y le pre-

[38] Se trata de tropa de infantería al frente de la cual, en la batalla de Iso, será puesto Timodes, como se nos dice en 9, 2 de este mismo libro.

[39] Habitantes de la Bactriana, región del Asia central, al norte del Hindukusch.

[40] La Sogdiana era una región septentrional del imperio persa, entre el río Oxo y el Iaxartes.

[41] En Curcio «mar Rojo» nunca designa lo que nosotros entendemos con tal denominación, sino que, según los casos, unas veces designa lo que nosotros llamamos «golfo Pérsico», otras «golfo de Arabia» o —como es aquí el caso— «océano Índico».

[42] General ateniense. Había militado a las órdenes de Filipo, del que había sido uno de sus primeros consejeros. Desterrado de Atenas por Alejandro, como otros muchos generales griegos había ofrecido sus servicios al rey de Persia. De entre todos los historiadores de Alejandro cuyas obras han llegado hasta nosotros, sólo Diodoro, XVII 30, 2 sigs. nos cuenta la historia y el triste final de Caridemo.

guntó si le parecía que estaba lo suficientemente equipado
11 como para derrotar al enemigo. Caridemo, no teniendo
presente ni su propia condición ni la soberbia de los sobe-
ranos, le respondió: «Tal vez a ti no te guste oír la verdad
y puede ser que, si yo no la digo ahora, cuando la diga
12 en otra ocasión será ya en vano. Este ejército tan osten-
toso, esta masa ingente de tantos pueblos, hecha venir des-
de sus moradas dispersas por todo el Oriente, puede infun-
dir terror a tus vecinos: resplandece de púrpura y oro, bri-
lla con el resplandor de las armas y es de una opulencia
tal que los que no la han visto no pueden ni imaginársela.
13 Por su parte, el ejército macedonio, torvo en verdad y
tosco, esconde tras sus escudos y sus lanzas sus inamovi-
bles formaciones en cuña y una fuerza compacta de gue-
rreros. A tal formación le dan el nombre de «falange» [43],
sólido cuerpo de infantería. Los soldados están entrelaza-
dos unos con otros, las armas con las armas; fija su aten-
ción en la señal de su comandante, saben seguir a los es-
14 tandartes y guardar la formación; todos ponen en práctica
las órdenes recibidas. Hacer frente, acorralar al enemigo,
hacerse a un lado, cambiar de frente, lo conocen tan bien
15 los soldados como los jefes. Y a fin de que no pienses
que son víctimas de su amor al oro y a la plata, has de
saber que la disciplina de que te hablo se viene mantenien-
do bajo la enseñanza de la pobreza: cuando están agota-
dos, el suelo les sirve de lecho; como alimento les basta
el que pueden aderezarse en medio de sus ocupaciones; el
tiempo dedicado al sueño es más corto que el de la noche.
16 ¡Como para pensar que los jinetes tesalios [44], y los acar-

[43] Una descripción parecida de la falange macedónica la ofrece, por ejemplo, T. Livio, XXXII 17. (El propio Curcio vuelve sobre ella en IV 15, 15).

[44] Los testimonios antiguos están todos de acuerdo en reconocer que la caballería tesalia constituía el elemento más decisivo del ejército de

nanios y los etolios, que no saben lo que es la derrota,
van a ser rechazados a tiros de honda y con estacas endu-
recidas al fuego! Lo que se necesita es una fuerza semejan-
te, por lo que los refuerzos deben buscarse en aquella mis-
ma tierra que los ha engendrado a ellos; tu plata y tu oro
mándalos allí, a reclutar mercenarios».

Darío tenía un carácter afable y bondadoso, si no fuera 17
porque, las más de las veces, la Fortuna pervierte incluso
a la propia naturaleza. Y así, no pudiendo soportar la ver-
dad, dio orden de que Caridemo fuera ajusticiado, y preci-
samente cuando mejores consejos le estaba dando, un
hombre al que había hecho su huésped movido por sus
súplicas. Caridemo, no dejando a un lado, ni siquiera en 18
las presentes circunstancias, su franqueza, le dijo: «Tengo
preparado un vengador de mi muerte: el mismo contra quien
te he aconsejado te pedirá cuentas del desprecio hecho a
mi consejo. Por lo que a ti respecta, a quien tan brusca-
mente ha cambiado el abuso del poder, te convertirás en
ejemplo para la posteridad de que los hombres, cuando
se han entregado en brazos de la Fortuna, se olvidan hasta
de su propia naturaleza». Tales cosas decía a voz en grito
cuando le degollaron, de acuerdo con las órdenes del rey.
Después un arrepentimiento tardío se apoderó de Darío 19
y, tras confesar que Caridemo le había dicho la verdad,
dio orden de que fuera enterrado.

A Timodes [45], hijo de Mentor [46], joven lleno de vita- 3
lidad, Darío le dio la orden de que recibiera de Farnaba-

Alejandro, junto con la falange. Por ejemplo, T. Livio, IX 19; Diodoro, XVII 33, 2; 57, 4; 60, 5; etc.

[45] Como se dice en el texto, era hijo del griego Mentor y, por consiguiente, sobrino del rodio Memnón, del que se ha hablado en nota 26. En el ejército de Darío estaba al frente de las tropas mercenarias.

zo[47] todos los soldados extranjeros, en los cuales tenía depositada su mayor esperanza, con el fin de aprovecharse de su colaboración en la guerra; a Farnabazo, por su parte, le hizo entrega de los mismos poderes que antes había depositado en Memnón.

2 Angustiado por preocupaciones amenazadoras, incluso durante el sueño le agitaban visiones de peligros inminentes, bien fuera que las provocara su propia angustia o que
3 su propio espíritu las presagiara. Se le aparecía el campamento de Alejandro todo refulgente, en medio de un gran resplandor de fuego, y poco después el rey macedonio era llevado a su presencia, vestido con las vestiduras del propio Darío, recorriendo después a caballo las calles de Babilonia; de repente, tanto Alejandro como el caballo desaparecían de su vista.

4 Ante esto, los adivinos, con sus interpretaciones contradictorias del sueño, no hacían más que acosar la angustia del rey: unos decían que el sueño le era favorable desde el momento que había ardido el campamento enemigo y que Darío había visto cómo Alejandro, dejadas a un lado sus vestiduras reales, había sido llevado a su presencia en
5 indumentaria persa corriente; otros pensaban lo contrario: predecían, en efecto, que la visión del resplandor del campamento macedonio profetizaba el fulgor de Alejandro; en cuanto a que se apoderaría del reino de Asia no había la

Tras la muerte del rey persa, huyó, en compañía de otros desertores, a Chipre y después a Egipto, donde encontró la muerte.

[46] Hermano de Memnón. Tres hijas de Mentor (como se dice en 13, 14 de este mismo libro) fueron apresadas por Parmenión, junto con otros personajes nobles, cuando el general, siguiendo instrucciones de Alejandro, se apoderó del botín de Darío en Damasco, después de la batalla de Iso.

[47] Hijo de Artabazo. A la muerte de Memnón pasó a comandar la flota persa, en el año 333.

menor duda ya que, cuando Darío fue proclamado rey, llevaba esa misma ropa.

La ansiedad presente, como suele suceder, había evo- 6
cado el recuerdo incluso de antiguos presagios. Se sabía, en efecto, que Darío, al principio de su reinado, había dado orden de cambiar la vaina de la cimitarra persa adoptando la que tenían los griegos, y cómo inmediatamente los caldeos[48] habían interpretado el hecho en el sentido de que el imperio persa pasaría a manos de aquellos cuyas armas Darío había imitado. Sin embargo el rey, lleno de 7
gozo no sólo por la respuesta de los adivinos, que iba corriendo ya de boca en boca, sino también por la visión que se le había ofrecido durante el sueño, dio orden de levantar el campamento y dirigirse hacia el Éufrates.

Era costumbre entre los persas, transmitida por tradi- 8
ción, no ponerse en camino hasta después de salido el sol. Siendo ya pleno día, se daba la señal con la bocina[49] desde la tienda del rey; sobre ésta, donde todos pudieran contemplarla, una imagen del sol despedía sus reflejos, encerrada en una urna de cristal[50].

El orden de marcha era el siguiente: el fuego, al que 9
ellos califican de sagrado y eterno, abría filas, transportado sobre un altar de plata. Los magos[51] entonaban him-

[48] En Curcio, como en repetidas ocasiones entre los autores antiguos, «caldeos» no designa a los habitantes de la Caldea, sino a los sacerdotes babilonios que se ocupaban de astrología, astronomía, matemáticas e interpretación de sueños.

[49] La bocina («bucina») era una especie de trompeta más o menos encorvada terminada en un pabellón ancho.

[50] Debía de tratarse de una especie de disco de oro encerrado en cristal de roca. Los persas adoraban a un dios solar que a veces se confundía con Mithra.

[51] Primitivamente constituían una tribu de la confederación de los medos. Después se designó con el nombre de «Magos» a los sacerdotes

10 nos patrióticos. A éstos les seguían 365 jóvenes revestidos
de mantos de púrpura, tantos como días tiene el año, pues
los persas tenían dividido el año en tantos días como los
11 romanos. Detrás, unos caballos blancos tiraban de un ca-
rro consagrado a Júpiter [52] y, tras ellos, seguía un caballo
(al que llamaban el caballo del sol) de extraordinaria alza-
da; los que llevaban de las riendas a tales caballos iban
equipados con fustas de oro y adornados con vestiduras
12 blancas. No lejos avanzaban diez carros con gran cantidad
13 de adornos cincelados en oro y plata. Les daba escolta
la caballería de doce pueblos, diversos en sus armas y en
su manera de vestir. Inmediatamente detrás iban aquellos
a los que los persas llaman «los Inmortales», alrededor
de unos 10.000 [53]. Ninguno como ellos aparecía adornado
con el lujo opulento de los bárbaros: llevaban collares de
oro, una vestidura bordada igualmente en oro y una túnica
14 con mangas adornadas con piedras preciosas. A corta dis-
tancia, los llamados «parientes del rey», 15.000 hombres.
Esta multitud, engalanada poco menos que como mujeres,
llamaba la atención más por el lujo que por la hermosura
15 de sus armas. La tropa más próxima a éstos era denomi-

del Mazdeísmo, y llegaron a constituir una casta de gran importancia en la vida política, encargados como estaban de la predicción del porvenir, explicación e interpretación de sueños e incluso la educación de los reyes.

[52] Es decir, Ormuz. El carro sagrado de Ahuramazda es descrito por HERÓDOTO, VII 40, y también nos habla de él JENOFONTE, *Ciropedia* VIII 3, 12.

[53] «Los Inmortales» era el nombre que se daba a un escuadrón escogido de la caballería persa. HERÓDOTO, VII 38, nos informa que se les daba este nombre porque este cuerpo estaba constituido por 10.000 jinetes cuyas bajas se reponían automáticamente, de modo que la formación no decrecía jamás en número.

nada «los Doríforos» [54], encargados de sostener la cola del
manto del rey; éstos iban delante del carro del rey desde
el que éste, a su paso, lo dominaba todo. Imágenes de 16
dioses, repujadas en oro y plata, adornaban ambos flancos
del carro; de trecho en trecho brillaban unas piedras pre-
ciosas adornando el yugo del que sobresalían dos estatuas
de oro, de una altura de un codo, de las cuales una repre-
sentaba a Nino y la otra a Belo [55]. Entre ambas habían
colocado, a modo de símbolo sagrado, un águila en acti-
tud de desplegar las alas [56].

El atavío del rey se distinguía incluso en medio de 17
aquella suntuosidad: una franja blanca, bordada, dividía
en dos partes su túnica de púrpura; unos halcones, reca-
mados en oro, que parecían atacarse a picotazos, adorna-
ban su manto bordado en oro; de un cinturón, igualmente 18
de oro, anudado como se lo anudan las mujeres, pendía
su cimitarra, cuya vaina era toda ella de piedras preciosas.
Los persas llaman «cídaris» a la diadema del rey [57], em- 19
blema de la realeza; esta diadema iba ceñida todo alrede-
dor con una banda azul entreverada de blanco.

El carro real era seguido por 10.000 lanceros que lleva- 20
ban lanzas con incrustaciones de plata y dardos con punta
de oro. A derecha e izquierda, la escolta real estaba for 21

[54] Guardia personal del rey formada por soldados de infantería armados de lanza. De ahí su nombre: «portadores de lanzas».

[55] Nino y Belo fueron míticos fundadores del imperio asirio-babilonio. Belo, padre de Nino, fue identificado con el dios Belo, helenización de Baal.

[56] El águila era, entre los persas, el símbolo de la realeza. JENOFONTE, *Anábasis* I 10, 2 y *Ciropedia* VII 1, 4, describe este emblema que era transportado en las batallas: un águila de oro, colocada en lo alto de una pica, con sus alas desplegadas.

[57] La *kídaris* era la tiara llevada por los reyes persas, en forma de cono y rodeada de una diadema azul con puntos blancos.

mada por unos 200 de entre los más nobles de sus parien-
tes. La marcha se cerraba con 30.000 infantes seguidos por
los 400 caballos del rey.
22 A un estadio de distancia [58], un carro transportaba a
Sisigambis [59], madre de Darío, y otro a su esposa [60], las
reinas, que llevaban como escolta una muchedumbre de
23 mujeres montadas a caballo. Seguían detrás quince carros,
denominados «armamaxas» [61]. En ellos iban los infantes [62],
acompañados de sus institutrices, así como de un enjam-
bre de eunucos, que no son mal mirados entre aquellas
24 gentes. Venían detrás las 365 concubinas del rey, también
ellas regiamente ataviadas y, tras ellas, era transportado
el tesoro real en 600 mulos y 300 camellos, escoltados por
25 un pelotón de arqueros. Inmediatamente detrás venían las
esposas de los parientes y amigos, así como catervas de
cantineros y acarreadores de agua y de leña. Cerraba filas
una tropa armada a la ligera con sus jefes, encargada de
regular la marcha.
26 Por el contrario, si alguien dirigía su mirada hacia el
ejército macedonio, el aspecto era completamente distinto:
hombres y caballos relucían no por el oro y las vestiduras

[58] El estadio venía a tener, prácticamente, 185 metros.

[59] Hija de Ostanes, un hijo de Darío II; hermana y esposa de Arsanes y madre de Darío III Codomano.

[60] Estatira, hermana y esposa de Darío III. De ella se decía que era la mujer más hermosa de toda el Asia y Curcio se hace eco en diversos pasajes de su legendaria belleza. Murió, de sobreparto, en septiembre del año 331. Alejandro lloró su muerte con verdadero sentimiento, como recuerda Curcio en IV 10, 18 sigs.

[61] Coches de cuatro ruedas, con cortinas a los flancos, destinados al transporte de mujeres y niños.

[62] Un niño que todavía no había cumplido los siete años, llamado Oco, y sus hermanas Estatira (que después casó con Alejandro) y Drypetis (casada más tarde con Hefestión, íntimo amigo del rey).

variopintas, sino por el hierro y el bronce. Se trataba de 27
un ejército dispuesto tanto a detenerse como a avanzar,
ligero de tropa y de bagaje, atento no sólo a la señal sino
incluso al menor ademán de su comandante; para el cam-
pamento, cualquier lugar, y, para el ejército, cualquier avi-
tuallamiento les bastaban. Por eso a Alejandro no le fal- 28
taban los soldados en el combate, mientras que Darío, rey
de tan gran multitud, debido a lo angosto del lugar [63], se
vio obligado a contar con unos pocos, circunstancia que
había despreciado en el enemigo.

Mientras tanto Alejandro, después de colocar a Abis- 4
támenes al frente de la Capadocia, en su marcha hacia Ci-
licia [64] con todas sus tropas había llegado a la región que
recibe el nombre de «el campamento de Ciro». Este rey
había tenido allí su cuartel cuando se dirigía hacia la Li-
dia [65], contra Creso [66]. Aquella región distaba 50 esta- 2
dios [67] del paso por donde se suele entrar en Cilicia. Los
habitantes del país denominan «Pilas» a unos estrechísi-
mos desfiladeros en los que la propia situación natural imita
las fortificaciones levantadas por los hombres.

[63] Referencia, anticipada, a las condiciones en que se desarrolló la batalla de Iso, en los desfiladeros de Cilicia.

[64] Región costera del sudeste del Asia Menor, entre los montes Tauro y el mar de Cilicia o Chipre.

[65] Región del Asia Menor, en la costa occidental, entre la Misia y la Caria. Su capital era Sardes.

[66] Curcio comete aquí el error (que ya cometían los mismos persas) de atribuir a Ciro el Grande (Ciro I) lo que en realidad se refiere al campamento levantado por Ciro el Joven (Ciro II) con motivo de su expedición, en el año 401, contra Artajerjes. (Véase Jenofonte, *Anáb.* I, 2, 20).

[67] Poco más de 9 Km.

3 Así pues, Arsames [68], que estaba al frente de la Cilicia,
acordándose del consejo que, al comienzo de la guerra,
le había dado Memnón, determinó poner en práctica, tar-
díamente, un plan que en otro tiempo hubiera sido saluda-
ble: devastar a fuego y hierro la Cilicia para dejar ante
el enemigo un desierto; todo lo que podía ser de utilidad
lo arrasó, dispuesto a dejar tras de sí, estéril y desnudo,
4 un suelo que no podía defender. Pero de mucho mayor
provecho le hubiera sido ocupar con una sólida defensa
los estrechos desfiladeros que abren la puerta de la Cilicia
y apoderarse de las cimas que, muy estratégicamente, do-
minan el camino y desde las que, sin recibir ningún daño,
hubiera podido o impedir el paso o aplastar a un enemigo
5 a sus pies. Ahora, dejando unos pocos soldados para de-
fender los senderos, Arsames, por su parte, volvió sobre
sus pasos, arrasando una tierra que debía proteger de la
devastación. A su vez, los que él había dejado como pro-
tección de los senderos, pensando que habían sido traicio-
nados, no tuvieron el valor siquiera de mirar cara a cara
al enemigo cuando, aunque hubieran sido menos, podían
haber mantenido la posición.

6 En efecto, la Cilicia se encuentra cercada por una inin-
terrumpida cadena de montañas ásperas y abruptas que,
alzándose del mar y, tras encorvarse en una especie de en-
senada en forma de arco, con la extremidad opuesta avanza
7 de nuevo hacia el otro lado de la costa. A lo largo de
esta cadena [69], por la parte que, tierra adentro, se distan-
cia más del mar, hay tres desfiladeros: sólo por uno de

[68] Este sátrapa de la Cilicia no debe confundirse con el de la Drangiana del que se habla en VIII 2, 17. Combatió en el Gránico y murió en la batalla de Iso.

[69] Se trata de la cordillera del Tauro.

ellos se puede entrar en Cilicia [70]. La parte de ésta que 8
desciende hacia el mar es plana y su llanura se encuentra
esmaltada de abundantes corrientes de agua; por ella flu-
yen los famosos ríos Píramo y Cidno [71]. Este último es
digno de mención no por la anchura de su cauce, sino por
la transparencia de sus aguas; en efecto, deslizándose en
un manso fluir desde sus fuentes, es recibido por un terreno
limpio y no desembocan en él torrenteras que puedan per-
turbar el lecho del río, que fluye mansamente. Así pues, 9
sin la menor contaminación y, al mismo tiempo, con sus
aguas extraordinariamente frías (los numerosos árboles de
la orilla le dan sombra y amenidad), desemboca en el mar,
tras recorrer todo su trayecto semejante a sus propias
fuentes.

El tiempo había arruinado en aquella región muchos 10
monumentos cantados por los poetas: se podía ver el em-
plazamiento de las ciudades Lirneso y Tebas [72], así como
la gruta de Tifón y el bosque de Coricio [73], en donde brota

[70] El Tauro ofrecía tres pasos naturales que eran: el valle del Cidno, el del Píramo y el del Psaro. En este último paso se encontraban las denominadas «Puertas de Cilicia».

[71] El Píramo nace en Capadocia, atraviesa el Tauro y, tras recorrer las tierras de Cilicia, desemboca en el golfo de Iso. También el Cidno desemboca en el golfo de Iso. En este río contrajo Alejandro la enfermedad que lo puso a las puertas de la muerte, como se cuenta en 5, 1 sigs. de este mismo libro.

[72] También aquí Curcio comete un error que indudablemente estaba ya en sus fuentes: Lirneso y Tebas no estaban en Cicilia sino en la Tróade. Lirneso estaba cerca de Troya y era la patria de Briseida. También cercana a Troya era Tebas, patria de Andrómaca. Los comentaristas, de todas maneras, hacen notar que esta parte de la Tróade había sido primitivamente habitada por cilicios.

[73] Tifón, hijo de la Tierra y del Tártaro, era un monstruo de cien cabezas y cien brazos y combatió con Júpiter por el poder supremo. Júpiter, en un primer momento, fue vencido y encerrado, después de ser en-

el azafrán, y otras maravillas de las que no quedaba más que la fama.

11 Alejandro penetró en los desfiladeros llamados «Pilas» y, tras contemplar la configuración del terreno, se dice que quedó admirado de su buena estrella como nunca lo había estado antes, pues reconocía que podía haber sido aplastado incluso hasta con piedras, si hubiera habido alguien que
12 las tirara desde arriba. El sendero apenas si con dificultad permitía el paso de los soldados en cuatro hileras; la cresta de la montaña se inclinaba amenazadora sobre el camino, no sólo estrecho sino, en la mayor parte de su trazado, abrupto por el discurrir zigzagueante de los arroyos que
13 nacen de las faldas del monte. Con todo, Alejandro había dado orden de que un destacamento de tracios, equipados con armamento ligero, le precediera y reconociera los senderos a fin de evitar, de parte del enemigo, un ataque por sorpresa contra los que avanzaban por el desfiladero; a su vez, un cuerpo de arqueros había tomado la cima y llevaban los arcos dispuestos para disparar, advertidos como estaban de que no se trataba de una marcha sino de un combate.

14 De este modo llegó el ejército a la ciudad de Tarso [74], en el preciso momento en que los persas se disponían a pegarle fuego a fin de que una ciudad tan opulenta no
15 cayera en manos del enemigo. Alejandro envió por delante a Parmenión [75] con un destacamento ligero para frustrar

cadenado, en la gruta de Coricio. Puesto en libertad por Hermes, Júpiter reemprendió la lucha y derrotó a Tifón.

[74] A orillas del Cidno, Tarso fue famosa por su Academia y, sobre todo, por haber sido con el tiempo cuna del apóstol san Pablo.

[75] Macedonio, de noble linaje. Constituye una de las figuras más nobles y más esforzadas de cuantas rodearon a Alejandro. Era padre de

el incendio y, al enterarse de que los bárbaros, ante el anuncio de su llegada, se habían dado a la fuga, hizo su entrada en una ciudad que le debía la vida.

El río Cidno, del que acabamos de hablar, divide a 5
la ciudad en dos. Era verano [76] y en tal estación en ninguna otra zona calienta más el ardor del sol que en la ribera de Cilicia, y en aquel preciso momento comenzaba la hora más sofocante del día. La transparencia de las aguas del 2
río invitó al rey, cubierto de polvo y sudoroso, a darse un baño, estando todavía acalorado. Así pues, se quitó las vestiduras y, en presencia del ejército (pensaba que sería una lección el hacer ver cómo se daba por contento con un cuidado corporal ligero y al alcance de todo el mundo), penetró en el río. En cuanto entró en el agua, sus 3
miembros comenzaron a quedarse rígidos con repentino escalofrío; una palidez se extendió por todo su rostro y prácticamente todo su cuerpo se vio privado del calor vital. Sus servidores le cogieron en sus brazos como a un muerto 4
y lo llevaron a su tienda poco menos que perdido el conocimiento. Con lágrimas en los ojos, se lamentaban de que 5
en medio de la marcha impetuosa de los acontecimientos,

Filotas, Nicanor y Héctor. En el año 337 recibió de Filipo el encargo de liberar las ciudades griegas y preparar la campaña de Asia. Su actuación como general fue decisiva en las tres grandes confrontaciones armadas de Alejandro y Darío: la del Gránico, la de Iso y la de Arbelas. Tras esta última, permaneció en Ecbatana como gobernador de la Media. Alejandro lo hizo asesinar (véase VII 2) por temor a que vengara Parmenión la muerte de su hijo Filotas, cómplice, al parecer, de la conjuración de Dimno (véase VI 7 sigs.).

[76] La batalla de Iso, entablada poco después de los acontecimientos que aquí se narran, tuvo lugar en noviembre del año 333 (véase Arriano, II 11, 10), por lo que el baño en el Cidno debió de tener lugar entrado ya el otoño.

se les arrebataba y se extinguía el rey más sobresaliente
de cuantos a lo largo de todos los tiempos se podía recor-
dar, y no abatido, al menos, en el campo de batalla, sino
6 en medio de un baño: Darío estaba al llegar, vencedor
incluso antes de ver al enemigo; en cuanto a ellos, se veían
en la necesidad de regresar a unas tierras que habían reco-
rrido de triunfo en triunfo y que o ellos mismos las habían
arrasado o las había arrasado el enemigo. A lo largo de
amplias zonas desérticas podrían ser derrotados, durante
la marcha, por el hambre y la miseria, aunque no hubiera
7 nadie que quisiera perseguirlos. ¿Quién les dirigiría en su
huida? ¿Quién se atrevería a suceder a Alejandro? Supo-
niendo que en su fuga llegaran al Helesponto, ¿quién pre-
8 pararía una escuadra para atravesarlo? [77]. Después volvían
su compasión hacia la persona del rey y, olvidándose de
sí mismos, se lamentaban de que se les arrebatara violenta-
mente de su lado aquella flor de juventud, aquella fuerza
de ánimo, un rey que, al mismo tiempo que rey, era para
ellos un compañero de armas.

9 Entre tanto, Alejandro comenzó a respirar con menos
opresión, levantó los ojos y, poco a poco, volviéndole el
conocimiento, comenzó a reconocer a los amigos [78] que,
de pie, estaban en torno suyo; el simple hecho de que se

[77] La escuadra con la que Alejandro había pasado el Helesponto fue devuelta a la patria después de la batalla del Gránico; según decía el rey, para reducir gastos, dado que la campaña se presentaba en adelante como esencialmente terrestre, pero en la mente de Alejandro subyacía la intención de quitar de este modo a la tropa la idea de un fácil retorno al hogar. (Un Hernán Cortés a distancia).

[78] Lo más probable es que se trate de los «hetairos» (Curcio los suele denominar con el nombre genérico de «amici»), jóvenes pertenecientes a la aristocracia macedonia y a los que Alejandro encomendó tanto funciones civiles como militares.

daba cuenta de la magnitud de su mal les parecía un sínto-
ma de que la fuerza de la enfermedad iba perdiendo vigor.
Pero la inquietud de su espíritu atormentaba su propio 10
cuerpo, ya que corría la voz de que en cuatro días Darío
se presentaría en Cilicia, y así se lamentaba de que se veía
entregado, atado de pies y manos, de que una victoria tan
grande se le arrebataba de las manos y de que la vida se
le escapaba en una tienda de campaña con una muerte os-
cura e innoble. Llamó a su presencia a sus amigos junto 11
con los médicos y les dijo: «Ya veis en qué situación críti-
ca la Fortuna se ha volcado sobre mí. Me da la impresión
de que oigo el fragor de las armas enemigas y yo, que
hasta aquí era el que tenía la iniciativa de la guerra, he
aquí que soy ahora el provocado. Así pues, al escribir 12
Darío una carta tan altanera [79], ¿había contado ya con mi
Fortuna? Pero de nada le valdrá si me está permitido cu-
rarme a mi manera. La situación en que me encuentro 13
no se compagina con remedios lentos y médicos premio-
sos. Prefiero morir valientemente antes que tardar en cu-
rarme. Por consiguiente, si los médicos tienen alguna des-
treza que pueda servirme de ayuda, sepan que yo no busco

[79] La única alusión directa a esta carta nos la ofrece el PSEUDO-CALÍSTENES, I, 39. Se trataría de una misiva del rey persa a sus sátrapas en la que les decía: «Me comunican que se ha rebelado Alejandro, el hijo de Filipo. Capturadlo y traédmelo sin hacerle ningún daño en su cuerpo para que yo, después de quitarle su manto de púrpura y de aplicarle unos azotes, lo remita a Macedonia, su patria, junto a su madre Olimpíade, dándole unas castañuelas y unos astrágalos, como usan para jugar los niños de los macedonios». (PSEUDO-CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia,* traducción de C. GARCÍA GUAL, cit. en n. 115). Dado que Alejandro, en el relato de Curcio, se hace eco de tal misiva, que supone conocida de sus oyentes, cabe conjeturar que el autor había hablado ya de ella tal vez en el libro II, perdido.

tanto un remedio para la muerte como un remedio para
la guerra».
14 Una temeridad tan irreflexiva llenó a todos de extra-
ordinaria inquietud; y así cada uno, en la medida en que
podía hacerlo, comenzó a suplicarle que no aumentara el
peligro con las prisas sino que se pusiera en manos de los
15 médicos; con razón no se fiaban de unos remedios no ex-
perimentados cuando el enemigo, por medio de dinero, tra-
taba de ganarse a alguien, incluso del entorno del rey, para
16 acabar con él. En efecto, Darío había dado orden de que
se corriera la voz de que daría 1.000 talentos [80] a quien
asesinara a Alejandro. Y así se pensaba que nadie se atre-
vería a experimentar un remedio que, por su misma nove-
dad, podía despertar sospechas.

6 Entre los médicos más famosos había uno, llamado
Filipo [81], natural de Acarnania, que había formado parte
del séquito del rey desde Macedonia y que le era fiel en
grado sumo: compañero de infancia y guardián de su sa-
lud, sentía por Alejandro un cariño extremo, no sólo co-
2 mo rey sino incluso como pupilo. Filipo prometió aplicar
un remedio de efecto no instantáneo pero sí eficaz y aliviar
la virulencia del mal con una poción curativa. Semejante
promesa a nadie agradaba a excepción de aquel cuya vi-
3 da peligraba con tal promesa. Alejandro hubiera podido

[80] Véase nota 24. Otros intentos de soborno por parte de Darío son mencionados por Curcio en 7, 12 de este mismo libro y IV 10, 16.

[81] En Curcio figuran 7 personajes con el nombre de «Filipo» que, por el orden en que aparecen en la obra, son: el médico del texto; el padre de Alejandro (7, 11 de este mismo libro); el hijo de Balacro (IV 13, 28); el hijo de Menelas, comandante de la caballería tesalia (IV 13, 29); el hermano de Lisímaco (VIII 2, 35); el hermano de Harpalo, gobernador de una parte de la India (X 1, 20) y Arrideo (X 7, 7).

soportar mejor cualquier cosa que la espera: las armas y
las filas estaban ante su vista y era de la opinión de que
la victoria dependía del simple detalle de poder mantenerse
en pie ante los estandartes, soportando a duras penas el
hecho de que el medicamento no lo podía tomar antes de
tres días (tal era la prescripción médica).
Entre tanto recibió de Parmenión [82], el más fiel de sus 4
dignatarios [83], una carta en la que le advertía que no pu-
siera su salud en manos de Filipo, pues Darío lo había
sobornado con 1.000 talentos y con la promesa de darle su
hermana en matrimonio [84]. Alejandro quedó profunda- 5
mente preocupado ante la lectura de la carta y, mediante
una valoración secreta, sopesaba los pros y los contras del
miedo o la esperanza: «¿Perseveraré, se decía, en la idea 6
de beber con el fin de que, si se me ha proporcionado
un veneno, parezca que, suceda lo que suceda, me ha suce-
dido a sabiendas? ¿Condenaré la lealtad de mi médico?
¿Consentiré en ser asesinado en mi propia tienda? Pero
mejor me es morir criminalmente a manos de otro que víc-
tima de mi propio miedo».
Por mucho tiempo anduvo dando vueltas en su cabeza 7
a ideas contrarias y, sin revelar a nadie el contenido de
la carta, la selló con su propio sello y la puso debajo del
cojín sobre el que estaba reclinado. Pasados dos días en 8
tales reflexiones, amaneció el día fijado por el médico y

[82] Justino, XI 8, 5-6, dice que Parmenión le envió la carta desde Capadocia y que lo hizo sin saber nada acerca de la enfermedad del rey (lo cual es obvio dada la lentitud del correo).

[83] Se trata de los «purpurati» (así llamados porque iban vestidos de púrpura) que constituían algo así como el Alto Estado Mayor del ejército de Alejandro.

[84] Según Plutarco, *Alej.* XIX 5, sería una hija la que Darío habría prometido darle en matrimonio.

éste entró en la tienda con una copa en la que había dilui-
9 do la medicina. Al verlo, Alejandro se incorporó y, sos-
teniendo con la izquierda la carta de Parmenión, cogió la
copa y la bebió sin pestañear; después ordenó a Filipo que
leyera la carta, sin apartar los ojos de su rostro mientras
la leía, pensando que podría sorprender en él alguna señal
10 de complicidad. Aquél, terminada de leer la carta, se mos-
tró más indignado que atemorizado, y, arrojando a los pies
del lecho el manto y la carta, dijo: «¡Oh rey!, mi vida
estuvo siempre pendiente de ti, pero es ahora verdadera-
mente, pienso, cuando mi respiración se desliza a través
11 de tu sagrada y venerable boca. La acusación de haber
querido asesinar a mi rey, que ahora se me imputa, la bo-
rrará tu propia curación; al salvar yo tu vida, tú me devol-
verás la mía. Te ruego encarecidamente que, dejando a
un lado el miedo, permitas que la medicina sea absorbida
por las venas; relaja un poco tu espíritu perturbado por
una ansiedad fuera de lugar, promovida por unos amigos
que, si son fieles, son también, al mismo tiempo, importu-
namente diligentes».

Estas palabras no sólo calmaron al rey sino que lo lle-
12 naron de alegría y esperanza; y así dijo: «Si los dioses,
Filipo, te hubieran concedido el medio con que mejor po-
ner a prueba mis sentimientos, seguramente hubieras esco-
gido otro distinto, pero mejor que el que has experimenta-
13 do ni hubiera entrado siquiera en tus deseos. A pesar de
haber recibido esta carta, yo bebí tu poción y ahora, crée-
me, si estoy preocupado no lo es menos por tu lealtad que
por mi curación». Y, tras estas palabras, le tendió la mano.

14 Pero he aquí que el medicamento actuó con tanta ener-
gía que los efectos inmediatos dieron pábulo a la acusa-
ción de Parmenión. Su respiración, entrecortada, fluía con
dificultad. Filipo no dejaba nada por poner a prueba: le

aplicó fomentos, le sacó de su sopor excitándolo con el
olor, unas veces, de comida, otras, de vino, y en cuanto 15
se dio cuenta de que volvía en sí, no cesó de recordarle
tanto a su madre como a sus hermanas [85], así como la
gran victoria que le salía al encuentro. Tan pronto como el 16
medicamento se difundió por las venas y su acción saluda-
ble se dejó sentir poco a poco en todo el cuerpo, el prime-
ro en recuperar su vigor fue el espíritu, después también
el cuerpo, incluso antes de lo que se esperaba: en efecto,
tres días después de que había caído en tal estado compa-
reció ante los soldados.

El ejército contemplaba a Filipo con no menor interés 17
que al propio rey; cada uno por su lado, cogiéndole la
mano, le daba gracias, como si se tratara de un dios en
persona. Y es que no es fácil decir con palabras, aparte
la connatural veneración de este pueblo hacia sus reyes,
con qué entrega admiraban a éste en particular y con qué
ardor le amaban. Desde hacía tiempo daba la impresión 18
de que cuanto emprendía lo hacía con la ayuda divina;
y es que, al tener a la Fortuna en todas las circunstancias
de su parte, su propia temeridad se había trocado en pro-
pia gloria. Su misma edad [86], madura apenas para empre- 19
sas tan grandes pero suficiente para llevarlas a cabo, enno-
blecía todas sus obras; y además, cosas que suelen reputar-
se como de poca monta son, por lo común, muy del
agrado de los hombres de armas, como el ejercicio físico
en medio de los soldados, el traje y atuendo muy semejan-
tes al de un particular, el vigor militar: con tales dotes, 20

---

[85] Se trata de Olimpíade, madre, y Cleopatra, Cina y Tesalónica, hermanas de Alejandro. Por todas ellas éste sintió un profundo afecto, como se deja entrever en diversos pasajes del relato de Curcio.

[86] En el momento a que se refiere el relato del texto (año 333), Alejandro (nacido el 356) tenía 23 años.

naturales o adquiridas, había conseguido ser tan querido como respetado.

7 Por su parte, Darío, ante la noticia de la enfermedad de Alejandro, con la rapidez que le permitía un ejército tan pesado, se dirigió hacia el Éufrates y, a pesar de haber tendido puentes sobre él, impaciente como estaba en ser el primero en ocupar la Cilicia, tardó, sin embargo, cinco días en pasar el ejército al otro lado.

2 Alejandro, recuperadas sus fuerzas físicas, había llegado ya a la ciudad de Solos [87]. Después de tomarla y de imponerle un tributo de 200 talentos, colocó en la ciudadela
3 una guarnición. Entre diversiones y en medio del ocio dio cumplimiento a los votos hechos por su salud y dejó bien claro cuánto confiaba en sí mismo y cuánto despreciaba a los bárbaros al celebrar unos juegos en honor de Esculapio y de Minerva [88].

4 Mientras asistía a ellos, le llegó de Halicarnaso la feliz noticia de que sus tropas habían derrotado, en campo abierto, a los persas y de que tanto los mindios como los caunios y la mayor parte de los habitantes de aquella región

---

[87] La ciudad de Solos está, en la costa de Cilicia, más hacia el oeste que Tarso; por consiguiente, en su marcha hacia el este, Alejandro tenía que haberla dejado atrás antes de llegar a la patria de san Pablo. Los comentaristas, por lo común, achacan a un error de Curcio el emplazamiento de Solos, pero hay quienes interpretan (por ejemplo, VERGÉS en su comentario al pasaje) que Alejandro habría dado marcha atrás «para dejar asegurada su retaguardia, tanto más cuanto que la ciudad de Solos, aunque griega de origen, era muy adicta a la causa de los persas».

[88] A Esculapio, dios de la medicina, en agradecimiento por su curación. En cuanto a Minerva, el mismo relato de Curcio nos deja ver la devoción de Alejandro por esta diosa (véase, por ej., 12, 27 de este mismo libro; IV 13, 15; VIII 2, 32; 11, 24). ARRIANO, I 4, 8, informa de que en Troya Alejandro había hecho un sacrificio en su honor.

habían sido sometidos. Así pues, clausurados los juegos, 5
levantó el campamento y, tras tender un puente sobre el río Píramo, llegó a la ciudad de Malos y, desde allí, en una segunda etapa, a la plaza fuerte de Castábalo. Aquí 6
le salió al encuentro Parmenión a quien había enviado por delante para explorar el trazado del desfiladero [89] que había necesariamente que atravesar para llegar a la ciudad de Iso.

Parmenión había ocupado las quebradas del desfiladero 7
y, tras dejar en él una pequeña guarnición, se había apoderado de Iso, que había sido abandonada por los bárbaros. Dejando atrás esta ciudad, después de poner en fuga a las tropas que tenían en su poder los macizos interiores de la cordillera, afianzó con guarniciones toda la posición y, tras apoderarse de la ruta, como se ha dicho hace un momento, vino en persona a anunciar al rey todo lo que había llevado a cabo.

Después el rey puso en movimiento sus tropas, diri- 8
giéndolas hacia Iso. En esta ciudad celebró una asamblea en la que se debatió si se debía seguir avanzando o si se debía aguardar allí la llegada de fuerzas de refresco de las que se tenía noticia que estaban a punto de llegar, procedentes de Macedonia. Parmenión era de la opinión de que ningún lugar era tan apropiado como aquél para entablar combate: en aquel lugar las tropas de ambos reyes ven- 9
drían a ser iguales en número, al no poder el desfiladero dar cabida a una gran multitud. Los macedonios debían evitar las llanuras y el campo abierto en donde podrían ser cercados y destruidos entre dos frentes. Lo que le daba miedo es que fueran vencidos no por el valor de los enemi-

---

[89] Al parecer se trata del desfiladero de Karalück Kapu, que pone en comunicación la Cilicia y la llanura de Iso.

gos sino por su propio agotamiento: los persas presentarían sin interrupción tropas de refresco si se les daba la oportunidad de desplegarse con holgura.

10 Las razones en que se apoyaba un consejo tan saludable hicieron que se le diera una rápida aprobación y así Alejandro decidió aguardar al enemigo entre las quebradas del desfiladero.

11 Había en el ejército del rey un persa llamado Sísenes [90]. Enviado en otro tiempo por el sátrapa de Egipto a la corte de Filipo [91] y cubierto de regalos y de toda clase de honores, había cambiado su patria por el destierro; después había formado parte del séquito de Alejandro en su expedición a Asia y se contaba en el número de los compa-
12 ñeros leales del rey. A Sísenes un soldado cretense le entregó una carta sellada con un anillo cuyo sello le era completamente desconocido. Se la enviaba Nabarzanes [92], general de Darío, y en ella le exhortaba a llevar a cabo una empresa digna de su nombre y de sus antepasados, lo que le granjearía una gran recompensa por parte de
13 Darío. Sísenes, como es natural cuando se es inocente, intentó muchas veces entregar la carta a Alejandro, pero, viendo al rey acosado por tantas preocupaciones y por los

[90] Arriano, I 25, 3, dice que se llamaba *Sisínēs* y que (en contra de la información ofrecida por Curcio), después de permanecer en la corte de Filipo, habría vuelto a la corte persa.

[91] Filipo II, rey de Macedonia entre los años 359 y 336. Padre de Alejandro. Había nacido el año 382. Tenía, pues, 46 años cuando fue asesinado por el joven palaciego Pausanias, en el momento en que, al frente de toda la Grecia, se disponía a llevar la guerra a Persia.

[92] Como se contará en V 9 sigs., conspiró, en compañía de Beso, contra su propio rey Darío. Después abandonó a Beso e hizo las paces con Alejandro. Bardon, en nota a este pasaje, opina que puede ser que Curcio confunda esta carta con la que Nabarzanes envió a Alejandro Lincestes en el invierno del 334-3.

preparativos de la guerra, se mostraba siempre a la espera de una ocasión más propicia, con lo que dio pábulo a la sospecha de que andaba tramando el asesinato. En efecto, 14
la carta, antes de llegar a sus manos, había llegado a las de Alejandro, quien, después de leerla y de sellarla con el sello de un anillo que nadie conocía, había dado orden de entregársela a Sísenes a fin de poner a prueba su lealtad. Como quiera que iban pasando los días y éste no com- 15
parecía ante el rey, dio la impresión de que había hecho desaparecer la carta con intención criminal y, durante la marcha, fue asesinado por unos cretenses, sin duda por orden de Alejandro.

Los soldados griegos que Timodes había recibido de 8
Farnabazo [93] y en los que Darío tenía cifrada su principal y prácticamente única esperanza, ya los tenía a su disposición. Éstos [94] le aconsejaban con insistencia que diera 2
marcha atrás y volviera a las espaciosas llanuras de Mesopotamia; si no daba su aprobación a este plan, que al menos dividiera sus innumerables tropas y no dejara que un solo golpe de la Fortuna echara por tierra todas las fuerzas del reino. Este plan desagradaba menos al rey que a sus 3
dignatarios. Éstos decían que la lealtad de aquellas tropas era poco de fiar y se la podía comprar con dinero; que la traición amenazaba y si los soldados griegos querían dividir las tropas era con el exclusivo fin de, formando grupo aparte, poner en manos de Alejandro lo que se les hubiera encomendado; que lo más seguro era cercarlos con 4

[93] Siguiendo las instrucciones de Darío, como se ha dicho en 3, 1.

[94] Según Plutarco, *Alej.* XX 2, y Arriano, II 6, 3, el que dio este consejo fue Amintas, hijo de Antíoco, desertor del bando macedonio y a las órdenes de Darío.

todo el ejército y acribillarlos a proyectiles, convirtiéndo-
los en testimonio de una traición bien castigada.
5 Pero Darío, íntegro e indulgente como era [95], hizo
saber que él no cometería crimen tan execrable, dar orden
de asesinar a los que le habían seguido, confiados en su
palabra, y que eran sus propios soldados: ¿qué extranjero,
en lo sucesivo, se iba a poner en sus manos, si ahora se
6 las manchaba con la sangre de tantos soldados? Nadie
debía pagar con su cabeza el haber dado un mal consejo,
porque, si el dar un consejo se convertía en un peligro,
vendrían a faltar los consejeros. Finalmente, ellos mismos
eran llamados todos los días a deliberar, manifestaban opi-
niones distintas y no era tenido por más leal el que daba
7 el mejor consejo. Y así dispuso que se anunciara a los
griegos que les estaba agradecido por su buena intención,
pero que, si se batía en retirada, sin ninguna duda pondría
su reino en manos del enemigo: las guerras se sostienen
por la fama y si uno echa pie atrás todos piensan que
8 huye. Por otra parte, no había ningún motivo para demo-
rar el combate ya que una multitud tan enorme iba a tener
serios problemas de avituallamiento, especialmente ante la
proximidad del invierno [96], en una región desolada y de-
vastada unas veces por sus propios soldados y otras por
9 el enemigo. Dividir su ejército no podía hacerlo si quería
seguir la tradición de sus antepasados que siempre habían
hecho frente a las situaciones críticas con todos sus contin-
10 gentes de tropas. Y además, ¡por Hércules!, aquel rey,
antes terrible y, en su ausencia, ensoberbecido con una

[95] Más arriba, en 2, 17, Curcio ha dicho que Darío «tenía un carácter afable y bondadoso». Véase también ARRIANO, III 22, 2.

[96] Testimonio, indirecto, de que el baño de Alejandro en el Cidno no había tenido lugar, como se dice en 5, 1, en el verano.

confianza ilusoria en sí mismo, en cuanto se había dado
cuenta de que él, Darío, estaba a punto de llegar, trocando
su temeridad en cautela, se había escondido entre las que-
bradas del desfiladero, agazapado, como los animales co-
bardes que, al oír el ruido de los transeúntes, se ocultan
en los escondrijos de los bosques. Incluso hasta engañaba 11
a sus propios soldados con el pretexto de una enfermedad.
Pero no iba a consentir que siguiera demorando el comba-
te: en el cubil en el que, medrosos, se habían refugiado,
los aplastaría en medio de sus cavilaciones. Pero estas re-
flexiones de Darío sonaban más a jactancia que a sinceri-
dad.

Ahora bien, después de enviar a Damasco de Siria, 12
con un pequeño destacamento como escolta, toda su for-
tuna y todos sus objetos de más valor, condujo a Cilicia
el resto de sus tropas, seguido de su esposa y de su madre,
tal como era costumbre entre sus antepasados. También
las hijas y el hijo de corta edad acompañaban a su padre.
Casualmente en la misma noche, por un lado Alejandro 13
llegó a los desfiladeros por los que se entra en Siria y,
por otro, Darío al lugar denominado «Pilas Amánicas» [97].
Los persas, al ver que los macedonios habían abandonado, 14
después de tomarla, la ciudad de Iso, no tuvieron la menor
duda de que aquéllos huían, pues incluso cayeron en sus
manos algunos heridos y enfermos que no podían caminar
al ritmo del ejército. Darío, por instigación de sus dig- 15
natarios ensañados con una bárbara crueldad, después de
cortarles las manos y quemar sus muñones, los llevó por

[97] Alejandro, en su avance hacia el sur, a lo largo de la costa y en dirección a Siria, había llegado a Miriandro (cerca de la actual Alejandreta). Darío, por su parte, tras atravesar el Éufrates, franqueó la cordillera por las «Pilas Amánicas» y se apoderó de Iso que, como se dice en el texto, había sido abandonada por el ejército macedonio.

todas partes para que conocieran sus tropas y, una vez que contemplaron suficientemente todo, les ordenó que comunicaran a su rey lo que habían visto.

16 Así pues, levantó el campamento y atravesó el río Pínaro [98] con la intención de caer sobre los que, según creía, huían. Pero aquellos a los que les había cortado las manos entraron en el campamento macedonio e hicieron saber a Alejandro que Darío venía en su seguimiento con toda la
17 rapidez de que era capaz. Apenas si se daba crédito a sus palabras y así Alejandro dio orden de que fueran enviados por delante, a las zonas costeras, ojeadores para ver si el que venía era el propio Darío o si era alguno de sus generales el que había dado la impresión de que
18 venía todo el ejército en bloque. Pero he aquí que, cuando los oteadores estaban de vuelta, divisaron a lo lejos una inmensa multitud. Comenzaron después a brillar fuegos a lo largo de toda la llanura y daba la impresión de que todo ardía como en un incendio ininterrumpido, al extenderse ampliamente, sin orden ni concierto, la multitud, so-
19 bre todo a causa de las bestias de carga. A la vista de ello, Alejandro dio orden de acampar en aquel mismo lugar, contento de que hubiera que entablar el combate (lo que siempre había deseado) en aquellos desfiladeros [99].

20 Pero, como suele suceder cuando llega el momento decisivo, su confianza se trocó en ansiedad. Le daba miedo aquella misma Fortuna con cuyo soplo favorable tantas

[98] Según ARRIANO, II 7, 1 y II 10, 1, no llegó a atravesar el río y del mismo relato de Curcio se desprende (téngase en cuenta lo que se dice en el párrafo 28 de este mismo capítulo) que sólo una parte de su ejército lo hizo.

[99] Cortando de raíz las pretensiones de Darío que, confiando en la magnitud de sus tropas, deseaba dar la batalla en las llanuras de Siria. El combate tuvo lugar en el mes de noviembre del año 333.

hazañas había llevado a cabo y pensaba, no sin razón, precisamente por todo lo que de ella había recibido, cuán voluble era; sólo una noche le separaba del combate decisivo.
Por otro lado, pensaba que la recompensa era mayor que 21
el peligro y así como la victoria se mostraba dudosa, una cosa era de todo punto cierta, que moriría con gran gloria
y fama. Así pues, dio orden a sus soldados de atender 22
a sus necesidades corporales y de estar, en la tercera vigilia [100], preparados para el combate. Él, por su parte, subió a la cima de una elevada montaña y, a la luz de gran cantidad de antorchas, hizo un sacrificio, siguiendo la costum-
bre de su país, a los dioses tutelares de la región. Al dar 23
la trompeta, según lo ordenado, la tercera señal, la tropa estaba ya preparada, tanto para la marcha como para el combate; se dio la orden de avanzar rápidamente y, al salir el sol, llegaron a los desfiladeros que habían determinado
ocupar. Los oteadores, que habían sido enviados por de- 24
lante, informaron de que Darío estaba a una distancia de treinta estadios [101]. Entonces Alejandro ordenó detener la marcha y, después de ceñirse las armas, él mismo en persona dispuso el ejército en formación de combate.

Unos campesinos, aterrorizados, anunciaron a Darío la llegada de los enemigos. Darío apenas podía creer que aquellos a los que él perseguía como fugitivos le salieran inclu-
so al encuentro. Un enorme temor se apoderó de los áni- 25
mos de todos sus soldados, dispuestos como estaban más para la marcha que para el combate, y apresudaramente empuñaron las armas. Pero el espanto creció al correr los

[100] Los romanos dividían la noche en cuatro vigilias (los griegos, en tres), de tres horas cada una; es decir, doce horas que variaban su duración de acuerdo con las estaciones. La tercera vigilia comprendía las tres primeras horas del día.

[101] A unos cinco km. y medio.

soldados apresuradamente en todas direcciones y al llamarse
26 unos compañeros a otros al combate. Unos subían a las cimas de las montañas para, desde allí, contemplar la columna enemiga; otros, los más, embridaban los caballos. Un ejército como aquél, sin unidad y no aplicado a seguir las órdenes de un solo jefe, en medio de un tumulto de todo tipo provocaba una confusión general.

27 Darío, al principio, determinó ocupar la cima del monte con una parte de sus tropas, en la idea de cercar al enemigo de frente y por la espalda y de oponerle, también, para apretarle por todas partes, otro contingente de tropas desde el lado del mar que protegía el ala derecha de Ale-
28 jandro. Además había dado orden de que 20.000 soldados, adelantándose al resto del ejército, atravesaran, en compañía de un destacamento de arqueros, el río Pínaro, cuyo curso separaba los dos ejércitos, y que hicieran frente a las fuerzas macedonias; si fracasaban en su intento, que se replegaran a las montañas y, sin ser vistos, cercaran las
29 últimas formaciones enemigas. Pero la Fortuna, más poderosa que cualquier tipo de conjeturas, se encargó de echar por tierra proyectos tan halagüeños: en efecto, unos, por miedo, no se atrevían a dar cumplimiento a la orden; otros lo intentaban, pero en vano, ya que cuando las partes flaquean el conjunto se desmorona.

9 Su línea de combate presentaba la siguiente formación: Nabarzanes, con la caballería, a la que se habían añadido unos 20.000 honderos y arqueros, protegía el ala derecha.
2 En dicho flanco se encontraba Timodes al frente de 30.000 mercenarios griegos del arma de infantería. Sin ningún género de dudas éstos formaban la espina dorsal del ejército, una formación que podía parangonarse con la falange ma-

cedónica. En el ala izquierda, el tesalio Aristómedes [102] co- 3
mandaba 20.000 infantes bárbaros. En calidad de reserva Darío había colocado a las tropas de los pueblos más belicosos. El rey, por su parte, iba a luchar en esta misma 4
ala [103] y llevaba como séquito 3.000 jinetes escogidos que constituían su acostumbrada guardia personal y una formación de a pie de 40.000 soldados; a continuación se alinea- 5
ban los jinetes hircanos y medos, seguidos por los jinetes de los restantes pueblos, colocados tras aquéllos a derecha e izquierda. Esta formación de combate, alineada según queda dicho, iba precedida por 6.000 arqueros y honderos. Las tropas habían llenado todo el espacio disponible en 6
el desfiladero y las alas estaban apoyadas, por un lado, en la montaña, por el otro, en el mar. La esposa y la madre del rey, así como la comitiva de las restantes mujeres, habían sido colocadas en medio del ejército [104].

Alejandro colocó a la cabeza de su formación la falan- 7
ge, el elemento más sólido del ejército macedonio. Al frente del ala derecha estaba Nicanor [105], hijo de Parmenión.

[102] Originario de Feras, en Tesalia, comandante de la infantería persa. Un griego más al servicio de Darío. Después de la derrota de Iso tomó parte en la expedición de Amintas a Chipre y Egipto.

[103] A pesar de que en la línea de combate persa el rey solía colocarse en el centro.

[104] Los efectivos del ejército persa en la batalla de Iso varían notablemente de acuerdo con los diversos autores: según Arriano y Plutarco, ascendían a 600.000 hombres; según Diodoro y Justino a 500.000. De los datos suministrados por Curcio se deduce que llegarían a 311.000 hombres.

[105] Hijo de Parmenión. Al frente de los «hypaspistas» (cuerpo de infantería ligeramente armado) luchó en el Gránico, en Iso y en Arbelas, muriendo de enfermedad (lo que es digno de ser notado) poco después que el ejército macedonio entrara en Hircania. A su muerte se alude en VI 6, 18. (Curcio habla en su relato de otros dos personajes con este

A su lado, Ceno [106], Perdicas [107], Meleagro [108], Ptolomeo [109] y Amintas [110], cada uno al mando de su corres-
8 pondiente cuerpo del ejército. En el ala izquierda, que se extendía hacia el mar, estaban Crátero [111] y Parmenión,

nombre: un cómplice de Dimno, en VI 7, 15, y un joven macedonio de familia noble, en VIII 13, 13).

[106] Hijo de Polemócrates y yerno de Parmenión. Murió (también de enfermedad) durante la expedición a la India.

[107] Uno de los más sobresalientes generales de Alejandro, quien (como lo deja entrever el propio relato de CURCIO, X 5, 4 sigs.) tal vez vio en él a su posible sucesor. Estaba emparentado con la familia real y actuó como regente a la muerte de Alejandro. En medio de las luchas que siguieron a la muerte del rey entre los diversos generales que se habían repartido el Imperio, una confederación de adversarios se levantó contra Perdicas, del que se sospechaba que aspiraba al trono de Macedonia, y fue derrotado —y asesinado por sus propios soldados— en la batalla de Menfis, en el año 321, dos años después de la muerte de Alejandro.

[108] Otro jefe de la falange. Era hijo de Neoptólemo y, tras la muerte de Alejandro, formó parte del consejo de regencia, siendo asesinado por orden de Perdicas, a pesar de haber buscado refugio sagrado, como se cuenta en X 9, 21.

[109] Hijo de Lago y de Arsínoe. Era originario de Eordea. Por su madre estaba emparentado con la familia real. Curcio, a propósito del episodio de la herida envenenada que recibió Ptolomeo (episodio que se relata en IX 8, 22 sigs.), se hace eco de los rumores según los cuales Ptolomeo sería hijo del propio Filipo, habido con una concubina; lo cual es abiertamente erróneo. A la muerte del rey, en el reparto del Imperio a nuestro personaje le tocó en suerte Egipto, donde fundó la dinastía de los Lágidas. Reinó hasta el año 283 y hacia el 303 escribió una historia de la expedición de Alejandro de la que hemos dado noticia en la «Introducción», historia que fue utilizada ampliamente por Arriano.

[110] En Curcio hay seis personajes con este nombre, más un Lincestes Amintas. Aquí se trata del hijo de Andrómenes y hermano de Simias, Atalo y Polemón. Implicado en el proceso de Filotas, consiguió ser absuelto.

[111] Tras la relación de los generales que acaudillan la falange, he aquí el nombre de otro general benemérito del ejército macedonio. Crátero era hermano de Anfótero. Curcio nos informa de diversas misiones im-

el primero sometido a las órdenes del segundo. Tropas de caballería habían sido colocadas en ambas alas: los jinetes macedonios, a los que se les habían añadido los tesalios, reforzaban el ala derecha; los peloponesios, la izquierda.
Delante de esta formación Alejandro había colocado un 9
pelotón de honderos entremezclados con arqueros. Además abrían filas los tracios y los cretenses, también ellos
armados a la ligera. A las tropas que, enviadas por de- 10
lante por Darío, se habían apoderado de la cima de la montaña, Alejandro les opuso los agrianos que acababan de ser traídos de Grecia. Parmenión había recibido la orden de extender, todo lo que pudiera, la formación hacia el mar a fin de alejar lo más posible la línea de combate
de las montañas, ocupadas por los bárbaros. Pero éstos, 11
no atreviéndose ni a hacer frente a los que venían ni a cercar a los que les habían adelantado, habían puesto pies en polvorosa, aterrorizados, sobre todo, a la vista de los honderos, y esta circunstancia otorgó a Alejandro la ventaja de mantener protegido un flanco del ejército contra
el que había temido un ataque desde lo alto. Avanzaban 12
los macedonios en treinta y dos hileras [112], ya que el desfiladero no permitía que la línea de combate presentara un mayor despliegue. Después las sinuosidades de los montes comenzaban a ensancharse poco a poco y a dejar abierto un espacio mayor, de tal manera que no sólo la infantería

portantes llevadas a cabo por él: IV 3, 1; IX 8, 3; etc. Tras la muerte de Parmenión se convirtió en el consejero de más prestigio de Alejandro. A la muerte de éste, fue encargado de los asuntos de Europa, muriendo en el campo de batalla en lucha contra Eumenes, en el año 321.

[112] La falange presentaba un frente de 16 filas, pero lo angosto del desfiladero por donde tenían que avanzar hacía que la formación en su frente quedara reducida a la mitad de sus efectivos (8 filas), con lo que se duplicaban los efectivos del fondo, por lo que de 16 hileras se pasó a 32.

podía caminar en su formación habitual sino que incluso la caballería podía desparramarse por los flancos.

10 Ambas formaciones podían ya divisarse una a otra pero aún se encontraban fuera del alcance de las flechas [113], cuando los persas, los primeros, lanzaron un grito confuso
2 y salvaje. Los macedonios respondieron con otro grito mayor que el que cabía esperar por su número, contestado en eco por las cimas de las montañas y los amplios desfiladeros, ya que los bosques y los peñascos vecinos devuelven siempre el sonido, multiplicado, de cualquier voz que reciben.

3 Alejandro caminaba delante de los estandartes, conteniendo de cuando en cuando a los suyos con señas a fin de que no entraran en combate sin aliento y agotados a
4 causa de su excesivo apresuramiento. Conforme iba recorriendo a caballo la formación, se dirigía a los soldados con palabras distintas según conviniera a la índole de cada uno. A los macedonios, vencedores en tantos combates en Europa, que habían partido a la conquista de Asia y de las últimas regiones del Oriente más por su propia iniciativa que por la de Alejandro mismo, les recordaba su anti-
5 guo valor: ellos eran los libertadores del mundo y los que, después de franquear las antiguas fronteras de Hércules y del Padre Líber [114], impondrían el yugo no sólo a los

[113] Estaban, pues, ambos ejércitos a una distancia de unos 180 mts.

[114] Hércules, héroe legendario que liberó al mundo de monstruos y, al morir, fue acogido por sus hazañas en el círculo de los dioses. Sobre las relaciones de Alejandro con Hécules, véase la segunda parte de la nota 76, pág. 106, de C. García Gual, en Pseudo-Calístenes, *Vida y hazañas...* Por otra parte, Alejandro mismo creía que los reyes macedonios descendían de Hércules. (Véase IV 2, 3.). «Liber» es el sobrenombre de Baco (el Dionisos griego). Su viaje triunfal a la India no fue inventado por los poetas hasta después de la época de Alejandro. Éste (véase IX 4, 21) anima a sus tropas a sobrepasar los límites de la expedición de Baco. Por otro lado, Baco había levantado el templo en honor de Júpiter-Amón, en el oasis de Siwa, en pleno desierto de Libia, templo

persas, sino incluso a todas las naciones. La Bactriana y la India se convertirían en provincias de Macedonia; lo que ahora divisaban era de bien poca monta, pero he aquí que la victoria les iba a abrir las puertas de todo. En ade- 6
lante no se iba a tratar de unas penalidades baldías en los peñascos cortados a pico de la Iliria o en las rocas de la Tracia [115]: lo que se les ofrecía era los despojos de todo el Oriente. Apenas si iba a ser necesario blandir las espadas: todo aquel ejército enemigo, al que su propio miedo hacía tambalear, podía ser rechazado a empellones con los escudos. A ello añadía el recuerdo de su padre Filipo, 7
vencedor de Atenas [116], y presentaba a su consideración la imagen de la reciente sumisión de Beocia [117] y de su nobilísima capital, arrasada hasta sus cimientos [118]. Les re-

al que acudirá Alejandro a consultar al oráculo (véase IV 7, 8 sigs.). La mención en el texto de Hércules y Líber (los dos héroes conquistadores de los que, juntos, se vuelve a hacer mención en IX 2, 29 y en IX 4, 21) responde a un pensamiento profundo de Alejandro: por su padre Filipo pretendía descender de Hércules; en cuanto a Líber, Bardon, en nota a este pasaje, pone en evidencia el deseo de Alejandro, cada vez más intenso, de identificarse con este dios, por lo que hay que admitir como válido el testimonio de Diógenes Laercio que recuerda un decreto de Atenas, según el cual se hacía del príncipe un nuevo Dionisos. Por otro lado se sabe que la madre de Alejandro, Olimpíade, originaria de Tracia, era una ferviente adoradora de este dios.

[115] Región del sudeste de la península balcánica, limitada por el Mar Negro al este, la Propóntide, el Helesponto y el Egeo al sur, Macedonia al oeste y una línea vaga e incierta al norte que varió con el tiempo, pero que nunca sobrepasó los Balcanes.

[116] En la batalla de Queronea, en agosto-septiembre del año 338.

[117] Región de la Grecia central limitada al norte por la Fócide y la Lócride Opuntiana; al oeste por el golfo de Corinto, el golfo Alcionio y la Fócide; al sur por la Megárida y el Ática y al este por el estrecho de Euripo, que la separaba de Eubea.

[118] Al suceder Alejandro a su padre Filipo en el año 336, surgió la rebelión promovida por la nobleza. Al salir Alejandro hacia el norte para

cordaba el río Gránico, tantas ciudades o tomadas al asalto o previa rendición, y todo, a sus espaldas, abatido y puesto bajo sus pies.

8 Cuando llegaba ante los griegos, les recordaba que eran aquellos pueblos los que habían llevado la guerra a Grecia por la insolencia, primero, de Darío, después de Jerjes [119], que les exigían el agua y la tierra [120], de modo que una vez sometida Grecia, no le quedaría ni el agua de sus fuen-
9 tes ni el alimento indispensable. Les recordaba cómo sus templos habían sido dos veces demolidos e incendiados, sus ciudades saqueadas, todos los pactos del derecho divino y humano conculcados.

A los ilirios y tracios, acostumbrados a vivir del pillaje, les invitaba a contemplar la formación enemiga, resplandeciente de oro y púrpura, y portadora de botín más que
10 de armas: «¡Adelante!», les decía, «a quitar como hom-

sofocar uno de estos levantamientos, Grecia aprovechó la ocasión para rebelarse, siendo Tebas, capital de Beocia, la ciudad más firmemente decidida a oponerse al dominio macedónico. Alejandro, deseoso de aplicar un castigo ejemplar que sirviera de escarmiento a las demás ciudades griegas, arrasó la ciudad (no perdonó más que los templos y la casa de Píndaro) y pasó a cuchillo a gran parte de sus habitantes, vendiendo a los demás como esclavos.

[119] Darío I fue rey de Persia desde el 522 al 485. En el año 492 llevó a cabo la primera expedición contra Grecia, dando origen a las guerras médicas. Esta primera expedición constituyó un auténtico fracaso para el invasor, que fue derrotado en la batalla naval de Athos. La segunda expedición, montada también por Darío, cruzó el mar Egeo y terminó, con nueva derrota de los persas, en la batalla de Maratón, el año 490. Darío murió antes de poder organizar una tercera expedición. Jerjes, que sucedió a su padre a la muerte de éste en el año 485, reemprendió la lucha contra Grecia en el año 480. En esta tercera expedición los griegos obtuvieron las victorias de Temístocles en Salamina y de Pausanias sobre el sátrapa Mardonio en Platea en el año 479.

[120] Esta era la fórmula empleada por los persas para exigir la rendición.

bres el oro a aquellas mujeres cobardes y a cambiar las ásperas cimas de vuestras montañas y sus veredas desiertas endurecidas por el hielo perenne por los feraces campos y las llanuras persas».

Ya habían llegado al alcance de las flechas, cuando 11
la caballería persa se lanzó ferozmente contra el ala izquierda enemiga: Darío deseaba que el combate se dirimiera entre tropas de caballería, presumiendo que la flor y nata del ejército macedonio estaba constituida por la falange. Incluso el ala derecha de Alejandro se veía ya envuelta. En cuanto el macedonio se dio cuenta de ello, 2
ordenó que dos escuadrones de caballería se detuvieran en la cima de la montaña al tiempo que el resto lo condujo con presteza al punto crítico del combate. Después sacó 3
de la formación a los jinetes tesalios y dio orden a su comandante de que, sin ser vistos, dieran un rodeo tras sus propias tropas y se sumaran a las de Parmenión, poniendo en ejecución con toda diligencia lo que éste les ordenara.

Los que se habían introducido en medio de los persas, 4
a pesar de estar cercados por todas partes, se defendían a las mil maravillas, pero, apiñados como estaban y pegados prácticamente unos a otros, no podían lanzar los proyectiles: apenas lanzados en busca del mismo blanco, chocaban entre sí y eran pocos los que alcanzaban al enemigo, ocasionándole heridas superficiales y ligeras, mientras que, los más, caían al suelo sin causar el menor daño. Por eso, obligados a luchar cuerpo a cuerpo, desenvainaron rápidamente las espadas. Entonces corrió la sangre en abundan- 5
cia: las tropas de ambas formaciones estaban tan pegadas unas a otras que las armas chocaban con las armas y las puntas de las espadas se dirigían a los rostros del contrario. Ni el tímido ni el cobarde tenían posibilidad de permane-

cer inactivos: pie contra pie, como si su lucha fuera en duelo personal, permanecían clavados allí donde habían asentado sus pies hasta que la victoria les abría el camino.
6 Después de abatido a tierra el enemigo era cuando, por fin, daban un paso adelante. Pero frente a los agotados por el esfuerzo surgía un nuevo adversario y ni siquiera los heridos (como suele suceder en otras ocasiones) podían retirarse del combate sino que el enemigo los acosaba de frente y sus propios compañeros los empujaban por la espalda.
7 Alejandro lo mismo se comportaba como jefe que como soldado, tratando de buscar la gloria de unos despojos opimos [121] si conseguía dar muerte al rey; Darío, elevado sobre su carro, sobresalía por encima de todos como poderosa invitación a los suyos a que le protegieran y al enemigo
8 a que le atacara. Y así su hermano Oxatres [122], al ver que Alejandro le amenazaba, formó una barrera ante el mismo carro real con los jinetes que tenía bajo su mando. Oxatres superaba a todos los demás por sus armas y su fuerza física y, en cuanto a su valor y sus sentimientos, se encontraba entre los primeros. En aquel combate se cubrió de gloria, ya abatiendo a los que atacaban temerariamente,
9 ya poniendo a otros en fuga. Pero los macedonios que estaban junto al rey se habían hecho fuertes, animándose unos a otros y con él se lanzaron en tromba contra la caballería. Entonces la matanza tomó aspecto de carnicería. Junto al carro de Darío yacían los jefes más destacados,

[121] Se obtenían cuando el general en jefe conseguía dar muerte personalmente al general del ejército enemigo.

[122] El hermano de Darío, tras hacer gala de un valor encomiable durante la batalla, le acompañó cuando aquél emprendió la huida, cayendo en manos de Alejandro. Éste le trató con amabilidad y, a la muerte de Darío, Oxatres se pasó al bando de Alejandro.

caídos con una muerte gloriosa ante los ojos del rey, todos rostro en tierra, tal como habían caído en su lucha con las heridas recibidas de frente. Entre éstos se podía reco- 10
nocer a Atizies [123] y a Reomitres [124] y a Sábaces, sátrapa de Egipto, generales al frente de grandes ejércitos y, a su lado, amontonados, una masa de infantes y de jinetes de rango inferior [125].

De entre los macedonios, por su parte, no cayeron muchos, pero sí los más esforzados. Alejandro, en medio de ellos, recibió una herida superficial en el muslo derecho, hecha con la punta de una espada. Y ya los caballos que 11
transportaban a Darío, atravesados a lanzadas y enfurecidos por el dolor, comenzaban a sacudir el yugo y amenazaban con expulsar del carro al rey, cuando éste, temiendo caer vivo en manos del enemigo, saltó del carro y, después de arrojar ignominiosamente los emblemas de mando, a fin de pasar inadvertido en su huida, montó en un caballo que con tal fin iba detrás de su carro. Entonces todos los 12
demás se dispersaron, presas del pánico, y por donde en-

[123] Sátrapa de la Gran Frigia. En la batalla del Gránico había tenido a sus órdenes un escuadrón de caballería. DIODORO, XVII 21, 3, da su nombre en la relación de víctimas famosas habidas en tal batalla. ARRIANO, que en I 16, 3, nos ofrece una lista mucho mayor, no dice que Atizies muriera en la batalla del Gránico, sino en la de Iso (II, 11, 8), como Curcio. Lo perturbador es que también DIODORO, XVII 34, 5, coloca a Atizies entre las bajas de Iso. Tal vez haya que pensar que la información de Diodoro acerca de la muerte del sátrapa en el Gránico sea errónea.

[124] También este sátrapa, al frente de un escuadrón de caballería, había tomado parte en la batalla del Gránico, como informan DIODORO, 19, 4 y ARRIANO, I 12, 8.

[125] ARRIANO, II 11, 8, menciona, entre las víctimas persas más notables habidas en Iso, aparte de las ya ofrecidas por Curcio, a Arsames y Bubaces.

contraban un camino para huir se lanzaron arrojando unas
armas que poco antes habían empuñado para su defensa
personal: ¡hasta tal punto el pavor tiene miedo hasta de
13 lo que puede ser su protección! Parmenión lanzó su caba-
llería, acosando a los fugitivos que, casualmente, en su hui-
da habían ido a dar todos en aquella ala [126].

Por su parte, en el ala derecha los persas ponían en
14 grave aprieto a la caballería tesalia, y ya un escuadrón
de ésta había sido atropellado por efecto de una carga,
cuando los tesalios, volviendo bridas con presteza, se dis-
persaron para volver después al combate y abatir, en im-
presionante matanza, a los bárbaros que se encontraban
desperdigados y en desorden, confiados como estaban en la
15 victoria. Tanto los caballos como los jinetes persas, sobre-
cargados de láminas de hierro [127], con dificultad podían
llevar a cabo un tipo de maniobra que antes que nada se
basa en la rapidez, por lo que, al intentar volver bridas
a sus caballos, los tesalios, sin el menor riesgo, les toma-
ban la delantera.

16 Ante el anuncio del feliz resultado de tan importante
batalla, Alejandro, que hasta ese momento no se había
atrevido a perseguir a los bárbaros, al saberse vencedor
en ambos flancos, comenzó a ir en pos de los fugitivos.
Al rey no le acompañaban más de 1.000 jinetes, mientras
17 los enemigos que huían eran toda una multitud, pero,
tanto en la victoria como en la huida, ¿quién se pone a

[126] El ala izquierda.

[127] Se trata de los «catafractos», soldados cubiertos totalmente de una armadura (denominada *cataphractes*) de láminas metálicas, armadura que también cubría las partes vitales del caballo. (Véase, a este respecto, la nota 61, pág. 91, de C. GARCÍA GUAL, en PSEUDO-CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* quien llama a estos jinetes «caballeros acorazados»).

contar las tropas? Eran, pues, los persas empujados por
unos pocos, como si se tratara de un rebaño, y el mismo
miedo que les empujaba a huir les entorpecía la huida.
Pero los griegos que se habían enrolado en el bando de 18
Darío, a las órdenes de Amintas [128] (en otro tiempo gene-
ral de Alejandro y ahora pasado al enemigo), a pesar de
encontrarse separados violentamente del grupo general, de
ninguna manera daban la impresión de ser fugitivos.

Los bárbaros emprendieron la fuga en muy diversas
direcciones: unos, por la ruta que conducía todo recto 19
hacia Persia; otros, dando un rodeo, se dirigieron a los
peñascos y a las quebradas ocultas de las montañas; y unos
pocos, al campamento de Darío. Pero ya el enemigo, 20
vencedor, había penetrado en él, en un campamento que
derrochaba opulencia por todas partes. Los soldados ha-
bían tomado como botín una gran cantidad de oro y plata,
que servía no ya para la guerra sino para el placer. Como
se apoderaban de más cosas que las que podían abarcar,
los fardos de menor precio, desparramados, alfombraban
los caminos, abandonados por la codicia al ser compara-
dos con los más valiosos. Y ya les había tocado el turno 21
a las mujeres a las que les arrancaban sus joyas con tanta
mayor violencia cuanto que es mayor el cariño que las
mujeres sienten por ellas. La violenta sensualidad no per-
donaba ni siquiera el ataque físico. Todo el campamento 22
resonaba de llantos y de griterío, según había sido la suerte
de cada uno, y todo tipo de desgracia tenía en él su asien-
to, al extenderse por todas las clases y edades el cruel de-

[128] Amintas era hijo de Antíoco, antiguo oficial de Alejandro. Desertó del bando macedonio y se pasó a los persas. Tras la batalla de Iso, huyó a Egipto en compañía de 4.000 griegos, con la idea de fundar allí un gobierno independiente, pero murió en una batalla contra el persa Mazaces. (Véase IV 1, 27 sigs.).

23 senfreno del vencedor. Entonces pudo verse cuán engañosa es la incontenible Fortuna, cuando aquellos que habían engalanado la tienda para Darío, equipándola con toda clase de lujo y de opulencia, reservaban todo aquello para Alejandro, como si se tratara de su antiguo señor: en efecto, esta tienda era lo único sobre lo que los soldados no habían puesto sus manos, siguiendo una costumbre tradicional según la cual se recibía al vencedor en la tienda del rey vencido.

24 Pero los prisioneros que atraían hacia sí las miradas y los sentimientos de todos eran la madre y la esposa de Darío; aquélla, venerable no sólo por su porte mayestático, sino también por su edad; ésta, por su hermosura no marchitada ni siquiera en aquellas circunstancias; estrechaba contra su pecho a su hijo que todavía no había cumplido siete años, un niño que, en el momento de nacer, había hecho concebir la esperanza de que un día recibiría toda
25 la fortuna que ahora acababa de perder su padre. En el regazo de la abuela permanecían recostadas dos muchachas jóvenes, abatidas no sólo por su propio dolor sino también por el de aquélla. Las rodeaba, de pie, una ingente muchedumbre [129] de mujeres nobles que, mesándose los cabellos y rasgándose las vestiduras, sin acordarse de su dignidad pasada, las llamaban «reinas» y «señoras», nombres que en otro tiempo eran apropiados, pero que ahora
26 estaban fuera de lugar. Aquellas mujeres, olvidándose de su propia desgracia, preguntaban en qué ala había combatido Darío, cuál había sido la suerte de la contienda, negándose a considerarse prisioneras mientras el rey siguiera con vida.

Darío, por su parte, cambiando, uno tras otro, de caballo, se alejaba más y más en su huida.

En el combate los persas tuvieron 100.000 bajas en la 27
infantería y 10.000 en la caballería. En el ejército de Alejandro hubo 504 heridos; entre los soldados de a pie, en total 302 perdieron la vida y 150 entre los jinetes: ¡tan poca cosa costó conseguir tamaña victoria!

Alejandro, cansado de perseguir desde hacía tiempo a 12
Darío, al ver, por un lado, que la noche se echaba encima y, por otro, que no había esperanzas de darle alcance, se dirigió al campamento que poco antes había sido tomado por sus soldados. Después invitó a un banquete a sus ami- 2
gos más íntimos (el arañazo, superficial, del muslo no le impedía tomar parte en él), cuando he aquí que, de re- 3
pente, un lúgubre clamor, procedente de la tienda de al lado, entremezclado con llantos y alaridos bárbaros, aterrorizó a los comensales. Incluso la cohorte que montaba guardia junto a la tienda del rey, ante el temor de que aquello fuera el inicio de una agitación más grave, había comenzado a empuñar las armas.

Aquel súbito pavor se debió a que la madre y la esposa 4
de Darío, en compañía de las nobles cautivas, con gemidos y lamentaciones lloraban a su rey al que creían muerto. Y es que, en efecto, uno de los eunucos prisioneros, que 5
casualmente se había detenido ante la misma tienda de las mujeres, había reconocido el vestido que Darío, como antes se ha dicho [130], había arrojado para no ser traicionado por su indumentaria; al verlo en las manos de un soldado

[129] Parece una exageración de Curcio. ARRIANO, II 12, 3 sigs., que cita a Aristobulo y a Ptolomeo como fuentes de su narración en este pasaje, habla de unas mujeres, pero de su relato no se desprende, ni mucho menos, que fueran «una ingente muchedumbre».

[130] En el capítulo precedente, párrafo 11.

que lo había encontrado, y pensando que se lo había arrebatado al cadáver de Darío, había dado la noticia falsa de su muerte.

6 Al enterarse de este error de las mujeres, se dice que Alejandro rompió a llorar por el destino de Darío y por el afecto que le demostraban las mujeres. En un primer momento ordenó a Mitrenes [131], que había entregado la ciudad de Sardes —buen conocedor de la lengua persa—,
7 que fuera a consolar a las mujeres; pero temiendo, después, que la vista del traidor renovase la cólera y el dolor de las prisioneras, envió a Leonnato [132], uno de sus dignatarios, con la orden de que les hiciera saber que estaban erróneamente llorando a un vivo.

Leonnato, con una pequeña escolta armada, llegó a la tienda de las prisioneras y se hizo anunciar como mensaje-
8 ro del rey; pero he aquí que las que estaban en el vestíbulo, al ver la escolta armada, pensaron que se pretendía acabar con sus señoras y echaron a correr hacia el interior, diciendo a gritos que les había llegado la hora suprema y que habían sido enviadas tropas para dar muerte a las pri-
9 sioneras. Así pues, las mujeres, no atreviéndose ni a impedirle la entrada ni a hacerlo pasar, sin darle ninguna respuesta, esperaban en silencio la decisión del vencedor.
10 Leonnato, transcurrido un largo rato en espera de que alguien le hiciera pasar, al ver que nadie se atrevía a salir,

[131] Como se dice en el texto, había entregado a Alejandro la ciudad de Sardes y éste le recompensó con su amistad. En el 331-330 fue nombrado sátrapa de Armenia.

[132] Leonnato era uno de los siete u ocho «guardias de corps» que constituían el círculo más íntimo de los colaboradores de Alejandro. Hizo toda la campaña al lado del rey, al que salvó la vida en el asalto a una ciudad india (véase IX 5, 15). A la hora del reparto del imperio le tocó en suerte la Pequeña Frigia, muriendo en combate el año 322.

dejó en el vestíbulo a los componentes de su escolta y entró en la tienda. Aquel hecho mismo llenó de turbación a las mujeres, al verle entrar bruscamente sin que nadie le hubiera dado permiso. Y así la madre y la esposa del 11
rey, postrándose a sus pies, comenzaron a suplicarle que, antes de darles muerte, les permitiera dar sepultura al cadáver de Darío según los ritos de su país [133]: después de rendir al rey los últimos deberes, estaban dispuestas a arrostrar la muerte sin vacilar. Leonnato les respondió, por un 12
lado, que Darío vivía y, por otro, que ellas mismas no sólo no iban a sufrir el menor daño sino que incluso seguirían siendo reinas con el protocolo de su condición anterior. Solamente entonces fue cuando la madre de Darío consintió en que la ayudaran a levantarse.

Al día siguiente, Alejandro, tras ser enterrados dili- 13
gentemente aquellos soldados cuyos cadáveres había podido encontrar, dio orden de que el mismo honor fuera otorgado a los más nobles de los persas y a la madre de Darío le permitió enterrar, según los ritos de su patria, a quienes ella quisiera. Sisigambis a unos pocos, los más íntima- 14
mente ligados a ella por lazos de parentesco, los hizo enterrar de acuerdo con el estado de su fortuna presente, considerando que el boato de las pompas fúnebres con el que los persas celebran las últimas exequias no sería bien visto cuando los mismos vencedores eran sometidos a una sencilla cremación.

Terminadas las ceremonias fúnebres, Alejandro envió 15
por delante unos mensajeros para que anunciaran su llegada a las prisioneras y, tras impedir que le acompañara su numerosa comitiva, entró en la tienda en compañía de He-

[133] «Los persas no incineraban los cadáveres sino que los enterraban después de haberlos recubierto de cera» (Dosson). Véase Heródoto, III 16.

16 festión [134]. Éste, criado a su lado y confidente de todos sus secretos, era con mucho el más querido del rey entre todos sus amigos; a la hora de dar un consejo también era el que más derecho tenía a darlo, pero lo ejercía de tal manera que daba la impresión de que era el rey más bien el que se lo otorgaba que no que él se lo arrogara por propia iniciativa; aunque era de la misma edad que Alejandro, le sobrepasaba, sin embargo, en estatura [135].
17 Y así pues, las reinas, creyendo que el rey era Hefestión, le hicieron las reverencias acostumbradas en su corte [136] y ante la indicación, por parte de algunos eunucos prisioneros, de quién era Alejandro, Sisigambis se arrojó a los pies de éste, aduciendo como excusa el ser aquella la primera vez que veía al rey. Éste, ayudándola a levantarse, le dijo: «Madre, no te has equivocado: también éste es Alejandro».

18 Si Alejandro se hubiera sabido mantener en este dominio de sí mismo hasta el final de su vida, yo ciertamente creería que había sido más feliz que lo que parecía serlo cuando imitó el triunfo del Padre Líber tras vencer a todos los pueblos, desde el Helesponto hasta el Océano [137].
19 Así, a no dudarlo, habría vencido a la soberbia y a la cólera, males invencibles; se habría abstenido de dar muerte a sus amigos en medio de los banquetes [138] y no se habría atrevido a ejecutar, sin celebración de juicio, a hombres sobresalientes por sus hechos de armas y que habían sido sus compañeros a la hora de someter tantos pueblos.
Pero la Fortuna todavía no había embriagado su espíritu 20
y así, cuando ella comenzaba a sonreírle, la sobrellevó con tanta moderación y prudencia, mientras que al final no pudo sobrellevar su grandeza.

En aquella ocasión se comportó de tal manera que 21
superó a todos los reyes que le habían precedido en dominio de sí mismo y en clemencia. A las princesas, de una belleza extraordinaria, las respetó tan religiosamente como si fueran hijas de su mismo padre; y a la esposa de Da- 22
río, que se llevaba la palma de la hermosura entre todas las mujeres de su tiempo, hasta tal punto no le infligió violencia alguna que puso extremo cuidado en que nadie abusara de la prisionera. Mandó que les fuera devuelto a 23
las mujeres todo su ajuar y de la magnificencia de su antigua fortuna nada echaron de menos a no ser la serenidad y el sosiego. Por todo ello, Sisigambis dijo: «¡Oh rey!, 24
tú mereces que en nuestras plegarias pidamos para ti lo que en otro tiempo pedíamos para nuestro Darío; y, por lo que veo, eres digno de ello, ya que has superado a un rey tan grande no sólo en la buena Fortuna sino también en la equidad. Tú me llamas en verdad 'madre' y 'reina', 25
pero yo me confieso tu esclava y lo mismo puedo alzarme hasta la cima de mi pasada fortuna que someterme al yugo presente: sólo a ti te toca decidir si del poder que tienes sobre nosotras quieres que quede testimonio de clemencia más bien que de crueldad».

[134] Amigo íntimo de Alejandro. Éste lo casó con Dripetis, la hija menor de Darío y hermana de Estatira, la segunda mujer de Alejandro. Poco después de la boda cayó enfermo y murió en Ecbatana el año 324. Alejandro le dedicó unos funerales suntuosos y quiso que se le adorara como a un semidiós.

[135] De que Alejandro era de mediana estatura tenemos testimonios indirectos en el mismo Curcio, V 2, 13; VI 5, 29 y Diodoro, XVII 37, 5, por ejemplo.

[136] Es decir, prosternándose.

[137] Véase IX 10, 24 sigs.

[138] Alusión al asesinato de Clito (véase VIII 1, 52).

26 El rey las invitó a tener buen ánimo, tomó en sus brazos al hijo de Darío [139] y el niño, sin atemorizarse lo más mínimo por su aspecto, a pesar de que era la primera vez que lo veía, le echó los brazos alrededor del cuello. Conmovido el rey por la decisión del niño, dirigiendo sus miradas hacia Hefestión, dijo: «¡Cómo quisiera que Darío hubiese sacado algo de este carácter!», y salió de la tienda.

27 Después de consagrar tres altares, a orillas del río Pínaro, a Júpiter, a Hércules y a Minerva, se dirigió a Siria, enviando por delante a Parmenión hacia Damasco, en donde se encontraba el tesoro real.

13 Habiéndose enterado Parmenión de que también un sátrapa de Darío había ido por delante a Damasco, ante el temor de que el pequeño número de componentes de su propia escolta fuera menospreciado, determinó hacer ve-
2 nir un destacamento mayor. Pero he aquí que dio la casualidad de que un mardo [140] vino a caer en manos de los exploradores que él había enviado por delante. Llevado a presencia de Parmenión, el mardo le hizo entrega de una carta remitida a Alejandro por el sátrapa de Damasco, añadiendo que éste no dudaba en entregar todo el tesoro y todo el dinero al rey.

3 Parmenión dio orden de que se le pusiera a buen recaudo y después abrió la carta. En ella se podía leer que Alejandro se diera prisa en enviar a uno de sus generales con una reducida escolta a fin de hacerle entrega de todo lo que el rey persa había dejado en su poder. A la vista de ello, devolvió Parmenión el mardo al sátrapa traidor

[139] Oco, nacido el año 339. Tenía, pues, 6 años.

[140] Perteneciente a una tribu que habitaba al sur del mar Caspio.

con una escolta. El mardo, escapándose de las manos de 4
sus guardianes, entró en Damasco antes del amanecer.

Todo esto había llenado de turbación a Parmenión que, temiendo una emboscada, no se atrevía a emprender sin un guía un camino desconocido; pero, confiando en la buena estrella de su rey, ordenó que se capturase a unos campesinos para que le sirvieran de guías en el viaje; los encontró rápidamente y, al cuarto día, llegó a la ciudad en donde el sátrapa andaba ya con miedo de que no hubiera dado fe a su palabra.

Así pues, el sátrapa, como si las fortificaciones de la 5
ciudad le inspiraran poca confianza, antes de la salida del sol dio orden de sacar fuera el tesoro real (los persas lo llaman «gaza») junto con los objetos más valiosos. Simulaba una huida pero, en realidad, su finalidad era entregar el botín al enemigo. Hombres y mujeres, a miles, le se- 6
guían al salir de la ciudad, multitud digna de compasión para todos menos para aquel a cuya lealtad se habían confiado. En efecto, el sátrapa, a fin de conseguir una recompensa mayor por su traición, se disponía a poner en manos del enemigo un botín más codiciado que cualquier tipo de riqueza: los nobles, las esposas y los hijos de los generales de Darío y, además, los embajadores de las ciudades griegas, a los que Darío había dejado, como si se tratara de la ciudad más protegida, en manos del traidor.

Los porteadores (llamados «gangabas» por los persas), 7
al no poder resistir más (por un lado, se desencadenó una tormenta de nieve y, por otro, el suelo se encontraba entonces endurecido, rígido a causa de las heladas), se pusieron las vestiduras recamadas de oro y púrpura que llevaban junto con los tesoros, no atreviéndose nadie a prohibírselo: la triste suerte del rey consentía que hasta la chusma pudiera actuar impunemente contra él. Así pues, ofre- 8

cieron a Parmenión el aspecto de un ejército respetable. Parmenión, con especial cuidado, después de dirigir a los suyos una breve exhortación, como si se tratara de entablar un combate en regla, dio orden de picar espuelas y
9 de lanzarse con ardor contra el enemigo; pero los que llevaban la carga, desembarazándose de ella, llenos de miedo, emprendieron la huida; los soldados que, armados, constituían la escolta, presas del mismo pánico, comenzaron a arrojar las armas y a dirigirse hacia los vericuetos que conocían bien.

10 El sátrapa por su parte, simulando que él también se encontraba aterrorizado, había extendido el pavor por todas partes. En toda la extensión de la llanura yacían por tierra las riquezas reales: una ingente cantidad de dinero preparada para la paga de los soldados; las galas de tantos hombres nobles y de tantas mujeres de la alta sociedad,
11 vasijas de oro, frenos del mismo metal, tiendas adornadas con una magnificencia regia y, también, carros abandonados por sus ocupantes, repletos de una riqueza inconmensurable, espectáculo digno de lástima incluso para los saqueadores si es que algo pudiera contener su codicia. En efecto, una fortuna increíble y que sobrepasaba todo lo imaginable, acumulada a lo largo de tantos años, se veía ahora destrozada en medio de matorrales o sepultada en el cieno y a los saqueadores les faltaban manos para el pillaje.

12 Ya se había dado alcance a los que habían sido los primeros en huir, la mayor parte mujeres que llevaban de la mano a sus hijos pequeños, entre ellos las tres hijas de Oco [141], que había precedido a Darío en el trono: un golpe

[141] Se trata de Artajerjes III que reinó entre el 358 y el 338 y a quien sucedió Arses (338-336). Ambos fueron asesinados por el eunuco Bagoas, quien puso en el trono de Persia a Darío III. Artajerjes no precedió, pues, directamente a Darío en el trono. En cuanto a «Oco», era el nombre de varios reyes persas antes de su ascensión al trono, nombre que algunos conservaron después de ella. Como se ha visto en nota 139, «Oco» se llamaba el hijo de Darío III, y por este nombre se le cita en IV 11, 6 y 14, 22.

de estado les había hecho descender de la encumbrada posición en que se encontraban con su padre y ahora el destino agravaba aún más cruelmente su suerte. En el mismo 13
grupo se encontraban también la esposa del citado Oco y la hija de Oxatres (hermano de Darío), y la esposa del primero de sus dignatarios, Artabazo [142], así como su hijo llamado Ilioneo. Fueron también apresados la mujer y el 14
hijo de Farnabazo, a quien el rey había entregado el mando supremo del litoral, tres hijas de Mentor e igualmente la esposa [143] y el hijo del famoso general Memnón: prácticamente las familias de todos los dignatarios fueron víctimas de tan gran desgracia. Fueron también hechos prisio- 15
neros aquellos lacedemonios y atenienses que, violando el pacto de alianza, se habían pasado a los persas: Aristogitón [144], Drópides [145], Ifícrates [146], que se encontraban en-

[142] Hijo del sátrapa frigio Farnabazo y de Apamé, hija de Artajerjes II. Fue sátrapa de Ionia bajo Artajerjes III. Se rebeló contra su rey en el año 356 y buscó refugio en Macedonia en la corte de Filipo. Volvió después a Persia y sirvió con lealtad a Darío III, tomando parte en la batalla de Arbelas. No consintió en formar parte de la conjuración de Beso y Nabarzanes contra su rey. El año 330 Alejandro lo nombró sátrapa de la Bactriana.

[143] Barsine, hija de Artabazo, esposa, sucesivamente, de sus dos tíos, Mentor y Memnón. Fue después la amante de Alejandro, a quien dio un hijo, Hércules, nacido el 327 seguramente. Finalmente fue esposa de Eumenes de Cardia, secretario de Filipo y de Alejandro y autor (en colaboración con Diódoto de Eritrea) de un diario de la expedición de Alejandro.

[144] Embajador ateniense.

[145] Lo mismo que el anterior, había sido enviado a Darío como embajador por los atenienses.

tre la flor y nata de los atenienses tanto por su cuna como por su reputación; y los lacedemonios Pasipo y Onomastórides, junto con Onomante y Calicrátides [147], también ellos famosos en su país.

16 La suma de moneda acuñada capturada llegó a 2.600 talentos [148] y la plata labrada a 500; además se hicieron prisioneros 30.000 hombres y se capturaron 7.000 mulos con toda su carga.

17 Pero el que había puesto en manos del enemigo tamaña fortuna no tardó en recibir el merecido castigo de manos de los dioses vengadores. En efecto, uno de sus cómplices, movido, pienso, por el respeto hacia la dignidad real incluso en aquellas circunstancias, después de asesinarlo, llevó su cabeza a Darío, como oportuno consuelo en medio de la traición sufrida, ya que, por un lado, el rey se había vengado de un enemigo y, por otro, veía que todavía no se había marchitado el recuerdo de su majestad en el corazón de todos.

---

[146] Un tercer embajador ateniense pasado, como los otros, al bando de Darío. Alejandro lo trató con benignidad y, tras su muerte, envió sus cenizas a Atenas.

[147] Todos ellos embajadores de Esparta en la corte de Darío.

[148] Véase nota 24.

LIBRO IV

Sinopsis

(Diciembre del 333 a. C. a Octubre del 331)

Invierno del 333-332: Huida de Darío hacia el Éufrates. Proposiciones de paz enviadas por el rey persa a Alejandro. Respuesta de éste. Alejandro nombra a Abdalónimo rey de Sidón. El desertor Amintas huye a Egipto donde es derrotado y muerto (1).

Invierno-verano del 332: Asedio de Tiro, que es tomada (en agosto) después de siete meses de cerco (2-4).

Verano del 332: Darío presenta a Alejandro nuevas propuestas de paz, que son rechazadas. Estado de la situación en Asia Menor (5). Darío se prepara de nuevo para la guerra. Alejandro toma Gaza después de dos meses de asedio (6).

Invierno del 332-331 y primavera del 331: Expedición a Egipto y visita de Alejandro al templo de Júpiter-Amón (7). Fundación de Alejandría (enero del 331). Vuelta a Siria (8).

Verano del 331: Darío sale de Babilonia y se dirige a la llanura de Gaugamelas. Alejandro, por su parte, atraviesa el Éufrates y el Tigris (9).

Septiembre del 331: Eclipse de luna (20 de septiembre). Muerte de la esposa de Darío (10). Nuevas ofertas de paz por parte de Darío, que Alejandro, una vez más, rechaza (11). Orden de batalla del ejército persa. Los dos ejércitos enemigos se aproximan (12).

1 de Octubre: Consejo de Estado Mayor del ejército macedonio. Orden de batalla (13). Arenga de Alejandro a sus tropas y de Darío a las suyas (14). Batalla de Gaugamelas; resultado de la misma (15-16).

1 Darío, poco ha rey de un ejército tan numeroso, que
había entablado el combate alzado en un carro, como si
se tratara más bien de celebrar el triunfo que de luchar,
huía a través de los lugares que había inundado con sus
tropas poco menos que innumerables, ahora vacíos y su-
2 midos en una soledad sobrecogedora. Pocos eran los que
seguían al rey, ya que ni todos habían huido en la misma
dirección ni, con sus caballos agotados, podían mantenerse
a la altura de las cabalgaduras que el rey iba cambiando
3 una tras otra. Llegó por fin a Oncas [149] en donde fue
recibido por 4.000 griegos [150]. Desde aquel punto se diri-
gió en línea recta hacia el Éufrates, pensando que sólo po-
dría mantener como suyo aquello que en su rapidez se ade-
lantara a ocupar.

4 Alejandro, por su parte, dio orden a Parmenión, gra-
cias al cual se había apresado el botín junto a Damasco,
de custodiarlo, así como a los prisioneros, con toda dili-
gencia y lo puso al frente de la llamada «Celesiria» [151].
5 Los sirios, todavía no lo suficientemente subyugados por
los desastres de la guerra, desechaban el nuevo mando,
pero, dominados rápidamente, se sometieron a la obedien-
cia. También la isla de Árado [152] se sometió al vence-
6 dor. El rey de aquella isla, Estratón, reinaba por enton-
ces también sobre la zona costera y sobre la mayor parte
de la zona tierra adentro. Después de aceptar su sumisión,

[149] Situada entre Iso y Tapsaco.

[150] ARRIANO, II, 13, 1, incluye en este número a los supervivientes persas y a los mercenarios griegos.

[151] Etimológicamente, «la Siria cóncava». Bajo el nombre de «Celesiria» se comprende la zona de Damasco y de Judea, aparte del valle situado entre el Líbano y el Antilíbano.

[152] Isla sobre la costa fenicia que, según PLINIO, V 20 (78), distaba 200 pasos (algo menos de 300 m.) del continente, separada del mismo por un mar profundo.

Alejandro, tras levantar su campamento, se dirigió a la
ciudad de Máratos. Allí se le hizo entrega de una carta 7
de Darío que, escrita como estaba en términos arrogantes,
le enojó vehementemente; sobre todo le conmovió el que
Darío, junto a su propio nombre, añadiera en su carta el
título de rey y no lo hiciera lo mismo con el nombre de
Alejandro [153]. Darío exigía, más que pedía, que, a cam- 8
bio de todo el dinero que pudiera contener la Macedonia
entera, Alejandro le devolviera su madre, su mujer y sus
hijos; en cuanto al reino, si quería, podían luchar con
armas iguales; ahora bien, si podía aceptar un consejo 9
saludable, que, contentándose con el reino de sus mayores,
se retirara de los límites de un reino ajeno y fuera su
amigo y su aliado; que él estaba dispuesto a recibir una 10
palabra de honor sobre todo ello.

Por su parte, Alejandro le respondió más o menos en
estos términos: «El rey Alejandro a Darío, salud. El Darío
del que tú has tomado el nombre [154] desoló con todo tipo
de devastación las regiones griegas ribereñas del Helespon-
to y las colonias jonias de los griegos. Después, con un
ingente ejército, atravesó el mar llevando la guerra a Ma-
cedonia y a Grecia. Tras él, Jerjes, perteneciente a la mis- 11
ma raza, vino con unas tropas salvajes de bárbaros con
intención de someternos; derrotado en un combate naval,
dejó no obstante a Mardonio en Grecia con la orden de,
incluso en su ausencia, arrasar las ciudades y pegar fuego
a los campos. En cuanto a mi padre Filipo, ¿quién ig- 12
nora que cayó asesinado bajo los golpes de aquellos que

[153] «A pesar de estar vencido, Darío seguía fiel a la doctrina política de los Aqueménidas: en el mundo únicamente tenían derecho al título de Gran Rey el señor de los dioses y el soberano de Persia» (BARDON).

[154] Se trata de Darío I, rey de Persia entre el 522 y el 485. (Véase nota 119).

habían sido sobornados por vosotros con la esperanza de
ser espléndidamente recompensados? Impías son las gue-
rras que emprendéis y, a pesar de tener armas, ponéis pre-
cio a las cabezas de los enemigos, como hace bien poco
tú mismo, rey de un tan gran ejército, quisiste comprar
13 con 1.000 talentos quien me asesinara. Así pues, yo repelo
la agresión, no la provoco y hasta los dioses se ponen de
parte del bando más justo: gran parte de Asia está someti-
da a mi poder y a ti en persona te he derrotado en el cam-
po de batalla. Y, aunque no merecías obtener nada de mí,
dado que no has guardado para conmigo ni siquiera los
derechos de guerra, sin embargo, si vienes en actitud supli-
cante, te prometo que te podrás llevar sin rescate a tu ma-
14 dre a tu esposa y a tus hijos, pues sé vencer y, al mismo
tiempo, tener consideración con el vencido. Si no te atre-
ves a ponerte en nuestras manos, te doy mi palabra de
que puedes venir sin temor alguno y, en adelante, cuando
me escribas, no olvides que no solamente escribes a un
rey sino a tu propio rey». Tersipo fue el encargado de lle-
var esta carta.

15 Desde allí bajó a Fenicia y aceptó la sumisión de la
plaza de Biblos. De Biblos vino a Sidón, ciudad famo-
sa por su antigüedad y el renombre de sus fundadores.
16 En Sidón reinaba Estratón [155], que contaba con el apoyo
de Darío; pero, puesto que Estratón había rendido la plaza
más por imposición de sus conciudadanos que por propia
iniciativa, le pareció a Alejandro que no era digno de se-
guir manteniendo su corona y se encargó a Hefestión que

[155] El nombre de «Estratón» lo llevaban con frecuencia los príncipes fenicios, como los persas llevaban el de «Oco». Aquí se trata del rey de Sidón, que fue asesinado por su esposa; y en el párrafo 6 de este mismo capítulo se trataba del rey de la isla de Árado.

concediera el trono a quien de entre los habitantes de Si-
dón considerara como el más digno de tal distinción.

Hefestión tenía, como huéspedes, a dos jóvenes, sobre- 17
salientes en su ciudad, los cuales, ante la propuesta de lle-
gar al reino, hicieron saber que, según la costumbre del
país, nadie podía alcanzar tal dignidad si no pertenecía
a la familia real. Hefestión admiró la magnanimidad de 18
quienes desdeñaban lo que otros intentaban alcanzar por
el fuego y la espada: «¡Bravo por vosotros!», les dijo, «que
habéis sido los primeros en daros cuenta de cuánto más
importante es desechar el trono que aceptarlo. Por lo de-
más, señaladme a alguien de regia estirpe que no eche en
olvido que si tiene el trono lo tiene gracias a vosotros».
Y ellos, viendo que eran muchos los que andaban al ace- 19
cho de tamaña esperanza y que, movidos por su desmesu-
rada ambición de poder, adulaban a cada uno de los ami-
gos [156] de Alejandro, hicieron saber que nadie mejor que
un tal Abdalónimo [157]: ligado a la familia real, aunque
en línea no muy directa, se veía obligado por la pobreza
a cultivar un huerto de escaso rendimiento en las afueras
de la ciudad. La causa de su pobreza era, como en muchos 20
otros casos, su propia honradez.

Entregado a su trabajo de todos los días, Abdalónimo
no estaba al corriente del estrépito de armas que había

[156] Q. Curcio utiliza el título de *amici* para designar, por un lado, al grupo de sus íntimos y a los que con este nombre se hace referencia en el texto y en IV 16, 24; VIII 4, 18 y IX 6, 4; por otro, a los «Hetairos», un cuerpo de caballería pesada, compuesto en general por nobles macedonios (así, por ejemplo, en VI 2, 11; 7, 17).

[157] Según Diodoro, XVII 46, 6, su nombre era «Balónymo», pero parece ser que el nombre correcto es el ofrecido por Curcio, recogido también por Justino, XI 10, 8, que significaría, en fenicio, «servidor de los dioses».

21 sacudido todo el Asia. De repente aquellos de los que se ha hecho mención entraron con los distintivos reales en el huerto que aquél casualmente se encontraba escardan-
22 do. Después de saludarle con el nombre de «rey», uno de ellos le dijo: «Esos andrajos debes cambiarlos por este vestido que ves en mis manos. Baña tu cuerpo, mugriento de suciedad y de inveterada inmundicia; adopta una actitud regia, pero tu moderación consérvala hasta en esa fortuna que tú mereces. Y cuando te sientes en el trono como dueño y señor de vida y muerte, no olvides esa condición en la que ahora recibes el reino o, por mejor decir, ¡por Hércules!, gracias a la cual lo recibes».

23 Todo aquello a Abdalónimo le parecía un sueño y, de cuando en cuando, preguntaba si estaban lo suficientemente cuerdos aquellos que pretendían gastarle una broma tan pesada; pero en cuanto, en medio de su indecisión, le quitaron los andrajos, le pusieron la vestidura bordada en púrpura y oro y le ratificaron en su confianza con juramentos, entonces ya como todo un rey se dirigió, en compañía de ellos, al Palacio.

24 Después, como suele suceder, el rumor se extendió presurosamente por toda la ciudad. Unos hacían ostentación de simpatía, otros de indignación; los más ricos criticaban la humildad y la pobreza de Abdalónimo ante los ami-
25 gos de Alejandro. Éste le hizo comparecer ante él inmediatamente y, después de contemplarlo largamente, le dijo: «Tu compostura exterior no desdice de lo que se cuenta acerca de tu origen, pero me agradaría saber con qué entereza has soportado la pobreza». Aquél respondió: «¡Ojalá pudiera soportar el trono con el mismo espíritu! Estas manos han bastado para satisfacer mis deseos; como nada
26 tenía, nada me faltó». Por estas palabras se hizo Alejandro una idea del extraordinario carácter de Abdalónimo,

y así ordenó que se le hiciera entrega no sólo del regio ajuar de Estratón sino también de la mayor parte del botín cogido a los persas y, al mismo tiempo, sometió a su jurisdicción la región colindante con la ciudad.

Mientras tanto, Amintas (del que hemos recordado que 27
había desertado de Alejandro, pasándose a los persas [158]) llegó a Trípoli [159] en compañía de 4.000 griegos que le habían acompañado en su huida desde el campo de batalla. Desde Trípoli, embarcadas sus tropas, pasó a Chipre y, pensando que en las presentes circunstancias aquello a lo que cada uno se adelantara a echar mano lo podría tener como poseído en perfecto derecho, hostil a ambos reyes y en continuo titubeo de acuerdo con las circunstancias cambiantes del momento, determinó dirigirse a Egipto.
Exhortó a sus soldados a esperar el éxito de tan gran 28
empresa y les hizo saber que Sábaces, sátrapa de Egipto, había caído en el campo de batalla, que la guarnición persa estaba sin caudillo y sin fuerza y que los egipcios, que siempre se habían mostrado hostiles a sus sátrapas, les considerarían como aliados más bien que como enemigos.
La necesidad le obligaba a jugarse el todo por el todo: 29
en efecto, cuando la Fortuna ha echado por tierra las primeras esperanzas, el futuro se presenta como más halagüeño que el presente. Y así, a voz en grito, todos al unísono, pidieron que les llevara a donde quisiera y Amintas, estimando que debía servirse de su buena disposición mientras abrigaran esperanzas, entró en el puerto de Pelusio [160], simulando que Darío le había enviado como avanzadilla. Des- 30
pués de apoderarse de Pelusio, dirigió sus tropas hacia Men-

158 Véase III 11, 18.

159 Al sur de Árado. A veces se le da el nombre de «Trípoli de Siria», para diferenciarla de la Trípoli de África.

160 En la desembocadura oriental del Nilo.

fis [161]. Ante la noticia de esta marcha, los egipcios, pueblo
voluble y mejor ejecutor de revoluciones que capaz de go-
bernarse, saliendo de sus aldeas y ciudades, a la carrera
se dirigieron en masa a destruir las guarniciones de los per-
sas; éstos, aunque llenos de terror, no perdieron sin em-
31 bargo la esperanza de conservar Egipto; pero Amintas,
tras derrotarlos, los obligó a refugiarse en la ciudad y los
vencedores, una vez instalado el campamento, se dedica-
ron a devastar los campos, llevándose todo como si los
enemigos hubieran puesto a su disposición sus bienes.

32 Por su parte Mázaces [162], aunque sabía que los ánimos
de los suyos estaban aterrorizados a causa de la derrota,
sin embargo les hizo ver que el enemigo andaba desperdi-
gado y sin tomar precauciones, confiado como estaba en
la victoria, y les movió a, sin dudarlo, salir bruscamente
33 de la ciudad y recuperar sus posesiones perdidas. Este
plan se mostró tan prudente desde el punto de vista de
la razón como próspero desde el punto de vista del resulta-
do: hasta el último enemigo, y con ellos su propio jefe,
fueron eliminados. De este modo Amintas sufrió el casti-
go, dando satisfacción a los dos reyes, tanto a aquel a cu-
ya bandera se había acogido como aquel a quien había
abandonado.

34 Los generales de Darío que habían sobrevivido a la
batalla de Iso, con todas las tropas que les habían seguido
en su huida, después de alistar incluso a la juventud de
Capadocia y Paflagonia, intentaban recuperar la Lidia.
35 Al frente de ésta se encontraba Antígono [163], goberna-

[161] Antigua capital de Egipto, situada en la orilla izquierda del Nilo, cerca del actual El Cairo.

[162] Sátrapa de Menfis. En el año 332 se rindió a Alejandro sin oponer resistencia.

[163] Uno de los generales más distinguidos entre los de Alejandro. Se-

dor nombrado por Alejandro; aunque había enviado a su
rey la mayor parte de sus propios soldados, tomándolos
de su guarnición, sin embargo, con un desprecio total ha-
cia los bárbaros, sacó sus tropas a combate. También aquí
la fortuna de los contendientes fue la misma: en tres com-
bates, entablados en lugares distintos, los persas fueron
abatidos.

Por la misma época, la escuadra macedonia, hecha venir 36
desde Grecia, derrotó a Aristómenes [164] (que había sido
enviado por Darío para recuperar la zona costera del He-
lesponto), apresando sus naves o echándolas a pique.
Después Farnabazo, almirante de la escuadra persa, re- 37
clamó dinero a los milesios y, tras introducir una guarni-
ción en la ciudad de Quíos [165], con 100 naves se dirigió
a Andros [166] y de allí a Sifno [167]. También estas islas las
ocupó con guarniciones y les impuso un tributo.

La magnitud de la guerra, entablada por los más po- 38
derosos reyes de Europa y de Asia con la esperanza puesta
en el dominio de todo el orbe, había puesto en conmo-
ción también las armas de Grecia y de Creta. Agis [168], 39
rey de los lacedemonios, tras reunir 8.000 griegos que, hui-

gún Curcio, gobernador de la Lidia; según ARRIANO, I 29, 3, de la Gran Frigia. Tras la muerte de Alejandro, en el reparto del Imperio le tocó en suerte la Frigia, la Licia y la Panfilia. En el año 306 tomó el nombre de rey, muriendo cinco años más tarde en la batalla de Ipso contra Ptolomeo, Seleuco y Lisímaco.

[164] Tránsfuga griego pasado al bando persa. La escuadra macedonia iba al mando de Hegéloco.

[165] En la isla de su nombre, en el mar Egeo, al norte de Samos.

[166] La isla mayor de las Cícladas, al sureste de Eubea.

[167] Otra de las Cícladas, al sureste de Sérifos y al oeste de Oliaros.

[168] Agis II, rey de Esparta. Aprovechando la ausencia de Alejandro, levató en armas a Grecia contra Antípatro. Con un ejército de 20.000 hombres marchó contra él, siendo derrotado y muerto en Megalópolis.

dos de Cilicia, habían regresado a sus casas, maquinaba
40 la guerra a Antípatro, gobernador de Macedonia. Creta, que seguía ya un bando, ya otro, estaba ocupada unas veces por las guarniciones espartanas, otras por las macedonias; pero los combates entre ellas eran de poca monta: una sola batalla, de la cual dependía todo, es lo que ahora atraía las miradas del destino.

2 Ya toda la Siria, y también toda la Fenicia, a excepción de Tiro [169], estaba en poder de los macedonios y el rey tenía su campamento en tierra firme, separada de
2 la ciudad por un estrecho brazo de mar. Tiro, famosa por encima de todas las ciudades sirias y fenicias tanto por su extensión como por su gloria, daba la impresión de que estaba dispuesta a aceptar más fácilmente una alianza que un dominio. Los emisarios tirios le traían, pues, al rey, como obsequio, una corona de oro y, como si se tratara de agasajar a un huésped, habían llevado consigo desde la ciudad provisiones en abundancia. Alejandro dio orden de recibir los obsequios como procedentes de amigos y, después de dirigirse a los legados con palabras amistosas, les dijo que quería ofrecer un sacrificio a Hércules [170] a
3 quien los tirios rendían un culto especial: los reyes macedo-

[169] La ciudad más célebre de Fenicia. Se hallaba asentada en una pequeña isla rocosa separada del continente por un brazo de mar, según se dice en el párrafo 7 del texto, de cuatro estadios, unos 740 m. Alejandro, en el año 332, tardó siete meses en tomarla, después de un duro asedio.

[170] Al manifestar Alejandro su deseo de sacrificar a Hércules hay que pensar que se refiere a Hércules argivo, hijo de Júpiter y de Alcmena, del que Alejandro se considera descendiente. El Hércules tirio, por su parte (a identificar con Melqart), es hijo de Júpiter y de Asteria. (Heródoto, II 44, informa acerca de diversos santuarios en honor de este último dios).

nios creían que su origen se remontaba hasta aquel mismo dios y él mismo, Alejandro, había sido instado por un oráculo a hacer aquel sacrificio.

Los legados respondieron que había un templo de Hér- 4
cules fuera de la ciudad, en el lugar que los tirios denominan «Palaetiro» [171]: que allí el rey podía hacer el sacrificio ritual. Alejandro, que ya de por sí se contenía mal, 5
no pudo reprimir su cólera y por ello les dijo: «No hay duda de que, confiados en vuestra posición estratégica, debido al hecho de que vuestra ciudad está situada en una isla, despreciáis este ejército mío formado por tropas de a pie, pero bien pronto os haré ver que también vosotros formáis parte del continente; en consecuencia debéis saber que o me permitís la entrada en la ciudad o la tomaré por asalto».

Despedidos con esta respuesta, los emisarios comenza- 6
ron a aconsejar a sus conciudadanos que consintieran en permitir la entrada en la ciudad a un rey al que la Siria y la Fenicia habían dado acogida; pero ellos, confiados 7
en su situación estratégica, decidieron hacer frente al asedio. En efecto, la ciudad se encuentra separada del continente por un estrecho de cuatro estadios [172]. Este estrecho, expuesto extraordinariamente al ábrego [173], levanta un oleaje frecuente desde alta mar hasta la costa, y a la hora de 8
llevar a cabo las obras con las que los macedonios se dis-

[171] Se trata de Tiro la Vieja, que estaba situada en el continente, a 30 estadios (unos cinco km. y medio) al sur de Tiro la Nueva.

[173] Unos 740 m.

[173] El ábrego, viento procedente de África, que sopla del suroeste. Viento portador de lluvias y temido por los navegantes, como lo testimonian los naturalistas antiguos (así, Plinio, II 47 (125) y los propios poetas (por ejemplo, Horacio, *Od.* I 3, 12; 14, 5; III 29, 57; *Epod.* 16 22).

ponían a unir la isla al continente, aquel viento constituía el mayor obstáculo. Con gran dificultad se pueden construir escolleras cuando el mar está en calma, pero, cuando sopla, el ábrego mina los primeros bloques, resquebrajados por el impulso del oleaje [174], y no hay dique tan fuerte que las olas no excaven infiltrándose por entre las junturas de las obras y, cuando el viento es más intenso, sobrepasan-
9 do la cima de las mismas. A esta dificultad se sumaba otra no menor: las murallas y las torres de la ciudad se encontraban rodeadas por un mar muy profundo; ni se podían arrojar proyectiles a no ser tirándolos desde naves y de lejos, ni se podían arrimar escalas a las murallas que, cortadas a pico sobre el mar, no permitían el paso a nadie. Alejandro no tenía naves y, aunque las hiciera traer, entre balanceos y sin estabilidad podían ser repelidas a golpe de proyectil.

10 Entre tanto una circunstancia insignificante reavivó la confianza de los tirios. Habían venido de Cartago unos legados con el fin de celebrar, siguiendo la costumbre nacional, un sacrificio anual, ya que Cartago, fundada por colonos tirios, había considerado siempre a Tiro como
11 a su madre patria. Estos legados comenzaron a exhortarles a que afrontaran el asedio con espíritu decidido: Cartago en breve les mandaría refuerzos. En efecto, por aquel tiempo los mares, en una gran parte, estaban bloqueados por las flotas cartaginesas.

12 Así pues, tras decretar la guerra, emplazaron la artillería a lo largo de las murallas y de las torres, distribuyeron armas entre los jóvenes, repartieron por los talleres obre-

[174] Nos separamos del texto ofrecido por Bardon («*pulsu inlisa mari subruit*») y seguimos el propuesto por Giacone («*pulsu inlisa maris subruit*»).

ros de los que la ciudad tenía gran abundancia. Todo retumbaba con los preparativos de la guerra. Se preparaban también las manos de hierro (a las que llaman «harpagones») para lanzarlas contra las obras del enemigo, los «cuervos» [175] y otros instrumentos inventados para la defensa de ciudades. Pero, al ser colocado en los hornos el hie- 13
rro que debía ser forjado y al tratar de avivar el fuego con la aplicación de los fuelles, se dice que aparecieron regueros de sangre en la base misma de las llamas y los tirios dieron a aquel prodigio una interpretación funesta para los macedonios. También en el ejército macedonio, 14
como diera la casualidad de que algunos soldados se encontraran partiendo el pan, descubrieron que manaban unas gotas de sangre; el rey se aterrorizó y Aristandro [176], el más competente de sus adivinos, manifestó que, si la sangre hubiera fluido de fuera adentro, eso sí hubiera sido funesto para los macedonios, pero que, al haber manado desde el interior, el prodigio presagiaba la ruina para la ciudad que habían decidido sitiar.

Alejandro, dado que su escuadra la tenía lejos, y viendo 15
que un asedio prolongado le acarrearía molestias para el resto de su empresa, envió parlamentarios para mover a

[175] Los «harpagones» no son exactamente identificados con las «manos de hierro». En ambos casos se trata de garfios utilizados en las batallas navales para sujetar las naves enemigas, pero en los primeros los garfios van adosados a una barra metálica y ésta a una cadena, mientras que en las «manos de hierro» los garfios van unidos directamente a la cadena. En cuanto a los «cuervos» mencionados a continuación eran una especie de grúa de gran poder de tracción.

[176] Se trata de un adivino egipcio que, como deja constancia Curcio a lo largo de todo su relato, gozaba de la mayor fe y credulidad por parte de Alejandro. Después de haber ejercido su profesión en la corte de Filipo, acompañó a su hijo a la expedición a Oriente, sacándole del apuro en numerosas situaciones críticas.

los tirios a firmar la paz. Éstos, actuando contra todo derecho de gentes, después de asesinar a los parlamentarios, los arrojaron al mar. Alejandro, conmovido ante la muerte tan indigna de los suyos, decidió poner cerco a la ciu-
16 dad. Pero antes había que construir un dique con el que poder enlazar la ciudad al continente. Una ingente desesperación se apoderó de los ánimos de los soldados macedonios al percatarse de la profundidad del mar, que con dificultad podría ser rellenada con la ayuda incluso de los propios dioses: ¿cómo dar con rocas tan enormes y árboles tan elevados? Habría que devastar regiones enteras para terraplenar semejante espacio; el estrecho estaba en continua ebullición y cuanto más angostamente hacía rodar sus aguas, con tanta mayor violencia se enfurecía.

17 Pero Alejandro, que sabía muy bien cómo tratar los ánimos de sus soldados, les hizo saber que durante el sueño se le había aparecido la imagen de Hércules extendiendo hacia él su mano derecha y le había dado la impresión de que él, Alejandro, entraba en la ciudad sirviéndole Hércules de guía y abriéndole el camino. Al mismo tiempo hizo referencia al asesinato de los parlamentarios y a la violación del derecho de gentes: sólo una ciudad se había atrevido a detener la marcha del vencedor.

18 A continuación encargó a sus generales que cada uno amonestara a sus propios soldados y, una vez suficientemente estimulados, puso manos a la obra. Había a su alcance gran cantidad de piedras provenientes de la «Palaetiro»; la madera para la construcción de balsas y de torres
19 se transportaba desde el monte Líbano. Y ya desde el fondo del mar la obra habíase alzado hasta cierta altura,
20 sin llegar sin embargo al nivel del agua, cuando los tirios, acercándose con sus naves ligeras, entre burlas se mofaban de ellos, echándoles en cara que unos soldados renombra-

dos por sus hechos de armas acarreaban los materiales sobre sus espaldas como si fueran bestias de carga, y encima les preguntaban si Alejandro era más poderoso que Neptuno. Esta misma burla encendió el ardor de los soldados.

El dique sobresalía ya un poco por encima del agua y, al 21
mismo tiempo, crecía su anchura y se aproximaba a la ciudad, cuando los tirios, al ver la magnitud de la escollera sobre cuyo crecimiento ellos hasta entonces habían estado engañados, con sus naves ligeras comenzaron a girar en torno a la obra todavía no terminada y a hostigar con proyectiles a los que se encontraban en ella como en avanzadilla. Así pues, hirieron a muchos impunemente, al serles 22
fácil tanto apartar como aproximar sus chalupas. Los constructores del muelle habían tenido que desplazar su atención de la obra a la propia protección, y cuanto la escollera se apartaba más del litoral tanto más se engullía en sus profundidades cuanto en ellas se echaba. Por todo ello 23
el rey hizo que se extendieran delante de los obreros pieles y toldos a fin de que se encontrasen fuera del alcance de los dardos y levantó dos torres, en la cabecera del dique, desde las que poder lanzar proyectiles de arriba abajo contra las chalupas. Por su parte los tirios atracaron en el 24
litoral, lejos de las miradas de los enemigos, y, después de desembarcar a sus soldados, hicieron una carnicería entre los que transportaban las piedras. También en el Líbano campesinos árabes atacaron a los macedonios desperdigados, mataron a unos treinta e hicieron algunos prisioneros.

Aquel hecho obligó a Alejandro a dividir sus tropas 3
y, con el fin de no dar la impresión de que se dedicaba indolentemente al asedio de una sola ciudad, puso al fren-

te de los trabajos a Perdicas y a Crátero, y él por su parte, al mando de tropas ligeras, se dirigió a la Arabia[177].

2 Mientras tanto los tirios llenaron de piedras y arena la parte de popa de una nave de gran tonelaje de modo que la proa sobresalía en gran manera por encima de las aguas; después de haberla untado de pez y azufre, a golpes de remo la pusieron en rápido movimiento y, desplegadas sus velas, a favor de un viento verdaderamente violento,
3 la nave llegó rápidamente al pie del dique. Entonces los remeros, después de prender fuego a la proa, saltaron a unas chalupas que, preparadas para este fin, iban detrás. La nave, prendido el fuego, comenzó a extender el incendio profusamente y las torres, así como las otras construcciones emplazadas en la cabecera del muelle, fueron presas
4 de las llamas antes de que se pudiera poner remedio. Los que habían saltado a las chalupas arrojaron contra las obras antorchas y todo cuanto fuera apropiado para alimentar el fuego. Y ya había comenzado a arder no sólo el basamento de las torres sino también la cima de la cubierta, cuando los que estaban en las torres unos fueron pasto de las llamas y otros, abandonando las armas, se tiraron
5 al agua. Pero los tirios, al preferir apresarlos vivos más bien que darles muerte, golpeaban con palos y con piedras las manos de los que intentaban salvarse a nado, hasta que podían sin ningún peligro recogerlos, agotados, en las embarcaciones.

6 La construcción no sólo fue devorada por el incendio sino que, al soplar casualmente aquel día un viento más huracanado que de costumbre, las aguas, removidas desde lo profundo, se precipitaron contra la escollera; las juntu-

177 Según PLUTARCO, *Alej.* XXIV 10, y ARRIANO, II 20, la expedición iba dirigida contra los árabes que habitan cerca del Antilíbano.

ras de la construcción, zarandeadas por el ir y venir de las olas, se aflojaron y el agua, penetrando entre las piedras, abatió la obra por su mitad. Así pues, las piedras 7
apiladas que sostenían la capa de tierra fueron derribadas y aquélla se vino abajo, precipitándose en el mar, de modo que Alejandro, al volver de Arabia, apenas si encontró rastro de tan importante construcción. Entonces, como suele ocurrir en la adversidad, cada uno echaba la culpa al compañero, cuando en realidad con más razón todos podían quejarse de la furia del mar.

El rey emprendió la construcción de un nuevo dique, 8
dirigiendo la obra de cara al viento, no de costado sino de frente; el dique así protegía todas las demás obras como si estuvieran escondidas tras él; también ensanchó el terraplén de modo que las torres levantadas en medio quedaran fuera del alcance de los dardos enemigos. Arrojaban al 9
abismo árboles enteros con sus enormes ramas, cubriéndolos después con piedras y de nuevo echaban sobre ese montón otros árboles, y los cubrían de tierra; encima apilaban otro montón de árboles y de piedras y así, con una especie de entrelazamiento, habían conseguido ensamblar una obra bien compacta.

Pero tampoco los tirios se mostraban remisos a la hora de poner en práctica todo lo que pudiera considerarse como apropiado para impedir la construcción del dique. La principal ayuda les venía de los que, lejos de las mi- 10
radas del enemigo, se sumergían en el agua y, deslizándose sin ser vistos, se introducían hasta la construcción y, sirviéndose de hoces, atraían hacia sí las ramas de los árboles que sobresalían; cuando éstos cedían, arrastraban consigo al abismo la mayor parte de la construcción; entonces les era fácil remover las ramas y los troncos de los árboles aligerados de aquel peso y finalmente toda la obra, que

se apoyaba en los maderos, al faltarles el apoyo, se venía abajo.

11 Cuando Alejandro se encontraba apesadumbrado y sin saber si perseverar o emprender la retirada, llegó de Chipre su escuadra y, al mismo tiempo, Cleandro con los soldados griegos recientemente transportados a Asia[178]. Repartió los 190 navíos en dos alas: al frente del ala izquierda estaban Pnitágoras, rey de Chipre, y Crátero; en la de-
12 recha iba Alejandro en la «quinquerreme» real. Los tirios, aunque tenían también ellos una escuadra, no se atrevieron a entablar un combate naval sino que opusieron un frente de solamente tres navíos en total, precisamente de-
13 lante de las murallas. El rey cargó contra ellos y los echó a pique. Al día siguiente acercó la escuadra a las murallas y desde todas partes comenzó a batirlas con sus piezas de artillería, principalmente a golpes de ariete. Los tirios rápidamente las rehacían, taponando los huecos con piedras, y emprendían también la construcción, todo alrededor, de
14 un muro interior por si el exterior fallaba. Pero la violencia del acoso les agobiaba por todas partes: el dique se encontraba a menos de un tiro de proyectil, la escuadra cercaba las murallas y se veían abatidos por un desastre tanto terrestre como naval. En efecto, los macedonios habían enlazado las «cuatrirremes» entre sí de dos en dos, de modo que las proas estuvieran pegadas una a otra y
15 las popas separadas por el mayor espacio posible; este hueco había sido cubierto atando fuertemente antenas y vigas y extendiendo sobre ellas unos puentes capaces de soportar el peso de los soldados. Equipadas las naves de este modo, las empujaban hacia la ciudad y desde ellas arrojaban sin interrupción proyectiles contra los defensores de la plaza sin correr el menor riesgo, ya que los asaltantes se hallaban a cubierto por las proas.

[178] Como se ha dicho en III 1, 1, Cleandro había sido enviado por Alejandro al Peloponeso a reclutar tropas.

Era medianoche cuando Alejandro dio la orden de que 16
su escuadra, equipada como se ha dicho, cercara las murallas, y ya las naves, desde todas partes, se acercaban a la ciudad y los tirios estaban paralizados por la desesperación, cuando he aquí que de repente unos densos nubarrones se extendieron por el cielo y la poca luz que brillaba a intervalos se extinguió bajo un manto de tinieblas. Entonces el mar, embraveciéndose, comenzó poco a poco 17
a encresparse; después, removido por un viento más violento, levantó sus olas y zarandeó las naves, haciéndolas chocar unas contra otras. Comenzaban ya a romperse las maromas con las que habían sido atadas las «cuatrirremes» y a venirse abajo el entarimado, arrastrando consigo al mar a los soldados, en medio de un ingente estruendo. Por otro lado no había manera de, en medio de un mar 18
embravecido, gobernar unas naves que se encontraban atadas: los soldados desbarataban los trabajos de los marineros y los remeros los servicios de los soldados y, como suele suceder en circunstancias semejantes, los expertos recibían órdenes de los inexpertos; en efecto, los capitanes de las naves, que en otras circunstancias suelen dar las órdenes, entonces, por miedo a la muerte, hacían lo que se les ordenaba. Finalmente el mar, azotado obstinadamente por los remos, cedió en su lucha con los marineros que, por decirlo así, pretendían arrebatarle sus navíos y éstos atracaron en la ribera, la mayor parte destrozados.

Dio la casualidad de que por aquellos días llegaron 19
de Cartago treinta legados que constituyeron para los sitiados un consuelo más bien que una ayuda, ya que eran portadores de la noticia de que los cartagineses andaban impli-

cados en una guerra civil, luchando por la supervivencia
20 más que por el imperio: los siracusanos [179] por aquellas fechas arrasaban a hierro y fuego el África y habían plantado su campamento no lejos de las murallas de Cartago. Los tirios, aunque su decepción fue grande, no se desanimaron sino que entregaron sus esposas e hijos para que fueran transportados a Cartago en la idea de que arrostrarían con más decisión cualquier eventualidad si tenían a lo que constituía la parte más querida de sí mismos lejos del peligro común.

21 Como uno de sus conciudadanos hiciera saber en la asamblea que en sueños se le había aparecido la imagen de Apolo (a quien rendían un culto acendrado) en plan de abandonar la ciudad y que el dique que los macedonios habían construido sobre el mar se había convertido en un desfiladero cubierto de árboles, aunque el informador no
22 gozaba de mucho crédito, sin embargo, inclinados a dar fe a las informaciones menos halagüeñas, los tirios ataron la imagen del dios con una cadena de oro y la cadena la fijaron al ara de Hércules, a cuyo patrocinio estaba encomendada la ciudad, con la esperanza de que Hércules retendría a Apolo. Esta estatua la habían traído consigo los cartagineses de Siracusa [180] y la habían erigido en su antigua patria así como habían adornado tanto Tiro como Cartago con el botín de muchas ciudades tomadas por ellos [181].

[179] Parece ser que se trata de un error de Curcio o de su fuente. Los siracusanos, al mando de Agatocles, atacaron Cartago bastante más tarde, en el año 309. En el momento del asedio de Tiro (febrero-agosto del año 332) Cartago estaba sometida a disensiones civiles.

[180] Ciudad de Sicilia, situada en la costa oriental de la isla.

[181] Según Diodoro, XIII 108, 4, los cartagineses, comandados por Amílcar, entre el botín conseguido en la toma de la ciudad de Gela (colonia dórica situada en el suroeste de la costa de Sicilia) se apoderaron de una estatua de Apolo en bronce, de extraordinaria altura, emplazada en las afueras de la ciudad, enviándola como obsequio a Tiro.

Incluso algunos eran partidarios de restablecer un sacrifi- 23
cio que había caído en desuso desde hacía siglos y que yo de ningún modo estimaría como agradable a los dioses: el que un joven de familia libre fuera inmolado a Saturno [182]. Este sacrilegio, mejor que sacrificio, lo habían heredado los cartagineses de los fundadores de su ciudad y lo siguieron practicando hasta la destrucción de Cartago; y si no se hubiera opuesto el Consejo de Ancianos (que detentaba todo el poder de decisión) los sentimientos humanos hubieran sido conculcados por una cruel superstición.

Ahora bien, la necesidad, que es más eficaz que cual- 24
quier dispositivo, les obligó a poner en práctica no sólo los medios de defensa ordinarios sino incluso algunos otros inusitados. En efecto, para apresar las naves que merodeaban al pie de las murallas habían atado unos «harpagones» [183] a unas resistentes pértigas; estas pértigas las hacían avanzar por medio de máquinas y, soltando los
cables, las dejaban caer de repente. Los garfios y las gua- 25
dañas, que colgaban también de las pértigas, desgarraban tanto a los asaltantes como a sus navíos. Por otro lado, calentaban al rojo vivo, exponiéndolos al calor de un gran fuego, escudos de bronce que, repletos de arena ardiente y de barro cocido, arrojaban de súbito desde lo alto de
las murallas. Ninguna calamidad era más temida: cuando 26
la arena ardiente penetraba entre la coraza y el cuerpo, no podía ser expulsada por ningún procedimiento y quemaba todo lo que tocaba; los afectados arrojaban las

[182] A identificar con el dios fenicio Moloch, a quien se le ofrecían niños en sacrificio.

[183] Véase nota 175.

armas y, consumido todo aquello con que podían protegerse, sin poderse tomar venganza se convertían en fácil blanco de los proyectiles y la mayor parte de ellos eran atrapados por los garfios y las manos de hierro impulsadas por las máquinas.

4 En estas circunstancias, el rey, descorazonado, decidió
levantar el cerco y dirigirse a Egipto. Después de haber
recorrido el Asia a una velocidad extraordinaria, se halla-
ba detenido al pie de las murallas de una sola ciudad, de-
jando escapar la ocasión de poner término a grandes em-
2 presas. Por otro lado, el retirarse sin éxito le producía
tanta humillación como el detenerse en el cerco, ante el
pensamiento, además, de que la fama, a la que debía más
victorias que a sus propias armas, sufriría un menoscabo
si dejaba tras de sí a Tiro como testigo de que Alejandro
no era invencible. En consecuencia, para no dejar nada
por poner a prueba, hizo acercarse a un número mayor
de naves y embarcó en ellas a la flor y nata de sus solda-
dos.

3 Dio además la casualidad de que un monstruo marino
de proporciones descomunales, sacando su lomo por enci-
ma incluso de las olas, vino a recostar su enorme cuerpo
en el dique que habían levantado los macedonios; al levan-
tarse golpeaba las olas, separándolas a su paso, y pudo
ser visto desde ambos bandos; después, desde la cabecera
4 del muelle, se hundió en el abismo, y, ya sacando la mayor
parte de su cuerpo por encima del agua, ya sepultándose
bajo la superficie de las olas, se sumergió no lejos de las
murallas de la ciudad.

La visión de aquel monstruo fue interpretada favora-
5 blemente por ambos bandos de contendientes: los macedo-
nios interpretaban que el monstruo les indicaba el camino

por donde debían proseguir la obra; los tirios, que Neptuno, vengándose de la ocupación del mar, había engullido al monstruo y que, en consecuencia, el muelle se vendría abajo en breve. Llenos de alegría por aquel presagio, los tirios se entregaron a los banquetes y se emborracharon. Amodorrados por el vino, al salir el sol se embarcaron en sus naves engalanadas con flores y coronas. ¡Hasta tal punto se habían adelantado no sólo a interpretar el augurio como anticipo de victoria sino incluso a celebrar una acción de gracias!

Casualmente el rey había dado orden de conducir la 6
escuadra al lado opuesto, dejando en la costa treinta na-
víos más pequeños; los tirios capturaron dos de éstos, sem-
brando el pánico entre los restantes, hasta que Alejandro,
al oír el griterío de los suyos, hizo aproximar su escuadra
hacia aquel lugar de la costa de donde procedían los alari-
dos. La primera de entre las embarcaciones macedonias 7
en presentarse fue una «quinquerreme», que era la más
veloz de todas las embarcaciones; dos de las naves tirias,
al divisarla, cada una por un lado se dirigieron contra sus
flancos; la «quinquerreme» se abalanzó contra una de ellas
y, aunque recibió un golpe de espolón, por su parte apresó
a la embarcación enemiga. Y ya la otra nave, la no apre- 8
sada, que tenía libertad de maniobra, en un ataque sin obs-
táculos se lanzaba contra el otro costado de la «quinque-
rreme», cuando con una oportunidad extraordinaria una
«trirreme» de la flota de Alejandro chocó con tal violen-
cia contra la nave que amenazaba a la «quinquerreme»
que el timonel tirio fue lanzado al mar desde la popa.
Llegó después un gran número de naves macedonias y 9
con ellas el rey; los tirios, remando hacia atrás, a duras
penas consiguieron destrabar la embarcación que se encon-
traba apresada y enfilaron el puerto con todas sus naves.

El rey inmediatamente se lanzó en su persecución, pero no pudo entrar en el puerto al verse mantenido a distancia, lejos de las murallas, por los proyectiles; sin embargo, de las naves enemigas casi todas o las echó a pique o se apoderó de ellas.

10 Después de dos días de descanso concedidos a los soldados, Alejandro dio orden de aproximar a la ciudad tanto la escuadra como las máquinas, a fin de amenazar por todas partes al enemigo atemorizado, y él mismo subió a una altísima torre: su valor era grande pero el peligro to-
11 davía mayor. En efecto, bien visible por sus insignias reales y sus armas refulgentes, constituía el principal blanco de todos los proyectiles. Sus hazañas merecían la pena de ser contempladas: a muchos que se defendían luchando desde lo alto de las murallas, los traspasó con su lanza; a algunos, incluso en combate cuerpo a cuerpo, los echó abajo empujándolos con su espada y con su escudo; hasta tal punto la torre desde donde luchaba estaba pegada a las murallas enemigas.

12 Y ya éstas habían cedido, al diluirse la trabazón de las piedras ante los repetidos golpes de los arietes, la escuadra había entrado en el puerto y algunos macedonios habían escalado las torres abandonadas por el enemigo, cuando los tirios, víctimas de tantas desgracias simultáneas, unos se refugiaron en los templos en actitud suplicante, otros, tras cerrar las puertas de sus moradas, se adelantaron voluntariamente a la muerte, algunos se lanzaron contra el enemigo, dispuestos a morir pero no sin vengarse, y la mayor parte, desde lo más alto de los tejados, arroja-
13 ban piedras y cuanto tenían a mano contra los que pasaban por debajo.

Alejandro, exceptuados los que habían buscado refugio en los templos, dio orden de matar a todos y de pegar

fuego a sus casas. A pesar de que esta orden fue dada 14
a conocer a través de pregoneros, sin embargo ningún hombre armado se resignó a pedir protección a los dioses; los templos se llenaron de niños y de muchachas, mientras que los hombres permanecían de pie cada uno en el portal de su propia casa, muchedumbre dispuesta a ser víctima de la crueldad. Muchos, sin embargo, fueron salvados por los 15
sidonios que, dentro del ejército macedonio, constituían un cuerpo de refuerzo. Éstos habían entrado en la ciudad mezclados con los vencedores, pero en memoria de su parentesco con los tirios (en efecto, creían que ambas ciudades habían sido fundadas por Agenor [184]), protegieron a muchos en secreto, llevándolos a sus propias embarcaciones en las que, escondidos, fueron transportados a Sidón. Gracias a esta estratagema se libraron de la crueldad del 16
vencedor 15.000 hombres. Para hacerse una idea de cuánta sangre se derramó basta con pensar que dentro de las murallas de la ciudad fueron pasados por las armas 6.000 combatientes. A continuación la ira del rey ofreció a los ven- 17
cedores un fúnebre espectáculo: 2.000 soldados que habían salvado la vida al agotarse el furor de la matanza, fueron crucificados y permanecieron colgados a lo largo de un dilatado trecho del litoral. A los legados cartagineses les 18
perdonó la vida, aunque les hizo entrega de una declaración de guerra que la necesidad del momento obligaba a dejar en suspenso.

Tiro, ciudad insigne en el recuerdo de la posteridad 19
tanto por la antigüedad de su origen como por sus continuos cambios de fortuna, fue tomada a los siete meses de haber comenzado su asedio. Fundada por Agenor, sometió

[184] Padre de una hija —Europa— y de tres hijos —Cadmo, Fénix y Celix—. Mítico fundador de Tiro y de Sidón.

a su dominio durante mucho tiempo no sólo el mar de su entorno sino cualquiera al que llegaron sus naves; y, si se puede dar crédito a la fama, este pueblo fue el primero en enseñar o en aprender el alfabeto. Lo que sí es cierto es que sus colonias se extendieron poco menos que por todo el orbe: Cartago en África, Tebas en Beocia, Gades [185]
20 en el Océano. Yo creo que, al navegar por un mar libre y al tener acceso una y otra vez a tierras desconocidas por otros pueblos, pudieron elegir asentamiento para sus jóvenes, de los que entonces Tiro tenía gran abundancia; según otra tradición, su expansión se debería a que sus habitantes, cansados de soportar los continuos terremotos, se veían en la obligación de buscarse, por medio de las armas, do-
21 micilios nuevos en el extranjero. Así pues, tras sufrir muchas vicisitudes y renacida después de su destrucción, ahora por fin, en medio de una dilatada paz que revivifica todas las cosas, Tiro descansa bajo la tutela bienhechora de Roma [186].

5 Más o menos por aquellos días [187] llegó una carta de Darío escrita por fin en los términos que conviene cuando va dirigida a un rey [188]; en ella pedía a Alejandro que aceptara a su hija, Estatira, en matrimonio [189]: su dote estaría

[185] La actual Cádiz.

[186] Este es uno de los pasajes de la propia obra de Curcio que se suele esgrimir para fijar en época de Claudio la composición de la obra, pero, como ya se ha hecho notar en la «Introducción», pág. 13, puede tratarse, en realidad, de un «topos» que Curcio podría haber encontrado en su fuente.

[187] Según ARRIANO, II 25, 1, el hecho ocurrió cuando Alejandro estaba ocupado en el asedio de Tiro y no se trató de una carta sino de una embajada enviada por el rey persa.

[188] En contraste con la anterior, de la que se ha hecho mención en 1, 7 de este mismo libro.

[189] Por fin Alejandro se casó con ella en el año 324, es decir, ocho

constituida por toda la región situada entre el Helesponto y el río Halis [190]; él, Darío, se contentaría con las tierras que desde este río se extienden hacia el Oriente. Si acaso 2
dudaba en aceptar lo que se le ofrecía, que pensase que la fortuna no permanece estable por mucho tiempo sobre sus propias huellas y que siempre los hombres promueven una envidia tanto mayor cuanto es más grande la felicidad que disfrutan. Su temor era que Alejandro, como sucede 3
con los pájaros, a los que su natural ligereza levanta hasta las estrellas, se dejara llevar por una irreflexión inconsistente y pueril: ninguna cosa más difícil que mantenerse a la altura de la fortuna cuando ésta se ha conseguido a tan corta edad. Todavía le quedaban a Darío muchos recursos 4
y no siempre se iba a presentar la posibilidad de ser sorprendido en unos desfiladeros [191]; Alejandro tendría que atravesar el Éufrates y el Tigris y el Araxes y el Hidaspes [192], sólidos baluartes de su reino; tendría que salir a campo abierto en donde le saldrían los colores a la cara ante la exigüidad de sus propias tropas y tendría que llegar a la Media, a la Hircania, a la Bactriana [193]; en cuanto 5

años más tarde. Aunque en lo que nos ha quedado de la obra Curcio no menciona el hecho explícitamente, hay una alusión del mismo Alejandro a esta boda en X 3, 12.

[190] Río del Asia Menor. Nace en el Anti-Tauro y, después de recorrer 700 kms., desemboca en el mar Negro.

[191] Alusión a la batalla de Iso.

[192] Tanto el Araxes, que se desliza cerca de Persépolis, como el Hidaspes, afluente del Acesines, son ríos de escasa importancia, por lo que con poca propiedad podrían ser «sólidos baluartes» del reino de Darío. El Araxes corresponde al actual Bend-Emir. (De otro Araxes —identificable con el actual Aras—, río de Armenia, habla Curcio en VII 3, 19). El Hidaspes se identifica con el moderno Ihelum.

[193] Curcio comprende bajo el nombre de Media (con su capital Ecbatana) todo el país persa más allá del Tigris.— Hircania: país situado en

a los indios, que habitan las costas del océano, ¿cuándo
tendría acceso a ellos?; para no hablar de los sogdianos
y aracosios [194], que se extienden hasta el Cáucaso [195] y el
Tanais [196]. Se haría viejo con que tuviera que recorrer tan-
6 tas tierras incluso sin tener que guerrear. Que dejara de
provocarlo porque, si Darío se presentaba, iba a ser su
destrucción.

7 Alejandro a los que habían traído la carta les respon-
dió que Darío le prometía cosas sobre las que no tenía
ningún poder y que daba muestras de querer dar una parte
de lo que había perdido en su totalidad. Le daba como
dote la Lidia, la Jonia [197], la Eólide [198], la costa del Heles-
ponto, trofeos de su propia victoria. Las leyes las dictan
los vencedores y los vencidos las acatan. Si sólo Darío ig-

la costa sureste del mar Caspio.— Bactriana: región del Asia central, al norte del Hindukush.

194 Pueblo al sur del Parapámiso, en el actual Afganistán.

195 Curcio (como Arriano y otros escritores antiguos) da el nombre de «Cáucaso» (*Caucasus indicus*) al macizo montañoso denominado *Parapamisus* o *Emodus* (el actual Hindukush). Los modernos con el nombre de «Cáucaso» designamos la cadena montañosa que separa el mar Negro del mar Caspio. Curcio sólo en dos ocasiones se refiere con el nombre de «Cáucaso» a estas montañas: en VI 5, 25 y en VII 3, 22.

196 Con el nombre de «Tanais» Curcio (lo mismo que muchas otras fuentes antiguas) designa dos ríos distintos: el Don, que para los antiguos separaba Europa de Asia (véase Estrabón, XI 1, 1), que desemboca en el mar de Azov (véase VI 2, 14) —una descripción de este río puede verse en Estrabón, XI 2, 2—, y el Iaxartes (el actual Sir-Daria), que delimitaba los territorios de la Sogdiana y de los escitas nómadas, desembocando en el mar de Aral (los antiguos creían que lo hacía en el mar Caspio). A este segundo río se refiere el texto (lo mismo que en VI 6, 13; VII 4, 6, etc.).

197 Región costera del Asia Menor, desde Focea hasta Mileto.

198 Comarca costera también del Asia Menor, limitada por la región de la Misia al norte y la Lidia al sur. También comprendía la isla de Lesbos.

noraba en qué situación se encontraban ambos, que cuan-
to antes pusiera en manos de Marte la decisión. Al atra- 8
vesar el mar, Alejandro se había fijado como límite de
su imperio la conquista no de Cilicia o de Lidia (que cons-
tituirían una bien menguada recompensa en pago de tan
encarnizada guerra), sino de Persépolis [199], la capital del
reino y, tras ella, de Bactras y de Ecbatana [200] y de los
confines del extremo Oriente. A dondequiera que Darío
pudiera huir, él podría seguirle y, por consiguiente, que
dejara de tratar de atemorizarle con ríos cuando sabía que
había atravesado mares.

Esto se habían comunicado por escrito los reyes cada 9
uno por su lado mientras los rodios ponían en manos de
Alejandro su ciudad y sus puertos. El rey había hecho en-
trega de la Cilicia a Sócrates [201] y había puesto a Filo-
tas [202] al frente de la región limítrofe con Tiro. Parme-
nión, con el fin de poder participar en la continuación de
la guerra, había entregado a Andrómaco [203] la región de

199 Fue una de las tres capitales del imperio persa, junto con Pasargadas y Susa. Adquirió este título a partir de Darío I, que se hizo construir en ella su sepulcro.

200 Capital de la Media, residencia de verano de los reyes de Persia.

201 Esta información de Curcio contrasta con la ofrecida por Arriano, II 12, 2, según el cual, la satrapía de la Cilicia fue otorgada a Balacro, hijo de Nicanor, inmediatamente después de la batalla de Iso. (Personaje que no debe confundirse con Balacro, hijo de Amintas, del que se hace mención en el párrafo 13). Por eso, algunos intérpretes han pensado que no se trataba de la satrapía de Cilicia sino de un mando militar el otorgado a Sócrates.

202 En el relato de Curcio aparecen cinco personajes distintos con este nombre: el del texto, que, según se dice en el mismo, fue nombrado gobernador de la región limítrofe a Tiro; el hijo de Parmenión; Filotas Augeo; un oficial del que se habla en VIII 6, 9 y el gobernador de Cilicia (X 10, 2).

203 Sólo Curcio habla —aquí y en IV 8, 9; 8, 11— de este personaje.

10 Siria denominada «Cele» [204]. El rey dio orden a Hefestión de recorrer con la escuadra el litoral de Fenicia y él, por su parte, llegó con todas sus tropas a la ciudad de Gaza [205].

11 Más o menos por aquellos días tenían lugar los tradicionales Juegos Ístmicos [206], que se celebraban con asistencia de toda la Grecia. Durante aquella concentración los griegos, versátil como era su manera de ser, tomaron la decisión de enviar una embajada al rey, compuesta por 15 legados, a fin de hacerle entrega, en pago a sus hazañas por la salvación y la libertad de Grecia, de una corona
12 de oro como recompensa de sus victorias. Esos mismos griegos, poco antes, habían estado oído atento a los rumores ambiguos con la intención de inclinarse a dondequiera que la Fortuna llevara sus ánimos indecisos.

13 Pero no solamente era el rey quien atacaba las ciudades que todavía no aceptaban el yugo de su imperio, sino que también sus pretores, egregios generales, habían llevado a cabo una invasión general: Calas había tomado la Paflagonia, Antígono la Licaonia [207], Bálacro [208], después de derrotar a Idarnes [209], general de Darío, tomó de nuevo
14 Mileto [210]; Anfótero y Hegéloco, con una escuadra de 160 naves, sometieron a la autoridad de Alejandro las islas

[204] La «Celesiria»; véase nota 151.

[205] Población de Palestina situada en la costa mediterránea, a 21 km. de Jerusalén.

[206] Tenían lugar en Corinto, cada dos años, en época estival, en honor de Neptuno.

[207] Región del Asia Menor, entre Panfilia, Capadocia, Pisidia, y Frigia.

[208] Hijo de Amintas; general macedonio que, tras la ocupación de Egipto, permaneció en este país con un mandamiento militar.

[209] Hijo de Mazeo. Según ARRIANO, VIII 6, 4, fue admitido en la guardia personal del rey.

[210] Ciudad de la Jonia asiática, en el *Sinus Latmicus,* frente a la isla de Lade.

que hay entre Acaya y Asia. Después de apoderarse también de Ténedos [211], determinaron ocupar Quíos [212] ante una invitación de sus propios habitantes; pero Farnabazo, 15
general de Darío, tras apresar a los que colaboraban en pro del partido macedonio, hizo por su parte entrega de la ciudad, junto con una pequeña guarnición, a sus propios partidarios Apolónides y Atenágoras. Los generales 16
de Alejandro perseveraban en el asedio confiados no tanto en sus propias fuerzas como en la voluntad de los propios asediados. Y no se engañaron en su juicio: en efecto, una sedición surgida entre Apolónides y los jefes militares les ofreció la ocasión de irrumpir en la ciudad. Habiendo 17
entrado una cohorte macedonia, al venirse abajo una puerta de la ciudad, los habitantes, que ya de tiempo atrás planeaban la traición, se pasaron al bando de Anfótero y Hegéloco, dieron muerte a la guarnición persa y entregaron, esposados, a Farnabazo, a Apolónides y a Atenágoras, así como doce «trirremes» con su tripulación de soldados 18
y remeros y, además, treinta naves sin equipar, unas falúas corsarias e igualmente 3.000 mercenarios griegos al servicio de los persas. Éstos fueron distribuidos en el ejército macedonio con el fin de completar sus efectivos, los piratas fueron ajusticiados y los remeros prisioneros fueron añadidos a la propia escuadra macedonia.

Dio la casualidad de que Aristonico, tirano de Metim- 19
na [213], desconocedor de todo lo que había sucedido en

[211] Isla del archipiélago del Egeo, situada frente a la Tróade. En ella se ocultaron los griegos cuando, tras dejar en la playa de Troya el caballo de madera, simularon el regreso a la patria (véase VIRGILIO, *Eneida* II 254 sigs.), según la leyenda.

[212] Isla del mar Egeo, entre las de Lesbos y Samos, al oeste de la península de Clazómenas.

[213] Ciudad de la isla de Lesbos.

Quíos, llegó en la primera vigilia con unas naves corsarias a la entrada del puerto; los centinelas le obligaron a identificarse y él respondió que era Aristonico y que venía a
20 entrevistarse con Farnabazo. Los centinelas le contestaron que éste se encontraba ya descansando por lo que no podía recibirlo, pero que el puerto estaba abierto a un aliado y a un huésped y que al día siguiente tendría acceso a Far-
21 nabazo. Aristonico no dudó en entrar el primero, siguiendo a su jefe los esquifes corsarios, pero mientras amarraban sus embarcaciones al malecón, los centinelas cerraron la entrada del puerto y despertaron a los que dormían entre los puestos de guardia más cercanos. De entre los piratas ninguno se atrevió a ofrecer resistencia; todos fueron esposados y, después, entregados a Anfótero y Hegéloco.

22 Desde aquí los macedonios pasaron a Mitilene, de la que se había apoderado hacía poco el ateniense Cares, reteniéndola en su poder con una guarnición de 2.000 persas; como no pudiera soportar el asedio, hizo entrega de la ciudad con la condición de que se le permitiera marchar sano y salvo, dirigiéndose a Imbro; los macedonios les perdonaron la vida por haberse entregado.

6 Darío, desesperando obtener la paz que había creído poder alcanzar por medio de la carta y de los legados, se dedicó a reponer fuerzas y a renovar con diligencia las ac-
2 tividades bélicas. En consecuencia, dio orden a sus jefes militares de reunirse en Babilonia, e igualmente a Beso [214], sátrapa de la Bactriana, de que bajara a reunirse con él con todas las tropas que pudiera reunir. Los bactrianos 3
son, entre todos aquellos pueblos, los más decididos, de carácter feroz y, en su manera de ser, muy alejados del refinamiento de los persas. Afincados no lejos del belicosí- 4
simo pueblo de los escitas [215], estaban acostumbrados a vivir de las rapiñas y se mantenían siempre en pie de guerra. Pero Beso, sobre el que recaían sospechas de infidelidad y que no se mantenía de buen grado en un segundo plano, tenía al rey atemorizado: al aspirar al reino, se temía una traición, único medio por el que podía conseguirlo.

Por su parte Alejandro, a pesar de todas sus pesquisas, 5
llevadas a cabo con gran diligencia, no podía descubrir a qué región se dirigía Darío, ya que es costumbre entre los persas el mantener ocultos, con una lealtad digna de encomio, los secretos de sus reyes: ni el miedo ni las promesas 6
los sacan de su mutismo para traicionar los secretos; la ancestral disciplina monárquica había sancionado el silencio bajo pena de muerte; ninguna torpeza se castiga con más severidad que el mal uso de la lengua y los Magos son de la opinión de que no puede llevar a cabo una acción encumbrada aquel para quien constituye un fardo pesado el guardar silencio, cosa que la naturaleza ha querido que sea la más fácil para el hombre.

Por este motivo, Alejandro, no sabiendo nada de cuan- 7
to hacía el enemigo, ponía cerco a la ciudad de Gaza [216]. Estaba al frente de la ciudad Betis [217], de una lealtad acen-

[214] Sátrapa de la Bactriana. En la batalla de Gaugamelas estuvo al frente del ala izquierda del ejército persa, frente a frente de Alejandro. Conspiró contra su rey Darío y lo asesinó (año 330), proclamándose rey con el nombre de «Artajerjes» IV. Alejandro, cuando por fin lo tuvo en sus manos, le hizo cortar la nariz y las orejas, entregándolo después a Oxatres, hermano de Darío, para que le diera muerte.

[215] Con este nombre se designaba en la Antigüedad a una serie de pueblos septentrionales, nómadas y pastores, que vivían en la riberas del mar Negro y del mar Caspio.

[216] En septiembre u octubre del año 332.

[217] ARRIANO, II 25, 4, dice que se trataba de un eunuco y de nombre Batis. Con su resistencia encarnizada, retuvo a Alejandro durante dos meses en su marcha hacia Egipto.

drada para con su rey y defendía las murallas de aquella
8 ingente fortaleza con una pequeña guarnición. Alejandro,
después de examinar el emplazamiento de la ciudad, hizo
construir galerías; la tierra, fácil de trabajar y ligera, per-
mitía llevar a cabo un trabajo subterráneo. En efecto, el
mar, a corta distancia, arroja gran cantidad de arena y
ni piedras ni rocas obstaculizan ni interrumpen la cons-
9 trucción de las minas. Así pues, emprendió la obra par-
tiendo de la zona que no podía ser divisada por los sitia-
dos y, con el fin de distraer su atención, dio orden de acer-
car las torres a las murallas de la ciudad. Pero el mismo
terreno se mostraba desfavorable al avance de las torres
ya que la arena, al hundirse, impedía el giro de las ruedas
y desencajaba los ensamblajes de las torres y muchos eran
heridos impunemente al serles tan fatigoso el trabajo de
10 retirar las torres como el de hacerlas avanzar. En conse-
cuencia, dada la señal de retirada, Alejandro ordenó que
al día siguiente se procediera a bloquear la plaza con una
obra de circunvalación y, a la salida del sol, antes de hacer
avanzar su ejército, imploró la ayuda de los dioses hacien-
do un sacrificio de acuerdo con el rito de su patria.

11 Dio la casualidad de que un cuervo, que pasaba volan-
do velozmente, dejó caer un tormo de tierra que llevaba
entre sus patas [218], el cual, al chocar con la cabeza del
rey, se deshizo en polvo, mientras que el cuervo fue a po-
sarse en la torre más cercana. Ésta se encontraba emba-
durnada de betún y azufre [219] por lo que, al quedar pega-

[218] Según ARRIANO, II 26, 4, se trataba de un «pájaro carnívoro», que llevaba en sus patas una piedra y el hecho ocurrió mientras Alejandro se encontraba haciendo un sacrificio.

[219] Indudablemente preparada para prenderle fuego en las proximidades de la plaza enemiga. Según PLUTARCO, *Alej.* XXV 4, el pájaro habría quedado enredado entre el cordaje de una máquina de guerra, probablemente una catapulta.

das en ella sus alas, sus intentos de alzar el vuelo eran
inútiles y así fue capturado por los que estaban cerca.
El episodio le pareció a Alejandro que merecía una con- 12
sulta a los adivinos, pues el espíritu del rey no se veía libre
de la superstición. Así pues, Aristandro, que era el adivino
en el que más confianza tenía el rey, hizo saber que aquel
augurio profetizaba, bien es verdad, la destrucción de la
ciudad, pero había el peligro de que Alejandro fuera heri-
do; por ello, su consejo era que no emprendiera ninguna
iniciativa aquel día.

Aunque a Alejandro le molestaba enormemente el que 13
una sola ciudad le obstaculizara su entrada sin riesgo en
Egipto, sin embargo se sometió al consejo del augur y dio
la señal de retirada. Con esto creció el ánimo de los sitia-
dos y, franqueando la puerta, atacaron al enemigo en reti-
rada, en la idea de que la vacilación de aquél sería para
ellos una ocasión propicia. Pero el combate lo entablaron 14
con más fogosidad que firmeza: en cuanto vieron que los
estandartes macedonios daban media vuelta, inmediatamente
se detuvieron. El griterío de los combatientes había llegado
ya a oídos del rey cuando, olvidándose del peligro que se
le había advertido, se puso, ante las súplicas de sus ami-
gos, la coraza, que en contadas ocasiones se ceñía, y llegó
a primera línea. Al verlo, un árabe, soldado de Darío, 15
atreviéndose a una acción superior a su propia condición,
cubrió su espada con el escudo y, como si se tratara de
un desertor, se arrojó a los pies del rey. Éste ordenó al
suplicante que se levantara y que pasara a formar parte
de sus propios soldados. Pero el bárbaro, pasando con pres- 16
teza la espada a la mano derecha, dirigió un golpe contra
el cuello del rey; éste lo evitó con un ligero quiebro y con
su espada cortó la mano del bárbaro que había errado el
golpe, pensando que ya había dado satisfacción al peligro
que se le había profetizado para aquel día.

17 Pero, a mi modo de ver, el destino es ineluctable: en
efecto, mientras estaba luchando, lleno de ardor, en pri-
mera fila, fue herido por una flecha que, tras atravesar
18 la coraza, vino a clavarse en el hombro. El médico Filipo
se la arrancó, produciéndose a continuación una intensa
hemorragia; todos se aterrorizaron ya que no sabían, por
impedírselo la coraza, hasta dónde había penetrado la fle-
cha. Alejandro, sin cambiar siquiera su rostro de color,
ordenó que le cortaran la hemorragia y le vendaran la heri-
19 da. Permaneció durante mucho tiempo al frente de los
estandartes, bien sea disimulando o bien superando su do-
lor, pero la sangre, restañada poco antes por el medica-
mento que la había retenido, comenzó a fluir con más in-
tensidad y la herida, que en su aturdimiento todavía no
había desencadenado el dolor, al enfriarse la sangre, se
20 entumeció. El rey comenzó a desfallecer y a doblar las
rodillas; los más cercanos a él lo recogieron y lo llevaron
al campamento y Betis, creyendo que había muerto, se vol-
vió a la ciudad como un triunfador tras la victoria.

21 Pero Alejandro, sin esperar a que curase por completo
la herida, levantó un terraplén y dio orden de socavar las
22 murallas con abundantes minas. Los sitiados levantaron
una nueva defensa sobre la primitiva cima de las murallas,
pero ni siquiera esta construcción podía llegar a la altura
de las torres levantadas sobre el terraplén; en consecuencia
el interior de la ciudad se encontraba también expuesto
23 a los proyectiles. La última catástrofe de la ciudad fue
el hundimiento, debido a una mina, de una parte de la
muralla, a través de cuyas ruinas penetró el enemigo. El
mismo rey en persona iba al frente de las tropas de prime-
ra línea cuando, al avanzar sin tomar las debidas precau-
24 ciones, fue herido en la pierna por una piedra; apoyándo-
se, sin embargo, en una lanza, sin tener cicatrizada todavía

la herida anterior, luchó en cabeza, inflamado por la ira,
pues eran ya dos las heridas que había recibido en el ase-
dio de aquella ciudad.

Betis combatió valientemente y, acribillado de heridas, 25
fue abandonado por los suyos; no por ello, sin embargo,
seguía la lucha con menos ardor a pesar de que las armas
se le resbalaban de las manos, tintas como estaban en su
propia sangre y en la sangre del enemigo. Pero como desde 26
todas partes los proyectiles *** [220]. Cuando lo trajeron,
Alejandro, joven como era, se dejó llevar de una alegría
insolente, él que en otras ocasiones había admirado el va-
lor incluso en el enemigo. «No morirás», dijo, «como has
querido, sino piensa que vas a tener que padecer todo lo
que puede inventarse contra un enemigo». Betis, mirando 27
al rey con rostro no sólo impertérrito sino incluso altivo,
no despegó los labios ante sus amenazas. A la vista de 28
ello, Alejandro dijo: «¿No veis cómo persiste, terco, en
no hablar? ¿Acaso se arrodilló? ¿Acaso pronunció una pa-
labra de súplica? Yo doblegaré, sin embargo, su silencio
y, si no puedo hacer otra cosa, al menos quebrantaré su
mutismo con sus gemidos». Después su ira se trocó en ra- 29
bia, pues ya por entonces su nueva fortuna se veía influida
por las costumbres extranjeras. A Betis se le atravesó con
unas correas los talones cuando todavía respiraba y, atado
a un carro, fue arrastrado por unos caballos alrededor de
la ciudad, vanagloriándose el rey de que, al infligir al ene-

---

[220] Los manuscritos presentan aquí una laguna. El texto dice: «Sed cum undique telis quo adducto»; Freinsheim suplió la laguna del siguiente modo: «Sed cum undique telis (peteretur, ad postremum exhaustis uiribus uiuus in potestatem hostium peruenit); quo adducto». = «Pero como desde todas partes los proyectiles (llovieran sobre él, finalmente, exhausto pero con vida, vino a caer en manos de los enemigos)».

migo un tal castigo, había imitado a Aquiles del que él descendía [221].

30 En aquel combate perecieron cerca de 10.000 persas y
árabes, pero tampoco para los macedonios la victoria fue
incruenta. El asedio se hizo famoso no tanto por la cele-
bridad de la ciudad como por el doble riesgo corrido por
el rey. Éste, en su prisa por alcanzar Egipto, envió a Amin-
tas [222] con diez «trirremes» a Macedonia a fin de proceder
31 a un reclutamiento de tropas de refresco. Y es que, incluso
en la victoria, las tropas se desgastaban y se tenía más con-
fianza en las tropas del propio país que en las reclutadas
entre los pueblos vencidos.

7 Los egipcios, ya desde hacía tiempo hostiles a la domi-
nación persa (eran de la opinión de que se les había estado
gobernando con codicia y con orgullo), habían levantado
su ánimo con la esperanza de la llegada de Alejandro; de
hecho habían recibido con los brazos abiertos a Amintas [223],
a pesar de tratarse de un desertor y de que no venía más
2 que con una autoridad efímera. Así pues, una gran mul-
titud se había dado cita en Pelusio [224], por donde parecía

[221] El castigo de Betis no es narrado ni por Arriano, ni por Diodoro ni por Plutarco. En el relato de Curcio, Alejandro aplica a Betis el mismo castigo que Aquiles aplicó a Héctor (*Ilíada* XXII 395 sigs.). El rey macedonio se cree descendiente del héroe griego ya que Olimpíade, madre de Alejandro, se consideraba descendiente de Neoptólemo, el hijo de Aquiles. (Así lo dice, como si se tratara de un hecho admitido por todo el mundo, PLUTARCO, *Alej.* II 1).

[222] El mismo Amintas (el hijo de Andrómenes) del que se ha hecho mención en III 9, 7.

[223] No el recién mencionado, sino el hijo de Antíoco, del que se habló en III 11, 18 y en 1, 27 de este mismo libro.

[224] Después de la tentativa del desertor Amintas de crearse un reino en Egipto a costa de la dominación aqueménida (tentativa abortada a

que Alejandro haría su entrada. Éste, a los siete días de
haber salido de Gaza con sus tropas, llegó a aquella región
de Egipto que ahora tiene el nombre de «Campamento de
Alejandro» [225]. Después dio orden a sus tropas de infan- 3
tería de dirigirse a Pelusio y él, con un destacamento de
soldados escogidos armados a la ligera, se embarcó en el
Nilo [226]. Los persas, aterrorizados como estaban por la trai-
ción de los egipcios, no aguardaron su llegada. Alejandro 4
se encontraba ya cerca de Menfis cuando Mázaces, general
que Darío había dejado para proteger la plaza, le hizo en-
trega de todo el oro (por encima de 800 talentos [227]) y de
todo el ajuar real.

Desde Menfis, y siguiendo la navegación por el mismo 5
río, penetró en el interior de Egipto. Tras arreglar la situa-
ción sin hacer innovaciones en relación con las tradiciones
de los egipcios, tomó la decisión de acudir al oráculo de
Júpiter Amón [228]. Había que hacer frente a un viaje que 6

causa del pillaje a que sometió el propio Amintas a los egipcios, que hicieron causa común con la guarnición persa de Menfis), Alejandro podía ser recibido con los brazos abiertos por los indígenas: Alejandro, a sus ojos, era un griego, perteneciente a una nación que les era familiar y que, a través de sus mercenarios, había contribuido al restablecimiento de la independencia egipcia entre el 404 y el 343.

[225] Debía de estar cerca de Port-Saïd, aunque su emplazamiento exacto se desconoce.

[226] La información de Curcio difiere sensiblemente de la ofrecida por ARRIANO, III 1, 3. Según éste, Alejandro dejó una guarnición en Pelusio y mientras su flota, remontando el Nilo, se dirigía hacia Menfis, él, con el ejército de tierra, se dirigió a pie a Heliópolis, siguiendo el curso del Nilo.

[227] Véase nota 24.

[228] El culto a Amón tuvo su origen en Tebas. En el imperio medio alcanzó la categoría de culto nacional, al ser identificado el dios con Ra bajo la denominación de «Amón-Ra». El culto se extendió por todo el norte de África, llegando a Grecia (donde el dios se identificó con Zeus) y a Roma (identificado con Júpiter). Se representaba al dios con

con dificultad podía ser soportado por tropas de escasos efectivos y equipadas a la ligera: no hay agua ni en la tierra ni en el cielo; se extienden las arenas estériles y, cuando el ardor del sol las recalienta, el suelo abrasa y quema las plantas de los pies, levantándose un calor insoportable;
7 hay que luchar no sólo con el ardor y la aridez de la región sino también con una arena pertinaz que, al ser de gran espesor y al hundirse en ella las pisadas, dificulta la
8 marcha [229]. Los egipcios exageraban la realidad, pero el espíritu de Alejandro se veía aguijoneado por un deseo ingente de hacer una visita a Júpiter, del que, no contento con su propia grandeza humana, creía o quería hacer creer que era el fundador de su estirpe [230].

9 Así pues, en compañía de aquellos que había decidido llevar consigo, descendió, siguiendo la corriente del río, hasta la laguna Mareotis [231]. Allí una delegación de los habitantes de Cirene [232] le trajo regalos, al tiempo que le pedía, por un lado, la paz y, por otro, que se acercara hasta sus ciudades. Alejandro, tras aceptar los obsequios y tras sellar un pacto de amistad, prosiguió la realización de su proyecto.

cabeza de carnero (la explicación nos la ofrece HERÓDOTO, II 42). Tenía un oráculo en pleno desierto de Libia, en el oasis de Siwah, a 356 km. de Alejandría.

[229] Merece la pena comparar la descripción de la expedición al templo de Júpiter-Amón ofrecida por Curcio y la ofrecida por LUCANO, *Farsalia* IX 294 sigs., cuando narra la marcha de Catón y de sus tropas a través del mismo desierto y en dirección al mismo templo.

[230] La leyenda según la cual Alejandro sería el fruto de la unión de Júpiter-Amón, metamorfoseado en serpiente, y de Olimpíade estaba ampliamente extendida entre los antiguos y de ella se hace eco minucioso PLUTARCO, *Alej.* II-III.

[231] En el Bajo Egipto, cerca de Alejandría, en la parte occidental del delta del Nilo. Hoy, desecada.

[232] Colonia griega en la Cirenaica, en la costa nordeste de África.

Los dos primeros días de viaje la fatiga les pareció 10
soportable y, a pesar de que todavía no habían penetrado en las inmensas regiones desérticas, ya sin embargo la tierra se mostraba estéril y agonizante. Pero en cuanto se 11
extendieron ante su vista las llanuras sepultadas por un grueso espesor de arena, escudriñaban la tierra con la mirada como si hubieran penetrado en un mar profundo: ni un árbol, ni una huella de cultivo aparecía ante ellos; 12
incluso les faltaba el agua que, en odres, habían transportado los camellos, y en medio del árido suelo y de la ardiente arena no había ninguna posibilidad de encontrarla. Además el sol todo lo había agostado; sus bocas estaban 13
resecas y abrasadas, cuando he aquí que, de repente, bien fuera por un regalo de los dioses o debido a la casualidad, unas nubes, extendiéndose por el cielo, cubrieron el sol, lo que, aunque no lloviera, constituía un extraordinario alivio para los que se encontraban agotados por el ardor, y cuando las nubes desencadenaron una lluvia incluso to- 14
rrencial, cada uno por su cuenta se dedicó a recoger el agua y algunos, fuera de sí a causa de la sed, trataban de recogerla con la boca abierta.

Pasaron cuatro días en la inmensidad del desierto y 15
ya se encontraban cerca del templo del oráculo, cuando una bandada de cuervos [233] salieron al encuentro de la columna y, volando suavemente, se adelantaron a los estandartes de cabeza; unas veces se posaban en el suelo cuando la columna avanzaba con lentitud, otras alzaban el vuelo a modo de guías e indicadores de la ruta.

Por fin se llegó al santuario de la divinidad: ¡espec- 16
táculo increíble! Colocado en medio de inmensas regiones

[233] Según ARRIANO, III 3, 5-6, quien sigue a Ptolomeo, en vez de cuervos se trataba de dos serpientes, aunque la versión más generalizada es la de Aristobulo, que hablaba de dos cuervos.

desérticas, se encuentra cubierto por un ramaje que lo circunda por todas partes; con dificultad los rayos del sol atraviesan la espesa sombra y gran cantidad de fuentes alimentan el bosque con la dulzura de sus aguas que brotan
17 por doquier. Deliciosa es también la temperatura, muy semejante a la de la primavera, igualmente saludable a lo largo de todas las estaciones del año.

18 Los habitantes del lugar tienen por la parte de Oriente, como vecinos más cercanos, a los etíopes [234]; hacia el sur, limitan con los árabes denominados «trogoditas» [235], cuyo
19 país se extiende hasta el mar Rojo [236]. Hacia el occidente, habitan otros etíopes a los que llaman «simuos» [237]; por el norte, están los nasamones [238], pueblo de las Sirtes [239], que se lucran del expolio de los navíos: en efecto, asedian la costa y se apoderan de las embarcaciones que, arrastradas por la marea, recalan en los vados que ellos conocen
20 a la perfección. Los habitantes del bosque, llamados «hamonios», viven en chozas diseminadas; el centro del bosque constituye una especie de ciudadela, rodeada por un

[234] Es extraordinariamente difícil precisar lo que los antiguos designaban con el nombre de «Etiopía». Se puede decir que los griegos designaban en general con el nombre de «etíopes» a todos los pueblos de raza negra. En Curcio «Etiopía» es un término bastante vago, con el que se designan las regiones al sur de Egipto y de Libia.

[235] Llamados por otros autores «trogloditas» (= «moradores de grutas»). Habitaban en la costa oriental de Egipto, a orillas del mar Rojo.

[236] Aquí «mar Rojo» designa el golfo Arábigo. (Véase nota 41).

[237] Pueblo desconocido.

[238] A decir verdad, los nasamones habitaban al noroeste del oasis de Siwah. Bardon, en nota a este pasaje, piensa que Curcio parece situar las Sirtes demasiado al este.

[239] Golfos mediterráneos de la costa norte de África, denominados «Pequeña Sirte» y «Gran Sirte». En ambos la costa es, por lo general, baja y con peligrosos bancos de arena.

triple muro. El primer recinto cercaba el antiguo palacio 21
de los reyes; en el segundo habitaban sus esposas, sus hijos y sus concubinas (en él se encuentra también el oráculo del dios); en el último se encontraban las moradas de los guardias y de los hombres de armas.

Hay también otro oasis de Amón con una fuente en 22
su centro denominada «Agua del Sol»; al amanecer, el agua brota tibia; al mediodía, cuando el calor es más fuerte, el agua mana fría; al atardecer, se calienta; a media noche, hierve de calor y conforme la noche se encamina hacia el amanecer, va disminuyendo a grandes pasos el calor nocturno hasta que en el mismo momento de despuntar el día, languidece en su tibieza acostumbrada [240].

Lo que se adora como dios no tiene el aspecto que 23
normalmente los artistas han adjudicado a los dioses. Su forma es muy semejante a un disco constituido mediante
el engarce de una esmeralda y piedras preciosas [241]. Cuando 24
se le hace al dios una consulta, los sacerdotes llevan este disco en una embarcación dorada de cuyos costados cuelgan gran cantidad de páteras [242] de plata; van detrás da-

[240] De esta fuente, de temperatura cambiante a lo largo de las 24 horas del día, han hablado con frecuencia los autores antiguos, situándola a veces en zonas distintas (véase, por ejemplo, Plinio el Viejo, II 103 (228), V 5 (36); P. Mela, I 39; Ovidio, *Met.* XV 309-310; Silio Itálico, III 669-72). Una explicación de sus propiedades la ofrece Lucrecio, VI 848 sigs. En realidad, la temperatura del agua del oasis de Siwah hoy se estima que debía de ser constante, de unos 29°; la diferencia sentida se debería a la diversa temperatura ambiente, con oscilaciones muy acusadas entre el día y la noche en el desierto.

[241] Según Vergés, en nota amplia al pasaje en cuestión, debía de tratarse de un betilo, «es decir, una de aquellas piedras de forma cónica que eran veneradas como moradas del dios, y tal vez como el dios mismo, en muchas religiones primitivas».

[242] Copa de cavidad ancha y poco profunda, sin asa ni pie.

mas y doncellas, cantando, a la manera del país, un poema
desaliñado con el que creen ganarse a Júpiter para que
pronuncie un oráculo certero.
25 Cuando Alejandro se acercó, el sacerdote de más edad
lo llamó «hijo», asegurando que tal nombre se lo otorgaba
su padre Júpiter [243]. Aquél, olvidando su condición huma-
na, contestó diciendo que él, por su parte, no sólo recibía
26 sino que también reconocía tal título. A continuación pre-
guntó si su padre les tenía reservado a sus hados el mando
sobre todo el orbe; el adivino, dispuesto a la adulación,
le hizo saber que se convertiría en el dueño y señor de la
27 tierra. Tras esto, el rey insistió en saber si todos los ase-
sinos de su padre habían recibido su castigo. El sacerdote
contestó diciendo que su padre no podía ser ultrajado con
ningún crimen, pero que en cuanto a los asesinos de Fili-
po, todos habían recibido su merecido, y añadió que él,
Alejandro, no conocería la derrota hasta que ascendiera
28 al lado de los dioses [244]. Después, tras haber ofrecido un
sacrificio, el rey hizo regalos tanto a los sacerdotes como
al dios y permitió a los amigos que también ellos hicieran
sus consultas a Júpiter; ellos se contentaron con preguntar
si le parecía bien al dios que rindieran honores divinos a
su rey. El sacerdote respondió que también esto sería del
29 agrado de Júpiter. El que hubiera sopesado la fe en el
oráculo con una mente acertada y recta, habría encontra-
do sus respuestas como indudablemente inconsistentes; pe-

[243] Plutarco, *Alej.* XXVII 9, dice que algunos autores afirman que el sacerdote, al querer saludar a Alejandro con un término afectuoso, lo quiso llamar *paidíon* = 'hijo' (uno de los títulos que se daba a los faraones era el de «hijo de Amón»), pero se equivocó y lo llamó *paidíos*, lo que fue interpretado como *paî Díos* 'hijo de Júpiter'.

[244] Tanto Alejandro como el sacerdote juegan con el equívoco de designar con el nombre de «padre» por un lado a Júpiter y, por otro, a Filipo.

ro la Fortuna a los que ha obligado a no confiar más que
en ella por lo general los hace más ávidos de gloria que
aptos para sobrellevarla. En consecuencia, no sólo consin- 30
tió Alejandro en ser llamado «hijo de Júpiter», sino que
incluso lo exigió y, al tratar de aumentar con tal denomi-
nación el renombre de sus hazañas, lo que hizo fue dete-
riorarlo. Y por esto los macedonios, acostumbrados, es 31
cierto, a un régimen monárquico pero bajo una sombra
de libertad mayor que los restantes pueblos, volvieron la
espalda a quien aspiraba a la inmortalidad con más obsti-
nación que la que convenía a sus propios intereses y a los
del propio rey. Pero dejemos esto para el momento opor- 32
tuno. Ahora seguiré con mi narración.

Alejandro, cuando llegó, a su vuelta del templo de 8
Amón, a la laguna Mareotis, situada no lejos de la isla
de Faros [245], al contemplar la naturaleza del lugar, decidió
en un principio fundar una ciudad en la misma isla [246].
Después, al comprobar que la isla no ofrecía capacidad 2
para una ciudad de gran extensión, eligió para el emplaza-
miento de la misma el lugar en el que ahora se levanta
Alejandría (llamada así por el nombre de su fundador).
Abarcando todo el terreno que se extiende entre el lago
y el mar, destinó para las murallas un perímetro de 80
estadios [247] y, tras dejar allí a los encargados de edificar la

[245] Pequeña isla que Alejandro unió a la ciudad de Alejandría mediante un dique de 1.300 m. Célebre por el faro de mármol que en ella levantó el arquitecto Sóstrates a iniciativa de Ptolomeo I. El faro alcanzaba una altura de 142.68 m. y constituyó una de las maravillas del mundo antiguo.

[246] En realidad la fundación de Alejandría había tenido lugar a la ida hacia el templo de Amón y no a la vuelta, en el invierno del año 332.

[247] Alrededor de 14.800 m.

3 ciudad [248], se dirigió a Menfis. Le había invadido el deseo (ciertamente justificado pero, por otro lado, intempestivo) de visitar no sólo el interior de Egipto sino también la Etiopía [249]. La fama de la residencia real de Memnón y de Titono [250] le arrastraba, en su deseo de conocer la antigüe-
4 dad, casi hasta más allá de los términos del sol [251]. Pero la guerra inminente, de la que quedaba todavía la parte más importante, no le dejaba tiempo para un viaje de placer; y así puso al frente de Egipto al rodio Esquilo y al macedonio Peucestes, entregándoles 4.000 soldados para protección de aquella región; a Polemón [252] le dio la orden de vigilar la desembocadura del Nilo y para ello puso a
5 su disposición treinta «trirremes»; Apolonio fue puesto al

248 En cuanto al nombre del arquitecto los testimonios antiguos difieren: según Plinio el Viejo, V 10 (62) era Dinócares; según Valerio Máximo, I 4 ext. 1, y según Amiano Marcelino, XXII 16, 7, Dinócrates. La inspección de las obras fue encargada por Alejandro a Cleómenes, del que se habla a continuación en el texto.

249 El afán de conocer las antigüedades egipcias que aquí demuestra Alejandro es el mismo que, más tarde, sentirá Germánico y del que se hace eco Tácito, *Anales* II 59 sigs., en donde puede verse una descripción pormenorizada de algunas de estas curiosidades, entre ellas la estatua de Memnón —al que se alude en el texto— que, al ser herida por los rayos del sol, emitía un sonido parecido a un gemido.

250 Es decir, Tebas, de la que habría sido rey Memnón, hijo de Titono y de la Aurora. Memnón había acudido en auxilio de Príamo y de los troyanos con ocasión del cerco de Troya. Le movían razones familiares, ya que su padre, Titono, era hijo de Laomedonte y, por consiguiente, hermano de Príamo. El emplazamiento de Tebas venía a coincidir con los actuales parajes arqueológicos de Luxor, Karnak y Valle de los Reyes.

251 Es decir, los trópicos de Cáncer y de Capricornio, más allá de los cuales, según los antiguos, la tierra no era ya habitable.

252 Dos personajes aparecen en Curcio con este nombre. El del texto es hijo de Terámenes. El otro es el hermano menor de Amintas, y de él se hablará en VII 1, 10.

frente del África que limita con Egipto y Cleómenes [253] fue encargado del cobro de los impuestos de la misma África y de Egipto. Los habitantes de las ciudades vecinas recibieron orden de emigrar a Alejandría y así la nueva ciudad alcanzó una gran población. Se cuenta que, al señalar con 6
la polenta el circuito sobre el que se habían de levantar las murallas, como acostumbran hacerlo los macedonios, una bandada de pájaros acudieron volando y comieron la polenta; y como la mayor parte interpretaron como fatídico aquel presagio, se dice que los adivinos respondieron que una gran muchedumbre de extranjeros vendría a habitar aquella ciudad y que ésta ofrecería alimento a muchos países.

Al descender el rey, a favor de la corriente, por el Nilo, 7
Héctor, hijo de Parmenión, de una gran belleza y en plena juventud y por el que Alejandro sentía un especial cariño, quiso darle alcance, embarcándose en una pequeña nave con más personas que las que ésta podía transportar; debi- 8
do a ello la embarcación se fue a pique y todos cayeron al agua. Héctor, después de luchar durante mucho tiempo con la corriente, a pesar de que sus vestidos mojados y sus pies constreñidos por las sandalias le impedían nadar, consiguió sin embargo llegar, medio muerto, a la orilla; pero en el momento en que, agotado, dejó relajarse la respiración que el miedo y el peligro habían entrecortado, murió al no contar con la ayuda de nadie, ya que los demás se habían puesto a salvo por la orilla opuesta. Alejandro 9

253 Natural de Naucratis (Egipto). Como se ha indicado en la nota 248, fue encargado de la inspección de las obras de Alejandría. Su poder y prerrogativas fueron aumentando hasta convertirse en sátrapa de Egipto. Tras el reparto del imperio, el año 323, a la muerte de Alejandro, fue condenado a muerte por Ptolomeo.

se conmovió profundamente por su muerte y, una vez encontrado el cádaver, lo hizo enterrar con todos los honores.

La noticia de la muerte de Andrómaco [254], a quien había puesto al frente de la Siria (los samaritanos [255] lo ha-
10 bían quemado vivo), vino a aumentar el dolor anterior. Para vengar su muerte se puso en marcha con la mayor rapidez posible; a su llegada le fueron entregados los autores
11 de crimen tan abominable. Colocó a Memnón [256] en el puesto de Andrómaco y, después de ajusticiar a los que habían dado muerte al gobernador, puso a los tiranos (entre ellos los de Metimna, Aristonico y Ersilao [257]) en manos de sus conciudadanos; éstos, después de someterlos a tortura, a causa de sus injusticias, los pasaron por las armas.

12 Después dio audiencia a los legados de Atenas, Rodas y Quíos [258]. Los atenienses le daban la enhorabuena por su victoria y solicitaban que los prisioneros griegos fueran devueltos a los suyos; los de Rodas y los de Quíos se que-
13 jaban de sus guarniciones. Todos obtuvieron satisfacción al entender Alejandro que pedían cosas justas. A los habitantes de Mitilene [259], en pago a la extraordinaria fidelidad a su causa, por un lado les devolvió el dinero que habían

[254] Véase 5, 9, de este mismo libro.

[255] Habitantes de Samaria, en Palestina.

[256] Tal vez, en contra de los manuscritos, haya que interpretar «Menón», en cuyo caso se ha pensado en una identificación con el hijo de Cerdimnas, que, según Arriano, II 13, 7, fue nombrado por Alejandro gobernador de la «Celesiria».

[257] Otras fuentes lo llaman «Crisolao» o «Estesilao».

[258] Los embajadores de Rodas y de Quíos se presentaron ante Alejandro en Menfis y los de Atenas en Tiro, cuando el rey estaba poniendo cerco a la ciudad. Esta última embajada había sido enviada por el *synedrion* griego y a ella se ha hecho alusión en 5, 11 de este mismo libro. (Véase, a este respecto, Diodoro, XVII 48, 6).

[259] Véase 5, 22 de este mismo libro.

gastado en la guerra y, por otro, amplió sus fronteras con una dilatada región. También a los reyes de Chipre, que, 14
abandonando el partido de Darío, se habían pasado a su bando y durante el asedio de Tiro habían enviado en su ayuda una escuadra [260], se les rindió el honor que les era debido. Después Anfótero, almirante de la flota, que ha- 15
bía sido enviado a liberar Creta [261] (las tropas persas y espartanas tenían sometida a cerco a la mayor parte de la isla), recibió orden de, antes que nada, limpiar el mar de naves piratas: en efecto, el mar estaba expuesto a los corsarios, al estar encaminada la guerra, de un lado y de otro, contra un rey [262].

Tomadas estas medidas, consagró a Hércules Tirio [263] 16
una cratera de oro con 30 páteras y, tomando la ofensiva contra Darío, dio orden de anunciar la marcha hacia el Éufrates [264].

Pero Darío, al enterarse de que el enemigo había aban- 9
donado Egipto para dirigirse a África [265], no sabía si per-

[260] Véase 3, 11 de este mismo libro.

[261] Sobre la expedición a Creta (de la que sólo Curcio habla de entre los historiadores de Alejandro), véase, en este mismo libro, 1, 39-40.

[262] Aunque el texto adolece de cierta oscuridad, parece aconsejable mantener la lectura de los manuscritos que ofrecen «*bello utrimque in regem conuerso*», sin tener que echar mano de alguna lectura *facilior*, como «(*in*) *bellum utroque rege conuerso*» (Vergés): «al estar ambos reyes enfrascados en la guerra».

[263] Véase 2, 2 del presente libro y Arriano, II 16, 1 sigs. Según este autor, III 6, 1, Alejandro celebró también juegos atléticos y musicales en honor del dios. A la vuelta de Egipto, a comienzos del año 331, Alejandro se detuvo cierto tiempo en Tiro.

[264] Alejandro salió de Tiro en el verano del año 331.

[265] Para los antiguos África propiamente dicha comprendía la zona costera desde Libia hasta Mauritania.

manecer en la región de Mesopotamia o si dirigirse al interior de su reino, en la seguridad de que su presencia tendría más autoridad para hacer que emprendieran con ardor la guerra aquellos pueblos lejanos a los que con dificultad
2 movilizaba a través de sus sátrapas. Mas cuando los rumores, procedentes de fuentes bien informadas, divulgaron la noticia de que Alejandro, con todas sus tropas, tenía intención de dirigirse a cualquier región a donde él se encaminara, sabiendo muy bien con qué esforzado enemigo se las tenía que ver, dio orden de que se reunieran en Babilonia todas las tropas auxiliares de las naciones lejanas. Los bactrianos, los escitas y los indios estaban ya reunidos y pronto formaron parte del conjunto de las tropas
3 contingentes de los restantes pueblos. Pero, al tener el ejército un número de soldados la mitad mayor que anteriormente en Cilicia, a muchos les faltaban las armas que se procuraban conseguir con toda diligencia. Los jinetes y los caballos llevaban corazas formadas por láminas metálicas entrelazadas en serie [266] y a los que anteriormente no se les había dado más que dardos se les añadía escu-
4 dos y espadas y entre los soldados de a pie se distribuyeron caballos para que los domaran a fin de que la caballería fuera más nutrida que antes. Venían detrás 200 cuadrigas armadas de guadañas (los únicos recursos de aquellos pueblos) que Darío había creído que iban a constituir un autén-
5 tico terror para los enemigos: de la extremidad del timón sobresalían unas lanzas con las puntas de hierro; a ambos lados del yugo se alineaban tres espadas; de entre los radios de las ruedas sobresalía hacia adelante un manojo de dardos; finalmente, otras cuchillas iban fijadas en el tam-

[266] Se trata de los «catafractos», de los que se ha hecho mención en III 11, 15 y nota 127.

bor de las ruedas, unas dirigidas hacia arriba, otras hacia abajo, dispuestas para cortar todo cuanto los caballos en su carrera encontraran a su paso [267].

Una vez equipado de este modo y armado totalmente 6
el ejército, Darío partió de Babilonia. A mano derecha estaba el Tigris, río famoso, y a la izquierda se encontraba protegido por el Éufrates. El ejército, en orden de marcha, llenaba las llanuras de Mesopotamia. Después de atravesar 7
el Tigris, al oír que el enemigo estaba cerca, envió por delante a Satrópates, prefecto de la caballería [268], al frente de 1.000 soldados elegidos. Al general Mazeo [269] le fueron entregados 6.000 soldados con el fin de impedir con ellos el paso del río al enemigo; al mismo tiempo se le dio orden 8
de devastar e incendiar la región por donde había de pasar Alejandro: pensaba, en efecto, que podría someter por el hambre a un enemigo que no tenía más que aquello de lo que podía apoderarse mediante la rapiña; en cuanto a él, los suministros le llegaban bien por tierra, bien a través del Tigris.

[267] La descripción que hace Curcio de los carros provistos de guadañas es un tanto confusa. Más inteligibles resultan, por ejemplo, JENOFONTE, *An.* I 8, 10 o, sobre todo, T. LIVIO, XXXVII 41, 6 sigs.

[268] Curcio es el único que habla de este personaje, aunque ARRIANO, III 8, 4, llama «Atrópates» al prefecto de la caballería médica. En el párrafo 25 de este mismo capítulo de Curcio se hace mención de la muerte en campaña de Satrópates.

[269] General persa y sátrapa de Cilicia, que dejó pasar a Alejandro sin ofrecer resistencia, el desfiladero de las Taurópilas, pero que en Gaugamelas se batió con arrojo. Después de esta batalla entregó al rey macedonio —también esta vez sin ofrecer resistencia— la ciudad de Babilonia a donde se había retirado con los restos del ejército derrotado, como se dice en 16, 7 de este mismo libro. Alejandro le nombró gobernador de esta ciudad y de su región, muriendo el año 328.

9 Ya Darío había llegado a Arbelas [270], una aldea a la que había de hacer famosa por su derrota. Tras depositar aquí la mayor parte de su avituallamiento y bagajes, construyó un puente sobre el río Lico [271] y empleó cinco días (como anteriormente en el Éufrates) en pasar su ejército
10 al otro lado. Habiendo avanzado, desde este punto, alrededor de 80 estadios [272], acampó junto a otro río llamado «Bumelo» [273]. La región era muy apropiada para el despliegue de tropas, una inmensa llanura apta para las maniobras de la caballería; el suelo no se veía cubierto ni siquiera por raíces y diminutos arbustos y la vista se extendía, libre, incluso hasta los lugares más apartados. Es más,

[270] En primer lugar, Arbelas no era una aldea, como dice Curcio y Diodoro, XVII 53, 4, que la denomina *hṓmē* sino una plaza de cierta importancia: Arriano, III 8, 7 y VI 11, 5 la llama *pólis* y Estrabón, XVI 1, 3, *hotoikía axiólogos* = «colonia memorable». En segundo lugar, la batalla decisiva entre Alejandro y Darío (entablada el 1 de octubre del año 331) no se llevó a cabo en las cercanías de Arbelas sino a una distancia entre 500 y 600 estadios de esta ciudad (más de 100 Km.), en la llanura que se extiende entre el Éufrates y el Licos (hoy, Zab), cerca de la aldea de Gaugamelas, situada a unos 30 km. al nordeste de Nínive. Plutarco, *Alej.* XXXI 6, dice expresamente que «la batalla no tuvo lugar en Arbelas, como dicen la mayor parte de los historiadores, sino en Gaugamelas». Arriano, VI 11, 5-6, se plantea la cuestión de por qué ya en su tiempo se denominaba «batalla de Arbelas» a la que debería denominarse «batalla de Gaugamelas» y da la explicación de que, al ser Arbelas una ciudad de cierta importancia, arrebató la gloria a la pequeña aldea.

[271] En griego *Lýkos* (= 'lobo') es la traducción del nombre asirio del río «Zab» que significa 'lobo'. Se trata de un afluente del Tigris. En III 1, 5, tenemos otro río llamado también «Lico», río de la Caria, afluente del Meandro.

[272] Cerca de 15 Km.

[273] Arriano, III 8, 7 y VI 11, 5, lo llama *Boúmōdos*. Se trata de otro afluente del Tigris. Hoy, el Caser.

Darío dio orden de desmochar todo lo que sobresalía de la llanura y de allanar la superficie del terreno.

Los que evaluaban el número de tropas de Darío (en la 11
medida en que podía ser conjeturado desde lejos) con dificultad pudieron hacer creer a Alejandro que, después de haber perdido tantos miles de soldados, aquél había logrado poner en pie un ejército con mayores efectivos todavía. Pero Alejandro, que despreciaba toda clase de peligros y 12
y en especial la superioridad numérica, en once días de marcha llegó al Éufrates; construyó un puente sobre el río e hizo atravesarlo en primer lugar a la caballería, a continuación la falange [274], sin que Mazeo, que había acudido velozmente a impedir su paso con 6.000 jinetes, se atreviera a poner a prueba sus fuerzas.

Después de conceder a los soldados unos días, más bien 13
de preparación moral que de descanso, comenzó a perseguir con ardor al enemigo, ante el temor de que éste se adentrara en el interior de su reino y él se viera en la necesidad de ir en pos suya a través de regiones desérticas y totalmente devastadas. Así pues, al cuarto día, después de 14
haber bordeado la Armenia [275], llegó al Tigris. Toda la región, al otro lado del río, humeaba a consecuencia de un incendio reciente: Mazeo iba pegando fuego, como si se tratara de un enemigo, a todo lo que encontraba. En 15
un primer momento, al quitar la oscura niebla levantada por el humo toda visibilidad, Alejandro, por miedo a una emboscada, se detuvo; después, ante la noticia traída por los oteadores de que no había ningún peligro, envió por delante unos pocos jinetes en busca de un vado por el que

[274] Con el nombre de «falange» aquí, como en otros pasajes, Curcio designa la infantería en general.

[275] Alejandro, en su marcha, tenía las montañas de Armenia a su izquierda (véase Arriano, III 7, 3).

atravesar el río. Las aguas eran tan profundas que, al prin-
cipio, llegaban hasta la cruz de los caballos; pero, cuando
se adentraron en medio del río les cubrían hasta los cuellos.
16 A decir verdad, por la parte de oriente ningún otro río
se precipita con tanta violencia, arrastrando consigo no só-
lo las aguas de muchos torrentes sino incluso también pe-
dazos de roca. Por eso, a causa de la rapidez con que flu-
yen sus aguas se le ha dado el nombre de «Tigris», porque
en persa «tigris» significa 'saeta'.

17 Así pues, los soldados de a pie, distribuidos en dos
especies de alas y flanqueados por la caballería, con las
armas alzadas por encima de la cabeza, penetraron sin di-
18 ficultad hasta el mismo lecho del río. El rey fue el prime-
ro de entre la infantería que alcanzó la otra orilla y con
la mano, ya que su voz no podía ser oída, mostraba el
vado a sus soldados; pero a duras penas podían éstos asen-
tar sus pisadas, pues, por un lado, las piedras resbaladizas
les hacían fallar pie y, por otro, la rápida corriente los
19 arrastraba. La fatiga mayor la tenían que soportar los que
transportaban a hombros la carga: al no poder dirigirse
a sí mismos, se veían arrastrados por el incómodo peso
hacia los rápidos remolinos y, al preocuparse todo el mun-
do de recuperar su propio botín, se originó una lucha entre
ellos mayor que la lucha contra la corriente y muchos fue-
ron abatidos por los fardos de los bagajes que flotaban
20 desparramados. El rey les advertía que se contentaran con
no perder las armas, que todo lo demás él se lo devolvería;
pero ellos se mostraban insensibles tanto a los consejos
como a las órdenes. Resonaban, por un lado, los gritos
producidos por el miedo y, por otro, los alaridos que se
21 intercambiaban al luchar entre sí. Por fin salieron del
río por donde el vado presentaba una corriente menos rá-
pida y sólo vinieron a faltar unos cuantos bagajes.

El ejército pudo ser aniquilado si alguien se hubiera 22
atrevido a hacerse con la victoria, pero la incesante fortu-
na del rey mantuvo alejado al enemigo. Amparado en ella
había atravesado el Gránico a pesar de tantos miles de ji-
netes y de infantes que montaban guardia; amparado en
ella había derrotado en los estrechos desfiladeros de la Ci-
licia a tan gran multitud de enemigos. En cuanto a la 23
audacia misma, que fue su rasgo distintivo, puede incluso
rebajarse su alcance porque no se dio nunca la ocasión
decisiva de saber si había obrado con temeridad. Mazeo,
que si hubiese caído sobre el enemigo mientras éste atrave-
saba el río no hay duda de que, al encontrarlo desordena-
do, lo habría aplastado, comenzó a cabalgar contra él cuan-
do por fin aquél se encontraba en la orilla completamente
armado. Había enviado, como avanzadilla, solamente a 24
1.000 jinetes; al comprobar Alejandro su reducido núme-
ro, los desdeñó y dio orden a Aristón, prefecto de la caba-
llería peonia [276], de cargar contra ellos a rienda suelta.
Memorable fue el combate de la caballería aquel día y prin- 25
cipalmente el comportamiento de Aristón: al prefecto de
la caballería persa, Satrópates, le atravesó el cuello con
la lanza, le dio alcance cuando huía entre las huestes ene-
migas, lo derribó del caballo y, en lucha con él, le cortó
la cabeza con su espada y, llevándosela consigo en me-
dio de las felicitaciones de todos, la depositó a los pies
del rey.

Alejandro mantuvo allí [277] su campamento durante dos 10
días; después hizo que se anunciara la marcha para el día
siguiente. Pero hacia la primera vigilia se produjo un eclip- 2

[276] Peonia, región al nordeste de Macedonia.
[277] A orillas del Tigris.

se de luna [278]: comenzó el astro por perder su resplandor, después su claridad quedó mancillada al desparramarse un color de sangre; estando como estaban los soldados profundamente preocupados ante la inminencia de un peligro tan grande, vino a caer sobre ellos una ingente superstición
3 y, como producto de ella, una especie de terror. Se quejaban de que contra la voluntad divina eran arrastrados hasta los últimos confines de la tierra: ya ni los ríos se podían atravesar, los astros perdían su antiguo fulgor y, a su paso, sólo tierras devastadas y, por doquier, el desierto; la sangre de tantos miles de hombres se inmolaba en aras del orgullo de uno solo, que sentía repugnancia por su patria, renegaba de su padre Filipo y pretendía coger el cielo con sus vanos proyectos.

4 La cosa rayaba ya en sedición cuando Alejandro, imperturbable en todas circunstancias, ordenó que generales y comandantes militares se presentaran en gran número en el pretorio y dio orden a los adivinos egipcios (a los que consideraba como los más versados en el conocimiento del cielo y de los astros) de que expusieran su opinión.
5 Pero éstos, a pesar de que sabían que los astros reguladores del tiempo recorren unas órbitas fijas y que hay eclipse de luna bien sea cuando ésta pasa por debajo de la tierra [279] o bien cuando es ofuscada por el sol, no quisieron
6 divulgar la fuente de su conocimiento. Al contrario, hicieron hincapié en que el sol es el astro de los griegos y la luna de los persas y que cada vez que ésta sufre un eclipse anuncia ruina y destrucción al pueblo persa y adujeron ejemplos de los antiguos de reyes persas a los que un eclipse de luna había hecho saber que habían entablado combate contra la voluntad de los dioses.

Nada pone en conmoción con más eficacia a la chusma 7
que la superstición: ingobernable, cruel, voluble en otras ocasiones, una vez que es presa de la superstición obedece mejor a los dictámenes de los adivinos que a los de los propios jefes. Así pues, una vez dadas a conocer al público las respuestas de los adivinos egipcios, levantaron sus ánimos paralizados hacia la esperanza y la confianza. El rey 8
estimó que debía aprovechar tal entusiasmo y levantó el campamento en la segunda vigilia; a mano derecha tenía el Tigris y, a la izquierda, los montes denominados «Gordieos» [280].

Había comenzado a avanzar por esta ruta cuando he 9
aquí que los oteadores, que habían sido enviados por delante, trajeron al amanecer la noticia de que Darío estaba al llegar. Alejandro iba al frente de su ejército con sus tropas dispuestas y la formación cerrada. Pero en realidad 10
se trataba de persas rezagados, alrededor de 1.000, que habían dado la impresión de un gran ejército: y es que, cuando no puede descubrirse la verdad, el miedo agranda lo falso. Al enterarse de esto, el rey, con unos pocos solda- 11
dos, salió en persecución de la columna que huía buscando refugio en los suyos; mató a unos, apresó a otros y envió por delante unos cuantos jinetes para que otearan el terreno y, al mismo tiempo, apagaran el fuego con el que los bárbaros habían incendiado las aldeas: en efecto, en su 12
huida a toda prisa, habían arrojado teas encendidas sobre los tejados y los graneros de trigo; el fuego, prendido en la cima, todavía no había penetrado en las partes más ba-

[278] Ocurrido la noche del 20 al 21 de septiembre del año 331. La batalla tuvo lugar once días más tarde, el 1 de octubre.

[279] Que los antiguos tuvieron un conocimiento exacto de las causas del eclipse de luna lo vemos por testimonios como los de PLINIO EL VIEJO, II 9 (47) y AMIANO MARCELINO, XX 3, 7.

[280] Se trata de unas estribaciones del Tauro, al sureste de Armenia.

13 jas de las construcciones. Así pues, una vez apagado el
fuego, se encontró gran cantidad de trigo y comenzó a apa-
recer un amplio suministro de otros recursos. Aquel acon-
tecimiento animó a los soldados a perseguir al enemigo
ya que, al incendiar éste y devastar la tierra, había que
darse prisa no fuera que se adelantara a pegar fuego a
14 toda la comarca. La necesidad se convirtió en lo que tenía
que haber sido plan preconcebido: en efecto, Mazeo, que
antes se había dedicado a pegar fuego a su antojo a las
aldeas, se contentaba ahora con huir dejando la mayor parte
15 de las cosas intactas en manos del enemigo. Alejandro
había descubierto que no le separaban de Darío más de
150 estadios [281] y, en consecuencia, hizo acopio de avitua-
llamiento hasta más de lo que necesitaba y se detuvo cua-
tro días en aquel mismo lugar.

16 Fue interceptada después una carta de Darío en la que
se incitaba a los soldados griegos bien a asesinar, bien a
entregar, a traición, a su rey, y Alejandro andaba dudan-
do sobre si leerla o no públicamente ante las tropas, plena-
mente confiado como estaba en el afecto y en la lealtad
17 de los griegos hacia su persona; pero Parmenión, amén
de otros, le quitó la idea de la cabeza, asegurando que
no se debían halagar los oídos de los soldados con prome-
sas de aquel tipo, ya que el rey estaba expuesto a las em-
boscadas incluso de uno solo de los soldados y la codicia
no conocía el freno del sacrilegio. El rey siguió el consejo
y levantó el campamento.

18 Durante la marcha, un eunuco prisionero, que formaba
parte de la comitiva de la esposa de Darío, anunció a Ale-
jandro que aquélla había tenido un desvanecimiento y que
19 respiraba con dificultad. Agotada por las molestias de una

281 Menos de 28 km.

marcha interminable y por la amargura de su espíritu, ha-
bía sido recogida, en su caída, por las manos de su suegra
y de sus jóvenes hijas, expirando a continuación [282]. La 20
noticia de tal desenlace fue traída por un segundo mensa-
jero y el rey, como si se le hubiera anunciado la muerte
de su propia madre, rompió en llanto y con lágrimas en
los ojos, como las hubiera derramado el propio Darío, pe-
netró en la tienda en la que la madre de éste estaba senta-
da junto al cadáver. Al verla postrada en tierra, se re- 21
novó su dolor. La reina madre, a la que la desgracia que
acababa de ocurrir le traía el recuerdo de las desgracias
precedentes, había acogido en su regazo a las jóvenes don-
cellas a las que, si era verdad que constituían un consuelo
en su mutuo dolor, sin embargo se veía en la obligación
de consolar ella misma. Al lado se encontraba su nieto 22
de corta edad tanto más digno de lástima cuanto que toda-
vía no se percataba de una desgracia que en su mayor par-
te recaía sobre él mismo. Se hubiera creído que Alejandro 23
derramaba sus lágrimas rodeado de sus propios parientes
y que más que ofrecer consuelo lo que hacía era pedirlo.
Lo cierto es que no probó bocado y respetó toda la pompa
que los persas dedican a las honras fúnebres siguiendo la
costumbre nacional, merecedor, ciertamente, de que in-
cluso hoy en día recoja el fruto de tanta mansedumbre
y deferencia. Una sola vez había visto a la reina, precisa- 24
mente el día en que había sido hecha prisionera y había
ido a ver no a ella sino a la madre de Darío, y su extraor-
dinaria hermosura no había excitado en él sino sentimien-
tos de honor.

Tiriotes [283], uno de los eunucos que acompañaban a 25
la reina, aprovechando el revuelo levantado por los que

282 PLUTARCO, *Alej.* XXX 1, dice que murió de sobreparto.
283 Según PLUTARCO, *Alej.* XXX 2, se llamaba «Tireos».

se lamentaban de la desgracia, se deslizó por una puerta que, por estar en la parte contraria al enemigo, se encontraba menos vigilada. Llegó al campamento de Darío, fue recibido por los centinelas y, llorando y con las vestiduras
26 desgarradas, fue conducido a la tienda del rey. En cuanto Darío lo vio, conmovido por el presentimiento de desgracias sin número y ante la incertidumbre de no saber qué cosa temer más, dijo: «Yo no sé qué ingente desgracia me presagia tu rostro, pero no tengas reparo en informar a un hombre desgraciado: he aprendido a sufrir y no pocas veces el tener conocimiento de su propio destino es un con-
27 suelo en la desgracia. ¿Acaso —y es lo que más sospecho y lo que menos me atrevo a decir— me vas a anunciar que los míos han sufrido humillaciones que para mí —y, según creo, para ellos mismos— son más terribles que
28 cualquier suplicio?». Tiriotes respondió: «No hay nada de lo que dices: cualquier deferencia que los súbditos tienen para con sus reinas lo ha tenido para con los tuyos el vencedor. Pero he aquí que tu esposa ha muerto hace poco».

29 Entonces comenzaron a oírse por todo el campamento no sólo los llantos sino incluso los alaridos de dolor; a Darío no le cabía la menor duda de que su esposa había sido asesinada por no haber consentido en ser ultrajada y, fuera de sí, exclamaba en medio de su dolor: «¿Qué crimen tan grande he cometido contra ti, Alejandro? ¿A quién de tus familiares he dado yo muerte para que pagaras así mi crueldad? Me odiaste sin que mediara provocación por mi parte. Supongamos que has estado en tu derecho al declararme la guerra: ¿tenías, por lo mismo, que
30 declarársela a las mujeres?». Tiriotes aseguraba, poniendo a los dioses por testigos, que a la reina no se le había infligido ningún ultraje; que Alejandro incluso había llorado su muerte y que no había derramado menos lágrimas que

las que el mismo Darío derramaba. Pero estas mismas 31
palabras inclinaron su corazón enamorado a la preocupación y a la sospecha, imaginando que el sentimiento manifestado por una prisionera no podía brotar más que de una unión deshonrosa. Así pues, hizo retirarse a los tes- 32
tigos y, reteniendo únicamente a Tiriotes, le dijo, no ya llorando sino suspirando: «¿No ves, ¡oh Tiriotes!, que no hay lugar para el engaño? Pronto estarán aquí los instrumentos de tortura, pero no aguardes hasta entonces si algún respeto tienes para con tu rey. ¿Acaso Alejandro se ha atrevido, aprovechándose de que era el señor y, además, joven, a lo que quiero pero me da hasta vergüenza preguntártelo?».

Tiriotes se ofrecía a ser torturado, invocaba a los 33
dioses poniéndolos por testigos, asegurando que la reina había sido tratada con toda deferencia y con toda consideración. Finalmente, cuando Darío se convenció de que era 34
verdad cuanto afirmaba el eunuco, se cubrió la cabeza y lloró durante largo tiempo; con lágrimas todavía en los ojos se quitó el velo que le cubría el rostro y, alzadas las manos al cielo, dijo: «¡Oh dioses de mi patria!, consolidad primero mi reino y después, si mi destino se ha cumplido, os suplico que nadie ocupe el trono de Asia con preferencia a este enemigo tan justo y vencedor tan compasivo» [284].

Así pues, Darío, aunque tras dos intentos vanos de 11
conseguir la paz, había encaminado todos sus proyectos a entablar la lucha, vencido, no obstante, por el comedimiento de su enemigo, envió una embajada de diez lega-

[284] ARRIANO, IV 20, 1 sigs., presenta la escena del eunuco (del que no dice el nombre) dando cuenta a Darío del ejemplar comportamiento de Alejandro para con la reina, desconectada del anuncio de la muerte de la misma.

dos, de entre sus parientes más cercanos, para que fueran portadores de unas nuevas condiciones de paz [285]. Alejandro, después de reunir su Consejo, hizo entrar a los lega-
2 dos a su presencia. El de mayor edad tomó la palabra y dijo: «Ninguna fuerza ha obligado a Darío a pedirte la paz por tercera vez sino que se ha visto movido a ello por
3 tu justicia y tu comedimiento. En cuanto a su madre, su esposa y sus hijos, si se prescinde del hecho de que se ven privados de su presencia, en nada nos percatamos de que están prisioneros: tú te preocupas por el pudor de las mujeres supervivientes como se preocuparía un padre, las llamas «reinas» y les permites conservar la imagen de su pri-
4 mitiva fortuna. Al ver tu rostro me parece estar viendo el de Darío en el momento de nuestra marcha y, sin embargo, él llora una esposa y tú una extranjera. Estarías ya en el campo de batalla si no te retuviera el cuidado de su sepultura. ¿Qué de extraño hay en que Darío pida la paz a quien tiene sentimientos tan amistosos? ¿Qué necesidad tienen de empuñar las armas aquellos que han aparta-
5 do los motivos de odio que los separaban? Antes Darío consideraba como frontera de tu imperio el río Halis, que señala los límites de la Lidia; ahora, juntamente con la mano de su hija te ofrece como dote toda la región que
6 se extiende entre el Helesponto y el Éufrates. Conserva, como garantía de paz y de lealtad, a su hijo Oco [286] a

[285] Como se acaba de decir en el texto, se trata de la tercera tentativa hecha por Darío, desde la batalla de Iso, para llegar a un arreglo pacífico con Alejandro. De las dos anteriores se hace mención en este mismo libro: de la primera en 1, 7 sigs., y de la segunda en 5, 1 sigs. ARRIANO no habla más que de dos embajadas; JUSTINO (XI 21, 1 sigs.) hace referencia, como Curcio, a tres tentativas de paz llevadas a cabo por Darío. Sobre esta cuestión, véase G. RADET, «Les négociations entre Darius et Alexandre», *REA* 27 (1952), 183-208.

[286] Véase el final de la nota 141.

quien tienes en tu poder, pero devuélvele su madre y sus dos hijas, a cambio de las cuales te ruega que aceptes 30.000 talentos de oro [287]. Si no conociera tu moderación, no 7
me atrevería a decir que éste es el momento oportuno para ti no sólo de otorgar la paz, sino incluso de adelantarte a tomarla. Echa una mirada atrás y mira cuánto es lo 8
que dejas tras de ti; mira hacia adelante y comprueba cuán grande es lo que intentas alcanzar. Un imperio demasiado grande está lleno de peligros, ya que difícil se retiene lo que no se puede abarcar. ¿No ves cómo no pueden controlarse unas embarcaciones que sobrepasan la medida justa? Hasta no sé si Darío no habrá perdido tantas posesiones precisamente porque las riquezas en exceso dan lugar a grandes descalabros. En ocasiones es más fácil vencer que pro- 9
teger y nuestras manos arrebatan las cosas con mucha mayor facilidad que las conservan. La misma muerte de la esposa de Darío puede servirte de aviso de que tu compasión tiene menos poder ahora que el que ha tenido».

Alejandro hizo salir de su tienda a los legados y pre- 10
guntó a los miembros del Consejo cuál era su parecer. Durante un largo rato nadie se atrevió a exponer su opinión, al no haberse manifestado la voluntad del rey en un sentido o en otro. Finalmente Parmenión dijo que ya con ante- 11
rioridad había aconsejado el devolver los cautivos de Damasco a trueque de un rescate ya que se podía obtener una gran cantidad de dinero a cambio de prisioneros que, al ser muchos, tenían paralizados a un gran contingente de soldados aguerridos. Y en las presentes circunstancias 12
su decidida opinión era que se cambiaran por 30.000 talentos de oro una anciana y dos niñas que en realidad no constituían más que un estorbo en el camino y en la mar-

[287] Véase la nota 24.

13 cha del ejército: Alejandro podía adueñarse de un reino suntuoso mediante un simple tratado, sin disparar una flecha, y ningún otro había poseído, entre el Istro[288] y el Éufrates, unas tierras separadas por un intervalo tan enorme de inmensos espacios. Por otra parte, que volviera sus miradas hacia Macedonia más bien que dirigirlas hacia Bactras y la India.

14 Aquellas palabras no agradaron al rey y así, en cuanto Parmenión terminó de hablar, dijo: «Yo también preferiría el dinero a la gloria si fuera Parmenión. Como Alejandro que soy, en las presentes circunstancias la pobreza me trae sin cuidado y no he echado en el olvido que soy un
15 rey y no un mercachifle. Nada tengo que pueda vender y de lo que no hay duda es que no pongo a la venta mi destino. Si os parece bien que se devuelvan los prisioneros, ganaremos más gloria entregándolos como obsequio que vendiéndolos por dinero».

16 A continuación hizo entrar a los legados y les dio la siguiente respuesta: «Anunciad a Darío que, al actuar con clemencia y generosidad, no lo he hecho por amistad hacia
17 él sino por obedecer a mi propia manera de ser. No es mi costumbre entablar combate con prisioneros y mujeres: el enemigo es preciso que esté armado para que yo lo odie.
18 Si Darío, al menos, pidiera la paz con lealtad, deliberaría tal vez el dársela o no; pero, puesto que trata de soliviantar, por un lado, a mis soldados con escritos para que me traicionen y, por otro, a mis amigos con dinero para quitarme de en medio, es mi deber perseguirlo hasta su total destrucción no como justo enemigo sino como amenazador y asesino. En cuanto a las condiciones de paz que pre-

[288] Se trata del moderno Danubio, que nace en la Selva Negra y desemboca en el mar Negro, tras un largo recorrido de 2.442 km.

sentáis, si las acepto le convierten a él en vencedor. Con 19
un rasgo de generosidad me concede las tierras que se extienden al otro lado del Éufrates: habéis olvidado a qué lugar habéis venido a hablarme, a saber, más allá del Éufrates; mi campamento sobrepasa el límite de la dote que con toda generosidad me promete. Arrojadme de aquí a fin de que me entere de que es vuestro lo que me concedéis.
Haciendo gala de la misma generosidad, me otorga la ma- 20
no de su hija cuando sé que estaba dispuesto a casarla con uno de sus esclavos: ¡mucho me enaltece cuando como
yerno me prefiere a mí antes que a Mazeo! Id y anunciad 21
a vuestro rey que tanto lo que ha perdido como lo que todavía conserva constituyen el envite de la guerra: al delimitar la guerra las fronteras del reino de uno y otro, cada uno tendrá lo que le asigne el destino del próximo día».

Los legados le respondieron que, teniendo, como tenía, 22
decidida la guerra, se había comportado con toda franqueza al no engañarles con esperanzas de paz, y pidieron que cuanto antes se les permitiera dirigirse a presencia de su rey: también éste tenía que prepararse para la guerra. Se les despidió y anunciaron a Darío que la confrontación armada era inminente.

Darío, sin perder tiempo, envió por delante a Mazeo 12
con 3.000 jinetes a ocupar los caminos hacia los que el
enemigo había de dirigirse. Alejandro, por su parte, des- 2
pués de rendir los honores al cadáver de la esposa de Darío, y tras dejar dentro de las mismas defensas tanto a la parte más lenta y pesada de su comitiva como a una pequeña guarnición, emprendió marcha hacia el enemigo.
Las tropas de infantería las había dividio en dos alas, 3
protegidas, a ambos flancos, por la caballería, mientras

4 que los bagajes cerraban filas. Dio orden a Ménidas [289] de adelantarse, al frente de 200 jinetes, para ver dónde se encontraba Darío. Ménidas, al ver que Mazeo había acampado a poca distancia, no se atrevió a seguir adelante y volvió diciendo que sólo había oído un confuso rumor de soldados y el relinchar de los caballos.

5 Igualmente Mazeo, al divisar a lo lejos a los oteadores, se retiró al campamento, anunciando la llegada del enemigo. En consecuencia Darío, que deseaba presentar combate en campo abierto, dio orden de que sus soldados toma-
6 ran las armas y los colocó en línea de combate. En el ala izquierda se encontraban alrededor de 1.000 jinetes bactrianos y otros tantos dahas [290], así como jinetes aracosios y susianos [291] que, juntos, sumaban 4.000 hombres. Tras ellos avanzaban 100 carros armados de guadañas. Al lado de las cuadrigas iba Beso con 8.000 jinetes, también ellos
7 bactrianos. Su retaguardia estaba ocupada por los maságetas [292] con 2.000 jinetes. A estas tropas de caballería Darío había añadido tropas de a pie de diversas nacionalidades, pero no mezclados unos con otros, sino agrupados por na-

[289] Según ARRIANO, III 26, 3, formará parte del grupo de generales (junto con Cleandro y Sitalces) que, en la Media, recibirá la carta de Alejandro en la que se acusará a Parmenión de conspiración y se pedirá su muerte, hechos que Curcio narra en VII 2.

[290] Se trata de una tribu escita que habitaba entre el río Oxo (= Amur-Daria) y el mar Caspio.

[291] Habitantes de la Susiana, región situada entre la Media y el Golfo Pérsico.— Los bactrianos, los dahas y los aracosios habitaban los confines del imperio persa por su vertiente oriental, mientras que los susianos confinaban con los persas de la parte occidental.

[292] Pueblo escita. Al principio fue un pueblo de pastores nómadas, hasta que se establecieron al norte de la Bactriana y al sur de la Escitia, a ambas orillas del río Iaxartes.

ciones. A continuación, Ariobarzanes [293] y Orontóbates [294] acaudillaban a los persas, los mardos [295] y los sogdianos. Aquéllos comandaban parte de las tropas mientras que el 8
mando supremo lo ostentaba Orsines [296], descendiente de uno de los siete Persas [297] y que hacía remontar su origen hasta el nobilísimo rey Ciro [298]. A éstos les seguían otros 9
pueblos mal conocidos hasta de sus mismos compañeros de armas. Tras ellos, Fradates [299] marchaba al frente de 50 cuadrigas con un gran ejército de caspianos. Tras los carros avanzaban los indios y los otros habitantes del mar Rojo [300], tropas auxiliares más de nombre que de hecho. Este contingente de tropas se cerraba con unos nuevos 10
carros armados de guadañas, a los que Darío había añadido tropas extranjeras. Tras éstos venían los habitantes de la llamada «Armenia Menor»; tras los armenios, los babilonios; detrás de unos y otros, los belitas [301] y los que ha-

[293] Hijo de Artabazo. Sátrapa de Persia. Tras la muerte de Darío, se sometió a Alejandro, que lo recibió con afabilidad.

[294] Sátrapa de Caria.

[295] Varios pueblos de Asia que constituían bandas de salteadores son designados con este nombre. Vivían al sur de Persia y en las costas del mar Caspio.

[296] Sátrapa de Parságada. Su triste y funesto final se cuenta en X 1, 22 sigs.

[297] A la muerte de Cambises, el mago Gaumata se había hecho pasar por Bardiya (llamado *Esmerdis* por los griegos), hermano de Cambises. Los jefes de siete familias (= «los siete Persas») participación en el desenmascaramiento y derrocamiento del usurpador. Destronado Gaumata, subió al trono uno de los «siete Persas», Darío I. (Los nombres de los siete Persas nos los ofrece HERÓDOTO, III 70).

[298] Indudablemente se refiere a Ciro I (el Grande), fundador del imperio persa aqueménida, que reinó entre el 559 y el 529.

[299] ARRIANO, IV 18, 2, lo llama «Autofradates». Era sátrapa de la región de los Tapurios.

[300] Aquí, océano Índico. (Véase la nota 41).

[301] Pueblo desconocido.

11 bitaban las montañas Coseas [302]. En pos de éstos venían los gortuas [303], de ascendencia eubea, que en otro tiempo habían seguido a los medos, pero que se habían bastardeado y no conocían ya las costumbres de su patria. Inmediatamente tras ellos iban los frigios y los catáones [304]. Cerraban filas los bartieos, que habitaban las tierras que ahora poseen los partos emigrados de Escitia. Este era el
12 aspecto que ofrecía el ala izquierda. La derecha estaba ocupada por los soldados de Armenia Mayor, así como por los cadusios [305], capadocios, sirios y medos; éstos iban acompañados también de 50 carros provistos de guadañas.
13 El número total de tropas era de 45.000 jinetes y 200.000 soldados de a pie [306]. Formados tal como se ha dicho, avanzaron diez estadios [307] y, ante la orden de detenerse, esperaron en armas al enemigo.

14 Sin que mediara ninguna razón, el pánico se apoderó del ejército de Alejandro: fuera de sí, los soldados comenzaron a temblar presas todos ellos de un secreto pavor. Un relampagueo del cielo, brillando a intervalos en medio del verano, semejante a un fuego, daba la impresión de un incendio y pensaban que las llamas que brillaban procedían del campamento de Darío como si, sin darse

[302] Entre la Susiana y la Media.

[303] Pueblo originario de Eubea, trasladado por Darío I a Susiana.

[304] Pueblo situado entre Cilicia y Capadocia.

[305] Pueblo de la Media, que habitaba en la orilla occidental del mar Caspio.

[306] Según Curcio, el ejército persa que tomó parte en la batalla de Gaugamelas ascendía a 245.000 hombres, cifra ostensiblemente baja: según Justino, XI 12, 5, se componía de 500.000 hombres (400.000 de infantería y 100.000 de caballería). Plutarco, *Alej.* XXXI, 1, y Diodoro, XVII 53, 3, dan la cifra de un millón y, de acuerdo con Arriano, III 8, 6, llegaría a 1.040.000 soldados.

[307] Unos 1.850 m.

cuenta, hubieran penetrado en las defensas enemigas. Y si entonces, trastornados como estaban por el miedo, 15
hubieran sido atacados por Mazeo, que montaba guardia en torno a la ruta, el desastre hubiera sido espantoso; pero Mazeo permaneció inmóvil en el montículo del que se había apoderado, contento al no verse atacado, y Alejandro, 16
al darse cuenta del pánico de su ejército hizo dar la señal de alto, deponer las armas y tomarse un respiro, haciéndoles ver que no había el menor motivo para aquel súbito terror, ya que el enemigo estaba lejos. Finalmente, volviendo 17
en sí, recuperaron al mismo tiempo las armas y el valor, pero, en razón de las circunstancias, nada pareció más seguro que acampar en aquel mismo lugar.

Al día siguiente, Mazeo (que, en compañía de unos 18
jinetes escogidos, se había apostado en una elevada colina desde la que se divisaba el campamento macedonio), bien sea movido por el miedo o porque las órdenes que tenía se reducían simplemente a otear, volvió a presencia de Darío. Los macedonios se apoderaron de la colina abandona- 19
da por Mazeo; por un lado, ofrecía más seguridad que la llanura y, por otro, desde ella se podía divisar el despliegue del enemigo en el llano. Pero he aquí que una niebla, 20
que se había extendido provocada por la humedad de los montes cercanos, aunque no impedía divisar el aspecto general, no dejaba percibir con detalle las divisiones ni las alineaciones de las tropas enemigas. Una multitud había invadido la llanura y el fragor de tantos miles de soldados, aun a gran distancia, era ensordecedor.

Alejandro se mostraba indeciso, y en una tardía eva- 21
luación pasaba revista bien a su propio plan, bien al de Parmenión: la cosa había llegado a tal punto que el ejército, una de dos, o salía vencedor o no podría retirarse sin sufrir un desastre. En consecuencia, disimulando sus pro- 22

pios sentimientos, dio orden de que abrieran la marcha
23 los mercenarios de Peonia. Había distribuido, como se ha
indicado más arriba, la falange en dos alas flanqueadas
por la caballería. Y ya la luz, más intensa, había disipado
la niebla y había dejado ver la formación del ejército ene-
migo, cuando los macedonios, bien sea movidos por el en-
tusiasmo o cansados ya de la espera, lanzaron un grito
clamoroso como si estuvieran en combate. El grito fue con-
testado por los persas y los bosques y los valles de alrede-
24 dor resonaron con un estruendo terrorífico. Los macedo-
nios apenas si podían ser contenidos en su deseo de salir,
incluso corriendo, hacia el enemigo. Pero, pensándolo me-
jor, Alejandro dio orden de acampar sobre el mismo mon-
tículo y proteger el campamento con una valla; terminada
la obra con toda diligencia, el rey se retiró a su tienda
desde la que se divisaba toda la formación del ejército ene-
migo.

13 Entonces apareció ante su vista una panorámica gene-
ral de la batalla inminente: caballos y soldados resplande-
cían al fulgor de las armas y, en el campo enemigo, la
misma preocupación de los jefes que, a caballo, se entre-
cruzaban por entre los batallones, dejaba ver que todos
los preparativos se llevaban a cabo con todo esmero,
2 y muchas cosas insignificantes, como el rumor confuso de
los soldados, el relinchar de los caballos, el resplandor,
a intervalos, de las armas, turbaban su mente ya angustia-
da por la espera.

3 Así pues, bien sea porque no sabía qué resolución
tomar, bien sea porque quería poner a prueba a sus oficia-
les, convocó el Consejo y les preguntó cuál les parecía el
4 mejor plan. Parmenión, el más versado de todos los gene-
rales en las técnicas de la guerra, era de la opinión de que

lo que procedía no era el combate abierto sino la astucia:
los enemigos podían ser abatidos cuando la noche estuvie-
ra bien entrada; tratándose de un ejército de costumbres
y lenguas distintas, si a ello se añadía el hecho de verse
aterrorizados en medio de su sueño por un peligro impre-
visto, ¿cómo iban a formar filas en medio del aturdimien-
to nocturno? A plena luz, por el contrario, lo primero 5
que aparecería serían los rostros terroríficos de los escitas
y de los bactrianos: rostros hirsutos, cabelleras despeina-
das, corpulencia gigantesca. La tropa se deja llevar más
bien de los motivos de temor vanos e inconsistentes que
de los razonables. Además, una multitud tan grande po- 6
día envolver a un ejército tan pequeño como el macedo-
nio, al entablarse combate no en los desfiladeros y trochas
impracticables de Cilicia sino en medio de la llanura y a
campo abierto.

Casi todos estaban de acuerdo con las palabras de Par- 7
menión y Poliperconte [308] no tenía la menor duda de que
la victoria dependía de aquel plan. El rey, dirigiendo sus 8
miradas hacia él (ya que se resistía a reprender de nuevo
a Parmenión a quien hacía poco había increpado en térmi-
nos más duros que los que hubiera querido) contestó: «Lo
que me proponéis es una artimaña propia de ladrones y
salteadores de caminos, cuyo único deseo es no dar la
cara. No consentiré que mi gloria tropiece siempre con la 9
ausencia de Darío, con la angostura del terreno [309] o con

---

[308] Hijo de Simmias, de familia noble. Estuvo a las órdenes de Filipo como general y, en la expedición de Alejandro, tomó parte en las batallas de Iso y de Gaugamelas. En el año 323 recibió de Alejandro el encargo de repatriar a los veteranos. Tras la muerte del rey, Antípatro lo uso al frente del reino de Grecia y de Macedonia, viéndose envuelto en las contiendas de los diadocos.

[309] Con «la ausencia de Darío» hace referencia a la batalla del Gránico y con «la angostura del terreno» a la de Iso.

las emboscadas nocturnas. Estoy decidido a atacar a plena
luz del día pues prefiero lamentarme de mi mala estrella
10 antes que avergonzarme de mi victoria. Además está el
hecho de que sé muy bien que los bárbaros montan guar-
dia y están bajo las armas, por lo que es imposible sor-
prenderlos. Por todo ello, preparaos para el combate».
Después de haberles estimulado con tales palabras, los des-
pidió con el encargo de que descansaran.

11 Darío, conjeturando que el enemigo haría lo que Par-
menión había aconsejado, había dado orden de mantener
los caballos embridados, de que una gran parte del ejército
estuviera sobre las armas y de que las guardias se monta-
ran con la mayor escrupulosidad; por eso todo el campa-
12 mento brillaba a la luz de las antorchas. El rey en per-
sona, acompañado de sus generales y de sus más allega-
dos, recorría los batallones que permanecían en armas,
mientras invocaba al Sol [310], a Mitra [311] y al sagrado y
eterno fuego, pidiéndoles que les infundieran una fortaleza
digna de su gloria pasada y de los hechos memorables de
13 sus antepasados: y ciertamente, en la medida en que una
mente humana podía interpretar los presagios de la ayuda
divina, los dioses estaban de su lado: ellos, hacía poco,
habían inculcado en los corazones de los macedonios un
súbito terror y éstos, fuera de sí, todavía iban de un lado
a otro, agitados, arrojando las armas; los dioses protecto-
res del Imperio persa hacían pagar a los insensatos un jus-
14 to castigo. Ni el mismo caudillo macedonio daba mayores
pruebas de sensatez: en efecto, al tener puestas sus miras,

[310] Los persas rendían culto a la luz, la del día (sol) y la de la noche (luna).

[311] Dios iránico o persa. Su culto —identificado Mitra con el sol— se extendió por todo Occidente, culminando en las épocas de los emperadores Aureliano y Diocleciano.

como las fieras, sólo en la presa deseada, se precipitaba
en la trampa colocada ante la presa.

Un desasosiego parecido reinaba entre los macedonios,
quienes pasaron la noche amedrentados, como si el com-
bate hubiera sido forjado para aquella misma noche. Alejan- 15
dro, aterrorizado como nunca lo había estado, hizo llamar
a Aristandro para que formulara sus votos y recitara sus
plegarias. Éste, vestido de blanco, sosteniendo entre sus
manos los ramos sagrados y con la cabeza velada, recitaba
por delante las oraciones que repetía el rey, en su intento
de granjearse el favor de Júpiter y Minerva Victoria [312].
Después de celebrado el sacrificio ritual, el rey se retiró 16
a su tienda con la intención de descansar lo que quedaba
de noche. Pero ni podía conciliar el sueño ni soportar el
descanso: ya planeaba lanzarse, desde la cima del monte,
contra el ala derecha de los persas, ya atacar de frente
la formación enemiga, ya a ratos titubeaba, dudando si
no sería mejor desviar el ataque hacia el ala izquierda.
Por fin, abrumado por la angustia, cayó en un profundo 17
sueño.

Ya había amanecido cuando los generales acudieron a
recibir las órdenes, quedando estupefactos ante el insólito
silencio que reinaba en torno al pretorio: en efecto, en otras 18
ocasiones era el rey el que solía mandarlos llamar y, a ve-
ces, los reprendía cuando se retrasaban. En aquella oca-
sión estaban maravillados de que no estuviera despierto
en el momento crítico y pensaban no que estuviera dormi-
do sino que se encontraba paralizado por el miedo. Sin 19
embargo, ninguno de los «guardias de corps» se atrevía
a entrar en la tienda. El tiempo se echaba encima y los
soldados, sin la orden del general, ni podían empuñar las
armas ni alinearse en formación.

[312] Transcripción latina de la *Athenâ Nikē* griega.

20 Parmenión se mantuvo indeciso durante largo rato y finalmente dio orden de que los soldados tomaran su alimento. Dado que ya era hora de ponerse en marcha, entró por fin en la tienda, lo llamó una y otra vez por su nombre y, al no poderlo despertar de palabra, lo despertó ponién-
21 dole la mano encima. «Es pleno día», le dijo; «el enemigo ha puesto en movimiento sus tropas ya alineadas en orden de combate. ¿Dónde está tu renombrado vigor, tú que sue-
22 les despertar a los propios centinelas?». Alejandro le respondió: «¿Piensas que he podido conciliar el sueño antes de haberme visto libre de la preocupación que retrasaba mi descanso?», y ordenó dar con el clarín la señal de combate. Como Parmenión, ante las palabras de Alejandro, persistiera en su asombro de que había conciliado el sue-
23 ño, libre de toda preocupación, aquél le dijo: «No hay nada extraño en ello: cuando Darío incendiaba los campos, destruía las aldeas, echaba a perder los alimentos, yo,
24 de indignación, no era dueño de mí mismo; pero ahora ¿por qué voy a temer, cuando se dispone a presentar batalla? ¡Por Hércules, que ha venido a satisfacer mi deseo! Pero los pormenores de mi plan os serán dados a conocer más adelante: id cada uno al batallón que está bajo vuestras órdenes, que yo ya me presentaré a exponer cuál es mi proyecto».

25 Alejandro en muy raras ocasiones solía ponerse la coraza, y más por consejo de sus amigos que por miedo, a la hora de entrar en combate; en aquella ocasión, después de colocarse aquel arma defensiva, avanzó hacia los soldados. En ninguna otra ocasión habían visto al rey tan alegre y, por la expresión intrépida de su rostro, presagiaban que la esperanza en la victoria estaba bien fundada;
26 y al instante, derribada la empalizada, hizo salir a las tropas y las alineó en orden de combate.

En el ala derecha fueron colocadas las tropas de caballería que recibían el nombre de «águema» [313]; al frente de ellas estaba Clito [314], al que le añadió los escuadrones de Filotas [315]; el flanco de éste estaba guarnecido con los restantes prefectos de caballería. Ocupaba el último lugar 27
el escuadrón de Meleagro, destrás del cual aparecía la falange [316]. Detrás de ella estaban los argiráspides [317] al mando de Nicanor, hijo de Parmenión. Como tropa de reserva 28
quedaba Ceno con sus hombres y, tras él, los orestas y los lincestas [318]. Tras éstos venía Poliperconte e, inmediatamente detrás, los soldados extranjeros sin su jefe Amintas [319]: al frente de estas tropas, reclutadas recientemente, se encontraba Filipo [320], hijo de Bálacro.

313 Nombre griego con el que Curcio designa al primero de los ocho escuadrones de los «hetairos» y que constituía la guardia personal de Alejandro.

314 Se trata del conocido como «Clito el negro», comandante de la caballería, para diferenciarlo de «Clito el blanco», comandante de infantería. Era hijo de Drópidas y hermano de Lanice, la nodriza de Alejandro. Sirvió a las órdenes de Filipo y fue uno de los generales más sobresalientes en el ejército de Alejandro, a quien salvó la vida en la batalla del Gránico (véase, por ejemplo, Diodoro, XVII 20, 6; Plutarco, *Alej.* XVI 11, etc.). Se mostró radicalmente hostil a la política de orientalización seguida por Alejandro y murió asesinado por el propio rey durante un banquete (véase VIII 1, 22 sigs.).

315 Hijo de Parmenión. Joven general, ardoroso y valiente, tenía bajo sus órdenes la caballería de los hetairos. Su triste final (acusado de tomar parte en la conjuración de Dimno, fue condenado a muerte el año 330) lo cuenta Curcio en VI 7 sigs.

316 Una vez más con este nombre se designa a toda la infantería.

317 De *árgyros,* 'plata', y *aspís,* 'escudo'. Cuerpo escogido de infantería, de 3.000 hombres.

318 Pueblos del Epiro, al mando de Perdicas.

319 Se trata del hijo de Andrómenes que, según se ha dicho en 6, 30 de este mismo libro, había emprendido rumbo a Macedonia para proceder a un reclutamiento de tropas.

320 Según Arriano, III 11, 9, las tropas de Amintas en Gaugamelas

29 Este era el aspecto que ofrecía el ala derecha. En el ala izquierda, Crátero iba al frente de la caballería del Peloponeso, a la que se habían añadido los escuadrones aqueos, locrenses [321] y malienses [322]. Cerraba filas la caballería tesalia a las órdenes de Filipo [323]. La formación de la infantería se hallaba protegida por la caballería. Este
30 era el aspecto del ala izquierda; pero, con el fin de no ser cercado por la muchedumbre enemiga, había protegido su retaguardia con un escuadrón vigoroso. También había fortalecido los flancos con tropas de reserva colocadas no de frente sino de costado, para que, si el enemigo intentaba cercar la formación, estuvieran preparados para entrar
31 en combate. Aquí se encontraban los agrianos [324], al mando de Atalo [325] y, con ellos, los arqueros cretenses. Las últimas filas las colocó de espaldas al frente, a fin de mantener protegido todo el ejército con una formación circular. En estas filas se hallaban los ilirios, a los que se habían añadido los mercenarios y, con ellos, Alejandro había
32 colocado a los tracios armados a la ligera. Consiguió una formación de tal movilidad que los que estaban colocados en la retaguardia con la misión de impedir que los enemigos los envolvieran, podían dar media vuelta y presentar el frente al enemigo; y de este modo las primeras filas se

estuvieron a las órdenes de su hermano Simias y no de Filipo, el hijo de Bálacro, como informa Curcio.

321 Procedentes de la Lócride, región de la Grecia central.

322 Pueblo de Tesalia.

323 Se trata del hijo de Menelas.

324 Pueblo macedonio-tracio. Los soldados de este pueblo eran célebres como jinetes y arqueros.

325 En Curcio aparecen tres personajes con este nombre: el prefecto de los agrianos, del que se habla en el texto; el pariente de Filipo (VI 9, 17) y el «sosias» de Alejandro (VIII 13, 21).

encontraban tan protegidas como los flancos y los flancos tanto como la retaguardia.

Después de tomadas tales disposiciones, Alejandro dio orden de que si los bárbaros hacían avanzar con estruendo sus carros provistos de guadañas, los macedonios, espaciando filas, deberían recibir el ataque de los asaltantes en silencio, pues estaba seguro de que pasarían de largo sin infligir ningún daño si nadie les hacía frente; si, por el contrario, los enemigos hacían avanzar sus carros sin meter ruido, debían ser ellos mismos los que les aterrorizaran con sus gritos y los que, de un lado y de otro, abatieran con sus flechas los caballos espantados. Los que es- 3
taban al frente de las alas recibieron orden de extenderlas con el fin de no ser cercados si se mantenían en posición cerrada, pero ello sin desguarnecer la extremidad de su formación. Los bagajes y los prisioneros, entre los que se guar- 3
daba a la madre y a los hijos de Darío, los colocó no lejos del frente de batalla, en una elevada colina, dejando con ellos una pequeña guarnición. El ala izquierda, como en otras ocasiones, estaba al mando de Parmenión y Alejandro comandaba la derecha.

Aún no habían llegado a un tiro de flecha, cuando un 3(
desertor, de nombre Bión, corriendo todo lo que daba de sí, llegó al rey anunciándole que Darío había enterrado «abrojos» [326] allí por donde creía que el enemigo haría avanzar su caballería y que había marcado el lugar con una señal a fin de que sus propias tropas sortearan la trampa. Alejandro dio orden de vigilar al desertor, convocó 37

326 Pieza de hierro en forma de estrella, con cuatro púas o cuchillas abiertas en ángulos iguales, de modo que al caer al suelo siempre quedaba una mirando hacia arriba. Se desparramaban por el suelo con el fin de perturbar el paso del enemigo, especialmente de la caballería.

a sus generales y, tras exponerles lo que le había sido anun-
ciado, les advirtió que se desviaran de la zona indicada
38 e informaran a la caballería del peligro. Ahora bien, las
tropas no podían oír sus exhortaciones al impedirlo el es-
truendo levantado por los dos ejércitos; sin embargo, ca-
balgando entre la formación a la vista de todos, se dirigía
a los generales y a los que estaban más próximos a ellos,
diciéndoles

14 que después de recorrer tantas tierras con la esperanza
de una victoria para conseguir la cual había ahora que en-
tablar combate, sólo les quedaba ya esta prueba. A tal efec-
to les recordaba el río Gránico, los montes de Cilicia, la
Siria y el Egipto, conquistados al pasar, extraordinarios
2 estímulos de esperanza en la gloria. Detenidos en plena
fuga, los persas iban a presentar batalla porque no podían
huir. Hacía tres días que, lívidos de miedo, cargados con
sus armas, permanecían en el mismo sitio. La mayor prue-
ba de su desesperación era el hecho de que incendiaban
sus ciudades y sus campos, reconociendo que pertenecía
3 al enemigo cuanto no podían destruir. Que no temiesen
lo que sólo eran nombres vacíos de pueblos desconocidos;
para el desenlace del combate de nada servía quiénes eran
llamados «escitas» por los persas o quiénes «cadusios».
Por el hecho mismo de ser desconocidos eran unos insigni-
4 ficantes. A los hombres valientes todo el mundo los cono-
ce, pero los cobardes, sacados de sus escondrijos, no son
portadores más que de su propio nombre. Los macedo-
nios, en cambio, habían conseguido con su valor que nadie
5 desconociese a tales héroes. Que mirasen el ejército infor-
me de los bárbaros: unos no tenían más que una jabalina,
otros arrojaban piedras con hondas, pocos eran los que
llevaban el armamento en regla. Así pues, enfrente había

más gente, aquí más combatientes. Y no les pediría que 6
lucharan con valor si él mismo en persona no les daba
ejemplo de arrojo luchando en primera línea. Respondían
por él tantas cicatrices que eran otras tantas condecoracio-
nes de su cuerpo; ellos mismos sabían que, a la hora de
repartir el botín, él era casi el único que quedaba excluido
y que los premios de la victoria los empleaba en agasajar-
los y obsequiarlos. Y esto se lo decía él a hombres valero- 7
sos. Si había algunos que no se parecieran a éstos, les diría
lo siguiente: habían llegado a un punto desde donde no
podían emprender la huida. Después de haber recorrido
tantas tierras, después de haber dejado atrás tantos ríos
y tantas montañas, el camino hacia la patria y hacia los
penates se lo tenían que abrir con sus propias manos.

De esta manera estimulaba a los jefes y a los soldados
que estaban más próximos.

Darío se encontraba en el ala izquierda [327], escoltado 8
por un numeroso escuadrón formado por la flor y nata
de caballería y de infantería, y desdeñaba el escaso número
de combatientes enemigos, considerando que su formación
era endeble al encontrarse tan extendidas las alas. Desde 9
lo alto de su carro, volviendo sus ojos y sus manos a un
lado y a otro hacia los batallones que se encontraban en
torno suyo a derecha e izquierda, les dijo:

«Dueños hace poco de las tierras que aquí baña el Océa-
no y allí cierra el Helesponto, tenemos ahora que luchar
no por la gloria sino por nuestra vida y, lo que es más
valioso para vosotros que la vida, por la libertad. El día 10
de hoy o cimentará o pondrá fin a un imperio el más gran-
de que ha visto nuestro tiempo. Junto al Gránico lucha-

---

[327] Arriano, III 11, 5, dice que Darío (como era tradicional en los reyes persas) se encontraba en el centro de la formación.

mos contra el enemigo con una parte ínfima de nuestras tropas; vencidos en Cilicia, podía darnos cobijo la Siria; el Tigris y el Éufrates constituían poderosos bastiones del
11 reino. Pero hemos llegado a un punto donde, si somos derrotados, no hay lugar siquiera para la huida. A nuestras espaldas todo está agotado como consecuencia de una guerra tan larga: las ciudades están desiertas y los campesinos han abandonado sus tierras. Incluso las esposas y los hijos van en pos de este ejército, presa preparada para el enemigo si no oponemos nuestros cuerpos en defensa de
12 prendas tan queridas. Por mi parte he preparado un ejército que a duras penas cabe en esta inmensa llanura, lo he equipado con caballos y armas, he tomado las medidas oportunas para que a una multitud tan grande no le falte el avituallamiento y he elegido un lugar en el que el ejérci-
13 to pueda desplegarse. Todo lo demás está en vuestras manos: atreveos solamente a vencer y desdeñad la fama, un dardo bien endeble cuando delante tiene a unos hombres aguerridos. Lo que hasta ahora ha provocado vuestro miedo tomándolo como arrojo, no es más que temeridad que, una vez que ha desparramado su primer ataque, se embota, como algunos animales después de haber clavado el agui-
14 jón. Ahora bien, estas llanuras han puesto de manifiesto la pequeñez del enemigo que los montes de Cilicia mantuvieron escondida. Veis sus líneas espaciadas, sus alas extendidas, su centro endeble y debilitado; los de las últimas filas, colocados en sentido opuesto, ofrecen ya la espalda. ¡Por Hércules!, pueden ser aplastados por los cascos de los caballos, incluso si sólo lanzo contra ellos los carros provistos de guadañas.

15 »Si vencemos en esta batalla, ganaremos también la 15
guerra, pues el enemigo ni siquiera tiene sitio para la huida: el Éufrates por este lado, el Tigris por aquel otro, los

mantienen cercados. Es más, lo que antes estaba a su 16
favor se ha vuelto en contra de ellos. Nuestra formación es móvil y ligera y la de ellos pesada a causa del botín. Embarazados como están por nuestros despojos, los destruiremos y la misma circunstancia será la causa y el fruto de nuestra victoria. Y si a alguien le intimida la reputación 17
de aquel pueblo, que piense que allí hay armas macedonias, no combatientes macedonios, puesto que, si es verdad que unos y otros hemos perdido mucha sangre, las pérdidas son más graves cuando se producen en un ejército reducido [328]. En cuanto a Alejandro, por grande que pue- 18
da parecer a tímidos y a cobardes, no es más que un ser humano y, si dais fe a mis palabras, temerario e insensato, al que hasta el momento presente la suerte ha acompañado más por nuestro propio miedo que por su propio valor, y no puede ser duradero aquello que no está sustentado 19
en la razón. Aunque la buena estrella parezca que sopla a favor, al final no basta para sostener la temeridad. Además las vicisitudes de la vida son constantes y mudables y la fortuna nunca se muestra complaciente con imparcialidad. Tal vez los dioses han regulado los hados de modo 20
que el imperio persa, al que habían levantado a la cima más alta, en una carrera de éxitos, durante 230 años [329], lo han zarandeado, más bien que abatido, con una violenta sacudida, pasándonos aviso de la fragilidad humana, de la que con demasiada frecuencia nos olvidamos en me-

[328] Del primitivo ejército macedonio, según Darío, apenas si quedaban ya efectivos después de las batallas entabladas: las tropas de tal ejército eran ahora extranjeras y advenedizas.

[329] Dado que estamos, en el relato, en el año 331, habría que remontarse hasta el año 560. Ahora bien, en torno a esa fecha no hay ningún acontecimiento que justifique las palabras de Darío: Ciro I subió al trono el año 559, pero no fue hasta el 550 cuando abatió el imperio medo.

21 dio de la prosperidad. En otro tiempo éramos nosotros los que, por nuestra parte, llevábamos la guerra a los griegos; ahora tratamos de rechazarla en nuestra propia casa: de un lado y de otro somos juguete de las veleidades de la fortuna. Lo que quiere decir que el imperio, puesto que tanto el uno como el otro intentamos alcanzarlo, no pertenece en exclusiva a una nación.

22 »Pero, aun cuando no estuviera de por medio la esperanza, la misma necesidad debería servirnos de acicate; hemos llegado a una situación extrema: mi madre, mis dos hijas, Oco [330], predestinado por su nacimiento al Imperio, los príncipes, retoños de estirpe real, vuestros generales, todos están en manos del enemigo, encadenados como reos; si no me prestáis vuestra ayuda, yo mismo me encuentro prisionero en lo que es la mejor parte de mí mismo. Librad mis entrañas de las cadenas, devolvedme mis prendas queridas por las cuales vosotros mismos estáis dispuestos a morir: mi madre, mis hijos, puesto que mi esposa
23 la perdí en aquella cárcel. Creedme que, en estos instantes, todos ellos tienen sus manos tendidas hacia vosotros, imploran a los dioses patrios, piden vuestra ayuda, vuestra misericordia, vuestra lealtad, a fin de que los liberéis de las cadenas, de la servidumbre, del alimento otorgado como un favor; ¿o creéis acaso que ellos son esclavos de buen
24 grado de aquellos sobre quienes desdeñan reinar? Veo que el enemigo pone en movimiento sus filas y, cuanto más se acerca el momento decisivo, tanto menos puedo estar satisfecho con las cosas que os he dicho. Por los dioses patrios, por el eterno fuego que es transportado a la cabeza del ejército sobre sus altares, por el resplandor del Sol que surge dentro de los confines de mi reino, por la eterna

[330] Véase III 11, 24.

memoria de Ciro [331], que fue el primero que, tras arrebatar el imperio a los medos y a los lidios lo traspasó a Persia, librad del supremo deshonor el nombre y el pueblo persa. Avanzad decididos y llenos de ardor, a fin de que 25
podáis transmitir a vuestros descendientes la gloria que recibisteis de vuestros mayores. Lleváis en vuestras manos la libertad, el poder, la esperanza del tiempo futuro. La muerte la evita el que la desprecia y se echa encima del que más la teme. Yo monto sobre un carro no sólo por 26
seguir la costumbre de mis antepasados, sino con el fin de que me podáis ver y no me opongo a que me imitéis, bien me convierta en un ejemplo de arrojo, bien de cobardía».

Mientras tanto, Alejandro dio orden a la formación de 15
avanzar oblicuamente con el fin de bordear el lugar de las trampas que había sido señalado por el desertor y con el fin de echarse sobre Darío, que estaba al frente de un ala. El rey persa también desvió sus tropas en la misma direc- 2
ción, advirtiendo a Beso que hiciera lanzar sus jinetes maságetas de costado contra el ala izquierda de Alejandro [332].

Darío tenía ante sí los carros provistos de guadañas 3
y, dando la señal, los arrojó en bloque contra el enemigo; los aurigas se lanzaron, a rienda suelta, con la idea de aplastar un mayor número de enemigos al no tener éstos todavía suficientemente previsto el ataque. Así pues, algunos 4
macedonios fueron desgarrados por las lanzas que amplia-

[331] Ciro I el Grande. Véase nota 298.

[332] Dado que, como se ha dicho en 12, 6 sigs. de este mismo libro, Beso va en el ala izquierda del ejército persa, su ataque debe entenderse como dirigido al ala derecha del ejército macedonio. En el texto, pues, hay que entender «el ala izquierda» desde el punto de vista de Darío que es el que da la orden. (Un cambio de perspectiva similar lo encontramos en los párrafos 20 y 21 de este mismo capítulo).

mente sobresalían por delante del varal de los carros; otros,
por las guadañas que colgaban a ambos lados, y en vez
de retirarse poco a poco, desparramándose, huyeron, des-
5 barajustando la formación. Mazeo se convirtió en un nue-
vo motivo de miedo para los que ya se encontraban abati-
dos, al dar aquél orden a 1.000 jinetes de que dieran un
rodeo a fin de apoderarse de los bagajes del enemigo; pen-
saba que los prisioneros, que eran custodiados junto con
los bagajes, al ver acercarse a los suyos, romperían las ata-
6 duras. La estratagema no pasó inadvertida a Parmenión
que comandaba el ala izquierda; por ello envió con toda
rapidez a Polidamante [333] a informar al rey del peligro y
a consultarle qué determinación ordenaba tomar.

7 Alejandro, después de oír a Polidamante, dijo: «Ve
y di a Parmenión que, si vencemos en el campo de batalla,
no solamente recuperaremos nuestras posesiones sino in-
8 cluso nos apoderaremos de las del enemigo. Por consiguien-
te, no hay motivo para que entresaque de la formación
ninguna tropa sino que, como es digno de mi padre Filipo
y de mí mismo, luche con valentía, no preocupándose de
la pérdida de los bagajes».

9 Entre tanto los bárbaros habían sembrado la confusión
entre los bagajes; muertos la mayor parte de los guardia-
nes, los prisioneros rompieron sus ligaduras y, cogiendo
cuanto les salía al paso que pudiera convertirse en armas,
hicieron causa común con los jinetes de su bando y se echa-
ron sobre los macedonios, que se veían cercados entre dos

[333] Pertenecía al grupo de los «hetairos». Oficial y amigo de Parmenión, no dudó en llevar a cabo el asesinato del viejo general cuando se lo impuso Alejandro, el año 330; bien es verdad que, como se dice en VII 2, 14, Alejandro tomó la precaución de que los hermanos de Polidamante quedaran como rehenes hasta tanto que éste llevara a cabo la misión de asesinar a Parmenión. Regresó a Macedonia el año 324.

peligros. Llenos de gozo, los acompañantes de Sisigambis 10
anunciaron a ésta que Darío había conseguido la victoria,
que el enemigo había sido aplastado en medio de una gran
matanza y que, finalmente, se había visto despojado hasta
de sus propios bagajes. Y es que creían que todo el campo
había corrido la misma suerte y que los persas se habían
dispersado en plan de vencedores para apoderarse del botín.
Sisigambis, a pesar de las exhortaciones de los prisioneros 11
que la animaban a cobrar ánimo, permanecía sumida en
la misma tristeza que anteriormente. Ni una palabra salió
de su boca ni se mudó el color de su rostro ni su expre-
sión. Estaba sentada, inmóvil, temiendo, creo, provocar
a la fortuna con un gozo prematuro, hasta el punto de
que, al mirarla, no se podía saber cuáles eran sus preferen-
cias. Mientras tanto Ménidas, prefecto de la caballería de 12
Alejandro, llegó con unos cuantos escuadrones a prestar
protección a los bagajes (no se sabe si por propia iniciativa
o siguiendo una indicación del rey), pero no pudo contener
el asalto de los cadusios y de los escitas: en efecto, apenas
entablado el combate, volvió huyendo a donde el rey, tes-
tigo más que vengador de la pérdida de los bagajes.

Ya la amargura de Alejandro había superado su propia 13
decisión y tenía un fundado temor de que el deseo de recu-
perar sus bienes alejara a los soldados del campo de bata-
lla. En consecuencia, envió contra los escitas a Aretes, jefe
de lanceros («sarisóforos» los llaman [334]).

En éstas, los carros que habían sembrado la confusión 14
en torno a las primeras filas de la formación se lanzaron
contra la falange. Los macedonios, envalentonados, los aco-

[334] Los *sarissophóroi* se denominaban así porque iban armados de la «sarisa», larga pica que también llevaban los componentes de la falange. Constituían un escuadrón de caballería ligera.

15 gieron en medio de sus propias filas. La formación si-
mulaba un valladar de lanzas apiñadas y desde ambos la-
dos los macedonios traspasaban los ijares de los caballos
que galopaban a la deriva. Comenzaron después a cercar
16 los carros y a echar al suelo a los combatientes. La caída,
en masa, había cubierto el campo de batalla de caballos
y aurigas; éstos no eran capaces de dominar a los caballos
espantados que, alzando una y otra vez la cerviz, no sólo
se habían sacudido los yugos sino que incluso habían vol-
cado los carros; heridos, arrastraban por el suelo a los muer-
tos y ni podían detenerse en medio de su espanto ni podían
17 avanzar en medio de su debilidad. Sin embargo, unas
pocas cuadrigas consiguieron llegar a las últimas filas, sem-
brando una muerte espantosa entre aquellos que se opo-
nían a su paso: extendidos por el suelo aparecían miem-
bros humanos amputados y, como las heridas aún calien-
tes no dejaban sentir el dolor, los combatientes, a pesar
de sus mutilaciones y su agotamiento, no paraban de lu-
char hasta que, desangrados, caían a tierra sin vida.

18 Mientras tanto, Aretes, tras dar muerte al caudillo de
los escitas que andaban saqueando los bagajes, acentuaba
su presión sobre la tropa aterrorizada. A continuación se
presentaron los bactrianos enviados por Darío y cambió
la fisonomía del combate. Gran cantidad de macedonios
fueron aplastados a la primera embestida; la mayor parte
19 buscaron refugio en Alejandro. Entonces los persas, lan-
zando el grito que suelen dar cuando se consideran vence-
dores, se abalanzaron en tromba ferozmente contra el ene-
migo, como si éste se encontrara abatido por todas partes.
Alejandro reprendía a los atemorizados, los exhortaba, rea-
vivaba él solo un combate que languidecía y, después de
levantar, finalmente, los ánimos, dio orden de lanzarse con-
tra el enemigo.

El frente era menos cerrado en el ala derecha de los 20
persas [335], pues desde allí los bactrianos habían salido para
apoderarse de los bagajes; por ello Alejandro atacó las fi-
las que presentaban claros y llevó a cabo a su paso una
gran matanza. Pero los persas que se encontraban en el 21
ala izquierda, esperando poderlo cercar, transportaron sus
fuerzas a la retaguardia, atacando a Alejandro por la es-
palda. Éste hubiera corrido un grave riesgo, clavado como
estaba en el medio, si no hubiera sido porque los jinetes
agrianos, a galope tendido, atacaron a los soldados que
cercaban al rey e, hiriéndolos por la espalda, les obligaron
a volverse contra ellos. La confusión reinaba en ambos
ejércitos. Alejandro tenía al enemigo de frente y a sus es-
paldas. Los que le atacaban por detrás se veían, a su vez, 22
asaltados por los jinetes agrianos; los bactrianos, a la vuel-
ta de su saqueo a los bagajes enemigos, no podían recupe-
rar su alineación; muchos escuadrones, separados brusca-
mente del resto de las fuerzas, luchaban al azar cada uno
con quien la suerte le había emparejado.

Los dos reyes, cuyas formaciones casi se tocaban, in- 23
flamaban el ardor de sus tropas. Los persas caían muertos
en mayor número; la cantidad de heridos era más o menos
la misma en ambos bandos. Darío iba en carro, Alejandro
a caballo; ambos se veían protegidos por tropas escogidas 24
que no pensaban más que en poner a cubierto a su rey:
en efecto, si éste caía, ni querían ni podían seguir con vi-
da; cada uno consideraba un honor morir a la vista de

---

[335] Como se ha dicho en la nota 332, tenemos aquí (y lo mismo en el párrafo siguiente) un cambio de perspectiva: los bactrianos, según se ha dicho en 12, 6 de este mismo libro, estaban colocados en el ala izquierda del ejército persa. Si aquí se dice que están en el ala derecha es porque el autor presenta la acción a través de la interpretación del personaje central del relato en este momento, Alejandro.

25 su soberano. Sin embargo, aquellos a los que más pro-
tegían eran los que más graves riesgos corrían, ya que to-
dos buscaban para sí la gloria de haber dado muerte al
rey.

26 Mas he aquí que, bien fuera una alucinación, bien una
aparición verdadera, los que estaban junto a Alejandro cre-
yeron ver volar plácidamente un águila a poca altura sobre
la cabeza del rey, impávida ante el estruendo de las armas
y los gemidos de los moribundos. Permaneció durante lar-
go rato sin alejarse del caballo y, más que volar, parecía
27 que planeaba. Lo cierto es que el adivino Aristandro,
vestido de blanco y llevando en su mano derecha una rama
de laurel, mostraba a los soldados, absortos en el comba-
28 te, el águila, como seguro presagio de la victoria. Un vivo
entusiasmo y una gran confianza excitaron hacia el com-
bate los ánimos de aquellos que poco antes estaban ame-
drentados, especialmente al ser atravesado por una lanza
el auriga de Darío que, sentado ante el rey, llevaba las
riendas de los caballos. Tanto los persas como los macedo-
nios estaban convencidos de que Darío en persona había
29 muerto. Así pues, los allegados y escuderos del rey persa,
con sus lúgubres alaridos y sus gritos confusos, pusieron
en desorden toda la formación de los que seguían comba-
tiendo con el enemigo todavía en igualdad de posibilida-
des. El ala izquierda huyó a la desbandada abandonando
el carro real que encontró refugio en medio de la forma-
ción de aquellos que guarnecían la parte derecha.

30 Se dice que Darío, desenvainada la espada, estuvo du-
dando si debía o no evitar el deshonor de la huida median-
te una muerte gloriosa. Pero, a la vista de todos como
estaba, alzado sobre el carro, sentía vergüenza de abando-
nar a un ejército que no en su totalidad emprendía la hui-
31 da, y mientras andaba titubeando entre la esperanza y la

desesperación, los persas fueron retrocediendo poco a po-
co y dejando en claro la formación.

Alejandro, cambiando de caballo (había agotado ya unos
cuantos), atravesaba los rostros de los que le hacían fren-
te, las espaldas de los que huían. Ya no se trataba de un 32
combate sino de una matanza, cuando Darío también, dan-
do vuelta a su carro, emprendió la huida [336]. Los vencedo-
res les pisaban los talones a los fugitivos, pero una nube
de polvo que se alzaba hasta el cielo impedía la visión;
andaban de un lado para otro como si estuvieran a oscu- 33
ras, agrupándose a intervalos cuando oían una voz conoci-
da o a una señal determinada; percibían, sin embargo, el
restallar de las bridas con las que, de cuando en cuando,
eran azotados los caballos que tiraban del carro del rey:
éstas eran las únicas señales de Darío en su huida.

Pero en el ala izquierda (comandada, como antes se 16
ha dicho, por Parmenión) la suerte corrida por ambos con-
tendientes era bien distinta. Mazeo, lanzándose con ímpetu
con toda su caballería, acosaba los escuadrones macedo-
nios y ya, como fruto de su superioridad numérica, co- 2
menzaba a cercar la formación enemiga, cuando Parme-
nión mandó unos cuantos jinetes a anunciar a Alejandro
el peligro en que se encontraban: si no se apresuraba a
acudir en su auxilio, inevitablemente se produciría la des-
bandada. La infausta noticia de Parmenión le llegó al rey 3
cuando ya había avanzado considerablemente en la perse-
cución de los fugitivos. Los jinetes recibieron orden de de-

[336] La huida de Darío (como en Iso, es el propio rey el que, con su fuga, provoca la desbandada en su ejército) es tanto menos justificable cuanto que, como se va a decir en 16, 1, en el ala derecha de su propia formación Mazeo ha conseguido poner en grave aprieto a las tropas macedónicas comandadas por Parmenión.

tener los caballos y las tropas de a pie de hacer alto en
su marcha, mientras Alejandro temblaba de ira al ver que
se le arrebataba la victoria de las manos y que Darío tenía
más suerte en su huida que él en su persecución.
4 Mientras tanto había llegado a Mazeo la noticia de la
derrota de su rey. En consecuencia, aunque tenía mayores
fuerzas, aterrorizado ante la suerte de su bando, aminoró
el ímpetu de su ataque al enemigo cuyas formaciones ha-
bía ya desbaratado. Parmenión ignoraba el motivo por el
que aquél había cedido espontáneamente en su ataque, pero
5 con toda decisión aprovechó la ocasión de vencer. Hizo
venir a los jinetes tesalios y les dijo: «¿No véis cómo los
que hace un momento nos hostigaban ferozmente se echan
hacia atrás, presas de un repentino pánico? Indudablemen-
te la buena estrella de nuestro rey ha conseguido la victoria
también para nosotros. Todo el campo está sembrado de
6 cadáveres persas. ¿Por qué paráis? ¿O es que ni siquiera
os vais a mostrar a la altura de los fugitivos?». Sus pala-
bras tenían visos de ser sinceras y la esperanza reanimó
incluso a los que desfallecían, por lo que, picando espue-
las, se lanzaron contra el enemigo. Éste, no ya poco a po-
co, sino apresuradamente, se echaba hacia atrás y para que
aquello se convirtiera en una huida sólo faltaba que volvie-
ran la espalda. Parmenión, sin embargo, no sabiendo cuál
era la suerte corrida por el rey en el ala derecha, contuvo
7 a los suyos. Mazeo, ante la posibilidad ofrecida de escapar,
marchó, no en línea recta sino dando un rodeo (tanto más
seguro cuanto mayor era el desvío), atravesó el Tigris y
entró en Babilonia con los restos del ejército derrotado.
8 Darío se había dirigido hacia el río Lico con unos pocos
compañeros de fuga. Una vez al otro lado, dudó de si de-
bía o no destruir el puente, ante la noticia de que el enemi-
go venía pisándole los talones, pero veía que, si lo echaba

abajo, se convertirían en botín del enemigo tantos miles
de soldados suyos que todavía no habían llegado al río.
Consta que, al marchar dejando el puente intacto, dijo que 9
prefería ofrecer un camino a sus perseguidores que quitár-
selo a los fugitivos. Después de recorrer, en su huida, una
inmensa distancia, hacia la media noche llegó a Arbelas.
¿Quién podría concebir con la mente o expresar me- 10
diante palabras tantos caprichos de la fortuna, el asesinato
en masa de generales, de escuadrones, la huida de los de-
rrotados, los desastres particulares o colectivos? En un so-
lo día la fortuna —¡oh dolor!— amontonó los acontecimien-
tos de todo un siglo. Unos huían por el camino más corto, 11
otros se encaminaban hacia los bosques desviados y los
senderos no conocidos por sus perseguidores: una mezco-
lanza de jinetes y soldados de a pie, sin jefes, los armados
entremezclados con los sin armas, los sanos con los heri-
dos. Después la compasión se trocó en terror y los que 12
no podían avanzar eran abandonados en medio de sus mu-
tuas lamentaciones. La sed, sobre todo, atormentaba a los
soldados cansados y heridos y por todas partes se les veía
en todos los arroyos, cuerpo a tierra, bebiendo el agua
a bocanadas. Al beberla con avidez, enfangada como 13
estaba, al instante sus entrañas se hinchaban bajo la pre-
sión del barro y, enervados y entorpecidos sus miembros,
eran reavivados con nuevas heridas al llegar el enemigo.
Algunos, al encontrarse con que los arroyos más cercanos 14
estaban ocupados, se alejaban, dando un rodeo, con el fin
de poder recoger cualquier vena de agua que manara ocul-
ta: ninguna laguna, por descaminada y seca que se encon-
trara, pasó inadvertida a las pesquisas de los sedientos.
Desde las aldeas más próximas al camino se oían los la- 15
mentos de los ancianos y de las mujeres aclamando, si-
guiendo la costumbre bárbara, a Darío como todavía su rey.

16 Alejandro, como se ha dicho más arriba, después de contener el ímpetu de sus soldados, había llegado al río Lico. Una enorme muchedumbre de fugitivos cubría el puente. Muchos, al ver que el enemigo se les echaba encima, se arrojaron al río, pero, abrumados por las armas y agotados por la batalla y la huida, eran tragados por
17 los remolinos. Y ya no solamente el puente sino ni siquiera el río podía dar cabida a los fugitivos que, sin reparar en las consecuencias, iban cada vez más amontonándose en masa, porque cuando el pavor se ha apoderado de los espíritus, sólo se teme una cosa: lo primero que se comenzó
18 a temer. Alejandro, ante las presiones de los suyos de que no dejara de perseguir a un enemigo que se escapaba sin sufrir daño, se excusó diciendo que las armas estaban embotadas, los brazos agotados, los cuerpos exhaustos por
19 la larga carrera y la noche al caer. En realidad se encontraba preocupado a propósito del ala izquierda de su ejército que creía se encontraba todavía luchando; por ello, determinó dar la vuelta y prestar ayuda a los suyos. Y ya había hecho volver los estandartes cuando unos jinetes enviados por Parmenión le hicieron saber que también el ala izquierda había conseguido la victoria.

20 Pero el peligro mayor de aquel día lo corrió precisamente al conducir sus tropas de vuelta al campamento. La comitiva estaba compuesta de unos pocos acompañantes que, además, caminaban sin guardar filas: celebraban la victoria (creían, en efecto, que el enemigo en bloque o se había dado a la fuga o había caído en el campo de bata-
21 lla), cuando he aquí que, de improviso, apareció ante ellos un regimiento de caballería. En un primer momento éstos detuvieron la marcha, pero después, al caer en la cuenta de que los macedonios no eran más que unos cuantos, lan-
22 zaron contra ellos sus escuadrones. El rey caminaba delante de los estandartes, disimulando más bien que despreciando el peligro. Tampoco en aquella ocasión le faltó la buena estrella que le había acompañado en todas las situaciones críticas: en efecto, al prefecto de la caballería ene- 23
miga, que en su deseo de entablar el combate se había abalanzado contra él sin tomar las debidas precauciones, lo atravesó con su lanza; éste, deslizándose del caballo, cayó a tierra. Alejandro, con la misma arma, atravesó al que se encontraba al lado del prefecto y después a otros más. Sus acompañantes se arrojaron sobre los enemigos que se 24
encontraban desbaratados. Pero los persas no caían sin vengarse. El combate entablado entre aquellas tropas en desorden era más violento que el que habían entablado ambos ejércitos completos. Finalmente los bárbaros, como 25
les pareciera que la huida, al amparo de las sombras de la noche, era más segura que el combate, huyeron a la desbandada. El rey, tras superar un peligro con el que no contaba, condujo sus tropas, sanas y salvas, al campamento.

Las bajas de los persas (según pudieron determinarlas 26
los vencedores) llegaron a 40.000. Del ejército macedonio cayeron menos de 300 [337]. Pero esta victoria el rey se la 27
debió en una mayor medida a su propio valor que a su buena estrella: venció gracias a su arrojo y no, como anteriormente, gracias a las ventajas del terreno. En efecto, 28
por un lado dispuso la formación de sus fuerzas de un

[337] Con ser indudablemente exageradas las cifras ofrecidas por Curcio (exageradas tanto por lo que se refiere al ejército persa como al macedonio, aunque la desproporción real de las bajas tuviera que ser muy grande pues la mayor parte de las víctimas caían durante la huida), con todo es el autor más comedido al valorar al menos las bajas persas: ARRIANO, III 15, 6, dice que hubo 300.000 víctimas en el ejército persa y sólo 100 en el macedonio, y DIODORO, XVII 61, 3, 90.000 y 500 respectivamente.

modo magistral; por otro, luchó con verdadera decisión; además desdeñó, con muy buen criterio, la pérdida de los bagajes, comprendiendo que el punto clave estaba en el mismo campo de batalla y, cuando todavía el combate presentaba un resultado incierto, se comportó como si ya fue-
29 ra vencedor; finalmente, después de abatir y desbaratar al enemigo, lo persiguió en su huida con más cautela que avidez, lo que apenas si resulta creíble conociendo el ardor
30 de su espíritu. Pues si hubiera perseverado en perseguir a los fugitivos cuando todavía una parte de su propio ejército permanecía en combate, o por su culpa habría sido vencido o habría vencido por el valor ajeno. Además, si se hubiera asustado ante la masa de jinetes que le salieron al encuentro, a pesar de haber conseguido la victoria habría tenido que emprender una fuga vergonzosa o que caer
31 lastimosamente. Pero tampoco deben escatimarse a sus generales unas alabanzas que les son debidas. Las heridas
32 que cada uno recibió señales son de su valor: Hefestión fue herido en el brazo por una lanza; Perdicas, Ceno y
33 Ménidas casi murieron asaeteados. Y, si queremos hacer un juicio justo sobre los macedonios de aquellos tiempos, tendremos que reconocer que el rey era digno de tales colaboradores y tales colaboradores dignos de tan gran rey.

LIBRO V

Sinopsis

(Otoño del 331-Verano del 330)

Otoño-Invierno del 331: Darío busca refugio en la Media. Alejandro toma Arbelas y entra en Babilonia. Descripción de las maravillas de esta ciudad y de las costumbres de sus habitantes (1). Recompensas a los soldados y cambios en la organización del ejército macedonio. Entrada de Alejandro en Susa. Afectuoso comportamiento del rey para con Sisigambis, madre de Darío (2). Alejandro somete a los uxios. Intento de penetración en Persia; oposición y resistencia de Ariobarzanes (3). Derrota y muerte de Ariobarzanes (4).

Invierno-Primavera del 330: Alejandro parte hacia Persépolis (enero). Encuentro con los 4.000 griegos mutilados (5). Toma de Persépolis. Sometimiento de los mardos (6). Incendio de Persépolis. Alejandro pasa a la Media (7).

Verano: Darío llega a Ecbatana; dispuesto a enfrentarse de nuevo a Alejandro, hace ante su Estado Mayor una exposición de sus planes. Oposición de Nabarzanes (8-9). Beso y Nabarzanes, dispuestos a llevar a cabo su complot contra Darío, simulan arrepentimiento y el rey les perdona (10). El griego Patrón denuncia a Darío el complot. Darío en poder de Beso. Alejandro persigue a los traidores. Muerte de Darío (julio) (11-13).

Si quisiera exponer, siguiendo un orden cronológico, 1
los acontecimientos que, tanto en Grecia como en Iliria y

Tracia, tuvieron lugar bajo las órdenes y la dirección de Alejandro [338], me vería obligado a cortar el hilo de la na-
2 rración de los acontecimientos de Asia; sin embargo, parece más apropiado ofrecerlos en su totalidad hasta la huida y muerte de Darío, en una visión de conjunto, y presentarlos unidos, conservando en la exposición la cohesión que guardan entre sí. Por lo tanto, voy a comenzar exponiendo las consecuencias de la batalla de Arbelas.

3 Darío había llegado a Arbelas más o menos a medianoche y hacia aquel lugar el destino había empujado, en su huida, a la mayor parte de sus amigos y soldados.
4 Llamados a su presencia, les hizo saber que no tenía la menor duda de que Alejandro trataría de dirigirse a las ciudades más pobladas y los campos más fértiles: tanto Alejandro como sus soldados tenían sus miras puestas en
5 un botín opulento y al alcance de la mano. Tal como estaban las cosas, Darío era de la opinión de que con ello su propia situación quedaría a salvo pues su intención era dirigirse al desierto con unas tropas armadas a la ligera: las regiones extremas de su reino estaban todavía intactas y, partiendo de ellas, podría sin duda reparar sin demasia-
6 das dificultades sus fuerzas para la guerra. Que aquel pueblo insaciable se apoderase, si tal era su deseo, de sus tierras y que saciara en oro su hambre inveterada; después se convertiría en su presa. Por propia experiencia sabía que un ajuar suntuoso, así como las concubinas y los es-

[338] El primitivo sistema de narrar los acontecimientos históricos por años naturales, seguido a ultranza por los antiguos analistas romanos, dejó una profunda huella en toda la historiografía romana posterior, lo que justifica escrúpulos como el que aquí siente Curcio y que es fácil encontrar en otros historiadores (véase, por ejemplo, TÁCITO, *Anales* XIII, 9, 3). En cuanto a los acontecimientos a que hace indirecta alusión Curcio, se trata de las luchas que tuvo que sostener Antípatro en Europa mientras Alejandro se encontraba en Asia.

cuadrones de eunucos, de nada servían sino de carga y estorbo. Alejandro, al llevar consigo, a rastras, todas aquellas cosas, se encontraría en inferioridad precisamente en relación con aquello que había servido de base a su victoria.

Aquellas palabras les parecían a todos llenas de deses- 7
peración, al darse cuenta de que se iba a hacer entrega de Babilonia, ciudad opulentísima, y de que el vencedor se iba a apoderar (lo que en realidad había constituido la causa de la guerra) tanto de Susa [339] como de los demás tesoros del reino. Pero el rey, continuando, les hizo saber 8
que en la adversidad lo que se debe tener presente no son las bellas palabras sino las necesidades prácticas: las guerras se hacen con las armas, no con el oro; con hombres, no con edificios, y son los hombres armados los que se llevan todo. De esta manera sus mayores, derrotados al principio, rápidamente habían recobrado su pasada fortuna.

Así pues, fortalecidos sus ánimos o aceptando su man- 9
dato más bien que su plan, Darío entró en los territorios de la Media.

Poco después se rindió ante Alejandro Arbelas, repleta 10
de mobiliario regio y suntuosos tesoros: cuatro mil talentos de oro [340] y vestiduras preciosas, al haberse amontonado en aquella ciudad, como queda dicho, las riquezas de todo el ejército. Al desencadenarse después una epidemia 11
extendida por el hedor de los cadáveres que cubrían la llanura, Alejandro se apresuró a levantar el campamento.

[339] Capital de la Susiana, enclavada al este del bajo Tigris. Como se ha dicho en nota 199, fue una de las tres capitales del imperio persa, pero su importancia era ya muy anterior. En su recinto se ha encontrado la estela de Hammurabi (con el código de su nombre grabado en ella). Mantuvo su importancia durante los imperios caldeo, asirio, babilonio y persa.

[340] Véase nota 24.

Según se va, a mano izquierda, se encuentra Arabia [341],
12 región famosa por su fertilidad en flores aromáticas. Un
camino todo llano se extiende por la región limitada por
el Tigris y el Éufrates, tan feraz y tan fértil que, según
se dice, los rebaños tienen que ser apartados de los pastos
por miedo a que la misma saciedad les sea mortal. La cau-
sa de la fertilidad es la humedad que se desprende de am-
bos ríos al estar impregnado de ella todo el suelo, debido
a los canales que la atraviesan.

13 Estos ríos tienen su nacimiento en los montes de Arme-
nia y, después de haberse separado uno de otro considera-
blemente, vuelven a recorrer el camino que inicialmente
habían emprendido. Los que han medido su separación han
comprobado que su punto máximo es de 2.500 estadios [342],
14 junto a los montes de Armenia. En cuanto empiezan a
atravesar el territorio de los medos y de los gordieos, poco
a poco se van aproximando cada vez más y, conforme avan-
zan en su curso, tanto más estrecho se hace el espacio que
15 los separa. Se encuentran lo más cerca uno de otro en
las llanuras llamadas por sus habitantes «Mesopotamia»
debido a que se hallan cercadas por los ríos de un lado
y de otro y desembocan en el mar Rojo [343] a través de
los territorios de los babilonios.

16 Alejandro en cuatro etapas llega a la ciudad de Men-
nis [344]. Allí hay una gran gruta de la que una fuente hace

[341] Curcio llama «Arabia» a la región que se extiende al norte de Babilonia. Hay que hacer notar que, en el sentido de la marcha de Alejandro, tal región quedaba no a su izquierda sino a su derecha.

[342] Unos 462 km.

[343] Es decir, el golfo Pérsico. (Véase nota 41).

[344] Ciudad de la región de Babilonia. Su emplazamiento exacto nos es desconocido.

manar una cantidad extraordinaria de betún [345]: de todos
es sabido que las grandiosas murallas de Babilonia fueron
embreadas con el betún de esta fuente. Al acercarse Ale- 17
jandro a Babilonia, Mazeo, que desde el campo de batalla
se había refugiado en la ciudad, le salió al encuentro en
actitud suplicante acompañado de sus hijos ya mayores y,
al mismo tiempo que se ponía en sus manos, le hizo entre-
ga de la ciudad [346]. Su llegada causó a Alejandro un gran
placer, ya que el asedio de una ciudad tan fortificada hu-
biera sido obra de una gran empresa. Por otra parte, un 18
personaje famoso como Mazeo, decidido y renombrado por
la fama incluso de la última batalla, parecía que podría
incitar a los otros con su ejemplo a la rendición. En conse-
cuencia, Alejandro lo acogió cariñosamente así como a sus
hijos. Por lo demás, hizo a sus propios soldados formar 19
en cuadro y bajo su propio mando dio orden de que entra-
ran en la ciudad.

Gran parte de los babilonios se habían colocado sobre
las murallas, deseosos de conocer a su nuevo rey. Muchos
salieron de la ciudad a su encuentro. Entre éstos se encon- 20
traba Bagófanes [347], guardián de la ciudadela y de la fortu-

[345] Recuérdese que esta región abunda en yacimientos de petróleo. Plinio el Viejo, XXXV 15 (51) informa de que el betún en esta región se empleaba como sustituto de la cal y así se utilizó en la construcción de las murallas de Babilonia, como se dice en el texto.

[346] Resulta un tanto extraño el que Mazeo, general esforzado, que había estado a punto, en Gaugamelas, de inclinar sobre el lado persa la victoria total (véase IV 16, 1 sigs.), entregue ahora a Alejandro la ciudad de Babilonia sin ofrecer la menor resistencia. Dadas las características de la ciudad (que se ponen de manifiesto en este mismo capítulo del texto), Alejandro hubiera tardado mucho en tomarla, por lo que es comprensible la alegría ante tal rendición.

[347] Curcio es el único historiador de Alejandro que habla de este personaje.

na real, el cual, para no verse superado en celo por Mazeo, había cubierto todo el camino de flores y coronas y había hecho colocar a ambos lados altares de plata colma-
21 dos de incienso y toda clase de perfumes. Tras él avanzaban, para ser entregadas como obsequio, manadas de ganado y de caballos, así como leones y panteras que eran
22 transportados en jaulas. Después venían los Magos, cantando sus cantos tradicionales, y, tras ellos, los caldeos y, de entre los babilonios, no sólo los sacerdotes sino también los artistas con sus características liras. Éstos suelen cantar las alabanzas de los reyes y los caldeos señalar los movimientos de los astros y las establecidas sucesiones de
23 las estaciones. Cerraba la marcha la caballería babilonia, adornados los jinetes y enjaezados los caballos con más ostentación que auténtica grandeza. El rey, rodeado de hombres armados, dio orden a la muchedumbre de los habitantes de la ciudad de marchar tras de las últimas filas de su infantería; él, montado en su carro, hizo su entrada en la ciudad y, acto seguido, en el palacio real.

Al día siguiente inspeccionó todo el ajuar y toda la for-
24 tuna de Darío. Pero lo que atrajo las miradas —y no sin razón— no sólo del rey sino también de todos sus acompañantes fue la belleza y la antigüedad de la ciudad misma, fundada por Semíramis [348] y no, como es creencia general,

---

[348] Personaje histórico al que le fueron adjudicadas gran cantidad de leyendas, comenzando por la que hizo de ella una hija de la diosa Derceto. Estuvo casada, en primer lugar, con Onnes y, después, con Nino, hijo de Belo, rey de Asiria, a quien hizo asesinar para reinar en su lugar. Fundó y embelleció Babilonia. A la cabeza de un poderoso ejército emprendió la conquista de Asiria. Según unas tradiciones murió a manos de su propio hijo Ninias; según otras, a su muerte fue convertida en paloma. El personaje histórico que hay detrás del legendario parece confundirse con Sammuramat o Samouranah, esposa del rey asirio

por Belo, del que se muestra todavía el palacio [349]. Su mu- 25
ralla, levantada con ladrillo cocido embreado con alquitrán presenta un espacio de 32 pies de anchò [350]: se dice que las cuadrigas pueden encontrarse de frente sin correr el menor riesgo. La altura de la misma es de 50 codos [351] 26
y las torres sobresalen por encima de las murallas 10 pies cada una. El perímetro de toda la construcción es de 368 estadios [352]: la tradición informa de que en la construcción de cada estadio se invirtió un día de trabajo. Los edificios no están adosados a la muralla sino que están separados de ella casi por una yugada [353] de espacio libre. La ciudad 27
no está toda ella cubierta de edificios —sólo 80 estadios [354] estaban habitados— ni éstos presentan una formación com-

---

Shamshi-Adad V y regente, entre 810 y 805, durante la minoría de edad de su hijo, Adad-Nirari III.

[349] El palacio a que se refiere el texto ha sido identificado con el templo de Belo, denominado también «Torre de Babel», y habría sido destruido por Jerjes en el año 479, tras una revuelta de los babilonios. (Véase Arriano, VII 17, 2).

[350] El valor del pie, como medida romana de longitud, era de 0,295 metros, aunque los comentaristas interpretan que aquí Curcio toma el pie como sinónimo de codo. (El codo griego tenía un valor de 0,463 m. y el romano de 0,444 m.).

[351] Unos 22 m. de altura.

[352] Unos 67 km. Hay que hacer constar que las dimensiones que nos ofrecen los testimonios antiguos sobre Babilonia son poco de fiar y menos que ninguna las ofrecidas por Heródoto, I 178, según el cual la ciudad tendría un perímetro de 480 estadios (cerca de 89 km.) y sus murallas una altura de 200 codos (más de 90 m.).

[353] Medida agraria, representada por un rectángulo de 28.800 pies cuadrados, es decir, 240 pies de largo por 120 de ancho (esto es, unas 25 áreas). El empleo que de tal medida hace aquí Curcio es extraño y ha sido interpretado como referido a un uso de «iugerum» como medida de longitud, tal vez de 120 pies.

[354] Algo más de 14 km. y medio.

pacta, me imagino que porque les parecía más seguro diseminar los edificios por diversos lugares. Los otros espacios los siembran y los dedican al cultivo con el fin de, ante un ataque del exterior, poder abastecerse los sitiados con los productos de su misma ciudad.

28 Babilonia se halla dividida en dos por el Éufrates, cuyo caudal se encuentra contenido por unos enormes diques. Estas ingentes construcciones están rodeadas de grandes cavernas excavadas en profundidad para acoger las crecidas del río: cuando sus aguas se desbordan arrastrarían consigo los edificios si no existieran estas grutas y cisternas
29 para recibirlas. Están construidas con ladrillos y toda la obra está embreada con alquitrán. Las dos partes de la ciudad están unidas por un puente de piedra sobre el río. También este puente se cuenta entre las maravillas de Oriente, ya que el Éufrates arrastra en su cauce un gran espesor de limo y cuando se saca éste desde el fondo para colocar los cimientos con dificultad se encuentra un suelo lo suficientemente firme como para sostener la construcción.
30 Así pues, la arena, acumulada constantemente y apelmazada en los sillares sobre los que se asienta el puente, detiene la corriente del río que, al encontrarse retenido, se lanza con más ímpetu que si se deslizara con su corriente libre de obstáculos.

31 La ciudad tiene también una ciudadela con un perímetro de 20 estadios [355]. Los cimientos de las torres están hundidos en tierra en una profundidad de 30 pies y la cima
32 de la fortificación alcanza una altura de 80 [356]. Sobre la ciudadela se encuentran los jardines colgantes —prodigio divulgado por las fábulas de los griegos—, en rasante con

[355] Cerca de 4 km.

[356] Véase la nota 350.

la altura máxima de las murallas, amenos por la sombra y elevación de sus numerosos árboles. Los pilares que 33
sostienen toda la obra son de piedra. Sobre los pilares se extiende un lecho profundo de sillares capaz de contener la tierra que echan sobre él y el agua con que riegan esa tierra. Estas construcciones sustentan unos árboles tan robustos que sus troncos llegan a tener un grosor de ocho codos, alcanzan una altura de 50 pies y pueden dar fruto como si se cultivaran sobre la propia tierra. Y aunque el 34
paso del tiempo deteriora, con un desgaste paulatino, no sólo las obras hechas por mano de hombre sino incluso las mismas obras de la naturaleza, esta construcción, que se ve oprimida por las raíces de tantos árboles y mantiene el peso de un bosque tan grande, permanece sin el menor deterioro. Está sostenida por unos muros de 20 pies de anchura, colocados a 11 pies de distancia unos de otros, de manera que, contemplados de lejos, dan la impresión de bosques alzados sobre sus propios montes [357]. Se cuen- 35
ta que esta construcción fue obra de un rey de Siria [358], ascendido al trono de Babilonia, y que la hizo por el amor que sentía hacia su esposa: ésta, añorando en aquellos parajes de llanura los bosques y las selvas, movió a su esposo a imitar la amenidad de la naturaleza con una obra de este tipo.

Alejandro se detuvo en esta ciudad más tiempo que 36
en ningún otro lugar y ningún otro sitio infligió más daño a la disciplina militar. Nada más corrompido que las costumbres de Babilonia y nada más dispuesto para excitar las pasiones desordenadas. Tanto los padres como los ma- 37

[357] Según los antiguos, los jardines colgantes de Babilonia entraban en el número de las siete maravillas del mundo.

[358] De Asiria. Se trata de Nino, esposo de Semíramis.

ridos consienten que sus hijas y esposas se prostituyan con
los forasteros con tal de que el deshonor les reporte algún
beneficio. En toda Persia los reyes y cortesanos tienen gran
afición a los «juegos de festín» y los babilonios sienten
una inclinación extrema por el vino y lo que la embriaguez
38 lleva consigo. Las mujeres, que toman parte en estos ban-
quetes, al principio mantienen un comportamiento recata-
do. Después comienzan a despojarse de las vestiduras que
cubren la parte superior del cuerpo y poco a poco profa-
nan el pudor, quitándose también —sea dicho con el debi-
do respeto a nuestros oyentes— las prendas que cubren
las partes inferiores. Y este deshonor no es propio sólo
de las cortesanas sino incluso de las matronas y de sus
esposos entre quienes el menosprecio hacia la exhibición
del cuerpo de sus mujeres es considerado como un rasgo
de afabilidad.

39 En medio de tales orgías aquel famoso ejército, do-
minador del Asia, se estuvo hartando durante 34 días y
con toda seguridad se habría mostrado demasiado débil
cara a los peligros que se aproximaban, si en frente hubie-
ra tenido a un auténtico enemigo, aunque, al renovarse
sus formaciones con nuevos incrementos de tropas, el da-
40 ño se dejaba sentir menos. En efecto, Amintas, hijo de
Andrómenes, aportó 6.000 infantes macedonios enviados
41 por Antípatro [359], y además 500 jinetes de la misma na-
cionalidad [360], así como 600 tracios, a los que había añadi-
do 3.500 de a pie igualmente tracios. Del Peloponeso ha-
42 bían llegado 4.000 mercenarios con 380 jinetes. El mismo

359 En IV 6, 3, lo hemos visto partir, con diez trirremes, a Macedonia en busca de tropas de refresco.

360 Cuando Amintas pronuncie su discurso de autodefensa ante Alejandro y el ejército (VII 1, 19 sigs.), dirá que había traído de Macedonia 6.000 infantes y 600 jinetes (párrafo 40).

Amintas había traído consigo 50 jóvenes procedentes de
las principales familias de Macedonia para constituir la
«guardia de corps»: en efecto, en los banquetes éstos son
los camareros del rey, le traen los caballos cuando se dis-
pone a salir al combate, le acompañan cuando va de caza
y montan la guardia delante de las puertas de su dormito-
rio. En tales menesteres se instruyen y se ejercitan los que
luego serán grandes comandantes y caudillos.

Así pues, siguiendo órdenes de Alejandro, quedó al 43
frente de la ciudadela de Babilonia Agatón [361] con 700 sol-
dados macedonios y 300 mercenarios y, como gobernado-
res al frente de la región de Babilonia y de Cilicia, Me-
nes [362] y Apolodoro [363], poniendo a disposición de éstos
2.000 soldados y 1.000 talentos [364] con la orden de que
reclutaran nuevas tropas. A Mazeo, el tránsfuga, le nom- 44
bró el rey gobernador de Babilonia y a Bagófanes, que
había puesto en sus manos la ciudadela, le mandó formar
parte de su séquito. La Armenia fue entregada a Mitrenes,
el traidor de Sardes [365]. Del dinero entregado por Babilo- 45
nia se distribuyó entre los jinetes macedonios 600 denarios
a cada uno; los jinetes extranjeros recibieron 500; los in-
fantes macedonios, 200 y los demás, la soldada de tres
meses.

361 Macedonio, de Pidna. Fue uno de los asesinos de Parmenión.

362 Macedonio, natural de Pella. La información que da Curcio sobre la misión encomendada por Alejandro coincide con la ofrecida por Diodoro, XVII 64, 5, aunque Bardon, en nota a este pasaje, opina que sus funciones eran más bien de tipo financiero. Perteneció al grupo de los *somatophýlakes*, 'guardias de corps', de Alejandro.

363 También macedonio, natural de Anfípolis.

364 Véase nota 24.

365 Véase III 12, 6.

2 Después de tomar tales medidas, llegó a la región denominada «la Satrapía de Sitacenes» [366], tierra fértil y bien
2 provista de todo tipo de avituallamiento. Por ello se detuvo allí durante cierto tiempo y con el fin de que, en medio de la inactividad y el ocio, no perdieran los soldados sus energías, nombró jueces y propuso unas recompensas antes nunca vistas a repartir entre los que tomaran parte en unas competiciones en las que se pusiera a prueba el valor
3 militar: los que fueran considerados los más valientes serían colocados al frente de escuadrones de 1.000 soldados cada uno —los llamaban «quiliarcas» [367]—, distribución de tropas que entonces por primera vez se hacía de acuerdo con tal número de componentes, ya que anteriormente no había habido más que cohortes de 500 soldados
4 y no se habían formado como recompensas al valor. Se dio cita una enorme concentración de soldados deseosos de asistir a la competición: ellos serían los testigos de las actuaciones de cada uno y juzgarían a los mismos jueces, ya que no podía pasar inadvertido si el premio era adjudica-
5 do merecida o injustamente. El primer premio se concedió, por su valor, al veterano Adarrias, que en Halicarnaso, él solo, había reanimado un combate del que los jóvenes habían desertado; el segundo fue para Antígenes [368];

[366] Región entre el Tigris y la Susiana.

[367] Del griego *chilíarchos* = *chílioi* 'mil' y *arché* 'mando, autoridad'. Se trata de un oficial subalterno.

[368] Tal vez haya que identificarlo con el Antígenes del que habla PLUTARCO, *Alej.* LXX 4 sigs. Era un guerrero valiente que, a las órdenes de Filipo, en el asedio de Perinto recibió en un ojo el impacto de un proyectil lanzado por una catapulta, no consintiendo que se lo extrajeran hasta que el enemigo fue rechazado y encerrado tras sus murallas. Al lado de su valor, Plutarco habla de sus escasos escrúpulos morales, pero la historia que cuenta en la *Vida de Alejandro* (cuando el rey se dispone a pagar las deudas de sus soldados —Curcio habla de ello

el tercero fue adjudicado a Filotas Augeo; el cuarto lo obtuvo Amintas; el quinto, Antígono; el sexto lo recibió Lincestes Amintas; el séptimo, Teodoto y el último Helanico [369].

También en la disciplina militar hizo numerosos y pro- 6
vechosos cambios en relación con lo que era la disciplina tradicional: en efecto, frente a la distribución anterior de los jinetes por nacionalidades, separados de los otros, ahora, pasando por alto el criterio de las nacionalidades, puso al frente de las tropas no a los prefectos de cada nación sino a los escogidos por él personalmente. La señal de 7
levantar el campamento era dada por una trompeta, pero su sonido las más de las veces se dejaba oír con dificultad a causa de los gritos y el tumulto; por ello hizo colocar sobre su tienda una pértiga capaz de ser divisada desde todas partes, de la que surgía una señal reconocible a todos por igual: una columna de fuego durante la noche, de humo durante el día.

Estaba ya a punto de alcanzar Susa [370], cuando Abu- 8
lites [371], sátrapa de la región, bien sea siguiendo instruc-

en X 2, 9 sigs.— Antígenes presenta un falso acreedor y recibe un dinero indebido) se la atribuye en *De Alexandri fortuna* II 339 B-D a Atarrias.

[369] Todos ellos, personajes de difícil identificación y, la mayor parte, sólo conocidos por el testimonio de Curcio.

[370] Según ARRIANO, III 16, 7, Alejandro recorrió los 370 km. que separan Susa de Babilonia en 20 días.

[371] Un nuevo sátrapa —éste, de la Susiana— que, una vez más, pone en manos de Alejandro su ciudad sin ofrecer resistencia. (Véase ARRIANO, III 16, 9 y DIODORO, XVII 65, 5, quien lo llama «Abuleutes» y ofrece la información de que hay autores —lo que Curcio sólo da como disyuntiva— que aseguran que el sátrapa entregó la ciudad siguiendo instrucciones del propio Darío). ARRIANO, VII 4, 1, cuenta el final de Abulites y su hijo Oxatres: por haber abusado en su cargo de sátrapa de la

ciones de Darío con el fin de retener a Alejandro con el botín, o bien por propia iniciativa, envió a su encuentro a su propio hijo con la promesa de poner la ciudad en
9 sus manos. Alejandro recibió con afabilidad al muchacho y, tomándolo como guía, llegó al río Coaspis, famoso por la limpidez de sus aguas. Aquí le salió al encuentro Abulites con regalos propios de una opulencia verdaderamente
10 regia. Entre los obsequios había unos dromedarios de una velocidad pasmosa y doce elefantes traídos por Darío de la India. Éstos no constituían ya un motivo de terror para los macedonios, como se había esperado, sino un refuerzo, al traspasar la fortuna a manos del vencedor los recursos del vencido.

11 En cuanto entró en la ciudad, extrajo de los tesoros una cantidad increíble de dinero: 50.000 talentos de pla-
12 ta [372], pero no en moneda acuñada sino en lingotes. Muchos reyes a lo largo del tiempo habían ido acumulando tan incontables riquezas para que las heredaran, pensaban, sus hijos y descendientes: todas ellas en una hora pasaron a
13 manos de un rey extranjero. Después se sentó en el trono real, mucho más elevado que lo que pedía su talla. Y así, como sus pies no llegaran a tocar el escalón inferior, uno
14 de los pajes del rey colocó una mesa bajo sus pies. El rey, al ver lamentarse a un eunuco que había pertenecido a Darío, le preguntó cuál era el motivo de su tristeza. Aquél le hizo saber que Darío solía comer en aquella mesa y que no podía contemplar, sin que le estallaran las lágrimas, cómo una mesa sagrada se convertía en objeto de burla.
15 El rey se sintió avergonzado por ofender a los dioses de

Susiana —en el que había sido confirmado por Alejandro— fue condenado a muerte en compañía de su hijo.

[372] Véase la nota 24.

la hospitalidad y ya se disponía a ordenar que la mesa fuera retirada, cuando Filotas le dijo: «No hagas tal cosa, ¡oh rey!, sino acepta, incluso como un presagio, el que la mesa sobre la que ha comido tu enemigo, haya venido a parar bajo tus pies».

Disponiéndose Alejandro a dirigirse a los confines de 16
Persia [373], puso en manos de Arquelao [374] la ciudad de Susa junto con 3.000 soldados para que sirvieran de protección. A Jenófilo le encomendó la vigilancia de la ciudadela, con la orden de que 1.000 macedonios, quebrantados ya por los años, se encargaran de la defensa de la misma.
A Calícrates le encargó la tutela de los tesoros y a Abu- 17
lites le fue devuelta la satrapía de la región de Susa [375]. Dejó también en Susa a la madre y a los hijos de Darío.

Dio la casualidad de que le llegaron, procedentes de 18
Macedonia, vestidos macedonios y gran cantidad de paño teñido de púrpura, enviados como regalo. Alejandro dio orden de que fueran entregados a Sisigambis juntamente con las mujeres que los habían confeccionado (su deferencia y hasta su cariño para con ella eran propios de un hijo)
con la indicación de que, si le gustaban aquellas prendas, 19
podía acostumbrar a sus nietas a confeccionarlas y para ello le hacía donación de profesoras que les enseñaran. An-

[373] El antiguo reino de Persia, cuya capital era Susa.

[374] En Curcio se hace mención de dos personajes de este nombre: uno —el del texto—, hijo de Teodoro y general de Alejandro, que en el reparto del imperio, en el año 323, obtuvo la Mesopotamia. Del otro, rey de Macedonia entre el 413 y el 399, se hace mención en VI 11, 26.

[375] Arriano, III 16, 9, dice que Alejandro dejó al persa Abulites como sátrapa de la Susiana, a Mazaro como comandante de la guarnición en la ciudadela de Susa y a Arquelao, hijo de Teodoro, como general. Xenófilo sucedería en el cargo a Mazaro. El Calícrates del texto, encargado de la tutela de los tesoros, no es conocido por ningún otro testimonio.

te este mensaje, los ojos de Sisigambis se cubrieron de lágrimas, prueba inequívoca de que el obsequio le había disgustado, y es que entre las mujeres persas ningún traba-
20 jo les parece más vergonzoso que el tejer la lana. Los que habían llevado los regalos volvieron con la noticia de que Sisigambis había quedado apesadumbrada y a Alejandro le pareció que debía presentarle sus excusas y dirigirle unas palabras de consuelo. Así pues, se presentó ante ella y le dijo: «¡Oh madre!, este vestido que yo llevo es no solamente obsequio sino obra de mis propias hermanas. Nues-
21 tras propias costumbres me han inducido a error. Por eso te ruego que no tomes mi ignorancia como afrenta. Las costumbres vuestras creo que las he respetado cuando me
22 han sido conocidas. Sé que entre vosotros un hijo no debe tomar asiento en presencia de su madre hasta que ella no le ha dado permiso: cada vez que he venido a tu presencia he permanecido de pie hasta que, con un ademán, me has indicado que podía sentarme. Con frecuencia has querido adorarme arrojándote a mis pies y yo te lo he impedido. Hasta te doy el nombre de «madre» que pertenece a mi queridísima Olimpíade» [376].

[376] Frente al evidente despego que Alejandro, en el relato de Curcio, manifiesta en relación con su padre Filipo (especialmente puesto de relieve en la escena que desencadena el asesinato de Clito, en VIII 1, 22 sigs.), los sentimientos hacia su madre Olimpíade son de acendrado cariño en todas circunstancias. Olimpíade era hija de Neoptólemo de Molosia y, según PLUTARCO, *Alej.* II 2, cuando Filipo se inició en los misterios de Samotracia, conoció a Olimpíade y se enamoró de ella, que era apenas una adolescente, huérfana de padre y madre. Fue una mujer apasionada y mística, cualidades que dejó en herencia a su hijo. Casó con Filipo el año 357 y al año siguiente, cuando tenía 19 años, dio a luz a Alejandro y, después, a Cleopatra. A la muerte de Filipo, el año 336, apoyándose en sus seguidores, desencadenó una persecución sistemática de los asesinos de su marido, aunque no dejaron de correr ciertos rumores según

Después de haber consolado a Sisigambis, llegó en 3
cuatro etapas al río Tigris, al que los habitantes del país denominan «Pasatigris» [377]. Nace en la sierra de los uxios y durante 50 estadios [378] se precipita entre márgenes boscosas, haciendo rodar sus aguas entre los peñascos. Viene 2
a dar después en unas llanuras que recorre sobre un lecho menos abrupto, convirtiéndose en navegable, y, tras recorrer, a lo largo de 600 estadios [379], un terreno de pendiente más suave, desemboca mansamente en el golfo Pérsico. Alejandro atravesó el río y con 9.000 soldados de a pie, 3
juntamente con los arqueros agrianos [380], 3.000 mercenarios griegos y 1.000 tracios, llegó a la región de los uxios, que está colindante con Susa y se extiende hasta el borde de Persia, dejando entre sus tierras y la región susiana un estrecho pasillo. Sátrapa de la zona era Medates [381], no 4
acomodaticio ante las circunstancias del momento y que,

los cuales no había sido totalmente ajena a tal asesinato por haber sido sustituida, el año 337, como esposa por Cleopatra, sobrina de Atalo. En el 331 abandonó Macedonia y marchó a Epiro. Tras la muerte de Alejandro intentó inútilmente hacerse con la regencia y, según Pausanias, acabó sus días lapidada en el año 315.

[377] 'Pequeño Tigris'. No se trata del Tigris sino de un río cercano. Según unos intérpretes, se trata de un afluente del actual Karûn; según otros, del mismo Karûn. En la Antigüedad era conocido también con el nombre de «Eulaeus».

[378] Algo más de 9 km.

[379] Unos 111 km.

[380] Nos separamos del texto ofrecido por BARDON (*«et Agrianis sagittariisque Graecorum mercennariorum, tribus milibus»*) y seguimos el presentado por GIACONE (*«et Agrianis sagittariis atque Graecorum mercennariorum tribus milibus»*).

[381] Emparentado —aunque a distancia— con Darío: era yerno de una hermana de Sisigambis, como se dice un poco más adelante en el texto, párrafo 12.

en consecuencia, había tomado la resolución de llevar su lealtad hasta las últimas consecuencias.

5 Gente conocedora del lugar informó a Alejandro de que había un camino secreto a través de veredas, a espaldas de la ciudad: con que enviara unos cuantos soldados armados a la ligera caerían sobre las cabezas de los enemi-
6 gos. El plan mereció la aprobación de Alejandro y los mismos informadores fueron designados guías de la expedición. El prefecto Taurón [382], en compañía de 1.500 mercenarios y unos 1.000 agrianos, recibió la orden de emprender la marcha después de la puesta del sol.

7 Alejandro durante la tercera vigilia [383] levantó el campamento y, al rayar el alba, atravesó el desfiladero e hizo cortar madera para la fabricación de defensas y manteletes con el fin de que los encargados de hacer avanzar las torres quedaran al abrigo de los dardos, poniendo a conti-
8 nuación cerco a la ciudad. Todo el terreno estaba quebrado, erizado de piedras y rocas. A pesar de las abundantes heridas recibidas (como quiera que tenían que luchar no sólo contra el enemigo sino incluso contra el terreno), los soldados aguantaban a pie firme debido a que el rey, manteniéndose en la primera fila, les preguntaba si los que habían tomado tantas ciudades no se avergonzarían de cejar en el asedio a un fortín pequeño y desconocido.

9 Mientras les hacía estas exhortaciones era atacado desde lejos. Los soldados, dado que no habían conseguido que se apartara, trataban de protegerlo, haciendo en torno a
10 él la «tortuga» [384]. Por fin apareció Taurón con su destacamento por encima de la ciudadela. Al verlo, los ánimos de los enemigos comenzaron a decaer y los macedonios entablaron el combate con renovados ímpetus. Una 11
doble amenaza se erguía contra los habitantes de la ciudad y la violencia del enemigo se mostraba irresistible. Unos pocos se decidieron por la muerte; los más, por la huida, mientras que una gran parte se retiraron a la ciudadela. Desde allí salieron 30 parlamentarios para presentar sus súplicas ante Alejandro, pero éste les dio la triste respuesta de que no había lugar para el perdón. Ante esta situación, 12
y abatidos por el temor a los castigos, por un camino oculto y desconocido del enemigo enviaron unos emisarios a Sisigambis, madre de Darío, con la petición de que aplacara al rey, sabiendo ellos, como sabían, que éste la quería y la apreciaba como a una madre. Es más, Medates estaba casado con la hija de una hermana de Sisigambis, por lo que mantenía lazos próximos de parentesco con Darío.
Sisigambis ofreció resistencia durante largo tiempo a las 13
súplicas de los emisarios, aduciendo la circunstancia de que el destino a que se encontraba sometida no consentía una petición a favor de ellos, añadiendo que tenía miedo de hastiar la benevolencia del vencedor y que eran más las veces que pensaba que era una cautiva que las que pensaba que había sido reina. Cediendo finalmente a las súplicas, 14
en una carta a Alejandro le pedía que excusara su propio ruego; le suplicaba que perdonara a los sitiados o, al menos, que le perdonara a ella: imploraba la vida en favor de un pariente cercano que se presentaba no como enemigo sino como suplicante. Este hecho solo bastaría para 15
mostrar la moderación y clemencia de que entonces hacía gala el rey: no sólo perdonó a Medates sino también a todos los que se habían rendido y a los que habían sido hechos prisioneros les concedió la libertad y la inmunidad,

[382] Hijo de Macatas. En VIII 14, 15 aparece como uno de los jefes de la falange. (Véase ARRIANO, V 16, 3).

[383] Pasada la medianoche.

[384] La «tortuga» militar estaba formada por los escudos que, levantados sobre las cabezas de los soldados, formaban una especie de caparazón o bóveda que no dejaba pasar los proyectiles.

dejó intacta su ciudad y les permitió cultivar sus tierras sin tener que pagar tributo. Si Darío hubiera sido el vencedor, su propia madre no hubiera conseguido más de él.

16 Alejandro, después de someter la nación de los uxios, la anexionó a la satrapía de Susa, repartió las tropas con Parmenión y, tras ordenarle que avanzara por la llanura, él emprendió la marcha por la cima de las montañas que,
17 en cordillera continua, se extienden hasta Persia. Devastó toda esta región y en tres días penetró en Persia y en cinco en los desfiladeros que los naturales del país denominan «Puertas de Susa» [385]. Ariobarzanes las había ocupado con 25.000 soldados de infantería. Se trataba de gargantas abruptas, cortadas a pico por todas partes, en cuya cima los bárbaros se mantenían al abrigo de los dardos, permaneciendo en calma y simulando tener miedo hasta tanto que la columna enemiga penetrara en lo más estrecho del
18 desfiladero. Al verla avanzar sin preocuparse lo más mínimo de ellos, hicieron rodar por las pendientes enormes peñascos que, chocando y rebotando una y otra vez con las rocas de más abajo, caían con mayor violencia, abatiendo no sólo a soldados sueltos sino a columnas enteras.
19 Al mismo tiempo, desde todas partes caía una densa lluvia de flechas y de piedras lanzadas con hondas. Y no era eso lo que a aquellos esforzados soldados les parecía lo más lamentable, sino el hecho de que eran abatidos sin poderse
20 vengar, como fieras cogidas en la trampa. Así pues, su cólera se convertía en rabia y, agarrándose a los salientes de las rocas y apoyándose unos en otros, intentaban subir hasta donde se encontraba el enemigo; pero los mismos

[385] También llamadas «Puertas persas» (véase Arriano, III 18, 2), a través de las cuales se pasaba a la zona de Persépolis. Seguramente corresponden al actual paso de Tang-i-Rash Kân.

salientes, al ser muchas las manos que se aferraban a ellos, se desgajaban, desplomándose sobre los que los habían desprendido. Por consiguiente, ni podían detenerse y perma- 21
necer a pie firme ni protegerse siquiera con la «testudo», al ser tan enormes las rocas que arrojaban los bárbaros. El rey se veía atormentado no sólo por el dolor sino también por la vergüenza, al haber arrojado temerariamente a sus soldados a aquellos desfiladeros. Hasta aquel día, 22
y a pesar de no haberse detenido ante nada, no había conocido más que victorias: había penetrado, sin sufrir daño, en los desfiladeros de Cilicia y el mismo mar le había abierto un nuevo camino hacia Panfilia, mientras que ahora su buena estrella, sorprendida, se encontraba atascada y no 23
le quedaba más remedio que volver por donde había venido. En consecuencia, dio la señal de retirada e hizo abandonar a sus tropas el desfiladero con las filas apretadas y los escudos entrelazados sobre la cabeza, volviendo a recorrer de nuevo 30 estadios [386].

Montó su campamento entonces a campo descubierto 4
y comenzó no sólo a deliberar qué era lo que debía hacer sino incluso, movido por la superstición, a consultar a los adivinos. Pero en aquellas circunstancias, ¿qué podía pre- 2
decirle Aristandro que era el adivino en quien más confianza tenía? Así pues, desdeñando unos sacrificios fuera de lugar, dio orden de que trajeran a su presencia a los conocedores de la región. Éstos le hicieron saber que había un camino seguro y a la descubierta a través de la Media. Pero al rey le avergonzaba el tener que abandonar sin 3
sepultura a sus soldados, ya que la tradición estimaba que prácticamente ningún otro deber era más sagrado en la mi-

[386] Algo más de 5 km. y medio.

licia que dar sepultura a los suyos. Hizo, pues, que le tra-
4 jeran los últimos prisioneros que había capturado. Entre ellos había uno que hablaba el griego y el persa, el cual le hizo saber que era en vano tratar de conducir el ejército a Persia a través de las cimas de las montañas: no había más que senderos que apenas si permitían el paso de un solo hombre; los árboles lo cubrían todo, y entretejiendo mutuamente sus ramas, formaban un bosque ininterrumpido.

5 En efecto, la Persia por uno de sus lados se ve cercada por una cadena continua de montañas. Esta sierra, de una longitud de 1.600 estadios y una anchura de 170 [387], va desde los montes del Cáucaso [388] hasta el mar Rojo [389] y allí donde cesa la montaña aparece otro baluarte, el mar.
6 A continuación, a los pies de la cordillera, se extiende una amplia llanura, tierra fértil y cubierta de gran cantidad de
7 aldeas y ciudades. El río Araxes, tras atravesar estas llanuras, desemboca en el Medo, llevando consigo las aguas de numerosos torrentes. El Medo, orientado hacia el sur, desemboca en el mar [390] y, aunque es menos importante que
8 su afluente, ninguno como él tiene capacidad de hacer crecer la vegetación a su paso, adornando con flores toda la tierra que baña. Plátanos y olmos cubren sus orillas hasta el punto de que, vistos de lejos, los bosques de sus riberas semejan una continuación de los bosques de las montañas. El río, pues, en sombra, se desliza en su cauce profundo y las colinas se elevan sobre él, también ellas cubiertas de vegetación debido al agua que se desliza a sus pies.
La región es considerada como la más saludable de toda 9
el Asia: el clima se encuentra suavizado, por una parte, por la ininterrumpida cordillera, profundamente sombreada, que mitiga el ardor del sol; por otra, por la proximidad del mar, que caldea las tierras con su moderada suavidad.

Después de exponer todo esto, el prisionero, a la pre- 10
gunta del rey de si todo ello lo sabía de oídas o porque lo había visto con sus propios ojos, respondió que había sido pastor y que había recorrido de cabo a rabo todos aquellos vericuetos; que había sido hecho prisionero dos veces, una en Licia por los persas y otra por Alejandro.
Entonces el rey recordó la predicción de un oráculo: al 11
hacer sus consultas, se le había dado la respuesta de que, en su camino hacia Persia, le serviría de guía un ciudadano
licio. Así pues, tras prometerle cuanto la necesidad del mo- 12
mento exigía y cuanto admitía la propia fortuna del prisionero, el rey mandó que fuera equipado a estilo macedonio y —¡ojalá que todo saliera bien!— que les mostrara el camino por escarpado y abrupto que fuera, que él lo franquearía acompañado de unos cuantos, a no ser que tal vez creyera que un camino que él había recorrido acompañando a su rebaño, no lo iba a poder recorrer Alejandro en
pos de una gloria y de una fama eternas. El prisionero 13
hacía ver una y otra vez cuán difícil era el camino, sobre todo para gente armada. El rey entonces le dijo: «Yo te doy mi palabra como garantía de que ninguno de éstos que vienen conmigo rehusará ir por donde tú nos lleves».

[387] Es decir, unos 296 km. de largo y 31 km. y medio de ancho. Se refiere, por supuesto, a la continuación del Cáucaso, no al Cáucaso tal como lo entendemos hoy.

[388] Véase nota 195. Aquí se trataría de las últimas estribaciones del Cáucaso indio (Hindukush).

[389] Aquí, el golfo Pérsico. Véase nota 41.

[390] En realidad es en el lago Deria-i-Niriz donde desemboca el Medo (que habría que identificar con el Pulvâr). Por otra parte no es cierto que el Araxes (= Bend-Emir) fuera un afluente del Medo; más bien habría que decir lo contrario, que el Medo lo era del Araxes.

14 Dejó, pues, a Crátero custodiando el campamento con sus tropas de a pie de costumbre, con las que mandaba Meleagro y 1.000 arqueros a caballo, ordenándole que, sin romper la fisonomía habitual del campamento, hiciera encender a posta más fuegos, a fin de hacer más firme la creencia de los bárbaros de que el rey no se había movido
15 del campamento. Pero si por casualidad Ariobarzanes caía en la cuenta de que Alejandro se había introducido por las quebradas y vericuetos e intentaba cortarle el camino oponiéndole una parte de sus tropas, Crátero debía retenerlo mediante la amenaza de un ataque, obligándole a volver
16 sus tropas hacia el peligro más inminente. Ahora bien, si Alejandro conseguía despistar al enemigo y apoderarse del paso, al oír Crátero el griterío de los bárbaros presas del pánico que saldrían en persecución del rey, sin dudarlo un momento debía lanzarse por aquel mismo camino del que habían sido rechazados el día anterior, camino que estaría expedito al atraerse Alejandro sobre sí al enemigo.

17 En la tercera vigilia, con la columna en silencio y sin dar siquiera la señal con el clarín, emprendió la marcha por los senderos, siguiendo el camino indicado. Los soldados, armados a la ligera, habían recibido la orden de llevar
18 consigo alimentos para tres días. A las rocas impracticables y a los abruptos peñascos, que no permitían asegurar las pisadas, se añadía la nieve que, amontonada por el viento, agotaba a los caminantes: se sumergían como hundidos en una fosa y, al tratar sus compañeros de sacarlos, más bien eran los hundidos los que arrastraban tras sí a los
19 que les ayudaban que al revés. El miedo se veía acrecentado por la noche, el desconocimiento del terreno y por el propio guía, cuya fidelidad era dudosa: si conseguía engañar a sus guardianes, podían ser apresados como animales salvajes. De la lealtad incluso de un solo prisionero dependía la salvación tanto del rey como la suya propia.

Finalmente llegaron a la cima. A mano derecha se ex- 20
tendía un camino que llevaba a Ariobarzanes en persona. Aquí dejó a Filotas y a Ceno, junto con Amintas[391] y Poliperconte, al frente de un escuadrón armado a la ligera, con la advertencia de que, al caminar mezclados la tropa de a caballo con la de a pie y al ser el terreno muy fértil y de un pasto muy abundante, avanzaran lentamente, dándoles, como guías del camino, unos prisioneros. Él, por su 21
parte, con sus escuderos y el escuadrón denominado «águema»[392], avanzó con harto sufrimiento por un sendero escarpado pero alejado de los puestos enemigos. Era medio- 22
día y los soldados, agotados, necesitaban un descanso, ya que les quedaba tanto camino como el que habían recorrido, aunque menos abrupto y escarpado. Así pues, reani- 23
mados los soldados con la comida y el descanso, a la segunda vigilia reemprendió la marcha. El resto lo recorrió sin dificultad; pero por donde la cima de las montañas comienza a descender en suave pendiente hacia el llano, una profunda sima, socavada por el encuentro impetuoso de las torrenteras, había cortado el camino. Además, las 24
ramas de los árboles, entrelazadas y ligadas unas con otras, presentaban una especie de vallado sin fisuras. La desesperación fue enorme hasta el punto de que casi se echaron a llorar. Lo que más miedo les daba era la oscuridad, 25
pues, aunque algunas estrellas brillaban a intervalos, los árboles, cubiertos de un follaje compacto, no les permitían divisarlas. Ni siquiera les quedaba el recurso del oído: los

[391] Se trata del Amintas —hijo de Andrómenes— que había traído tropas de refresco de Macedonia (véase 1, 40 de este mismo libro).

[392] Véase IV 13, 26.

árboles eran azotados por el viento, y las ramas, al chocar
unas con otras, producían un ruido mayor que el que ca-
26 bía esperar del soplo del viento. Por fin la suspirada lle-
gada del día mitigó todos los temores que la noche había
agrandado: el barranco podía ser contorneado con un lige-
ro rodeo y cada uno comenzaba a ser el guía de su propio
camino.

27 Ascendieron, pues, a una cima elevada. Desde allí di-
visaron el puesto enemigo y, armándose decididamente, ca-
yeron por la espalda sobre quienes no sospechaban lo más
mínimo; unos pocos que se atrevieron a presentar combate
28 fueron aniquilados. Por un lado el gemido de los agoni-
zantes, por otro el patético espectáculo de los que se retira-
ban, hicieron emprender la huida incluso a las tropas de
29 refresco, aun antes de decidirse a entablar combate. El
estruendo llegó hasta el campamento a cuyo frente estaba
Crátero, quien hizo salir a las tropas con la intención de
apoderarse del desfiladero en el que el día anterior habían
30 encallado. Al mismo tiempo, Filotas, con Poliperconte,
Amintas y Ceno, siguiendo las instrucciones recibidas, se
lanzaron por el camino opuesto y provocaron entre los bár-
31 baros un nuevo motivo de terror. Las armas de los ma-
cedonios centelleaban por las dos partes y, aunque abru-
mados por un doble peligro, se comportaron no obstante
valerosamente. A mi entender, la necesidad estimula a la
misma cobardía y con frecuencia la misma desesperación
32 es motivo de esperanza. Desarmados, se abrazaban a los
que llevaban armas y con todo el peso de sus cuerpos da-
ban con ellos en tierra, matando a muchos con las mismas
33 armas del enemigo. Por su parte Ariobarzanes, escoltado
por unos 40 jinetes y 5.000 infantes, se lanzó a través de
la formación macedonia con gran derramamiento de san-
gre de los suyos y de los enemigos, intentando, a toda pri-

sa, apoderarse el primero de Persépolis, la capital del país;
pero, al no permitirle la entrada la guarnición de la ciu- 34
dad, volvió a entablar combate con el enemigo que le ha-
bía perseguido con ardor, pereciendo él y todos sus com-
pañeros de fuga [393]. También llegó Crátero, que había
conducido sus tropas a la carrera.

El rey acampó en el mismo lugar en el que había dis- 5
persado las tropas enemigas, pues aunque el adversario,
al huir en todas direcciones, había puesto en sus manos
la victoria, sin embargo los fosos profundos y abruptos
que aparecían en diversos sitios cortaban el camino y tenía
que avanzar despacio y con cautela, temiendo más una em-
boscada del terreno que de los propios enemigos. Durante 2
la marcha le fue entregada una carta de Tiridates [394], guar-
dián de los tesoros reales, en la que le hacía saber que
los habitantes de la ciudad, al tener noticia de su llegada,
pretendían saquearlos: que se diera prisa en apoderarse de
los tesoros abandonados; el camino, aunque había que con-
tar con el obstáculo del río Araxes, era liso y llano.

Yo ninguna cualidad alabaría con más justicia en Ale- 3
jandro que su rapidez: dejando atrás sus tropas de infante-
ría, pasó toda la noche cabalgando, acompañado de su
caballería, agotada a causa del enorme espacio recorrido,
y, al rayar el alba, llegó a orillas del Araxes. En las cer- 4
canías había unas aldehuelas; las hizo destruir y, con el
material conseguido, con toda diligencia tendió un puente
sobre pilones de piedra. Y ya estaban en las proximidades 5

[393] Según ARRIANO, III 18, 9, Ariobarzanes huyó a las montañas con un puñado de jinetes.

[394] Los comentaristas no se han puesto de acuerdo sobre si se trata del mismo personaje del que se habla en VIII 6, 26 o de un personaje distinto.

de la ciudad cuando salió al encuentro del rey una muche-
dumbre verdaderamente conmovedora, ejemplo, como po-
cos, digno de ser recordado entre los ejemplos de la fortu-
na [395]. Se trataba de unos 4.000 prisioneros griegos a los
6 que los persas habían torturado de mil maneras: a unos
les habían cortado los pies, a otros las manos y las orejas
y, después de haberlos marcado a fuego con caracteres bár-
baros, los habían conservado con vida para que les sirvie-
ran de amplio motivo de chanzas; al verse ahora ellos
también sometidos al dominio extranjero, no se habían
opuesto al deseo de los prisioneros de salir al encuentro
7 del rey. Parecían fantasmas irreales, no hombres, y en
ellos nada podía ser reconocido a no ser la voz. Eran más
las lágrimas que provocaban en los demás que las que ellos
mismos derramaban, porque, en medio de la diversidad
y variedad de la fortuna de cada uno, a pesar de que se
veían en ellos castigos parecidos, era sin embargo imposi-
8 ble discernir quién era el más digno de lástima. Pero cuan-
do se pusieron a gritar a coro que por fin Júpiter, venga-
dor de Grecia, había abierto los ojos, todos parecían haber
sufrido el mismo suplicio. El rey, secándose las lágrimas,
les invitó a tener buen ánimo, prometiéndoles que volve-
rían a ver sus ciudades y sus esposas, y después acampó
a dos estadios [396] de la ciudad.

9 Los griegos habían salido del recinto vallado con in-
tención de deliberar qué era lo mejor que podían pedir
al rey. Como unos se inclinaran por solicitar un asiento
en Asia y otros por pedir la vuelta a casa, se dice que
Euctemón Cimeo les habló en los siguientes términos:

[395] Esta historia la cuentan también DIODORO, XVII 69, 2 sigs. y JUS-TINO, XI 14, 11-12 (este último habla únicamente de 800 griegos), pero no dicen nada sobre ella ni PLUTARCO ni ARRIANO.

[396] A unos 370 m.

«Los que hace bien poco nos avergonzábamos de salir de 10
las tinieblas y de la enclaustración incluso para pedir auxi-
lio ¿deseamos ahora ofrecer a la vista de la Grecia, como
si se tratara de un jovial espectáculo, nuestras torturas,
de las que no se sabe qué producen más, si vergüenza o
dolor? Ahora bien, los que mejor soportan las desgracias 11
son los que las ocultan y para los desgraciados ninguna
patria hay mejor que la soledad y el olvido de la situación
anterior. Pues los que cuentan mucho con la compasión
de los suyos ignoran con cuánta rapidez se secan las lágri-
mas. Nadie ama sinceramente a aquel que provoca repug- 12
nancia; por su lado la desgracia es lastimera y, por el su-
yo, la felicidad, soberbia. Así cada uno tiene en cuenta
su propia fortuna cuando delibera sobre la ajena. Si no
hubiéramos sentido lástima recíprocamente unos de otros,
ya hace tiempo que mutuamente nos hubiéramos produci-
do repugnancia: ¿qué hay de extraño en que los afortuna-
dos busquen a sus semejantes? Os lo suplico: muertos 13
como estamos desde hace tiempo, busquemos un lugar en
donde sepultemos nuestras mutilaciones. ¡A no dudarlo,
nuestras mujeres, con las que nos casamos siendo jóvenes,
nos van a dar las gracias cuando volvamos! ¡Nuestros hi-
jos, en la flor de la vida y del bienestar, reconocerán a
sus padres en estos desechos de ergástulo! Y ¿cuántos de 14
vosotros tienen fuerzas para recorrer tantas tierras? ¿Lejos
de Europa, relegados a los últimos confines del Oriente,
viejos, débiles, mutilados la mayor parte de nuestros miem-
bros, no hay duda de que soportaremos las penalidades
que han agotado a unos soldados incluso victoriosos!
Y en cuanto a las mujeres que, como único solaz, el azar 15
y la necesidad nos ha deparado en nuestra cautividad, y
lo mismo nuestros hijos pequeños, ¿nos los llevamos con
nosotros o los abandonamos? Si regresamos en su compa- 16

ñía, nadie querrá reconocernos; ¿abandonaremos, pues, al
instante a estos seres queridos presentes cuando no es se-
guro que volvamos a ver a los que buscamos? Debemos
permanecer escondidos entre aquellos que comenzaron a
conocernos cuando ya éramos unos desgraciados». Esto dijo
Euctemón.

17 Por su parte, el ateniense Teeteto tomó la palabra
para decir que ninguna persona de buenos sentimientos va-
loraría a los suyos por su aspecto físico, sobre todo cuan-
do se encontraban en la desgracia no por obra de la natu-
raleza sino por la crueldad del enemigo: digno era de todo
mal aquel que se avergonzara de lo que no era más que
puro azar. Expresar una opinión tan lamentable sobre la
naturaleza humana y desesperar de alcanzar compasión era
muestra de que también uno se la negaría a los demás.
18 Los dioses les ofrecían lo que ellos mismos jamás se ha-
bían atrevido a soñar: una patria, unas esposas, unos hi-
jos, todo lo que los hombres estiman tanto como a su vida
19 y rescatan al precio de su vida. ¿Por qué no precipitarse
fuera de aquella cárcel? Otro es el aire que en la patria
se respira y otro el aspecto del cielo. Las propias costum-
bres, el culto sagrado, el empleo de la propia lengua, son
cosas que incluso los bárbaros las ansían y ellos ¿iban a
renunciar por propia iniciativa a lo que es congénito en
el hombre cuando, si eran desgraciados, lo eran en la me-
dida en que se les había obligado a renunciar a ello?
20 Él, por su parte, estaba decidido a volver a sus penates y
a su patria, haciendo uso de la generosidad del rey: si el
amor hacia un matrimonio servil y hacia unos hijos que
la esclavitud había obligado a reconocer retenía a algunos,
que éstos permitieran marchar a aquellos para quienes na-
da había más querido que la patria.

Pocos fueron los que se inclinaron por este parecer; 21
los demás fueron vencidos por la costumbre que es más
fuerte que la naturaleza y se mostraron de acuerdo en pe-
dir al rey que les concediera algún lugar de residencia.
Para presentar tal petición fue elegida una comisión de cien 22
miembros. Alejandro, pensando que iban a pedirle lo que
él pensaba concederles, les dijo: «He dado orden de que
os sean distribuidas bestias de carga para vuestro transpor-
te y de que os sean dados mil denarios a cada uno. Cuando
lleguéis a Grecia yo haré que nadie —dejando a un lado
vuestra propia desgracia— considere su estado mejor que
el vuestro». Aquéllos, echándose a llorar, miraban al sue- 23
lo, no atreviéndose ni a levantar la vista ni a abrir la boca;
por fin, al preguntar el rey el motivo de su tristeza, Eucte-
món, en respuesta, le dio a conocer lo que más o menos
había expuesto en la reunión. El rey se compadeció no 24
sólo de su suerte sino también de su disgusto y dio orden
de que se distribuyeran entre ellos 3.000 denarios a cada
uno; además se les dieron diez vestidos, ganado mayor y
menor y trigo, a fin de que pudieran cultivar y sembrar
el terreno que se les había asignado.

Al día siguiente, Alejandro convocó a sus generales 6
y les hizo saber que para los griegos ninguna ciudad era
más hostil que la capital de los antiguos reyes de Persia [397]:
de aquí habían partido aquellos inmensos ejércitos, desde
aquí primero Darío, después Jerjes habían llevado la impía
guerra a Europa; con la destrucción de aquella ciudad se
debía ofrecer venganza a los antepasados.
Ya los bárbaros, abandonando la ciudad, habían huido 2
por donde el miedo les había empujado, cuando el rey,

[397] Persépolis. Véase IV 5, 8.

sin el menor titubeo, hizo entrar en la ciudad a la falange.
Muchas ciudades repletas de tesoros regios había tomado
al asalto o algunas de ellas se le habían rendido, pero las
riquezas de esta ciudad sobrepasaban a todas las anteriores.
3 En ésta habían amontonado los bárbaros todos los tesoros
de Persia: oro y plata a montones, gran cantidad de vesti-
dos, enseres dispuestos no para el uso sino para la ostenta-
4 ción y el lujo. En consecuencia, entre los mismos vence-
dores surgía una lucha armada: aquel que se adelantaba
a coger una presa de más valor era considerado enemigo
y, al no poder llevarse consigo todas las cosas que cogían,
antes de apoderarse de ellas hacían una valoración y un
5 cálculo. Desgarraban las vestiduras regias tirando cada
uno de un lado, rompían a hachazos los valiosos vasos
cincelados; nada quedaba intacto ni nada se llevaban ente-
ro, y de las estatuas mutiladas cada uno se llevaba consigo
6 los miembros que había arrancado. Y no sólo la codicia
sino también la crueldad se enseñoreó del saqueo de la ciu-
dad: aplastados por el peso de oro y plata, pasaban a cu-
chillo a los prisioneros como presa sin valor y eran asesi-
nados aquellos que, saliendo al paso por doquier, habían
7 salvado antes la vida mediante un rescate. Muchos, pues,
adelantándose a las manos del enemigo, se dieron muerte
a sí mismos: vestidos con sus más valiosas galas, se arroja-
ban al vacío desde las murallas en compañía de sus muje-
res e hijos. Algunos pegaban fuego a sus casas (lo que
parecía que poco después haría el enemigo), con el fin de
8 ser quemados vivos junto con los suyos. Por fin el rey
ordenó que los soldados se abstuvieran de tocar a las mu-
jeres y a su atavío. La cantidad de dinero que, según se
dice, se apresó fue tal que casi excede lo que se puede
9 creer. Pero, o no damos fe tampoco a los otros aconteci-
mientos o tenemos que creer que las riquezas de esta ciu-

dad alcanzaron la cantidad de 120.000 talentos: para su
transporte (pues el rey había decidido llevárselos consigo
para gastos de guerra) hizo traer de Susa y Babilonia ani-
males de carga y camellos. A esta cantidad hay que aña- 10
dir 6.000 talentos de la toma de Parsagada [398], ciudad fun-
dada por Ciro y que el sátrapa de la misma, Gobares,
puso en manos de Alejandro.
Siguiendo órdenes del rey, quedó al frente de la ciuda- 11
dela de Persépolis Nicárquides, junto con una guarnición
de 3.000 macedonios. Tiridates, que había entregado los
tesoros, siguió en posesión del cargo que había ostentado
bajo Darío; allí dejó Alejandro gran parte de su ejército,
así como sus bagajes, bajo las órdenes de Parmenión y
de Crátero. Él por su parte, con 1.000 jinetes y un des- 12
tacamento de tropas de a pie, armados a la ligera, puso
rumbo hacia el interior de Persia, precisamente bajo la cons-
telación de las Pléyades [399]; aunque torturado por la lluvia
incesante y por una temperatura casi insoportable, persis-
tió sin embargo en seguir avanzando hacia la meta que
se había marcado.

---

[398] Curcio, en el texto, y ARRIANO, III 18, 10, hablan de Parsagada como de una ciudad distinta de Persépolis, como efectivamente lo era; sin embargo algunos autores antiguos parecen confundirlas y designan a una misma ciudad con esos dos nombres.

[399] Designación ambigua de la fecha. Las Pléyades (llamadas *Vergiliae* por los romanos) son dos grupos de estrellas que forman parte de la constelación de Tauro. Surgen en la primavera (abril / mayo) y se ponen en noviembre. Para los griegos y romanos tenían una gran importancia porque su aparición y ocaso regulaba el inicio y el fin del período hábil para la navegación marítima. La expresión utilizada por Curcio («*sub ipsum Vergiliarum sidus*») parece referirse al inicio de la constelación, es decir, abril del año 330. (Alejandro permaneció en Persépolis —incluida la toma de Parsagada y esta expedición, de la que le vemos regresar en el párrafo 19— de enero a mayo del año mencionado).

13 Había llegado a un camino cubierto de nieves perpe-
tuas que el frío intenso había convertido en duro hielo.
La aspereza del lugar y aquellas zonas desérticas inaccesi-
bles aterrorizaban a los soldados ya agotados, que pensa-
ban que estaban viendo los últimos confines de la tierra.
Atónitos contemplaban el paisaje, todo devastación y sin
una huella de vida humana, y exigían que se diera la vuelta
antes de que les viniera a faltar hasta la luz del cielo.
14 El rey se abstuvo de recriminarles su actitud, pero, sal-
tando del caballo, comenzó a caminar a través de la nieve
y del hielo endurecido. Primero los amigos, después los
generales, finalmente los soldados se cubrieron de vergüen-
za por no seguirlo. El primero en abrirse un camino, rom-
piendo el hielo con el pico, fue el rey, ejemplo seguido des-
15 pués por todos los demás. Finalmente, después de haber
recorrido bosques casi inaccesibles, encontraron esparcidas
huellas de vida humana y rebaños errando de un lado para
otro. Los habitantes, que vivían en chozas diseminadas,
se habían creído protegidos por aquellos vericuetos imprac-
ticables; por eso, en cuanto vieron aparecer el ejército
enemigo, después de dar muerte a los que no podían acom-
pañarles en su huida, se encaminaron hacia los montes ale-
16 jados y cubiertos de nieve. Después, mitigada su fiereza
a través de entrevistas llevadas a cabo por algunos prisio-
neros, se rindieron al rey y no se les aplicó ningún castigo.
17 Devastados a continuación los campos de Persia y so-
metidas gran cantidad de aldeas, llegaron a la región de
los mardos, pueblo belicoso y que tienen unas costumbres
y un régimen de vida que difiere en gran manera del de
los otros persas: excavan cuevas en las montañas en las
que se ocultan con sus mujeres e hijos. Su dieta consiste
18 en carne de animales domésticos o salvajes. Ni siquiera
las mujeres tienen —de acuerdo con lo que es habitual en

la naturaleza— un carácter más afable: los cabellos largos
e hirsutos, los vestidos por encima de las rodillas, la frente
ceñida con una honda que les sirve no sólo como tocado
sino también como arma. Pero incluso este pueblo fue so- 19
metido por el mismo empuje de la fortuna de Alejandro.
Y así, a los treinta días de haber salido de Persépolis, re-
gresó a dicha ciudad y repartió regalos entre los amigos 20
y entre todos los demás, de acuerdo con los méritos de
cada uno, distribuyendo prácticamente todo lo que había
tomado en aquella ciudad.

Pero las sobresalientes cualidades del espíritu de Ale- 7
jandro, aquel carácter que lo encumbraba por encima de
todos los reyes, aquella firmeza a la hora de arrostrar los
peligros, aquella rapidez en la concepción y en la realiza-
ción de los proyectos, aquella lealtad para con los someti-
dos, aquella clemencia para con los prisioneros, aquella
moderación en los placeres incluso permitidos y corrientes,
todo ello quedaba mancillado por su pasión inexcusable
por el vino. Mientras su enemigo y competidor en el reino 2
ponía su mayor interés en volver a comenzar la guerra,
cuando los vencidos apenas si acababan de someterse y
se resistían a la nueva dominación, él tomaba parte en ban-
quetes iniciados en pleno día [400], en los que intervenían
mujeres, y no ciertamente mujeres a las que fuera sacrílego
hacer violencia sino cortesanas acostumbradas a convivir
con soldados con más libertad de lo que la honestidad
pedía. Una de éstas, Tais [401], ebria ella también, le hizo 3

[400] Los antiguos consideraban vergonzoso el comenzar los banquetes en pleno día. Véase VI 2, 2 y VIII 3, 8.

[401] Célebre cortesana ateniense. Sobre este banquete y sobre la influencia de Tais en la decisión de Alejandro de pegar fuego al palacio real de Persépolis, véase PLUTARCO, *Alej.* XXXVIII 1 sigs. y DIODORO,

saber a Alejandro que toda Grecia le quedaría sumamente agradecida si daba orden de pegar fuego a la capital de Persia; que esto era lo que esperaban aquellos cuyas ciuda-
4 des habían sido destruidas por los bárbaros. Las palabras de una prostituta borracha referentes a una decisión tan grave fueron corroboradas por uno o dos generales, borrachos también ellos como cubas. El mismo rey mostró más avidez que entereza: «¿Por qué no vengamos a Grecia
5 y pegamos fuego a la ciudad?». Todos estaban inflamados por el vino y así se levantaron, ebrios, con intención de incendiar una ciudad a la que habían perdonado con las armas en la mano. El primero en arrojar la tea fue el rey; tras él, sus compañeros de mesa, los sirvientes y las cortesanas. Gran parte del palacio estaba construido con madera de cedro, por lo que, prendido rápidamente
6 el fuego, se extendió con amplitud. Al divisar el fuego el ejército que estaba acampado no lejos de la ciudad, creyendo que se trataba de un siniestro, llegaron corriendo
7 a ofrecer ayuda; pero en cuanto llegaron al vestíbulo del palacio, vieron al rey echando antorchas una sobre otra, por lo que, dejando a un lado el agua que traían consigo, comenzaron a arrojar a las llamas combustible seco.

8 Este fin tuvo la que fue capital de todo el Oriente, a la que tantos pueblos anteriormente solicitaban leyes, patria de tantos reyes, la que en otro tiempo constituyó el único terror de Grecia, la que puso en pie una escuadra de 1.000 navíos y unos ejércitos con los que inundó Europa, después de construir un puente de barcas sobre el mar y de hendir las montañas haciendo pasar el agua por entre sus grietas [402]. Y ni siquiera después de tanto tiempo como 9
hace que fue destruida ha podido resurgir [403]. Los reyes macedonios tuvieron en su poder otras ciudades [404] que ahora están en poder de los partos; de ésta no se podría encontrar ni una huella, si el río Araxes no fuera, por su parte, una señal: sus aguas se deslizaban no lejos de sus murallas y los habitantes de la zona creen, más que saben, que la ciudad se levantaba a 20 estadios [405] de distancia del río. Los macedonios se sentían avergonzados de que 10
una ciudad tan ilustre hubiera sido destruida por su rey durante una orgía. Por eso al acontecimiento se le dio un tinte de seriedad, imponiéndose a sí mismos la convicción de que lo mejor había sido destruirla de aquella manera. Consta que Alejandro, después que el descanso le devolvió 11
el uso de la razón, amodorrado como había estado por la embriaguez, se arrepintió y dijo que los griegos habrían infligido a los persas un castigo aún mayor si éstos se hubieran visto obligados a verle a él sentado en el trono y en el palacio de Jerjes.

XVII 72, 1 sigs. Plutarco se hace eco de unas palabras de Tais que, como mujer ateniense, se ve invadida por la alegría de poder vengar «el incendio de Atenas llevado a cabo por Jerjes». Tais acompañó a Alejandro en su expedición y, a la muerte del rey, pasó a ser la amante de Ptolomeo con quien casó —llegando a ser reina de Egipto— y con quien tuvo tres hijos.

[402] Alusión al corte del monte Athos, que Jerjes llevó a cabo durante su expedición. El Athos es un macizo calcáreo situado al extremo de una estrecha lengua de tierra de unos 50 km. que la península Calcídica proyecta sobre el mar Egeo. Es famoso por los conventos de religiosos instalados en él a partir de Constantino. Heródoto, VII 22, da la razón de por qué Jerjes ordenó perforar el istmo (porque en la expedición anterior había sufrido un desastre al contornear dicho monte) y describe los trabajos.

[403] Los historiadores antiguos hablan del incendio del palacio real y no de la ciudad entera. Diodoro, XIX 21, 22, etc., habla de Persépolis, al relatar acontecimientos posteriores a la muerte de Alejandro, como de una ciudad que sigue en pie.

[404] Susa, Ecbatana, etc.

[405] A menos de 4 km.

12 Al día siguiente, al guía licio, gracias al cual había penetrado en Persia, le dio como obsequio 30 talentos. De aquí pasó a la región de la Media, en donde le salió al encuentro un refuerzo de tropas de refresco reclutadas en Cilicia [406]: 5.000 de a pie y 1.000 jinetes, unos y otros bajo las órdenes del ateniense Platón. Con tales refuerzos determinó perseguir a Darío.

8 Éste había llegado ya a Ecbatana, capital de la Media (ahora está en poder de los partos y sus reyes tienen en ella su residencia de verano). Tenía pensado marchar desde allí a Bactras pero, ante el temor de que Alejandro, más veloz, se le adelantara en ocuparla, cambió de proyec-
2 to y de itinerario. Alejandro distaba de él 1.500 estadios [407], pero a Darío ninguna distancia le parecía lo suficientemente grande cuando se trataba de oponerla a la rapidez del macedonio, y así se preparaba más para el combate que
3 para la huida. Le acompañaban 30.000 soldados de a pie, entre ellos 4.000 griegos [408], cuya lealtad para con él fue
4 inquebrantable hasta el final. Contaba también con 4.000 honderos y arqueros y, además, con 3.300 jinetes, la mayor parte procedentes de la Partia [409], a cuyo frente se encontraba Beso, sátrapa de la Bactriana.

[406] Véase 1, 43 de este mismo libro. Debieron de llegar a la Media por un camino más transitable que el seguido por Alejandro y al que los conocedores del lugar hicieron referencia en 4, 2.

[407] Unos 278 km.

[408] ARRIANO, III 16, 2, habla de unos 2.000 mercenarios extranjeros comandados por el focense Patrón y el etolio Glauco.

[409] Los editores —casi unánimemente— aceptan la lectura propuesta por FROBEN: «*Bactrianorum*» en oposición a la presentada al unísono por los manuscritos: «*Parthienorum*». Ahora bien, BARDON estima que puede mantenerse sin escrúpulos la lectura de los manuscritos: la presencia en Ecbatana de contingentes llegados de la Partia no tiene nada de

Con este ejército se desvió un tanto de la ruta mili- 5
tar [410], después de dar la orden de que le precedieran los cantineros y los guardianes de los bagajes. Después reunió 6
a los componentes del Consejo y les dijo: «Si la fortuna me hubiera unido a soldados cobardes y a gente que prefiriera vivir de cualquier modo antes que morir honrosamente, guardaría silencio mejor que malgastar inútilmente mis palabras. Pero, teniendo constancia, por pruebas más feha- 7
cientes de lo que yo mismo quisiera, tanto de vuestro valor como de vuestra lealtad, debo esforzarme en ser digno de tales amigos mucho más que en dudar si seguís siendo semejantes a vosotros mismos. De entre tantos miles que 8
estuvieron bajo mi mando, sólo vosotros me habéis acompañado, a mí, dos veces derrotado y dos veces fugitivo. Vuestra lealtad y vuestra fidelidad hacen que yo me siga 9
creyendo rey. Traidores y desertores reinan en mis propias ciudades y no, ciertamente, porque se les considere dignos de tal honor, sino a fin de, con sus premios, tentar vuestros ánimos. Vosotros, sin embargo, preferisteis compartir mi suerte más bien que la del vencedor, por lo que sois dignos con todo merecimiento de que los dioses, si yo no lo puedo hacer, os lo recompensen en mi lugar. Y cierta- 10
mente os lo recompensarán. La posteridad no será tan sorda ni la fama tan ingrata que no os ensalce hasta el cielo con unas alabanzas merecidas. Por eso, aunque yo hubiera planeado huir —cosa que me repugna extraordinariamen-

raro y en cuanto a que Beso era el comandante de tales tropas no hace falta referirlo a sólo estas tropas en particular sino a todo el conjunto de tropas no griegas.

[410] Sus puntos más célebres eran: Babilonia, Susa, Ecbatana, Rhagai, las «Puertas Caspias». ARRIANO, III 20, 2, informa de que Alejandro, en su persecución de Darío, recorrió los 300 km. que van desde Ecbatana a Rhagai, por la «ruta militar», en once días.

te—, confiado en vuestro valor hubiera salido al encuentro
11 del enemigo. Pues, ¿hasta cuándo voy a ser un desterrado en mi propio reino y voy a huir, a través de los dominios de mi imperio, ante un rey extranjero venido de fuera, cuando puedo, poniendo a prueba la suerte de la guerra, o recuperar lo que perdí o morir con una muerte gloriosa?
12 A no ser que sea preferible esperar el albedrío del vencedor y, siguiendo el ejemplo de Mazeo y de Mitrenes [411], aceptar el gobierno de una sola provincia concedido como un regalo, en el caso de que Alejandro prefiera inclinarse
13 más por su gloria que dejarse llevar de su cólera. Que los dioses no permitan que nadie pueda arrebatarme esta corona u otorgármela como se otorga un regalo. Yo no me dejaré arrebatar este imperio mientras viva y el mismo será
14 el final de mi reino y el de mi vida. Si este es vuestro espíritu, si ésta vuestra decisión, todos tenéis en vuestras manos la libertad. Nadie de entre vosotros se verá obligado a soportar los desprecios de los macedonios ni su arrogancia. Su brazo le granjeará a cada uno o la venganza
15 de tantas desgracias o el fin de todas ellas. De cuán voluble es la fortuna yo mismo soy testimonio y no sin razón aguardo un cambio más halagüeño de la misma. Pero si los dioses apartan su rostro de las guerras justas y santas, a los soldados esforzados siempre les estará permitido mo-
16 rir con honor. Por los blasones de mis antepasados que mantuvieron en su poder, consiguiendo gloria inmarcesible, los reinos de todo el Oriente; por aquellos héroes a los que Macedonia, en otro tiempo, pagó tributo; por las

[411] Mazeo, que había entregado Babilonia a Alejandro sin ofrecer resistencia (véase 1, 17 de este mismo libro), fue puesto por éste como sátrapa de dicha ciudad, cargo que ostentó hasta su muerte. En cuanto a Mitrenes, que igualmente había entregado la plaza de Sardes (véase III 12, 6), fue galardonado con la satrapía de Armenia.

flotas de tantas naves enviadas contra Grecia; por tantos trofeos regios, os ruego y os suplico que mantengáis un espíritu digno de vuestra nobleza y de vuestra estirpe,
a fin de que soportéis lo que en el futuro la suerte os 17
depare con la misma entereza con que lo habéis soportado en el pasado. A mí estoy seguro de que bien una victoria egregia o bien el combate me cubrirá de gloria para siempre».

Mientras Darío decía estas cosas, un estremecimiento 9
había sobrecogido los ánimos y los corazones de todos al mismo tiempo ante la imagen de la inminencia del peligro, y nadie exponía un plan ni abría su boca cuando Artabazo, el más anciano de los amigos del rey (del que hemos dicho más arriba que había sido huésped de Filipo [412]), tomó la palabra y dijo: «Revestidos con nuestras mejores galas y equipados con las mejores armas que tengamos, nosotros iremos en pos del rey al combate con el pensamiento de esperar la victoria pero de no rechazar la muerte».

Todos los demás se mostraron de acuerdo con las pala- 2
bras de Artabazo, pero Nabarzanes, que asistía también al Consejo tras aliarse con Beso para perpetrar un crimen hasta entonces nunca oído, había planeado apresar y encadenar a su rey, sirviéndose de los soldados que estaban a sus propias órdenes; pensaban que si Alejandro les perseguía, mediante la entrega del rey con vida se granjearían el agradecimiento del macedonio, quien ciertamente valoraría en gran medida el apoderarse de Darío; pero, si podían huir del enemigo, después de dar muerte a Darío se

[412] Tal como ha llegado hasta nosotros la obra de Curcio no se encuentra, en lo que precede, alusión a esta circunstancia que se vuelve a mencionar en VI 5, 2. (Véase Diodoro, XVI 52, 3).

3 apoderarían del reino y reemprenderían la guerra. Como
hubieran dado vueltas durante largo tiempo a este parricidio, Nabarzanes, preparando el camino a su criminal esperanza, tomó la palabra y dijo: «Sé muy bien que voy a manifestar una opinión que de entrada no te va a gustar oír, pero también los médicos curan las enfermedades graves con remedios violentos y el timonel, cuando teme naufragar, salva lo que puede salvarse aun a costa de alguna
4 pérdida. Yo, por mi parte, te aconsejo no que te impongas
un sacrificio sino que te salves a ti mismo y salves tu reino a costa de un remedio saludable. Estamos enfrascados en una guerra que cuenta con la oposición de los dioses y la Fortuna, tenaz, no cesa de perseguir a los persas: se impone la necesidad de unos nuevos auspicios y unos nuevos augurios. Entrega tus auspicios y tu imperio a otro que lleve el nombre de rey hasta que el enemigo abandone el Asia y que después, vencedor, ponga de nuevo el reino
5 en tus manos. Ahora bien, si se analizan las circunstan-
cias, esto no tardará en llegar: la Bactriana está intacta, los indios y los sacas[413] te están sometidos y para restaurar la situación tenemos dispuestas las fuerzas de tantos pueblos, tantos ejércitos, tantos miles de tropas de caballería y de a pie que contamos todavía con un contingente
6 bélico más importante que el que hemos perdido. ¿Por qué
nos lanzamos, como las fieras, a una destrucción que podemos evitar? Más propio de hombres esforzados es des-
7 preciar la muerte que odiar la vida. Con frecuencia los
cobardes, movidos por la aversión a las penalidades, des-

[413] Así llamaban generalmente los persas y los indios a los pueblos nómadas turanios a los que los griegos llamaron «escitas». Se trata de los escitas asiáticos y en particular las poblaciones al oriente de la Bactriana. Cfr. VI 3, 9; VII 4, 6; 9, 17; 9, 19; VIII 4, 20.

precian sus propias fuerzas, mientras que el valor no deja nada sin poner a prueba. En consecuencia, la muerte es el último recurso y basta con ir a ella con buen ánimo
y entereza. Por consiguiente, si alcanzamos Bactras, que 8
es un refugio segurísimo, nombremos a Beso, sátrapa de aquella región, rey interino, el cual, una vez restaurada la situación, te devuelva a ti, su justo rey, el imperio recibido provisionalmente».

No es de extrañar que Darío se pusiera fuera de sí, 9
aunque no quedaba al descubierto cuánta infamia se escondía bajo palabras tan impías. Y así, dijo: «¡Esclavo despreciable!, encontraste la ocasión propicia, tan suspirada por ti, de dejar al descubierto tu parricidio», y, desenvainando su cimitarra, le hubiera sin duda dado muerte,
si no fuera porque Beso y los bactrianos rodearon al rey 10
rápidamente, en actitud de súplica, aparentemente apesadumbrados pero en realidad dispuestos a encadenarlo si persistía en su actitud.

Mientras tanto, Nabarzanes desapareció. Lo mismo 11
hizo poco después Beso, y, dispuestos a trazar un plan en común, ordenaron a las tropas a sus órdenes que se mantuvieran separadas del resto del ejército. Artabazo, expo- 12
niendo un parecer apropiado a la suerte del momento, trató de apaciguar a Darío recordándole las circunstancias actuales: había que soportar con ecuanimidad la estupidez o las equivocaciones de cualesquiera que, al fin y al cabo, eran súbditos suyos. Alejandro en aquellos momentos estaba ya al llegar, peligro grave aun en el caso de que todas las tropas estuvieran dispuestas: ¿qué pasaría si los que le habían acompañado en su huida se apartaban de su rey?

A regañadientes se sometió Darío al parecer de Arta- 13
bazo y, aunque había decidido levantar el campamento, sin embargo, ante la turbación general de los espíritus, se

detuvo en aquel mismo lugar, pero, abatido al mismo tiempo por la pena y por la desesperanza, se encerró en su
14 tienda. Así pues, en el campamento, donde no se dejaba sentir la autoridad de nadie, reinaba una agitación desor-
15 denada y ya no se deliberaba en común, como antes. El general de los soldados griegos, Patrón [414], ordenó a los suyos empuñar las armas y estar preparados para ejecutar
16 sus órdenes. Los persas se habían apartado a un lado. Beso, por su parte, estaba con los bactrianos e intentaba atraerse a los persas, mostrándoles las riquezas de Bactras y las de su región intacta, así como los peligros que amenazaban a los que se quedaran. Pero la voz de los persas era prácticamente unánime: abandonar al rey era un cri-
17 men. Mientras tanto Artabazo desempeñaba todas la funciones de un auténtico general: merodeaba en torno de las tiendas de los persas, los exhortaba, les llamaba la atención ora individualmente, ora en conjunto, y no paró hasta tener la completa convicción de que cumplirían sus órdenes. Aunque con dificultad, incluso consiguió de Darío que tomara algún alimento y atendiera a la situación.

10 Pero Beso y Nabarzanes, inflamados por la pasión de reinar, decidieron poner en práctica su crimen desde hacía largo tiempo planeado. Ahora bien, no podían esperar ha-
2 cerse con el poder mientras viviera Darío. En efecto, entre aquellos pueblos el prestigio real es extraordinario: incluso a su solo nombre los bárbaros se agrupan y la veneración por la fortuna antigua del rey acompaña a éste cuando
3 aquélla se torna adversa. Inflamaba los corazones impíos

[414] Originario de la Fócide. Como se ha dicho en nota 408, ARRIANO informa que junto con Patrón estaba Glauco como comandante de los mercenarios griegos. Patrón guardó una extrema fidelidad a Darío.

de los traidores el hecho de tener sometida a su mandato una región que no cedía el primer puesto en armas, hombres y extensión a ninguna de las de aquellos pueblos: ocupa la tercera parte de Asia y en cuanto a hombres capaces de enrolarse en el ejército igualaba el número de las bajas sufridas por Darío. En consecuencia, despreciaban no sólo 4
a este rey sino incluso a Alejandro y era su intención, partiendo desde allí, volver a reconquistar el imperio si tenían la suerte de apoderarse del reino. Después de reflexionar 5
largo y tendido sobre todo ello, les pareció lo mejor apoderarse del rey, sirviéndose de los soldados bactrianos, que eran de su entera confianza, y enviar a Alejandro un mensajero para hacerle saber que Darío estaba, vivo, en sus manos. Si, como temían, Alejandro despreciaba la trai- 6
ción, matarían a Darío y se dirigirían a Bactras con las tropas de su pueblo. Ahora bien, Darío no podía ser apre- 7
sado a la vista de todos, pues tantos miles de persas como había se dispondrían a proteger a su rey. Temían también la lealtad de los griegos. Así pues, lo que no podían al- 8
canzar por la fuerza intentaban obtenerlo mediante el fraude: deciden fingir arrepentimiento por su secesión y presentar excusas ante el rey por su motín. Mientras tanto envían una comisión a sobornar a los persas. Por un lado 9
con la esperanza, por otro con el miedo hostigan los ánimos de los soldados: el derrumbamiento de la situación amenazaba sus cabezas y eran arrastrados a la perdición cuando Bactras se les abría de par en par, dispuesta a recibirlos, con unas riquezas y una opulencia como ni siquiera podían imaginar.

Estando en estas maniobras, se presentó Artabazo, 10
bien sea por orden del rey o por propia iniciativa, asegurando que Darío se había calmado y que el rey les manifestaba el mismo grado de amistad que siempre. Ellos, 11

con lágrimas en los ojos, ya presentaban sus excusas, ya
rogaban a Artabazo que defendiera su causa y se hiciera
12 portador de sus súplicas. Así se pasó la noche y, al salir
el sol, Beso y Nabarzanes, junto con sus soldados bactria-
nos, se encontraban en el vestíbulo del pretorio encubrien-
do, bajo el pretexto de las funciones habituales de su car-
go, su alevoso crimen.
Darío dio la señal y subió a su carro según la costum-
13 bre nacional. Nabarzanes y los demás parricidas, proster-
nados en tierra, llegaban en su osadía hasta adorar a aquel
al que poco después tenían intención de encadenar; incluso
dejaron correr las lágrimas en señal de arrepentimiento:
¡hasta tal extremo la naturaleza humana tiene a punto el
14 disimulo! Después, echando mano de ruegos y súplicas,
empujaron a Darío, que era por naturaleza benévolo y sin
doblez, no sólo a creer lo que le decían sino incluso a echar-
15 se a llorar. Y ni siquiera entonces sentían arrepentimiento
de su plan criminal, al ver a qué rey y a qué hombre esta-
ban engañando. Darío, confiado ante el peligro que le ame-
nazaba, ponía toda su prisa en huir de las manos de Ale-
jandro que era su único motivo de preocupación.

11 Ahora bien, Patrón, el general griego, ordenó a los
suyos tomar las armas, que hasta entonces eran transpor-
tadas entre el bagaje, y estar preparados y atentos a cual-
2 quier orden suya. Caminaba tras el carro del rey, tratando
de encontrar la ocasión de hablarle, ya que tenía el presen-
timiento de que Beso le iba a traicionar; pero éste, ante
el temor de que Patrón lograra su propósito, no se aparta-
ba del carro, en actitud más de guardián que de acompa-
3 ñante. Así pues, por largo rato Patrón estuvo indeciso y
en más de una ocasión se le impidió dirigir la palabra a
Darío; dudando entre la lealtad y el miedo, dirigía sus mi-

radas hacia el rey. Éste, finalmente, volvió su rostro y dio 4
al eunuco Bubace [415] (que formaba parte del grupo más
cercano al carro) el encargo de preguntar a Patrón si que-
ría decirle algo. Patrón contestó que quería hablar con él
pero sin testigos. El rey hizo que se acercara y, sin intérpre-
tes (Darío conocía el griego), el general le dijo: «¡Oh rey!, 5
de 50.000 griegos [416] somos unos pocos los que quedamos,
todos compañeros de tu fortuna; los mismos, a pesar del
estado en que te encuentras, que estuvimos contigo en tu
prosperidad, dispuestos ahora a dirigirnos, para que nos
sirvan de patria y de morada, a cualesquiera tierras que
tú elijas. Tu felicidad y tu adversidad nos han unido a ti. 6
Por esta inquebrantable lealtad te ruego encarecidamente
que levantes tu tienda en nuestro campamento y que per-
mitas que seamos nosotros los guardianes de tu persona.
Nosotros hemos abandonado Grecia, no tenemos ninguna
Bactras, toda nuestra esperanza está en ti; ¡ojalá que los
otros pudieran decir lo mismo! Inútil ser más explícito.
Forastero y extranjero como soy, yo no pediría la protec-
ción de tu persona si creyera que otro pudiera ofrecér-
tela».
Beso, aunque no conocía el griego, sin embargo, agui- 7
joneado por su propia conciencia, pensaba que indudable-
mente Patrón le había denunciado y sus dudas se desvane-
cieron al ver que la conversación del griego había sido ocul-
tada a los intérpretes [417]. Darío, sin embargo, sin asustarse

[415] Curcio es el único historiador de Alejandro que habla de este personaje.

[416] En III 2, 9, el autor dice que tomaron parte en la batalla de Iso 30.000 mercenarios griegos, pero antes había tenido lugar la batalla del Gránico.

[417] El texto de los manuscritos ha sido diversamente interpretado: según éstos, habría de por medio un intérprete que habría sido testigo de

lo más mínimo (al menos por lo que podía deducirse de su rostro) comenzó a preguntar a Patrón el motivo de su
8 propuesta. Patrón, pensando que se debía ir al grano, le contestó: «Beso y Nabarzanes te preparan una emboscada; en el momento crítico tanto de tu suerte como de tu vida, éste será el último día o para ti o para los parricidas».

9 Patrón consiguió la insigne gloria de haber salvado al
10 rey. Ríanse aquellos que están convencidos de que los asuntos humanos se desarrollan y desenvuelven al azar y a la ventura y de que no recorre cada uno su propio curso, siguiendo una ley inmutable en una concatenación y una conexión de causas ocultas y prefijadas ya muy de antema-
11 no[418]. Lo cierto es que Darío respondió que, aunque la lealtad de los soldados griegos le era bien conocida, no se apartaría nunca de sus conciudadanos: para él era más doloroso condenar que ser engañado; trajera lo que trajera la suerte, él prefería arrostrarlo antes que convertirse en un desertor y moría demasiado tarde si sus propios soldados no querían que siguiera viviendo.

12 Patrón, desesperando de salvar al rey, volvió al lugar donde se encontraban las tropas a su mando, dispuesto a arrostrar cualquier riesgo en aras de su lealtad.

12 Beso, por su parte, había tomado la decisión de asesinar al rey de inmediato. Ahora bien, temiendo no poder contar con el favor de Alejandro si no se lo entregaba vivo, aplazó para la noche siguiente la realización de su proyecto de asesinato y comenzó a dar gracias al rey porque, con toda prudencia y cautela, había evitado las asechanzas de un traidor que no tenía ya puestas sus miras más que en las riquezas de Alejandro: como regalo habría llevado al enemigo la cabeza de Darío. No era de extrañar que 2
un mercenario considerara que todo tenía un precio: sin seres en quienes depositar el cariño, sin hogar, desterrado en todo el mundo, se trataba de un enemigo ambiguo, alquilado por el mejor postor.

Mientras Beso se hacía a sí mismo reproches y ponía 3
a los dioses patrios por testigos de su lealtad, Darío hacía como que asentía, aunque en el fondo estaba seguro de que la denuncia de los griegos era cierta, pero en el punto al que habían llegado las cosas tan peligroso era no creer en los suyos como dejarse engañar por ellos. Éstos eran 30.000 4
hombres, de los que temía su inconstancia que los inclinaba al crimen y Patrón tenía 4.000. Si ponía su vida en manos de los griegos, condenando la lealtad de sus compatriotas, veía que presentaba en bandeja un pretexto para el parricidio y, en consecuencia, prefería sufrir un atentado injustamente que sufrirlo merecidamente. Como Beso se autojus- 5
tificara en relación con su complot, Darío le respondió que conocía tan bien la justicia de Alejandro como su valor y, por consiguiente, estaban muy equivocados quienes esperaban de aquél una recompensa por su traición: nadie garantizaría ni vengaría más enérgicamente que Alejandro la violación de la lealtad.

Se echaba ya la noche encima cuando los persas, según 6
su costumbre, depusieron las armas y se dispersaron en dirección a la aldea más cercana a recoger los aprovisionamientos necesarios; pero los bactrianos, tal como habían recibido la orden de Beso, permanecieron en armas sin moverse.

---

la conversación entre Darío y Patrón, cosa negada taxativamente en el párrafo 4. Entre las lecturas propuestas, BARDON (a quien seguimos) acepta la defendida por JEEP y HEDICKE.

[418] Texto no seguro. Según BARDON, Curcio critica la doctrina epicúrea y afirma su creencia en el determinismo estoico (actitud que se repite en IV 6, 17 y X 1, 30).

7 Mientras tanto, Darío hizo venir a Artabazo a su presencia, le dio a conocer la denuncia de Patrón y aquél, sin el menor titubeo, dijo al rey que había que pasar al campamento de los griegos: los persas, en cuanto se divul-
8 gara el peligro, irían también en pos de él. Resignado a su suerte y renunciando ya a todo plan saludable, Darío abrazó a Artabazo, su único apoyo en medio de aquella desventura y a quien no había de volver a ver. Bañado en las lágrimas de uno y otro, Darío le instó a arrancarse de sus brazos; después se cubrió la cabeza con el fin de no verle cómo, entre sollozos, se ausentaba como si se ausentara de la pira funeraria y se arrojó a tierra con el
9 rostro contra el suelo. Entonces los que solían constituir el cuerpo de guardia del rey, que debían proteger su vida incluso a riesgo de la suya propia, se dispersaron, pensando que no podían hacer frente a tantos hombres armados que creían estaban ya al llegar. Una profunda soledad reinaba en la tienda del rey: sólo le acompañaban unos cuantos eunucos que no sabían adónde retirarse.

10 Darío, después de hacer salir a los testigos, por largo tiempo estuvo dando vueltas en su mente ya a un plan, ya a otro. La soledad, que poco antes la había buscado como consuelo, se le hacía insoportable y por ello llamó
11 a Bubace. Clavando en él sus miradas, le dijo: «Marchaos, mirad por vuestra salvación una vez que, como era vuestro deber, habéis guardado fidelidad a vuestro rey hasta el último momento; yo espero aquí el cumplimiento de mi destino. Tal vez te asombres de que no sea yo quien me quite la vida: prefiero ser víctima de un crimen ajeno que de uno propio».

12 Al oír tales palabras, el eunuco llenó con sus gemidos no sólo la tienda sino incluso el campamento. Entraron en tromba a continuación otros y, desgarrándose las vestiduras, comenzaron a llorar, con aullidos lúgubres y al modo bárbaro, la triste suerte del rey. El griterío llegó a 13
oídos de los persas: estupefactos por el pánico, no se atrevían ni a tomar las armas por miedo a enfrentarse a los bactrianos ni a permanecer en actitud pasiva ante el temor de dar la impresión de que, faltando a su deber, abandonaban al rey. Todo el campamento era un clamor confuso 14
y discordante, expresado sin nadie que lo dirigiera ni diera la orden.

Sus esbirros trajeron a Beso y a Nabarzanes la noticia de que el rey se había suicidado: las lúgubres lamentaciones los habían engañado. Así pues, a galope tendido, se 15
presentaron volando, seguidos de aquellos que habían elegido para perpetrar el crimen, y, al entrar en la tienda, ante la indicación de los eunucos de que el rey estaba con vida, dieron orden de que fuera apresado y encadenado. Aquel rey que poco antes se paseaba en carro triunfal y 16
al que se rendía culto con auspicios divinos y honores regios, convertido ahora, sin intervención de ningún poder extranjero, en prisionero de sus propios esclavos, fue subido a un sórdido carromato. El tesoro y el ajuar del rey 17
fue saqueado como por derecho de guerra [419] y, cargados con un botín conseguido mediante el peor de los crímenes, emprendieron la huida.

Artabazo, acompañado de aquella tropa que aún obe- 18
decía su mando y de los soldados griegos, se dirigió hacia la Partia [420], estimando que cualquier cosa inspiraba más

[419] Arriano, III 19, 5, informa que Darío se había llevado de la Media, al huir, 7.000 talentos. (Sobre el valor del talento, véase la nota 24).

[420] Región asiática limitada al norte por la Hircania, al sur por la Carmania, al oeste por la Media y Persia y al este por la Margiana, la Areia y la Driangiana. Zona montañosa en su parte septentrional, pero el resto de llanura esteparia de clima continental acusado y muy pocas lluvias.

19 confianza que las miradas de los parricidas. Los persas,
abrumados por las promesas de Beso y en especial debido
al hecho de que no tenían ningún otro a quien seguir, se
unieron a los bactrianos, a los que dieron alcance al tercer
día.
20 Con el fin de que no le faltaran al rey las muestras
de honor, le pusieron a Darío grilletes de oro, en un nuevo
escarnio maquinado por la Fortuna, y para que no fuera
reconocido por su apostura regia, cubrieron el carromato
con sórdidas pieles y pusieron como mozos de mulas unos
desconocidos: así no podrían mostrarlo, en el camino, a
los que hicieran preguntas, mientras que los guardias les
seguían a distancia.

13 Alejandro, al enterarse de que Darío había abandona-
do Ecbatana, dejando a un lado el camino que se abría
hacia la Media, emprendió con ardor la persecución del
2 fugitivo [421]. Llegó a Tabas, en los confines de la Pare-
tacene, en donde unos desertores le informaron que Darío,
3 en precipitada huida, se dirigía hacia Bactras. El babilonio
Bagistanes [422] le dio una información más precisa: el rey
no estaba encadenado pero sí en peligro de estarlo o de
4 perder la vida. Alejandro convocó a sus generales y les
dijo: «La empresa es enorme pero las penalidades que res-
tan son mínimas. Darío está a dos pasos, abandonado o
abatido por los suyos. En su persona radica nuestra victo-
ria y un éxito tan grande es el premio de la rapidez».

[421] Plutarco, *Alej.* XLII 6, dice que la persecución fue penosa y dura y llevada a cabo a una velocidad tal que, a uña de caballo, Alejandro en once días recorrió más de 600 km.

[422] Según Arriano, III 21, 1, Bagistanes, un noble babilonio, llegó, desde el campo de Darío, en compañía de Antíbelo, uno de los hijos de Mazeo.

Todos al unísono exclamaron que estaban dispuestos 5
a seguirle, que no hiciera caso ni de la fatiga ni del peligro.
Ante tal actitud condujo a toda prisa su ejército más bien
a la carrera que en plan de marcha, no dando lugar ni
siquiera a que el descanso nocturno relajara la fatiga del
día. Así avanzó 500 estadios [423] y llegó a la aldea en la 6
que Beso se había apoderado de Darío. Allí fue capturado 7
Melón [424], el intérprete de Darío: enfermo, no había podi-
do seguir la marcha del ejército y, al ser sorprendido por
la rapidez de Alejandro, se hacía pasar por desertor. Por
éste se enteró el rey de lo sucedido. Pero los soldados, 8
agotados, necesitaban un descanso; por ello eligió 6.000
jinetes y les añadió 300 de los que llaman «dimacas» [425].
Éstos llevaban a la espalda una pesada armadura pero iban
a caballo; cuando la situación y el lugar lo exigía se con-
vertían en tropa de infantería.
Mientras Alejandro tomaba tales disposiciones, llega- 9
ron hasta él Orsilos y Mitracenes [426]: detestando el parrici-
dio de Beso, habían desertado y traían la noticia de que
los persas estaban a 500 estadios [427] de distancia, al mismo
tiempo que se ofrecían a mostrarle personalmente un ca-
mino más corto. El rey recibió una gran alegría con la 10
llegada de los desertores. Así pues, con las primeras som-
bras de la noche, emprendió la marcha, siguiendo el cami-
no mostrado por aquellos que actuaban de guías. Alejan-
dro iba al frente de un destacamento de caballería armado

[423] Unos 92 km.

[424] Sólo Curcio habla de este personaje.

[425] Según Arriano, III 21, 7, las tropas selectas elegidas por Alejandro para llevar a cabo la última parte de su persecución fueron 500 jinetes escogidos entre los oficiales de la infantería por su arrojo y bravura.

[426] Personajes sólo conocidos por este texto.

[427] Unos 92 km. y medio.

a la ligera y había dejado orden de que la falange le siguiera con la mayor rapidez posible. El destacamento avanzaba en formación en cuadro y el rey regulaba la marcha de tal modo que de la cabeza a la retaguardia se mantenía
11 la cohesión a lo largo de toda la formación. Habían avanzado 300 estadios [428] cuando les salió al encuentro Brocúbelo [429], hijo de Mazeo, sátrapa, en otro tiempo, de Siria. También él había desertado y era portador de la noticia de que Beso estaba sólo a 200 estadios [430] y de que su ejército, como quiera que caminaba sin precauciones, marchaba en desorden y sin guardar la formación: daban la impresión de dirigirse a Hircania; si se daba prisa en perseguirlos, caería sobre ellos en plena dispersión; en cuanto a Darío, todavía seguía con vida.

12 El desertor despertó en Alejandro, ya de por sí diligente, el deseo de dar alcance a Darío. Por eso, salieron picando espuelas y a galope tendido. Ya se podía oír la algarabía promovida por la marcha del enemigo, pero una nube de polvo impedía su visión. Ante tal circunstancia Alejandro detuvo un cierto tiempo la carrera hasta que
13 el polvo se asentase. Los bárbaros ya habían visto a los macedonios y éstos, a su vez, habían divisado también el ejército enemigo en su huida. Los macedonios se encontraban en inferioridad de condiciones si Beso hubiera tenido para el combate tanto arrojo como lo había tenido para el parricidio. En efecto, los bárbaros eran superiores tanto en número como en fuerzas y además iban a entablar un
14 combate estando descansados y el enemigo agotado. Pero

[428] Unos 55 km.

[429] Arriano, III 21, 1, lo llama «Antíbelo» y, como se ha dicho en nota 422, había acompañado a Bagistanes en su entrevista con Alejandro. Curcio separa ambas entrevistas.

[430] Unos 37 km.

el nombre y la fama de Alejandro —elemento de capital importancia en una guerra— los aterrorizó y los puso en fuga.

Beso y los otros copartícipes del crimen se acercaron 15
al carromato de Darío y comenzaron a exhortarle a que, montando a caballo, emprendiera la huida y se librara del enemigo. Darío les aseguró que contaba con los dioses 16
vengadores e, implorando la lealtad de Alejandro, se negó a acompañar a unos parricidas. Entonces, inflamados también por la cólera, lanzaron sus armas contra el rey y lo dejaron acribillado a puñaladas. Hirieron también a los 17
animales que tiraban del carro a fin de que no pudieran avanzar mucho más y dieron muerte a dos esclavos que escoltaban al rey. Después de cometer este asesinato y con 18
el fin de dispersar las huellas de su huida, Nabarzanes se dirigió hacia Hircania y Beso hacia Bactras, escoltados por unos cuantos jinetes. Los bárbaros, privados de jefes, se desparramaron por donde o la esperanza o el temor les mostró un camino: sólo 500 jinetes permanecieron agrupados, no sabiendo si era mejor seguir ofreciendo resistencia o emprender la huida.

Alejandro, al tener conocimiento de la desbandada del 19
enemigo, envió a Nicanor [431] con una parte de la caballería a detener la huida y él le siguió con el resto. Al ofrecer resistencia, fueron abatidos unos 3.000 soldados y el resto del ejército, lo mismo que corderos, era conducido hacia adelante sin sufrir daño, pues el rey había dado orden a los suyos de que se abstuvieran de toda matanza. Ninguno 20
de los prisioneros estaba en disposición de poder dar a conocer cómo era el carromato de Darío; todos los carromatos que caían en sus manos eran registrados pero no había

[431] El hijo de Parmenión. (Véase nota 105).

21 ni huella de la fuga del rey. Debido a su rápida marcha apenas si acompañaban a Alejandro 3.000 jinetes, pero aquellos que iban detrás a un ritmo más lento caían sobre
22 regimientos enteros de fugitivos. Con dificultad se puede creer que era mayor el número de prisioneros que el de los que los apresaban: hasta tal punto, en medio de su terror, la Fortuna les había quitado su poder de discernimiento que no eran capaces de distinguir ni el corto número del enemigo ni su propia multitud.

23 Mientras tanto, los animales que tiraban del carromato de Darío, al no contar con nadie que gobernara su marcha, se salieron de la ruta militar y después de recorrer, de un lado para otro, cuatro estadios [432], se detuvieron en un valle, consumidos por el calor así como por las heri-
24 das. A poca distancia había una fuente a la que, siguiendo instrucciones de los que conocían la región, acudió el macedonio Polístrato agotado por la sed; al beber el agua recogida en su casco, vio los dardos clavados en los cuer-
25 pos de los animales moribundos. Le extrañó que los hubieran asaeteado en vez de llevárselos consigo; medio muerto... [433].

---

432 Unos 740 ms.

433 El libro está incompleto. La «vulgata» sobre Alejandro es unánime al dejar constancia de que, para cuando el rey macedonio llegó a presencia de Darío, éste había muerto; pero es muy posible que el soldado macedonio Polístrato (cuyo nombre es también recordado por PLUTARCO, *Alej.* XLIII 3) lo encontrara todavía con vida. De hecho este historiador pone en boca de Darío, moribundo, un pequeño discurso moral en el que el rey persa elogia la figura del rey macedonio. Al llegar éste, se afligió en gran manera y cubrió el cadáver con su propio manto. Después (ARRIANO, III 22, 1) hizo llevar el cadáver a Persépolis para que fuera enterrado en el mausoleo real junto con los reyes que le habían precedido en el trono. (La información de Arriano chocaría con la noticia de la destrucción total de Persépolis por Alejandro, según Curcio, 7, 8 sigs. de este mismo libro).

LIBRO VI

SINOPSIS

(Verano-Otoño del 330)

Verano del 330: Victoria de Antípatro sobre Agis, rey de Esparta, y muerte de este último (1).

Verano-Otoño: Alejandro se entrega a los placeres del ocio. Llegada a la Partia. El ejército intenta una sublevación y Alejandro pronuncia un discurso ante las tropas (2-3).

Otoño: Marcha hacia Hircania. Descripción de esta región. Sometimiento de la misma (4). Artabazo, sátrapa persa, se somete a Alejandro en compañía de sus hijos. Sometimiento de los mardos. Alejandro y la reina de las amazonas (5). Alejandro adopta las costumbres e indumentaria persas. Persecución de Beso. Toma de Artacana. Entrada en la Drongiana (6). Conspiración de Dimno. Se acusa a Filotas de haber tomado parte en ella. Arresto de Filotas. Alejandro lo acusa ante el ejército. Defensa de Filotas. Éste es sometido a tortura y ajusticiado (7-11).

(...) [434] (Agis) se arrojó al punto crucial del combate 1
y, después de abatir a los que ofrecían una más decidida

---

434 El capítulo primero del libro VI nos traslada, cortando la narración de la expedición de Alejandro, a la rebelión de Agis III (rey de Esparta entre los años 338-331) contra Macedonia. Asistimos al desenlace de la batalla de Megalópolis en la que, tras un inicio favorable a los

resistencia, rechazó a la mayor parte de los enemigos.
2 Los hasta entonces vencedores comenzaban a huir y caían sin ofrecer resistencia hasta que atrajeron a la llanura a los que les perseguían con ardor; pero en cuanto encontraron un terreno en el que podían afianzarse, el combate se niveló.

3 Entre todos los lacedemonios sobresalía su rey no sólo por el esplendor de sus armas y su prestancia física, sino
4 también por su arrojo, que era insuperable. Desde todas partes se veía atacado, ya de cerca, ya de lejos, y por largo tiempo, haciendo girar sus armas, unas flechas las paraba con su escudo, otras las evitaba con un quiebro, hasta que, traspasado su muslo por una lanza, fue retirado del com-
5 bate después de perder gran cantidad de sangre. Sus escuderos lo colocaron rápidamente sobre el escudo y lo transportaron al campamento, mientras que él a duras penas podía soportar el dolor de las heridas producido por las sacudidas.

6 No por ello los lacedemonios dejaron de luchar, y en cuanto lograron ocupar un terreno más favorable para ellos que para el enemigo, apretaron sus filas e hicieron frente a las fuerzas enemigas, que atacaban sin guardar la forma-
7 ción. No se recuerda un combate en que se luchara con más ardor: los ejércitos de los dos pueblos más famosos por sus hazañas bélicas luchaban en igualdad de condicio-
8 nes. Los lacedemonios tenían puestas sus miradas en sus glorias pasadas, los macedonios en las presentes; aquéllos luchaban por la libertad, éstos por la supremacía; los lace-

espartanos, éstos sucumben ante los refuerzos macedonios enviados por Antípatro. El capítulo primero, que presenta una laguna al principio —laguna que es continuación de la que se da al final del libro V—, comienza para nosotros en el momento en que el rey de Esparta se arroja con ardor en medio del combate.

demonios se veían privados de su general, los macedonios de las ventajas del terreno. Además, las vicisitudes tan 9
numerosas acaecidas en un solo día hacían aumentar ahora la esperanza, ahora el miedo de ambos ejércitos, como si la fortuna, aposta, se compluguiera en nivelar una lucha entablada entre hombres llenos de arrojo y de valor. Por 10
otra parte, lo angosto del lugar en que se había fijado el combate no consentía que tomaran parte todas las fuerzas; era mayor el número de los espectadores que el de los que luchaban, y los que se encontraban fuera del alcance de los dardos animaban alternativamente a los suyos con sus gritos.

Finalmente, la formación lacedemonia, no pudiendo 11
apenas sostener las armas que, a causa del sudor, resbalaban de sus manos, comenzó a languidecer y, acto seguido, a retroceder. En cuanto, ante el acoso enemigo, la huida 12
se generalizó, el ejército vencedor empezó a perseguirlos en medio de la desbandada y, después de atravesar a la carrera el espacio que había ocupado la formación lacedemonia, perseguía incluso al mismo Agis. Éste, al ver que 13
los suyos huían y que el enemigo estaba ya próximo, dio orden de que lo pusieran en tierra; hizo la prueba de si sus miembros estaban a la altura del ímpetu de su espíritu y, al ver que las fuerzas le fallaban, se dejó caer de ro- 14
dillas, se puso con decisión el casco y, protegiendo su cuerpo con el escudo, blandía con su mano derecha la lanza mientras provocaba al enemigo, incitándole a que alguien se atreviera a despojarle a pesar de estar por tierra, y no 15
hubo nadie que se atreviera a luchar con él cuerpo a cuerpo. Desde lejos le lanzaban proyectiles que él a su vez devolvía al enemigo hasta que una lanza se vino a clavar en su pecho descubierto. Él mismo se la arrancó de la herida, apoyó unos instantes sobre su escudo la cabeza inclina-

da y desfallecida y a continuación, perdiendo al mismo tiempo la vida y la sangre, cayó, moribundo, sobre sus
16 propias armas. Murieron 5.300 lacedemonios y no más de 1.000 macedonios [435], pero sin recibir ninguna herida prácticamente no volvió nadie a su campamento.

Esta victoria quebrantó las fuerzas no sólo de los espartanos y de sus aliados sino también de todos aquellos que habían adoptado una actitud de espectadores ante el
17 resultado de la guerra. Antípatro no se dejaba engañar cuando le daban la enhorabuena: una cosa mostraban en sus rostros y otra distinta tenían en su corazón; pero en su deseo de dar fin a la guerra le era necesario el disimulo y, aunque se complacía en la marcha de los acontecimientos, le daban miedo los celos porque se trataba de acontecimientos que estaban por encima de la capacidad de un
18 gobernador. En efecto, Alejandro, que había deseado la victoria sobre el enemigo, no se recataba en decir que le molestaba que la hubiera conseguido Antípatro, juzgando que la gloria que los otros conseguían era en detrimento
19 de la suya propia. En consecuencia, Antípatro, que conocía muy bien la manera de ser del rey, no se atrevió a arbitrar él en persona las condiciones de la victoria sino que sometió a consulta del Consejo de los griegos qué re-
20 solución se debía tomar. El Consejo lo único que concedió a los lacedemonios fue el permiso para enviar al rey una embajada y a los tegeatas, a excepción de los instigadores, el perdón por su rebelión; por su parte, los aqueos y eleos fueron obligados a entregar 120 talentos [436] a los megalopolitanos, cuya ciudad había sido sitiada por los aliados de los rebeldes.

[435] La cifra referente a las bajas macedonias es inadmisiblemente reducida. Diodoro, XVII 63, 3, dice que tales bajas llegaron a 3.500.

[436] Sobre el valor del talento, véase la nota 24.

Este fue el resultado de una guerra que, surgida de 21
repente, se terminó sin embargo antes de que Alejandro derrotara a Darío en Arbelas.

Pero tan pronto como el espíritu de Alejandro se vio 2
libre de la amenaza de las preocupaciones (su espíritu soportaba mejor las penalidades de la milicia que el descanso y el ocio), cayó víctima de los placeres, y al que no habían podido abatir las armas de los persas, lo derrotaron sus propios vicios: banquetes iniciados antes de la hora habi- 2
tual [437], placer inmoderado tanto de beber como de trasnochar, juegos y tropas de concubinas. Todo en él se deslizó hacia las costumbres extranjeras; emulándolas como si fueran mejores que las suyas propias, de tal manera ofendió los ánimos y, al mismo tiempo, la vista de sus compatriotas, que muchos de sus amigos lo juzgaron traidor a su patria. A unos hombres mantenedores rígidos de la edu- 3
cación recibida y acostumbrados a hacer uso de unos medios de subsistencia frugales y en la medida en que servían para satisfacer las necesidades naturales, los empujó a unos vicios extranjeros y, además, propios de naciones vencidas. Esto dio origen a frecuentes complots contra su vida, 4
amotinamientos entre la tropa y a una manifestación de resentimiento sin tapujos en medio de mutuas recriminaciones; por ello surgían en él bien la ira, bien las sospechas promovidas por una inquietud irreflexiva, bien otras cosas semejantes a éstas y de las que se hablará más adelante.

Así pues, pasaba días e incluso noches en medio de 5
interminables banquetes, interrumpiendo la saciedad de la mesa con juegos, no contentándose con la multitud de artistas que se había hecho traer de Grecia: en efecto, hacía

[437] Véase nota 400.

que las prisioneras entonaran, a la manera nacional, sus canciones destempladas e insoportables para unos oídos ex-
6 tranjeros. Entre ellas el rey distinguió a una que presentaba una expresión más triste que las demás y que pudorosamente se resistía a los que la hacían avanzar. Su belleza era sobresaliente y la modestia era un adorno más de su belleza: el hecho de llevar su vista fija en tierra y de cubrir su rostro en la medida en que le era posible hizo sospechar a Alejandro que era demasiado noble como para obligarla a exhibirse en medio de las atracciones de un banquete.
7 Así pues, a la pregunta de quién era contestó que era nieta de Oco [438], rey en otro tiempo de los persas, hija de un hijo de aquél y que había tenido a Histaspes [439] por esposo. Éste estaba emparentado con Darío y había estado
8 al frente de un gran ejército. Todavía quedaban impresos en el ánimo del rey algunos restos de su primitivo carácter y en consecuencia, ante el respeto que le inspiraba el destino de una descendiente de reyes y el nombre tan famoso de Oco, dio orden no sólo de que fuera puesta en libertad sino incluso de que le fueran devueltas sus pertenencias y de que se buscara a su esposo a fin de, una vez encontrado, devolverle su mujer.

9 Al día siguiente ordenó a Hefestión que hiciera comparecer a todos los prisioneros en la tienda real. Allí, tras pasar revista a la nobleza de cada uno, separó del vulgo aquellos que sobresalían por su estirpe. Éstos llegaban a 1.000. Entre ellos se descubrió a Oxatres, hermano de Darío, más conocido por sus propias dotes personales que

---

[438] Véase nota 141.

[439] Casado con la hija de Bistanes, hijo éste de «Oco» Artajerjes III, Histaspes se pasó al bando de Alejandro y tuvo a sus órdenes, en el año 324, las tropas orientales que se habían integrado en la «águema» macedonia.

por la fortuna de aquél [440]. Oxidates [441] era un noble persa 10
que, condenado por Darío a la pena capital, permanecía en prisión; después de ponerlo Alejandro en libertad, le concedió la satrapía de la Media y al hermano de Darío lo recibió en su círculo de amigos. En el último botín se 11
consiguieron 26.000 talentos [442]: de ellos se dedicaron 12.000 a su distribución entre la tropa y una suma igual a ésta fue sustraída contando con el fraude de los guardianes.

Desde allí [443] llegaron a Partia, pueblo entonces desco- 12
nocido y ahora el principal de todos los pueblos que, situados más allá del Éufrates y del Tigris, limitan con el mar Rojo [444]. La región, llana y fértil, estaba en poder de los 13
escitas, todavía hoy pueblo peligroso. Tienen [445] su asiento en Europa y en Asia: los que habitan más arriba del Bósforo [446] pertenecen a Asia; por su parte, los que habitan Europa se extienden, en línea recta, desde la parte izquierda de Tracia hasta el Borístenes [447] y desde allí hasta el Tanais [448] que, en su curso, separa Europa de Asia. No 14
hay duda de que los escitas, de los que descienden los partos, no vinieron del Bósforo sino de la región europea.

---

[440] Bardon —a quien seguimos— considera que debe trasponerse el orden de los párrafos 10 y 11.

[441] Viene a sustituir en tal satrapía a Atropates, pero poco después (finales del año 328) Alejandro vuelve a destituir a Oxidates y a poner en su lugar a Atropates porque el primero (según Arriano, IV 18, 3) no estaba ejerciendo el cargo a satisfacción del rey.

[442] Véase nota 24.

[443] Designación extremadamente vaga. Darío había penetrado ya en la Bactriana.

[444] Aquí, el océano Índico. Véase nota 41.

[445] Los escitas; no, los partos.

[446] Al nordeste del Bósforo cimerio, estrecho que une el mar Negro y el mar Azov (estrecho de Kerch).

[447] Dnieper.

[448] Don.

15 Por aquella época había una ciudad famosa, fundada
por los griegos, de nombre «Hecatompylos» [449]. Allí fijó
su campamento Alejandro y el avituallamiento lo hacía traer
desde todas partes. Así pues, sin que nadie lo avalara, se
extendió el rumor (vicio del soldado cuando se encuentra
ocioso) de que el rey, dándose por contento con todo lo
que había llevado a cabo hasta aquel momento, había de-
cidido volver a Macedonia inmediatamente. Los soldados,
como locos, se lanzaron a la carrera hacia las tiendas y
16 prepararon las mochilas para el viaje: daba la impresión
de que en todo el campamento se había dado la señal de
recoger los bagajes. La algarabía surgida al buscar unos
a sus compañeros de tienda, al cargar otros los carros, lle-
17 gó a oídos del rey. Había dado pie a la divulgación incon-
trolada de este rumor la orden recibida por los soldados
griegos de regresar a sus casas: al ver que a cada jinete
les había dado 6.000 denarios [450] y 1.000 a cada soldado
de a pie, pensaban que también para ellos había llegado
18 la hora de su licenciamiento. Alejandro, aterrado como
era natural, ya que su decisión era recorrer la India y el
Extremo Oriente, reunió en el pretorio [451] a los prefectos
del ejército. Echándose a llorar se lamentó de que se le

[449] 'La ciudad de las cien puertas', nombre dado por Seleuco I a la que fue capital de la Partia. DIODORO, XVII 75, 1, la llama *Hecatontapylos* y dice de ella que era una ciudad rica y agradable. Fue residencia de Arsaces y sus sucesores.

[450] El denario se estima que equivalía al dracma, por lo que los 6.000 denarios vendrían a equivaler a un talento. (Véase la nota 24).

[451] *Praetorium* designaba la tienda del general romano. Conocida es la costumbre de los historiadores latinos de designar situaciones y cargos extranjeros con palabras que se referían a cargos y situaciones típicamente romanos. (En esta línea Curcio, en numerosos pasajes, designa con el nombre de *praetores* a los sátrapas persas).

hiciera volver a mitad del camino de la gloria y de que
tuviera que regresar a su patria llevando consigo el destino
de un vencido más bien que el de un vencedor: no era 19
la cobardía de sus soldados la que se le oponía sino la
envidia de los dioses que habían introducido en el corazón
de unos soldados esforzadísimos una repentina añoranza
por su patria, cuando poco después iban a volver a la mis-
ma con una gloria y una fama mayor.

Entonces cada uno por sí ofreció su colaboración, pi- 20
dió las empresas más arduas e incluso prometió la sumi-
sión de la tropa con tal de que consintiera en mitigar los
ánimos de los soldados mediante un discurso apaciguador
y apropiado: nunca se habían retirado abatidos y desmo- 21
ralizados siempre que habían podido empaparse de su en-
tusiasmo y del soplo de un tan acendrado heroísmo. Ale-
jandro prometió que así lo haría: a ellos les tocaba el que
le prepararan debidamente los oídos de la masa. Una vez
que estuvo lo suficientemente preparado todo lo que pare-
cía adecuado a la situación, dio la orden de que el ejército
fuera convocado a asamblea y ante él pronunció el siguien-
te discurso:

«No es extraño que, si echáis un vistazo a la grandeza 3
de las hazañas que hemos llevado a cabo, ¡oh soldados!,
os entre el deseo de descansar y os sintáis hartos de gloria.
Pasando por alto los ilirios [452], los tribalos [453], la Beo- 2
cia, la Tracia, la Esparta, los aqueos, el Peloponeso, pue-
blos de los que unos fueron sometidos bajo mi propia di-
rección y otros bajo mis órdenes y auspicios, he aquí que, 3

[452] Para los griegos, ilirios eran los habitantes de toda la costa oriental del Adriático. En un sentido más restringido se designaba con este nombre a los habitantes de la Dalmacia y la Bosnia actuales.

[453] Habitantes del norte de la Tracia hasta el río Danubio.

habiendo comenzado la guerra desde el Helesponto, hemos liberado de una bárbara esclavitud la Jonia y la Eólide y hemos sometido a nuestro dominio la Caria, la Lidia, la Capadocia, la Frigia, la Paflagonia, la Panfilia, la Pisidia, la Cilicia, la Siria, la Fenicia, la Armenia, la Persia, la
4 Media y la Partia. He abarcado más provincias que ciudades han tomado otros y yo no sé si tan ingente cantidad de conquistas no me habrá hecho pasar por alto alguna
5 a la hora de enumerarlas. Por eso, si creyera que la posesión de las tierras que hemos conquistado tan rápidamente está lo suficientemente asegurada, yo, ¡oh soldados!, me lanzaría, aunque fuerais vosotros los que intentarais retenerme, hacia mis dioses penates, hacia mi madre, hacia mis hermanas, hacia mis demás conciudadanos, a fin de poder disfrutar entre ellos preferentemente de las alabanzas y de la gloria que he conseguido en vuestra compañía, allí donde nos aguardan los premios más valiosos de nuestra victoria: la alegría de los hijos, de las esposas, de los padres, la paz, el descanso, la segura posesión de cuanto
6 conseguimos mediante nuestro propio valor. Pero en un Imperio nuevo y —si fuéramos a llamar las cosas por su nombre— en un Imperio precario, en el que los bárbaros todavía mantienen rígida la cerviz cuando se someten al yugo, hace falta tiempo, ¡oh soldados!, para que se impregnen de sentimientos menos agresivos y para que unas costumbres más pacíficas suavicen sus ánimos salvajes.
7 También las cosechas esperan a madurar en un tiempo determinado: ¡hasta tal punto incluso los seres desprovistos de toda sensibilidad se suavizan siguiendo sus propias
8 leyes! ¿Qué más queréis que os diga? ¿Creéis acaso que tantos pueblos, acostumbrados a la autoridad y al nombre de otro, y que no tienen en común con nosotros ni culto, ni costumbres, ni intercambio lingüístico, han sido someti-

dos con la misma guerra con la que han sido vencidos? Son vuestras armas las que los contienen y no sus costumbres y los que en vuestra presencia se muestran temerosos se tornarán en enemigos cuando os marchéis. Estamos tratando con fieras salvajes que, capturadas y enjauladas, se amansan no por su propia naturaleza sino con el paso del
tiempo. Y hasta aquí he venido tratando el asunto como 9
si hubiéramos sometido por las armas todos los pueblos que estuvieron bajo el poder de Darío: Nabarzanes ha ocupado la Hircania; el parricida Beso no se contenta con apoderarse de Bactras sino que incluso nos amenaza; los sogdianos, los dahas, los maságetas, los sacas, los indios, no conocen más que su propio dominio. Todos éstos, en cuanto vean que les volvemos la espalda, se pondrán a perseguir-
nos: ellos son todos de la misma nacionalidad, mientras 10
que nosotros somos extraños y forasteros. Todo el mundo se somete más a gusto a los suyos, incluso cuando el que
manda puede infundir mayor temor. En consecuencia, nos 11
vemos en la necesidad o de abandonar lo que hemos conquistado o de conquistar lo que todavía no es nuestro. Así como los médicos, ¡oh soldados!, no dejan en los cuerpos de los enfermos nada que pueda ser nocivo, así también nosotros cortemos cuanto constituye un obstáculo para nuestro dominio. Con frecuencia una pequeña chispa, desdeñada, provoca un gran incendio. El desprecio del enemigo entraña siempre un riesgo: si lo desprecias, con tu desdén
le otorgas mayores fuerzas. Ni siquiera Darío recibió el 12
Imperio persa a título de herencia, sino que subió al trono de Ciro con ayuda del eunuco Bagoas [454]: no creáis que

[454] Según PLINIO EL VIEJO, XIII 4 (41), los persas llamaban con este nombre a los eunucos. De hecho muchos eunucos antiguos son conocidos con este nombre (véase, por ejemplo, OVIDIO, *Amores* II 2, 1). En este mismo libro VI de Curcio son dos los personajes que tienen este nombre:

Beso va a tener la menor repugnancia en apoderarse de
13 un reino que está sin rey. Ciertamente no tenemos perdón si hemos vencido a Darío para entregar su Imperio a un esclavo suyo que, atreviéndose al más infame de los crímenes, a su propio rey, necesitado incluso de una ayuda extranjera y al que nosotros, vencedores, hubiéramos perdonado la vida, lo ha tenido encadenado, como si se tratara de un prisionero, y, como remate, le ha dado muerte para
14 que nosotros no pudiéramos salvarlo. ¿Y vais a consentir que sea un tipo así el que reine, al que yo, verdaderamente, estoy impaciente por ver clavado en una cruz, como justo castigo de su crimen para con todos los reyes, todos
15 los pueblos y la lealtad por él traicionada? Es más, si, ¡por Hércules!, un día os llega la noticia de que este mismo Beso está devastando las ciudades griegas o el Helesponto, ¿cuál será vuestro dolor, al ver que se ha adelantado a apoderarse de los premios de vuestra victoria? Entonces os daréis prisa en recuperar vuestras posesiones, entonces empuñaréis las armas. ¡Cuánto mejor es acabar con él ahora, cuando se encuentra empavorecido y apenas si puede
16 controlar su razón! Nos quedan cuatro días de marcha a nosotros, que hemos hollado tantas nieves, que hemos atravesado tantos ríos, que hemos escalado las cumbres

aquí (y en 4, 10) se trata del eunuco egipcio que, tras envenenar a Artajerjes III (año 338) y tras asesinar también al hijo de éste, Arses (que reinó entre el 338 y el 336), consiguió poner en el trono de Persia a Darío III Codomano en el año 336. (Un relato de estos acontecimientos nos lo ofrece DIODORO, XVII 5, 3 sigs.). Bagoas intentó envenenar también a Darío III, pero, descubierto el complot, obligó el rey al eunuco a tomarse su propio veneno (véase, en este mismo libro, 4, 10). Alejandro, al hablar así a sus soldados, olvida —o pretende olvidar— que Darío III era también miembro de la familia aqueménida, pues era biznieto de Darío II.

de tantas montañas. En nuestra marcha ya no está para detenernos aquel mar que, enfurecido, nos cortaba el camino con sus olas; ya no nos encajonan las gargantas y desfiladeros de la Cilicia: todo es liso y llano. Nos encontramos en el umbral mismo de la victoria: apenas si nos 17
quedan unos cuantos fugitivos que, además, han dado muerte a su rey. Una hazaña egregia, ¡por Hércules!, y digna de ser contada entre vuestras hazañas más gloriosas ofreceréis a la memoria de la posteridad: la de haber vengado con la muerte del parricida a Darío, a pesar de ser vuestro enemigo (apagado el odio hacia él una vez muerto), y la de no haber dejado que ningún impío se os escapara de las manos. Una vez acabada esta empresa, ¿cuánto más 18
sumisos, pensáis, se mostrarán los persas, al darse cuenta de que vosotros emprendéis guerras justas y de que dirigís vuestro enojo no contra su nación sino contra el crimen de Beso?».

El discurso fue recibido en medio del mayor entusias- 4
mo de los soldados, que le pedían que los condujera a donde él quisiera. El rey no puso dilación a su impulso y en 2
tres días, a través de la Partia, penetró en los confines de la Hircania, después de dejar tras de sí, con la misión de proteger la Partia de las incursiones de los bárbaros, a Crátero junto con las tropas a cuyo frente se encontraba, así como el destacamento comandado por Amintas y, además, 600 jinetes y otros tantos arqueros. Erigio [455], por 3
su parte, puesto al frente de una pequeña guarnición, reci-

[455] General de la caballería macedonia. Pertenecía al grupo de los «hetairos» y tuvo parte decisiva en las diversas batallas de la conquista de Alejandro. Información sobre él ofrece, por ejemplo, ARRIANO, II 8, 9; III 6, 6; 11, 10.

bió el encargo de conducir los bagajes por el camino llano, y Alejandro por su parte, tras recorrer con su falange y su caballería 150 estadios [456], acampó en el valle que conduce a Hircania.

Hay allí un bosque umbrío debido a la espesura y altura de sus árboles y la tierra feraz del valle es regada por las aguas que se deslizan desde las rocas que se alzan ame-
4 nazadoras. Al pie mismo de las montañas nace el río Ziobetis [457], que, a lo largo casi de tres estadios [458], se desliza todo entero hasta que, en su choque con una roca que está cruzada en el pequeño lecho por donde discurren sus aguas, se bifurca en dos caminos, como si la corriente se repartie-
5 ra. A partir de allí se convierte en un torrente y, haciéndose más violento a causa de la aspereza de los peñascos entre los que se desliza, desaparece precipitadamente bajo tierra. Sigue su curso, sepultado a lo largo de 300 estadios [459], y vuelve a salir a la superficie de nuevo como brotado de otra fuente, labrándose un nuevo lecho, más
6 espacioso que en la primera parte de su recorrido (en efecto su anchura es de 13 estadios [460]); obligado de nuevo por unos márgenes más angostos, estrecha su curso hasta
7 que desemboca en otro río llamado «Ridagno» [461]. Los indígenas afirmaban que cuantos eran introducidos en la gruta que está más cerca de la fuente aparecían de nuevo donde se abre la otra boca del río. Ante tal información,

[456] Cerca de 28 km.

[457] Los comentaristas no han llegado a descubrir de qué río se trata exactamente.

[458] Medio kilómetro, más o menos.

[459] Unos 35 km.

[460] Cerca de 2 km. y medio.

[461] Otro río desconocido.

Alejandro hizo arrojar a dos [462] por el lugar por el que las aguas desaparecen bajo tierra y los que fueron enviados a recogerlos vieron sus cadáveres arrojados por el río en el lugar en el que éste sale de nuevo a la superficie.

Había concedido ya a los soldados en aquel lugar cua- 8
tro días de descanso, cuando he aquí que recibió una carta de Nabarzanes, cómplice de Beso en el asesinato de Darío. La carta decía que él no había sido enemigo de Darío; es más, que le había dado los consejos que creía más útiles y que, precisamente por haberle aconsejado con toda lealtad, había corrido el peligro de morir a sus manos. Que 9
Darío había estado planeando encargar su propia protección personal, contra todo derecho divino y humano, a unos soldados extranjeros, haciendo un feo a la lealtad de sus conciudadanos que la habían mantenido, inviolada, a sus propios reyes, durante 230 años. Que colocado él, 10
Nabarzanes, en una situación en pendiente y resbaladiza, había adoptado una decisión movido por la necesidad del momento. También Darío, al dar muerte a Bagoas, se había justificado ante el pueblo con el pretexto de que había quitado de en medio a quien le ponía asechanzas. Los des- 11
graciados mortales nada tienen más querido que la propia vida: por amor a ella se había visto empujado a las últimas consecuencias, consecuencias que había seguido más que deseado. En una catástrofe colectiva cada uno corre su pro- 12
pia suerte. Si Alejandro le mandaba venir, se presentaría sin el menor temor; no tenía miedo a que un rey tan grande pudiera faltar a la palabra dada: un dios no suele engañar a los dioses. Ahora bien, si no le parecía digno de 13

[462] Los manuscritos ofrecen solamente «*duos*», sin especificar más. Bentley propuso la lectura *boues* en vez de *duos* y Freinsheim conjeturó que *duos* iría completado con otra palabra, que él estimó *tauros*.

comprometer con él su lealtad, no le iban a faltar lugares donde refugiarse en su huida: la patria está en cualquier parte en donde un hombre de temple ha elegido su morada [463].

14 El rey no titubeó en darle su palabra, siguiendo las fórmulas vigentes entre los persas, de que no sufriría el menor daño si venía.

Alejandro avanzaba con su ejército en formación en cuadro, enviando por delante, de cuando en cuando, otea-
15 dores para explorar el terreno. Las tropas armadas a la ligera abrían filas; tras ellas iba la falange y tras la infantería iban colocados los bagajes. Por un lado, la belicosidad de los nativos y, por otro, la situación del lugar, que hacía difícil el avance, habían puesto en tensión la preocupación del rey.

16 Un valle continuo se abre hasta el mar Caspio. Dos como brazos de tierra salen de este valle: en su parte media, con una ligera inflexión, forman un arco muy parecido al de la luna cuando sobresalen sus cuernos en su fase
17 creciente. A mano izquierda quedan los cercetas, los mosinos y los cálibes; a mano derecha, los leucosiros y las llanuras de las amazonas [464]. Aquéllos habitan la zona vuelta hacia el Septentrión; éstos, la que mira hacia Occidente.
18 En el mar Caspio, de agua más dulce que los demás mares, se crían serpientes de un tamaño extraordinario y sus

[463] BARDON recuerda, a este respecto, la cita de PACUVIO, recogida por CICERÓN, *Tusculanas* V 108: «*patria est ubicumque est bene*», y la de OVIDIO, *Fastos* I 493: «*omne solum forti patria est*».

[464] Se trata de una serie de pueblos que habitaban las proximidades no del mar Caspio, como por error dice Curcio, sino del mar Negro. Precisamente, cuando en 5, 24 de este mismo libro nos hable el autor de las amazonas, las situará junto al río Termodonte, en la llanura de Temiscira, al sur del mar Negro, en su zona central.

peces presentan unos colores totalmente distintos a los de otros lugares. Unos lo llaman «Caspio», otros «Hircanio» y hay quienes piensan que desemboca en él la laguna Meotis [465], y el argumento que aducen es que el agua del mar, más dulce que la de los otros mares, se ha endulzado al añadírsele el caudal de la laguna. Por la parte del Septen- 19
trión el mar se extiende sobre una costa inmensa, empuja sus olas hacia adentro y, agitado, inunda gran parte de la tierra. Igualmente, en otra estación del año, recoge hacia sí el caudal del agua y, retirándose con el mismo ímpetu con el que se desparramó, devuelve la tierra a su propio estado natural. Algunos incluso han creído que no se trata del mar Caspio sino de uno que, procedente de la India, se dirige hacia Hircania cuya parte superior, como hemos dicho, se arquea en un valle ininterrumpido.

Desde allí el rey avanzó 20 estadios [466] por un sendero 20
poco menos que impracticable sobre el que un bosque se alzaba amenazante. Las torrenteras y los charcos fangosos retardaban su marcha; al no salirles al encuentro ningún enemigo, se adentraron por el sendero y finalmente llegaron a terrenos más fértiles. Aparte de otros víveres, de 21
los que en aquel momento la región ofrecía una gran abundancia, se trataba de una zona en la que las cosechas de frutos eran ubérrimas y muy apta para el cultivo de la vid. Abunda allí un árbol, parecido a la encina, cuyas hojas 22
se cubren de gran cantidad de miel, pero si los lugareños no se adelantan a recogerla antes de la salida del sol, el zumo desaparece por poco calor que haga [467].

[465] El mar de Azov.

[466] Unos 3.700 m.

[467] Identificado por algunos con el maná. PLINIO EL VIEJO, XII 8 (34), nos ofrece el testimonio de ONESÍCRITO, fr. 3 M, según el cual, en los

23 Había avanzado, a partir de aquí, 30 estadios [468], cuan-
do le salió al encuentro Fratafernes [469], ofreciéndose a Ale-
jandro él mismo y aquellos que habían huido después de
la muerte de Darío. El rey los recibió con afabilidad y lle-
gó a la plaza fuerte de Arvas. Aquí le salieron al encuentro
24 Crátero y Erigio, que habían traído consigo a Fradates, sá-
trapa del pueblo de los tapuros. Recibido también éste
bajo la protección del rey, se convirtió para muchos en
ejemplo y estímulo para poner a prueba la clemencia de
25 Alejandro. Dio después a Manapis [470] la satrapía de Hir-
cania: éste, desterrado durante el gobierno de Oco, se ha-
bía refugiado junto a Filipo. También devolvió a Fradates
el gobierno del pueblo de los tapuros.

5 El rey había penetrado hasta las regiones más extre-
mas de la Hircania cuando le salió al encuentro Artabazo
(del que más arriba [471] hemos hecho notar la acendrada
fidelidad a Darío), en compañía de los allegados del rey
persa y de sus propios hijos, escoltados por un pequeño
2 destacamento de soldados griegos. El rey, a su llegada,
le tendió la mano por dos razones: en primer lugar, Arta-
bazo había sido huésped de Filipo cuando, durante el rei-
nado de Oco, éste le había hecho desterrar; por otro lado,
la lealtad mantenida hacia su propio rey hasta el final te-

valles de Hircania crece un árbol, parecido a la higuera —llamado *occho* por los lugareños—, que destila miel durante las horas de la mañana.

[468] Unos 5 km. y medio.

[469] Sátrapa de Partia y de Hircania. Según Arriano, III 8, 4, tomó parte en la batalla de Gaugamelas. Tras la muerte de Darío, se puso —como dice el texto— a disposición de Alejandro, quien lo mantuvo en su antigua satrapía.

[470] Arriano, III 22, 1, lo llama Amminaspis.

[471] En V 9, 1.

nía para Alejandro incluso más valor que las prendas de
la hospitalidad. Artabazo, al verse recibido con tal afabili- 3
dad, dijo: «¡Oh rey!, ruego a los dioses que vivas en una
perpetua e inmarcesible felicidad. Por lo que a mí respec-
ta, en medio de la alegría que me rodea sólo hay una cir-
cunstancia que me hace sufrir: el no poder disfrutar de
tu bondad por mucho tiempo debido a mi vejez que decli-
na»: había cumplido ya 94 años. Le acompañaban nueve 4
jóvenes, todos ellos hijos suyos nacidos de la misma ma-
dre. Artabazo los hizo acercarse a la mano derecha del
rey y suplicó a los dioses que vivieran mientras pudieran
ser útiles a Alejandro.

El rey, por lo común, solía desplazarse a pie, pero 5
en aquellas circunstancias dio orden de que les trajeran
dos caballos, uno para él y otro para Artabazo, a fin de
evitarle al anciano el sonrojo de ir a caballo mientras él
caminaba a pie. Una vez que fue montado el campamento, 6
ordenó que fueran llamados a su presencia los griegos que
Artabazo había traído consigo, pero ellos respondieron que
tendrían que deliberar sobre cuál debía ser su actitud si
no se concedía el perdón también a los lacedemonios y
a los sinopenses. Los legados que los lacedemonios habían 7
enviado a Darío, al ser éste vencido, se habían puesto bajo
la protección de los mercenarios griegos que luchaban en
el bando persa. El rey, dejando a un lado cualquier tipo 8
de promesa o de compromiso de perdón, dio orden de que
vinieran a su presencia para arrostrar la suerte que él les
deparara. Por largo tiempo se mostraron indecisos, al ser
muchos los que de un momento a otro cambiaban de opi-
nión, pero por fin prometieron venir; pero el ateniense 9
Demócrates [472], que siempre había sido un enemigo acérri-

[472] Desconocido. Sólo Curcio lo menciona.

mo del poder macedonio, desesperando de alcanzar el perdón, se atravesó con la espada; los demás, tal como ha-
10 bían decidido, se sometieron al poder de Alejandro: eran 1.500 soldados, aparte los 90 legados enviados a Darío. Los soldados fueron distribuidos como refuerzo; los demás, enviados a la patria, a excepción de los lacedemonios a los que hizo encarcelar.

11 El pueblo de los mardos vivía limítrofe con Hircania. Se trataba de un pueblo de vida salvaje y acostumbrado al bandidaje. Era el único que ni había enviado legados ni parecía dispuesto a obedecer las órdenes. Por eso el rey, indignado ante la idea de que un solo pueblo pudiera conseguir que no fuera considerado como invencible, después de dejar los bagajes protegidos por un cuerpo defensivo, se puso en marcha al frente de un destacamento armado
12 a la ligera. El camino lo recorrió de noche y, al rayar el alba, divisó al enemigo. Más que un combate lo que hubo fue una escaramuza: desalojados de las colinas que habían ocupado, los bárbaros emprendieron la huida y los macedonios se apoderaron de las aldeas cercanas, abandonadas por sus propios habitantes.

13 El ejército no tenía acceso al interior de la región si no era a costa de grandes incomodidades: las cimas de los montes están bloqueadas por bosques de enorme arbolado y por rocas infranqueables; en cuanto a la zona llana, los bárbaros la habían hecho intransitable mediante un nuevo
14 tipo de atrincheramiento. Plantan los árboles pegados aposta unos a otros y cuando todavía están tiernas sus ramas las doblan con la mano y, después de retorcerlas, las vuelven a plantar en tierra, de donde los troncos nacen más
15 robustos, como si se tratara de otra raíz. Estos árboles no los dejan crecer siguiendo la inclinación de la naturaleza, sino que los entretejen unos con otros con una especie

de nudos; cuando se revisten de abundante follaje cubren el suelo; de este modo las ramas, escondidas, a manera de una red cierran el paso con un seto ininterrumpido.
La única solución consistía en abrirse paso a golpe de 16
machete, pero se trataba de un remedio muy fatigoso. En efecto, los abundantes nudos habían endurecido los troncos y las ramas, entrelazadas, semejantes a aros suspendidos, dejaban sin efecto los golpes ante la flexibilidad de los
tallos. Los habitantes de la región, acostumbrados, como 17
las fieras, a deslizarse bajo los matorrales, también en aquella ocasión habían penetrado en el bosque y hostigaban al enemigo con disparos invisibles. Alejandro escudriñó sus escondrijos como lo hacen los cazadores y dio cuenta de la mayor parte de ellos; finalmente dio orden a sus soldados de rodear el bosque con el fin de entrar en él al ataque
si encontraban algún acceso; pero, al no conocer el terreno, 18
la mayor parte se extraviaron y algunos fueron apresados. Con ellos fue capturado también el caballo del rey, denominado «Bucéfalo» [473], por el que Alejandro sentía un cariño superior al que sentía por cualquier otro animal, y era lógico, pues aquel caballo no se dejaba montar por

[473] Los historiadores de Alejandro se han recreado en ofrecer rasgos curiosos de este magnífico ejemplar de animal que, después de haber hecho toda la campaña con Alejandro y de haber participado en todas las grandes batallas del Macedonio, murió, según la mayor parte de los historiadores antiguos, como consecuencia de las heridas recibidas en este combate, pero, según Onesícrito —cuyo testimonio recoge Plutarco, *Alej.* LXI, 1— moriría de viejo y de agotamiento «pues tenía 30 años en el momento de su muerte». Alejandro a una ciudad por él fundada le dio el nombre de «Bucéfala», en recuerdo del caballo, como el mismo Curcio dice en IX 3, 23. Sobre Bucéfalo puede verse Arriano, V 19, 5; Diodoro, XVII 76, 5 sigs. y, en especial, Plutarco, *Alej.* VI 1 sigs. y LXI 1-2. Según Diodoro, el caballo había sido un regalo hecho por Demarato de Corinto; según Plutarco, por Filonico de Tesalia.

ningún otro y, cuando el rey quería hacerlo, se arrodillaba para recibirlo, sin que nadie se lo indicara: todos estaban convencidos de que el caballo se daba cuenta de quién era
19 el que lo montaba. Aguijoneado más de la cuenta por la cólera y, al mismo tiempo, por el dolor, dio orden de que se buscara al caballo y de que se hiciera saber al enemigo, mediante un intérprete, que si no lo devolvían no quedaría uno con vida. Aterrorizados ante tal amenaza,
20 trajeron el caballo y, con él, otros obsequios. Pero ni siquiera así se mitigó su cólera y ordenó talar los árboles y terraplenar, con tierra excavada de las montañas, el lla-
21 no obstaculizado por las ramas. La obra había alcanzado ya cierta altura cuando los bárbaros, desesperando de poder conservar la posición que habían ocupado, se rindieron con todo su pueblo. El rey aceptó rehenes y ordenó que se sometieran a Fradates.

22 Desde allí al quinto día regresó al campamento. Después de duplicar a Artabazo los honores que había recibido de manos de Darío, lo envió a su patria.

Habían llegado ya a la ciudad de Hircania en la que Darío había tenido un palacio [474]. Al llegar allí le salió al encuentro Nabarzanes, tras recibir garantías de perdón,
23 llevando consigo ingentes regalos. Entre ellos se encontraba Bagoas [475], un eunuco de singular belleza y en la misma flor de la edad, que gozó de los favores de Darío antes de gozar de los de Alejandro, y, conmovido sobre todo por las súplicas del joven, Alejandro perdonó a Nabarzanes.

[474] Posiblemente se trata de la ciudad de Tape.

[475] Como se ha dicho en nota 454, el nombre de «Bogoas» era muy frecuente entre los eunucos. Del influjo que este jovencito tuvo en Alejandro es una prueba la trágica historia de Orsines que cuenta Curcio en X 1, 22-38. Unos días antes de morir, Alejandro estuvo en la casa que Bagoas tenía en las cercanías de Babilonia, según Eumenes Fr. 1 = Eliano, *Variae Historiae* III 23.

Como hemos dicho más arriba [476], fronterizo con la 24
Hircania se encontraba el pueblo de las amazonas, que habitaban junto al río Termodonte las llanuras de Temiscira [477]. Su reina era Talestris, cuyo poder se extendía sobre 25
toda la región comprendida entre el monte Cáucaso [478] y el río Fasis. La reina, ardiendo en deseos de ver al rey, dejó atrás las fronteras de su reino y, al llegar a las proximidades de Alejandro, envió por delante una delegación para informarle de la llegada de una reina que ansiaba llegar a su presencia y conocerlo [479]. Otorgado al instante 26
el permiso para acercarse, Talestris hizo detenerse a su comitiva y avanzó acompañada de 300 mujeres. En cuanto llegó a presencia del rey, echó pie a tierra, llevando un par de lanzas en su mano derecha. El vestido no cubre 27
todo el cuerpo de las amazonas, pues la parte izquierda del pecho la llevan al aire, mientras el resto lo mantienen tapado, y los pliegues de su vestido, recogidos con un nudo, no descienden por debajo de las rodillas. El pecho 28
izquierdo lo conservan intacto con el fin de poder ama-

[476] En 4, 17 de este mismo libro. Véase nota a dicho pasaje.

[477] Como se ha dicho en nota 464, Curcio confunde la región costera del mar Caspio (donde, al suroeste del mismo, se encuentra la Hircania) con la región costera del sur del mar Negro. El río Termodonte desemboca en el mar Negro, al este de Sinopo; en su desembocadura se encontraba la ciudad de Temiscira. La leyenda colocaba en esta zona la patria de las amazonas, pueblo legendario de mujeres guerreras que aparecen relacionadas con abundantes mitos y leyendas del mundo clásico.

[478] Véase nota 195.

[479] Sobre la autenticidad o no de tal visita a Alejandro, Plutarco, *Alej.* XLVI 1-2, aduce el testimonio de nada menos que 14 historiadores que se habían planteado la cuestión: de éstos, cinco favorables a la autenticidad (Clitarco y Onesícrito entre ellos) y nueve en contra (entre otros, Aristobulo y Ptolomeo). Diodoro cuenta esta aventura en XVII 77, 1 sigs.; Justino en XII 3, 5 sigs.

mantar a los hijos de sexo femenino, mientras que el derecho lo queman a fin de tensar con más facilidad el arco
29 y blandir mejor las armas arrojadizas. Talestris, imperturbable, tenía fijos sus ojos en el rey, recorriendo con su mirada su porte exterior, que no estaba a la altura de la fama de sus hazañas: y es que entre todos los bárbaros la veneración va ligada a la majestad corporal y consideran que sólo son capaces de grandes empresas aquellos a los que la naturaleza se dignó dotar de un aspecto impre-
30 sionante. Ante la pregunta de si quería hacer alguna petición, la reina, sin el menor titubeo, contestó que había venido a tener hijos con el rey, digna como era de que el mismo rey obtuviera de ella herederos del reino; si era hija la conservaría consigo, si hijo, se lo entregaría a su
31 padre. Alejandro le preguntó si quería guerrear a su lado, pero ella, pretextando que había dejado su reino sin nadie que lo protegiera, perseveraba en su petición de que no
32 la dejara marchar frustrada en su esperanza. La pasión amorosa de la mujer era más fogosa que la del rey y le movió a detenerse unos cuantos días: trece fueron dedicados a satisfacer el deseo de la reina. Pasados éstos, Talestris volvió a su reino y Alejandro a la Partia.

6 Allí dio rienda suelta abiertamente a sus pasiones, convirtiendo la continencia y la moderación, que son bienes excelsos en medio de la más sobresaliente de las fortunas,
2 en soberbia y lascivia. Las costumbres de su patria, la disciplina de los reyes macedonios, sabiamente moderada, así como su aspecto exterior igual al de simples particulares, le parecían poco en relación con su grandeza y se dio a emular la dignidad de la monarquía persa, semejante en
3 su poder al poder divino. A los vencedores de tantos pueblos deseaba verlos prosternados a sus pies, dispuestos a

venerarlo[480], irlos acostumbrando a menesteres serviles y considerarlos como esclavos. En consecuencia, ciñó su ca- 4
beza con una diadema de púrpura bordada en blanco (como una que había tenido Darío) y adoptó la indumentaria persa sin ningún respeto por el presagio de trocar los emblemas del vencedor por el atavío del vencido. Él, por 5
supuesto, decía que lo que llevaba era los despojos de los persas, pero juntamente con los despojos se había revestido de sus costumbres y la arrogancia de espíritu iba en pos de la soberbia del vestuario. Incluso las cartas, las 6
que enviaba a Europa, las sellaba con la gema de su anillo habitual; las que enviaba a Asia con el anillo de Darío, dejando bien claro que un solo espíritu no puede seguir dos destinos. A los amigos y a los caballeros (la flor y nata del 7
ejército) los había cubierto de vestiduras persas y, aunque mostraban un evidente desdén hacia ellas, no se atrevían a rechazarlas. Trescientas sesenta[481] concubinas (otras tantas 8
como había tenido Darío) llenaban las dependencias de palacio y se veían acompañadas de bandadas de eunucos, acostumbrados, ellos también, a hacer el papel de mujeres.

[480] Los persas saludaban a sus reyes prosternándose en tierra (véase, por ejemplo, HERÓDOTO I 119), acción que los griegos reservaban para la adoración de los dioses. Alejandro, después de obligar a los persas a manifestarle los mismos rasgos de adoración que habían ofrecido a Darío, pretenderá hacer lo mismo con los macedonios, a lo que éstos se opondrán decididamente (véase VIII 5, 5 sigs.): la lucha entre Alejandro y parte de sus propios amigos macedonios, apegados a sus tradiciones y asustados ante la creciente orientalización del rey, se presagia dura y encarnizada.

[481] Nos apartamos del texto ofrecido por BARDON («CCC et LXV»), que es una interpretación de VOGEL, ante la lectura de los códices («CCCC et LX»). Con GIACONE interpretamos que los códices cometen el error —muy excusable— de añadir una «C» de más, pero en la descripción que el mismo Curcio (III 3, 24) hace del cortejo de Darío se dice que eran 360 las concubinas del rey persa.

9 Esta situación, corrompida por el lujo y las costumbres extranjeras, era criticada sin tapujos por los veteranos de Filipo, gente poco hecha a los placeres, y a lo largo y a lo ancho del campamento era unánime el sentimiento y todos estaban de acuerdo en afirmar que era más lo que se había perdido con la victoria que lo que se había gana-
10 do con la guerra: se veían ya derrotados y entregados a unas costumbres ajenas y extranjeras. ¿Con qué cara volverían finalmente a sus casas, vestidos poco menos que de cautivos? Sentían vergüenza de sí mismos y su rey, convertido, de emperador de Macedonia, en sátrapa de Darío, se asemejaba más a los vencidos que a los vencedores.

11 Alejandro, dándose bien cuenta de que tanto sus amigos más íntimos como el ejército estaban gravemente ofendidos, intentaba recuperar sus simpatías con la generosidad de sus regalos, pero yo pienso que el salario de la esclavitud no encuentra agradecimiento en unos espíritus libres.
12 En consecuencia, con el fin de que la situación no degenerara en un motín, había que interrumpir el ocio con el ejercicio de la guerra y la ocasión se presentaba muy opor-
13 tuna. En efecto, Beso, adoptando la indumentaria real [482], se había hecho llamar «Artajerjes» y trataba de agrupar a los escitas y a los otros ribereños del Tanais. Esta era la información ofrecida por Satibarzanes [483] a quien, des-

[482] Sobre la indumentaria real persa, véase lo que el mismo Curcio dice en III 3, 17 sigs. acerca de la de Darío. A este respecto, véase también JENOFONTE, *Ciropedia* VIII 3, 13.

[483] Sátrapa de Aria. Participó en la batalla de Gaugamelas. Según ARRIANO, III 21, 10, tomó parte activa y directa, junto con Beso, en el asesinato de Darío. Como se dice en el texto, se sometió a Alejandro y éste le confirmó en su satrapía. Poco después (véase 6, 20 de este mismo libro) se rebeló contra Alejandro, muriendo en un combate mano a mano con Erigio, según se cuenta en VII 4, 33 sigs.

pués de recibirlo en sumisión, Alejandro puso al frente de la región cuyo gobierno había desempeñado con anterioridad. Y como el ejército, embarazado por el botín y sus 14
pertrechos de placer, apenas si podía moverse, el rey ordenó que se pusieran a la vista de todos en primer lugar sus propios enseres y, a continuación, los de todo el ejército, a excepción de los de primera necesidad. Había una lla- 15
nura espaciosa a la que habían llevado los carruajes con su cargamento. Todo el mundo se mantenía a la expectativa, preguntándose cuál sería su próxima decisión; el rey dio orden de que fueran retirados los caballos y, tras pegar fuego en primer lugar a sus propios enseres, hizo que a continuación quemaran los de los demás. Ardían, pegán- 16
les fuego sus propios dueños, objetos que para poder arrebatarlos sanos y salvos de las ciudades enemigas con frecuencia habían tenido que salvarlos de las llamas y nadie se atrevía a lamentarse del precio de su sangre, al ver que el mismo fuego reducía a pavesas las riquezas del rey. Poco después la reflexión mitigó el dolor de los soldados 17
y, preparados para la milicia y dispuestos a todo, se alegraban de haber perdido los bagajes antes que la disciplina.

Se dirigían hacia la región bactriana cuando la súbita 18
muerte de Nicanor, hijo de Parmenión, llenó a todos de profunda tristeza. El rey, apesadumbrado más que nadie, 19
deseaba en verdad hacer un alto con la intención de asistir a los funerales pero la falta de víveres le obligaba a darse prisa; por ello dejó a Filotas con 2.600 hombres con el fin de que rindiera a su hermano las honras fúnebres y él, por su parte, se dirigió al encuentro de Beso.

Durante la marcha le entregaron unas cartas de los 20
sátrapas de las regiones vecinas por las que se enteró de que Beso salía a su encuentro en actitud hostil y de que, además, Satibarzanes, al que Alejandro había puesto al

frente de la satrapía de los arios, le había traicionado.
21 Así pues, aunque sus amenazas iban dirigidas contra Beso, sin embargo estimó que lo mejor era dar la vuelta y desembarazarse de Satibarzanes: al frente de la infantería ligera y de tropa de caballería recorrió el camino con toda diligencia a lo largo de toda la noche y cayó de improviso
22 sobre el enemigo. Al tener conocimiento de su llegada, Satibarzanes, acompañado de 2.000 jinetes (la precipitación no le había permitido reclutar más tropas), buscó refugio en Bactras, mientras el resto ocuparon los montes cercanos.

23 La parte occidental está constituida por un precipicio rocoso; la que mira al oriente, inclinándose en pendiente más suave, se halla cubierta de gran cantidad de árboles y tiene una fuente de aguas perennes y abundantes. Su con-
24 torno tiene un perímetro de 32 estadios [484]. En la cima, había una llanura cubierta de follaje donde hicieron apostarse a una multitud incapaz de establecer combate; los tramos donde la roca faltaba fueron atrincherados con troncos y piedras: 13.000 hombres se encontraban con las armas en la mano.

25 Alejandro, dejando a Crátero con la misión de ponerles cerco, se apresuró por su parte a perseguir a Satibarzanes, pero, al enterarse de que era mucha la delantera que le llevaba, volvió grupas, con la intención de reducir a los que habían tomado posiciones en lo alto de los montes.
26 En primer lugar dio orden de limpiar todas las zonas por donde se pudiera penetrar; después, al encontrarse con rocas impracticables y peñascos cortados a pico, el esfuerzo parecía baldío, al chocar con el obstáculo de la naturaleza.
27 Alejandro, hombre como era de espíritu en lucha constan-

[484] Cerca de 6 km.

te con las dificultades, al ver que era penoso seguir adelante y peligroso dar la vuelta, agitaba en su mente todo tipo de reflexiones, adoptando ya un plan ya otro, como suele ocurrir cuando desechamos el proyecto primitivo. En medio de sus dudas, la buena estrella le vino a ofrecer un
plan que la razón no había sabido trazar: soplaba el favo- 28
nio [485] con fuerza y los soldados, en su afán de abrirse un camino a través de los peñascos, habían cortado gran cantidad de arbustos que, abrasados por el ardor del sol,
habían ya comenzado a arder; a la vista de ello, Alejandro 29
mandó amontonar otros maderos y echar más leña al fuego, con lo que rápidamente los troncos, amontonados,
igualaron la cima del monte. Al prenderse el fuego por to- 30
das partes, todo se convirtió en llamas: el viento las arrastraba hacia los rostros del enemigo y una enorme humare-
da cubrió el cielo como con una nube. El incendio hacía 31
resonar los bosques e incluso las zonas a las que los soldados no habían pegado fuego ardían como resultado de la proximidad del mismo. Los bárbaros intentaban escapar del peor de los suplicios, buscando salida por donde el fuego desfallecía, pero allí donde las llamas ofrecían un cami-
no, se alzaba el obstáculo del enemigo. Así pues, perecie- 32
ron de muerte diversa: unos se arrojaron en medio de las llamas, otros se precipitaron desde lo alto de las rocas, algunos se ofrecieron a los golpes de los enemigos y unos pocos se rindieron ya medio quemados.

Desde aquí volvió donde Crátero, que estaba poniendo 33
cerco a Artacana [486]. Crátero, con todo a punto, aguardaba la llegada del rey, reservándole, como era natural, la
gloria de la toma de la ciudad. Alejandro dio orden de 34
acercar las torres a las murallas; su misma contemplación

[485] Favonio o céfiro, viento del oeste.

[486] Capital de Aria, la satrapía de Satibarzanes.

aterrorizó a los bárbaros, quienes, alzando las manos con las palmas hacia el cielo, comenzaron a rogarle que reservara su cólera contra Satibarzanes, promotor de la rebelión, y que les perdonara a ellos que se rendían en actitud suplicante. El rey les concedió su perdón y no solamente levantó el asedio a la ciudad sino que devolvió a sus habitantes todos sus bienes.

35 Después de alejarse de esta ciudad, le salió al encuentro un suplemento de tropas de refresco: Zoilo [487] había traído 500 jinetes de Grecia; Antípatro había enviado desde Iliria otros 3.000; Filipo venía acompañado de 130 jinetes tesalios y de Lidia habían llegado 2.600 soldados de infantería, tropa extranjera, seguidos de 300 jinetes de la misma
36 nacionalidad. Con tales refuerzos se dirigió a la belicosa nación de los drangas [488]; la satrapía la desempeñaba Barzaentes [489], cómplice de Beso en el asesinato de su rey. Barzaentes, por miedo al castigo, huyó, en busca de refugio, a la India.

7 Hacía ya ocho días que permanecían acampados [490], cuando he aquí que el rey, a quien la fuerza extranjera no sólo no había logrado vencer sino que ni siquiera había atentado contra su seguridad personal, fue objeto de un atentado por parte de sus propios compatriotas [491].

[487] Sólo Curcio habla de este personaje.

[488] Pueblo que habitaba junto a la *Palus Aria*, la laguna en la que desembocaba el río Helmond. La región pertenecía a lo que hoy es el Afganistán.

[489] Sátrapa de la Aracosia y de la Drangiana. Tomó parte en la batalla de Gaugamelas y, como dice el texto, en el asesinato de Darío.

[490] En Frada (más tarde, Proftasia, cerca de la actual Farah), capital de la Drangiana. Corría el año 330.

[491] Se trata de la conspiración en la que se vio involucrado Filotas, el hijo de Parmenión. De entre todos los historiadores de Alejandro que

Dimno [492], que no gozaba ni de gran autoridad ni de gran 2
favor ante el rey, estaba ardientemente enamorado de un querido suyo llamado «Nicómaco», al que se encontraba encadenado por ser el único que disfrutaba de los favores del joven. Dimno, como si fuera presa de una especie de 3
desvarío —lo que se reflejaba también en su rostro—, cogió al joven a solas y se retiró con él a un templo, adelantándole que le iba a dar a conocer unos secretos sobre los que debería guardar completo silencio; ruega al mucha- 4
cho, al que la impaciencia mantiene en vilo, que, por el

narran los acontecimientos (Justino, XII 5, 1-3; Plutarco, *Alej.* XLVIII-XLIX; Arriano, III 26) Curcio es el que nos ofrece un relato más artificial y retórico, buscando en todo momento el interés y la intriga. Los antecedentes de la propia conspiración y el estado crítico de las relaciones entre Filotas y Alejandro los cuenta Plutarco en los caps. XLVIII y XLIX 1-2. Acerca de esta cuestión, véase el «Appendix» XI: «The deaths of Philotas and Parmenio», que P. A. Brunt presenta en su edición de Arriano, tomo I, págs. 517-521, ed. «Loeb», 1976, y Waldemar Heckel, «The conspiracy against Philotas», *Phoenix* 31, 1 (1977), 9-21, con bibliografía especializada sobre el tema en nota 2. Sobre el auténtico promotor de la conjuración los historiadores modernos discrepan abiertamente: hay quien piensa que fue planeada y preparada por el propio Alejandro para poderse quitar de en medio a Filotas y a su padre Parmenión, cuyo asesinato será narrado por Curcio en VII 2, 11 sigs. (así P. Goukowsky, «Alexandre et la conquête de l'Orient (336-323)», páginas 245-333 de la obra de varios autores: *Le monde grec et l'Orient,* t. II, *Le IVe siècle et l'époque hellenistique,* París, P.U.F., 1975. Igualmente E. Badian, «The Death of Parmenio», *Transactions of the American Philological Association,* 91 (1960), 324-338), o por los jóvenes generales macedonios, que aprovecharían la ocasión para desembarazarse de un compañero molesto (así W. Heckel, art. cit.), o por el propio Filotas (tesis mantenida únicamente, entre historiadores de relieve, por W. W. Tarn, *Alexander the Great,* Cambridge, 1948).

[492] Perteneciente al grupo de los hetairos. Plutarco, *Alej.* XLIX, 3, dice que se llamaba Limno y que era originario de Calaestra, la ciudad macedonia situada en la desembocadura del Axios.

mutuo amor que se profesan y por las recíprocas pruebas que de tal amor se han dado, le asegure por juramento
5 que mantendrá en secreto lo que le va a confiar. El joven, persuadido de que Dimno no le habría de comunicar nada que tuviera que revelar ni siquiera a precio de un perjurio,
6 pone a los dioses por testigos de su juramento. Entonces Dimno le descubre que para dentro de dos días hay preparado un complot contra el rey y que él es cómplice del plan junto con hombres aguerridos y de alcurnia.
7 Al oír tales cosas, el muchacho niega con decisión que haya comprometido su palabra en un acto de parricidio y que ningún escrúpulo religioso puede obligarle a man-
8 tener en secreto un crimen. Dimno, loco de amor y loco de miedo, cogió la mano derecha de su querido y, con lágrimas en los ojos, le rogó al principio que pasara a
9 tomar parte del plan proyectado: si su valor no llegaba a tanto, al menos que no lo traicionara, a él, que, entre otras muestras de amor, le había ofrecido, como la prueba de más fuerza, el haber puesto su cabeza a disposición de
10 una lealtad todavía no sometida a prueba. Finalmente, al ver que el joven persiste en rechazar el crimen, intenta aterrorizarlo, amenazándolo de muerte: los conjurados comenzarán su hermosa acción por la cabeza del muchacho.
11 Por fin, llamándole unas veces afeminado y cobarde como una mujerzuela, otras traidor a un enamorado, prometiéndole a ratos las mayores grandezas, e incluso hablando de vez en cuando de reinado, intentaba trocar la decisión de
12 su espíritu que aborrecía con firmeza el crimen. Para acabar desenvainó su espada y llevándola ya a la garganta del joven ya a la suya propia, alternando su actitud suplicante con una actitud amenazadora, le arrancó la promesa no sólo de su silencio sino incluso de su colaboración.
13 A decir verdad, la decisión del joven permanecía inmuta-

ble y —digno de ser honesto— en nada había cambiado su voluntad primera sino que simulaba aceptarlo todo por amor a Dimno. Después comenzó a preguntar a éste quié- 14
nes eran sus compañeros en tal empresa, pues era de capital importancia saber qué tipo de hombres iban a colaborar en acción tan memorable. Dimno, desequilibrado por 15
el amor y por el crimen, le dio las gracias y, al mismo tiempo, le felicitó por no haber dudado en asociarse a jóvenes tan esforzados como Demetrio [493], guardia de corps, como Peucolao [494], como Nicanor [495]; a éstos añadió los nombres de Afobeto, Iolao, Dioxeno, Arquépolis, Amintas [496].

Tras esta conversación, Nicómaco comunicó a su 16
hermano, llamado Cebalino, toda la información que había recibido. Les pareció lo mejor que Nicómaco permaneciera en la tienda, no fuera que los conjurados, si veían que penetraba en el aposento del rey (él que no solía tener acceso a Alejandro), cayeran en la cuenta de que habían sido traicionados. Cebalino, por su parte, montó guardia ante 17
el vestíbulo de la tienda real, en espera de que alguien perteneciente a la primera cohorte de los amigos del rey lo introdujera a presencia de Alejandro. Dio la casualidad 18

---

[493] En 11, 35 de este mismo libro, asistimos a la acusación personal contra Demetrio. ARRIANO, III 27, 5, dice que Demetrio fue arrestado después de quedar zanjada la conspiración de Filotas, aunque lo fue por sospechas de que había tenido parte en ella y que su puesto como guardia de corps fue suplido por Ptolomeo, hijo de Lago, el futuro rey de Egipto.

[494] Personaje desconocido. En VII 10, 10, se habla de otro Peucolao, general macedonio, también desconocido.

[495] Desconocido, lo mismo que Afobeto, Iolao, Dioxeno y Arquépolis.

[496] Sólo Curcio da el nombre de un Amintas entre los de los conspiradores, pero es difícil decir si se puede identificar con alguno de los numerosos Amintas que aparecen en su relato.

de que todos los demás estaban ausentes y que únicamente
Filotas, hijo de Parmenión, no se sabía por qué, estaba
en la tienda. Cebalino con el rostro descompuesto y dando
muestras de una gran agitación, le informó de lo que co-
nocía por su hermano y le pidió que se lo hiciera saber
19 al rey sin dilación. Filotas le felicitó y, acto seguido, entró
a presencia del rey; hablaron largo y tendido de otros asun-
tos pero Filotas no le sacó la conversación de cuanto
20 Cebalino le había informado. Al caer la tarde, Cebalino
le sorprendió paseando por el vestíbulo de la tienda real
21 y le preguntó si había llevado a cabo su encargo. Filotas,
excusándose con que el rey no había tenido tiempo para
escucharle, se alejó. Al día siguiente, Cebalino le hizo la
espera cuando Filotas se dirigía a la tienda del rey y, al
entrar en ella, le recordó el asunto del que habían hablado
el día anterior. Filotas respondió que lo tenía bien en cuen-
ta pero tampoco en aquella ocasión dijo al rey una pala-
22 bra del asunto. Cebalino comenzaba a sospechar de él;
por eso, pensando que lo mejor era no volver a hablarle
de la cuestión, comunicó el crimen que se proyectaba a
un joven noble, de nombre Metrón [497], que era superinten-
dente del arsenal.

23 Metrón, después de esconder a Cebalino en la armería,
sin perder tiempo descubrió al rey, que casualmente estaba
dedicado a su aseo personal, lo que el delator le había
24 comunicado. El rey envió guardias a prender a Dimno y
entró en la armería. Cebalino, fuera de sí de alegría, excla-
mó: «¡Menos mal que te veo sano y salvo, escapado de
25 las manos de los impíos!». Preguntando después Alejan-
dro por todo lo que le interesaba conocer, se enteró de

[497] Sólo Curcio da el nombre del joven del que Diodoro, XVII 79, 4, dice que era un paje real.

todo punto por punto. Insistió de nuevo en sus preguntas,
queriendo saber cuántos días hacía que Nicómaco le había
denunciado la conjuración, y, al contestarle Cebalino que 26
hacía ya dos días, Alejandro, estimando que no era muy
de fiar una lealtad que había dejado pasar tanto tiempo sin
denunciar lo que sabía, ordenó que lo encarcelaran; pero 27
aquel comenzó a decir a voz en grito que en el mismo mo-
mento en que se había enterado había ido corriendo a Filo-
tas: que éste tenía perfecto conocimiento de todo. El rey vol- 28
vió a preguntarle si, en efecto, había acudido a Filotas y si
había insistido en que le fuera comunicada al rey la infor-
mación. Como Cebalino persistiera en confirmar sus pro-
pias palabras, alzando las manos al cielo y con gran profu-
sión de lágrimas, comenzó a lamentarse Alejandro de que
éste era el pago de agradecimiento por parte del que en
otro tiempo había sido el más querido de sus amigos.

Entretanto, Dimno, sabiendo muy bien por qué se le 29
hacía llamar, se hirió gravemente con la espada que ca-
sualmente llevaba ceñida; imposibilitado de consumar su
obra por la aparición de los guardias del rey, fue conduci-
do a la tienda real. Alejandro, mirándole cara a cara, le 30
dijo: «¿Qué crimen tan grande, ¡oh Dimno!, he concebido
contra ti para que te pareciera Filotas más digno que yo
del trono de Macedonia?». Dimno había ya perdido la voz;
así, pues, lanzó un gemido, desvió su rostro de las miradas
del rey y, desplomándose a tierra, expiró.

El rey hizo venir a Filotas a su tienda y le dijo: «Ceba- 31
lino, que ha merecido el último suplicio si estuvo encu-
briendo durante dos días un complot preparado contra mí,
ha hecho recaer la culpa del crimen sobre Filotas, al que
asegura que denunció la conjura sin perder un instante.
En la medida en que ocupas un escalón más cercano a 32
mí en la amistad, en esa misma medida es mayor el crimen

de un fingimiento que —lo confieso— está más de acuerdo con Cebalino que con Filotas. Tienes en mí un juez que está de tu parte por si lo que no pudo cometerse puede
33 al menos ser negado». Filotas, imperturbable —si el estado del ánimo se puede deducir de la expresión del rostro—, respondió que en realidad lo que Cebalino le había comunicado eran palabras de un invertido, a las que él no había dado ningún crédito por venir de fuente tan liviana, temiendo transmitir, para algazara general, lo que no era más que una querella entre un enamorado y un querido;
34 ahora bien, al suicidarse Dimno entendía que, fuera lo que fuera, no debía haberlo pasado en silencio, y, abrazando al rey, comenzó a rogarle que considerara su vida pasada más bien que la culpa de un silencio, no la de una acción.
35 Yo no sabría decir si el rey le creyó o si enterró su cólera en lo más hondo de su pecho: le ofreció su diestra, como prueba de reconciliación, y dijo que la denuncia del complot le parecía que más bien había sido desdeñada que ocultada por Filotas.

8 Alejandro convocó el Consejo de los amigos, a excepción de Filotas, y ordenó que se diera entrada a Nicómaco.
2 Este expuso punto por punto al rey todo lo que había hecho saber a su hermano. Entre los predilectos de Alejandro se encontraba Crátero, a quien una rivalidad de presti-
3 gio lo tenía enfrentado a Filotas; no ignoraba aquél que con frecuencia Filotas, a puro de presumir de valor y de efectividad, se había hecho odioso a Alejandro y que, por ello, si no de crimen, al menos se había hecho sospechoso
4 de arrogancia [498]. Convencido de que no se le había de

presentar una ocasión más propicia para aniquilar a su rival, disfrazando su odio bajo capa de compasión, dijo: «¡Ojalá al comienzo de todo este asunto hubieras deliberado con nosotros! Te hubiéramos aconsejado que, puesto 5
a perdonar a Filotas, permitieras que él ignorara cuán grande era su deuda para contigo mejor que obligarle, comprometido a temer por su vida, a pensar más en su peligro que en tu propio beneficio, pues él siempre podrá seguir conspirando contra ti mientras que tú no siempre podrás seguir perdonándolo. Y no hay razón para pensar que el 6
que ha ido tan lejos en su osadía pueda cambiar movido por el perdón. Él sabe bien que los que han agotado la misericordia ya no pueden seguir esperando. Pero es que, 7
aun en el caso en que el mismo Filotas, doblegado o por su arrepentimiento o por tu benevolencia, se aviniera a no seguir conspirando, yo sé bien que su padre Parmenión, caudillo de un ejército tan poderoso y que por su prestigio bien enraizado entre tus soldados goza de un puesto que, en cuanto a grandeza, poco tiene que envidiar al tuyo [499], no ha de soportar con ecuanimidad el tener que deberte a ti la vida de su hijo. Hay favores que en nosotros des- 8
piertan el odio y reconocer que se ha merecido la muerte nos llena de vergüenza. Y además está el hecho de que

[498] Plutarco, *Alej.* XLVIII 1 sigs., después de describir el carácter arrogante y ambicioso de Filotas, informa de las intrigas que enfrentaron a Filotas y Alejandro por intermedio de Crátero: a la hora del reparto del botín de Darío, a Filotas le tocó en suerte una hermosa mujer, natural de Pidna, denominada Antígona, a la que hizo confidencias peligrosas acerca de sus propias hazañas y en detrimento de Alejandro. Antígona se fue de la lengua y las confidencias llegaron a oídos de Crátero, quien, enfrentado como estaba con Filotas por motivos profesionales (él era comandante de la falange y Filotas lo era de la caballería), aprovechó la ocasión para poner a Alejandro al corriente de todo.

[499] Después de la batalla de Gaugamelas, Parmenión, al frente de casi la mitad del ejército, había quedado como gobernador de Ectabana y en ningún momento se había preocupado de hacer llegar a Alejandro el grueso de sus tropas.

Filotas preferirá dar la impresión de que ha recibido una
injuria más bien que la vida. Por consiguiente, sábete que
tú vas a tener que entablar con ellos una lucha acerca
9 de tu propia vida. Bastantes enemigos tenemos en cuya
persecución vamos a tener que ir: tú protege tu flanco de
los enemigos de tu propia casa; si a éstos los mantienes
alejados, yo por mi parte nada temo del exterior». Esto
dijo Crátero.

10 Tampoco los demás tenían dudas de que si Filotas ha-
bía abortado la denuncia de la conjuración lo había hecho
porque era o promotor o cómplice de la misma: porque,
¿qué hombre fiel y de rectos sentimientos, no sólo de entre
los amigos sino incluso de entre las capas más bajas de
la plebe, al enterarse de lo que a Filotas le habían comuni-
cado no hubiera salido corriendo, sin perder un instante,
11 a buscar al rey? Y ni siquiera el ejemplo de Cebalino,
que le había dado a conocer toda la información recibida
de su hermano, le había empujado a hacerlo al hijo de
Parmenión, prefecto de la caballería y árbitro de todos los
secretos del soberano. Incluso había fingido que éste no ha-
bía tenido tiempo para dedicarlo a hablar del asunto y ello
con el fin de que el delator no se buscara otro mediador.
12 Nicómaco, atado incluso por un juramento hecho a los
dioses, se había dado prisa en aligerar su conciencia; Filo-
tas, después de pasar casi un día entero dedicado a las
diversiones y al juego, había sentido repugnancia de inter-
calar, en una conversación tan larga y hasta tal vez tan
intranscendente mantenida con Alejandro, unas cuantas pa-
13 labras relativas a la propia vida del rey. Y si no había
dado crédito a tales revelaciones, propias de niños, ¿por
qué había dejado pasar dos días como si tuviera fe en la
denuncia? Si la delación no le merecía crédito, lo que tenía
14 que haber hecho era despachar a Cebalino. Cuando lo

que está en peligro es la propia vida, cada uno puede dár-
selas de valiente; pero cuando lo que se teme es la vida
del rey, uno debe ser crédulo y hacer caso incluso a sim-
ples habladurías.

Se tomó, pues, por unanimidad la decisión de someter 15
a interrogatorio a Filotas para obligarle a revelar los cóm-
plices de la conjuración. El rey levantó la sesión, después
de advertirles que no dijeran una palabra sobre la deci-
sión, y, con el fin de que no se transparentara la menor
señal del plan proyectado, dio a continuación la orden de
que se anunciara que al día siguiente se reemprendería la
marcha. Fue también invitado Filotas a la que para él 16
iba a ser la última cena y el rey tuvo valor no sólo de
cenar sino incluso de conversar amistosamente con aquel
a quien ya había condenado. Después, en la segunda vigi- 17
lia [500], apagados ya los fuegos, se reunieron en la tienda
real unos cuantos: de entre los amigos, Hefestión, Cráte-
ro, Ceno y Erigio, y de entre los escuderos [501], Perdicas
y Leonnato. A través de éstos se pasó la orden de que
los que montaban guardia en el pretorio permanecieran vi-
gilantes con las armas en la mano, y ya habían sido apos- 18
tados jinetes en todos los accesos con la orden de bloquear
también los caminos a fin de que nadie pudiera, a escondi-
das, escapar en busca de Parmenión que por entonces se
encontraba en la Media al frente de un gran contingente
de tropas.

---

[500] Es decir, entre las 9 y las 12 de la noche.

[501] Se trata, en este caso, de los guardias de corps, designados por Curcio como *armigeri*. Con este nombre Curcio designa a veces cosas distintas: aparte de —como aquí— designar a los guardias de corps, otras veces se refiere a soldados que montan guardia en torno a un soberano o a un jefe militar (IV 7, 21).

19 Atarrias, acompañado de 300 hombres armados, había
entrado en la tierra real, poniéndose a su disposición diez
20 pajes, cada uno de ellos al frente de diez escuderos. Éstos
fueron divididos en grupos con el encargo de prender a
los demás conjurados. Atarrias, al frente de sus 300 hom-
bres armados, fue enviado a detener a Filotas. Al encon-
trar cerrada la puerta de la casa, intentó forzarla con la
colaboración de los 50 jóvenes más aguerridos, pues a los
restantes les había dado orden de bloquear la casa por to-
das partes con el fin de que Filotas no pudiera escapar
21 por alguna salida secreta. Filotas, bien sea porque tenía
la conciencia tranquila o porque se hallaba agotado, lo cier-
to es que dormía profundamente y Atarrias lo apresó cuan-
22 do todavía no se había despejado. Finalmente, al ser en-
cadenado, perdido ya su aturdimiento, exclamó: «¡Oh rey!,
la crueldad de mis enemigos ha vencido a tu bondad», y,
sin decir una palabra más, se lo llevaron con la cabeza
cubierta a la tienda real.

23 Al día siguiente, el rey dio orden de que se reuniera
todo el ejército. Se presentaron unos 6.000 soldados y, ade-
más, una turba de cantineros y mozos de cuerda había lle-
24 nado la tienda real. Los escuderos con sus filas mantenían
a cubierto a Filotas con el fin de que la masa no pudiera
verlo antes de que el rey hubiera hablado a los soldados.
25 Sobre condenas a muerte el rey, según la ancestral cos-
tumbre macedonia, sólo promovía las diligencias y el que
juzgaba era el ejército (en tiempo de paz, el pueblo) y la
potestad real no tenía ningún valor, si previamente su auto-
ridad no había sido refrendada.

26 En primer lugar se exhibió el cadáver de Dimno, del
que la mayor parte ignoraba cuáles habían sido sus pro-
yectos y qué trágico fin había tenido.

A continuación el rey avanzó hacia la asamblea, mos- 9
trando en su rostro el dolor de su corazón. Al propio tiem-
po, la pesadumbre de sus amigos había despertado no
pequeña expectación. Alejandro permaneció durante largo 2
rato con la cabeza baja como estupefacto y aturdido. Fi-
nalmente, tras recuperar su ánimo, dijo: «Poco ha falta-
do, ¡oh soldados!, para que un crimen de los hombres me
hubiera arrebatado de vuestro lado: si sigo con vida es gra-
cias a la providencia y a la misericordia de los dioses. Y
ha sido el veros a vosotros tan dignos de respeto lo que
me ha empujado a encolerizarme con más vehemencia con
los parricidas porque éste es el principal, es más, el único
sentido de mi vida: el poder agradecer debidamente a tan-
tos hombres esforzados y a los que me siento tan obligado».

Los soldados se echaron a llorar e interrumpieron el 3
discurso con sus sollozos. El rey prosiguió: «¡Cuánto más
grande va a ser la excitación que voy a levantar en vues-
tros corazones cuando os dé a conocer a los promotores
de crimen tan execrable! Todavía me da miedo mencionar-
los y, como si pudieran mantenerse a salvo, me resisto a
pronunciar sus nombres. Pero hay que superar el recuerdo 4
del primitivo afecto y poner al descubierto la conjura de
los ciudadanos impíos. ¿Cómo voy a pasar en silencio un
crimen tan abominable? Parmenión, a su edad, después
de recibir tantos favores míos y de mi padre y, siendo co-
mo es el que más tiempo lleva, de entre mis amigos, unido
a mí por los lazos de la amistad, se ha ofrecido a ser el
caudillo de crimen tan odioso. Su ejecutor, Filotas, ha 5
sobornado contra mi vida a Peucolao, a Demetrio y a este
Dimno cuyo cadáver estáis contemplando y a los restantes
cómplices de la misma locura».

Un murmullo de indignación y de queja se levantó des- 6
de todos los puntos de la asamblea, como suele levantarse

el murmullo de una multitud —y más especialmente el de una multitud de soldados— cuando la solivianta la cólera
7 o la simpatía. Después se hizo comparecer a Nicómaco, Metrón y Cebalino y cada uno expuso su propia denuncia. En las declaraciones de ninguno de ellos se designaba a Filotas como cómplice de la conjuración. Por ello, una vez que se hubo manifestado la indignación, las palabras de
8 los denunciantes fueron recibidas en silencio. Y entonces el rey dijo: «¿Qué sentimientos os parece a vosotros que embargaron a quien, puesto al corriente de las pruebas de la conjuración, las mantuvo ocultas? Que no se trataba
9 de simples infundios lo prueba la muerte de Dimno. Cebalino, a pesar de no estar totalmente seguro de sus denuncias, no tuvo miedo a los tormentos y en cuanto a Metrón, no dejó pasar ni un instante sin desprenderse de lo que sabía hasta el punto de que irrumpió en la estancia en don-
10 de yo me encontraba tomando un baño. Sólo Filotas no temió nada, sólo él no creyó nada. ¡Oh hombre esforzado! ¡Podía al menos conmoverse ante el peligro corrido por su rey, mudar la expresión de su rostro, oír con muestras
11 de inquietud la denuncia de complot tan grave! Bajo su silencio se esconde, evidentemente, el crimen, y la esperanza ansiosa de alzarse con el reino ha empujado su espíritu a precipitarse sobre el último de los sacrilegios. Su padre está al frente de la Media; él mismo, encontrándose como se encuentra con una autoridad por encima de la mía entre muchos jefes de tropa, aspira a más de lo que posee.
12 Hasta mi orfandad, el hecho de no tener hijos, es ocasión de escarnio. Pero Filotas está muy equivocado: vosotros sois mis hijos, vosotros sois mis padres, vosotros sois mis hermanos; si vosotros vivís no puedo considerarme huérfano».

A continuación leyó una carta, interceptada, de Par- 13
menión a sus hijos Nicanor y Filotas que en realidad no dejaba traslucir síntomas de sedición; en efecto, su contenido venía a resumirse en esto: «En primer lugar, pre- 14
ocupaos de vosotros mismos; después, de los vuestros; de esta manera llevaremos a feliz término nuestros planes». El rey añadió que la carta estaba escrita de tal manera 15
que si llegaba a manos de los hijos, éstos, como cómplices, pudieran comprender el contenido de la misma, pero, si era interceptada, pasara inadvertido a los que no estaban al corriente de la situación. «Pero, se dirá —prosiguió el 16
rey—, Dimno, al denunciar a los demás cómplices de la conspiración, no pronunció el nombre de Filotas. Mas no es señal de la inocencia de éste sino de su poder el hecho de que es tan grande el temor que le tienen los que le pueden traicionar que, al hacer su propia confesión, a él lo encubren. Es su propia vida la que se erige en acusadora de Filotas. Fue Filotas quien se hizo cómplice y aliado 17
de mi primo Amintas [502] cuando éste, en Macedonia, conspiró criminalmente contra mi vida. Fue Filotas quien ofreció su hermana en matrimonio a Atalo [503], que, de entre

[502] Se trata del hijo de Perdicas III, rey de Macedonia entre los años 365 y 359. Perdicas era hermano mayor de Filipo y éste, al morir Perdicas, quedó como regente, pues Amintas, el hijo de Perdicas, no tenía más de cinco años. Filipo se hizo proclamar rey y casó a Amintas con su propia hija Cinanné. Cuando Alejandro sucedió a su padre Filipo, Amintas promovió una rebelión para apoderarse del trono del que había sido despojado, rebelión con motivo de la cual fue ejecutado.

[503] Atalo era tío de Cleopatra, la esposa de Filipo tras separarse éste de Olimpíade, la madre de Alejandro (año 337). Atalo intrigó abiertamente, a la muerte de Filipo, contra Alejandro. Olimpíade se vengó haciendo que Atalo fuera asesinado el año 336 en Asia Menor, a donde había ido en compañía de Parmenión. (Curcio, VII 1, 3, dice que Parmenión mismo lo habría asesinado por instigación de Alejandro). Las

18 todos, ha sido mi mayor enemigo. Fue Filotas quien, al escribirle yo para comunicarle, de acuerdo con nuestro trato y amistad, cuál había sido el vaticinio formulado por el oráculo de Júpiter Amón, tuvo el valor de contestarme en una carta que me felicitaba por haber sido acogido en el número de los dioses, pero que compadecía a aquellos que iban a tener que vivir sometidos a una persona que
19 sobrepasaba la condición humana. Todo ello son pruebas y bien antiguas de su desafecto hacia mí y de su envidia ante mi gloria. Mientras pude, ¡oh soldados!, las mantuve soterradas en mi corazón, pues me parecía que era arrancarme una parte de mi propio ser el rebajar ante mi consi-
20 deración a quienes había encumbrado tanto. Pero ya no se trata de castigar meras palabras: la temeridad de la lengua ha llegado a las espadas. Si me creéis a mí, Filotas las ha aguzado contra mi persona; si le creéis a él, sólo
21 se ha mantenido en actitud pasiva. ¿A dónde me dirigiré, oh soldados? ¿A quién confiaré mi vida? Puse a Filotas al frente, como jefe único, de la caballería, el cuerpo selecto de mi ejército, al frente del grupo escogido de la juventud más ilustre, y puse en manos de su lealtad y de su
22 tutela mi vida, mi esperanza, mi victoria. Alcé a su padre a la misma cima en la que vosotros me colocasteis a mí y sometí a su mando y jurisdicción la Media —la región más rica y opulenta— así como miles de ciudadanos y de aliados. Donde yo esperaba tener una protección ha surgi-
23 do una amenaza. ¡Qué feliz hubiera sido cayendo en el campo de batalla, botín de un enemigo más bien que víctima de un conciudadano! Salvado de los únicos peligros que temía, he venido a caer ahora en los que nunca debí temer. Con frecuencia, ¡oh soldados!, soléis pedirme que 24
vele por mi vida: sois vosotros los que podéis concederme lo que me aconsejáis que haga. A vuestras manos me acojo, en vuestras armas me refugio; contra vuestra voluntad yo no quiero vivir; contando con ella, no puedo vivir sino vengado».

Entonces dio orden de que hicieran avanzar a Filotas, 25
con las manos atadas a la espalda y la cabeza cubierta con un manto raído. Se echaba de ver fácilmente que los espectadores se hallaban emocionados ante el espectáculo tan digno de lástima de quien hacía bien poco era contemplado no sin envidia. El día anterior lo habían visto como 26
comandante de la caballería y sabían que había tomado parte en el banquete ofrecido por el rey; y ahora, de repente, lo veían no como reo sino incluso como condenado, es más, incluso cubierto de cadenas. Les venía también 27
al pensamiento el destino de Parmenión, general tan sobresaliente y ciudadano tan ilustre, que, después de perder hacía poco dos de sus hijos, Héctor y Nicanor [504], a pesar de encontrarse ausente se veía acusado junto con el hijo al que la desgracia había perdonado. A la vista de ello, 28
Amintas [505], pretor real, con un discurso violento conmovió de nuevo en contra de Filotas a la asamblea que ya se iba inclinando a la misericordia: habían sido entregados

intrigas de Atalo habrían comenzado ya el mismo día de la boda de Filipo y Cleopatra, según nos cuenta PLUTARCO, *Alej.* IX 6 sigs. (Filipo estuvo casado sucesivamente con al menos siete mujeres, de las que tres llevaron el título de reina: Fila, Olimpíade y Cleopatra. Varios de estos matrimonios tuvieron motivos puramente políticos).

[504] De ambas muertes se ha hecho ya mención: Héctor murió, agotado, tras un naufragio en el Nilo (IV 8, 7-9) y Nicanor, de muerte natural (6, 18 de este mismo libro).

[505] Otro nuevo personaje con el nombre de Amintas. BARDON apunta la posibilidad de identificarlo con el hijo de Nicolao (de quien se hace mención en VIII 2, 14), aunque tal identificación no es, ni mucho menos, segura.

a manos de los bárbaros; nadie volvería a la patria, al lado de su esposa y de sus padres; como un cuerpo decapitado, sin vida, sin nombre, se convertirían, en tierra extranjera, en el hazmerreír del enemigo.

29 Las palabras de Amintas, en contra de lo que él mismo esperaba, no agradaron de ninguna manera al rey, pues entendía que el recuerdo de las esposas y el de la patria hacía a los soldados menos diligentes en llevar a cabo lo
30 que quedaba de la empresa. Entonces Ceno, aunque había tomado por esposa a una hermana de Filotas, sin embargo dirigió a éste invectivas más violentas que nadie, llamándole a voz en grito «parricida del rey, de la patria y del
31 ejército», y, cogiendo una piedra que casualmente había a sus pies, se disponía a arrojársela (según muchos creyeron, con el deseo de sustraerlo a los tormentos), pero el rey detuvo su brazo, diciendo que se debía dar al reo la posibilidad de defenderse y que no consentiría que fuera juzgado en otras condiciones.

32 Filotas recibió entonces orden de hablar, pero, fuera de sí y estupefacto, bien por la conciencia de su crimen, bien por la magnitud del peligro, lo cierto es que no se
33 atrevía ni a levantar la vista ni a abrir la boca. Las lágrimas corrieron por sus mejillas, le dio un desvanecimiento y se abatió en brazos del que lo sostenía; le secaron las lágrimas con su propio manto y, recuperando poco a poco el conocimiento, daba la impresión de que se dispo-
34 nía a hablar. El rey le miró entonces cara a cara y le dijo: «Macedonios son los que van a juzgarte: quiero saber si vas a dirigirte a ellos en su lengua materna» [506].

[506] «La lengua macedonia, muy distinta del griego común, tenía alguna afinidad en su estructura con el dialecto eolio y contenía un cierto número de palabras que se encuentran en latín. Los macedonios eran afines a la raza griega, pero eran mirados no como griegos puros, sino

Entonces Filotas dijo: «Aparte de macedonios hay aquí 35
muchos que creo entenderán más fácilmente mis palabras si les hablo en la misma lengua en que lo hiciste tú [507] por la única razón, supongo, de que fuera mayor el número de los que pudieran comprender tu discurso». Entonces 36
el rey replicó: «¿No veis hasta qué punto le disgusta a Filotas emplear su lengua materna? Sólo a él le repugna aprenderla [508]. Pero que diga lo que le venga en gana con tal de que no olvidéis que su repugnancia hacia nuestras costumbres corre pareja con su repugnancia hacia nuestro idioma». Y con estas palabras se retiró de la asamblea.

Entonces Filotas dijo: «A un inocente le es fácil en- 10
contrar las palabras adecuadas, pero a un desgraciado le es bien difícil mantener la mesura a la hora de emplearlas. Por ello, colocado entre una conciencia que de nada me 2
acusa y la más injusta de las fortunas, ignoro cómo someterme, por un lado, a mi ánimo, por otro, a las circunstancias del momento. El mejor juez de mi causa no está 3
presente; por qué no ha querido ser testigo presencial de mis palabras la verdad es que no lo comprendo, pudiendo, una vez oída la acusación así como la defensa, tanto condenarme como absolverme, mientras que, al no oír la defensa, no puedo ser puesto en libertad en su ausencia, cuan-

como un pueblo semibárbaro. Evidentemente aquí Alejandro busca utilizar las prevenciones de la masa de los macedonios contra la cultura helénica». (Nota de BARALDI).

[507] O sea, el griego común.

[508] Parece muy extraño que en esta época ya los nobles macedonios tuvieran que aprender la lengua macedonia. Por otra parte, llama la atención que Alejandro, que se ha erigido en caudillo de toda la Grecia —y de ello se vanagloria él con frecuencia—, reproche a Filotas el que utilice el griego para hablar a un público que indudablemente tenía más y mejor conocimiento de esta lengua que del macedonio.

4 do ya fui condenado estando él presente. Pero, aunque
la defensa de un hombre encadenado no sólo es inútil sino
incluso ofensiva, ya que no da la impresión de informar
al juez sino de acusarlo, sin embargo y aun en las condi-
ciones en que me es permitido hablar, yo no me abandona-
ré a mí mismo ni daré lugar a que parezca que yo mismo
5 he firmado mi propia sentencia. Ahora bien, yo no veo
de qué se me puede acusar. Ninguno de los conjurados
ha pronunciado mi nombre; sobre mí Nicómaco no pro-
nunció ni una palabra, y en cuanto a Cebalino no pudo
6 saber más de lo que había oído. Ahora bien, ¡el rey cree
que yo he sido el cabecilla de la conjuración! ¿Pudo, en
consecuencia, Dimno pasar en silencio a su cabecilla, tanto
más cuanto que ante las indagaciones de Nicómaco sobre
los cómplices pudo haber pronunciado mi nombre, incluso
contra toda verdad, con el fin de poder atraerse más fácil-
7 mente a quien pretendía ganar para su causa? En efecto,
no fue al ser descubierta la conjuración cuando pasó por
alto mi nombre, momento en que podía parecer que salva-
ba a un cómplice, sino que, al hacer la confesión a Nicó-
maco, de quien creía que guardaría el secreto sobre un asun-
to que a Dimno le atañía personalmente, entonces, al pro-
nunciar los nombres de los demás, sólo el mío lo mantuvo
8 en silencio. ¡Por favor, compañeros!, yo os pregunto: si
Cebalino no se hubiera dirigido a mí, si hubiera querido
que yo no supiera nada acerca de los conjurados, ¿acaso
hoy tendría que defenderme al no haber nadie pronuncia-
9 do mi nombre? Admitamos que Dimno —¡ojalá viviera
todavía!— quería velar por mi vida; pero, ¿qué decir de
los demás? ¡Como que, al confesar sobre sí mismos, me
iban a dejar a mí al margen! La desgracia tiene malos sen-
timientos y por lo general un culpable, cuando se ve ator-
mentado por su propio suplicio, encuentra alivio en el

ajeno. ¿Tantos cómplices, ni siquiera sometidos al potro 10
del tormento, confesaron la verdad? Ahora bien, nadie tie-
ne miramientos con quien va a morir y, en mi opinión,
tampoco el que va a morir tiene miramientos con nadie.
Debo volverme al verdadero y único motivo de mi acusa- 11
ción: «¿Por qué mantuviste en silencio la denuncia? ¿Por
qué, al enterarte de ella, te quedaste tan tranquilo?». Fue-
ra lo que fuera, lo cierto es, ¡oh Alejandro! —te encuen-
tres donde te encuentres ahora—, que esta culpa yo te la
confesé y tú me la perdonaste: estreché tu diestra, alianza
de la reconciliación de tu corazón, e incluso tomé parte
en tu banquete. Si me creíste, quedé absuelto de culpa; 12
si me perdonaste, quedé libre: mantén al menos tu deci-
sión. ¿Qué hice la noche siguiente después de haberme le-
vantado de tu mesa? ¿Qué nuevo crimen, llegado a tus
oídos, cambió tu espíritu? Me encontraba profundamente 13
dormido cuando mis enemigos, encadenándome, me des-
pertaron de un sueño que me mantenía al margen de mis
desgracias. ¿De dónde un parricida y un traidor pueden
dormir tan profundamente? Los criminales no pueden 14
conciliar el sueño ante los gritos de su propia conciencia;
los excitan las Furias no sólo cuando han perpetrado un
parricidio sino incluso cuando sólo lo han planeado. En
cuanto a mí, la tranquilidad me la había ofrecido, en pri-
mer lugar, mi inocencia y, después, tu propia mano, y en
ningún momento tuve miedo de que ante ti tuviera más
poder la crueldad ajena que tu propia clemencia. Pero no 15
te arrepientas de haberme creído: la denuncia me la pre-
sentaba un muchacho incapaz de ofrecer un testigo, una
prueba de su acusación, e iba a hacer cundir el pánico
general si se le comenzaba a dar crédito. Yo creí, ¡desgra- 16
ciado de mí!, que en realidad prestaba oídos a las desave-
nencias de un amante y de su querido y me pareció sospe-

chosa la lealtad de quien no presentaba la denuncia personalmente sino que se servía secretamente de su hermano;
17 temí que negara incluso que había dado ningún encargo a Cebalino y pasara yo por haber sido causa de peligro
18 para muchos amigos del rey. Y así incluso, a pesar de no haber hecho el menor daño a nadie, me encontré con que alguien prefería mi muerte a mi salvación. ¿Qué enemistades pensáis que me hubiera granjeado si hubiera he-
19 cho algún daño a personas inocentes? «Pero», se me dirá, «Dimno se quitó la vida». ¿Acaso pude yo adivinar que lo iba a hacer? De ninguna manera. Y así, el único dato que podía dar peso a la denuncia no pudo influir sobre
20 mí cuando Cebalino me hizo sus confidencias. Pero, ¡por Hércules!, si hubiera sido cómplice de Dimno en un crimen tan execrable, durante aquellos dos días no hubiera debido disimular que habíamos sido traicionados; el mismo Cebalino pudo ser quitado de en medio y sin el menor
21 riesgo. Después, una vez tomado conocimiento de una denuncia que pensaba mantener en secreto, entré en el aposento del rey, solo y con una espada al cinto: ¿por qué dejé para otro momento el asesinato? ¿Acaso no me atreví
22 porque Dimno no estaba a mi lado? ¡Dimno era, pues, el jefe de la conjuración y a su sombra me ocultaba yo, Filotas, yo que ambiciono el trono de Macedonia! ¿A quién de vosotros he sobornado con regalos? ¿De qué general, de qué sátrapa he cultivado la amistad suntuosamente?
23 Se me objeta también que tengo a menos el uso de la lengua nacional y que siento fastidio por las costumbres macedonias: así pretendo un imperio por el que siento desdén. Hace tiempo que aquella nuestra lengua nacional ha caído en desuso con el trato de otros pueblos: tanto los vencedores como los vencidos deben aprender una lengua
24 extranjera. Y todo esto, ¡por Hércules!, me duele menos

que la emboscada de Amintas, hijo de Perdicas, contra el rey [509]. De nuestra amistad con él no rehúso el justificarme si no estuvo bien el sentir cariño por un hermano
del rey [510]. Pero si, encumbrado como estaba a aquel ele- 25
vado puesto de la fortuna, era necesario hasta sentir veneración por él, ¿soy acaso culpable por no haber tenido dotes de adivino o es que deben también morir, aunque sean inocentes, los amigos de los traidores? Si eso es justo, ¿por qué se me dejó vivir tanto tiempo? Si injusto, ¿por qué
sólo ahora se me da muerte? Pero —se me objetará— 26
yo dije por escrito que sentía compasión por quienes debían vivir bajo el mando de quien se creía hijo de Júpiter. ¡Lealtad de la amistad, libertad peligrosa a la hora de dar un consejo sincero, vosotras fuisteis las que me traicionasteis! ¡Vosotras me empujasteis a no callar mis sentimien-
tos! [511]. Confieso que eso se lo escribí al rey, pero no 27
acerca del rey y no intentaba hacerlo odioso sino que temía por él. A mí personalmente me parecía más digno de Alejandro reconocerse en secreto descendiente de Júpiter que andar presumiendo de ello con declaraciones públicas.
Pero, puesto que el testimonio del oráculo no puede in- 28

---

509 Véase nota 502.

510 Algunos comentaristas interpretan que se refiere al rey de entonces: Filipo era, como se ha dicho, hermano de Perdicas. Otros, que la expresión «hermano del rey» se refiere al primo hermano de Alejandro, es decir, a Amintas.

511 A partir de la visita de Alejandro al santuario de Júpiter-Amón y, conforme se fue acentuando la decisión del rey de adoptar una actitud orientalizante, en la misma medida se fue manifestando más opuesta la actitud de ciertos tradicionalistas a Alejandro; y ello no sólo entre los altos mandos del ejército —a cuyo frente habría que poner a Parmenión y a sus hijos— sino incluso entre los soldados veteranos que habían militado bajo Filipo. El relato de Curcio es testimonio fehaciente de ello en numerosas ocasiones.

ducir a error, que el dios sea testigo de mi causa: mante-
nedme encadenado mientras a Amón se le hace la consulta
de si he planeado un crimen secreto y misterioso. Aquel
que se dignó considerar a nuestro rey como hijo propio
no consentirá que permanezca oculto ninguno de cuan-
29 tos conspiraron contra su descendiente. Pero si los tormen-
tos os parecen más seguros que los oráculos, no rechazo
30 ni siquiera este medio de llegar a descubrir la verdad. Los
acusados de un crimen capital suelen presentar ante voso-
tros a sus familiares. Yo hace bien poco perdí a mis dos
hermanos y en cuanto a mi padre ni puedo traerlo a vues-
tra presencia ni me atrevo a invocarlo, al verse él también
31 acusado de un crimen tan execrable. Que un padre que
hace bien poco tenía tantos hijos se vea despojado ahora
del único en el que podía encontrar apoyo parece que no
basta y él mismo es colocado a su vez sobre mi propia
32 pira funeraria. Así pues, ¡oh queridísimo padre!, vas a morir
por mí y vas a morir conmigo. Yo soy el que te quito
la vida, yo el que apago la luz de tu vejez. ¿Para qué me
diste el ser, desgraciado de mí, contra la voluntad de los
dioses? ¿Acaso para que recibieras de mí los frutos que
33 ahora te aguardan? Yo no sé cuál es más digna de lásti-
ma, si mi juventud o tu vejez: yo soy arrebatado en la
misma flor de mi vida y a ti el verdugo te va a arrancar
un aliento que, si la fortuna hubiera consentido en espe-
34 rar, la misma naturaleza lo reclamaba. Al mencionar a mi
padre me ha venido al pensamiento la discreción y el tacto
de los que tuve que hacer gala a la hora de revelar la de-
nuncia presentada ante mí por Cebalino. En efecto, al en-
terarse un día Parmenión de que el médico Filipo tramaba
envenenar al rey, le escribió una carta, aconsejándole que
no bebiera la pócima que el médico había decidido ofre-

cerle [512]. ¿Se creyó acaso a mi padre? ¿Tuvo su carta el
menor crédito? Yo mismo, cuantas veces me he hecho por- 35
tavoz de alguna denuncia, me he visto rechazado y hasta
se han reído de mí por mi credulidad. Si cuando denuncia-
mos algo nos convertimos en odiosos y cuando nos lo ca-
llamos en sospechosos, ¿qué es lo que tenemos que ha-
cer?». Como uno de los que le rodeaban alzara la voz 36
diciendo: «No conspirar contra tus bienhechores», Filotas
contestó: «Justo es lo que dices, seas quien seas. Por eso,
si he conspirado, no me niego a sufrir el castigo y no sigo
hablando puesto que veo que mis últimas palabras os han
molestado».

A continuación sus guardianes se lo llevaron consigo.

Había entre los generales un tal Bolón [513], hombre de 11
acción, desconocedor de las artes de la paz y de los moda-
les urbanos, todo un veterano, que desde el puesto más
bajo se había alzado hasta el cargo que ahora ostentaba.
En medio del silencio general, con la audacia propia de 2
los que tienen pocas luces, comenzó a recordarles con fe-
rocidad cuántas veces habían sido arrojados a empellones
de los albergues, en los que se habían instalado, para que
las inmundicias de los esclavos de Filotas pudieran ser colo-
cados en el lugar del que habían sido desplazados sus com-
pañeros de armas. Los carros de Filotas se habían mante- 3
nido aparcados, a lo largo de las aldeas, cargados de oro
y plata, pero ni un solo compañero de armas había podido
acercarse ni siquiera a las proximadades de su albergue si-
no que los que estaban encargados de velar su sueño man-
tenían a todo el mundo a distancia con el fin de que aque-

[512] Véase III 6, 4.
[513] Personaje desconocido.

lla mujerzuela no se despertase al ruido —al silencio más
4 bien— de los susurros. Se había burlado de ellos consi-
derándolos groseros, llamándolos unas veces «frigios», otras
«paflagonios» y, siendo macedonio de nacimiento, no sen-
tía el menor rubor en tener que echar mano de un intérpre-
te a la hora de escuchar a gentes de su lengua materna.
5 Ahora, al querer que se consultara al oráculo de Amón,
estaba él mismo acusando de falacia a Júpiter que recono-
cía a Alejandro como hijo propio: sin duda tenía miedo
de que fuera detestable un obsequio hecho por los dioses.
6 Cuando había conspirado contra la vida de su rey y amigo
no había consultado a Júpiter: ahora trataba de enviar una
embajada al oráculo, dando tiempo a que su padre instiga-
ra a las tropas a su mando en la Media y a que con el
dinero del que había sido nombrado depositario empujara
7 a hombres degenerados a asociarse a su crimen. Ellos mis-
mos eran los que debían enviar una delegación al oráculo
no para preguntar a Júpiter lo que ya sabían por boca
del rey sino para darle gracias y para cumplir con los votos
hechos en pro de la integridad del mejor de los reyes.

8 Entonces toda la asamblea se enardeció, comenzando
por los guardias de corps que, a voz en grito, decían que
el parricida debía ser despedazado a manos de los presen-
tes. Filotas oía aquellos gritos con entereza porque en rea-
lidad temía suplicios peores.

9 El rey volvió a la asamblea y bien fuera con el fin de
someterlo al tormento también en la prisión, bien con la
intención de llegar a un conocimiento más profundo de
la situación, aplazó la audiencia hasta el día siguiente y,
aunque caía ya la noche, no obstante dio orden de que
fueran convocados los amigos.

10 Mientras que los demás eran de la opinión de que Filo-
tas fuera lapidado, siguiendo la tradición macedonia, He-

festión, Crátero y Ceno sostenían que debía ser sometido
a tormento con el fin de descubrir la verdad, y a este pare-
cer se avinieron incluso los que habían defendido otro
distinto. Terminada la reunión, Hefestión, en compañía de 11
Crátero y de Ceno, se levantó con la intención de someter
a Filotas a un interrogatorio. El rey hizo acercarse a Crá- 12
tero y mantuvo con él una conversación cuyo contenido
no nos ha sido transmitido y se retiró a la parte más secre-
ta del albergue en donde, sin testigos, estuvo esperando
el resultado del interrogatorio hasta altas horas de la noche.

Los verdugos pusieron ante la vista de Filotas los ins- 13
trumentos de tortura de todas clases. Filotas, de propia 14
iniciativa, dijo: «¿Por qué os entretenéis a la hora de dar
muerte a un enemigo, a un asesino del rey convicto y con-
feso? ¿Qué necesidad hay de interrogatorio? Actué con pre-
meditación y con convencimiento». Crátero le exigió que
lo que tuviera que confesar lo confesara también en el tor-
mento. Entonces se apoderaron de él y, mientras le venda- 15
ban los ojos y le arrancaban las vestiduras, invocaba a los
dioses patrios, a las leyes humanitarias, pero en vano, pues
sus súplicas iban dirigidas a oídos sordos. Después fue des-
garrado, sometido a las últimas torturas, como quiera que,
por un lado, se trataba de un condenado y, por otro, los
que le torturaban eran enemigos que trataban de granjear-
se el favor del rey.

Al principio, aunque tanto el fuego como los azotes 16
se asestaban no como medios de interrogatorio sino como
medios de castigo, Filotas pudo mantener el control no
sólo sobre su voz sino también sobre sus gemidos; pero, 17
una vez que el cuerpo, tumefacto por las llagas, no pudo
seguir soportando los golpes de los azotes descargados so-
bre los huesos puestos al descubierto, prometió decir todo
lo que desearan saber con tal de que pusieran fin a sus

18 tormentos. Pero exigía que le juraran por la vida de Alejandro que pondrían fin a la tortura y que serían retirados los verdugos. Conseguidas ambas cosas, dijo: «Crátero, con-
19 téstame: ¿qué quieres saber?». Como éste se indignara al ver que se mofaba de él y como llamara de nuevo a los verdugos, Filotas comenzó a pedir un poco de tiempo mientras recuperaba el aliento, dispuesto a dar a conocer todo lo que supiera.

20 Mientras tanto, los caballeros, todos los de más alta nobleza y, en especial, aquellos que estaban ligados a Parmenión con lazos de estrecho parentesco, al difundirse el rumor de que Filotas estaba siendo sometido a tortura, ante el temor a la ley macedonia según la cual los parientes de aquellos que hubieran conspirado contra el rey debían ser ajusticiados con ellos, unos se suicidaron y otros huyeron a los montes inaccesibles y a las regiones desérticas. Un ingente terror se extendió a lo largo de todo el campamento hasta que el rey, al tener noticia del tumulto, hizo saber que dejaba en suspenso la ley sobre el castigo a los parientes de los culpables.

21 Imposible conjeturar con seguridad si Filotas, al querer verse libre de la tortura, lo hizo apoyándose en la verdad o en el engaño, ya que tanto los que confiesan la verdad como los que dicen mentira buscan un mismo fin: poner
22 término al sufrimiento. Sea como sea, dijo: «Todos sabéis qué estrechos eran los lazos de amistad que mantenía mi padre con Hegéloco: me refiero al Hegéloco que cayó en el campo de batalla [514]. Éste fue la causa de todas

[514] Los comentaristas no se ponen de acuerdo a la hora de identificar a este personaje: para unos se trata del mismo que en el Gránico comandaba la caballería macedonia y que vendría a ser el mismo que aparece en III 1, 19, en IV 5, 14, etc. Para otros se trataría de un personaje distinto.

nuestras desgracias. En efecto, en cuanto el rey comenzó 23
a ser saludado como hijo de Júpiter, no pudiendo soportarlo, dijo: «Así pues, ¿vamos a reconocer como nuestro rey a quien tiene a menos tener a Filipo por padre? Hemos concluido, si podemos consentir esto. No sólo a los hom- 24
bres sino también a los propios dioses menosprecia aquel que exige ser considerado dios. Hemos perdido a Alejandro, hemos perdido a nuestro rey; nos las tenemos que ver con una soberbia que no la pueden soportar ni los dioses a los que se iguala ni los hombres de los que se aparta. ¿Hemos fabricado, por ventura, con nuestra propia sangre 25
un dios que nos desprecia y que siente repugnancia por formar parte de la asamblea de los mortales? Creedme, también nosotros, si somos auténticos hombres, seremos adoptados por los dioses. ¿Quién ha vengado la muerte 26
de su antepasado Arquelao [515], quién la de Alejandro [516], quién la de Perdicas? [517]. Ha llegado a perdonar hasta a los asesinos de su padre». Estas cosas dijo Hegéloco 27
durante la cena y, al día siguiente, al amanecer, mi padre me llamó. Estaba desolado y me veía a mí también entristecido; y es que lo que habíamos escuchado sembraba la inquietud. Así pues, con el fin de comprobar si lo que 28
había dicho Hegéloco lo había dicho movido por el vino o si eran ideas concebidas en una determinación más profunda, decidimos mandarlo llamar. Se presentó y, tras repetir por propia iniciativa las mismas palabras, añadió que

[515] Hijo de Perdicas II y de una esclava; sucedió a su padre en el trono de Macedonia en el año 413 y reinó hasta el 399.

[516] Alejandro II, hijo de Amintas II y hermano mayor de Filipo; rey de Macedonia entre los años 369 y 368; fue asesinado por Ptolomeo Lincestes.

[517] Otro hermano mayor de Filipo: Perdicas III, del que se ha hablado en nota 502.

si nos atrevíamos a ser los caudillos de la empresa él reclamaría para sí el segundo puesto, detrás de nosotros, y si nos echábamos atrás, él velaría por el plan en secreto.
29 A Parmenión la ocasión no le parecía propicia, al estar vivo todavía Darío, pues en tal caso el asesinato de Alejandro no nos beneficiaría a nosotros sino al enemigo, mientras que, desaparecido Darío, Asia y todo el Oriente vendrían a parar a las manos de los asesinos como premio por el asesinato del rey. El plan fue aprobado y de un lado y de otro se dio y se recibió juramento de fidelidad.
30 Por lo que se refiere a Dimno yo no sé nada y después de hacer esta confesión me doy cuenta de que de poco me sirve el no tener absolutamente nada que ver con este crimen».

31 Los verdugos lo sometieron de nuevo a tortura y golpeándole en el rostro y en los ojos hasta con las mismas
32 lanzas, le obligaron a confesar también este crimen. Después le exigieron que hiciera una exposición detallada del proyecto de asesinato. Filotas respondió que, al prolongar el rey, según parecía, su estancia en Bactras, había tenido miedo de que su padre, de 70 años, general tan prestigioso de un ejército tan importante y al frente de una cantidad tan grande de dinero, viniera a morir entre tanto y él, desprovisto de tan fuerte apoyo, no tuviera ya ocasión de ase-
33 sinar al rey: en consecuencia se había apresurado a llevar a término el proyecto mientras el beneficio estaba al alcance de la mano; si no creían que su padre no había tenido nada que ver [518], no rehusaba la tortura, aunque ya no se encontraba con fuerzas para soportarla.

---

[518] Los manuscritos presentan la lectura «cuius patrem fuisse nisi crederent». Los editores han interpretado que hay una pequeña laguna. Vogel (y otros tras él) propuso «patrem ⟨expertem⟩ fuisse». Bardon, en

Después de intercambiar impresiones, les pareció que 34
ya le habían sometido a suficiente castigo y volvieron a presencia del rey. Éste, al día siguiente, dio orden de que, por un lado, se diera lectura a la confesión de Filotas y, por otro, se transportara al reo, dado que no podía caminar. Al seguir reafirmando Filotas todos los puntos de su 35
declaración, se hizo comparecer a Demetrio [519], al que se le acusaba de haber tomado parte en el último complot. Demetrio, sin inmutarse lo más mínimo y sin dejar traslucir nada en su rostro, negó con firmeza toda premeditación contra el rey e incluso pedía ser sometido a tortura. Filotas, dirigiendo sus miradas en torno suyo, al ver a un 36
tal Calis [520], que estaba a corta distancia, le invitó a acercarse más. Aquél se llenó de confusión y, al negarse a ponerse al lado de Filotas, éste exclamó: «¿Consentirás en que Demetrio siga mintiendo y yo sea sometido al tormento de nuevo?». Calis se quedó lívido y sin voz y los ma- 37
cedonios sospechaban que Filotas lo que quería era comprometer a inocentes, ya que el nombre del joven no había sido pronunciado ni por Nicómaco ni por el mismo Filotas cuando había sido sometido a tormento; pero Calis, al ver en torno suyo a los prefectos del rey [521], reconoció que tanto Demetrio como él mismo habían participado en la conjuración. Así pues, todos aquellos cuyos nombres ha- 38
bían sido pronunciados por Nicómaco, a una señal, fueron lapidados según la costumbre macedonia.

---

su edición, tras discutir esta interpretación, llegó a la conclusión de que el restablecimiento del texto es insoluble; pero Giacone ofrece una defensa convincente de la interpretación de Vogel que el mismo Bardon, en su reseña de la edición de Giacone (*Latomus*, 38, 2, 1979, 540-1), acepta.

[519] Véase 7, 15 de este mismo libro y la nota correspondiente.

[520] Personaje desconocido.

[521] Es decir, algunos de los hetairos.

39 Alejandro se vio libre de un grave riesgo no sólo en cuanto a su vida sino también en cuanto a su popularidad. En efecto, Parmenión y Filotas, los más allegados de sus amigos, no hubieran podido ser condenados sin indignación de todo el ejército, si no hubieran sido encontrados
40 abiertamente culpables. Por eso, la tortura pasó a ser considerada desde un doble ángulo: mientras Filotas negó el crimen se consideró que someterlo a tormento era una crueldad; una vez que confesó, ni siquiera sus amigos sintieron compasión por él [522].

[522] Esta reacción del ejército se va a trocar en sentimiento de compasión y hasta de propia culpabilidad dentro de muy poco; de ello se hace eco Curcio nada más empezar el libro VII.

LIBRO VII

Sinopsis

(Otoño del 330-Primavera del 328)

Otoño del 330: Alejandro Lincestes, que espera juicio desde hace tres años, es acusado por fin ante la asamblea; al no poder justificarse, es ajusticiado. Son acusados también los hermanos Amintas, Simias y Polemón. El primero hace una enérgica defensa y consigue la absolución para él y sus hermanos. Por su parte, Parmenión, padre de Filotas, es asesinado por orden de Alejandro (1-2).

Invierno del 330-329: Sometimiento de los arimaspos. El ejército macedonio, a costa de grandes penalidades, atraviesa la región montañosa del Parapámiso. Fundación de Alejandría del Cáucaso (3). Beso es abandonado por sus propios partidarios. Marcha penosa del ejército macedonio a través de la Bactriana. Duelo entre el viejo Erigio y Satibarzanes; Erigio, tras derrotar a Satibarzanes, le corta la cabeza, llevándosela, como trofeo, a Alejandro (4).

Primavera del 329: Marcha a través de los desiertos de la Sogdiana: penalidades y privaciones. Travesía del río Oxo. Exterminio de los Bránquidas. Avance hasta el río Tanais donde Espitamenes pone al traidor Beso en manos de Alejandro (5). Alejandro es herido en un combate contra unos pueblos montañeses. Llegada a Maracanda. Embajada de los escitas abios. Rebelión y castigo de los bactrianos y los sogdianos. Fundación de Alejandría del Iaxartes (6).

Verano del 329: Campaña contra los escitas. Preparativos. Alejandro discute con sus íntimos la conveniencia de tal campaña. Emba-

jada escita. Sometimiento de los sacas (7-9). Descripción de la Sogdiana. Tras dejar en esta región a Peucolao, Alejandro vuelve a la Bactriana. Hace llevar a Beso a Ecbatana para que allí sea ajusticiado. Fundación de seis fortalezas (10).

Primavera del 328: Pacificada toda la región, Alejandro se apodera del último bastión, el macizo rocoso en el que se ha hecho fuerte el sogdiano Arimazes (11).

1 Los soldados, así como, mientras permanecieron frescas las huellas del delito, habían sido de la opinión de que Filotas había sido ajusticiado con todo derecho, de la misma manera, desde que dejó de existir aquel a quien odia-
2 ban, su odio se tornó en compasión. Les movía a ella, por una lado, el renombre del joven; por otro, la vejez
3 y orfandad de su padre. Éste había sido el primero en abrir para el rey el camino del Asia [523]; había participado de todos sus peligros; en el campo de batalla siempre había mandado una de las alas; el mejor amigo de Filipo se había convertido en tan leal a la persona de Alejandro que éste prefirió echar mano de él a la hora de dar muerte a Atalo [524].

4 El ejército pensaba todas estas cosas y hasta el rey llegaban informes que hablaban de sedición. Él no se dejó conmover por tales informes sino que, sabiendo muy bien que los vicios originados por el ocio desaparecen con la actividad, dio orden de que todo el mundo se presentara
5 en el vestíbulo de su tienda. Cuando creyó que había un número elevado de asistentes, se presentó en la asamblea. Atarrias (indudablemente en connivencia con el rey) co-

[523] Cuando Filipo, convertido en el caudillo de toda Grecia, se dispuso a castigar a Persia, envió por delante, como avanzadilla, a Parmenión a ocupar la Tróade.

[524] Véase nota 503.

menzó a pedir que se hiciese comparecer a Alejandro Lincestes [525], que había querido asesinar al rey mucho antes que Filotas. Como hemos dicho más arriba [526], había sido 6
denunciado por dos testigos y hacía ya tres años que permanecía encarcelado. Este mismo Lincestes se había comprobado que había sido compañero de Pausanias en la conjuración en que había perdido la vida Filipo [527], pero, debido al hecho de que había sido el primero en saludar a Alejandro como rey, se había visto libre más bien del castigo que de la acusación. También en aquella ocasión las 7
súplicas de su suegro Antípatro habían servido para detener la justa ira del rey. Pero el resentimiento, que se había calmado [528], se volvió a recrudecer: la inquietud producida por el peligro presente renovaba la memoria del peligro pasado.

[525] Pertenecía a una familia, emparentada con la propia familia real, de la Lincestis, región del suroeste de Macedonia. Dos hermanos suyos fueron asesinados por el partido de Olimpíade, la madre de Alejandro, por haber participado en el complot que costó la vida a Filipo. Nuestro personaje fue absuelto en aquella ocasión, pero, habiendo tomado parte en una segunda conspiración, ésta contra Alejandro, en Cilicia, en el año 334, fue encarcelado y permaneció en cadenas durante tres años, hasta que murió trágicamente, como se nos cuenta en el texto.

[526] Indudablemente en el libro II, que se ha perdido. Véase ARRIANO, I 25, 3 sigs.

[527] Filipo fue asesinado en el verano del año 336, mientras se dirigía al teatro, en medio de las aclamaciones del pueblo que celebraba las fiestas de los desposorios de Cleopatra, hija de Filipo, con Alejandro, rey del Epiro. Las fiestas tenían lugar en Agae, la antigua capital de Macedonia, y nunca se llegaron a determinar con exactitud los verdaderos motivos que impulsaron a Pausanias —joven noble que vivía en la corte y gozaba del favor del rey— a ejecutar el crimen.

[528] Nos separamos del texto ofrecido por BARDON («*recruduit suppuratus dolor*»), que es la lectura ofrecida por el Parisinus 5716, del siglo IX, y seguimos la de otros códices («recruduit soporatus dolor»), que es la seguida por GIACONE.

8 Así pues, Alejandro Lincestes fue traído desde la cárcel
y recibió la orden de exponer su defensa. Aunque ésta la
había estado meditando durante tres años, sin embargo,
vacilante y conturbado, apenas si pudo expresar algo de
lo que había preparado, acabando por perder no sólo la
9 memoria sino incluso el raciocinio. Todos estaban conven-
cidos de que su temblor era expresión de su mala concien-
cia más bien que defecto de memoria; y, por ello, los que
estaban más próximos a él lo atravesaron a lanzadas mien-
tras hacía esfuerzos por recordar.

10 Quitado de delante su cadáver, el rey dio orden de que
se hiciera entrar a Amintas [529] y Simias, pues Polemón,
el hermano más pequeño, al enterarse de que Filotas esta-
11 ba siendo sometido a tortura, había huido. De todos los
amigos de Filotas éstos eran sus más queridos, encumbra-
dos como habían sido, gracias al valimiento de aquél, a
las más altas y honrosas magistraturas. El rey recordaba
que Filotas se los había recomendado con el mayor interés
y no dudaba de que también habrían tomado parte en su
12 última conjura: desde hacía tiempo sospechaba de ellos pues
su propia madre, en una carta, le había aconsejado que
se cuidase de Amintas y de Simias; pero él, que a duras
penas pensaba mal de nadie, obligado ahora por las prue-
bas inequívocas, había dado orden de que fueran encarce-
13 lados, pues la víspera del día en que fue descubierto el
complot de Filotas estaba comprobado que habían tenido
una reunión secreta con aquél y la huida de su hermano,
al ser sometido Filotas a interrogatorio, había dejado al

[529] Se trata del hijo de Andromenes, del que se ha hablado en diversos pasajes (III 9, 7; IV 6, 30; 13, 18; etc.). Tenía tres hermanos: Simias, Atalo (que le sucedieron en el mando de la falange) y Polemón, el más pequeño. Según ARRIANO, III 27, 1 sigs., también Atalo fue llevado ante el tribunal, aunque Curcio no lo nombra.

descubierto el motivo de tal fuga. Hacía poco, saliéndose 14
de la costumbre, y como queriendo mostrar al rey su celo,
habían apartado a los demás de su lado y se habían colo-
cado a sus flancos sin ningún motivo que justificara tal
acción. Él, al ver, todo extrañado, que se ocupaban de
tal menester sin corresponderles su turno, y atemorizado
por la misma agitación que mostraban, con toda diligencia
se había retirado hacia sus escuderos que le seguían inme-
diatamente detrás. A todo esto se añadía otro dato: la vís- 15
pera del día en que se descubrió el complot de Filotas,
como Antífanes [530], secretario de la caballería, hubiera pa-
sado aviso a Amintas de que, siguiendo la costumbre esta-
blecida, hiciera entrega de caballos, sacándolos de entre
los suyos, a aquellos que los habían perdido, Amintas le
dio una respuesta altiva, haciéndole saber que, si no se
volvía atrás de su decisión, bien pronto iba a saber quién era
él. La violencia de sus palabras y la temeridad de las ex- 16
presiones que contra él lanzaban no eran ya otra cosa más
que indicio y testimonio de sus proyectos criminales. Si
todo esto era cierto, habían merecido correr la misma suerte
que Filotas; si no lo era, él en persona exigía que lo
demostraran.

Después se hizo avanzar a Antífanes y éste informó de 17
cómo Amintas no había entregado los caballos y, además,
dio a conocer también sus altivas amenazas. Entonces Amin-
tas, tras obtener la autorización para hablar, dijo [531]: «Si 18

[530] Personaje desconocido. Al parecer, un hombre de oficina, lo que bastaría para provocar el desprecio de un soldado como Amintas, como se va a ver a continuación en el texto.

[531] Numerosos son los discursos que jalonan el relato de Curcio; discursos en los que el autor hace gala de sus profundos conocimientos retóricos; pero tal vez sea éste, puesto en boca de Amintas, el que más al descubierto pone la psicología del personaje: un soldado que, transfigu-

el rey no tiene inconveniente, pido que se me quiten las cadenas mientras hablo». El rey ordenó que se las quitaran a los dos y, al manifestar Amintas su deseo de que se le devolvieran las insignias de escudero, Alejandro hizo que
19 le entregaran su lanza. Asiéndola con la izquierda, y tras apartarse del lugar en el que poco antes yacía el cadáver de Alejandro, dijo: «Sea cual sea el resultado que nos aguarda, ¡oh rey!, reconocemos que, si es feliz, te lo tendremos que deber a ti y, si es fatal, se lo tendremos que imputar
20 a la Fortuna. Podemos defender nuestra causa sin que se prejuzgue la misma y lo hacemos con el cuerpo y el ánimo libres; incluso nos has devuelto las insignias con las que solemos darte escolta. La causa no puede constituir un motivo de miedo para nosotros y, en cuanto a la Fortuna,
21 dejaremos de temerla. Pasando a mi defensa, permíteme, por favor, que comience por defenderme del último cargo que me has hecho. Nosotros, ¡oh rey!, no tenemos conciencia de haber proferido en ningún momento expresiones ofensivas contra tu majestad. Yo diría que ya hace tiempo que has vencido a la envidia, si no se corriera el riesgo de que creyeras que con dulces palabras se intenta
22 justificar otras más malévolas. Pero incluso en el caso de que alguna vez se hayan podido oír algunas expresiones más amargas que otras de labios de un soldado tuyo, bien sea agotado y consumido durante la marcha, bien amenazado en el campo de batalla, bien enfermo o curando sus heridas en la tienda, nuestras hazañas nos han hecho merecedores de que tú atribuyas nuestras expresiones a las circunstancias del momento más bien que a nuestra disposi-
23 ción de ánimo. Cuando nos sucede alguna desgracia, hace-

rado en héroe en el campo de batalla, es sólo un hombre abatido cuando, después de cien combates, se retira al silencio de su tienda.

mos responsable de ella a todo el mundo: hasta atentamos contra nuestros propios cuerpos por los que ciertamente no sentimos animadversión. Nuestros propios padres, nuestros propios hijos, si nos salen al paso, se tornan en enojosos y hasta en enemigos. Por el contrario, cuando recibimos honores y recompensas, ¿quién puede soportarnos?, ¿quién contener la exaltación de nuestro espíritu? Los sol- 24
dados, ni en la ira ni en la alegría conocemos la medida. Un ímpetu irrefrenable nos arrastra hacia todo tipo de pasiones: censuramos, alabamos, nos compadecemos, nos irritamos según nos mueve la pasión del momento. Tan pronto deseamos ir hasta la India y el Océano como nos viene a la memoria el recuerdo de nuestras esposas, de nuestros hijos, de nuestra patria. Pero estos pensamientos, estas 25
palabras pronunciadas cada uno para sí mismo desaparecen en cuanto el clarín da la señal: todos acudimos corriendo a nuestros puestos y la irritación que hemos concebido en la tienda la dirigimos hacia la cabeza del enemigo. ¡Ojalá la culpa de Filotas no hubiera traspasado los límites de las palabras! Por consiguiente, voy en primer lugar a 26
ocuparme del motivo de mi acusación.

«Nuestra amistad con Filotas hasta tal punto no la voy a negar que confieso que incluso la buscamos y de ella sacamos grandes beneficios. ¿Te extraña acaso que haya- 27
mos cultivado la amistad del hijo de Parmenión (que, por tu voluntad, era tu más allegado), superior en grado a casi todos tus amigos? ¡Por Hércules!, si quieres saber la ver- 28
dad, eres tú, ¡oh rey!, la causa de nuestro peligro, pues ¿quién otro hizo que los que deseaban agradarte acudieran corriendo a Filotas? Por su recomendación hemos ascendido a este grado en tu amistad. Tenía tanta influencia contigo que no solamente solicitábamos sus favores sino que igualmente temíamos su irritación. Si nosotros, casi bajo 29

la amenaza de ser azotados, hemos jurado todos tener, ba-
jo tu dictado, como amigos y como enemigos a quienes
tú los tuvieras por tales, al estar ligados como estábamos
por este compromiso, ¿íbamos a oponernos a quien era
30 objeto de todas tus preferencias? En consecuencia, si esto
es un crimen, pocos inocentes tienes: ¿qué digo?, ¡por Hér-
cules!, ni uno solo, pues todos querían ser amigos de Filo-
tas. Pero no todos los que querían serlo lo podían; así
pues, si no haces diferencia entre los cómplices y sus ami-
gos, tampoco podrás distinguir de los amigos a aquellos
31 que quisieron serlo. Según esto, ¿qué prueba se aduce de
nuestra complicidad? ¿Tal vez, según opino, el hecho de
que la víspera Filotas mantuvo con nosotros una conversa-
ción amistosa y sin testigos? Yo no podría justificarme de
tal acusación si el día en cuestión yo hubiera cambiado
en algo mi modo de comportarme. Ahora bien, si el día
sobre el que recaen las sospechas nuestra conducta fue idén-
tica a la de los demás días, nuestra misma costumbre sirve
32 para justificarnos de la acusación. ¡Pero no dimos los
caballos a Antífanes y eso la víspera del día en que se des-
cubrió el complot de Filotas! ¿Tendré que vérmelas ahora
con Antífanes? Si quiere él presentarnos como sospechosos
porque aquel día no le entregamos los caballos, malamente
33 se va a justificar a sí mismo de haberlos solicitado. La
acusación se reparte entre el que rehúsa darlos y el que
exige que se los dé, pero de los dos tiene mejor defensa
el que no entrega lo suyo que el que solicita lo ajeno.
34 Por lo demás, ¡oh rey!, yo tenía diez caballos; de ellos
Antífanes había distribuido ya ocho entre aquellos que ha-
bían perdido los suyos y ya no me quedaban a mí más
que dos: al querer quitármelos este hombre lleno de sober-
bia o, al menos, totalmente injusto, me obligaba a negár-
35 selos, a no ser que yo quisiera luchar a pie. No voy a negar

que me expresé con el espíritu propio de un hombre libre
ante el soldado más cobarde, cuya única misión en el ejér-
cito consiste en repartir caballos ajenos entre los que van
a luchar. ¡A tal punto han llegado nuestras desgracias que
me veo obligado a justificar mis palabras al mismo tiempo
ante Alejandro y ante Antífanes!
Pero, he aquí, ¡por Hércules!, que tu madre te ha es- 36
crito diciéndote que somos enemigos tuyos. ¡Ojalá que,
obrando con más prudencia, se preocupara por su hijo y
no diera forma en su espíritu atormentado a vanos fantas-
mas! ¿Por qué no añade la causa de su miedo? ¿Por qué
no muestra al causante del mismo! ¿Qué acción o qué pa-
labra nuestra le movió a escribirte una carta tan llena de
temor? ¡Oh desgraciada condición la mía, en la que el ha- 37
blar es más peligroso tal vez que el guardar silencio! Pero,
sea cual sea el resultado de todo esto, prefiero que sea
mi defensa la que te desagrade que no mi causa. Ahora
bien, lo que voy a decirte no va a cogerte de sorpresa:
tú recuerdas que, cuando me enviaste a Macedonia a reclu-
tar soldados, me dijiste que en el palacio de tu madre se
escondían muchos jóvenes sanos y fuertes. Me diste orden 38
de que sólo en ti pusiera mis miradas y de que llevara a
la milicia a aquellos remolones. Lo hice y cumplí tu orden
con más celo del que me convenía. Traje de allí a Gorgias,
a Hecateo y a Gorgatas [532], cuyos servicios te son tan va-
liosos. ¿Hay algo más injusto que el que a quien con 39
todo derecho debías haber hecho perecer en el caso de que

[532] Personaje desconocido. BARDON hace notar que Gorgias no puede identificarse con el Gorgias —de mucha más edad que Amintas— que, en el año 328, comandaba una «taxis de Pezetairos» y del que ARRIANO habla en repetidas ocasiones (III 16, 1; IV 22, 7; V 12, 1). En cuanto a Hecateo no tiene ninguna relación con el hetairo del mismo nombre mencionado por DIODORO, XVII 2, 5; 5, 2.

no hubiera cumplido tus órdenes, ahora lo hagas perecer por haberlas llevado a cabo? Pues tu madre ningún motivo tiene para perseguirnos más que el hecho de haber antepuesto nosotros tu provecho al agradecimiento de una mu-
40 jer. Te traje 6.000 soldados macedonios de a pie y 600 jinetes [533], de los cuales una parte no me hubieran seguido si, rechazando como rechazaban el servicio militar, yo hubiera tratado con miramiento a los prófugos. De donde se sigue que, puesto que ésta es la causa de su irritación para con nosotros, eres tú el que debes ablandar a tu madre, tú que fuiste el que nos expusiste a sus iras».

2 Mientras Amintas hablaba de esta manera, se presentaron los que habían salido en seguimiento de su hermano Polemón, del que se ha hablado más arriba [534] y al que, habiéndole dado alcance en su huida, traían encadenado. Con harta dificultad pudo impedirse que la muchedumbre, en su irritación, lo lapidara al instante, siguiendo la costumbre macedonia. Pero Polemón, sin alterarse lo más mí-
2 nimo, dijo: «Nada pido para mí: sólo que mi huida no perjudique a la inocencia de mis hermanos. Si mi fuga no puede ser defendida, que la acusación se torne sólo contra mí: la causa de mis hermanos tiene a su favor el hecho de que las sospechas recaen sobre mí, que he huido».
3 Toda la asamblea asintió a sus palabras. Después comenzaron a rodar las lágrimas de los ojos de todos, cambiados de repente hasta tal punto que, lo que más le había
4 perjudicado antes, ahora era su mejor defensa. El joven estaba en la primera flor de la edad y, formando parte

[533] En V 1, 40 se dice que fueron 500 los jinetes macedonios traídos por Amintas.

[534] En 1, 10 de este mismo libro.

del grupo de los que se habían aterrorizado por los tormentos de Filotas, el terror ajeno se había apoderado también de él. Abandonado por sus compañeros y mientras dudaba entre volver o seguir en su huida, sus perseguidores le habían apresado. Comenzó a llorar y a golpearse 5
el rostro, apesadumbrado no por su propia suerte sino por la de sus hermanos a los que había puesto en peligro.
Conmovió no sólo a la asamblea sino incluso al propio 6
rey: solamente su hermano, implacable, dirigiéndole terribles miradas, le dijo: «Entonces, loco, tenías que haber llorado, cuando, picando espuelas a tu caballo, abandonaste a tus hermanos y te hiciste compañero de unos desertores. Desgraciado, ¿a dónde huías y de dónde huías? Conseguiste que, reo como soy de pena capital, tenga que hacer uso del lenguaje de un acusador».

Polemón confesaba que había faltado, pero más grave- 7
mente contra sus hermanos que contra sí mismo. Entonces la muchedumbre se desbordó en llanto y en aclamaciones. Sólo había una voz, unánime: la de que el rey perdonara a aquellos hombres inocentes y esforzados. También los amigos del rey, aprovechando la ocasión que se les presentaba de mostrarse indulgentes, se levantaron y, con lágrimas en los ojos, suplicaron a Alejandro. Éste, hecho el 8
silencio, dijo: «También mi voto se inclina por el perdón a Amintas y sus hermanos. Ahora bien, en cuanto a vosotros, jóvenes, prefiero que echéis en olvido mi favor a que os acordéis del peligro corrido. Volved a mi amistad con la misma lealtad con la que yo vuelvo a la vuestra. Si no 9
hubiera examinado con el mayor cuidado las denuncias, el disimulo de mi herida hubiera podido supurar en cualquier instante. Tú, Amintas, perdona a tu hermano; tu per- 10
dón será prenda de una sincera reconciliación tuya conmigo mismo».

11 Después de levantar la sesión, hizo llamar a su presen-
cia a Polidamante, el amigo más entrañable de Parmenión
12 y que solía estar más próximo a éste en el combate. Aun-
que había llegado a la tienda real todo confiado en la tran-
quilidad de su conciencia, sin embargo, al recibir la orden
de hacer comparecer a sus hermanos de muy corta edad [535]
y por ello desconocidos del rey, su confianza se tornó en
preocupación y comenzó a temblar, dando vueltas en su
cabeza más a las cosas que podían perjudicarle que a los
13 medios para refutarlas. Ya los escuderos, cumpliendo la
orden, los habían hecho avanzar, cuando el rey ordenó
acercarse a Polidamante, lívido de miedo, y, haciendo salir
a todos los demás, le dijo: «Todos en igual medida hemos
sido víctimas del crimen de Parmenión, pero muy especial-
mente tú y yo, a quienes ha engañado bajo capa de amis-
14 tad. He decidido encargarte a ti —ya ves qué gran confian-
za tengo en tu lealtad— la misión de perseguirlo y castigarlo;
mientras la llevas a cabo, tus hermanos quedarán como
15 rehenes. Marcha a la Media y entrega a mis prefectos [536]
unas cartas escritas de mi puño y letra. Se impone que
lo hagas con rapidez a fin de que tomes la delantera a
los rumores. Quiero que llegues allí de noche y que, al
día siguiente, des cumplimiento a las órdenes escritas.
16 También llevarás a Parmenión un par de cartas: una mía

[535] Los hermanos de Polidamante no debían de ser de tan corta edad, toda vez que éste era amigo personal de Parmenión y más o menos de su edad y Parmenión, en el año 330, en que estamos en el relato, tenía 70 años, como lo dice Curcio en el párrafo 33 de este mismo capítulo.

[536] El término es vago pero indudablemente designa oficiales a las órdenes de Parmenión. Los prefectos en cuestión, según nos dice Arriano, III 26, 3, eran Cleandro (del que Curcio habla un poco más adelante, en el párrafo 19), Sitalces (del que habla en X 1, 1) y Ménidas (del que habló en IV 12, 4).

y otra como escrita por Filotas cuyo sello tengo en mi po-
der; si el padre cree que ha sido el hijo el que la ha sellado
no temerá nada al verte».
Polidamante, al verse libre de un tan gran miedo, pro- 17
metió su colaboración, más diligente incluso que la que
se le exigía, y, cubierto de alabanzas y de promesas, se
quitó el vestido que llevaba y se puso uno árabe. Se le 18
dio como acompañantes a dos árabes, cuyas esposas e hi-
jos quedaron junto al rey, mientras tanto, en calidad de
rehenes, como garantía de lealtad.
Atravesando desiertos y regiones resecas, después de diez
días [537] llegaron, a lomos de camello, al lugar de su desti-
no. Antes de que se anunciara su llegada, Polidamante 19
volvió a vestirse de macedonio y, a la cuarta vigilia [538],
llegó a la tienda de Cleandro, pretor real de aquella re-
gión. Entregadas después las cartas, determinaron reunir- 20
se, al amanecer, en la morada de Parmenión, pues tam-
bién para los demás había traído cartas del rey. Ya estaban
al llegar a presencia de Parmenión cuando le anuncian a
éste la llegada de Polidamante. Lleno de alegría por la 21
venida del amigo y, al mismo tiempo, ansioso de tener no-
ticias del rey —en tan largo espacio de tiempo no había
recibido ninguna carta suya—, dio orden de buscar por
todas partes a Polidamante.
Las casas de recreo de aquella comarca tienen amplios 22
parajes solitarios, cuya amenidad la produce una gran can-

[537] Por muy velozmente que fueran (e irían, aunque el autor no nos dice nada al respecto), los once días empleados en recorrer el espacio que va entre Frada, capital de la Drangiana (donde había tenido lugar el juicio contra los conspiradores) y Ecbatana, cuya satrapía desempeñaba Parmenión, parecen extraordinariamente escasos. La travesía solía durar, por lo común, 30 días (véase Estrabón, XV 2, 10).

[538] Entre las 3 y las 6 de la mañana.

tidad de arbolado: éste constituía el principal placer de re-
23 yes y sátrapas. Andaba paseando Parmenión por entre la arboleda en compañía de aquellos generales a los que el rey en sus cartas les había dado la orden de darle muerte. Éstos habían decidido llevar a cabo su misión en el momento en que Parmenión comenzara a leer las cartas entre-
24 gadas por Polidamante. En cuanto, desde lejos, fue visto por Parmenión, Polidamante, dando muestras de la más viva alegría, corrió a abrazarlo; después de congratularse mutuamente, el mensajero le entregó la carta del rey.
25 Parmenión, mientras soltaba las ataduras de la carta, le pidió noticias del soberano. Aquél le contestó que la carta
26 se las daría. Una vez leída ésta, dijo Parmenión: «El rey prepara una expedición contra los aracosios [539]. ¡Qué hombre tan esforzado y tan incansable! Y, sin embargo, ya es hora, una vez conseguida tanta gloria, de pensar en su
27 propia salud». Después estaba leyendo —satisfecho, según podía desprenderse de la expresión de su rostro— la segunda carta que simulaba estar escrita por Filotas, cuando Cleandro le clavó la espada en el costado, después en el cuello y los demás lo acribillaron a puñaladas incluso después de muerto.

28 Sus escuderos, que se encontraban a la entrada de la arboleda, al darse cuenta del asesinato, cuya causa ignoraban, acudieron al campamento y con una noticia tan alar-
29 mante provocaron una sedición entre los soldados. Éstos, armados, acudieron en masa al bosque en el que se había perpetrado el asesinato e hicieron saber que, si no les entregaban a Polidamante y a los restantes cómplices de su crimen, echarían abajo el muro que rodeaba la arboleda

[539] En efecto, la sumisión de los aracosios es mencionada un poco más adelante, en 3, 4.

y vengarían el asesinato de su general con la muerte de
todos. Cleandro hizo entrar a los cabecillas y les leyó la 30
carta del rey escrita a sus soldados en la que contaba el complot urdido por Parmenión contra su rey y en la que
pedía venganza. Al conocer la voluntad del rey, se calmó 31
la sedición aunque no la indignación. La mayor parte se retiraron pero quedaron unos pocos suplicando que se les
permitiera dar sepultura al cadáver de su general. Clean- 32
dro se opuso a ello durante cierto tiempo por miedo a ofender al rey. Como ellos persistieran en sus ruegos con más intensidad, creyó que lo mejor era quitar la ocasión de una sublevación y, después de decapitar el cadáver, consintió en que fuera enterrado. La cabeza se la envió al rey.

Este final tuvo Parmenión [540], hombre famoso en la 33
paz y en la guerra. Grandes hazañas llevó a cabo sin el rey mientras que el rey sin él no hizo ninguna [541]. Supo dar satisfacción a un rey afortunadísimo y que exigía que

[540] Con el asesinato de Parmenión llegamos al punto más negro en la historia de Alejandro: aquel general que había servido con toda fidelidad al joven rey y a su padre Filipo es asesinado brutalmente sin ser siquiera sometido a un juicio militar, como lo había sido su hijo Filotas. Los comentaristas hablan —y Arriano da pie para ello, como se desprende de III 26, 4— de una razón de Estado: convencido Alejandro de la culpabilidad de Filotas y ante el temor de que el padre de éste reaccionara ante la muerte de su hijo con toda la fuerza que le daba su prestigio y el gran ejército que tenía a sus órdenes, lo más expedito era quitarlo de en medio antes incluso de que se enterase de la muerte de su hijo; pero posiblemente (nos remitimos a la nota 491) las causas que motivaron la muerte de Filotas fueron las mismas que motivaron la de su padre: uno y otro eran el fin —y el objeto— de la misma conspiración, y los que planearon la muerte del joven soberbio y ambicioso, al hacerlo, estaban también planeando la del viejo, fiel y aguerrido general.

[541] Curcio está pensando en las tres grandes batallas de Alejandro contra Darío: en el Gránico, en Isos y en Gaugamelas (en los años 334, 333 y 331).

todo se plegara al dictamen de su propia fortuna. A sus
setenta años, cumplía los deberes de un joven general y
muchas veces incluso los de un simple soldado; decidido
en sus proyectos, activo a la hora de llevarlos a la práctica,
querido por los superiores pero mucho más por la masa
34 de la tropa. Si todas estas circunstancias leempujaron a
desear hacerse con el reino o si simplemente lo hicieron
sospechoso, es algo que no se puede saber con certeza,
porque, incluso cuando los hechos acababan de suceder
y había más posibilidades de dilucidarlo, persistió la duda
de si Filotas, no pudiendo soportar los suplicios más atro-
ces, había dicho la verdad sobre unos hechos que no po-
dían ser probados o si, inventándoselos, había buscado
poner fin a su tortura.

35 Alejandro pensó que debía separar del resto del ejér-
cito a todos aquellos que le constaba que habían lamenta-
do abiertamente la muerte de Parmenión. Formó con ellos
una cohorte y puso al frente de ella a Leónidas [542], íntimo
36 amigo en otro tiempo de Parmenión. Éstos eran más o
menos los mismos a los que el rey detestaba por otro moti-
vo: en efecto, queriendo poner a prueba los ánimos de sus
soldados, hizo saber a todos los que habían escrito cartas
a Macedonia que podían entregarlas a los encargados de
su propio correo personal, que las transportarían con toda
lealtad. Todo el mundo contaba a sus allegados, sin doblez
alguna, lo que sentían: para unos el servicio militar consti-
tuía una carga pesada, mientras que la mayor parte no
37 sentía ninguna repugnancia por él. De este modo llegaron
a manos del rey las cartas tanto de los que se encontraban
a gusto como de los que se quejaban del servicio y los
que descubrió que en sus cartas murmuraban de las penali-

[542] Nada más sabemos sobre este oficial.

dades fueron agrupados en una cohorte aparte [543] y se les
obligó a acampar, como señal de escarnio, separados de
sus compañeros, con la idea de echar mano de su valor
en el campo de batalla y de mantener alejada de los oídos
crédulos la libertad de sus expresiones. Este plan, temera-
rio sin duda (la afrenta había promovido la irritación de
aquellos valerosos jóvenes), como en todas las otras oca-
siones, vino a caer también bajo el dominio de la buena
estrella del rey: nadie como ellos tan dispuesto para el com- 38
bate; su valor se veía incitado, por un lado, por el deseo
de borrar su ignominia y, por otro, por el hecho de que
las hazañas no podían pasar inadvertidas al ser ellos tan
cortos en número.

Arreglados de tal modo estos asuntos, Alejandro, des- 3
pués de nombrar un sátrapa sobre los arios [544], dio orden
de anunciar la marcha hacia el país de los arimaspos [545],
a los que ya entonces, por un cambio de nombre, se les
denominaba «evergetas» [546], desde que habían ayudado con
alojamiento y víveres al ejército de Ciro, agotado por el
frío y la falta de alimento.

[543] Se trata de lo que Diodoro denomina el *atákton tágma* (XVII 80, 4).

[544] Habitantes de la Aria, provincia al norte de la Drangiana.

[545] Pueblo que habitaba la región comprendida entre la Drangiana y la región de los aracosios.

[546] Es decir, en griego, 'benefactores', debido a que ayudaron a Ciro en su expedición del 530-529 contra los maságetas. Así lo cuenta Diodoro, XVII 81, 1; cuando el ejército de Ciro, en medio del desierto, había llegado a la extrema necesidad de alimentarse, comiéndose los soldados unos a otros, el pueblo de los arimaspos (que Diodoro llama «arimaspios» y Arriano, III 27, 4, «ariaspios») acudió en su ayuda con 3.000 carros cargados de provisiones. Ciro, en agradecimiento, les dispensó en adelante de los impuestos y les cambió su nombre por el de «evergetas». También a Alejandro, dice Diodoro, lo recibieron amistosamente y con regalos.

2 Hacía ya cuatro días que había penetrado en aquella región, cuando se enteró de que Satibarzanes, que se había pasado al bando de Beso, había hecho una nueva incursión contra los arios al frente de un escuadrón de caballería. Por ello envió contra él a Carano y a Erigio, en compañía de Artabazo y de Andronico, al frente de 6.000 sol-
3 dados griegos de infantería y 600 jinetes [547]. Él, por su parte, en 60 días [548], puso en orden la situación del pueblo evergeta y les hizo donación de una gran cantidad de dinero por la extraordinaria lealtad que habían mostrado hacia Ciro.

4 Dejó, pues, como gobernador a Amedines —que había sido secretario de Darío— y sometió a los aracosios, cuya región colinda con el Ponto Euxino [549]. Allí le salió al encuentro el ejército que había estado bajo las órdenes de Parmenión, formado por 6.000 macedonios, 200 nobles y 5.000 griegos con 600 jinetes, sin ninguna duda la flor y
5 nata de las tropas del rey. Menón [550] fue nombrado gobernador de los aracosios y con él Alejandro dejó, como guarnición, 4.000 soldados de infantería y 600 jinetes.

[547] Arriano, III 28, 2, sólo habla del persa Artabazo y, como acompañantes, de Erigio y Carano, sin mencionar para nada a Andronico. (Diodoro, XVII 81, 3, menciona sólo a Erigio y a Estasamor). Según Arriano, los arios se habían sublevado, aprovechando la incursión en esta provincia de Satibarzanes (que había sido sátrapa de Aria) al frente de 2.000 jinetes que había recibido de Beso.

[548] El último acontecimiento fechable es la muerte de Darío ocurrida en julio del año 330.

[549] Los aracosios habitaban la región que se puede identificar con el actual Afganistán, por lo que es errónea la observación del autor de que colindara con el mar Negro; lo haría con el mar Caspio.

[550] Personaje desconocido. De IX 10, 20, se desprende que desempeñó la satrapía hasta su muerte, sucediéndole en la misma Sibirtio.

El rey, por su parte, penetró con su ejército en una nación desconocida incluso de los pueblos vecinos ya que, al no existir con ella ningún tipo de comercio, no se mantenían intercambios. Reciben sus habitantes el nombre de 6
«parapamisadas» [551], raza salvaje y la menos refinada entre todos los bárbaros: la misma aspereza climática había endurecido el carácter de los habitantes. Están orientados, 7
en su mayor parte, hacia el gélido Polo Norte; por occidente limitan con los bactrianos y la zona sur mira hacia el mar Índico. Sus chozas están construidas, partiendo desde 8
los cimientos, de ladrillo, y puesto que la región está totalmente desprovista de madera incluso en la desnuda cima de los montes, se utiliza el mismo ladrillo hasta para cubrir los edificios. La construcción es ancha en la base y poco 9
a poco se va estrechando conforme la obra se eleva, rematándose prácticamente en forma de quilla. En la cima 10
dejan un agujero por donde entra la luz. Las vides y las plantas que han podido resistir en una tierra de clima tan extremado las recubren totalmente y así enterradas permanecen ocultas durante el invierno. Cuando, desvanecido éste, comienza a abrirse la tierra, vuelven a la luz y al sol. Por lo demás, las nieves que cubren las tierras son tan 11
espesas y tan endurecidas por el hielo y por un frío poco menos que perpetuo, que no hay huellas ni de pájaros siquiera ni de ningún otro animal. Más que luz del cielo es una sombra oscura la que cubre la tierra, de modo que apenas si puede verse nada aun a corta distancia.

En esta ingente soledad y ausencia de todo vestigio hu- 12
mano de civilización, el ejército, aislado, soportó todo tipo de desgracias que se pueden soportar: la indigencia, el

[551] Habitantes de la región del Parapámisos, cordillera a veces designada por Curcio con el nombre de Cáucaso (Cáucaso indio), identificable con la región del Hindukush.

13 frío, el agotamiento, la desesperación. Muchos perecieron
víctimas del rigor de la nieve, al que no estaba acostum-
brados; otros muchos acabaron con quemaduras en los pies,
la mayor parte con quemaduras en los ojos. La situación
era especialmente perniciosa para los que se encontraban
desfallecidos: sobre el mismo hielo extendían sus cuerpos
agotados que, al dejar de ser puestos en movimiento, que-
daban hasta tal punto agarrotados que todo esfuerzo por
14 incorporarse de nuevo era imposible. Sus compañeros pro-
curaban sacarlos de su entumecimiento y el único remedio
consistía en obligarles a caminar: solamente así, al ponerse
en movimiento el calor natural, volvía alguna energía a
sus miembros.

15 Los que pudieron llegar a las chozas de los bárbaros
se repusieron con rapidez, pero la oscuridad era tan cerra-
da que los edificios no podían distinguirse más que por el
16 humo. Los bárbaros, que nunca con anterioridad habían
visto a un extranjero en sus tierras, al verlos de repente
armados, muertos de miedo les llevaban cuanto tenían en
17 sus chozas, suplicándoles que perdonaran sus vidas. El rey
recorría a pie toda la columna, levantando a unos que ya-
cían por tierra y prestando a otros, que le seguían con difi-
cultad, el apoyo de su propio cuerpo. Multiplicando su
fatiga, lo mismo estaba en cabeza de la marcha que en
18 medio de la misma o en la retaguardia. Finalmente llega-
ron a tierras más civilizadas y el ejército pudo reponer
fuerzas mediante un abundante avituallamiento; al mismo
tiempo, los que no habían podido mantener el ritmo de
la marcha los alcanzaron en aquel lugar donde había sido
montado el campamento.

19 Desde allí el ejército avanzó hasta el monte Cáucaso [552]
cuyas cimas dividen el Asia mediante una serie ininterrum-

[552] El Cáucaso indio que se acaba de mencionar. (Véase nota 195).

pida de crestas. A la vez mira, por un lado, al mar que
baña las costas meridionales de Cilicia; por otro, al mar
Caspio, el río Araxes [553] y las restantes regiones desérticas
de la Escitia. El Tauro, la cordillera que ocupa el segundo 20
lugar en altura, empalma con el Cáucaso; ganando altura
a partir de Capadocia, atraviesa la Cilicia y toma contacto
con las montañas de Armenia. De este modo, empalmán- 21
dose entre sí las cimas, como en cadena, forman una sierra
ininterrumpida desde la que se deslizan casi todos los ríos
de Asia, unos que van a desembocar en el mar Rojo [554],
otros en el Caspio, otros en el mar de Hircania [555], otros
en el Negro. En 17 días el ejército atravesó el Cáucaso. 22
En él se yergue la roca, de diez estadios [556] de perímetro
y más de cuatro de altura [557], en la que, según la antigua
tradición, Prometeo estuvo encadenado [558]. Al pie del mon- 23

[553] El río Aras, de Armenia, antiguamente desembocaba en el mar Caspio; ahora lo hace en el río Cirus (= Kur). Como se ha dicho en nota 192, se trata de un Araxes distinto al que (= Bendemir) corre cerca de Persépolis.

[554] Aquí designa el golfo Pérsico, el már Arábigo y el océano Índico, a la vez. (Véase nota 41).

[555] Otra denominación del mar Caspio, que baña las costas occidentales de Hircania.

[556] Unos 1.850 m.

[557] Unos 740 m.

[558] Prometeo, según la mitología antigua, era hijo de un Titán, Japeto (como Zeus lo era de otro Titán, Cronos). Pasa por haber creado los primeros hombres, pero esta leyenda no aparece en la *Teogonía,* en la que Prometeo es sólo el benefactor de los hombres, no su creador. Entre otros beneficios otorgados a la Humanidad por Prometeo está el fuego, arrebatado a la rueda del Sol o —según otra tradición— a la forja de Hefaistos (= Vulcano). Zeus, irritado, castigó, por un lado, a los hombres, enviándoles a Pandora (portadora de la caja que, al ser abierta, dejó salir toda clase de calamidades y desgracias), y, por otro, a Prometeo, a quien encadenó a una roca del Cáucaso: un águila le devoraba

te, Alejandro eligió un lugar para fundar una ciudad y
permitió que se asentaran en ella 7.000 macedonios de edad
avanzada más aquellos soldados que habían dejado de ser
aptos para el servicio. También a esta ciudad sus habitan-
tes le dieron el nombre de «Alejandría».

4 Beso por su parte, aterrorizado ante la rapidez de Ale-
jandro, hizo un sacrificio ritual a los dioses patrios y, tal
como es tradicional entre aquellos pueblos, en medio de
un banquete al que asistían sus amigos y los caudillos de
2 sus tropas puso a debate la cuestión de la guerra. Atur-
didos por el vino, comenzaron a ensalzar sus propias fuer-
zas y a despreciar tanto la temeridad como la pequeñez
3 del ejército enemigo. Y más que nadie Beso, quien, altivo
en sus palabras y orgulloso de haber conseguido el reino
mediante el crimen, comenzó a decir, poco menos que pri-
vado de su sano juicio, que la fama del enemigo había
4 crecido por la estupidez de Darío: en efecto, le había
salido a Alejandro al paso en los estrechísimos desfilade-
ros de Cilicia cuando, retrocediendo, podía haberlo lleva-
do, sin que tomara las debidas precauciones, hasta unos
lugares provistos de defensas naturales por la presencia de
tantos ríos y de tantas montañas aptas para emboscadas,
en donde el enemigo, sorprendido en ellas, ni hubiera teni-
do la oportunidad de huir ni mucho menos de ofrecer re-
5 sistencia. Él optaba por una retirada al país de los sog-
dianos y oponer al avance enemigo, como una muralla,
el río Oxo [559], en espera de que acudieran en su propia

el hígado, que crecía indefinidamente. Hércules mató el águila y liberó a Prometeo.

[559] El Amu-Daria, que nace en la cordillera del Hindukush (= el Cáucaso indio) y desemboca en el mar de Aral; antiguamente lo hacía en el mar Caspio.

ayuda, desde los pueblos vecinos, fuertes contingentes de
tropas. Vendrían los corasmios [560], los dahas, los sacas, 6
los indios y los escitas que habitan más allá del río Ta-
nais [561], de los cuales ninguno era tan menguado de estatu-
ra que no le pasase la cabeza a cualquier soldado macedo-
nio. Borrachos, todos a una exclaman que aquél era el 7
único plan que les podía salvar y Beso dio orden de que
volvieran a llenar, en torno, las copas de vino con más
generosidad, como si a Alejandro le fuera a derrotar sobre
los manteles de una mesa.

Asistía a aquel banquete Cobares [562], de nacionalidad 8
meda, famoso más por lo que él decía que sabía que por
lo que en realidad conocía del arte de la magia (si arte
se puede llamar a lo que no es más que la burla de un
redomado impostor), aunque, por lo demás, hombre pon-
derado y honesto. Como éste comenzara a hablar diciendo 9
que a un esclavo le era más provechoso obedecer órdenes
que ofrecer consejos, ya que los que obedecen corren el
mismo riesgo que los demás, mientras que los que dan con-
sejos corren un peligro personal, Beso le entregó la misma
copa que tenía en su mano, y Cobares, aceptándola, prosi- 10
guió: «la naturaleza humana puede ser llamada defectuosa
y perversa incluso por esta razón, porque cada uno es más
torpe en lo que constituye su propio interés que en el aje-
no. Faltos de claridad son los consejos que uno se da a 11
sí mismo. Unas veces es el miedo el que promueve el obs-
táculo; otras, la ambición; y no falta tampoco nuestra mis-
ma inclinación hacia nuestras propias ideas (ya que a pro-

[560] Pueblo de la Sogdiana, a orillas del río Oxo, al sur del mar de Aral.

[561] O Iaxartes (= Sir-Daria). Véase nota 196.

[562] Esta es la lectura de los manuscritos. STANGE ha propuesto leer *Gobares*. DIODORO, XVII 83, 7, lo llama Bagodaras.

pósito de tu persona estaría fuera de lugar el hablar de
presunción); por propia experiencia, en verdad, has apren-
dido a considerar como el único o como el mejor plan
12 aquel que tú mismo has ideado. Una pesada carga sostie-
nes sobre tu cabeza, la diadema real: o la llevas con mode-
ración o —lo que Dios no quiera— te aplastará bajo su
peso. Lo que hace falta es prudencia, no impetuosidad».
13 Y rubricó sus palabras con dos proverbios muy extendidos
entre los bactrianos: «el perro tímido ladra con más fuerza
que con la que muerde» y «los ríos más profundos se des-
lizan con el mínimo de ruido». (Los he traído a colación
a fin de hacer ver la cordura de los bárbaros, fuera ésta
la que fuera).

14 Con estas palabras Cobares había mantenido en vilo
la expectación del auditorio. A continuación expuso su con-
sejo que para Beso ofrecía más provecho que agrado: «En
el vestíbulo de tu palacio», dijo, «monta guardia ya el más
rápido de los reyes. Él puede poner en movimiento su ejér-
15 cito antes que tú quitar los servicios de esta mesa. Entonces
tú harás venir un ejército desde el Tanais y opondrás los
ríos al avance de las armas. ¡Como si, por donde tú vas
a huir, el enemigo no pudiera seguirte! El camino es el
mismo para ambos pero más seguro para el vencedor. Aun-
que pienses que el miedo es aguerrido, la esperanza, por
16 su parte, es más veloz. ¿Por qué no te adelantas a la
benevolencia del más fuerte y te pones en sus manos, sa-
biendo que, sea cual sea el resultado, has de correr mejor
17 suerte como rendido que como enemigo? Ostentas una
corona que no te pertenece, por lo que nada más fácil que
verte privado de ella. Tal vez puedas comenzar a ser rey
con todo derecho cuando te la otorgue el que puede darte
18 el reino y quitártelo. He aquí un consejo leal; retrasar su
cumplimiento es inútil. Un caballo noble obedece hasta a

la sombra de la fusta; uno indolente no se estimula ni a
golpe de espuela».

Beso, fuera de sí, tanto por su carácter como por la 19
gran cantidad de vino ingerido, se encolerizó hasta el pun-
to de que con gran dificultad sus amigos pudieron impedir
que asesinara a Cobares (ya había incluso desenvainado
su cimitarra). Lo cierto es que, sin poderse contener, se
precipitó fuera de la sala del banquete. Cobares, deslizán-
dose en medio del alboroto, huyó, buscando refugio junto
a Alejandro.

Beso tenía un contingente de 8.000 bactrianos arma- 20
dos [563]. Éstos, mientras creyeron que, debido a la incle-
mencia del clima, los macedonios preferirían dirigirse hacia
la India, cumplieron con lealtad las órdenes recibidas; pe-
ro en cuanto fue un hecho comprobado que Alejandro es-
taba al llegar, cada uno se deslizó hacia sus propias aldeas,
abandonando a Beso. Éste, en compañía de un destaca- 21
mento de vasallos que le había permanecido fiel, atravesó
el río Oxo y, después de incendiar las embarcaciones en
las que había hecho la travesía, con el fin de que el enemi-
go no pudiera a su vez utilizarlas, se dedicó a reclutar tro-
pas de refresco entre los sogdianos.

Alejandro, como hemos dicho más arriba [564], había 22
atravesado el Cáucaso [565], pero ante la escasez de trigo sus
tropas habían llegado casi a pasar hambre. Embadurnaban 23
sus miembros con zumo extraído del sésamo, como si fue-
ra aceite, pero el ánfora [566] de este zumo venía a costar
240 denarios; la de miel, 390; la de vino, 300; en cuanto

[563] Según ARRIANO, III 28, 8, Beso tenía 7.000 bactrianos en armas.
[564] En 3, 19 de este mismo libro.
[565] Ver notas 195 y 551.
[566] Un ánfora venía a tener unos 26 litros de capacidad.

al trigo o no se encontraba nada o se encontraba en una
24 cantidad mínima. Los «siros» —como los llamaban los
bárbaros— estaban tan astutamente escondidos, que sólo
podían dar con ellos los que los habían excavado; en estos
«siros» tenían escondidos los granos. Faltos de todo ali-
mento, los soldados se mantenían a base de pescado de
25 río y de hierbas. Y ya estos mismos alimentos comenzaban
a faltar cuando recibieron la orden de sacrificar las bestias
de carga en las que transportaban los bagajes: con su car-
ne fueron tirando hasta llegar a la Bactriana.

26 La naturaleza del terreno de la Bactriana es multiforme
y variada [567]. En algunos lugares los árboles y las vides,
en cantidad, producen frutos abundantes y apetitosos. Nu-
merosas fuentes riegan la fértil tierra. Las zonas más fe-
cundas se siembran de trigo. Las restantes se dedican a
27 pastos para el ganado. Por otro lado, una gran extensión
de la Bactriana está ocupada por un desierto de arena. La
región, árida a causa de la falta de agua, no puede alimen-
tar ni a los hombres ni a las plantas. Cuando los vientos
soplan desde el mar Negro [568], barren toda la arena depo-
sitada en las llanuras y, al quedarse amontonada, desde
lejos da la impresión de grandes colinas y desaparecen to-
28 das las huellas del primitivo camino. Así pues, al atravesar
las llanuras, los caminantes por la noche observan las es-
trellas, como hacen los navegantes, y enderezan su ruta
de acuerdo con el curso de los astros; la penumbra de la
noche casi es más luminosa que la misma luz diurna.

[567] Se trata de una región situada entre el Hindukush y el Amu-Daria (= Oxo).

[568] Parece un poco absurdo pensar en el mar Negro al hablar de las características físicas de la Bactriana; pero tal vez haya que pensar que aquí, como en 3, 4 de este mismo libro, CURCIO ha confundido al Caspio con el Negro.

Durante el día la región es intransitable porque no hay 29
huellas que puedan servir de guía y el resplandor de los
astros queda tapado por la bruma. Por otra parte, los que
se ven sorprendidos por el viento que se levanta del mar
son sepultados por la arena. Por donde la tierra es más 30
fértil se da una cantidad extraordinaria de hombres y de
caballos, y así los jinetes bactrianos llegaban a 30.000.
La misma Bactras [569], capital de la región, está situada 31
al pie del monte Parapámiso [570]. El río Bactro [571] —que
da nombre a la capital y a la región— se desliza a lo largo
de las murallas de la ciudad.

Mientras el rey tenía su campamento fijo en este lugar, 32
le llegó desde Grecia la noticia de la rebelión de los pelo-
ponesios y lacedemonios [572]. En efecto, aún no habían si-
do vencidos cuando ya habían partido mensajeros con el
anuncio de que se había iniciado la revuelta. También se
le anunció un nuevo motivo de terror, y éste inminente:
los escitas, que habitan más allá del río Tanais, se acerca-
ban en auxilio de Beso. Por la misma época llegó la noti-
cia de las campañas de Carano y de Erigio en territorio
de los arios [573]: en un combate entablado entre los mace-
donios y los arios, el desertor Satibarzanes —que estaba 33
al frente de los bárbaros—, viendo que la lucha se encon-
traba estancada, al haber, de un lado y de otro, igualdad
de fuerzas, cabalgó hasta la primera línea, se quitó el cas-
co, contuvo a los que continuaban arrojando flechas y de-

[569] La moderna Balkh.

[570] El Hindukush.

[571] El Balkhâb.

[572] De ella se hablaba en lo que falta al comienzo del libro VI y se sigue hablando a partir del párrafo primero del cap. 1 de dicho libro hasta el párrafo 21.

[573] De esta expedición se ha hablado en 3, 2, de este mismo libro.

safió a un combate personal a quien quisiera entablarlo [574]:
34 él, por su parte, lucharía a cabeza descubierta. Erigio no
pudo soportar la arrogancia del bárbaro; aunque ya de
mucha edad, no se quedaba atrás de ningún joven en
cuanto a fortaleza ni de espíritu ni de cuerpo. Quitándose
el casco y mostrando su pelo blanco, dijo: «Ha llegado
el momento de demostrar, mediante una victoria o me-
diante la más honrosa de las muertes, qué amigos y qué
35 soldados tiene Alejandro». Y, sin decir una palabra más,
espoleó su caballo en dirección al enemigo. Daba la impre-
sión de que se había dado la orden de que ambas forma-
ciones dejaran de disparar. Lo cierto es que los soldados
se retiraron inmediatamente, dejando un espacio libre, con
el ánimo en tensión ante el resultado que llevaba consigo
el destino no sólo de los dos combatientes sino incluso de
su propia suerte, ya que ellos iban a seguir el destino de
36 otro. El bárbaro fue el primero en arrojar su lanza. Erigio
la esquivó con una ligera inclinación de la cabeza y, pican-
do espuelas al caballo, se dirigió contra su rival pica en
ristre y la dejó clavada en su garganta, de tal manera que
37 su punta sobresalía por la nuca. Arrojado del caballo,
el bárbaro, no obstante, seguía ofreciendo resistencia, pero
Erigio, arrancando la pica de la herida, se la dirigió al
rostro del enemigo. Satibarzanes la cogió con su mano y,
a fin de que la muerte fuera más rápida, prestó ayuda
38 al golpe del enemigo. Los bárbaros, perdido un caudillo al
que habían seguido más por necesidad que por propia vo-
luntad, sin echar en olvido entonces todo lo que debían
a Alejandro [575], depusieron sus armas a los pies de Erigio.

[574] De este desafío y de su resultado habla también Diodoro, XVII 83, 5-6, pero Arriano no lo menciona.

[575] En VI 6, 34, se dice que, tras el asedio a Artacana, capital de los arios, Alejandro devolvió a sus habitantes todos sus bienes.

El rey se llenó de satisfacción con estas nuevas, pero 39
el asunto de los espartanos le tenía preocupado; sin embar-
go soportó su traición con gran entereza, diciendo que no
se habían atrevido a revelar sus planes hasta que no se
habían enterado de que había llegado a las puertas de la
India. Por su parte puso en movimiento sus tropas en 40
persecución de Beso y Erigio le salió al encuentro presen-
tándole la cabeza de Satibarzanes, trofeo opimo de guerra.

Así pues, puesto en manos de Artabazo el gobierno de 5
la región de la Bactriana, dejó allí fardos y bagajes junto
con un destacamento de protección. Él, por su parte, con
tropas armadas a la ligera, conduciendo su ejército de no-
che, penetró en la región desértica de la Sogdiana:
la falta de agua, como antes se ha dicho [576], enciende la 2
sed más bien por la imposibilidad de encontrar agua que
por el mismo deseo de beber. A lo largo de 400 estadios [577]
no hay ni rastro de agua. El ardor del sol estival enciende 3
las arenas y cuando éstas comienzan a quemar es como
si todo fuera abrasado por un incendio incesante. Además 4
una niebla, levantada por el ardor sin límites de la tierra,
cubre la luz del sol y el aspecto de las llanuras no se dife-
rencia del aspecto de un mar dilatado y profundo. La 5
marcha se hacía soportable durante la noche, debido a que
los cuerpos encontraban alivio en el rocío y el frescor de
la madrugada. Pero, al mismo tiempo que la luz, surge
el ardor y la sequedad absorbe toda la humedad natural;
las bocas y las vísceras se abrasan profundamente.
Así pues, comenzaron a flaquear en primer lugar los 6
ánimos, a continuación los cuerpos; les desazonaba lo mis-

[576] En 4, 27 de este mismo libro.

[577] Unos 74 km.

7 mo detenerse que avanzar. Unos pocos, aleccionados por los que conocían a fondo la región, hicieron acopio de agua que, durante un poco de tiempo, mitigó su sed; después, al aumentar el calor, volvió a encenderse de nuevo el deseo de beber. En consecuencia, ingirieron todo el vino y el aceite que llevaban y el placer de beber era tan grande que no
8 se temía la sed del día siguiente. Después, molestos por el líquido bebido con avidez, ni podían sostener las armas ni podían avanzar y parecían más dichosos aquellos a quienes había faltado el agua, al verse obligados a vomitarla
9 los que la habían ingerido sin moderación. Los amigos del rey, que se encontraba angustiado por tan terribles desgracias, rodeándolo, le rogaban que no olvidara que su entereza de ánimo era el único remedio que tenía el ejérci-
10 to en su desfallecimiento, cuando he aquí que dos de entre los que se habían adelantado para elegir un lugar adecuado en que acampar, les salieron al encuentro llevando agua en unos odres, con la intención de ofrecérsela a sus propios hijos que sabían iban en la misma columna del rey
11 y que no podían soportar la sed. Al toparse con el rey, uno de ellos descorchó el odre y, llenando una vasija que llevaba consigo, se la ofreció a Alejandro. Él la tomó en sus manos y, al preguntarle para quiénes transportaban el
12 agua, se enteró de que la llevaban a sus hijos. Entonces, devolviendo la vasija llena, tal como se la había ofrecido, dijo: «Ni tengo valor para beber yo solo ni puedo repartir una cantidad tan exigua entre todos. Corred y entregad a vuestros hijos lo que para ellos trajisteis».

13 Finalmente el rey llegó al río Oxo a la caída de la tarde, pero la mayor parte del ejército no había podido seguirle. Dio orden de encender fuego en una colina elevada con el fin de que los que venían detrás fatigosamente cayeran en la cuenta de que estaban cerca del campamento.

A los que formaban la avanzadilla de la marcha, una vez 14
repuestas rápidamente sus fuerzas mediante la comida y la bebida, les ordenó que unos llenaran odres, otros cualquier tipo de vasijas en las que se pudiera transportar agua, y que los llevaran, como ayuda, a sus compañeros. Pero 15
los que bebieron sin moderación, al quedar sin respiración, perecieron y el número de éstos fue mucho mayor que el de las bajas sufridas en cualquiera de las batallas. Por su 16
parte Alejandro, sin quitarse todavía la coraza y sin reponer sus fuerzas con comida o bebida, se mantuvo de pie por donde avanzaba la columna y no se retiró a prestar cuidados a su cuerpo hasta tanto que no pasó la retaguardia, permaneciendo durante toda aquella noche en vela continua en medio de una gran agitación.

El estado de ánimo del rey no era más risueño al día 17
siguiente, ya que ni tenía embarcaciones ni podía construirse un puente, dado que la tierra que circundaba al río era estéril y totalmente desprovista de madera. Adoptó, pues, el único plan que la necesidad imponía [578]: distribuyó el mayor número posible de odres, repletos de paja y, recos- 18
tándose sobre ellos, atravesaron el río; los primeros en llegar a la otra orilla montaron guardia, mientras los demás hacían la travesía. Por este procedimiento en apenas seis días desembarcó en la otra orilla a todo el ejército.

Ya había tomado la determinación de avanzar en per- 19
secución de Beso, cuando se enteró de los acontecimientos de la Sogdiana. Espitamenes [579] era, de entre todos los ami-

---

[578] Las características del río y los recursos empleados para pasarlo son detenidamente descritos por ARRIANO, III 29, 3-4.

[579] Comandante de la caballería sogdiana, traidor a Beso, a quien se había unido, poniéndolo después en manos de Alejandro; traidor después a los macedonios, a quienes sorprende en Maracanda, cayendo vícti-

gos, el que gozaba de las mayores pruebas honoríficas por parte de Beso; pero la perfidia no se mitiga con ningún
20 tipo de favores, aunque la traición era menos detestable en Espitamenes porque a nadie le parecía un crimen el atentar contra Beso, asesino de su propio rey. El crimen presentaba como pretexto lo que no era más que añagaza, la venganza de Darío, pero lo que Espitamenes odiaba en
21 Beso no era tanto su asesinato como su fortuna. En efecto, en cuanto se enteró de que Alejandro había dejado atrás el río, asoció a su proyecto a Datafernes y Catanes [580], en quienes Beso tenía depositada una confianza absoluta. Éstos se mostraron dispuestos antes de que se les hiciera la proposición y, reunidos ocho jóvenes esforzados, pla-
22 nearon la siguiente estratagema: Espitamenes se dirigió a Beso y, sin testigos presenciales, le dijo que Datafernes y Catanes estaban conspirando contra él con la intención de entregarlo, vivo, a Alejandro; que se había apoderado de
23 ellos y los tenía en prisión. Beso, obligado, como él creía, por un favor tan grande, por un lado le dio las gracias y, por otro, deseoso como estaba de vengarse, dio orden de que los conspiradores fueran traídos a su presencia.
24 Aquéllos, con las manos atadas por propio consentimiento, fueron traídos, a rastras, por los cómplices de la emboscada. Beso dirigiéndoles unas miradas terribles, se levantó, dispuesto a atacarles sin poderse contener, pero los conspi-

ma, en situaciones dramáticas, de la ambición de su mujer, como se cuenta en VIII 3, 1 sigs.

[580] Tanto Datafernes como Catanes más tarde tomaron parte, junto con Espitamenes, en la sublevación de la Bactriana y de la Sogdiana en los años 329-7. También Datafernes colaboró con Espitamenes en la entrega de Beso a Alejandro. Los dahas, tras su revuelta contra los macedonios (tal como se dice en VIII 3, 16), entregaron a Datafernes, encadenado, al rey macedonio. En cuanto a Catanes, en VIII 5, 2 se informa de que murió en el campo de batalla.

radores, dejando a un lado todo disimulo, lo rodearon y lo encadenaron, a pesar de su vana oposición, al tiempo que le arrebataban de la cabeza la diadema real y desgarraban el vestido que llevaba puesto desde que se había apoderado de él de entre los despojos del rey asesinado.
Beso, tras reconocer que los dioses se mostraban como 25
vengadores de su crimen, añadió que los conspiradores eran justos con Darío al tratar de vengar su muerte de aquel modo, pero, al hacerlo, favorecían los planes de Alejandro, que para vencer había contado siempre con la ayuda inclu-
so de los enemigos. Es posible que la multitud hubiera 26
decidido poner en libertad a Beso de no haber sido porque los que lo habían encadenado, haciendo correr el falso rumor de que lo habían hecho por orden de Alejandro, aterrorizaron a los que se mostraban indecisos. En cuanto a Beso, lo montaron sobre un caballo y se lo llevaron consigo con intención de entregárselo a Alejandro [581].

Mientras tanto el rey, elegidos unos 900 soldados cuyo 27
licenciamiento estaba próximo, les hizo entrega de dos talentos a cada jinete y 3.000 denarios a cada soldado de a pie y, tras exhortarles a que tuvieran hijos, los remitió a la patria. A los demás les dio las gracias por su promesa de que colaborarían diligentemente en la terminación de la guerra.

Se había llegado a un villorrio habitado por los Brán- 28
quidas [582]. En otro tiempo, por orden de Jerjes, al volver

[581] Según Arriano, III 30, 1 sigs. (y Arriano lo tomaría sin duda del propio protagonista, Ptolomeo), no fueron Espitamenes, Datafernes y Catanes quienes entregaron Beso a Alejandro, sino que fue Ptolomeo quien consiguió que los rebeldes le entregaran a Beso al precio de su propia salvación.

[582] Se tenían por descendientes de Brancos, hijo de un héroe originario de Delfos. Brancos, en su juventud, fue amado por Apolo, quien

de Grecia, habían pasado desde Mileto y se habían asenta-
do en aquel lugar porque, para ganarse las simpatías de
Jerjes, habían profanado un templo llamado «Didimeon».
29 Todavía no se habían desarraigado en ellos las costumbres
patrias pero, desvirtuando poco a poco su propia lengua
por el uso de una extranjera, se habían convertido en bilin-
gües. Con gran alegría recibieron al rey y se pusieron en
sus manos al mismo tiempo que le hicieron entrega de la
ciudad. Alejandro dio orden de convocar a los milesios
30 que formaban parte de su ejército. El odio de los mi-
lesios hacia la familia de los Bránquidas era inveterado.
El rey les dejó las manos libres para adoptar la decisión
que prefirieran en relación con los Bránquidas que fueron
puestos a su disposición: o acordarse de la injuria o acor-
31 darse de su común origen. Al haber variedad de pareceres
al respecto, Alejandro les hizo ver que él personalmente
consideraría cuál era la mejor decisión. Al día siguiente
vinieron a su encuentro los Bránquidas y les ordenó que
le acompañaran y, al llegar a la ciudad, penetró en ella
32 con un destacamento armado a la ligera. La falange había
recibido orden de cercar las murallas de la plaza y de, a
una señal, saquear la ciudad, refugio de traidores, y no
33 dejar uno con vida. Desarmados, fueron asesinados sus
habitantes aquí y allá, sin que ni la comunidad de idiomas
ni las vestiduras de suplicantes ni sus propios ruegos pu-

le hizo obsequio del don de la adivinación, fundando un oráculo en Dídimo, al sur de Mileto, que fue considerado, hasta época histórica, como casi equivalente al oráculo de Delfos. Durante la guerra médica, los Bránquidas entregaron a Jerjes el tesoro del templo y, ante el temor al castigo de parte de sus compatriotas, pidieron al rey persa que les permitiera pasar a sus dominios, estableciéndose en la Sogdiana. Alejandro va a castigar a los descendientes de aquellos Bránquidas por acontecimientos ocurridos 150 años antes.

dieran detener la crueldad. Finalmente, con el objeto de
derrocar los cimientos de las murallas, fueron socavadas
desde sus bases a fin de no dejar en pie ni huella de la
ciudad. También el arbolado, e incluso los bosques sagra- 34
dos, no sólo fueron talados sino incluso arrancados de cuajo
con el fin de no dejar atrás, una vez arrancadas hasta las
raíces, más que una zona desértica y una tierra estéril.
Si todo esto hubiera sido ideado en contra de los autén- 35
ticos autores de la traición, parecería una venganza justa
y no un acto de barbarie, mientras que ahora la culpa de
sus mayores era saldada por unos descendientes que ni si-
quiera habían visto Mileto y, en consecuencia, no habían
podido entregar la plaza a Jerjes.

Desde allí avanzó hacia el río Tanais. Allí le entrega- 36
ron a Beso no sólo encadenado sino incluso despojado de
todas sus vestiduras. Espitamenes le había pasado alrede-
dor del cuello una cadena, convirtiéndolo en un espectácu-
lo grato tanto a los ojos de los bárbaros como de los
macedonios. Entonces Espitamenes dijo: «Tomando ven- 37
ganza de ti y de Darío, mis dos reyes, te he traído al asesi-
no de su señor, del que me he apoderado siguiendo el ejem-
plo que él mismo me dio. ¡Abra sus ojos Darío ante este
espectáculo! ¡Levántese de los infiernos, él que fue indig-
no de aquel suplicio pero que es también digno de este
consuelo!». Alejandro cubrió de alabanzas a Espitamenes 38
y, volviéndose hacia Beso, dijo: «¿Qué furor de animal
salvaje se apoderó de tu espíritu cuando a un rey, del que
no habías recibido más que favores, te atreviste en primer
lugar a encadenarlo y después a asesinarlo? Pero el precio
de este parricidio te lo pagaste a ti mismo, al usurpar el
título de rey». Beso no se atrevió a justificarse del ase- 39
sinato pero el título de rey dijo que se lo había apropiado
con el fin de poner a su pueblo en manos de Alejandro; si

40 él no lo hubiera hecho, otro se habría apoderado del reino; pero Alejandro dio orden de que se acercara Oxatres, hermano de Darío, que formaba parte de su guardia de corps, y le hizo entrega de Beso a fin de que, después de cortarle las orejas y la nariz, clavado en una cruz fuera asaeteado por los bárbaros, ordenando asimismo que su cadáver fuera guardado para que ni siquiera las aves lo
41 tocaran [583]. Oxatres prometió ocuparse de todo con la mayor diligencia y añadió que nadie mejor que Catanes podía mantener alejadas a las aves: su puntería era tal a la hora de dar en el blanco que ni siquiera los pájaros
42 se le escapaban. Puede ser que ahora, al haberse generalizado el tiro con arco, este arte no parezca tan admirable, pero entonces los espectadores lo consideraban un prodigio y constituyó todo un timbre de gloria para Catanes.
43 Después se gratificó a todos los que habían traído a Beso, pero su castigo lo difirió Alejandro para más adelante, a fin de que fuera ejecutado en el mismo lugar en el que él en persona había dado muerte a Darío [584].

6 Mientras tanto, los macedonios que, sin guardar ningún tipo de formación, habían salido a buscar forraje, fueron sorprendidos por los bárbaros que bajaron al galope desde los montes vecinos; fueron más los prisioneros que
2 los muertos. Los bárbaros, llevando por delante a los cautivos, se retiraron de nuevo a la montaña. Los bandoleros eran 20.000 y trababan combate con hondas y flechas.
El rey los cercó y durante el asedio, al luchar entre los 3
más aguerridos, fue herido por una flecha que se le clavó en una pierna dejando en ella el casquillo. Los macedo- 4
nios, entristecidos y estupefactos, se lo llevaban al campamento, pero no pasó inadvertido a los enemigos el que lo retiraban del campo de batalla, ya que desde lo alto del monte dominaban el paisaje en toda su extensión.
Así pues, al día siguiente enviaron una embajada al rey [585]. 5
Éste los hizo pasar al instante, se quitó el vendaje y, disimulando la gravedad de la herida, mostró la pierna a los
bárbaros. Invitados a tomar asiento, aseguraron que la 6
noticia de que el rey había sido herido les había entristecido a ellos tanto como a los mismos macedonios; que si encontraban al responsable lo pondrían en sus manos: sólo
los sacrílegos luchan contra los dioses, y que, por lo demás, 7
vencidos por la propia herida del rey, sometían su pueblo a su dominio. El rey les dio su palabra y, tras recuperar los prisioneros, aceptó el sometimiento de aquel pueblo.
Después se levantó el campamento. Alejandro era trans-
portado en una litera que todos, los de a pie y los de a 8
caballo, rivalizaban en llevar a hombros. Los jinetes, en cuya compañía el rey solía ir al combate, consideraban que el transportarlo era de su incumbencia. Los de infantería, por el contrario, acostumbrados como estaban a transportar, ellos solos, a sus compañeros de armas heridos, se quejaban de que un oficio que les era propio se les arrebatara

[583] ARRIANO, IV 7, 4, al dar cuenta del castigo infligido por Alejandro a Beso, desaprueba las mutilaciones porque, dice, son propias de bárbaros.

[584] En 10, 10 de este mismo libro se dice que Alejandro ordenó que Beso fuera conducido a Ecbatana para que pagara con su vida el asesinato de Darío, por lo que habría que suponer que Darío habría sido asesinado cerca de aquella localidad. ARRIANO, IV 7, 3, confirma que, en efecto, fue enviado a dicha ciudad.

[585] Los comentaristas estiman que tal embajada (de la que nada nos dice, por ejemplo, ARRIANO) no tuvo lugar. Con invenciones como ésta se ha venido fraguando, al gusto helenístico, la historia novelesca de Alejandro.

precisamente cuando se trataba de transportar al rey.
9 Éste, ante la rivalidad tan encontrada puesta de manifiesto
por ambas partes, considerando que la elección sería difícil
y ofensiva para los desdeñados, ordenó que se fueran tur-
nando en el transporte.
10 Desde allí, al cuarto día de marcha llegaron a Mara-
canda [586]. La ciudad se encuentra rodeada por una mura-
lla de 70 estadios [587]. También la ciudadela se encuentra
amurallada. Alejandro dejó una guarnición para proteger
la ciudad y se dedicó a devastar e incendiar las aldeas cer-
canas.
11 Después se presentó una embajada de los escitas
abios [588]: libres desde la muerte de Ciro, se mostraban dis-
puestos a someterse. Era voz común que eran los más jus-
tos de los bárbaros: no empuñaban las armas si no eran
provocados. Haciendo de la libertad un uso moderado y
justo, habían llevado a un plano de igualdad a la clase
12 aristocrática y a la más humilde de la sociedad. El rey
les dirigió palabras de afecto, y en cuanto a los escitas

---

[586] Capital de la Sogdiana; hoy, Samarkanda.

[587] Cerca de 13 km.

[588] Dosson los identifica con una tribu nómada escita que habitaba al norte del Tanais que se identifica con el Don actual, pero Arriano y Curcio piensan en el Tanais = Iaxartes que corresponde al moderno Sir-Daria. Se los identificaba, ya en la Antigüedad, con los albios de los que Homero (como Curcio en el texto) dice en *Ilíada* XIII 6 que son los más justos de los hombres. Según Mazon (en nota a la edición de Homero de la editorial «Belles Lettres»), los abios parecen haber sido un pueblo mítico, análogo a los hiperbóreos. La tierra les ofrecía sus frutos sin que tuvieran que cultivarla; al menos eso es lo que decía de ellos Esquilo en su *Prometeo liberado,* fr. 196, quien les da el nombre de «Gabios». Amiano Marcelino, XXIII 6, 53, los califica de *genus piissimum.* (Véase también Arriano, IV 1, 1).

que habitan Europa [589] les envió, de entre sus propios ami-
gos, a un tal Derdas [590] con el aviso de que se abstuvieran
de atravesar, sin su permiso, el Tanais, el río que recorre
la región; al mismo tiempo le encargó que inspeccionase
la zona y visitara a los escitas que habitan más allá del
Bósforo.
Había elegido, a orillas del Tanais, un lugar para fun- 13
dar una ciudad, barrera no sólo de los pueblos sometidos
sino también de todos los que pensaba atacar. Pero la no-
ticia de la rebelión de los sogdianos (que arrastraron tras
sí a los bactrianos) le obligó a diferir su proyecto: se tra- 14
taba de 7.000 caballeros cuyo prestigio llevaba tras de sí
a los demás.
Alejandro mandó traer a su presencia a Espitamenes
y a Catanes (los que habían puesto a Beso en sus manos),
convencido de que con su colaboración podrían someterse
los que habían desertado [591]. Pero he aquí que eran ellos 15
mismos los instigadores de una revuelta para apaciguar la
cual eran ahora llamados y habían hecho correr el rumor
de que los caballeros bactrianos habían sido convocados
todos en bloque para asesinarlos: ellos mismos, decían, ha-
bían recibido la orden de darles muerte, pero no habían
tenido valor de cumplirla a fin de no cometer un crimen
inexpiable para con sus conciudadanos. La crueldad de Ale-
jandro les había sido tan insoportable como el parricidio
de Beso. (De este modo, sin dificultad, levantaron en ar-

---

[589] En Curcio (como, por lo general, en todos los autores antiguos), el término «escitas» es sumamente vago y ni siquiera la determinación «que habitan Europa» sirve para precisar mucho. Con ese nombre se designaba a pueblos del norte y a veces los historiadores concretaban dando el nombre de las distintas tribus: abios, maságetas, etc.

[590] Personaje desconocido.

[591] Los sogdianos y los bactrianos, como acaba de decirse en el párrafo anterior.

mas, por el temor al castigo, a un pueblo ya de por sí
inclinado a la rebelión).

16 Alejandro, al tener conocimiento de la deserción de
los tránsfugas, dio orden a Crátero de poner cerco a Ciró-
polis [592]. Él, por su parte, mediante asedio, tomó otra ciu-
dad de la misma región [593]: a una señal fueron asesinados
todos los jóvenes y los demás pasaron a manos del vence-
dor a título de botín. La ciudad fue totalmente destruida
a fin de que las otras se mantuvieran sin rebelarse, escar-
mentando en su aniquilamiento.

17 Los memacenos [594], pueblo valeroso, habían estimado
que padecer un cerco no solamente era lo más honroso
sino también lo más seguro. Con el fin de mitigar su alti-
vez, Alejandro envió por delante 50 caballeros con el fin
de darles a conocer su clemencia con los rendidos pero,
al mismo tiempo, su inflexibilidad para con los vencidos.
18 Los memacenos respondieron que no dudaban ni de la
palabra ni del poder del rey e invitaron a los caballeros
a levantar sus tiendas fuera de las murallas de la ciudad.
Después los recibieron como a huéspedes y cuando éstos
se encontraban pesados por la comida y el sueño, a una
hora avanzada de la noche, cayendo sobre ellos los asesi-
19 naron. Alejandro, justamente indignado, puso cerco a la
ciudad, demasiado fortificada como para caer al primer
asalto; por ello asoció al asedio a Meleagro y Perdicas.
*** [595], poniendo cerco, como se ha dicho antes [596], a

[592] Cirópolis —también llamada *Cireschata*— era, según dice Arriano, IV 2, 2, la ciudad más importante de los que se habían rebelado y donde mayor número de bárbaros se habían congregado.

[593] Según Arriano, IV 2, 3, Gaza.

[594] Pueblo desconocido.

[595] Bardon opina que hay una laguna en el texto.

[596] En el párrafo 16 de este mismo capítulo.

Cirópolis. Había decidido, sin embargo, perdonar a una 20
ciudad que había sido fundada por Ciro: en efecto, por
ningún rey de aquellos pueblos sentía tanta admiración co-
mo por éste y por Semíramis; consideraba que habían bri-
llado a gran altura tanto por su grandeza de espíritu como
por el esplendor de sus hazañas. Pero la contumacia de 21
sus habitantes encendió su cólera. En consecuencia, tomó
la ciudad y dio orden de saquearla. Una vez arrasada, jus-
tamente irritado contra los memacenos, volvió al lado de
Meleagro y de Perdicas. Mas ninguna otra ciudad soportó 22
con más valor un asedio: no sólo cayeron los soldados más
aguerridos sino que el mismo rey se encontró en una situa-
ción crítica: recibió en la nuca una pedrada tan fuerte que
una espesa nube cubrió sus ojos y cayó en tierra perdido
el conocimiento; lo cierto es que el ejército lo lloró como
si hubiera muerto. Pero, sin doblegarse ante circunstancias 23
que a los demás llenan de terror, sin curarse del todo de
la herida, insistió con mayores bríos en el asedio, excitada
por la cólera su natural fogosidad. Las murallas, socava-
das por una galería subterránea, se vinieron abajo, dejan-
do abierto un amplio trecho por donde irrumpió el rey
que, en plan vencedor, dio orden de arrasar la ciudad.

Desde aquí Alejandro envió a Menedemo [597] con 3.000 24
soldados de a pie y 800 jinetes en dirección a Maracanda.
El desertor Espitamenes, tras expulsar de la plaza a la guar-
nición macedonia, se había encerrado tras las murallas de
la ciudad, en medio de la oposición de sus habitantes que
no aprobaban su plan de deserción aunque daban la im-
presión de secundarlo al no poder impedirlo. Mientras 25

[597] Esforzado general que no va a regresar de esta expedición: en 7, 31 sigs. de este mismo libro se nos va a contar su muerte, acaecida en una emboscada planeada por Espitamenes.

tanto Alejandro volvió al río Tanais y rodeó con un muro todo el espacio que había ocupado el campamento. Este muro, de 50 estadios [598], se convirtió en el muro de una ciudad a la que ordenó llamar también «Alejandría» [599].
26 La obra quedó terminada con tanta rapidez que en 17 días [600], después que se levantaran las murallas, se terminaron incluso los tejados de las casas. Una gran rivalidad había surgido entre los mismos soldados, afanándose todos por ser los primeros en mostrar la obra, ya que el
27 trabajo había sido repartido individualmente. La nueva ciudad fue poblada con prisioneros que el rey puso en libertad mediante un rescate pagado a sus dueños. Sus descendientes ni siquiera ahora, después de tan largo tiempo, han desaparecido y ello gracias al recuerdo que conservan de Alejandro.

7 Pero el rey de los escitas, cuyo imperio se extendía entonces a partir del otro lado del Tanais, considerando que la ciudad fundada por los macedonios a orillas del río constituía un yugo impuesto sobre sus cuellos, envió a su hermano Cartasis [601] al frente de un gran destacamento de caballería con el fin de arrasarla y de alejar del río
2 a las tropas macedonias. El Tanais separa a los bactrianos de los escitas llamados «europeos» y se desliza formando
3 frontera entre Asia y Europa [602]. Por otro lado, el pueblo

[598] Algo más de 11 km.

[599] Identificable con la actual Chodchent.

[600] Según ARRIANO, IV 4, 1, fueron 20 los días empleados.

[601] Personaje desconocido.

[602] Una vez más se confunden los dos Tanais, el que con el nombre a veces de Iaxartes dado por los antiguos se identifica con el Sir-Daria moderno y que, tras separar a los bactrianos de los escitas, desembocaba en el mar de Aral, y el Tanais que, identificado con el Don, desemboca

escita, situado no lejos de la Tracia, se extiende de Oriente hacia el Septentrión y no son, como algunos han creído, vecinos de los sármatas sino una parte de ellos [603]. Tirando 4
después en línea recta, habitan otra región más allá del Istro y, en dirección a Bactras, rozan los confines del Asia. Viven en las zonas más próximas al Septentrión; a partir de allí se extienden bosques impenetrables y amplias regiones desérticas. Por el contrario, las zonas situadas hacia el Tanais y Bactras no son hostiles a un asentamiento humano.

Alejandro, teniendo que entablar con este pueblo un 5
combate para el que por primera vez no se encontraba preparado, al ver cabalgar, ante sus propios ojos, al enemigo y al encontrarse todavía enfermo como consecuencia de la herida (su debilidad era manifiesta en la voz, extenuada por el poco comer y el dolor del cuello), ordenó que se convocara a sus amigos a asamblea. Le aterrorizaba no 6
el enemigo en sí sino la desventaja del momento. Los bactrianos le habían traicionado; también los escitas andaban hostigándolo; él, por su parte, no podía ni asentar los pies en tierra, ni montar a caballo, ni dar instrucciones, ni exhortar a los suyos. Víctima de un doble peligro, acusaba 7
incluso a los dioses, lamentándose de permanecer inactivo, él, a cuya rapidez y presteza nadie con anterioridad había

en el mar de Azov, «formando frontera entre Asia y Europa», como dice ESTRABÓN, XI 1, 1. El autor se refiere, por supuesto, al primero, aunque las noticias que ofrece tienen también relación con el otro. Igualmente es el Iaxartes (= Sir-Daria) el Tanais mencionado en el párrafo 4.

[603] Hay que resaltar la vaguedad —y a veces, confusión— de los historiadores antiguos al ofrecer informaciones geográficas de todo tipo. Es verdad que también ESTRABÓN, XI 2, 1, considera a los sármatas como parte de los escitas, pero en su origen se trata de pueblos distintos; hay que llegar al s. I a. C. para poder hablar de cierta fusión entre contingentes de ambos pueblos.

sido capaz de escapar: con dificultad iban a creer los suyos
8 ahora que su enfermedad no era fingida. Y así Alejandro, que después de su victoria sobre Darío había dejado de consultar a los adivinos y a los videntes, se volvió de nuevo a la superstición —ilusión de las mentes humanas— y dio orden a Aristandro, en quien tenía puesta su credulidad, de explorar el porvenir mediante sacrificios.

Los harúspices tenían por costumbre contemplar las entrañas de las víctimas sin estar el rey presente e informarle
9 después de lo manifestado por aquéllas. El rey, en el entretanto, y mientras se exploraban los resultados de aquella situación oscura a través de las víctimas de los animales, ordenó que sus amigos se aproximaran con el fin de que la herida, todavía no cicatrizada, no se abriera al levantar la voz. Hefestión, Crátero y Erigio habían sido ad-
10 mitidos a la tienda junto con los guardias de corps. «El peligro», les dijo, «se ha echado sobre mí en una ocasión más propicia al enemigo que a mí mismo; pero la necesidad está por encima del cálculo, sobre todo en la guerra, en la que en muy contadas ocasiones a uno se le permite
11 elegir su momento propicio. Los bactrianos, cuya cerviz tenemos bajo nuestro yugo, han desertado y tratan de comprobar, a través de una guerra ajena, cuánta es nuestra fuerza. Nuestra suerte está clara: si no hacemos frente a los escitas que nos han atacado sin ser provocados, volveremos, cargados de oprobio, hacia los que han desertado.
12 Pero si pasamos el Tanais y, a través de la destrucción y muerte de los escitas, nos mostramos invencibles en todas partes, ¿quién dudará en someterse a los vencedores
13 incluso de Europa? [604]. Está muy equivocado quien pre-

[604] La verdad es que hasta ahora Alejandro no ha luchado más que contra asiáticos. Una vez más el Tanais es el Iaxartes (= Sir-Daria) en cuya orilla izquierda se ha levantado la Alejandría identificada con la

tenda reducir nuestra gloria al espacio que vamos a atravesar. Un solo río nos corta el camino; si lo atravesamos, llevaremos las armas a Europa. Y ¿en cuánto hay que 14
valorar el hecho de que, al someter el Asia, estamos levantando trofeos en una especie de mundo distinto y que tierras que la naturaleza parece que ha separado por una distancia tan grande con una sola victoria las hemos puesto en contacto al instante? Pero, ¡por Hércules!, si nos de- 15
tenemos un momento, los escitas nos pisarán los talones, o ¿somos acaso nosotros los únicos que podemos atravesar ríos? Muchas estratagemas que hasta ahora nos han ayudado a vencer caerán sobre nosotros mismos. La fortuna 16
enseña el arte de la guerra incluso a los vencidos. En el pasado hemos hecho nosotros una demostración de cómo atravesar un río con odres; aun suponiendo que los escitas no lo sepan, los bactrianos se lo enseñarán. Además hasta 17
ahora no ha llegado más que un solo ejército de este pueblo, pero se está a la espera de los demás. Por consiguiente, al evitar la guerra no haremos más que alimentarla y el daño que podemos infligir a los demás nos veremos obligados a soportarlo nosotros mismos. La razón de mi plan 18
es manifiesta, pero tengo mis dudas de si los macedonios me van a permitir poner en práctica mi decisión, ya que desde que recibí esta herida no he montado a caballo ni he tomado parte en las marchas; pero, ¡oh amigos!, si 19
queréis seguirme estoy curado. Tengo fuerzas suficientes para soportar tales penalidades o, si éste es el final de mi vida, ¿en qué obra podré encontrar una muerte más gloriosa?».

actual Chodchent. En cuanto a que el Tanais separa Europa de Asia, véase la nota 602: ESTRABÓN dice claramente que se trata del otro Danais, el identificable con el Don.

20 Estas palabras las había pronunciado, desfallecido, con una voz cada vez más entrecortada y apenas si podían escucharlas los que estaban más próximos a él. Al instante todos comenzaron a quitarle al rey de la cabeza un proyec-
21 to tan peligroso y especialmente Erigio quien, no pudiendo imponerse, a pesar de su autoridad, a un espíritu tan obstinado como el del rey, hizo la prueba de sacar a colación la superstición (ante la que Alejandro se mostraba impotente), afirmando que los mismos dioses se mostraban contrarios al proyecto y que era evidente un grave peligro en
22 el caso de que atravesara el río. En el momento de penetrar en la tienda del rey, Aristandro le había salido al encuentro con la noticia de que las entrañas se habían mostrado desfavorables y lo que ahora Erigio anunciaba no era más que información recibida de boca del adivino.
23 Alejandro no le dejó continuar: turbado como estaba no sólo por la cólera sino también por la vergüenza, al comprobar que su superstición, que había mantenido oculta, estaba puesta al descubierto, dio orden de que Aristandro
24 fuera llamado a su presencia. En cuanto llegó, mirándole fijamente, dijo: «Cuando te encargué el sacrificio no lo hice en calidad de rey sino como un simple particular; ¿por qué, entonces, revelaste ante otro distinto a mí lo manifestado por el sacrificio? Erigio conoce mis arcanos y mis secretos porque tú se los has revelado y estoy seguro, ¡por Hércules!, de que él utiliza la interpretación de las entra-
25 ñas de las víctimas en función de su propio miedo. Pero a ti, que hablas más de lo que conviene [605], te exijo que

[605] Nos separamos del texto ofrecido por BARDON («*tibi autem, qui scis plus quam potes*»), que es una interpretación personal de este autor, frente a la lectura de los manuscritos P, F, «*qui saepius quam potest*» y de B, L, M, V, «*saepius quam potest*»; seguimos la ofrecida por GIACONE, «*qui saepius* ⟨*loqueris*⟩ *quam potest*».

me hagas saber qué es lo que han manifestado las vísceras, a fin de que no puedas negar que has dicho lo que has dicho».

Aristandro se quedó lívido y como atónito e incluso 26
sin voz a causa del miedo; finalmente el mismo temor le sirvió de acicate y, con el fin de no hacer más larga la espera del rey, dijo: «Yo predije que lo que amenazaba era un peligro grave, no un fracaso; y lo que me inquieta 27
no es mi ciencia sino mi afecto hacia ti. Veo la debilidad de tu salud, conozco cuánto significa tu sola persona y tengo miedo de que no puedas estar a la altura de la prueba que te espera».

El rey le ordenó confiar en su buena estrella: los dio- 28
ses le reservaban tales dificultades para que redundaran en su propia gloria.

Después, mientras se encontraba reunido con los mis- 29
mos consejeros en consulta sobre de qué manera podrían atravesar el río, se presentó Aristandro, asegurando que en ninguna otra ocasión había visto vísceras más favorables y en verdad bien distintas a las anteriores: con anterioridad habían hecho su aparición motivos fundados para la inquietud; ahora, el sacrificio dejaba predecir los mejores augurios [606].

Pero las noticias que inmediatamente llegaron al rey 30
vinieron a turbar la serie ininterrumpida de éxitos. Tal 31
como hemos dicho más arriba [607], Alejandro había enviado a Menedemo a poner cerco a Espitamenes, el instigador de la rebelión de Bactras. Éste, al enterarse de la llegada

[606] En clara contradicción con lo que cuenta ARRIANO, IV 4, 3, según el cual Aristandro no se volvió atrás de su primera interpretación: volvió a consultar los auspicios y éstos seguían mostrándose desfavorables, pero no quiso interpretarlos porque «Alejandro quería oír algo diferente».

[607] En 6, 24 de este mismo libro.

del enemigo, con el fin de no verse encerrado tras las mu-
rallas de la ciudad y, al mismo tiempo, confiando en que
Menedemo podría ser cogido de sorpresa, se apostó ocul-
32 tamente por donde sabía que aquél había de pasar. Se
trataba de un camino en pleno bosque, muy apropiado pa-
ra encubrir una emboscada. En él escondió a los dahas.
Éstos suelen cabalgar dos sobre cada caballo, de los cuales
uno, turnándose en cada ocasión, salta de repente a tierra
y siembra la confusión en la formación del combate ecues-
33 tre. La agilidad de los soldados está en consonancia con
la velocidad de los caballos. Espitamenes, que les había
dado orden de rodear el bosque, mostró sus tropas al ene-
migo al mismo tiempo por la espalda, de frente y por los
34 flancos. Menedemo, cercado por todas partes y en inferio-
ridad numérica, resistió sin embargo largo tiempo, dicien-
do a gritos a sus compañeros que, víctimas como eran de
un engaño impuesto por el terreno, lo único que les queda-
ba era el consuelo de encontrar una muerte honrosa ma-
35 tando ellos también a los enemigos. Menedemo cabalgaba
un caballo vigoroso con el que, lanzándose a rienda suelta
contra los pelotones bárbaros, los había dispersado cau-
36 sando numerosas bajas, pero, al constituirse en el blanco
de todos, exangüe a causa de sus muchas heridas, animó
a uno de sus amigos, Hipsides [608], a que, montando en
su propio caballo, se salvara huyendo. Mientras estaba ha-
blando rindió su alma y su cuerpo, deslizándose desde lo
37 alto de la silla, cayó a tierra. Hipsides podía, a no dudar-
lo, escapar pero, al perder a su amigo, decidió morir. Sólo
tenía una preocupación: no caer sin vengarse. Y así, pican-
do espuelas a su caballo, se lanzó en medio de los enemi-
gos y, después de mantener una lucha inolvidable, cayó

[608] Personaje desconocido.

acribillado a flechazos [609]. Al ver esto, los supervivientes 38
de la matanza se apoderaron de un altozano algo más ele-
vado desde donde se dominaba todo y Espitamenes los cercó
dispuesto a someterlos por hambre.

En aquel combate perecieron 2.000 soldados de infan- 39
tería y 300 de caballería. Esta derrota la mantuvo hábil-
mente en secreto Alejandro, amenazando con la muerte
a los que habían llegado procedentes del campo de batalla,
si divulgaban lo sucedido.

Pero Alejandro, no pudiendo mantener por más tiem- 8
po una expresión de su rostro en íntima contradicción con
sus sentimientos, se retiró a su tienda colocada intenciona-
damente a la orilla del río. Allí, sin testigos, calibrando 2
uno a uno los distintos proyectos, se pasó la noche en ve-
la, levantando con frecuencia las pieles de la tienda para
ver las fogatas del enemigo por las que podía deducir con
qué contingente de tropas contaba el adversario. Ya estaba 3
amaneciendo cuando, revestido de su coraza, avanzó hacia
sus soldados, por primera vez desde que había sido herido
recientemente. La veneración que sentían por el rey era 4
tan grande que su presencia disipó con toda facilidad el
pensamiento del peligro que les tenía atemorizados. Llenos, 5
pues, de alegría y con lágrimas en los ojos provocadas por
el gozo, lo aclamaron y pidieron con ardor el combate que
antes habían rechazado. Alejandro les hizo saber que era 6
su intención transportar en balsas la caballería y la falange
y dio orden de que los armados más a la ligera pasaran
el río a nado sobre odres. Ni las circunstancias del mo- 7

[609] El episodio recuerda extraordinariamente el relato de la muerte de los amigos Niso y Euríalo, Virgilio, *Eneida* IX 230 sigs., especialmente 314-445.

mento exigían seguir hablando ni el rey podía hablar más a causa de su delicada salud.

Los soldados pusieron tal ardor en ensamblar las balsas que en menos de tres días construyeron unas 12.000.
8 Ya tenían todo preparado para la travesía cuando he aquí que veinte legados escitas, atravesando el campamento a caballo según la costumbre de su pueblo, pidieron que se hiciera saber al rey que eran portadores de una misión que
9 querían exponer ante él personalmente. Hechos pasar a la tienda real, Alejandro les invitó a sentarse. Los embajadores tenían clavadas sus miradas en el rostro del rey y, en mi opinión, al estar acostumbrados a valorar el espíritu de acuerdo con la talla, el físico de Alejandro, nada sobresaliente, les parecía que no estaba a la altura de su fama.

10 Ahora bien, los escitas no son, como los demás bárbaros, rudos e incultos. Se dice que algunos de ellos incluso logran alcanzar la sabiduría, al menos en la medida en que puede lograrlo un pueblo que siempre está en armas.
11 Así lo que, según la tradición, dijeron al rey puede ser que choque a nuestros espíritus y a nuestras costumbres, a quienes nos ha tocado en suerte conocer tiempos y culturas más refinados. Pero, aun suponiendo que su discurso pueda ser menospreciado, no debe serlo nuestra fidelidad histórica y expondremos, sin alterarlo lo más mínimo, lo
12 que la tradición nos ha legado. Así, pues, sabemos que uno de ellos, el de más edad, habló en los siguientes términos [610]: «Si los dioses hubieran querido que tu estatura

[610] He aquí, una vez más, un discurso cargado de retórica y de artificios de estilo, lo que no deja de chocar en labios del representante de un pueblo tenido por semibárbaro. De todas formas, un retrato del pueblo escita, presentado como el auténtico «buen salvaje», puede verse en JUSTINO, II 1 sigs. (que, en cierto modo, hace pesar en las alabanzas de TÁCITO hacia los pueblos bárbaros, formuladas en la *Germania*), y

corriera pareja con tu ambición, el orbe no podría contenerte: con una mano tocarías el Oriente, con la otra el Occidente y, después de conseguir esto, querrías saber dónde se esconde el resplandor de divinidad tan excelsa. Así ansías incluso lo que no puedes abarcar. Desde Europa al- 13
canzas Asia; desde el Asia pasas a Europa. Después, si sometes a todo el género humano, te dispondrás a luchar con los bosques y las nieves y los ríos y las fieras salvajes. ¿Ignoras acaso que los árboles corpulentos tardan mucho 14
en crecer pero son arrancados en una sola hora? Necio es aquel que contempla sus frutos pero no calibra su altura. Ten cuidado, al pretender llegar a la copa, no caigas con las ramas a las que te has abrazado. El mismo león, 15
en cierta ocasión, se convirtió en alimento de los pájaros más pequeños y el orín consume el hierro. Nada hay tan sólido que no pueda temer un peligro procedente incluso de lo más desvalido. ¿Qué tenemos nosotros que ver con- 16
tigo? Nosotros no hemos tocado la menor porción de tu tierra. ¿Acaso no nos está permitido, habitantes como somos de extensos bosques, ignorar quién eres y de dónde vienes? Ni podemos servir a nadie ni deseamos mandar sobre nadie. Hemos recibido como obsequio —y te lo digo 17
para que conozcas al pueblo escita— un yugo de tiro, un arado, una flecha, una lanza y una copa [611] y los usamos

un resumen de lo que los mismos escitas decían de sus orígenes y lo que decían los griegos puede verse en HERÓDOTO, IV 5 sigs.

[611] Según HERÓDOTO, IV 5, los objetos caídos del cielo (objetos de oro) fueron: un carro con un yugo, una sagaris (especie de hacha) y una copa, objetos que simbolizaban, según los comentaristas (véase, por ejemplo, PH.-E. LEGRAND en nota al pasaje de Heródoto, en su edición de «Belles Lettres»), las tres clases de sociedades iraníes: la de los sacerdotes, representada por la copa, la de los guerreros, por la sagaris y la de los agricultores, por el carro y el yugo. Heródoto aduce esta leyenda

tanto con nuestros amigos como con nuestros enemigos.
18 Damos a nuestros amigos las cosechas conseguidas con el trabajo de los bueyes; en compañía de nuestros amigos libamos en la copa el vino en honor de los dioses; a nuestros enemigos los atacamos desde lejos con la flecha, desde cerca con la lanza: así es cómo vencimos al rey de Siria [612] y después al de Persia y al de Media, abriéndonos camino
19 hasta Egipto [613]. Pero tú, que te vanaglorias de venir en persecución de los bandidos, te has convertido en el bandido de todos los pueblos a los que has llegado. Te apoderaste de Lidia, ocupaste la Siria, retienes la Persia, tienes bajo tu poder la Bactriana, has atacado la India [614] y ya extiendes tus avariciosas e insaciables manos tratando de
20 apoderarte hasta de nuestros rebaños. ¿Qué necesidad tienes de unas riquezas que te obligan a estar hambriento? Tú eres el primero al que la saciedad le ha provocado hambre, de modo que cuanto más tienes con más ardor anhe-
21 las lo que no tienes. ¿No se te ocurre pensar cuánto tiempo llevas ya parado en torno a Bactras? [615]. Mientras intentas someterla, los sogdianos han vuelto a levantarse en armas: para ti de la victoria nace una nueva guerra, pues aun admitiendo que seas el mayor y el más fuerte de todos, sin embargo nadie desea sentir sobre sí el peso de un dueño extranjero. Basta con que atravieses el Tanais: 22
te darás cuenta de qué extensiones tan grandes ocupan los escitas y nunca podrás darles alcance. Nuestra pobreza será más veloz que tu ejército, que arrastra el botín de tantas naciones, y cuando creas que estamos lejos, nos volverás a ver en tu campamento: con la misma velocidad perseguimos y huimos. Yo sé que los proverbios griegos se mofan 23
de los desiertos escitas, pero nosotros buscamos los desiertos y las zonas desprovistas de civilización con preferencia a las ciudades y los campos fértiles. Por consiguiente, apri- 24
siona tu fortuna con todas las fuerzas de tus manos: es resbaladiza y no puede ser retenida a la fuerza. He aquí un consejo que el porvenir mejor que el presente te mostrará que es saludable: pon un freno a tu felicidad y la gobernarás con más facilidad. Nosotros decimos que la 25
fortuna no tiene pies, que sólo tiene manos y alas. Final- 26
mente, si eres un dios, debes otorgar beneficios a los hombres, no quitarles lo que es suyo; pero, si eres un hombre, piensa siempre que eres lo que eres: es una necedad andar recordando aquellas cosas debido a las cuales te olvidas de lo que tú eres. A los que no hayas declarado la guerra 27
podrás contar en el número de tus amigos, puesto que, por un lado, la amistad más leal es la que se da entre iguales y, por otro, parecen semejantes aquellos que no pusieron a prueba, unos contra otros, sus propias fuerzas. No pienses que son tus amigos aquellos a quienes has 28
vencido, pues entre el señor y el esclavo no puede existir amistad e, incluso en tiempo de paz, se observan las leyes de la guerra. No creas que los escitas ratifican su amistad 29
con un juramento; ellos prestan juramento guardando fidelidad. Aquel género de garantías es propio de los griegos, que sellan sus pactos e invocan a los dioses; nosotros

para explicar cómo llegó a reinar, solo, uno de los tres hijos de Targitaos. La interpretación ofrecida por el escita del texto de Curcio es, como dice BARDON, «una transformación moralizante del mito».

612 Siria por Asiria, lo mismo que en V 1, 35.

613 JUSTINO, II 3, 1 sigs., cuenta las hazañas bélicas de los escitas, entre ellas las victorias sobre Darío, sobre Ciro y sobre Vezosis, rey de Egipto. En efecto, Ciro fue derrotado por los escitas el año 529; Darío I en el 513 y, como dice BARDON, al rey medo Cyaraxes, que reinó de 633 a 593, los escitas, después de derrotarlo, lo empujaron hasta Egipto.

614 La campaña de la India está todavía por emprenderse, pero Alejandro ha atravesado el Cáucaso indio.

615 Hay que entender, más bien, la Bactriana.

hacemos consistir la religión en nuestra misma lealtad: los
que no respetan a los hombres engañan a los dioses y tú
no tienes necesidad de un amigo de cuyo afecto sospechas.
30 Por lo demás, en nosotros tendrás los guardianes tanto
de Asia como de Europa. Limitamos con la Bactriana, si
dejamos a un lado el hecho de que nos separa de ella el
río Tanais [616]; al otro lado de este río habitamos las tierras
que van hasta la Tracia y, según se dice, la Macedonia
colinda con la Tracia. Siendo, como somos, vecinos de tus
dos imperios [617], piensa si quieres tenernos por amigos o
por enemigos». Esto es lo que dijo el bárbaro.

9 Por su parte, el rey respondió que él haría uso tanto
de su propia fortuna como de los consejos recibidos; en
efecto, seguiría su fortuna porque confiaba en ella y los
consejos recibidos para no dejarse llevar de la temeridad
2 y de la audacia. Y, después de despedir a los legados,
hizo embarcar el ejército en las balsas ya preparadas. En
las proas había colocado a los soldados provistos de escu-
dos con la orden de mantenerse arrodillados a fin de estar
3 más al abrigo de las flechas enemigas. Detrás de ellos
iban, de pie, los encargados del manejo de las máquinas
de guerra, rodeados por ambos costados y de frente por
soldados armados. Los restantes, colocados detrás de las
máquinas, protegían con la «tortuga» de sus escudos a los
remeros, desprovistos de coraza. La misma disposición se
4 guardó en las balsas que transportaban la caballería. La
mayor parte, desde la popa, tiraban de las bridas a los
caballos que pasaban el río a nado y los soldados que lo

[616] Una vez más, el Iaxartes (= Sir-Daria), no el Tanais = Don.
[617] El europeo y el asiático.

atravesaban sobre odres repletos de paja eran protegidos
por un frente de balsas.

El rey, por su parte, acompañado de tropas escogidas, 5
fue el primero en soltar amarras, dando orden de dirigirse
al otro lado del río. Los escitas le opusieron unas filas
de jinetes colocadas en el borde mismo del agua a fin de
que el enemigo no pudiera varar sus balsas en tierra.
Pero, aparte de esta oposición del ejército enemigo situado 6
en la orilla, un motivo de extraordinario terror se había
apoderado de los soldados: en efecto, los timoneles, al re-
cibir la corriente del río de costado, no podían dirigir las
balsas y los soldados, tambaleándose y con miedo a ser
despedidos, no dejaban maniobrar a los marineros [618].
No eran capaces siquiera, a pesar de sus esfuerzos, de 7
lanzar sus flechas, al preocuparse más de mantenerse en
pie sin riesgo que de atacar al enemigo. Encontraron su
salvación en las catapultas con las que arrojaban unos pro-
yectiles que daban en el blanco sin errar el tiro, al ser dis-
parados contra un enemigo apiñado y que se ofrecía sin
tomar precauciones. También los bárbaros arrojaban una 8
cantidad ingente de dardos y apenas hubo ningún escudo
que no estuviera atravesado al mismo tiempo por varias
flechas a la vez.

Ya las balsas comenzaban a tocar tierra, cuando la 9
formación provista de escudos se puso de pie y arrojó sus
lanzas, desde las embarcaciones, sin fallar el golpe, al po-
der apoyarse ahora libremente. En cuanto vieron que los
escitas, aterrorizados, hacían retroceder a sus caballos, ani-
mándose unos a otros saltaron a tierra, llenos de alegría,
lanzándose a un feroz ataque contra los enemigos en des-

[618] Tito Livio, XXII 19, 7-10 y Tácito, *Anales* II 23, 2 sigs., describen una situación parecida.

10 orden. Después los propios escuadrones de caballería, que
mantenían embridados a sus caballos, rompieron la forma-
ción de los bárbaros. Mientras tanto los demás, cubiertos
por los que habían entrado ya en combate, se prepararon
11 para la lucha. El mismo rey suplía con su energía las fuer-
zas físicas que todavía le faltaban [619]. Al exhortar a sus
tropas, su voz no podía ser oída por no estar todavía bien
cicatrizada la herida de la nuca, pero todos lo veían com-
12 batir. Así pues, los mismos soldados desempeñaban el
oficio de generales y, animándose unos a otros, se lanza-
ron violentamente contra el enemigo, sin preocuparse lo
13 más mínimo de su propia vida. Entonces los bárbaros,
no pudiendo soportar el aspecto, las armas y los gritos
de los enemigos, dieron todos rienda suelta a sus caballos
y emprendieron la huida; el rey, aunque le era intolerable
soportar las sacudidas de su cuerpo enfermo, sin embargo
persistió en su persecución a lo largo de ochenta estadios [620]
14 y, al encontrarse ya al límite de sus fuerzas, ordenó a
los suyos que, mientras quedara algo de luz, persiguieran
de cerca a los fugitivos; él, por su parte, exhaustas incluso
las fuerzas de su espíritu, se retiró al campamento y allí
15 permaneció durante el tiempo restante. Habían dejado ya
atrás los confines del Padre Baco [621], señalados con pie-

[619] Curcio sólo invoca, como justificación de esta falta de fuerzas físicas de Alejandro, la herida recibida en la nuca con anterioridad; PLUTARCO, *Alej.* XLV 6, y ARRIANO, IV 4, 9, informan de que a la herida se vino a añadir una disentería producida —según el último historiador citado— por haber ingerido agua en mal estado.

[620] Cerca de 15 km.

[621] En este pasaje sólo se hace mención de Baco como expedicionario a tierras escitas. En otros pasajes de la obra (III 10, 5; IX 2, 29; 4, 21) —y con referencia a las campañas de la India— se invocan las hazañas de Baco unidas a las de Hércules. En el caso presente es verdad que una tradición recogía la información de que Hércules no había llega-

dras colocadas a pequeños intervalos y árboles corpulentos
cuyos troncos estaban entretejidos de hiedra; pero la cóle- 16
ra empujó a los macedonios a avanzar más: alrededor de
la media noche volvieron al campamento trayendo consigo
1.800 caballos, después de haber dado muerte a gran canti-
dad de enemigos y de haber hecho una cantidad mayor
de prisioneros. Las bajas del ejército macedonio fueron
60 jinetes y alrededor de 100 infantes, y los heridos, 1.000.
Esta expedición, con la fama de una victoria tan opor- 17
tuna, logró reprimir el Asia, que en gran parte andaba re-
belándose. Se creía que los escitas eran invencibles y, al
ser derrotados, se reconocía que en las armas los macedo-
nios no tenían rival. En consecuencia los sacas [622] envia-
ron una embajada con la promesa de la total sumisión de
su pueblo. Los había movido, más que el valor del rey, 18
la clemencia con la que había tratado a los escitas venci-
dos: en efecto, había devuelto todos los prisioneros sin nin-
gún rescate, para demostrarles que, si había entablado com-
bate con los pueblos más belicosos del mundo, había sido
por rivalidad en el valor y no llevado de la cólera. En 19
consecuencia, recibió con afabilidad a los legados de los

do más que hasta la Bactriana, pero leyendas griegas dejaban testimonio de que, empujando ante sí a los bueyes de Gerión, había penetrado en territorio escita. BARDON cita la información de PLINIO EL VIEJO, VI 16 (18), según el cual campañas en territorio escita habrían sido llevadas a cabo por Ciro, Semíramis y Alejandro, tras las huellas de Líber y de Hércules.

[622] Aunque en un principio los persas daban el nombre de «sacas» a todos los escitas en general, con el tiempo se vino a designar con este nombre a unas tribus vecinas de los maságetas, al este del Iaxartes. ARRIANO, IV 5, 1, informa precisamente de que la embajada de los sacas es portadora de un mensaje de su rey según el cual los que se habían opuesto al Macedonio sólo eran unas bandas de saqueadores. (Véase, sobre los sacas, V 9, 5; VI 3, 9; VII 4, 6 y VIII 4, 20).

sacas y los hizo acompañar de Euxenipo [623], muy joven
todavía y favorito del rey debido a su juvenil belleza; en
hermosura física igualaba a Hefestión, pero le era inferior
porque su encanto resultaba un tanto afeminado.
20 El rey, después de ordenar a Crátero que le siguiera
sin forzar la marcha con la mayor parte del ejército, se
dirigió a la ciudad de Maracanda [624]; Espitamenes, al ente-
rarse de su venida, salió de la ciudad y se dirigió a Bactras
21 en busca de refugio. Así pues, habiendo recorrido en cua-
tro días un largo camino [625], llegó el rey al lugar en donde
su ejército, a las órdenes de Menedemo, había tenido 2.000
bajas en la infantería y 300 en la caballería [626]. Alejandro
dio orden de enterrar los cadáveres bajo un túmulo y cele-
22 bró las honras fúnebres según el rito nacional. Ya Crátero,
que siguiendo órdenes iba en su seguimiento, había dado
alcance al rey, y a fin de que todos los que habían tomado
parte en la rebelión sufrieran igualmente los horrores de
la guerra, dividió sus tropas y ordenó pegar fuego a los
campos y dar muerte a los jóvenes.

10 La región de la Sogdiana es, en su mayor parte, una
zona desértica. Un amplio desierto la ocupa, a lo ancho,

[623] Personaje desconocido.

[624] Samarcanda. Del relato de ARRIANO, IV 6, 3, se desprende que la marcha de Alejandro contra Espitamenes tuvo lugar al tener conocimiento del desastre sufrido por Menedemo y los suyos, del que se habla en VI 7, 30 sigs., sin mediar la embajada escita y las operaciones que la siguieron.

[625] Teniendo presente lo dicho en la nota anterior, Alejandro se encontraba en la Alejandría denominada «Alexandria ultima», identificable con la actual Chodchent, por lo que, para llegar a Maracanda, tuvo que recorrer 290 km. en 4 días escasos: ¡una auténtica hazaña!

[626] Véase, en este mismo libro, 7, 30-39.

en una extensión de casi 800 estadios [627]. A lo largo, un 2
gran espacio está recorrido por un río al que los indígenas
llaman Politimeto [628]; sus aguas, torrenciales, al principio
corren encajonadas en un estrecho cauce; después las reco-
ge una caverna y las sepulta bajo tierra. Una señal del 3
cauce escondido la constituye el sonido del agua al desli-
zarse, pero el mismo suelo bajo el que fluye un río tan
grande no deja traslucir ni la menor humedad.
Habían sido traídos a presencia del rey, de entre los 4
prisioneros sogdianos, los treinta más nobles, de fuerzas
físicas verdaderamente hercúleas. Éstos, al enterarse, a tra-
vés de un intérprete, de que eran conducidos al patíbulo
por orden del rey, comenzaron a cantar, como si estuvie-
ran alegres, y a expresar una especie de gozo espiritual,
mediante saltos y movimientos lascivos. El rey se quedó 5
maravillado al ver con qué entereza de ánimo se encamina-
ban hacia la muerte y, mandándoles volver a su presencia,
les preguntó cuál era la causa de una alegría tan efusiva,
teniendo ante la vista el suplicio. Ellos le respondieron 6
que, si fuera otro el que los condenara a muerte, morirían
apesadumbrados: ahora, al ser un rey tan excelso, vence-
dor de todas la naciones, el que los devolvía al seno de
sus antepasados, celebraban con canciones, siguiendo la cos-
tumbre de su nación y en medio de la alegría, una muerte
honrosa que todo varón esforzado desearía incluso con ar-
dor. Entonces el rey, lleno de admiración ante tal grandeza 7
de ánimo, le preguntó: «Decidme, ¿preferís vivir sin ser
enemigos míos, gracias a quien podréis seguir manteniendo

[627] Unos 148 km.

[628] Según GIACONE (que sigue a PAGLIARO, *Alessandro Magno,* Turín, 1962, pág. 265, n. 7), se trataría del río conocido hoy con el nombre de Zarafshan. El nombre iraní antiguo es desconocido.

8 la vida?». Ellos respondieron diciendo que nunca habían
sido enemigos suyos sino enemigos de un enemigo que pre-
viamente les había acosado con la guerra: si alguien hubie-
ra preferido ponerlos a prueba con beneficios mejor que
con injurias, habrían rivalizado en no dejarse vencer en
9 buenas maneras. Y a la pregunta del rey sobre qué ga-
rantía le daban de mantener su lealtad, le respondieron
que la garantía de la propia vida que recibían del rey, vida
que pondrían de nuevo en sus manos en cuanto él lo solici-
tara. Y no faltaron a su palabra. En efecto, los que fueron
devueltos a sus casas, con su comportamiento leal mantu-
vieron en obediencia a sus compatriotas y los cuatro que
quedaron retenidos como guardias de corps no se dejaron
vencer en afecto hacia el rey por los mismos macedonios.
10 Después de dejar en la Sogdiana a Peucolao [629] con
3.000 soldados de infantería (no necesitaba una guarnición
de más efectivos), llegó en su marcha a Bactras. Desde
allí hizo conducir a Beso a Ecbatana a fin de que respon-
11 diera con su cabeza del asesinato de Darío. Más o menos
por aquellos días llegaron Ptolomeo y Ménidas [630], trayen-
do consigo 4.000 soldados de infantería y 1.000 de caballe-
ría, para engrosar las filas del ejército en calidad de merce-
12 narios. También llegó Asandro [631] desde Licia con igual

[629] Personaje desconocido.

[630] Los manuscritos presentan la lectura «Maenidas» (a excepción de M, que presenta «Menidas»), personaje que los comentaristas identifican con el mencionado en IV 12, 4 y 16, 32. HEDICKE ha propuesto la lectura «Melanidas», que es el personaje citado por ARRIANO, IV 7, 2, cuando se hace el recuento de tropas llegadas al mando de distintos oficiales para engrosar el ejército; allí se cita también a Ptolomeo, Asandro, etc., como en el texto de Curcio.

[631] Hermano de Parmenión. En el relato de Curcio sólo aparece mencionado en este pasaje, pero, por ejemplo, ARRIANO tiene oportunidad de citarlo varias veces: como gobernador de la Lidia (I 17, 7); como

número de infantes y 500 jinetes. Otros tantos vinieron
de Siria a las órdenes de Asclepiodoro [632] y Antípatro ha-
bía enviado 8.000, de ellos 600 jinetes. Reforzado así el 13
ejército, Alejandro se adelantó a restablecer la situación
que había sido turbada por la rebelión y, tras dar muerte
a los promotores de la sedición, después de tres días de
marcha llegó al río Oxo. Éste, al transportar barro entre
sus aguas, está siempre turbio y su agua no es potable.
Por eso los soldados comenzaron a excavar pozos pero, 14
a pesar de que las excavaciones eran profundas, el agua
no aparecía; por fin se descubrió una fuente en la misma
tienda del rey [633] y puesto que habían tardado largo tiem-
po en descubrirla, hicieron correr la falsa noticia de que
había surgido de repente y el mismo rey quiso que la tropa
creyera que había sido un regalo de los dioses.
Atravesados después los ríos Oco y Oxo, llegó a la ciu- 15
dad de Margiana [634]. Cerca de ella se eligió emplazamiento
adecuado para la fundación de seis fortines: dos vueltos

compañero de Ptolomeo en la victoria conseguida sobre Orontópates en el año 333 (II 5, 7); etc.

[632] Hijo de Eunico; de noble familia. Fue nombrado por Alejandro gobernador de Siria. Parece que no debe confundirse con el Asclepiodoro que en VIII 6, 9 se cita como compañero de conjuración de Hermolao.

[633] ARRIANO, IV 15, 7, dice que fueron dos las fuentes que brotaron, una de agua y otra de petróleo, y no en la misma tienda del rey, sino cerca de ella. Ante este prodigio Alejandro hizo consultar los oráculos y Aristandro le hizo saber que la fuente de petróleo presagiaba tribulaciones, pero que tras ellas vendría la victoria. PLUTARCO, *Alej.* LVII 5, da el nombre del macedonio —un tal «Próxeno»— que, al cavar para montar la tienda del rey, descubrió «una fuente de líquido aceitoso y grasiento». También ESTRABÓN, XI 11, 5, menciona el descubrimiento de este yacimiento de petróleo a orillas del río Oxo.

[634] Su localización es imprecisa. Se trata de la capital de la región del mismo nombre, el valle del Mourghab, especialmente en torno al oasis de Mary.

al sur, cuatro al oriente, dejándose entre ellos un pequeño espacio con el fin de que no hubiera que desplazarse a la hora de prestarse mutuamente auxilio. Todos ellos fue-
16 ron situados en colinas elevadas, y después de haber sido, entonces, una especie de freno a los pueblos sometidos, ahora, olvidados ya de su origen, han venido a convertirse en esclavos de aquellos mismos sobre los que ejercían su dominio.

11 El rey había pacificado todas las demás regiones pero había un macizo rocoso del que el sogdiano Arimazes [635] se había apoderado con 30.000 hombres armados y en el que, con anterioridad, había almacenado alimentos suficientes para toda aquella multitud incluso para un período
2 de dos años. La roca alcanza una altura de 30 estadios [636] y tiene un perímetro de 150 [637]; abrupta y cortada a pico por todas partes, sólo es accesible a través de una senda
3 muy estrecha. A media altura hay una gruta cuya entrada es angosta y oscura, pero después se ensancha gradualmente y, en el tramo final, tiene huecos profundos; brotan fuentes de agua a lo largo de casi toda la cueva y sus aguas, reunidas, forman un río que se desliza ladera abajo del monte.
4 El rey, al comprobar la dificultad del lugar, había decidido pasar de largo, pero después le invadió el deseo de
5 doblegar incluso a la naturaleza. Ahora bien, antes de intentar la suerte de un asedio, envió a Cofes [638], hijo de

[635] Es la lectura ofrecida por los manuscritos. Hedicke —siguiendo a Estrabón— lo llama Ariamazes.

[636] Unos cinco km. y medio.

[637] Algo menos de 28 km.

[638] Uno más entre los numerosos persas que —sobre todo después de la muerte de Darío— se pasaron al bando de Alejandro. Su padre había sido nombrado por éste, en el año 330, gobernador de la Bactriana.

Artabazo, a parlamentar con los bárbaros y a persuadirles a que entregaran la roca. Arimazes, confiando en su situación estratégica, prorrumpió en insolencias y, finalmente, preguntó si Alejandro podía incluso volar [639]. Cuando es- 6
tas palabras se hicieron saber al rey, de tal manera encendieron su espíritu que, en presencia de sus consejeros, expuso la insolencia del bárbaro que se mofaba de ellos por no tener alas: él haría que la noche siguiente Arimazes pensara que los macedonios sabían incluso volar. «Escoged», 7
les dijo, «y traed a mi presencia, cada uno de entre las tropas a vuestro mando, 300 jóvenes, los más ágiles, que estén acostumbrados en su país a conducir sus rebaños por las trochas y rocas poco menos que inaccesibles». Ellos 8
con toda diligencia le presentaron unos jóvenes sobresalientes tanto por su agilidad como por su entusiasmo. El rey, mirándoles fijamente, les dijo: «¡Oh jóvenes!, con vosotros, que sois de mi edad, yo he franqueado las murallas de ciudades invencibles hasta mi llegada; he atravesado cadenas de montañas cubiertas de nieves perpetuas [640]; he penetrado en los desfiladeros de la Cilicia; he soportado, sin dar muestras de cansancio, los violentos fríos de la India [641]; y no solamente os he dado muestras de quién soy sino que también tengo muestras de quiénes sois vosotros. La roca que veis ahí sólo tiene un camino, bloqueado por 9

[639] Según Arriano, IV 18, 6, lo que dijo Arimazes fue que, si Alejandro quería tomar la roca, se tendría que buscar unos soldados con alas, lo que está en perfecta consonancia con lo que, un poco más adelante, en el párrafo 24 de este mismo capítulo, dice el propio Curcio: «los soldados de Alejandro tenían alas».

[640] Se refiere al Hindukush, que separa la Bactriana de la India.

[641] Como en 8, 19 de este mismo libro, se refiere al Cáucaso indio o Parapámiso (= Hindukush), al que se acaba de hacer referencia en la nota anterior.

los bárbaros, pero todo lo demás está descuidado: por ninguna parte hay puestos de vigilancia sino en dirección ha-
10 cia nuestro campamento. Si exploráis con diligencia los accesos que llevan hasta la cima, seguro que encontraréis un camino. La naturaleza no ha colocado nada a tanta altura que el arrojo humano no pueda alcanzar. Intentando lo que otros habían desesperado de obtener es como
11 nosotros tenemos el Asia en nuestro poder. Escalad la cima; al llegar arriba, hacedme una señal agitando unos velos blancos y yo adelantaré las tropas atrayéndonos al
12 enemigo de vosotros hacia nosotros. Al que primero llegue a la cúspide le daré, como premio, diez talentos [642]; el segundo recibirá uno menos y, guardando esa proporción, recibirán su premio los diez primeros, aunque estoy convencido de que tenéis puesta vuestra mira no tanto en mi generosidad como en mi voluntad».

13 Los jóvenes escucharon las palabras del rey con tal entusiasmo que les parecía que ya habían alcanzado la cima. Al salir de la entrevista, se dedicaron a preparar unas clavijas de hierro para fijarlas en las grietas de las rocas
14 y cuerdas bien resistentes. El rey dio una vuelta todo alrededor de la roca y les invitó, con sus mejores augurios, a iniciar la escalada, en la segunda vigilia, por donde la ascensión era menos erizada y menos cortada a pico. Los jóvenes, con alimentos para dos días, comenzaron la esca-
15 lada armados únicamente de espadas y lanzas [643]. Al principio ascendían caminando; después, cuando llegaron a la zona escarpada, unos se elevaban agarrándose con las ma-

[642] Según ARRIANO, IV 8, 7, el premio ofrecido al que llegara el primero era doce talentos.

[643] Curcio en ningún momento hace referencia a *otro obstáculo* que hacía más difícil la ascensión y que es mencionado repetidas veces por ARRIANO: la nieve que cubría la roca.

nos a los salientes de las rocas, otros sujetándose con los nudos corredizos de sus cuerdas y algunos fijando entre las grietas las clavijas, a modo de escalones, en las que después se apoyaban. El día lo pasaron entre el miedo y
las penalidades. Después de ímprobos esfuerzos aún les 16
quedaba lo más duro y daba la impresión de que la altura de la roca aumentaba. Pero lo que era un espectáculo digno de lástima era ver cómo los que ponían el pie en falso se precipitaban en el abismo: la desgracia ajena era un ejem-
plo de lo que después podía suceder a cada uno. A pesar 17
de tales dificultades, escalaron la cima del monte todos ellos agotados por el cansancio de un continuado esfuerzo y algunos heridos en alguna parte de sus cuerpos; la noche y el sueño, al mismo tiempo, se echaron sobre ellos.
Desparramados aquí y allá por entre las rocas erizadas e 18
inaccesibles, sin pensar en el peligro inminente, durmieron hasta el amanecer; finalmente, despertados como de un profundo sueño, al examinar las hondonadas escondidas que se extendían a sus pies, no sabiendo en qué lugar de la roca podían estar escondidas tantas tropas enemigas, advirtieron el humo que se alzaba de una gruta situada bajo
ellos, por lo que cayeron en la cuenta de que aquel era 19
el escondite del enemigo. En consecuencia, colocaron sobre sus lanzas la señal que habían convenido y comprobaron que en total habían tenido treinta y dos bajas durante
la escalada. El rey, preocupado no tanto por su deseo de 20
apoderarse de la roca como por la suerte corrida por aquellos a los que había enviado a un peligro evidente, se pasó todo el día de pie, contemplando la cima de la montaña y únicamente al llegar la noche, cuando la oscuridad no dejó ver nada, fue cuando se retiró a descansar.

Al día siguiente, sin que todavía la luz fuera suficiente- 21
mente clara, el rey fue el primero en contemplar los velos,

señal de que la cima había sido ocupada. Pero la variación del aspecto del cielo en el que unas veces el resplandor de la luz brillaba a intervalos, otras se ocultaba, le obligaba a tener sus dudas sobre si su vista le engañaba o no; pero en cuanto la luz se tornó más diáfana, se disiparon
22 sus dudas; llamó a Cofes, el intermediario a través del cual había sondeado las intenciones de los bárbaros, y lo envió a ellos para que les aconsejara que, ahora al menos, adoptaran una decisión más saludable, pero que si seguían perseverando con la confianza puesta en su posición estratégica, le ordenó que les mostrara, a sus espaldas, los que se habían apoderado de la cima.

23 Hecho pasar Cofes a presencia de Arimazes, trató aquél de convencer al bárbaro de que entregara la roca, asegurándole que el rey tendría para con él muestras de agradecimiento si, cuando se encontraba planeando gestas tan extraordinarias, no le obligaba a estancarse en el asedio de una sola roca. Arimazes le dirigió expresiones más orgullosas y altaneras que antes y le dio orden de que se marcha-
24 ra. Pero Cofes, tomando al bárbaro de la mano, le dijo que hiciera el favor de salir con él fuera de la gruta; el bárbaro se avino a ello y Cofes le mostró los jóvenes asentados en la cima y, burlándose con toda razón de su altanería, le dijo que, en efecto, los soldados de Alejandro
25 tenían alas. Ya, procedente del campamento macedonio, se podía oír el concierto de las trompetas y el clamor de todo el ejército. Aquel incidente, vano e inconsistente como muchas situaciones en la guerra, empujó a los bárbaros a la rendición: en efecto, presas del pánico, no podían darse cuenta de cuán pocos eran los enemigos que tenían apos-
26 tados a sus espaldas. En consecuencia, hicieron volver sobre sus pasos con toda premura a Cofes (que les había abandonado en medio de su terror) y en compañía de él

enviaron una embajada de 30 jefes con el encargo de entregar la roca y pactar la salida de todos sanos y salvos.
Alejandro, aunque temía que los bárbaros, dándose cuenta 27
del escaso número de jóvenes, los echaran abajo, sin embargo, confiando, por un lado, en su fortuna e irritado, por otro, por la soberbia actitud de Arimazes, respondió
que sólo admitía una rendición sin condiciones. Arimazes, 28
desesperando de su situación antes incluso de verla perdida, descendió hacia el campamento macedonio en compañía de sus allegados y de los más nobles de su pueblo. Después de azotarlos a todos, Alejandro los hizo crucificar al pie mismo de la roca. La multitud de los rendi- 29
dos, junto con el dinero capturado, fue regalada por el rey como obsequio a los habitantes de las ciudades recién fundadas y Artabazo recibió el encargo de tutelar la roca y la región de los alrededores.

LIBRO VIII

SINOPSIS

(Primavera del 328-Primavera del 326)

Primavera del 328: Buscando una mayor efectividad, Alejandro divide su ejército en tres partes. Vuelta a Maracanda. Cacería en la que Alejandro se enfrenta a un león. Asesinato de Clito, por parte de Alejandro, durante un banquete (1). Arrepentimiento de Alejandro.
Verano del 328: Expedición contra la región de Jenipa. Llegada a Nautaca cuyo sátrapa, Sisimetres, se hace fuerte en un macizo rocoso. Rendición del sátrapa. Muerte de Filipo, hermano de Lisímaco, y de Erigio (2). El sátrapa Espitamenes, asesinado por su propia esposa (3).
Invierno del 328-327: Marcha hacia Gazaba en medio del frío y la tormenta. Penalidades del ejército. Alejandro llega a la región gobernada por el sátrapa Oxiartes, quien le ofrece un banquete durante el cual Alejandro conoce a Roxana, hija del sátrapa, con la que se casa (4).
Comienzos del año 327: Preparativos de la campaña de la India. Alejandro pretende imponer a los macedonios la costumbre persa de la «proskýnesis». Oposición a la misma por parte de Calístenes. Reacción de Alejandro (5). Conspiración de Hermolao o de los pajes (6-8).
Primavera-verano del 327: Descripción de la India (9). Sumisión de diversos reyezuelos. Toma de la ciudad de Nisa y de otras regiones. Alejandro es herido en una pierna (10).
Verano: Asedio del macizo rocoso Aornis (11).
Verano-otoño: Llegada al río Indo. Onfis, reyezuelo de la región, se somete a Alejandro. Éste le confirma en su reino y Onfis toma el nombre de «Taxiles» (12).

Primavera del 326: Alejandro llega al Hidaspes. Al otro lado le espera el rey Poro, con su ejército, dispuesto a no permitirle la travesía. Escaramuzas previas al paso del río. Alejandro consigue atravesarlo. Batalla con las tropas de Poro. Clemencia de Alejandro para con el rey indio (13-14).

Alejandro, una vez tomada la roca con más renombre 1
que gloria, teniendo que dispersar sus tropas por tener que hacer frente a un enemigo nómada, dividió su ejército en tres partes [644]: puso a Hefestión al frente de una, a Ceno al frente de otra y él mismo se reservó el mando de las tropas restantes. Pero no todos los bárbaros adoptaron la 2
misma actitud: unos fueron sometidos por las armas, mientras que la mayor parte se rindieron sin entablar combate; a éstos Alejandro dio orden de que les fueran asignadas las ciudades y los campos de aquellos que habían perseverado en su rebeldía. Mientras tanto los desertores de la 3
Bactriana, con 800 jinetes maságetas, devastaban las aldeas vecinas. Para contenerlos, Atinas [645], gobernador de aquella región, se puso al frente de 300 jinetes sin saber la emboscada que le estaba preparada. En efecto, el ene- 4
migo había apostado un contingente de tropas en los bosques que casualmente se alzaban junto a la llanura, mientras que unos cuantos hacían avanzar el ganado con el fin de que la esperanza del botín atrajera al enemigo, desprevenido, a la emboscada. Y así Atinas perseguía a la presa 5
con la columna desorganizada y sin guardar filas, como quien se dedica al pillaje; en cuanto penetró en el bosque,

[644] Según ARRIANO, IV 16, 2, Alejandro distribuyó el ejército en cinco divisiones: una comandada por Hefestión; otra por Ptolomeo, hijo de Lago; una tercera por Perdicas; una cuarta por Artabazo y la quinta por el mismo Alejandro.

[645] Personaje desconocido.

los que en él estaban apostados se echaron sobre él de im-
proviso y le dieron muerte junto con todos sus acompa-
ñantes.

6 La noticia de este desastre llegó rápidamente a oídos
de Crátero, que se presentó con toda la caballería, pero
los meságetas ya habían huido [646]. Fueron aniquilados 1.000
dahas, con cuyo exterminio finalizó la rebelión de toda
la región.

7 Alejandro, por su parte, después de haber sometido por
segunda vez a los sogdianos, se dirigió de nuevo a Mara-
canda; allí Derdas, que había sido enviado al territorio de
los escitas (habitantes de la región al norte del Bósforo [647]),
le salió al encuentro junto con unos legados de aquella
8 región. También Fratafernes, que estaba al frente de los
corasmios [648], y que, por su situación geográfica, se en-
contraba en inmediata vecindad con los maságetas y los
9 dahas, había enviado una embajada para prometer la su-
misión [649]. Los escitas le pedían que tomara en matrimo-
nio a la hija de su rey y que, si no aceptaba tal alianza,
consintiera al menos en que los más nobles de los macedo-
nios tomaran esposa entre las mujeres de más alta alcurnia
de su pueblo y prometían que incluso su propio rey vendría
10 en persona a presencia de Alejandro. Acogió éste con afa-
bilidad a ambas legaciones y, en espera de Hefestión y de
Artabazo, levantó un campamento estable. Cuando éstos

[646] Arriano, IV 17, 1, dice que los maságetas huyeron al desierto al tener noticia de que Crátero venía con su caballería.

[647] El Bósforo Cimerio. De esta misión se dio cuenta en VII 6, 12.

[648] Habitaban al sur del mar de Aral.

[649] Según Arriano, IV 15, 4, el propio rey de los corasmios, Frasmanes (no Fratafernes), vino al frente de 1.500 jinetes, se sometió a Alejandro y le ofreció su ayuda para el caso de que quisiera someter las regiones limítrofes del mar Negro.

se unieron a él, llegó en su marcha a la región denominada
Bazaira [650].

Las mayores muestras de fastuosidad propia de bárba- 11
ros las constituyen en aquellas regiones las manadas de ex-
traordinarias fieras, encerradas en amplias forestas y par-
ques. Para ello eligen unos amplios bosques amenizados 12
por abundantes fuentes de aguas perennes; los parques es-
tán rodeados de murallas y hay en ellos torres, como refugio
de los cazadores. Se sabía que nadie había puesto el pie 13
en uno de aquellos bosques a lo largo de cuatro generacio-
nes y Alejandro, entrando en él con todo su ejército, dio
orden de hostigar por todas partes a las fieras. Como una 14
de ellas, un león de una talla poco frecuente, se precipitara
contra el propio Alejandro, Lisímaco [651] —que más tarde
llegó a ser rey— encontrándose casualmente a su lado, se
dispuso a enfrentarse a la fiera con un venablo. El rey
le hizo echarse a un lado y le ordenó retirarse, añadiendo
que él solo era tan capaz como Lisímaco de dar muerte
a un león. Y es que en otra ocasión, como estuvieran de 15
cacería en Siria, Lisímaco había matado una fiera de talla
verdaderamente extraordinaria, aunque, destrozado su hom-
bro izquierdo hasta los huesos, se había encontrado en una
situación verdaderamente crítica. Este episodio es el que 16
le echaba ahora en cara el rey y, a la hora de actuar, éste
se mostró con más valor que a la hora de hablar, pues

[650] Región de la Sogdiana, cercana a Samarcanda. Tal vez haya que identificarla con la «Básista» de Diodoro. De todos modos su identificación y situación es difícil.

[651] Hijo de Agatocles. Pertenecía a una de las más nobles familias de Macedonia. A la muerte de Alejandro, en el reparto del Imperio, le correspondió (véase X 10, 4) la Tracia y las naciones Pónticas colindantes con la Tracia, proclamándose rey el año 306. Su reinado se extendió hasta el 281.

no solamente hizo frente al ataque de la fiera sino que
17 incluso le dio muerte de un solo golpe. La leyenda según
la cual el rey había expuesto temerariamente la vida de
Lisímaco ante un león yo me inclinaría a creer que surgió
precisamente del suceso que hemos referido más arriba [652].
18 Pero los macedonios, aunque Alejandro había llevado a
cabo la empresa con éxito, sin embargo, decretaron, de
acuerdo con una costumbre nacional, que el rey no cazara
a pie o sin la compañía de la flor y nata de los príncipes
19 y amigos. Después que fueron abatidas 4.000 fieras, el rey
comió en el mismo bosque en compañía de todo el ejército.

Desde allí se volvió a Maracanda y, tras aceptar la di-
misión de Artabazo en razón de su edad, confió su pro-
20 vincia [653] a Clito [654]. Éste era el que, junto al río Gránico,
cubrió con su escudo a Alejandro que luchaba con la cabe-
za descubierta y el que con su espada cortó la mano de

[652] Aunque Curcio niega la leyenda según la cual Alejandro habría hecho encerrar a Lisímaco con un león por haber dado un veneno al filósofo Calístenes, esta leyenda está ampliamente documentada en la Antigüedad. De ella hablan, por ejemplo, PAUSANIAS, I 9, 5, según el cual Alejandro habría encerrado a Lisímaco con un león en una habitación, encontrándose con que aquél habría dado muerte a la fiera; PLUTARCO, *Demetrio* XXVII, 6, que añade el detalle de que Lisímaco mostraba las profundas cicatrices que le había dejado en sus muslos y brazos un león con el que Alejandro le había encerrado; SÉNECA, *De ira* III 17, 2; *De clementia* I 25; JUSTINO, XV 3, 7-8, quien describe cómo dio muerte Lisímaco al león: se envolvió la mano en un trapo, metió el brazo en la boca de la fiera y le arrancó la lengua; VALERIO MÁXIMO, IX 3 *ext.* 1; PLINIO EL VIEJO, VIII 21 (54). Curcio, como se ve, es menos crédulo de lo que a veces se pretende hacer creer.

[653] Es decir, la Bactriana.

[654] Que, como se va a ver a continuación en el texto, no llegó a tomar posesión de la provincia.

Rosace [655], que estaba a punto de descargar un golpe so-
bre la cabeza del rey [656]; se trataba de un soldado veterano
de Filipo, famoso por muchos hechos de armas. Su hermana 21
Helanice [657], que había sido nodriza de Alejandro, era que-
rida por el rey como si fuera su propia madre. Por todos
estos motivos confió a la lealtad y tutela de Clito la parte
más sólida del Imperio. Tras recibir la orden de preparar 22
su viaje para el día siguiente, Clito fue invitado a tomar
parte en un banquete solemne y que comenzó antes de la
hora ordinaria [658]. Durante el mismo, como Alejandro se
hubiera acalorado a causa del mucho vino ingerido, enal-
teciéndose a sí mismo en demasía, comenzó a celebrar sus
hazañas hasta resultar pesado incluso a quienes considera-
ban que lo que oían no era más que la verdad. Los de 23
más edad guardaron silencio hasta que, comenzando a de-
nigrar las hazañas de Filipo, se jactó Alejandro de que
la famosa victoria de Queronea [659] había sido obra suya
y de que la gloria merecida por tan excelsa hazaña le había
sido arrebatada por la malevolencia y la envidia de su

[655] DIODORO lo llama «Rosaco» y ARRIANO «Roisaco». Era hermano del sátrapa persa de la Jonia y de la Lidia.

[656] El episodio se contaría en el libro II, perdido, y, por su parte, lo narra ARRIANO, I 15, 8.

[657] Según ARRIANO, IV 9, 3, se llamaba «Lanice» y éste parece ser el nombre exacto.

[658] Como en V 7, 2, y VI 2, 2, se trata de un banquete iniciado en pleno día, cosa que se consideraba vergonzoso entre los antiguos. La misma observación en 3, 8 de este mismo libro.

[659] Batalla entablada por Filipo contra los atenienses, tebanos y sus aliados. Tuvo lugar en agosto del año 338, por lo que Alejandro, nacido en julio del 356, acababa de cumplir 18 años. A pesar de su corta edad PLUTARCO, *Alej.* IX 2 y DIODORO, XVI 86, 1 sigs., ensalzan el valeroso comportamiento del joven macedonio, logrando romper, el primero, la línea de formación tebana.

24 padre; que Filipo, en una reyerta surgida entre soldados macedonios y mercenarios, encontrándose en inferioridad de condiciones a causa de una herida recibida en la refriega, se había echado al suelo, no encontrando un recurso más seguro que el de hacerse el muerto y que él, Alejandro, había protegido el cuerpo de su padre con su escudo y había dado muerte con su propia mano a los enemigos
25 que se abalanzaban contra aquél. Y que todo esto su padre siempre se había mostrado reacio a reconocerlo, molestándole el tener que deber la vida a su hijo. E igualmente, después de la expedición que Alejandro en persona, sin su padre, había llevado a cabo contra los ilirios, le había escrito a éste una carta en la que le decía que había conseguido la victoria y que los enemigos, desbaratados, habían emprendido la huida, y que Filipo no había toma-
26 do la menor parte en tal campaña. La gloria se la merecían no aquellos que acudían a Samotracia a iniciarse en sus misterios [660] cuando lo que se imponía era pegar fuego y devastar el Asia, sino aquellos que con sus hazañas sobrepasaban la capacidad de creerlas.

27 Los jóvenes oían estas cosas y otras semejantes a éstas con agrado, aunque a los de más edad les resultaban desagradables, especialmente a causa de Filipo, a cuyas órdenes
28 habían militado más tiempo, cuando he aquí que Clito (que estaba también un poco bebido), volviéndose hacia los comensales que ocupaban asientos por debajo de él, les recitó unos versos de Eurípides [661], de modo que el rey, aun-

[660] Filipo, de joven, se había hecho iniciar en los misterios de Samotracia, donde precisamente conoció a Olimpíada, entonces una niña, que se convirtió en su esposa y de la que tuvo a Alejandro. (Véase PLUTARCO, *Alej.* II 2).

[661] Según PLUTARCO, *Alej.* LI 8, habría recitado el verso 693 de la *Andrómaca* de EURÍPIDES: «¡Ay de mí! ¡qué mala costumbre hay en Gre-

que oía su voz, no lograba entender lo que decía. En los 29
versos de Eurípides se hacía notar que los griegos no habían estado acertados al establecer que en los trofeos sólo se grabaran los nombres de los reyes, ya que con ello lo que hacían era apropiarse de una gloria conseguida con la sangre de los demás. Así pues, el rey, sospechando que las palabras de Clito contenían alguna crítica, comenzó a preguntar a los que tenía a su lado qué era lo que había dicho aquél. Persistiendo éstos obstinadamente en guardar 30
silencio, Clito poco a poco fue alzando la voz, recordando las hazañas de Filipo y sus guerras llevadas a cabo en Grecia, mostrando sus preferencias por todas ellas por encima de las empresas presentes. De aquí surgió una disputa en- 31
tre jóvenes y hombres de edad y el rey, aunque oía con paciencia cómo Clito ensombrecía sus motivos de gloria, en realidad estaba profundamente irritado. Pero, a pesar 32
de que daba la impresión de que podría contenerse si aquél ponía fin a sus provocaciones, al ver que no les ponía

cia!». Los comentaristas de Plutarco interpretan que a ese verso habrían seguido, por lo menos, otros tres más para que Alejandro se hubiera podido dar por aludido; ahora bien, con R. FLACELIÈRE y E. CHAMBRY (editores, en la colección de «Belles Lettres», del *Alejandro* de Plutarco), habría que entender que Alejandro, buen conocedor de Eurípides (testimonios en PLUTARCO, *Alej.* VIII 3; X 6, etc.), con el solo verso citado habría caído en la cuenta de qué aviesa alusión se encerraba en el verso de Clito. Los versos 693-701 de la *Andrómaca* (cuyo contenido Curcio glosa en el texto) dicen: «¡Ay de mí!, ¡qué mala costumbre hay en Grecia!, que cuando un ejército erige el trofeo ganado a los enemigos, tal hazaña no se considera de los que por ella han sufrido sino que se lleva la fama el general, que es uno solo blandiendo entre miles la lanza, y, sin hacer más que otro, tiene más gloria. Orgullosos, sentados entre los magistrados de la ciudad, piensan que son más que el pueblo, cuando no son nadie, y los del pueblo son infinitamente más sabios que ellos si tuvieran, además, valor y resolución».

33 freno, su irritación iba en aumento. Y ya Clito se atrevía
incluso a defender a Parmenión; empujado como estaba
no sólo por el vino sino también por una depravada ten-
sión de su espíritu, llegaba en su osadía a decir que prefe-
ría la victoria de Filipo sobre los atenienses [662] a la des-
34 trucción de Tebas [663]. Por último dijo: «Si hay que morir
por ti, Clito es el primero, pero cuando te eriges en árbi-
tro de la victoria, se llevan la mejor parte aquellos que
con la mayor desvergüenza hacen mofa de la memoria de tu
35 padre. Me concedes la región de la Sogdiana [664], tantas ve-
ces rebelde y no sólo no domada sino incluso indomable,
y me envías a unas fieras salvajes dotadas de naturaleza
feroz. Pero paso por alto las cuestiones que me atañen
36 a mí personalmente; desprecias a los soldados de Filipo,
olvidando que si el viejo Atarrias aquí presente no hubiese
hecho volver al combate a los jóvenes desertores [665], toda-
37 vía estaríamos estancados junto a Halicarnaso. Así pues,
¿cómo has llegado a someter el Asia con estos jovencitos?
A mi modo de ver, es la pura verdad lo que consta que
dijo tu tío [666] en Italia: que había tenido que vérselas con
hombres; tú, con mujeres».

De todas las baladronadas proferidas irreflexiva e im- 38
prudentemente por Clito ninguna le había herido más hon-
do al rey que la elogiosa mención de Parmenión. Sin
embargo, reprimió su resentimiento, contentándose con
ordenarle que abandonara el banquete, y sólo añadió que 39
si Clito hubiera seguido hablando, le habría echado en ca-
ra que le había salvado la vida, pues con frecuencia solía
alardear de ello. Como Clito se hiciera el remolón en le- 40
vantarse, los que estaban recostados junto a él, cogiéndole
del brazo, intentaban llevárselo consigo entre recriminacio-
nes y consejos. Clito, al ser arrastrado, añadiendo la cóle- 41
ra a su violencia natural, dijo a voz en grito que él había
protegido con su pecho la espalda del rey y que ahora,
después que había pasado el tiempo de un favor tan gran-
de, hasta el recuerdo del mismo se había tornado odioso.
Le echaba también en cara a Alejandro la muerte de Ata- 42
lo [667] y, finalmente, burlándose del oráculo de Júpiter del
que Alejandro aseguraba ser hijo, decía que lo que él, Cli-
to, le había dicho era más verdad que lo que le había res-
pondido su padre.

La irritación del rey había llegado a un punto que con 43
dificultad se hubiera podido dominar estando sobrio; de-
rrotada por el vino desde hacía rato su capacidad de dis-
cernimiento, de repente, dando un salto, se levantó del
diván. Los amigos, atónitos, sin siquiera depositar las 44
copas sobre la mesa sino arrojándolas al suelo, se levanta-
ron todos a una, concentrando su atención en cómo iba
a acabar lo que el rey se disponía a hacer en medio de

---

[662] La ya mencionada —en el párrafo 23— victoria de Queronea.

[663] Llevada a cabo por Alejandro en el año 335, cuando Tebas se rebeló contra la hegemonía macedonia. La ciudad fue totalmente destruida; sólo la casa del poeta Píndaro fue respetada.

[664] Véase un poco más arriba, párrafo 19. En realidad se trataba de la Bactriana, que había sido la satrapía gobernada por Artabazo, como se dice en VII 5, 1 y es refrendado por el testimonio de ARRIANO, IV 15, 5. De todas formas, a veces Curcio incluye la Sogdiana y la Bactriana en una misma satrapía.

[665] Como se ha dicho en V 2, 5.

[666] Alejandro I Moloso, rey de Molosia, en Epiro, entre los años 342 y 330. Era hermano de Olimpíade, la mujer de Filipo, y fue precisamente éste, su cuñado, quien lo colocó en el trono tras expulsar a Aribas. Llamado por la ciudad de Tarento en su lucha contra los lucanos, estuvo en Italia en 334-2 y en este contexto se encuadrarían las palabras que Clito pronuncia en el banquete. (La frase es recordada por TITO LIVIO, IX 19, 11 y AULO GELIO, XVII 21, 33).

[667] Véase VI 9, 17 y nota a dicho pasaje.

45 tan gran agitación. Alejandro arrebató una lanza de las manos de un escudero e intentaba atravesar con ella a Clito que no cesaba, en su locura, de proferir las mismas intemperancias, pero el rey fue detenido por Ptolomeo y
46 Perdicas. Éstos lo cogieron por la cintura y, a pesar de que persistía en luchar por desasirse, lo mantenían inmovilizado. Lisímaco y Leonnato hasta le habían quitado la
47 lanza. Alejandro, haciendo un llamamiento a la lealtad de los soldados, exclamó que, como le había sucedido a Darío hacía poco, él se veía apresado por los más íntimos de sus amigos y ordenó que se diera con la trompeta la señal
48 de reunirse, armados, ante la tienda real. Entonces Ptolomeo y Perdicas, echándose a sus rodillas, le suplicaban que no se dejara llevar por la cólera sino que diera tiempo a la reflexión: al día siguiente podría dar cumplimiento a
49 todo con más justicia. Pero con el alboroto promovido por su irritación, sus oídos estaban sordos: fuera de sí echó a correr hacia el vestíbulo de la tienda real y, tras arrebatarle una lanza a un vigilante que montaba guardia, se plantó en la puerta por donde necesariamente tenían que salir
50 los que habían sido sus acompañantes en la cena. Todos los demás habían ya marchado; el último, Clito, a oscuras, se disponía a salir y el rey le preguntó quién era. Su mismo timbre de voz dejaba ver la atrocidad del crimen que pla-
51 neaba, y Clito, acordándose no ya de su propia cólera si no de la cólera del rey, respondió que era Clito y que
52 salía del banquete. Ante estas palabras, el rey le atravesó el costado con la lanza y, salpicado con la sangre del moribundo, exclamó: «¡Vete ahora a reunirte con Filipo y con Parmenión y con Atalo!» [668].

[668] De los relatos de ARRIANO, IV 8, 8, PLUTARCO, *Alej.* LI 9 y JUSTINO, XII 6, 4, se desprende que Alejandro dio muerte a Clito en medio del banquete y a la vista de todos los comensales. El relato de Curcio, dejando pasar un cierto tiempo entre las bravatas de Clito y su muerte, deja más patente la cólera y la crueldad del rey.

La naturaleza no ha tenido bien en consideración la 2
manera de ser de los hombres: en efecto, no calibramos el porvenir, sino el pasado. Por eso el rey, una vez que se desvaneció la cólera de su corazón y que se le pasó la borrachera, cayó en la cuenta, aunque tarde, de la magnitud de su crimen. Veía que había dado muerte a quien, si era 2
verdad que se había dejado llevar del desenfreno a la hora de hablar, era, por otro lado, todo un héroe en el campo de batalla y que —si se atrevía a confesarlo— le había salvado la vida. Él, todo un rey, había desempeñado el execrable menester de verdugo y había tomado venganza, mediante un asesinato abominable, de un abuso en las palabras que podía muy bien imputarse a la bebida. Todo 3
el vestíbulo estaba encharcado con la sangre de quien poco antes era su comensal; los centinelas, atónitos y como estupefactos, se mantenían a distancia y la soledad ofrecía al arrepentimiento el medio de manifestarse con más libertad. Así pues, arrancó la lanza del cadáver que yacía a 4
sus pies y la volvió hacia sí mismo; ya la había aplicado a su pecho, cuando los centinelas acudieron raudos y a duras penas se la arrebataron de las manos y, cogiéndolo en volandas, se lo llevaron al interior de la tienda. Alejan- 5
dro se arrojó al suelo, haciendo resonar toda la tienda con sus gemidos y alaridos lastimeros; después, mientras se arañaba el rostro con las uñas, rogaba a los presentes que no le dejaran sobrevivir a tan gran deshonor. En medio 6
de súplicas de este tipo se pasó toda la noche y, al tratar de averiguar si no se habría visto empujado a tan horrendo crimen por la cólera de los dioses, le vino a la memoria que el sacrificio anual al Padre Baco no había sido rendido

en el tiempo establecido y por ello la perpetración del ase-
sinato en medio del vino y durante un banquete era una
manifestación de la cólera del dios [669]. Pero lo que más
le conmovía era el hecho de ver atónitos a todos sus ami-
gos: en adelante, nadie osaría mantener conversación con
él; tendría que vivir en la soledad, como una fiera salvaje
que unas veces aterroriza a las otras y otras las teme.
8 Con las primeras luces del día mandó traer a la tienda
el cadáver, ensangrentado todavía como estaba. Una vez
que fue depositado ante él, echándose a llorar dijo: «Este
es el agradecimiento que he mostrado a mi nodriza: sus
dos hijos encontraron la muerte por mi gloria en Mileto
y éste, su hermano, el único consuelo de su orfandad,
ha sido asesinado por mi propia mano en un banquete.
9 ¿A dónde se dirigirá la desgraciada? De todos los suyos yo
soy el único que le quedo, el único al que no podrá ver
con ojos serenos. Y yo, un bandido para mis propios sal-
vadores, ¿volveré a mi patria, no pudiendo ofrecer ni si-
quiera mi diestra a mi nodriza sin recordarle su desgracia?».
10 Como no cesara de llorar y lamentarse, los amigos ordena-
ron retirar el cadáver. El rey permaneció encerrado duran-
11 te tres días [670]. Los escuderos y guardias de corps, al ver
que persistía en la idea de dejarse morir, todos a una irrum-

[669] La cólera de Baco contra Alejandro tiene un doble origen: por un lado (como se ha recordado en nota 663), la destrucción llevada a cabo por Alejandro, de un modo brutal, de Tebas, capital de Beocia, patria de Semele, madre de Baco, y en la que el dios, después de su conquista de la India, introdujo las Bacanales, fiestas en su honor; por otro —circunstancia a la que alude el texto—, Alejandro había sustituido la fiesta de Baco, muy señalada en el calendario macedonio, por una fiesta en honor de los Dioscuros.

[670] Según Arriano, IV 9, 4, durante tres días rechazó todo tipo de comida y de bebida y desechó todo cuidado corporal.

pieron en la tienda y, a duras penas consiguieron vencer
su prolongada resistencia a las súplicas de que tomara
algún alimento. Con el fin de que no se sintiera tan abo- 12
chornado por el asesinato, los macedonios decretaron que
Clito había sido matado con toda legalidad y estaban dis-
puestos incluso a negarle sepultura, si no fuera porque el
rey dio orden de que se le enterrara [671].
Así pues, pasó diez días en Maracanda, sobre todo con 13
el fin de consolidar el sentimiento de su propia dignidad,
y después envió a Hefestión con parte del ejército a la re-
gión de la Bactriana, con el encargo de preparar el avitua-
llamiento para el invierno [672]. En cuanto a la provincia 14
que con anterioridad había asignado a Clito se la adjudicó
a Amintas [673], y él, por su parte, llegó a Jenipa [674]. La
región es limítrofe con la Escitia y se encuentra cubierta
de muchas y bien pobladas aldeas porque la feracidad de
la tierra no sólo retiene a los indígenas sino que también
atrae a los forasteros. Jenipa se había convertido en el 15
refugio de los exiliados bactrianos que habían desertado
de las filas de Alejandro, pero, una vez que se extendió
la noticia de que el rey estaba al llegar, los habitantes de
la región los expulsaron y aquéllos formaron una banda

[671] Arriano, IV 9, 7, informa que, ante el total abatimiento del rey, se hizo venir a Anaxarco de Abdera, el sofista, para que con sus consejos levantara el ánimo de Alejandro, y el filósofo le hizo ver que, si los sabios antiguos habían hecho sentarse a la justicia al lado de Zeus era para que cuanto dimanara del dios fuera justo, y, por consiguiente —alusión a la pretendida paternidad de Zeus sobre Alejandro—, cuantas acciones llevara a cabo Alejandro debían ser consideradas justas, en primer lugar por el propio rey y, después, por todos los hombres.

[672] El invierno del año 328-7.

[673] Otro nuevo Amintas; se trata de un hijo de Nicolao.

[674] Su nombre y su emplazamiento son inciertos. Este distrito de la Sogdiana se encontraba tal vez a 10 millas de Bokhara.

16 de 2.500 hombres. Todos iban a caballo e, incluso en
tiempo de paz, estaban acostumbrados al pillaje; ahora
su carácter feroz se veía enfurecido no sólo por la guerra
sino también por la desesperanza de conseguir el perdón.
Por eso, atacando de improviso a Amintas, nombrado go-
bernador por Alejandro, mantuvieron la lucha en estado
17 indeciso durante mucho tiempo. Finalmente, después de
perder 700 de los suyos (de ellos, 300 apresados por el ene-
migo), emprendieron la huida ante el vencedor, pero no
sin haberse vengado, pues dieron muerte a 80 macedonios
18 y, aparte de ellos, hirieron a 350. Sin embargo, consiguie-
ron el perdón después incluso de una segunda subleva-
19 ción [675]. Una vez aceptada su sumisión, el rey, en compa-
ñía de todo su ejército, llegó a la región denominada Nau-
taca [676]. Su sátrapa era Sisimetres, que había tenido dos
hijos de su propia madre: entre aquella gente, a las madres
les está permitido unirse incestuosamente con sus propios
20 hijos. Sisimetres, tras levantar en armas a sus compatrio-
tas, había cercado con unas resistentes defensas los desfila-
deros de la región por su parte más estrecha, a lo largo
de toda la defensa corría un río impetuoso; la retaguardia
estaba protegida por una pared rocosa en la que los habi-
tantes habían abierto, a mano, un pasadizo.

21 Se trata de una caverna que recibe la luz a través de la
puerta; el interior, si no se enciende una antorcha, perma-
nece a oscuras. Una galería subterránea ininterrumpida da
acceso a las llanuras, acceso sólo conocido por los indígenas.
22 Pero Alejandro, aunque los bárbaros protegían los desfila-
deros, bien fortificados por la situación natural del lugar

[675] En cuanto a la primera, véase VII 6, 13; 7, 31; 10, 10.

[676] En medio de la Sogdiana. Los comentaristas la suelen identificar con Karshi o con Schachrisabs. (Véase ARRIANO, III 28, 9; IV 18, 2).

y por la obra hecha a mano, sin embargo, aplicando los
arietes, echó abajo las defensas levantadas a mano y, a
base de hondas y de flechas, desalojó a la mayor parte
de los defensores; después que, desperdigados, los puso
en fuga, pasó por encima de los escombros de las defensas
y acercó su ejército a la pared rocosa. El camino estaba, 23
no obstante, cortado por el río, cuyas aguas, en bloque,
caían desde lo alto de la cima hasta el valle y parecía
empresa bien ardua salvar tan dilatado abismo. Pero el 24
rey ordenó talar árboles y amontonar piedras. Al ver al-
zarse, de repente, construcción tan impresionante, un te-
rror inmenso se apoderó de los bárbaros, incapaces como
eran ellos de llevar a cabo tales obras. En consecuencia, 25
el rey, pensando que el miedo podría empujarlos a una
rendición, envió a Oxartes [677] —de la misma nacionalidad

[677] Arriano lo confunde con Oxiartes (sobre él véase 4, 21 de este mismo libro), el padre de Roxana. Parece necesario hacer algunas aclaraciones: hay dos macizos rocosos cuya toma se cuenta en Curcio: por un lado, en VII 11, 1 sigs. se trata de una roca en la que se ha hecho fuerte Arimazes (ESTRABÓN, XI 11, 4, lo llama «Ariamazes»). Véase ARRIANO IV 18, 4 sigs. Por otro, en VIII 2, 20 sigs., se habla de otra roca en la que se ha hecho fuerte Sisimetres. Alejandro, según el relato de Curcio, envía a Oxartes a que pida a Sisimetres que se rinda. Véase ARRIANO, IV 21, 1 sigs. Pues bien, en los distintos autores tenemos las siguientes confusiones: 1) la primera roca, según Curcio, se tomó en el año 328; según Arriano, en la primavera del 327; 2) en esa roca el que se hizo fuerte, según Curcio, fue Arimazes el sogdiano; según Arriano, Oxiartes, con su mujer y sus hijas (una de ellas, Roxana, cuya boda con Alejandro la cuenta el autor precisamente inmediatamente después de la toma de la roca); confusión, pues, por un lado, entre Oxartes, que en Curcio es sólo mensajero de la segunda roca, y Oxiartes, padre de Roxana, y, por otro, entre las dos rocas; 3) pero es que, según ESTRABÓN, XI 11, 4, Oxiartes donde habría tomado refugio no es en la roca de Arimazes (según Estrabón, Ariamazes), sino en la de Sisimetres. Lo que sí parece claro es que el enamoramiento de Alejandro de Roxana y su posterior

que los sitiados pero sometido al mando de Alejandro— con el encargo de aconsejar al jefe la entrega de la pared
26 rocosa. Entretanto, y para aumentar el terror, avanzaban las torres y relampagueaban los proyectiles arrojados por las máquinas de guerra. Y así los bárbaros, dejando a un lado cualquier otro tipo de defensa, se lanzaron hacia la cima de la pared rocosa.

27 Oxartes por su parte, al ver a Sisimetres todo tembloroso y sin confianza ya en la situación, comenzó a exhortarle a que escogiera comprobar la lealtad más bien que la violencia de los macedonios y a que no intentara detener a un ejército, vencedor, en su prisa por llegar a la India: todo el que se le cruzara en su camino atraería sobre su
28 cabeza la destrucción destinada a otros. El mismo Sisimetres se inclinaba por la rendición, pero su madre y, al mismo tiempo, esposa, al proclamar que antes moriría que pasar al dominio de nadie, había inclinado el espíritu del bárbaro a una posición más honrosa que segura y a éste le daba vergüenza el comprobar que la libertad era valorada en mayor precio por las mujeres que por los hombres.
29 Así pues, despachó al mensajero de paz y decidió hacer frente al asedio; pero he aquí que, al calibrar las fuerzas del enemigo y las suyas propias, comenzó a arrepentirse de nuevo del consejo dado por su mujer, consejo que
30 consideraba precipitado más bien que oportuno, y habiendo hecho volver a toda prisa a Oxartes, le hizo saber que se sometía a la voluntad del rey, pidiéndole sólo una cosa, que no diera a conocer la determinación y el consejo de su madre, con el fin de obtener más fácilmente también para ella el perdón.

boda hay que colocarlo algo más tarde, después de la sumisión de Oxiartes, como lo hace Curcio.

Oxartes iba delante y, tras él, seguía Sisimetres con su 31
madre, sus hijos y todo el clan de sus parientes, sin esperar de todos modos que se respetara la garantía prometida por Oxartes. El rey, después de hacer que se adelantara 32
un jinete con el encargo de que dieran la vuelta y aguardaran su presencia, se presentó de improviso y, tras inmolar unas víctimas en honor de Minerva Victoria, restituyó el mando a Sisimetres, prometiéndole una provincia mayor si mantenía lealmente la amistad con Alejandro. El sátra- 33
pa le hizo entrega de sus dos hijos, jóvenes, y el rey dio orden de que pasaran a formar parte de su ejército.

Dejando después la falange [678], avanzó con la caballería con intención de someter a los que habían desertado. El camino era escabroso y las piedras obstaculizaban la 34
marcha; con todo, al principio, bien que mal lo soportaban; después la mayor parte no podían seguir, al encontrarse con que los caballos, por un lado, tenían sus cascos desgastados y, por otro, estaban agotados por el cansancio; la columna se iba tornando más y más espaciada, siendo derrotado el sentimiento del deber, como suele suceder, por un agotamiento excesivo. El rey, sin embargo, cam- 35
biando de cuando en cuando de caballo, perseguía sin descanso a los fugitivos. Los jóvenes nobles que solían acompañarle no habían podido seguirle, a excepción de Filipo [679]: éste era hermano de Lisímaco, acababa de entrar en la adolescencia y —lo que saltaba inmediatamente a la vista— tenía un carácter poco común. Yendo a pie —¡cosa 36
increíble!— a lo largo de 500 estadios [680], acompañó al rey, que iba montado a caballo, y ello pese a que Lisímaco

[678] Una vez más, aquí «falange» está por «infantería».
[679] Hermano de Lisímaco, del que se ha hablado en 1, 14 de este mismo libro. Véanse notas 651 y 652.
[680] Más de 92 km.

le había ofrecido una y otra vez su cabalgadura y no pudo conseguir que se apartara del rey, a pesar de ir revestido
37 con la coraza y cargado con las armas. Este mismo Filipo, al llegar a un bosque en el que se habían escondido los bárbaros, tomó parte en un heroico combate y protegió al rey que estaba enzarzado en una lucha cuerpo a cuerpo
38 con el enemigo. Pero, una vez que los bárbaros, puestos en fuga, abandonaron el bosque, el espíritu que en el ardor de la refriega había mantenido en pie sus fuerzas físicas, lo abandonó; de repente comenzó a correrle un sudor por todos sus miembros; se apoyó en el tronco del árbol
39 más cercano y después, al no poder sostenerse ni siquiera con tal apoyo, el rey lo cogió en sus brazos mientras exhalaba en ellos su último suspiro.

Otro dolor, y no pequeño, se apoderó del rey, sumido
40 ya en la tristeza: Erigio [681] se había contado en el número de sus más sobresalientes generales y Alejandro tuvo conocimiento de su muerte poco antes de volver al campamento. Las honras fúnebres en honor de ambos fueron celebradas con toda suntuosidad y con toda clase de honores.

3 Después el rey decidió dirigirse contra los dahas, pues sabía que Espitamenes estaba entre ellos. Pero también esta expedición, como en otras muchas ocasiones, fue coronada con éxito por la Fortuna (que no se cansaba de mostrarse de su parte), sin que Alejandro tomara parte en ella. Espitamenes estaba enamorado de su mujer con un amor desorbitado y la arrastraba consigo a toda clase de peligros cuando ella a duras penas podía soportar la huida
2 y los renovados y continuos destierros. Ella, agotada por las penalidades, echaba mano sin cesar de sus encantos femeninos con el objeto de lograr que su esposo pusiera fin

[681] Véase VII 4, 32 sigs.

a la huida y, acogiéndose a la clemencia de Alejandro vencedor, tratara de aplacar a aquel de quien no podía huir. Le había dado tres hijos que ahora eran ya mayores, 3
y echándolos en los brazos de su padre, le suplicaba que, al menos, se apiadara de ellos y, para dar más fuerza a sus súplicas, añadía que Alejandro no estaba lejos. Espita- 4
menes, convencido de que su esposa no le estaba dando un consejo sino que intentaba traicionarlo y que lo que ella quería era, amparada en su belleza, entregarse cuanto antes a Alejandro, desenvainó su cimitarra, decidido a matarla, y lo hubiera hecho si los hermanos de ella no hubieran acudido corriendo y se lo hubieran impedido. No obs- 5
tante le dio orden de apartarse de su vista con la amenaza de quitarle la vida si se dejaba ver, y, tratando de buscar alivio a su añoranza, decidió pasar las noches entre sus cortesanas. Pero su amor profundo no hizo más que infla- 6
marse con el hastío de aquellos amores de ocasión, y así se entregó de nuevo a ella sola, sin cesar de suplicarle que desechara tal proyecto y aceptara cualquier destino que la Fortuna les deparara: la muerte le era más ligera que la rendición. Ella se justificaba diciendo que lo que le había 7
aconsejado, a manera de una pobre mujer, es cierto, pero movida por un corazón leal, era lo que creía más útil, pero que, por lo demás, se doblegaba a la autoridad de su esposo. Espitamenes, engañado por esta fingida sumisión, 8
ordenó preparar un banquete en pleno día [682]; cuando se encontró amodorrado por el vino y la comida, fue llevado, medio dormido, a sus habitaciones. En cuanto su mujer 9
se dio cuenta de que estaba sumido en un profundo sueño, sacó una espada que llevaba escondida bajo las vestiduras y le cortó la cabeza y, salpicada ella misma de sangre, se

[682] Véanse notas 400 y 658.

la entregó a un esclavo que estaba al corriente de su plan.
10 Acompañada por el esclavo y con sus vestidos manchados como estaban de sangre, llegó al campamento macedonio y pidió que le anunciaran a Alejandro que tenía cosas
11 que decirle personalmente. El rey ordenó que hicieran pasar a la extranjera a su presencia sin perder tiempo. Al verla manchada de sangre, pensando que había venido a quejarse de alguna afrenta sufrida, le invitó a decir qué
12 quería. Pero ella hizo saber que era su deseo que hicieran entrar al esclavo al que ella había ordenado permanecer en el vestíbulo. Éste, al llevar escondida bajo sus vestiduras la cabeza de Espitamenes, había levantado sospechas y, al ser cacheado, mostró lo que llevaba escondido.
13 La palidez había borrado los rasgos del rostro exangüe y era imposible reconocer quién era. Así pues, el rey, informado de que el esclavo traía una cabeza humana, salió de la tienda y, al preguntar de qué se trataba el esclavo
14 contestó a su pregunta informándole de todo. Al saberlo, pensamientos diversos y encontrados entre sí agitaron su espíritu. Por un lado, se daba cuenta de que le habían hecho un enorme favor al asesinar a un desertor y a un traidor que, de seguir con vida, hubiera retrasado el cumplimiento de empresas tan grandes. Por otro, sentía aversión hacia un crimen detestable, el de una mujer que había dado muerte, sirviéndose del engaño, a un esposo del que sólo había recibido favores y que era el padre de sus
15 hijos. La atrocidad del crimen se impuso al reconocimiento por el favor recibido y así ordenó que la mujer saliera del campamento, no queriendo que un ejemplo tal de libertinaje bárbaro influyera en las costumbres y suavidad de carácter de los griegos.

16 Al descubrir los dahas el asesinato de Espitamenes, encadenaron a Datafernes, compañero de aquél en la rebe-

lión, y lo entregaron a Alejandro, sometiéndose ellos también al mismo tiempo. Alejandro, al verse libre de la mayor parte de las preocupaciones del momento, se dedicó a poner remedio a los ultrajes que habían recibido aquellos que estaban sometidos al mando avaro y despótico de sus gobernadores. Así pues, entregó la Hircania, así como la re- 17
gión de los mardos y de los tapuros, a Fratafernes, con la orden de que le enviara a Fradates, su antecesor en el cargo, para hacerlo encarcelar. Arsames [683], gobernador de los drangas, fue sustituido por Estasanor [684]; Arsaces [685] fue enviado a la Media con el encargo de que Oxidates le dejara el puesto [686]. Tras la muerte de Mazeo, Babilonia fue puesta bajo el gobierno de Ditamenes [687].

Una vez regularizada la situación, al tercer mes sacó 4
el ejército de los cuarteles de invierno con la intención de llegar a la región denominada Gazaba [688]. El primer día 2
la marcha fue tranquila; el segundo, sin ser todavía borrascoso y oscuro se mostró, sin embargo, más sombrío que el anterior y pasó bajo la amenaza de una tormenta que iba en aumento. Al tercer día, por toda la extensión 3
del cielo comenzaron a brillar los relámpagos y unas veces la luz, en medio del resplandor intermitente, y otras la os-

---

[683] Personaje desconocido; según ARRIANO, era gobernador de la Aria.

[684] Pertenecía tal vez a la familia principesca de Soloi, en Chipre, y formaba parte del grupo de los hetairos.

[685] ARRIANO, IV 18, 3, llama a este personaje —si se trata del mismo—, Atropates.

[686] Véase VI 2, 11.

[687] ARRIANO, en el lugar citado en nota 685, da el nombre —que parece el correcto— de Estamenes. Por lo demás, se trata de un personaje desconocido.

[688] Al este de Nautaca, en la Sogdiana.

curidad comenzaron no sólo a ofuscar los ojos de los sol-
dados en marcha sino también a amedrentar sus espíritus.
4 Los truenos del cielo eran casi continuos y aquí y allí se
divisaban los rayos que caían; con los oídos aturdidos, la
columna, estupefacta, no se atrevía ni a avanzar ni a dete-
5 nerse. Entonces, de repente, se desencadenó una lluvia to-
rrencial mezclada con granizo; al principio, es verdad, pro-
tegidos por sus armas, podían hacer frente a ella, pero con
el tiempo ni sus manos, rígidas por el frío, podían sostener
las armas resbaladizas, ni eran capaces de decidir hacia
qué región dirigirse, al encontrarse, dondequiera que fue-
sen, con una violencia mayor de la tormenta que la que
6 trataban de evitar. Así pues, desbaratadas las filas, la co-
lumna, errante, se desparramó a lo largo de todo el bosque
y eran muchos los que, agotados más por el miedo que
por el sufrimiento, se habían echado cuerpo a tierra, a pe-
sar de que la baja temperatura había hecho que el agua
7 se helara. Otros se habían apoyado en los troncos de los
árboles que para la mayor parte constituyeron un apoyo
8 y un refugio. Y no les pasaba inadvertido que, al hacerlo,
elegían un lugar para morir, al abandonarles el calor vital,
inmóviles como estaban; pero, en medio de su agotamien-
to, la indolencia constituía un placer y aceptaban morir
en el descanso, ya que la tormenta les asediaba no sólo
violenta sino persistentemente, y aparte la tempestad, se-
mejante a una noche, también la oscuridad de los bosques
había suprimido aquel consuelo de la naturaleza que es
9 la luz del día. Sólo el rey soportaba calamidad tan grande:
se acercaba a los soldados, juntaba a los que andaban des-
perdigados, levantaba el ánimo de los abatidos, les mos-
traba el humo que, a lo lejos, se alzaba de las chozas y
10 les animaba a ocupar los refugios cercanos. Y lo que más

contribuyó a salvar a los soldados fue el hecho de avergon-
zarse éstos ante la idea de abandonar a su rey, que, a pesar
de multiplicar su sufrimiento, hacía frente a las calamida-
des ante las que ellos habían cedido. Por lo demás, la ne- 11
cesidad, que en medio de la adversidad se muestra más
eficaz que la propia razón, encontró un remedio contra
el frío. En efecto, se dedicaron a talar los árboles con las
dolabras y, después de apilarlos, les pegaron fuego por di-
versos sitios. Se diría que el bosque ardía en un incendio 12
ininterrumpido y que apenas si entre las llamas se había
dejado huecos para las tropas. Este calor puso en movi-
miento los miembros ateridos y poco a poco la respiración,
oprimida por el frío, comenzó a recuperar libremente su
ritmo. Unos buscaron refugio en las chozas de los bárba- 13
ros que, escondidas en los últimos confines del bosque,
las descubrieron empujados por la necesidad, y otros en
el campamento que, aunque sobre terreno enfangado, le-
vantaron al mitigarse la violencia de la tormenta.

Aquel siniestro causó 2.000 bajas entre soldados, canti-
neros y mozos de cuerda. La tradición cuenta que se 14
vio a algunos pegados a los troncos de los árboles, dando
la impresión no sólo de que estaban vivos sino de que con-
versaban entre sí, conservando la expresión que tenían cuan-
do les sorprendió la muerte. Dio la casualidad de que un 15
soldado raso macedonio, sosteniéndose con dificultad a sí
mismo y a sus armas, llegó al campamento; el rey, aunque
se encontraba precisamente calentándose junto al fuego,
no obstante, al verlo, se levantó de su asiento y, tras de-
sembarazarle de sus armas, invitó al soldado, entumecido
y apenas dueño de sí mismo, a que se sentara en su propio
asiento. El soldado, durante un gran rato, no cayó en la 16
cuenta ni de dónde estaba descansando ni quién le había

acogido; finalmente, al recuperar el calor vital y ver el asien-
17 to real y al propio rey, se levantó aterrorizado. Alejandro,
mirándole fijamente, le dijo: «¿No te das cuenta, ¡oh sol-
dado! de cuánto más afortunados vivís vosotros bajo vues-
tro rey que los persas? Para éstos sentarse en el trono real
supone un crimen de pena capital; para ti ha sido tu pro-
pia salvación» [689].

18 Al día siguiente, convocó a sus amigos y a los oficiales
del ejército y les hizo saber que resarciría a todo el mundo
19 de las pérdidas sufridas; y mantuvo su palabra. En efecto,
Sisimetres trajo gran cantidad de bestias de carga, 2.000
camellos y ganado mayor y menor. Se procedió a su distri-
bución y así se liberó a los soldados tanto de sus pérdidas
20 como de su hambre. El rey, después de haber hecho saber
el favor recibido de Sisimetres, ordenó que los soldados
cargaran con alimentos cocinados para seis días y empren-
dió la marcha hacia Sacas; después de devastar toda esta
región, entregó a Sisimetres, como obsequio, sacándolas
del botín, 30.000 cabezas de ganado.

21 De allí pasó a la región a cuyo frente estaba el famoso
sátrapa Oxiartes [690], que se sometió al dominio y lealtad
del rey. Alejandro le devolvió el mando sobre la región
y sólo le exigió que dos de sus tres hijos pasaran a alistarse
22 en su ejército. El sátrapa le hizo entrega incluso del que
el rey dejaba a su lado y preparó, con opulencia bárbara,

[689] El episodio, como hace notar GIACONE, ha sido transmitido también por VALERIO MÁXIMO, I ext. 1, y por FRONTINO, *Strategemata* IV 6, 3.

[690] De este personaje, sátrapa de la Bactriana, se ha hecho mención en nota 677. Como allí se dice, era padre de Roxana, la hermosa joven de la que se va a hablar a continuación en el texto. Oxiartes, después de haber servido con lealtad a Beso, sirvió con la misma a Alejandro, quien siempre tuvo para con él gran miramiento (véase, por ejemplo, IX 8, 10).

un banquete al que invitó al rey. Mientras el festín se desa- 23
rrollaba en un ambiente de gran cordialidad, Oxiartes hizo
entrar a 30 nobles doncellas, entre las que se encontraba
su propia hija, llamada Roxana, de una belleza extraordi-
naria y de una elegancia de modales rara entre los bárba-
ros. Ésta, aunque caminaba en medio de jóvenes escogi- 24
das, sin embargo hizo volver hacia sí las miradas de todos,
especialmente las del rey, que, mimado por la Fortuna (con-
tra la que la naturaleza humana nunca está lo suficiente-
mente precavida), tenía cada vez menos el dominio sobre
sus pasiones. Y así Alejandro, que a la esposa de Darío 25
y a sus dos jóvenes hijas —que en hermosura no sufrían
la comparación con ninguna más que con Roxana [691]—
no las había contemplado más que con sentimiento de pa-
dre, ahora había venido a enamorarse de una chiquilla,
humilde si se la comparaba con la estirpe real, hasta el
punto que decía que el afianzamiento del reino exigía el
que persas y macedonios se unieran en matrimonio: que
de este modo se podría eliminar de los vencidos su rubor
y de los vencedores su orgullo: incluso Aquiles, de quien 26
él mismo era descendiente, había tenido relaciones amoro-
sa con una cautiva [692]; y no tenían por qué pensar que
iba a abusar de la joven; lo que quería era unirse a ella
en matrimonio legal.

El padre de la muchacha escuchó sus palabras en me- 27
dio de la mayor alegría a causa de lo inesperado del gozo
y el rey, encendido su deseo, hizo traer, según la tradición
de su país, un pan (el símbolo más sagrado, entre los ma-

[691] ARRIANO, IV 19, 5, dice que, según los que sirvieron en la milicia al lado de Alejandro, Roxana era la mujer más hermosa de Asia después de la viuda de Darío.

[692] Briseida.

cedonios, de la unión conyugal): se partía con una espada
28 y la pareja lo probaba. Yo creo que los que establecieron las costumbres de este pueblo, por medio de este alimento parco y sencillo quisieron mostrar a los que unían sus recursos en la fundación de un hogar con qué poca cosa
29 debían contentarse. De este modo el rey de Asia y de Europa se unió en matrimonio a una muchacha que formaba parte de las atracciones de un banquete, debiendo nacer de
30 una cautiva quien gobernaría a los vencedores. Los amigos estaban avergonzados ante el hecho de que hubiera elegido un suegro entre el vino y los manjares, eligiéndolo de entre los que habían capitulado; pero después del asesinato de Clito, la libertad había desaparecido y se limitaban a asentir con la expresión de su rostro, que es el elemento más servil [693].

5 Por otra parte, disponiéndose a marchar a la India y desde allí al Océano, con el fin de no dejar a sus espaldas nada que pudiera impedir sus proyectos, dio orden de hacer una leva de 30.000 jóvenes entre todas las provincias y de traerlos a su presencia armados, con la intención de retenerlos en calidad de rehenes y, al mismo tiempo, de
2 soldados. Por otro lado, envió a Crátero en persecución de Haustanes y de Catanes, que se habían rebelado [694]:

[693] Con su boda con Roxana, Alejandro ha dado un paso más en su programa de orientalización: sus miras apuntan a una confraternización entre Oriente y Occidente, actitud que los veteranos macedonios cada vez ven con peores ojos.

[694] Según ARRIANO, IV 22, 1, eran los únicos rebeldes que quedaban en la Paretacene y contra ellos envía Alejandro a Crátero con 6.000 jinetes de los hetairos, su propio batallón de infantería y los de Poliperconte, Atalo y Alcetas.

Haustanes fue hecho prisionero y Catanes murió en el campo de batalla. Además Poliperconte sometió la región denominada Bubacene [695]. Dispuesto así todo, dirigió todos sus pensamientos a la expedición contra la India.

Esta región era considerada rica no sólo en oro sino 3
también en piedras preciosas y en perlas, con una civilización orientada más cara al lujo que a la grandeza.
Los entendidos decían que los guerreros resplandecían de 4
oro y marfil, y por ello Alejandro, a fin de no quedarse atrás en ningún aspecto, él, que estaba por encima en todos los otros, hizo superponer en los escudos láminas de plata, a los caballos les aplicó frenos de oro e incluso las corazas unas las adornó con oro y otras con plata; el contingente de tropas que acompañaban al rey a aquella guerra ascendía a 120.000 hombres armados. Y ya tenía todo 5
preparado cuando, pensando que estaba en sazón lo que en otro tiempo había concebido en su mente desvariada, comenzó a darle vueltas a la idea de cómo podría usurpar los honores divinos. Quería no sólo ser llamado sino incluso ser creído hijo de Júpiter [696], como si su poder se extendiera lo mismo sobre los espíritus que sobre las lenguas, y dio orden de que los macedonios lo saludaran al estilo 6
persa, prosternándose en actitud de veneración [697]. Su pasión por tales servilismos se veía acompañada por la perniciosa adulación, mal eterno de los reyes, cuyo poder viene a dar en tierra con más frecuencia por efecto de los aduladores que por los propios enemigos. Y en todo ello la cul- 7
pa no era de los macedonios (nadie entre ellos había con-

[695] Región desconocida.

[696] Aquí las pretensiones del rey van más lejos que en IV 7, 30.

[697] La *proskýnesis*. Véase nota 480. Un nuevo paso en la orientalización de las costumbres impuestas a la tropa por Alejandro.

sentido que se perdiera una sola de las tradiciones nacionales), sino de los griegos, que con sus costumbres depravadas habían corrompido el ejercicio de la cultura.

8 Un argivo, de nombre Agis [698], el peor compositor de poemas [699] después de Quérilo [700], y Cleón [701], procedente de Sicilia (éste era un adulador no sólo por vicio de carácter personal, sino también por siciliano), así como otros, desecho de sus propias ciudades, que eran preferidos por el rey a sus propios allegados y a los caudillos de los ejércitos más sobresalientes, todos ellos le abrían el cielo y an-

[698] Al nombre de Agis, como promotor de una corriente de opinión según la cual Alejandro era hijo de Júpiter y debía ser venerado como tal, en ARRIANO, IV 9, 9, va unido al nombre del filósofo Anaxarco del que se ha hablado en nota 671. Según este historiador, Agis era un poeta épico, procedente de Argos.

[699] Nos separamos del texto ofrecido por BARDON («*piissimorum carminum*»), que es el ofrecido por los códices, prefiriendo, con la mayor parte de los editores modernos, la lectura «*pessimorum*» propuesta por LALIER, que está en consonancia con el personaje Quérilo que se menciona a continuación. (Véase nota siguiente).

[700] Quérilo de Iaso, población de la Caria, era un poeta épico enrolado en la campaña de Asia con la intención de hacerse famoso y ganar dinero al lado de Alejandro. (PLUTARCO, en la biografía de Lisandro, cap. XVIII, cuenta que ya el general lacedemonio solía llevar consigo un poeta épico, también Quérilo de nombre, natural de Samos, para que cantara sus hazañas). En el caso de nuestro Quérilo sabemos que Alejandro pagó con esplendidez sus malos versos (véase HORACIO, *Epístolas* II 1, 232 sigs. y *Arte poética* 355 sigs.) y conocida es la anécdota relativa a este poeta, según la cual Alejandro solía decir que prefería ser el Tersites de Homero que el Aquiles de Quérilo (Tersites es un personaje contrahecho, de ridícula figura, un bufón de mal gusto que en la *Ilíada* aparece mofándose de todos y despertando sus iras hasta que Aquiles lo mata de un puñetazo). Lo cierto es que la comparación entre Homero y Quérilo, como prototipos del buen y del mal poeta épico, debió de hacerse proverbial entre los antiguos, como puede verse por los testimonios citados de Horacio.

[701] Originario de Siracusa. Nada más se sabe de este personaje.

daban diciendo que Hércules, el Padre Líber y lo mismo Cástor y Pólux se harían a un lado ante la nueva divinidad. Así pues, un día de fiesta hizo preparar un banquete 9
con toda opulencia con la intención de que tomaran parte en él no sólo los principales amigos macedonios y griegos sino también la flor y nata de los enemigos. El rey tomó asiento entre ellos y, después de comer algo, se ausentó de la sala. Cleón, tal como estaba planeado, inició una 10
conversación en alabanza del rey; después pasó revista a sus méritos, a los que sólo de una manera se les podía dar el debido agradecimiento, reconociendo públicamente como a un dios a quien ya en su fuero interno consideraban que lo era, dispuestos a pagar, mediante el gasto de una pequeña cantidad de incienso, tan grandes beneficios recibidos: los persas, al dar culto a sus propios reyes co- 11
mo a dioses, obraban no sólo piadosa sino sabiamente [702]: en efecto, la majestad del mando era la garantía de la salvación. Ni Hércules ni el Padre Líber habían sido consagrados dioses antes de haber superado la envidia de sus contemporáneos: la idea que la posteridad se hace de cada uno es fruto de la garantía otorgada por los contemporáneos. Si los demás dudaban, él mismo, en cuanto el 12
rey volviera a entrar en la sala del banquete, se postraría en tierra; lo mismo deberían hacer los demás y, antes que nadie los más sabios: ellos eran, en efecto, los que debían dar ejemplo del culto al rey.

El discurso iba dirigido abiertamente contra Calíste- 13
nes [703]. La seriedad de aquel hombre, así como su libertad

[702] La idea según la cual los persas divinizaban en vida a todos sus reyes, dice BARDON (y hace referencia al escoliasta de ESQUILO, *Persas* 157), es inexacta.

[703] Calístenes de Olinto era probablemente sobrino segundo de ARISTÓTELES, con quien compuso la *Lista de los vencedores en los Juegos Píti-*

sin tapujos, era un motivo de odio para el rey, como si Calístenes constituyera el único obstáculo que impedía a los macedonios, dispuestos como estaban a hacerlo, el ofre-
14 cerle tal vasallaje. Se hizo el silencio y Calístenes, blanco de las miradas de todos, dijo: «Si el rey hubiera estado presente mientras hablabas, ciertamente no harían falta las palabras de nadie a la hora de responderte: él mismo te pediría que no le obligaras a degenerarse adoptando costumbres extranjeras y extrañas y a provocar con una adulación de tal envergadura los celos sobre unas hazañas lo-
15 gradas con tanto éxito. Pero puesto que está ausente, yo te voy a responder por él: ningún fruto puede ser al mismo tiempo duradero y precoz y en cuanto a los honores celestiales tú no se los otorgas al rey sino que se los arrebatas, pues hace falta que pase cierto tiempo para que alguien sea considerado dios y siempre es la posteridad la que
16 concede esta prerrogativa a los grandes hombres. Yo, por mi parte, pido para el rey una inmortalidad tardía y que su vida sea duradera y su majestad eterna. La divinización sigue algunas veces al hombre pero acompañarlo en vida no
17 lo acompaña nunca. Hace un momento te referías a Hér-

cos. Había nacido el año 370 y acompañó a su tío a Aro y a la corte macedonia, poniendo su pluma al servicio de las ideas promacedónicas. Con esta intención tomó parte en las campañas de Alejandro, siendo más o menos el historiador oficial hasta el año 327 en que, por oponerse a la *proskýnesis,* se le implicó injustamente en la conspiración denominada «de los pajes» (véase 8, 21 de este mismo libro), siendo ejecutado. Lo curiosamente trágico es que Calístenes fue uno de los forjadores más caracterizados de la leyenda de que Alejandro era hijo de Júpiter, pero en el asunto de la *proskýnesis* se oponía abiertamente a que los griegos se rebajaran al nivel de los vencidos. Las características de su obra justificarían tal vez que se le atribuyera la fantástica biografía que, escrita en el siglo III d. C., se conoce con el nombre *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* del PSEUDO CALÍSTENES.

cules y al Padre Líber como ejemplos de consagración de inmortalidad; ¿crees acaso que fueron hechos dioses por la mera decisión tomada en un banquete? Antes de que la Fama los transportara al cielo, la naturaleza los apartó de la vista de los mortales. ¡O sea que tú y yo, oh Cleón, fabrica- 18
mos dioses! ¡Y el rey ha de recibir de nuestras manos la garantía de su divinización! Me gustaría poner a prueba tu poder: si puedes hacer dioses, haz alguien rey; o ¿es acaso más fácil dar el cielo que el reino? Que ojalá los 19
dioses propicios hayan oído sin sentir celos las palabras de Cleón y ojalá consientan que los acontecimientos se desarrollen siguiendo el mismo curso que han seguido hasta ahora; ¡quieran ellos que nos contentemos con nuestras propias costumbres! Yo no me avergüenzo de mi patria ni tengo el menor interés en aprender de unos vencidos de qué manera debo rendir pleitesía a mi rey; hasta estoy dis- 20
puesto a reconocerlos vencedores, si tenemos que aceptar de ellos las leyes con arreglo a las cuales debemos vivir».

Las palabras de Calísenes eran escuchadas con muestras de aceptación, como quiera que eran las palabras de un defensor de la libertad pública. Había provocado no sólo el asentimiento sino incluso palabras de aprobación sobre todo entre los más ancianos a quienes les resultaba penoso trocar externamente sus costumbres inveteradas. Y nada de cuanto allí se había debatido, de un lado y de 21
otro, era desconocido del rey, pues se encontraba detrás de la cortina que había hecho extender a lo largo de todos los divanes. En consecuencia, hizo llegar a Agis y a Cleón un recado con el encargo de que, dando por finalizado el debate, al entrar en la sala sólo consintieran que se prosternaran los bárbaros, siguiendo su costumbre; y poco después, como si hubiera llevado a cabo algunas cuestiones de cierta importancia, volvió al banquete. Los bárbaros 22

se postraron venerándolo y Poliperconte, que en la mesa ocupaba el asiento de más arriba en relación con el del rey, entre chanzas comenzó a exhortar a uno de ellos, que con el mentón tocaba el suelo, a que golpeara la tierra con más fuerza, provocando la cólera del rey que desde hacía
23 rato se veía incapaz de controlarse. Por ello, le dijo: «¿Por ventura tú no me venerarás? ¿O sólo a ti te parezco digno de burla?» Aquel respondió que ni el rey era digno de bur-
24 la ni él de desprecio. Entonces Alejandro lo arrancó del diván y lo arrojó a tierra, y como cayera el rostro contra el suelo, le dijo; «¿Ves cómo tú has hecho lo mismo que en otro hace un momento provocaba tu risa?»; y después de dar orden de que fuera encarcelado, dio por finalizado el banquete.

6 Lo cierto es que Poliperconte obtuvo el perdón después de haber sufrido un largo castigo, pero Alejandro mostró una cólera más pertinaz hacia Calístenes, convertido en sospechoso desde hacía tiempo por su espíritu de independencia, y bien pronto se le presentó a Alejandro la ocasión de satisfacer su cólera.

2 Como se ha dicho más arriba [704], era costumbre de las mejores familias macedonias el hacer entrega a sus reyes de sus propios hijos adultos, a fin de que desempeñaran oficios que no desdecían mucho de los oficios propios de
3 esclavos [705]: montaban guardia por turno durante la noche en las proximidades de la morada en la que descansaba el rey; a través de ellos eran introducidas las concubinas por una entrada distinta a la custodiada por vigilantes armados; ellos eran los que traían los caballos, después 4
de recibirlos de los palafreneros, cuando el rey se disponía a cabalgar y lo acompañaban tanto en la caza como en el combate, instruidos como estaban en todas las artes de caballería. La principal muestra de honor la constituía el 5
hecho de estarles permitido comer sentados a la mesa en compañía del rey. Nadie, fuera de éste, tenía poder de mandarlos azotar. Esta cohorte se constituyó, entre los mace- 6
donios, en una especie de semillero de generales y prefectos; de aquí salieron más tarde los reyes a cuyos descendientes, con el paso del tiempo, los romanos arrebataron el poder.

Así pues, como Hermolao [706], un joven noble de la co- 7
horte del rey, hubiese dado muerte con un venablo a un jabalí que el rey se disponía a matar, por orden de éste Hermolao fue azotado y, no pudiendo soportar con entereza tal ignominia, fue donde Sóstrato [707] y se echó a llorar. Sóstrato pertenecía a la misma cohorte del rey y 8
estaba profundamente enamorado del muchacho. Al ver destrozado un cuerpo por el que se moría de amor, y tal

[704] En V 1, 42. Según dice Arriano, IV 13, 1, esta costumbre se remontaba al reinado de Filipo; en el pasaje citado, Arriano describe sus funciones y deberes en términos parecidos a los de Curcio.

[705] Pertenecientes a las mejores familias macedonias, entraban al servicio del rey entre los 13 y 15 años, formando el grupo de los *pueri regii* o la *puerorum regia cohors*, teniendo, entre otros muchos cometidos, los que Curcio cita en el texto, lo cual, por otra parte, en especial lo que se dice en el párrafo 5, no está en consonancia con sus «oficios propios de esclavos». Su número debía de ser muy elevado, ya que en V 1, 42 se informa de que Amintas trajo de Macedonia 50 jóvenes de estos para formar parte de la *cohors regia*.

[706] Hijo de un oficial de la caballería de los hetairos denominado Sopolis, como nos informa Arriano, IV 13, 2. Se le consideraba un celoso estudiante de las doctrinas filosóficas y un seguidor de Calístenes.

[707] Hijo de Amintas (véase Arriano, IV 13, 3). Era de la misma edad que Hermolao.

vez ya hostil al rey desde hacía tiempo por algún otro motivo, después de intercambiarse promesas de lealtad, empujó a Hermolao, que ya de por sí se hallaba irritado,
9 a planear, en su compañía, el asesinato del rey. Y el plan no lo pusieron en práctica con irreflexión propia de niños, ya que eligieron hábilmente los compañeros de complot. Merecieron su confianza Nicóstrato [708], Antípatro [709], Asclepiodoro [710] y Filotas [711] y, por mediación de éstos, se vinieron a sumar Anticles [712], Elaptonio [713] y Epimenes [714].

10 Pero el camino que había que recorrer para llevar a cabo el proyecto no era fácil: era necesario que todos los conjurados estuvieran de guardia la misma noche, a fin de no verse impedidos por los extraños a la conjura, pero daba la casualidad de que les tocaba guardia a unos una
11 noche y a otros otra. Y así en cambiar los turnos de guardia y en disponer todos los preparativos para la realización
12 del proyecto se pasaron 32 días. Por fin llegó la noche en la que los conjurados tenían que montar la guardia, contentos por la recíproca lealtad, de la que un testimonio fehaciente lo constituían los numerosos días transcurridos: ni el miedo ni la esperanza habían hecho cambiar de idea a nadie: tan grande era la cólera de todos hacia el rey o la lealtad de unos para con otros.

13 Estaban, pues, de pie junto a la puerta del aposento donde estaba cenando el rey a fin de, al salir del banquete,

[708] Personaje desconocido.

[709] Hijo de Asclepiodoro, el sátrapa de Siria (véase ARRIANO IV 13, y lo mismo para los otros personajes que se van a citar a continuación).

[710] Personaje desconocido.

[711] Hijo del tracio Carsis.

[712] Hijo de Teócrito.

[713] Personaje desconocido.

[714] Hijo de Arseo. Como se dirá en el párrafo 20, acabará delatando la conspiración.

acompañarlo a su dormitorio; pero la buena estrella del 14
rey, aliada con la jovialidad de los comensales, los entretuvo a todos bebiendo más copiosamente; incluso se pasó el tiempo en «juegos de banquete», mientras los conjurados, por un lado, se felicitaban por poder atacar a Alejandro amodorrado; mas, por otro, se mostraban preocupados ante la idea de que el banquete se alargara hasta el alba. En efecto, con la primera luz del día tenían que dejar 15
la guardia a otro destacamento y ya no les tocaría el servicio hasta ocho días después, no pudiendo ya esperar que todos siguieran leales hasta entonces. Pero como ya ama- 16
neciera, se dio por terminado el banquete y los conjurados tomaron bajo su cuidado al rey, felices al presentárseles la ocasión de llevar a cabo su complot, cuando he aquí que una mujer [715], de espíritu —según se creía— profético y que acostumbraba a frecuentar la tienda real porque parecía que por inspiración divina predecía el porvenir, no sólo salió al encuentro del rey precipitadamente sino que incluso le cortó el paso, y mostrando en su rostro y su mirada la agitación de su espíritu, le aconsejó que volviera al banquete. Alejandro, en plan de burla, le respondió que 17
los dioses le daban un buen consejo [716], y llamando de nuevo a sus amigos, alargaron el banquete hasta casi la segunda hora del día.

Ya otros miembros de la escolta real habían entrado 18
en el puesto de centinelas, dispuestos a montar la guardia ante la cámara del rey, pero los conjurados, a pesar de haber finalizado su turno, seguían sin abandonar sus pues-

[715] Según ARRIANO, IV 13, 5, de nacionalidad siria.

[716] Este matiz humorístico falta totalmente en ARRIANO, según el cual (IV 13, 6) Alejandro, que tenía una fe ciega en las dotes adivinatorias de esta mujer, creyó que los dioses hablaban en verdad en aquella ocasión por boca de la adivina.

tos: ¡tan pertinaz es la esperanza que alimenta los pensa-
19 mientos humanos! El rey, dirigiéndose a ellos con más afabilidad que otras veces, les ordenó retirarse a descansar puesto que habían estado en pie durante toda la noche, les dio a cada uno 50 sestercios y los llenó de alabanzas porque habían persistido en montar la guardia incluso
20 más allá de su propio turno. Los conjurados, decepcionados de su gran esperanza, se retiraron a sus aposentos. Los demás aguardaban la noche en que les correspondería estar de nuevo de guardia, pero Epimenes, cambiando de repente de parecer, bien fuera por la amabilidad con la que el rey les había tratado, bien porque creía que los dioses se oponían a su proyecto, descubrió los planes a su hermano Euriloco [717], a quien antes había querido mantener al
21 margen de la conspiración. Todos tenían ante la vista el castigo de Filotas; por eso Euriloco arrestó a su hermano sin perder un instante y lo condujo a la tienda real, y después de despertar a los guardias de corps les aseguró que lo que tenía que comunicar se refería a la propia vida del
22 rey. Tanto la hora en que habían llegado como la expresión del rostro que manifestaba la turbación de su espíritu, así como la pesadumbre de uno de los dos hermanos sobresaltaron a Ptolomeo y a Leonnato, que montaban guardia en el umbral de la cámara real. Así pues, abren la puerta, encienden la luz y despiertan al rey, amodorrado

[717] En el relato de Curcio, Epimenes hace saber directamente a su hermano la existencia de la conspiración. En ARRIANO, IV 13, 7, la información llega a oídos de Euriloco dando un rodeo: Epimenes se lo contó a su querido Caricles, hijo de Menandro, y Caricles a Euriloco, el hermano de Epimenes; Euriloco, a su vez, lo puso en conocimiento de Ptolomeo, el hijo de Lago, y Ptolomeo informó al rey. El hecho de que en la cadena figure PTOLOMEO, autor de la Historira de Alejandro que sirvió de base a la de ARRIANO, da verosimilitud a esta segunda versión.

por el vino y el sueño. Éste, volviendo en sí poco a poco, preguntó qué nuevas le traían. Euriloco no se anduvo con 23
rodeos sino que le dijo que los dioses no se mostraban enemigos por completo de su propia casa ya que su hermano, aunque había osado tomar parte en un crimen impío, sin embargo, no solamente estaba arrepentido de ello sino que, a través suyo precisamente, presentaba la denuncia del mismo: se había planeado un complot para aquella misma noche que acababa de pasar y los instigadores del plan eran los que el rey menos pensaba. Entonces Epimenes dio 24
a conocer todo el plan punto por punto, así como los nombres de los cómplices.

Es seguro que el nombre de Calístenes [718] no fue pronunciado como cómplice de la conjura, pero se sabía que solía escuchar con agrado las conversaciones de los jóvenes cuando vituperaban y acusaban al rey. Algunos añaden 25
que, como Hermolao se quejara también ante Calístenes de haber sido azotado por orden del rey, aquél le respondió que no olvidaran que ya eran unos hombres hechos, y que si esto lo dijo para consolarlo en el sufrimiento producido por los azotes o para echar leña al fuego de la cólera de los jóvenes, no estaba nada claro. El rey despertó de 26
su letargo físico y mental al pasar ante sus ojos la imagen

[718] ARRIANO, IV 14, 1, dice taxativamente que, según ARISTOBULO, los conjurados acusaron formalmente a Calístenes de ser el promotor de la conjura, versión compartida por PTOLOMEO, pero que son más los testimonios que ofrecen una versión diferente: el odio que sentía Alejandro por Calístenes y el hecho de ser Hermolao discípulo y admirador de Calístenes serían los motivos que habrían inducido al rey a creer en la culpabilidad de aquél. PLUTARCO, por su parte, *Alej.* LV 3, cuenta que, aunque Calístenes no fue acusado formalmente por ningún miembro de la conjuración, sin embargo, cuando alguien le preguntaba cómo llegar a ser ilustre, solía responder: «matando al más ilustre».

del grave riesgo del que había escapado, dio a Euriloco 50 talentos y la hacienda de un potentado, un tal Tiridates [719], y en cuanto a su hermano le concedió el perdón
27 antes incluso de que se lo pidiera. Por lo que se refiere a los componentes del complot, incluido Calístenes, dio orden de que, encadenados, fueran sometidos a vigilancia. Una vez traídos éstos a la tienda real, el rey, amodorrado por el vino y la vigilia, estuvo descansando durante todo
28 aquel día y toda la noche. Ahora bien, al día siguiente convocó una nutrida asamblea, a la que asistieron los padres y allegados de los interesados, que, por cierto, no estaban muy seguros sobre su propia suerte, ya que, según la tradición macedonia [720], debían también ellos morir, al pesar una sentencia de muerte sobre todos aquellos que
29 estuvieran ligados a los reos por lazos de sangre. El rey hizo entrar a los conjurados a excepción de Calístenes y
30 ellos, sin titubear, confesaron su complot. De todas partes de la asamblea se levantaron gritos contra ellos y el rey, por su parte, les preguntó qué les había hecho para que planearan un crimen tan horrendo contra él.

7 Ante el estupor de todos los demás, Hermolao dijo: «Puesto que nos lo preguntas como si no lo supieras, hemos planeado asesinarte porque ya no nos gobiernas como a libres sino que nos dominas como a esclavos» [721].

---

719 Personaje desconocido.

720 A esta ley se ha hecho alusión expresa en VI 11, 20, a propósito de la conjuración de Filotas y del pavor surgido entre los parientes y allegados de los conjurados.

721 Lo que había comenzado siendo (y lo más probable es que así fuera todo ello en la realidad) nada más que una conjura motivada por razones personales del más rancio sabor de amor a la griega, se eleva, en el discurso retórico que Curcio pone en boca de Hermolao, a las más altas cimas de los motivos políticos y de las razones de Estado que justificarían el regicidio.

El primero de todos su propio padre Sopolis se levantó, 2
diciéndole a gritos que se convertía en parricida de su padre, y, tapándole la boca con la mano, pidió al rey que no siguieran oyendo a quien desvariaba, víctima del crimen y de sus desgracias. El rey, deteniendo al padre, ordenó 3
a Hermolao que dijera todo lo que su maestro Calístenes le había enseñado. Y Hermolao prosiguió: «Hago uso de tu benevolencia y voy a decir lo que me han enseñado nuestras desgracias. ¿Cuántos macedonios han sobrevivido a 4
tu crueldad? ¿Cuántos, por supuesto, que no procedan de las capas más bajas de la sociedad? Atalo y Filotas y Parmenión y Alejandro Lincestes y Clito, por la parte que les toca en cuanto al enemigo, viven, ocupan su puesto en las filas en el campo de batalla, te protegen con sus escudos y, en pago de tu gloria, en pago de la victoria, reciben heridas, y tú les has pagado el favor con esplendi- 5
dez: uno [722] empapó tu mesa con su sangre; otro [723] murió con una muerte multiplicada; los caudillos de tus ejércitos, cabalgando a lomos del potro, se convirtieron en espectáculo de los persas a quienes habían vencido. A Parmenión, del que te habías servido para quitar de en medio a Atalo [724], lo pasaste por las armas sin darle la oportunidad

---

722 Clito, asesinado en un banquete (véase cap. 1 de este mismo libro, especialmente párrafo 52), aunque de la narración precisamente de Curcio se desprende que Clito no pudo manchar con su sangre los manteles de la mesa (véase nota 668).

723 Puede referirse a Alejandro Lincestes (véase VIII 1, 5 sigs.) que, reo del asesinato de Filipo en el año 336 y de una conjuración contra Alejandro en el 334, llevaba ya tres años esperando sentencia, y también a Filotas (véase VI 1, 13 sigs.), ejecutado después de haber sido sometido repetidas veces a todo tipo de torturas.

724 Véase VII 1, 3.

6 de juicio. Porque alternativamente utilizas el brazo de los
desgraciados para aplicar tus castigos y a los que poco an-
tes los has empleado como ejecutores de tus crímenes, sin
dilación los haces asesinar por otros».

7 Surgieron de todos los asistentes incesantes gritos que
interrumpieron a Hermolao y su padre había desenvainado
la espada fatal con la firme decisión de atravesarlo con
ella si el rey no se lo hubiera impedido. En efecto, Alejan-
dro ordenó a Hermolao que continuara hablando y pidió
al auditorio que siguiera oyendo con paciencia a quien no
hacía más que amontonar los motivos justificativos de su
8 castigo. Así pues, una vez que, a duras penas, se hubiera
calmado, Hermolao continuó: «¡Con qué magnanimidad
permites hablar a unos jóvenes que no saben expresarse!,
pero la voz de Calístenes, por ser el único que sabe hablar,
9 permanece encerrada en prisión. ¿Por qué no se le trae
aquí cuando incluso se les permite hablar a los que han
confesado? Por una sencilla razón: porque tienes miedo
de oír la libre voz de un inocente y no soportas siquiera
10 la expresión de su rostro. Ahora bien, yo afirmo rotunda-
mente que él está libre de toda culpa; aquí están los que
han planeado, en mi compañía, la más hermosa de las
acciones, y de entre ellos no hay nadie que pueda decir
que Calístenes ha sido cómplice nuestro, aunque ya desde
hace tiempo ha sido destinado a la muerte por un rey justí-
11 simo e indulgentísimo [725]. ¡Estas son las recompensas de
los macedonios, cuya sangre derrochas como si fuera de
bajo precio y despreciable! Pero, mientras para tu disfrute
personal 30.000 bestias de carga transportan el oro cauti-
vo, tus soldados, cuando vuelvan a sus casas, no se lleva-
rán consigo más que unas cicatrices conseguidas de balde.

[725] Por supuesto que en sentido irónico.

Y todo esto lo hemos podido soportar hasta que nos has
puesto en manos de los bárbaros y hasta que, instaurando
una costumbre nunca vista, has colocado a los vencedores
bajo el yugo de los vencidos. Te complaces en las vestidu- 12
ras y en las costumbres persas y has tomado odio a las
costumbres de tu patria; por ello hemos querido dar muer-
te al rey de los persas, no al rey de los macedonios, y,
según el derecho de guerra, te perseguimos como a un
desertor. Tú quisiste que los macedonios se pusieran de 13
rodillas ante ti y te veneraran como a un dios; tú reniegas
de Filipo como padre y, si hubiera un dios por encima
de Júpiter, renegarías incluso de Júpiter. ¿Y te admiras 14
de que unos hombres libres no podamos soportar tu sober-
bia? ¿Qué podemos esperar de ti nosotros, que o bien te-
nemos que morir, aunque inocentes, o, lo que es más dig-
no de lástima que la propia muerte, debemos vivir como
esclavos? Por lo que a ti respecta, si puedes rectificar tu 15
conducta, tu deuda para conmigo es grande, pues yo he
sido el primero que te he enseñado qué es lo que unos
hombres libres no pueden soportar. En cuanto a los de-
más [726], perdónales y no colmes de castigos una vejez a
la que has despojado ya de sus hijos. Manda que seamos
conducidos al suplicio nosotros, a fin de que consigamos
con nuestra muerte lo que pretendíamos alcanzar con la
tuya» [727]. Estas fueron las palabras de Hermolao.

Por su parte el rey respondió: «Qué falsas son las acu- 8
saciones que, aprendidas de su maestro, ha venido formu-
lando contra mí, lo demuestra mi propia paciencia. En efec- 2
to, ha confesado el más horrendo de los crímenes y, no

[726] O sea, los padres de los inculpados.

[727] Esto es, la libertad.

obstante, no sólo le he escuchado yo mismo sino que le he obligado a ofreceros a vosotros la ocasión de oírlo por vuestra parte, sabiendo bien que, al ofrecerle a este bandido la oportunidad de hablar, haría uso del delirio que le impulsó a querer asesinarme, a mí, a quien debía venerar
3 como a un padre. No hace mucho, como durante una cacería adoptara una actitud insolente, siguiendo una costumbre nacional aplicada ya por los reyes más antiguos de Macedonia di orden de que fuera castigado. Estos castigos no sólo conviene aplicarlos sino que de hecho los aplican los tutores a sus pupilos y los maridos a sus esposas; es más, incluso a los siervos les permitimos azotar a los
4 hijos de esta edad. A esto se reduce mi crueldad hacia él y de la que ha querido vengarse con un asesinato impío; lo indulgente que soy con todos los que me permiten dejarme llevar de mi carácter vosotros lo sabéis muy bien y no
5 hay por qué recordarlo una vez más. En cuanto a que Hermolao no aprueba las ejecuciones de los parricidas, por Hércules que no me extraña lo más mínimo cuando él ha merecido otro tanto, y al alabar a Parmenión y a Filotas,
6 está abogando en su propia defensa. Por lo que se refiere a Alejandro Lincestes, dos veces conjuró contra mi vida [728] y yo le absolví, a pesar de un doble testimonio contra él. Convicto de conjuración una tercera, diferí el castigo durante tres años hasta que vosotros mismos me pedisteis que finalmente purgara su crimen con el castigo merecido.
7 Atalo vosotros recordáis bien que ya antes de ser yo proclamado rey se mostró como enemigo mío [729], y en cuanto

[728] Como se ha dicho en nota 723, en realidad una contra Alejandro en el año 334 (véase VII 1, 5-6) y otra contra el padre de Alejandro, en el año 336.

[729] Véase VI 9, 18.

a Clito, ¡ojalá que no me hubiera obligado a encolerizarme con él!; yo soporté su lengua temeraria y sus expresiones insultantes para mí y para vosotros mismos por más tiempo que el que él me hubiera soportado a mí decir las
mismas cosas. La clemencia de los reyes y caudillos hunde 8
sus raíces no sólo en el carácter de ellos sino también en la manera de ser de los que obedecen. El poder se suaviza con la deferencia, pero cuando los ánimos pierden el sentido del respeto y se confunde lo elevado con lo rastrero, no hay más remedio que repeler la violencia con la violen-
cia. Pero, ¿por qué me voy a asombrar de que Hermolao 9
me eche en cara mi crueldad cuando se ha atrevido a reprocharme mi codicia? No quiero tomaros a todos vosotros, uno a uno, por testigos porque no quiero hacerme odiosa a mí mismo mi esplendidez al hacerla penosa a vuestro pudor. Dirigid las miradas a la totalidad del ejército: los que hace poco no tenían más que sus armas, ahora duermen sobre lechos de plata; llenan sus mesas de oro, conducen rebaños de esclavos y no pueden sostener los
despojos tomados al enemigo. ¡Pero honro demasiado a 10
los persas, a los que hemos vencido! [730]. Verdaderamente la señal más cierta de mi clemencia es precisamente el hecho de que ni siquiera sobre los vencidos ejerzo un poder despótico. En efecto, he venido al Asia no con la intención de derrocar los fundamentos de sus pueblos ni para convertir la mitad de las tierras en un desierto, sino con el deseo de que aquellos a los que sometiera no tuvieran que
lamentarse de mi victoria. Y así militan en vuestras filas, 11

[730] Aquí tenemos expresada —y por boca del propio Alejandro— la acusación de la vieja burguesía macedonia contra el rey de tendencias orientalizantes. Pero esta actitud de Alejandro, como lo va a decir poco después en su discurso, se debe a razones de alta política.

derraman su sangre por vuestro imperio, los que si hubie-
ran sido tratados con altivez se hubieran vuelto a rebelar.
No es duradera la posesión cuando nos conduce a ella la
espada, mientras que el agradecimiento por los favores
12 recibidos es eterno. Si queremos conservar el Asia, no sólo
atravesarla, debemos repartir con sus habitantes nuestra
clemencia: su lealtad hará nuestro imperio estable y eter-
no. La verdad es que tenemos más de lo que podemos abar-
car y es propio de una codicia insaciable querer seguir
13 llenando un vaso cuando ya desborda. ¡Pero impongo sus
costumbres a los macedonios! En efecto, veo en muchos
pueblos costumbres que no deberíamos avergonzarnos de
imitar y un imperio tan grande no puede gobernarse más
que por este procedimiento: enseñándoles algo nosotros y
14 aprendiendo algo nosotros de ellos. Y lo que casi era digno
de risa es que Hermolao me pedía renegar de Júpiter que,
15 a través de un oráculo, me reconoce por hijo suyo. ¿Acaso
están también en mi mano las respuestas de los dioses?
Me ofreció el nombre de hijo: aceptarlo no nos impidió
llevar a cabo nuestras hazañas. ¡Ojalá también los indios
me creyeran un dios!, porque las guerras se cimentan so-
bre la fama y también muchas veces lo que se reputó falso
16 desempeñó el papel de verdadero. ¿O acaso pensáis que
ha sido por condescendencia con el lujo por lo que yo he
adornado vuestras armas de oro y plata? A personas acos-
tumbradas a no valorar estos metales por encima de cual-
quier cosa yo he querido mostrarles que los macedonios,
invictos en todo lo demás, tampoco se dejan vencer por
17 el oro. Así pues, lo primero que voy a hacer es sorprender
los ojos de quienes no esperan ver en nosotros más que
sordidez y pobreza y les enseñaré que no hemos venido
por afán de oro y plata sino con la idea de someter el
orbe a nuestro dominio. Esta gloria tú, parricida, la quisis-

te cortar de raíz y entregar los macedonios, una vez quita-
do de en medio su rey, en manos de los pueblos venci-
dos. ¡Y ahora me vienes con el consejo de que perdone 18
a vuestros padres! No convenía —esa es la verdad— que
supierais cuál es mi manera de pensar al respecto, a fin
de que en vuestra muerte la amargura fuera mayor si es
verdad que pensáis en vuestros padres y os preocupáis por
ellos; pero hace tiempo que dejé sin efecto esa tradición [731]
de dar muerte, junto con los culpables, a los parientes y
allegados inocentes, y declaro públicamente que todos ellos
seguirán manteniendo los puestos honoríficos que hasta aho-
ra han tenido. En cuanto a tu Calístenes, al único a quien 19
tú pareces un hombre porque eres un bandido, yo sé muy
bien por qué quieres que comparezca: a fin de que en pre-
sencia de todos éstos recomiencen de nuevo, dichos por
su boca, los insultos que hace poco lanzaste contra mí y
que no hace mucho se los oíste a él. Si fuera macedonio,
le hubiera hecho comparecer contigo, maestro tan digno
de un tal discípulo, pero para uno de Olinto la ley es
distinta» [732].

A continuación disolvió la asamblea y ordenó que los 20
condenados fueran entregados a sus propios compañeros
de cohorte. Éstos, a fin de demostrar su lealtad al rey mos-
trándose inclementes, les dieron muerte después de haberlos
sometido al tormento. También Calístenes pereció en me- 21
dio de la tortura. Era inocente por lo que se refiere al
complot urdido contra la vida del rey, pero se encontraba
desplazado en medio de la vida de la corte y no estaba
hecho a la manera de ser de los aduladores. Por eso nin- 22
gún asesinato provocó entre los griegos más odio contra

[731] Véase VI 11, 20.
[732] Véase nota 703.

Alejandro, porque a un hombre adornado de las mejores virtudes y disposiciones, que incluso le había devuelto el gusto por la vida cuando, tras el asesinato de Clito, Alejandro persistía en dejarse morir, no sólo le había dado muerte sino incluso le había sometido al tormento sin dar-
23 le siquiera la posibilidad de defenderse. Este acto de crueldad fue seguido de un tardío arrepentimiento.

9 Pero con el fin de no dar pábulo al ocio, que se encamina siempre a propalar rumores, Alejandro puso en movimiento el ejército con dirección a la India: la gloria la conseguía más en el campo de batalla que después de la victoria.

2 Casi toda la India está vuelta al Oriente y tiene más
3 extensión a lo largo que a lo ancho. Las zonas expuestas al austro se alzan en una cordillera bastante elevada; las demás son planas y ofrecen, a través de las llanuras, un camino plácido a muchos ríos famosos que tienen su naci-
4 miento en el monte Cáucaso [733]. El Indo [734] es más frío que los otros y arrastra unas aguas de color parecido al
5 de las aguas del mar. El Ganges [735], el más famoso de todos los ríos de Oriente, se desliza por la parte del mediodía y su curso en línea recta costea grandes cordilleras; después, al encontrar una barrera rocosa, declina su mar-
6 cha hacia Oriente. Ambos ríos desembocan en el mar Ro-

[733] El Cáucaso indio (= Indukush). Véase nota 195.

[734] El Indo (= Sind) nace en la meseta del Tibet, en los montes Gangri y, tras recorrer 2.500 km., desemboca en el Océano Índico.

[735] El mayor río de la India. Nace en el Emodris (= Himalaya). Divide la India septentrional en dos partes y desemboca en el *Gangeticus sinus* (= golfo de Bengala). Los antiguos diferían extraordinariamente en cuanto al número de sus bocas o desembocaduras: una, según ESTRABÓN; tres, según SERVIO; siete, según MELA y nueve, según SÉNECA.

jo [736]. El Indo roe sus propias riberas y arrastra gran cantidad de tierra y numerosos árboles, viéndose rechazado por las rocas en las que rebota una y otra vez; cuando 7
encuentra un terreno más blando forma marismas e islotes. Su caudal se ve aumentado con el del Acesines [737]. El Ganges lo intercepta cuando va a desembocar en el mar; ambos ríos entrechocan en medio de una gran conmoción, ya que el Ganges no deja a su afluente más que una desembocadura encrespada, pero no por ello ceden las aguas repelidas. El Diardines [738] no es tan conocido, porque se desliza 9
por la extremidad de la India; por lo demás, no sólo surcan sus aguas cocodrilos, como en el Nilo, sino también delfines y animales desconocidos de otros pueblos. Las aguas 10
del Etimanto [739] que, formando continuos recodos, serpentea una y otra vez, son aprovechadas por los indígenas para sus riegos; debido a ello la ligera cantidad de agua que queda desemboca en el mar sin recibir ya ningún nombre. Aparte de éstos, toda la región está surcada por gran can- 11
tidad de ríos [740], pero desconocidos, porque su curso, enmarcado por el de aquellos dos, recorre tierras no frecuentadas. Por lo demás, la zona próxima al mar está toda 12
ella abrasada por el aquilón [741]; éste, detenido por la cadena de montañas, no penetra en la zona interior, por lo que ésta presenta una climatología benigna, apta para el desarrollo de las cosechas; pero en aquel país la estructura 13

[736] Aquí, el océano Índico. (Véase nota 41).

[737] El moderno Chinâb.

[738] Para algunos comentaristas su identificación es imposible. Otros lo identifican con el Brahmaputra.

[739] De imposible identificación.

[740] SÉNECA, como puede verse en PLINIO EL VIEJO, VI 17 (21), daba la cifra de 160 ríos.

[741] El monzón.

del mundo de tal manera cambia el curso prefijado de las
estaciones, que cuando otras regiones se inflaman por el
ardor del sol, la nieve cubre la India y al revés, cuando
las demás están heladas, allí se da un calor insoportable;
y no hay ninguna causa que explique este cambio de la
14 naturaleza. Lo cierto es que el mar que baña sus costas
no se diferencia gran cosa en cuanto al color de los otros
mares; recibe su nombre del rey Eritro y por eso las gentes
poco cultas piensan que sus aguas tienen color rojo [742].
La tierra produce abundante lino, que la mayor parte de
15 los habitantes aprovechan para sus vestidos. Las cortezas
de los árboles son tiernas, parecidas al papiro, y sirven para
16 escribir. Hay pájaros a los que se les puede enseñar a imitar
la voz humana [743], animales desconocidos en otras regio-
nes a no ser que se importen [744]. También se encuentran
17 en esta tierra rinocerontes, aunque no nacen en ella. Los
elefantes de la India tienen más fuerza que los que se sue-
len domesticar en África y la fuerza está en consonancia
18 con su mole. Los ríos, que se deslizan suave y lentamente,
19 arrastran pepitas de oro. El mar vierte en sus costas perlas
y piedras preciosas y aquí reside la principal fuente de ri-

[742] Plinio el Viejo, VI 28 (107), dice que llaman mar Eritro (de *erythrós* = 'rojo') al que los latinos llaman *Rubrum* (véase nota 41) y da cuatro interpretaciones de tal nombre: o procede del rey Eritro, o del color de sus propias aguas, o porque lo adquieren éstas al ser bañadas por el sol o es debido al color de la tierra y de la arena. Arriano, *Indica* XXXVII 3, ofrece como justificación de tal nombre la ofrecida en primer lugar por Plinio, que es, como vemos, la seguida por Curcio.

[743] Los papagayos. Una descripción de este pájaro que, traído de la India, causaba sensación en Roma, puede verse en Plinio el Viejo, X 42 (116), y otra, amplia y preciosista, abarcando sus características físicas y sus habilidades, en Apuleyo, *Florida* XII.

[744] La frase «animales... importen» es considerada por Bardon como apócrifa, frente al parecer de otros editores que la consideran auténtica.

queza del país, sobre todo desde que generalizaron el co-
mercio de tales vicios entre los pueblos extranjeros: en efec-
to, las escorias dejadas por el mar, al bajar la marea, han
sido valoradas en relación con el precio marcado por el
placer. Entre ellos, como en cualquier otro sitio, el carác- 20
ter de los habitantes depende de las condiciones geográfi-
cas. Cubren su cuerpo, hasta los pies, con un manto de 21
fino lino; llevan sandalias en los pies y un velo en la cabe-
za; penden de sus orejas piedras preciosas; aquellos que
sobresalen entre sus conciudadanos por su nobleza o su
situación económica llevan adornos de oro incluso en sus
brazos y antebrazos. En cuanto al cabello, más que cortar- 22
lo, lo que hacen es peinarlo y la barba no la cortan nunca
pero el resto del rostro lo llevan alisado, como pulimenta-
do.

El lujo de sus reyes, que ellos mismos denominan mag- 23
nificencia, sobrepasa las corrupciones de todos los pueblos.
Cuando el rey consiente en dejarse ver en público, sus cria-
dos transportan unos turíbulos de plata y saturan de perfu-
mes todo el trayecto que ha decidido recorrer. Va reclinado 24
en una litera de oro de la que penden, todo alrededor,
piedras preciosas; sus vestiduras, de fino lino, están borda-
das en oro y púrpura y su litera va seguida de hombres
armados y guardias de corps. En medio de ellos van, po- 25
sados sobre unos ramos, unos pájaros a los que les han
enseñado a ahuyentar, con su canto, las preocupaciones.
El palacio real tiene columnas doradas recorridas en toda 26
su extensión por unos pámpanos cincelados en oro; unas
figuras en plata, que representan pájaros —animales en
cuya contemplación tanto se deleitan— aparecen entreve-
radas a lo largo de la orfebrería. El palacio está abierto 27
a los visitantes mientras el rey peina y adorna sus cabellos;
mientras lo hace, da respuesta a las embajadas y dicta dis-

posiciones a su pueblo; cuando le quitan las sandalias, le
28 ungen los pies con perfumes. Durante las cacerías, su ma-
yor esfuerzo consiste en alancear, en medio de las súplicas
y de los cantos de sus concubinas, a los animales, encerra-
dos en los cotos. Sus venablos miden dos codos [745], y los
lanzan con más fuerza que eficacia, ya que el venablo, cu-
ya fuerza consiste, toda ella, en la ligereza, lo recargan
con un peso inútil.

29 Si el camino a recorrer es corto, el rey lo hace a caba-
llo; cuando el itinerario es más largo, tiran del carro unos
elefantes y recubren con oro toda la ingente mole de estos
animales; y para que no falte nada a esta depravación de
costumbres, va detrás la larga fila de las concubinas en
sus literas de oro; se trata de una comitiva distinta de la
que acompaña a la reina, pero de igual lujo.

30 Los banquetes los preparan las mujeres y ellas mismas
sirven el vino, que todos los indios beben en cantidad.
Cuando el rey se encuentra amodorrado por el vino y el
sueño, las concubinas lo llevan a su aposento mientras en-
tonan una canción patriótica invocando a los dioses de las
noches.

31 ¿Quién creería que, en medio de tal corrupción, se preo-
cupan de la sabiduría? Hay una casta agreste y ruda de
32 hombres a los que llaman «Sabios» [746]. Entre ellos es un
timbre de gloria adelantarse a la fecha marcada por el des-
tino e invitan a hacerse quemar vivos a aquellos que o arras-
tran una vida sin energía o una salud quebrantada. Una

[745] Cerca de un metro. Véase, en este mismo libro, 14, 18-9.

[746] Algunos comentaristas (por ejemplo, BARDON, BARALDI, GIACONE) los identifican con los faquires, mientras que otros piensan mejor en los gimnosofistas, secta parecida a los modernos yogi. (Sobre los gimnosofistas véase APULEYO, *Florida* VI, donde se describen minuciosamente sus costumbres, habilidades y virtudes).

muerte que llega después de mucho esperarla la consideran
como el oprobio de una vida y no rinden ningún tipo de
honor a los que mueren de viejos: piensan que el fuego se
mancilla si no se aplica a seres vivos [747]. Se considera que 33
aquellos que en las ciudades llevan una vida normal y co-
rriente saben leer el curso de los astros y predecir el porve-
nir [748], y piensan que todo aquel que puede mirar cara a
cara, sin inmutarse, a la muerte, no por ello adelanta la
fecha de la misma. Consideran como dioses todo aquello 34
que cultivan, muy especialmente los árboles, y profanarlos
es castigado con la pena capital. Dividen los meses en 35
períodos de 15 días, pero se conserva la extensión del año
sin ninguna mengua [749]. Fijan el tiempo de acuerdo con 36
los cambios de la luna pero no, como hace la mayoría,
tomando como punto de partida el momento en que ha
redondeado su disco sino cuando comienza a encorvarse
en forma de arco [750]; por eso tienen los meses más cortos,
porque su duración está regulada por las fases de la luna.
Otras muchas curiosidades se cuentan de la India, pero no 37
nos ha parecido oportuno ponernos a contarlas deteniendo
la exposición de los hechos.

[747] BARDON dice en nota: «El fuego está, en efecto, consagrado a Siva. Por otro lado, es mediante el fuego como el indio se comunica con los dioses y con sus antepasados».

[748] Se interpreta que aquí habla Curcio de los brahmanes, que, como se dice en el texto, viven en las ciudades, a diferencia de los otros «Sabios» que viven en los bosques. Los brahmanes constituían la clase más elevada de la sociedad india.

[749] Es decir, no es que tuvieran meses de 15 días sino que dividían el mes en dos partes. El año indio era solar (de 365 días).

[750] Esto es, no calculaban el mes de plenilunio a plenilunio sino que dentro del mes distinguían dos partes, de un cuarto de luna a otro, con lo que el mes quedaba dividido en dos períodos.

10 Así pues, al entrar Alejandro en los territorios de la
India [751], le salieron al encuentro los reyezuelos de aque-
llos pueblos, dispuestos a someterse y recordando que lle-
gaba hasta ellos el tercer vástago de Júpiter: al Padre Lí-
ber y a Hércules los habían conocido de oídas, pero él,
Alejandro, estaba allí mismo, presente, y lo podían con-
2 templar. El rey los acogió con afabilidad y los invitó a for-
mar parte de su comitiva con la intención de que le sirvie-
ran de guías. Pero, como no se presentara ya nadie más,
envió por delante a Hefestión y a Perdicas con parte de
las tropas a someter a aquellos que habían rechazado la
sumisión, con la orden de avanzar hasta el río Indo y cons-
truir embarcaciones para transportar al otro lado al ejérci-
3 to. Aquéllos, como eran muchos los ríos que tenían que
atravesar, de tal manera ensamblaron las embarcaciones
que, una vez desmontadas, sus piezas pudieran ser trans-
4 portadas en carros y volverlas a armar después. A Crátero
le ordenó que le siguiera con la falange [752] y él por su
parte avanzó llevando consigo la caballería y las tropas
armadas a la ligera; a los que le hicieron frente, después
de entablar con ellos un ligero combate, los empujó a la
ciudad más próxima.
5 Ya para entonces se le había unido Crátero y así, para
infundir desde el principio el terror en un pueblo que no
había experimentado todavía lo que eran las armas mace-
donias, dio orden de que no se perdonara a nadie una vez

[751] Curcio no dice nada de la marcha de Alejandro y de sus tropas desde Bactras hasta la India (véase ARRIANO, IV 22, 3 sigs.). La marcha se emprendió a finales de la primavera del año 327, dejando en la Bactriana 3.500 jinetes y 10.000 infantes a las órdenes de Amintas, entre cuya tropa surgió más adelante una sedición de la que precisamente Curcio habla en IX 7, 1 sigs.

[752] Una vez mas, «falange» está por «infantería».

que se hubieran incendiado las defensas de la ciudad sitia-
da. Ahora bien, mientras cabalgaba en torno a las mura- 6
llas, fue herido por una flecha; eso no fue obstáculo para
apoderarse de la ciudad y, una vez pasados por las armas
todos los habitantes, incluso las casas fueron víctimas de
su cólera.
Partiendo de allí, sometió a un pueblo desconocido, y 7
después llegó a la ciudad de Nisa [753]. Dio la casualidad
de que, teniendo montado el campamento delante de las
mismas murallas de la ciudad en un paraje boscoso, un
frío más intenso que de ordinario se echó sobre la tropa
y el encender fogatas se consideró el remedio más apropia-
do. Así, talaron árboles y les pegaron fuego; las llamas, 8
alimentadas por los troncos, prendieron en los monumen-
tos sepulcrales de la ciudad, monumentos construidos en
viejo cedro; el fuego se propagó ampliamente hasta que
todo quedó aplanado a ras de tierra. Procedentes de la 9
ciudad lo primero que se oyó fueron los ladridos de los
perros, y después, también los gritos de los habitantes. En-
tonces los sitiados cayeron en la cuenta de que el enemigo
estaba allí y los macedonios de que habían llegado a las
puertas de la ciudad. Y ya el rey había hecho salir a sus 10
tropas y ponía cerco a las murallas, cuando aquellos ene-
migos que habían intentado presentar combate se encontra-
ron acribillados a flechazos. Unos, pues, eran partidarios
de la rendición; otros de tentar la suerte de un enfrenta-

[753] Como dice PLINIO EL VIEJO, VI 2 (23), la ciudad de Nisa, así como el monte Meros, consagrado al Padre Líber, muchos la adscribían a la India (véase el párrafo 12 de este mismo capítulo). Nisa era una de las ninfas que, sobre el monte del mismo nombre, habían criado a Dioniso cuando era niño. A veces se la identifica con una hija de Aristeo. Dioniso habría fundado una ciudad en su honor. Sus habitantes, de origen iraní, podían adorar como Padre Líber al Dioniso de los occidentales.

miento armado. El rey, al descubrir su indecisión, ordenó
que sus tropas se limitaran a asediarlos sin pasarlos por
las armas y, por fin, los habitantes de la plaza, agotados
por las penalidades del asedio, se rindieron.

11 Ellos sostenían que su ciudad había sido fundada
por el Padre Líber y la creencia en este origen era correc-
12 ta [754]. La ciudad está situada al pie de la montaña que los
habitantes llaman «Meros», de donde los griegos tomaron
pie para la fábula de que el Padre Líber había estado es-
13 condido en el muslo de Júpiter [755]. El rey, tras conocer por
los indígenas la situación de la montaña, envió por delante
el avituallamiento y él ascendió detrás con todo el ejército
a la cima del monte. Gran cantidad de hiedra y de vid [756]
crece a todo lo largo y ancho del monte y hay en él abun-
14 dantes fuentes de agua perenne. Se dan también frutas muy
variadas de zumo saludable: la misma tierra espontánea-
mente hace germinar las semillas esparcidas al azar. Sobre
aquella superficie rocosa se da en abundancia el laurel y
las bayas [757], y crece en ella un exuberante arbolado agres-

[754] Véase la nota anterior.

[755] Griego *merós* = 'muslo'. Dioniso (= Baco) sería hijo de Zeus y de Semele. Habiendo hecho su padre una exhibición de poder para complacer a su esposa, encinta de seis meses, ésta no pudo soportar la visión de su esposo resplandeciente de rayos, cayendo fulminada. Zeus le arrancó el hijo que llevaba en su seno y lo cosió a su muslo hasta que cumplió los nueve meses. Después el niño fue encomendado a las Niseidas, las ninfas del valle de Nisa, cuyo emplazamiento, colocado al principio en Beocia, fue después fijado en Tracia, en Arabia y en la India.

[756] Se trata de dos plantas consagradas a Dioniso. Las similitudes que indudablemente se daban entre el dios Siva con su culto y el dios griego Dioniso y el suyo se explicarían, según los griegos, debido al viaje realizado por éste a la India.

[757] Algunos editores modernos (así, Giacone) siguen la interpretación de Heinsius, quien propuso la lectura «boccarisque» en vez de «bacaeque

te. Yo estoy plenamente convencido de que no fue una 15
inspiración divina sino el mismo espíritu retozón el que
movió a los soldados a arrancar de aquí y de allí ramas
de hiedra y hojas de vid y, coronados de follaje, vagar
de un lado para otro a lo largo de todo el bosque, como
si fueran bacantes [758]. La cima de la montaña y las colinas 16
resonaban, pues, con las voces de tantos miles de soldados
rindiendo culto al dios que preside aquel bosque, al exten-
derse en un momento a todos, como suele suceder normal-
mente, el desenfreno surgido en unos pocos. Por eso, 17
como si estuvieran en plena paz, yacían tumbados sobre
la hierba y lechos de follaje y el rey, mostrándose compla-
ciente ante aquella imprevista alegría, les otorgó con es-
plendidez todo lo necesario para la celebración de un ban-
quete y consintió en que el ejército se dedicara al culto
del Padre Líber durante diez días.

¿Quién negaría que incluso la gloria más excelsa es más 18
veces producto del azar que del valor? En efecto, ni siquie-
ra en medio del banquete, ni encontrándose amodorrados
por el vino, sus enemigos se atrevieron a atacarlos, aterro-
rizados como se encontraban por su griterío de bacantes
y sus aullidos tanto como lo podían estar si hubieran escu-
chado sus gritos de guerra. La misma buena estrella los

et» de los manuscritos. La bácara o bácaris era una planta de raíz odorífera de la que se extraía un aceite perfumado; según algunos, se trataba de la «ualeriana celtica»; según otros, del elicriso o «digitalis purpurea». (Véase Virgilio, *Bucólicas* IV 19).

[758] Las bacantes o ménades son ninfas dionisíacas, siervas y compañeras de Dioniso, que se dedicaban al trabajo de la vendimia, a menudo en compañía de Silenos. Animadas por el espíritu del dios, se entregaban a carreras desordenadas, lanzaban gritos y se acompañaban del repicar de sus crótalos, no parando de danzar, coronadas de hiedra o de hojas de vid.

protegió a su vuelta del Océano, enfrascados en borracheras y comilonas a la vista del enemigo [759].

19 Desde aquí llegaron a la región denominada «Dedala» [760]. Los habitantes habían abandonado sus moradas y habían buscado refugio en los montes inaccesibles y cubiertos de bosques. Así pues, pasó a Acadira [761], que había sido igualmente incendiada y abandonada por sus habitan-
20 tes en su huida. En vista de ello, movido por la necesidad, cambió Alejandro de táctica de guerra: dividió sus tropas e hizo una demostración de fuerza en varios sitios al mismo tiempo; abrumados allí donde no habían esperado el ataque del enemigo, los habitantes de la región fueron so-
21 metidos después de sufrir todo tipo de desastres. Ptolomeo se apoderó de un número extraordinario de ciudades, Alejandro de las más grandes y de nuevo volvió a reunir las
22 tropas que había distribuido en grupos. Después, tras atravesar el río Coaspes [762], dejó a Ceno sitiando una opulenta ciudad llamada «Beira» [763] por los habitantes de la región y él, por su parte, llegó a Mazagas [764]. Había muerto hacía poco Asacano [765], su rey, y al frente de la región
23 y de la ciudad se encontraba su madre Cleofis; 38.000 soldados de infantería [766] protegían una ciudad fortificada no

[759] Véase IX 10, 24 sigs.

[760] Región difícilmente identificable, tal vez en el territorio de los aspasianos. JUSTINO, XII 7, 9, habla de «montes Daedalos».

[761] Ciudad inidentificable. ARRIANO, IV 23, 5, la llama «Ándaca».

[762] Los comentaristas discrepan sobre su identificación: según BARDON, por ejemplo, se trata del Kounar; según GIACONE, del Attock.

[763] ARRIANO, IV 27, 5, la llama Bázira y, aunque hay comentaristas que la identifican con Birkot, para otros la identificación no es tan segura.

[764] ARRIANO, IV 26, 1, la llama Másaga, situada en la desembocadura del Cabul en el Indo.

[765] Príncipe de los asacanos. (Véase nota 782, final).

[766] Según ARRIANO, IV 25, 5, los asacanos se habían preparado para la guerra con unos 2.000 jinetes, más de 30.000 infantes y 30 elefantes.

sólo por su situación geográfica sino también por obra humana. En efecto, en la parte que mira al Oriente está ceñida por un río en torrentera que, al tener ambas orillas cortadas a pico, impide el acceso a la ciudad. A oeste y al 24
mediodía, como aposta, la naturaleza ha amontonado un frente de rocas altísimas, al pie de las cuales se extienden unas cavernas y unas simas excavadas en profundidad por el paso del tiempo, y en donde éstas se acaban se alza el obstáculo de una fosa ingente. La ciudad se encuentra 25
abrazada por una muralla de 35 estadios [767] cuya parte inferior está construida de piedra y la superior de ladrillo crudo; los ladrillos se encuentran trabados mediante unas piedras interpuestas entre ellos a fin de que la materia más endeble quede apoyada sobre la más dura y también mediante arcilla disuelta en agua. Pero a fin de que no se 26
viniera abajo toda la obra habían sido empotradas unas robustas vigas sobre las que se había extendido un entablado que, al mismo tiempo que cubría la muralla, permitía que se pudiera pasear por encima de ella.

Mientras Alejandro contemplaba estas defensas, inde- 27
ciso ante qué partido tomar, ya que no podía rellenar las cavidades a no ser mediante un terraplén ni podía de otro modo acercar las máquinas de guerra a la muralla, un enemigo desde lo alto de la misma le hirió con una flecha. El arma vino a clavarse casualmente en la pantorrilla; 28
extraída la punta, se hizo traer su caballo y cabalgando así, sin siquiera vendarse la herida, seguía con igual ardor su actividad. Pero como la pierna dañada la llevaba col- 29
gando y la sangre, al secarse, enfriara la herida y agravara el dolor, se dice que comentó que los demás podían muy bien llamarle hijo de Júpiter pero que no por ello dejaba

[767] Cercas de 6 km. y medio.

30 de sentir las debilidades de un cuerpo doliente [768]. Pero no se retiró al campamento hasta tanto que no hubo inspeccionado todo y hasta que no dio órdenes sobre lo que quería que se hiciera. Y así, tal como lo había ordenado, unos se dedicaban a demoler las casas del extrarradio, con lo que obtenían una gran cantidad de material para la construcción del terraplén; otros arrojaban a las cavidades troncos y ramas de árboles corpulentos así como grandes blo-
31 ques de piedra. Ya el terraplén había igualado la cima de la tierra firme y se erigían las torres en un trabajo que con el ardor extraordinario puesto por los soldados fue terminado en el plazo de nueve días. El rey, sin esperar a que cicatrizara la herida, salió a contemplar las obras; tras alabar a los soldados, dio orden de avanzar las máquinas de guerra desde las que cayó sobre los defensores toda
32 una lluvia de proyectiles. Desconocedores como eran los sitiados de tales ingenios bélicos, lo que más les aterraba eran las torres móviles, y, al no divisar ninguna fuerza que ayudara a moles tan gigantescas [769], creían que eran movi-

[768] Se ha puesto de relieve (por ejemplo, BARALDI) que también SÉNECA, *Cartas* LIX 12, cuenta esta anécdota y con expresiones muy similares a las de Curcio. En efecto, Curcio dice: *Ceterum, cum crus saucium penderet, et cruore siccato frigescens uulnus adgrauaret dolorem, dixisse fertur se quidem Iouis filium dici, sed corporis aegri uitia sentire;* y Séneca, por su parte: *Deinde, cum represso sanguine sicci uulneris dolor cresceret et crus suspensum equo paulatim obtorpuisset, coactus absistere, «omnes», inquit, «iurant esse me Iouis filium, sed uulnus hoc hominem esse me clamat,* esto es: «Luego, como fuese que, cortada la hemorragia, aumentara el dolor de la herida restañada y poco a poco se le hubiera quedado inerte la pierna que colgaba de la montura, forzado a retirarse, exclamó: 'Todo el mundo jura que soy hijo de Júpiter: pero esta herida proclama que soy un hombre'».

[769] En realidad, eran movidas por soldados desde el interior de las mismas y desde el lado posterior.

das por intervención divina. También los «dardos murales» y los pesados proyectiles arrojados por las máquinas les parecían que no eran cosas de hombres. Y así, desesperan- 33
do de poder defender la ciudad, se retiraron a la ciudadela y desde allí, puesto que, cercados como estaban, sólo les quedaba el recurso de la rendición, descendieron unos legados con la misión de solicitar el perdón del rey. Obteni- 34
do éste, llegó la reina acompañada de un séquito de mujeres nobles que ofrecían, en libación, vino en páteras de oro. La reina acercó su hijo pequeño a las rodillas del rey 35
y obtuvo no sólo el perdón sino también los honores de su primitiva fortuna: en efecto, obtuvo el título de reina y hubo quien creyó que en todo ello su propia belleza tuvo más peso que la compasión del rey [770]. Sea como sea, lo 36
cierto es que después tuvo un hijo y, fuera quien fuera su padre, fue llamado «Alejandro».

Poliperconte, enviado desde allí con un ejército a la 11
ciudad de Ora [771], derrotó en un combate a sus habitantes que presentaron batalla sin montar la formación; obligados a refugiarse tras las murallas, salió en su persecución y sometió la ciudad. Pasaron a poder del rey muchas pla- 2
zas desconocidas, abandonadas por sus moradores. Éstos, armados, se atrincheraron en un macizo rocoso denominado «Aornis» [772]. La tradición contaba que Hércules había

[770] JUSTINO, XII 7, 9-10, lo dice taxativamente: «Habiéndose entregado a él, con su entrega amorosa recuperó de manos de Alejandro su trono, consiguiendo con sus encantos lo que no había podido con las armas; tuvo del rey un hijo al que llamó «Alejandro» que después obtuvo el reino de los indios».

[771] Posiblemente, cerca de Udegram.

[772] La forma misma de este nombre ha dado lugar a diversas interpretaciones entre los editores: unos (entre ellos BARDON), tras las huellas

puesto cerco a esta roca en vano y que, obligado por un terremoto, se había visto en la necesidad de abandonar la
3 empresa [773]. Alejandro se encontraba sin saber qué decisión tomar porque la roca se presentaba abrupta y cortada a pico por todas partes, cuando compareció ante él un anciano, conocedor del lugar, en compañía de dos hijos, prometiéndole que, si le otorgaban una recompensa, les mos-
4 traría un acceso. Alejandro se comprometió a darle 80 talentos y, reteniendo a uno de los dos jóvenes como rehén, despachó al padre a llevar a cabo su ofrecimiento.

5 Fue designado como jefe del destacamento de tropas armadas a la ligera Mulino [774], secretario del rey. El plan consistía en que éstos, tras un rodeo para despistar al ene-
6 migo, ascendieran a lo alto de la roca. Ésta no se alza hacia su elevada cima, como la mayor parte de las otras, mediante desniveles poco pronunciados y suaves, sino que se

de VOGEL, se inclinan por «*Aornin*»; otros, tras las de FROBEN, por «*Aornum*». ARRIANO, IV 28, 1, y DIODORO, XVII 85, 1, lo llaman «Aorno». Todas estas formas serían adaptaciones del sánscrito «Avarana». En cuanto a su identificación, se ha pensado en Pirsar, más arriba de Amb (Ecbolima).

[773] JUSTINO, XII 7, 12, da la misma razón; DIODORO, XVII 85, 2, aparte del terremoto nos da «otras señales divinas». Es interesante la postura de ARRIANO, IV 28, 1 sigs.: se hace eco de la leyenda, pero, tras dudar de si se trataría del Hércules tebano, el tirio o el egipcio quien llegaría a la India, expresa su opinión personal de que todo no sería más que una invención para poner de relieve la dificultad de tal empresa (la roca tendría, según información del mismo historiador, un perímetro de 200 estadios, es decir, unos 37 km., y una altura, tomándola desde su punto más bajo, de 11 estadios, esto es, unos 2 km.). De todas formas, del Hércules griego no se tiene noticia de un fracaso de este tipo, por lo que habrá que identificarlo con un dios indio.

[774] Esta es la lectura de los manuscritos seguida por BARDON y GIACONE, entre los editores modernos; otros siguen la propuesta por HEDICKE, «Myllinas», otros, «Mylleas». En cuanto a su identificación, tal vez se trate de un noble macedonio, hijo de Asandras.

erige como un espigón; su base, espaciosa, se va estrechando conforme gana altura y su cima se levanta como una aguda punta. A sus pies se desliza el Indo, muy profundo 7
y con ambas orillas escarpadas; a sus espaldas se extienden hondonadas y simas cortadas a pico y no había otro camino para apoderarse de la roca que terraplenar aquellos abismos.

Había a mano un bosque que el rey mandó talar de 8
tal manera que se abatieran los troncos desnudos, ya que las ramas, revestidas de follaje, podían obstaculizar su transporte. Alejandro en persona fue el primero en abatir el tronco de un árbol; siguió un grito del ejército, prueba de entusiasmo, no desechando nadie un trabajo que el mismo rey se había adelantado a realizar. Antes de siete días 9
habían terraplenado las hondonadas y el rey ordenó a los arqueros y a los agrianos intentar el acceso por las escarpaduras; de su propia cohorte eligió los 30 jóvenes más resueltos y les dio como jefes a Caro y Alejandro [775], a 10
quien el rey recordó que tenía el mismo nombre que él.

Al principio, dado que el peligro era tan evidente, pareció lo más acertado que el rey no se expusiera a arrostrarlo en persona; pero, tan pronto como la trompeta dio 11
la señal, Alejandro, hombre como era de resuelta audacia, volviéndose a sus guardias de corps, les ordenó que le siguieran y se lanzó el primero hacia la roca. Después ningún macedonio se quedó mano sobre mano sino que, abandonando sus puestos, por propia iniciativa salieron en pos del rey. Digna de lástima fue la suerte corrida por muchos 12
que, caídos desde los riscos cortados a pico, fueron tragados por el río que corría al pie de la roca, lúgubre espectáculo incluso para quien no corriera ningún riesgo; al verse

[775] Personajes inidentificables.

avisados por la desgracia ajena sobre qué era lo que debían temer, su compasión se tornaba en miedo y lloraban
13 no a los muertos sino a sí mismos. Habían llegado ya a una situación en la que no podían volver atrás sin descalabro a no ser como vencedores, al arrojar los bárbaros sobre los que iban ascendiendo enormes peñascos: golpeados por ellos en su ascensión inestable y resbaladiza, venían a caer al abismo.

14 Pero Alejandro y Caro [776] habían conseguido subir y habían iniciado un combate cuerpo a cuerpo con el enemigo, mas, al disparar sus flechas los bárbaros de arriba a abajo, aquéllos recibían más heridas que las que ocasiona-
15 ban. Así pues, Alejandro, acordándose tanto de su nombre como de su promesa, al luchar con más ardor que cau-
16 tela, cayó acribillado por todas partes. Caro, en cuanto lo vio tendido, sin acordarse de nada más que de la venganza, arremetió contra el enemigo, dando muerte a muchos con su lanza y a algunos con su espada; pero, al ser tantas las manos enarboladas contra él, cayó sin vida sobre el cadáver de su amigo [777].

17 El rey, conmovido como era natural por la muerte de estos intrépidos jóvenes y la de los otros soldados, dio la
18 señal de retirada. Su salvación se debió a que se retiraron lentamente y sin dejarse llevar por el pánico ya que los bárbaros, contentándose con haber repelido al enemigo, no los persiguieron en su repliegue.

[776] BARDON interpreta que la frase que aparece en el texto, «*quos cum XXX delectis praemiserat rex*», 'a los que el rey había enviado por delante con 30 escogidos', es espuria, aunque son numerosos los editores modernos que la consideran auténtica.

[777] He aquí otro pasaje que recuerda extraordinariamente el episodio de los amigos Niso y Euríalo del libro IX de la *Eneida*. Véase la nota 609.

Por lo demás Alejandro, a pesar de que había decidido 19
desistir de su empeño, ya que no se presentaba ninguna esperanza de apoderarse de la roca, sin embargo guardó las apariencias de que perseveraba en el asedio: en efecto, dio orden de bloquear los caminos, de adelantar las torres y de reemplazar las tropas fatigadas por otras de refresco.
Al darse cuenta los indios de su obstinación, se pasaron 20
dos días y dos noches entregados a los banquetes, haciendo ostentación no sólo de su confianza en sí mismos sino dando también muestras de victoria, mientras tocaban los
timbales según costumbre nacional. Pero he aquí que a la 21
tercera noche se dejó de oír el estrépito de los tambores mientras, en cambio, resplandecían de un lado a otro de la roca las antorchas encendidas por los bárbaros a fin de que la huida les fuera más segura cuando escaparan corriendo, en la oscuridad de la noche, a través de los peñascos impracticables.

El rey envió a Bálacro [778] a inspeccionar y éste regresó 22
con la noticia de que los indios habían huido y que la roca estaba desierta; entonces, dando la señal de que todos gritaran a una, llenó de espanto al enemigo que huía desor-
denadamente; fueron muchos los que, como si el enemigo 23
les pisara los talones, precipitándose por entre las rocas resbaladizas y los peñascos impracticables, perecieron y más aún los que, heridos en alguna parte de su cuerpo, fueron
abandonados por sus compañeros ilesos. El rey, vencedor 24
más bien del lugar que del enemigo, quiso sin embargo hacer creer, mediante sacrificios y actos de culto a los dioses, que habían conseguido una gran victoria y fueron levantados, sobre la roca, unos altares a Minerva Victoria.

[778] Los comentaristas lo identifican con el personaje del que Curcio habló en IV 5, 13 y 13, 28.

25 Los guías a los que la infantería había seguido, dando cumplimiento a órdenes del rey, recibieron lealmente lo convenido, aunque su prestación había estado por debajo de sus propias promesas. La tutela de la roca y de la región aneja a ella fue encomendada a Sisocosto [779].

12 Desde allí avanzó hacia Ecbolima [780], y como se hubiera enterado de que un desfiladero por donde tenía que pasar estaba bloquedado por un tal Erice [781] con 20.000 hombres armados, puso en manos de Ceno la parte más pesada de su ejército para que la hiciera avanzar en pequeñas
2 etapas. Él por su parte, poniéndose a la cabeza de los honderos y arqueros, hizo huir a los que bloqueaban el desfiladero y dejó el camino expedito a sus tropas que venían
3 detrás. Los indios, bien sea movidos por el odio a su propio jefe o con la intención de ganarse el agradecimiento del rey vencedor, atacaron a Erice en su huida, le dieron muerte y llevaron su cabeza, junto con sus armas, a Alejandro. Éste concedió a aquel acto la impunidad pero se negó a recompesar semejante ejemplo.
4 Desde aquí, en 16 etapas, llegó al río Indo y se encontró con que Hefestión, tal como se le había ordenado, tenía
5 todo dispuesto para la travesía. Reinaba en aquella región

[779] Arriano, IV 30, 4, lo llama «Sisicoto» y de él dice que, después de desertar de los indios, se había unido al bando de Beso en Bactras, terminando como gobernador de la Bactriana a las órdenes de Alejandro a quien guardó estrecha fidelidad.

[780] Arriano, IV 28, 7, la llama «Embolima» y, aunque el mismo historiador dice que estaba cerca de la roca Aornis, su localización es dudosa.

[781] Según Diodoro, XVII 86, 2, se llamaba Afriques y, junto con los 20.000 soldados, tenía 15 elefantes, aunque nada dice de que bloqueara el paso del ejército macedonio.

Onfis [782], que ya con anterioridad había aconsejado a su padre que entregara el reino a Alejandro y, después de la muerte de aquél, había enviado legados al rey para consultarle sobre si deseaba que reinara interinamente o si debía esperar su llegada como un simple particular. A pesar de 6
que se le dio permiso para seguir reinando, sin embargo no osó hacer uso del derecho concedido. Había acogido con afabilidad a Hefestión, dándole gratuitamente trigo para sus tropas, pero, sin embargo, no le había salido al encuentro a fin de no acogerse a la lealtad de nadie sino a la del propio rey. Así pues, cuando vino Alejandro salió a 7
su encuentro con su ejército en armas; formaban también parte del séquito unos elefantes que, dejando un pequeño espacio entre sí, entremezclados con la formación de los soldados, desde lejos daban la impresión de fortalezas. Al principio Alejandro creía que lo que se iba acercando 8

[782] Diodoro, XVII 86, 3 sigs., lo llama Mofis. Era hijo de Taxiles. «Taxiles» era el título oficial del rey de la ciudad de Taxila, situada entre el Indo y el Hidaspes. Alejandro, según Diodoro, no sólo le devolvió el reino sino que le consideró su amigo y le dio el nombre de «Taxiles» (a lo que alude también Curcio en este mismo capítulo, párrafo 14). «Taxiles» directamente lo llama Plutarco, *Alej.* LIX 1, y de su reino dice que era tan grande como Egipto, todo él cubierto de prados y campos extraordinariamente fértiles. Estrabón, XV 1, 28, dice que incluso era mayor que Egipto. En cuanto a la ciudad de Taxila, según Giacone en nota a este pasaje, era importante en la vida espiritual de la antigua India: según la tradición había sido visitada por el Bodhisatta (el Buda de las encarnaciones precedentes). Su emplazamiento ha sido identificado con las ruinas de Shahki-dheri, entre Hassan Abdal y Rawal Pindi. Plinio el Viejo, VI 17, dice que distaba del Hidaspes 190 millas romanas, esto es, cerca de 180 km. Por lo que se refiere a la costumbre entre los pueblos indios de que el rey tomara el nombre de su pueblo («Texiles», rey de Taxila), Curcio presenta testimonios en diversos pasajes: «Asacano» rey de los asacanos (10, 22 de este mismo libro); «Abisares», rey de los abisaras (párrafo 13 de este mismo capítulo); «Poro», rey de la dinastía de los Puru (de Poro se va a hablar inmediatamente en el texto).

no era un aliado sino un enemigo, y, disponiéndose por su parte al combate, dio orden a sus tropas de tomar las armas y a los jinetes de retirarse a los flancos. Pero el indio, al darse cuenta del error de los macedonios, ordenó detenerse a sus acompañantes y, por su parte, picó espuelas a su caballo. Lo mismo hizo Alejandro, confiando, por lo que se refería a su seguridad, en su propio valor o en la lealtad del otro, según fuera enemigo o amigo el que
9 corría a su encuentro. Se encontraron, por lo que podía desprenderse de la expresión de sus rostros, con ánimos amistosos, pero sin la ayuda de un intérprete no podían mantener una conversación. Así pues, empleando los servicios de uno, el bárbaro dijo que había salido a su encuentro acompañado de su ejército con la intención de poner en las manos de Alejandro la totalidad de las fuerzas de su reino, sin esperar a que se le ofreciera una garantía a
10 través de mensajeros. Su persona y su reino los ponía en las manos de quien sabía muy bien que, guerreando por la gloria, nada temía más que una reputación de perfidia.

Encantado con la ingenuidad del bárbaro, el rey le tendió la mano en señal de lealtad y le devolvió el reino.
11 Tenía Onfis 56 elefantes, que entregó a Alejandro junto con gran cantidad de ganado de extraordinaria alzada, así como unos 3.000 toros, que en aquella región constituyen un tipo de ganado de gran valor y de mucha aceptación
12 entre los reyes. A la pregunta de Alejandro de qué tenía más, si agricultores o soldados, respondió que, al estar en guerra con dos reyes, necesitaba más soldados que cam-
13 pesinos. Los reyes en cuestión eran Abisares [783] y Poro [784],

[783] Como se acaba de decir en la nota precedente, era rey de los abisaras, en la región de Kaschmir. DIODORO, XVII 87, 2, lo llama Embísaro y en 90, 4 del mismo libro, Sasibísares.

[784] Su reino correspondía al moderno Lahore, en el centro del Punjab, entre el Hidaspes y el Acesines.

pero el de mayor poder era el segundo. Ambos reinaban al otro lado del río Hidaspes [785] y, fuera quien fuera quien les atacara, habían decidido probar la suerte de la guerra.

Ante el permiso concedido por Alejandro, Onfis tomó 14
no sólo el distintivo real sino también, siguiendo una tradición nacional, el nombre que había ostentado su padre: sus compatriotas le llamaron «Taxiles», nombre que iba ligado al poder, independientemente de quien lo ostentara [786].
Así pues, habiendo tenido hospedado a Alejandro durante 15
tres días [787], al cuarto, por un lado, le hizo saber qué cantidad de trigo había entregado a las tropas traídas por Hefestión y, por otro, le obsequió a él mismo y a sus amigos con unas coronas de oro y, además, 80 talentos de plata acuñada. Ganado Alejandro por la generosidad del bárba- 16
ro, no solamente le devolvió sus presentes sino que a ellos añadió 1.000 talentos sacados del botín que transportaba, gran cantidad de piezas de vajillas de oro y plata, abundantes vestiduras persas y 30 caballos de entre los suyos propios, junto con todos los arreos que solían llevar cuando él en persona los cabalgaba. Esta esplendidez, así como 17
había ligado al bárbaro a la persona del rey, de igual modo ofendió gravemente a los amigos de éste. Uno de ellos, Meleagro, en un banquete, después de haber bebido en abundancia, dijo que felicitaba a Alejandro porque al me-

[785] Como se ha dicho en nota 192, el Hidaspes era un afluente del Acesines y éste, a su vez, del Indo.

[786] Véase nota 782.

[787] Según ARRIANO, VII 2, fue en Taxila, patria de Taxiles, donde tuvo lugar el encuentro con los gimnosofistas (véase 9, 31 sigs. de este mismo libro y nota 746). Este historiador describe minuciosamente la escena: Alejandro, viendo la entereza y capacidad de resistencia de aquellos hombres, quiso que se enrolasen algunos de ellos en su ejército, a lo que se negaron aduciendo razones morales y filosóficas.

nos en la India había encontrado a un hombre digno de
18 1.000 talentos. El rey, no olvidando el disgusto padecido al haber dado muerte a Clito por la insolencia de sus palabras, contuvo, es cierto, su lengua pero comentó que los envidiosos no son otra cosa que los verdugos de sí mismos.

13 Al día siguiente se presentaron ante el rey unos legados de Abisares y, siguiendo las instrucciones recibidas, pusieron todo a disposición de Alejandro. Después de darse palabra de lealtad de un lado y de otro, fueron enviados
2 de nuevo a su rey. Pensando que también Poro, movido por la fama del nombre de Alejandro, podría ser empujado a la rendición, le envió a Cleócares [788] para hacerle saber que podía pagar un tributo y salir al encuentro del rey en la misma frontera de su reino. Poro respondió que llevaría a cabo la segunda de las exigencias y que, cuando Alejandro entrara en su reino, estaría presente, pero armado.
3 Ya Alejandro había decidido atravesar el Hidaspes cuando trajeron a su presencia, encadenado, a Barzaentes [789], que había sido el instigador de la rebelión de los aracosios, así como 30 elefantes capturados al mismo tiempo, un refuerzo verdaderamente oportuno contra los indios, ya que éstos tienen puesta su esperanza y su poder más en estos
4 animales que en el ejército. También fue traído, encadenado, Samaxo [790], rey de una parte exigua de la India, que

[788] Macedonio, sólo conocido por este texto.

[789] Como el mismo Curcio ha informado, VI 6, 36, era sátrapa de la Drangiana (y de la Aracosia) y había sido cómplice de Beso en el asesinato de Darío. Al enterarse de que Alejandro se disponía a vengar la muerte de Darío, se había refugiado en la India.

[790] Personaje desconocido. (Hedicke ha propuesto la lectura «Semaraxus»). También la región es desconocida.

se había unido a Barzaentes. Puestos a buen recaudo el 5
desertor y el reyezuelo, y entregados los elefantes a Taxiles, llegó al río Hidaspes; al otro lado del mismo estaba apostado Poro, dispuesto a impedir el paso al enemigo. Había colocado al frente 85 elefantes de un vigor extraor- 6
dinario y, tras ellos, 300 carros y unos 30.000 soldados de a pie [791], entre los cuales se encontraban los arqueros, portadores, como hemos dicho más arriba [792], de unas flechas más pesadas que lo que conviene para ser lanzadas con precisión. Poro cabalgaba un elefante que sobresalía 7
por encima de los restantes animales y sus armas, esmaltadas de oro y plata, realzaban la prestancia de su cuerpo, de una talla excepcional. Su espíritu estaba en consonancia con su fuerza física y lo mismo hay que decir de su sabiduría, en la medida en que puede darse entre los bárbaros.
Los macedonios se veían aterrorizados no sólo por el 8
aspecto del enemigo sino también por las grandes dimensiones del río que tenían que atravesar. Sus aguas se extendían en una anchura de cuatro estadios [793]; su lecho era

[791] El número de las tropas de Poro difiere según los autores: Arriano, V 15, 4, dice que Poro tenía 4.000 jinetes, 300 carros, 200 elefantes y 30.000 soldados de a pie. Plutarco, *Alej.* LXII 2, ofrece las cifras de 20.000 infantes y 2.000 jinetes. Según Diodoro, XVII 87, 2, serían más de 50.000 infantes, alrededor de 3.000 jinetes, más de 1.000 carros de combate y 130 elefantes. En el texto, Curcio no menciona las tropas de caballería, pero en 14, 2 de este mismo libro dice que Poro lanzó al ataque, contra Alejandro, 100 cuadrigas y 4.000 jinetes.

[792] En 9, 28 de este mismo libro. Véase también el párrafo 19 del capítulo siguiente.

[793] Unos 740 m. Arriano, V 9, 4, deja constancia de que en la época en que Alejandro atravesó el Hidaspes —a finales de la primavera—, el río, debido al deshielo y a la licuación de la nieve del Cáucaso indio, iba extraordinariamente crecido, sólo superado, en la India, por el Indo, el Ganges y tal vez algún otro río.

profundo y no presentaba en ninguna parte síntomas de
9 vados, por lo que parecía un dilatado mar. Pero el río
no refrenaba el ímpetu de su caudal en proporción con
el espacio ocupado por las aguas a todo lo ancho sino que
corría en torrentera y con sus aguas batidas, como si sus
orillas se estrecharan, y el hecho de que sus olas fueran
repelidas en diversos lugares era señal de que por debajo
10 había rocas ocultas. Más terrorífico era el aspecto de la
orilla cubierta de caballos y soldados. Los enormes elefan-
tes permanecían inmóviles con sus inmensas moles y, enco-
lerizados aposta, fatigaban los oídos con sus horrísonos ba-
11 rritos. Por un lado el río, por otro el enemigo, habían de-
sencadenado un imprevisto terror en unos corazones que,
sin embargo, no solían amilanarse y que se habían puesto
a prueba en multitud de ocasiones. En efecto, estimaban
que las balsas, inestables, no podían ser dirigidas hacia la
orilla ni atracar en ella con seguridad.

12 Había en medio del río abundantes islotes a los cuales
pasaban los indios y los macedonios nadando, con las ar-
mas levantadas por encima de sus cabezas. Allí se entabla-
ban ligeros combates y ambos reyes por el resultado de
pequeñas escaramuzas calibraban el resultado de la bata-
13 lla general. Ahora bien, en el ejército macedonio había dos
jóvenes pertenecientes a la nobleza, famosos por su teme-
ridad y su audacia, Hegesímaco y Nicanor [794], a los que
la ininterrumpida buena estrella de su bando había infla-
14 mado en su desprecio de cualquier peligro. Tomándolos por
guías, los jóvenes más resueltos, armados únicamente con
sus lanzas, pasaron a nado a un islote que el enemigo,
en gran número, tenía en su poder y dieron muerte a mu-
chos indios apoyándose en su mejor arma, la audacia.

[794] Personajes desconocidos.

Podían regresar cubiertos de gloria si alguna vez la temeri- 15
dad conociera la moderación cuando tiene en sus manos
el éxito; pero, mientras esperaban en plan despectivo y hasta
orgulloso a nuevos atacantes he aquí que, rodeados por
otros que habían llegado nadando a escondidas, fueron aba-
tidos desde lejos a golpes de flecha. Los que pudieron 16
escapar del enemigo, o fueron arrastrados por la corriente
impetuosa del río o fueron tragados por los remolinos.
Aquel combate acrecentó extraordinariamente la confianza
de Poro que no se perdía detalle desde la orilla.

Alejandro, no sabiendo qué decisión tomar, finalmente 17
ideó esta estratagema para engañar al enemigo: había, den-
tro del río, un islote más amplio que los otros, poblado
de árboles y apropiado para encubrir emboscadas [795]. No
lejos de la orilla que estaba en su poder había igualmente
una fosa muy profunda capaz de mantener escondidos no
sólo a soldados de infantería sino también de caballería
junto con sus cabalgaduras. Así pues, con el fin de desviar 18
los ojos del enemigo de la vigilancia de esta posición favo-
rable, dio orden a Ptolomeo [796] de cabalgar, lejos del islo-
te, con todos los escuadrones y, de cuando en cuando, tra-
tar de aterrorizar a los indios con sus gritos, como si se
dispusiera a atravesar el río a nado. Ptolomeo, a lo largo 19
de varios días, hizo lo que se le había ordenado y con
esta estratagema obligó a Poro a desviar también su ejérci-
to hacia la zona que Ptolomeo simulaba atacar. Ya el islo- 20

[795] Sobre la extensión de esta isla ya las mismas fuentes antiguas debían de diferir abiertamente: ARRIANO, V 13, 2, siguiendo a PTOLOMEO, dice que la isla es grande; pero en V 14, 3 y citando expresamente a ARISTOBULO, asegura que es pequeña.

[796] Esta información de Curcio, que se ve refrendada en el párrafo 27, está en contradición con la que ofrece ARRIANO, V 13, 1, según el cual, Ptolomeo, Perdicas, Lisímaco, Seleuco, etc., estaban con el rey y con él pasaron a la otra orilla en la misma barca.

te quedaba fuera de la vista del enemigo; Alejandro hizo
levantar su tienda en una parte de la orilla alejada del islo-
te y ordenó montar guardia ante la tienda a la cohorte
que solía acompañarle y hacer aposta, ante los ojos del
enemigo, una ostentación de toda la magnificencia real.
21 Hizo además ponerse las vestiduras regias a Atalo [797],
que tenía su misma edad y se parecía no poco a él de cara
y de complexión, sobre todo si se le miraba de lejos, con
la idea de que aparentara que el rey en persona estaba al
frente de aquella parte de la orilla y no pensaba en la
travesía.

22 Una tormenta detuvo primero y favoreció después la
ejecución de este plan, al trocar la fortuna incluso los reve-
23 ses en éxitos. El rey se disponía a atravesar el río en com-
pañía de las restantes tropas en dirección al islote del que
hemos hablado, mientras el enemigo estaba vuelto hacia
aquellos que con Ptolomeo habían ocupado la parte infe-
rior de la orilla, cuando he aquí que se desencadenó una
tormenta de agua que con dificultad podía soportarse in-
cluso a cubierto. Abrumados los soldados por la borrasca,
buscaron refugio en tierra, abandonando las embarcacio-
nes y las balsas, pero el enemigo no podía oír el alboroto
levantado por los soldados en desorden, apagado por el
ruido del viento.

24 Después, al poco tiempo, cesó la lluvia, pero se con-
centraron unas nubes tan densas que oscurecieron la luz

[797] Hijo de Andrómenes y hermano de Amintas, Simias y Polemón; aunque Curcio, VII 1, 10, no lo nombre entre los implicados, según Arriano, III 27, 1, habría sido acusado de formar parte de la conspiración de Filotas, pero habría sido absuelto, al igual que sus hermanos. Participó en el resto de la campaña como oficial de infantería. Por lo demás, Arriano no dice nada sobre la estratagema ideada por Alejandro.

del día [798] y apenas si se podían distinguir los rostros de
los que hablaban entre sí. Otro cualquiera se hubiera ate- 25
rrorizado ante una noche descendida del cielo, al tener que
atravesar un río desconocido y cuando tal vez el enemigo
tenía bajo su control aquella misma parte de la orilla
a la que ellos se dirigían, ciegos y sin protección. Pero 26
el rey, buscando la gloria en el peligro y pensando que
la oscuridad, que aterrorizaba a los demás, era su mejor
aliado, dio la señal de subir a las balsas en silencio y orde-
nó que la primera en ser desamarrada fuera precisamente
aquella en la que él estaba embarcado. La parte de la ori- 27
lla a la que se encaminaban estaba vacía de enemigos, ya
que Poro seguía preocupándose únicamente de Ptolomeo.
Sólo una embarcación encalló, al ser arrojada por la co-
rriente contra las rocas; las demás lograron llegar y el rey
ordenó a sus soldados tomar las armas y formar en orden
de combate.

Marchaba ya al frente de su ejército dividido en dos 14
alas, cuando Poro recibió la noticia de que la orilla estaba
ocupada por hombres armados y que había llegado el mo-
mento decisivo. Al principio, por un defecto que es típico
de la naturaleza humana, se dejó llevar de su esperanza
pensando que el que llegaba —así lo habían planeado—
era Abisares, su aliado. Después, cuando una luz más clara 2
dejó al descubierto al frente enemigo, Poro lanzó contra
él 100 cuadrigas y 4.000 jinetes al frente de los cuales iba,
en avanzadilla, su propio hermano Espitaces [799]. Su mayor

[798] Según Plutarco, *Alej.* LX 3, la travesía se hizo durante una noche borrascosa y sin luna.

[799] Los manuscritos ofrecen la lectura «*Hages*», pero de acuerdo con Arriano, V 18, 2, preferimos «*Spitaces*», que tiene admisible justificación en crítica textual, como, en seguimiento de Anspach, lo hace notar

3 fuerza residía en los carros de combate; cada uno de ellos
iba equipado con seis hombres: dos armados con escudos,
otros dos con arcos, colocados a ambos lados del carro,
y los dos restantes conducían éste sin que por ello fueran
desarmados, ya que cuando se entablaba el combate cuer-
po a cuerpo, soltando las riendas, arrojaban contra el ene-
4 migo gran cantidad de flechas. Pero apenas si aquel día
los carros le sirvieron de alguna ayuda, pues, como hemos
dicho más arriba, la lluvia, al caer con una violencia insó-
lita, había convertido el terreno en resbaladizo e impracti-
cable para la caballería, y los carros, pesados y práctica-
mente inmóviles, quedaban atascados en el barrizal y en
los hoyos enfangados.

5 Alejandro, por el contrario, con sus tropas armadas
a la ligera y expeditas, se lanzó al ataque con ardor. Los
escitas y los dahas cayeron, los primeros de todos, sobre
los indios y a continuación Alejandro lanzó a Perdicas con
6 la caballería contra el ala derecha del enemigo. Se había
generalizado la lucha por todas partes cuando los conduc-
tores de los carros, considerando que éstos constituían su
último recurso, se lanzaron a rienda suelta en medio
7 de la refriega. Esta maniobra provocó bajas en ambos ban-
dos; en efecto, por un lado los infantes macedonios, al
primer choque, caían derribados, pero, por otro, los ca-
rros, al adentrarse por un terreno resbaladizo e impractica-
8 ble, despedían a los mismos conductores. Otros carros fue-
ron precipitados por los caballos enfurecidos no sólo a los
hoyos y charcos sino incluso al río. Unos cuantos, obliga-
dos por los proyectiles enemigos, se adentraron hasta la

BARDON: «*praemis(it Sp)itaces*». Curcio dice que era hermano de Poro, pero, según Arriano, V 14, 3, era hijo. Murió en esta batalla, como dice Arriano en el lugar citado al principio de la nota.

posición de Poro que animaba al combate con gran ardor.
Éste, al ver a los carros esparcidos por todo el campo de 9
batalla andar vagando sin conductores, distribuyó los ele-
fantes entre los amigos que tenía más cerca. Detrás de ellos 10
colocó a los soldados de a pie y a los arqueros y a los
que solían tocar los tambores [800] (entre los indios el tam-
bor sustituye al sonido de las trompetas). Los elefantes,
ante el estrépito de los tambores, se mostraban impertur-
bables, al estar sus orejas ya desde tiempo atrás acostum-
bradas a tal sonido. A la cabeza de la columna de infante- 11
ría era transportada una estatua de Hércules [801], que cons-
tituía el mayor estímulo a la hora de entrar en combate:
abandonar a los que la transportaban estaba considerado
crimen militar. También eran condenados a muerte aque- 12
llos que volvieran del campo de batalla sin la estatua, ha-
biéndose trocado en sentimiento religioso y motivo de ve-
neración el miedo que había despertado en ellos aquel dios
cuando era su enemigo. Los macedonios se detuvieron un
corto espacio de tiempo a la vista no sólo de los elefantes
sino también del mismo rey. Los paquidermos, colocados 13
entre la tropa armada, vistos de lejos, parecían torres [802];
el mismo Poro sobrepasaba lo que más o menos es la esta-
tura normal a la que puede llegar un hombre [803] y el ele-

[800] BARDON sigue la lectura de los mejores manuscritos, es decir, «*post eos posuerat peditem ac sagittarios, tympana pulsare solitos*», frente a la ofrecida por los «*deteriores*» (y seguida por algunos editores modernos como ROLFE, BARALDI, etc. y nosotros): «*post eos..., et tympana pulsare solitos*».

[801] Indudablemente se trataría de la estatua de un dios indio —tal vez Vishnú— de características similares a Hércules.

[802] La misma comparación, a propósito de los elefantes, en DIODORO, XVII 87, 5.

[803] Según ARRIANO, V 19, 1, y DIODORO, XVII 88, 4, tenía más de cinco codos de estatura, es decir, más de 2,20 m. Según PLUTARCO, *Alej.* LX 12, cuatro codos y un palmo, esto es, 1,99 m.

fante que cabalgaba, que sobrepasaba a los otros animales
lo que Poro a los demás soldados, parecía aumentar la
14 estatura de éste. Por ello Alejandro, al ver tanto al rey
como al ejército indio, exclamó: «Por fin veo un peligro
a la altura de mi ánimo: debo vérmelas con unos animales
y, al mismo tiempo, con un hombre fuera de lo ordinario»,
15 y volviéndose a Ceno, le dijo: «Cuando en compañía de
Ptolomeo, de Perdicas y de Hefestión ataque yo el ala iz-
quierda y me veas en pleno ardor del combate, tú por tu
parte desbarata el ala derecha y ataca las líneas puestas
en desorden. Tú a tu vez, Antígenes [804], y tú, Leonnato,
y tú, Taurón, lanzaos contra el centro y atacad el frente.
16 Nuestras lanzas, largas y resistentes como son, no podre-
mos emplearlas con más provecho que dirigiéndolas contra
los elefantes y sus conductores; echad a tierra a éstos y
atravesad con ellas a los elefantes. Éstos constituyen un
tipo de ayuda bastante dudoso y se enfurecen con encarni-
zamiento contra sus propios dueños: la voz de mando los
empuja hacia el enemigo, el miedo, contra los suyos».
17 Después de haber hablado así, Alejandro, el primero,
picó espuelas a su caballo y ya había asaltado, según el
plan previsto, las filas enemigas, cuando Ceno con la ma-
18 yor violencia se lanzó contra el ala izquierda [805]. Por su

[804] Uno de los hetairos, comandante de los argiráspides (véase nota 317). Tuvo una parte activa en las luchas entre los diadocos.

[805] En el párrafo 15 hemos visto que Alejandro acaba de ordenar a Ceno que desbarate «el ala derecha» (lo que está en consonancia con ARRIANO, V 16, en donde Ceno, con sus tropas y las de Demetrio, se ve que ataca dicha ala). Ahora en el texto lo vemos lanzarse contra el ala izquierda. Más bien que pensar en un error, como DOSSON, que remite a inadvertencias parecidas en otros pasajes, habría que pensar que «derecha» e «izquierda» se refiere a la misma ala, pero desde puntos de vista distintos: el de los macedonios y el del enemigo, como en IV 15, 2 y 20 (véanse notas 332 y 335).

parte la falange, al primer asalto, rompió el centro indio.
Poro dio orden de que los elefantes avanzaran por donde
había visto que irrumpía la caballería, pero aquéllos, len-
tos e incapaces casi de moverse, no podían igualar la velo-
cidad de los caballos. Ni siquiera las flechas les servían
de utilidad a los bárbaros ya que, al ser largas y muy 19
pesadas, si no afianzaban antes el arco en tierra no podían
acoplarlas rectamente y con precisión. Al intentar disparar
apoyados sobre un terreno resbaladizo y que, por ello, obs-
taculizaba su esfuerzo, se veían sorprendidos por la velo-
cidad del enemigo. Así pues, sin hacer el menor caso de 20
las órdenes de Poro (como suele acontecer cuando, en me-
dio del pánico, el miedo comienza a dar órdenes con más
intensidad que el propio caudillo), había tantos generales
como regimientos dispersos. Uno ordenaba cerrar filas, 21
otro, abrirlas; algunos preferían permanecer a pie firme y
otros rodear al enemigo por la espalda. Ninguna decisión se
tomaba siguiendo un acuerdo común. Poro, sin embargo, 22
en compañía de unos pocos que anteponían el pundonor
a su propio miedo, se dedicó a reunir a los que andaban
dispersos y a salir al encuentro del enemigo, dando orden
de que los elefantes fueran colocados delante de sus pro-
pias tropas. Estos animales desencadenaron un enorme te- 23
rror entre los macedonios y su barrito, al que no estaban
acostumbrados, sembró la confusión no sólo entre los ca-
ballos —animal extraordinariamente asustadizo— sino tam-
bién entre los soldados y la formación. Y ya los que poco 24
antes eran vencedores andaban mirando en torno, tratan-
do de buscar un lugar en el que refugiarse, cuando Alejan-
dro lanzó contra los elefantes a los agrianos y a los tracios
armados a la ligera, tropa más apropiada para la esca-
ramuza que para el combate cuerpo a cuerpo. Éstos dispa- 25
raron una cantidad enorme de flechas tanto contra los ele-

fantes como contra sus conductores y también la falange
comenzó a hostigarlos sin tregua al verlos aterrorizados.
26 Pero algunos, habiendo perseguido a los animales con de-
masiado ardor, al herirlos lo que hicieron fue irritarlos con-
tra sí mismos y, aplastados bajo sus patas, se convirtieron
para los demás en aviso de que tenían que acosar con más
27 prudencia. El espectáculo era particularmente espantoso
cuando los elefantes, cogiendo con sus trompas las armas
y los soldados enemigos, alzándolos sobre sus cabezas los
entregaban a sus conductores.

28 El combate permaneció indeciso porque ora perseguían
a los elefantes, ora huían de ellos; la lucha, con diversas
alternativas, se alargó hasta bien avanzado el día, hasta
que con las hachas (otro recurso con que se habían equipa-
do) se dedicaron a cortar las patas de los paquidermos.
29 Con espadas ligeramente encorvadas, llamadas «copidas»,
semejantes a hoces, golpeaban las trompas y por miedo
no sólo a la muerte sino incluso a un suplicio nuevo dentro
de la misma muerte, no dejaban nada por poner a prueba.
30 Por fin los elefantes, agotados a causa de las heridas, de-
rribaron violentamente a sus propios soldados y, después
de echar a tierra a sus conductores, los aplastaron bajo
sus patas. Por eso, atemorizados más que peligrosos,
eran cazados como rebaños fuera del campo de batalla,
31 cuando Poro, abandonado por la mayor parte de los su-
yos [806], desde lo alto de su elefante comenzó a disparar
contra los enemigos desparramados a su alrededor los dar-
dos que desde mucho antes tenía preparados; hirió desde
lejos a muchos, pero expuesto como estaba a los disparos,
32 le atacaban desde todas partes. Había recibido ya nueve

[806] Según Diodoro, XVII 88, 7, Poro fue abandonado por los suyos cuando éstos le dieron por muerto.

heridas tanto en el pecho como en la espalda y, al haber
perdido gran cantidad de sangre, sus manos, desfallecidas,
más que arrojar los dardos lo que hacían era dejarlos caer.
No por ello su elefante (que todavía no había recibido nin- 33
guna herida) se lanzaba con menor ardor, aguijoneado por
la rabia, contra las filas de los enemigos, hasta que el con-
ductor del animal se dio cuenta de que el rey, dejando
caer sus brazos y sus armas, estaba a punto de desmayar-
se. Hostigó al animal, incitándole a huir, y Alejandro salió 34
en su persecución, pero su caballo [807], acribillado y cubier-
to de heridas, se prosternó, depositando al rey en el suelo
más bien que arrojándolo a tierra. Y así, mientras cambió 35
de cabalgudura, perdió tiempo para la persecución.

Entretanto el hermano de Taxiles, rey de los indios,
enviado por delante por Alejandro, aconsejó a Poro que
no llevara las cosas hasta el último extremo y que se rin-
diera al vencedor. Mas Poro, aunque sus fuerzas estaban 36
agotadas y la sangre le faltaba, sin embargo, reanimado
al oír una voz conocida, dijo: «Reconozco al hermano de
Taxiles, traidor a su mando y a su reino» y disparó contra
él el único dardo que casualmente no había caído al suelo,
traspasándole el pecho de parte a parte. Después de esta 37
última prueba de valor, reemprendió la huida con más ar-
dor, pero también su elefante, que había recibido numero-
sas heridas, iba perdiendo fuerzas. Por ello Poro cesó
en la fuga y con la infantería presentó batalla al enemigo
que venía en su seguimiento. Ya Alejandro le había dado 38
alcance y, conocida la obstinación del rey indio, ordenó
que no se perdonara la vida a ninguno de cuantos ofrecían
resistencia. En consecuencia, comenzaron a llover dardos so-
bre la tropa de a pie y sobre el mismo Poro. Éste, abruma-

[807] Se trata de Bucéfalo, el noble y valiente animal que acompañó a Alejandro en la mayor parte de sus empresas. (Véase nota 473).

do por los proyectiles, comenzó a deslizarse desde lo alto del
39 elefante. El indio que conducía al animal, creyendo que el rey quería bajar, hizo arrodillarse al elefante, según su costumbre [808]; en cuanto éste se inclinó, los demás paquidermos —tal como estaban amaestrados— se inclinaron has-
40 ta el suelo. Esta circunstancia puso tanto a Poro como a los demás en manos de los vencedores. Alejandro, creyendo que el rey indio estaba muerto, dio orden de que su cadáver fuera despojado y acudieron corriendo unos cuantos con intención de arrebatarle la coraza y el vestido, cuando he aquí que el animal comenzó a proteger a su dueño y a atacar a los que intentaban despojarlo y, levantándolo del suelo, lo volvió a colocar sobre su espalda. El elefante fue acribillado por todas partes y abatido, y
41 Poro, por su parte, fue colocado en un carro. Alejandro, al verlo alzar los ojos, movido por la compasión, no por el odio le dijo: «¡Oh desventurado!, ¿qué locura te movió, teniendo como tenías noticia de mis hazañas, a poner a prueba la suerte de la guerra, cuando contabas en la persona de Taxiles con un ejemplo tan cercano de mi clemencia para
42 con los rendidos?». Poro respondió: «Puesto que me lo preguntas, te responderé con la misma libertad que tú me has concedido al preguntarme. Pensaba que no había nadie más fuerte que yo; conocía bien mis propias fuerzas pero no había puesto a prueba las tuyas; el resultado de la guerra ha demostrado que el más fuerte eres tú; pero ni siquiera así me considero desgraciado, al ser el segundo des-

[808] Plutarco cuenta, admirado, el comportamiento del paquidermo (*Alej.* LX 13): la bestia mostró por el rey indio una solicitud y una inteligencia extremas; mientras su dueño estuvo con fuerzas, lo defendió valientemente; cuando se dio cuenta de que desfallecía, ante el temor de que cayera al suelo, se arrodilló suavemente y con su trompa fue arrancándole con cuidado, uno a uno, todos los dardos que tenía clavados.

pués de ti». Preguntado de nuevo sobre qué decisión pen- 43
saba que debería tomar el vencedor, Poro respondió: «La que te aconseje el día de hoy en que has experimentado
qué frágil es la felicidad». Con este consejo consiguió más 44
que lo que hubiera conseguido con súplicas: en efecto, Alejandro se dignó acoger no sólo con compasión sino incluso con muestras honoríficas la entereza de un alma impávida
y a la que ni la fortuna había podido doblegar. Hizo que 45
curaran al herido como si hubiera militado en sus propias filas y, una vez recuperado, contra lo que esperaban todos, lo recibió en el número de sus amigos y después le otorgó un reino mayor que el que antes había poseído [809].
Ciertamente en el carácter de Alejandro ninguna nota era 46
más estable ni más constante que su admiración por el verdadero valor y la verdadera gloria, pero apreciaba con mayor franqueza los méritos en un enemigo que en un compatriota. En efecto, era de la opinión de que los suyos podían ofuscar su gloria, mientras que ésta sería mayor en la medida en que fueran más grandes aquellos a quienes hubiera vencido.

[809] Según Plutarco, *Alej.* LX 15, Alejandro, no contento con dejarle el reino que hasta entonces había tenido, concediéndole el título de «sátrapa», se lo incrementó, después de haber sometido las tribus independientes, con un territorio extraordinariamente poblado. En cuanto a las bajas habidas en ambos ejércitos, Curcio, como se ve, no dice nada; Diodoro, XVII 89, 1 sigs., dice que del lado indio cayeron más de 12.000, entre ellos los dos hijos de Poro, así como sus mejores generales y oficiales, siendo apresados con vida, por Alejandro, alrededor de 9.000 hombres y 80 elefantes. Según Arriano, V 18, 2, en el bando indio murieron casi 20.000 infantes y alrededor de 3.000 jinetes, y también este historiador informa de que entre las víctimas se encontraban los dos hijos de Poro. Por el lado macedonio, según Diodoro, *l.c.*, las pérdidas fueron 280 jinetes y unos 7.000 soldados de infantería; y según Arriano, *l.c.*, alrededor de 80 de infantería más los 6.000 que perecieron en el primer asalto y unos 230 jinetes.

LIBRO IX

SINOPSIS

(Verano del 326-finales del 325)

Verano del 326: Alejandro hace ver a sus tropas las riquezas que les aguardan en la India. Funda dos ciudades a ambas orillas del Hidaspes y se adentra en los territorios indios. Sometimiento de distintos pueblos. Llegada al reino de Sofites. Descripción de las cualidades venatorias de los perros de la región. Avance hasta el río Hipasis. Fegeo, el reyezuelo de la región, se somete sin lucha (17).

Otoño: Alejandro se dispone a atravesar el Hipasis pero, según le informa Fegeo, al otro lado del río le aguardan multitud de obstáculos, lo que hace cundir el desánimo entre la tropa. El rey, en un discurso, trata de animarlos, pero el ejército sigue decidido a no seguir adelante. Ceno toma la palabra y hace ver el parecer del ejército y Alejandro cede en sus pretensiones y emprende con su flota el descenso hacia el mar a lo largo del río Hidaspes (2-3). Desembarcando en el territorio de los sibos, Alejandro hace una incursión en la región. Nuevo malestar en el ejército que Alejandro disipa con sus palabras. Asedio de la capital de los sudracas. Actitud temeraria del rey en el asalto a la fortaleza. Durante el mismo es herido gravemente y provoca la inquietud en el ejército (4-5).

Invierno del 326-325: Curación de Alejandro y continuación del viaje fluvial (6). Mientras tanto, los soldados griegos dejados en las proximidades de Bactras para fundar diversas colonias, se rebe-

lan contra el rey. Alejandro, por su parte, recibe la sumisión de diversos pueblos. Episodio del griego Dioxipo y el macedonio Horratas (7).

Primavera del 325: Nuevas conquistas. En un combate contra un pueblo del reino de Sambo, los indígenas, que habían envenenado las puntas de sus flechas, causan entre la tropa de Alejandro numerosas víctimas. Ptolomeo, herido en el combate, es curado prodigiosamente (8).

Verano: Llegada al Océano (Julio del 325). Riesgos corridos por las tropas (9).

Otoño-invierno del 325: Mientras Nearco, al frente de la flota, recorre la costa, de regreso, Alejandro, por tierra, conquista pueblos y funda ciudades. Al atravesar el desierto de Gedrosia, privado de provisiones, su ejército queda diezmado por el hambre, la sed y la peste. Descanso en Gedrosia. Marcha hacia Carmania, celebrando el triunfo a imitación del cortejo de Baco a su vuelta de la India (10).

Alejandro, feliz por aquella victoria tan memorable, con 1
la que pensaba que se le habían abierto las puertas de Oriente, inmoló unas víctimas como ofrenda al Sol [810] y después de ensalzar a los soldados en pública asamblea con el fin de que dispusieran sus ánimos con mayor ardor para la terminación de la guerra, les hizo saber que todas las fuerzas que los indios tenían habían sido aniquiladas en aquel
combate: todo lo demás no iba a ser más que un espléndi- 2
do botín y en la región a la que se dirigían abundaban unas riquezas que eran bien conocidas por todos. Por consiguiente, los despojos conseguidos sobre los persas eran de bajo precio y no presentaban el menor interés: podrían

[810] ARRIANO, V 20, 1, no especifica; el sacrificio lo haría Alejandro en honor de los dioses en general. DIODORO, XVII 89, 3, lo mismo que Curcio, dice que el sacrificio fue en honor del Sol, «por haberle otorgado las regiones orientales», zona por donde, para un occidental, sale el sol.

llenar de gemas y perlas, oro y marfil no sólo sus propias casas sino incluso la Macedonia y la Grecia.

3 Los soldados, ávidos de dinero y de gloria por un lado y, al mismo tiempo, confiados en que la palabra de Alejandro nunca les había defraudado, prometieron su colaboración, y el rey, tras despedirlos llenos de esperanza, ordenó que se construyeran embarcaciones con el fin de, una vez recorrida toda el Asia, visitar el mar, confín del mundo [811].
4 En los montes cercanos había gran cantidad de madera [812] para la construcción de navíos; al dedicarse a cortarla se
5 encontraron con serpientes de un tamaño inusitado [813], también había en los mismos montes rinocerontes [814], un animal que en otras regiones es raro; este nombre les ha sido aplicado a estos animales por los griegos; los indígenas, que no conocen el griego, les dan otro nombre en su lengua.

6 Alejandro fundó dos ciudades [815] en una y otra orilla del río que acababa de atravesar y otorgó a sus generales coronas y mil escudos [816]. Los demás se vieron recompensados con distinciones honoríficas en proporción bien sea del grado de amistad que mantenían con el rey o bien de los servicios prestados.

---

[811] Alejandro creía que más allá de la India estaba el Océano.

[812] Diodoro, XVII 89, 4, cita en concreto cedros y pinos.

[813] Diodoro (cuyo relato es en estos momentos mucho más pormenorizado que el de Curcio) dice (XVII 90, 1) que tenían una longitud de 16 codos (más de 7 m.). Indudablemente se trata de la serpiente pitón.

[814] Su existencia ya se había anticipado en VIII 9, 17.

[815] A orillas del Hidaspes. Se trata de Nicea y Bucéfala (tal vez identificables con las modernas Mong y Jelalpur), de las que se vuelve a hacer mención en 3, 23 de este mismo libro.

[816] El escudo (*aureus* = 'áureo') valía 25 denarios. Como hace observar Bardon, Curcio establece una equivalencia entre el denario romano y el dracma griego y valora la mina en 4 *aurei*, es decir, 100 denarios.

Abisares, que antes de que Alejandro entablara combate con Poro le había enviado ya mensajeros, volvió a enviar de nuevo otra embajada con la promesa de hacer cuanto le fuera ordenado con tal de no ser obligado a hacer entrega de su propia persona, porque ni sin el reino podría vivir ni reinar siendo un prisionero. Alejandro le hizo 8
saber que, si le era gravoso venir a su presencia, él mismo se desplazaría a entrevistarse con él.

Desde aquí atravesó el río [817] y, siguiendo su marcha, se dirigió hacia el interior de la India. Había enormes ex- 9
tensiones de bosques, sombríos a causa de sus corpulentos árboles que se alzaban hasta una altura verdaderamente extraordinaria.

La mayor parte de sus ramas, parecidas a gruesos tron- 10
cos, se doblaban hacia el suelo pero en la parte de la curvatura volvían a alzarse de nuevo de modo que no parecían ramas que se levantaban otra vez sino árboles que nacían sobre sus propias raíces [818].

---

[817] El Acesines (= moderno Cinab).

[818] Se trata, indudablemente, de la «higuera de Bengala» o «higuera india», árbol sobre el que los antiguos nos han dejado numerosos testimonios: Diodoro, XVII 90, 5; Arriano, *Ind.* XI 7; Estrabón, XV 1, 21; Teofrasto, *Hist. plant.* I 7, 3; IV 4, 4-5; Plinio el Viejo, VII 21; XII 22; etc. De este árbol —y la descripción avalaría tal afirmación— se ha podido decir que él solo constituye todo un bosque. Plinio, en XII 22, da una descripción minuciosa del mismo, que en parte coincide con la de Curcio: la extensión de su ramaje es tal que a su sombra (sus hojas son como escudos de amazonas) los pastores pueden acampar durante el verano, lo mismo que los «sofistas» (Arriano, *Ind.* XI 7) y hasta escuadrones enteros de caballería (Plinio, VII 21). Diodoro dice que su altura alcanza los 70 codos (más de 31 m.) y su tronco difícilmente sería abrazado por cuatro hombres que unieran sus manos. Estrabón, aduciendo el testimonio de Onesícrito, dice que tal tronco con dificultad sería abarcado por cinco hombres y que el árbol podía

11 El clima es saludable, bien sea porque los ardores del sol quedan mitigados por la sombra, bien porque las aguas
12 fluyen en abundancia de las fuentes. Pero también aquí había una gran cantidad de serpientes cuyas escamas reflejaban un brillo de oro [819]; ningún veneno es más nocivo que el suyo: en efecto, la mordedura era seguida por una muerte inmediata, hasta que los indígenas les ofrecieron un antídoto.
13 Desde aquí, y a través de regiones abandonadas, llegaron al río Hiarotis [820]. Pegado al río había un bosque umbrío de árboles no vistos en ninguna otra parte, poblado
14 por gran cantidad de pavos reales salvajes. Prosiguiendo la marcha, Alejandro tomó mediante asedio una fortaleza situada en las cercanías [821] y, tras recibir rehenes, impuso a sus habitantes un tributo. Llegó después a una ciudad importante para lo que se estila por aquellas latitudes, protegida no sólo mediante una muralla sino también por una
15 laguna [822]. Los bárbaros, dispuestos a combatir, salieron sobre carros ensamblados unos con otros; como armas unos llevaban lanzas, otros hachas, y cuando querían ayudar a sus compañeros en peligro, pasaban de un carro a otro
16 de un vigoroso salto. Al principio, este género insólito de

dar sombra a 400 jinetes, aunque también aduce el testimonio de ARISTOBULO, según el cual podría dar sombra a 50 jinetes.

819 Una descripción de diversos tipos de estas serpientes puede verse en DIODORO, XVII 90, 5-6.

820 El moderno Ravi. ARRIANO, V 21, 4 y 22, 3, lo llama Hidraotis.

821 Según ARRIANO, V 22, 3, llegaría a dicha ciudad, llamada Pimprama, a los dos días de haber dejado el río Hiarotis/Hidraotis pero, a diferencia de la información de Curcio, los propios habitantes (una tribu india denominada «adrestas») habría entregado la ciudad sin ofrecer resistencia.

822 Según ARRIANO, V 22, 4, la ciudad sería Sangala, en el territorio de los cateos.

lucha aterrorizó a los macedonios al ser heridos desde lejos. Después, despreciando este tipo de defensa tan rudimentario, rodearon los carros por ambos lados y comenzaron a acribillar a los enemigos a pesar de su resistencia. Alejandro hizo cortar las ataduras con las que estaban uni- 17
dos los carros a fin de poder rodear a cada uno por separado con más facilidad; y así el adversario, después de tener 8.000 bajas, buscó refugio en la ciudad.

Al día siguiente, los macedonios aplicaron las escalas 18
a todo lo largo de las defensas y escalaron las murallas. Pocos enemigos fueron los que pudieron salvarse gracias a su velocidad: al darse cuenta de la caída de la ciudad, atravesaron la laguna a nado y provocaron un ingente terror en las ciudades vecinas, al contar cómo había llegado un ejército invencible y que sin duda era un ejército de dioses. Alejandro envió a Perdicas con un destacamento de tropa 19
ligera a devastar aquella región y asignó parte de las fuerzas a Eumenes [823] con la misión de que también él obligara a los bárbaros a la rendición; él, por su parte, condujo al resto del ejército en dirección a una ciudad poderosa en la que habían buscado refugio los habitantes de otras

823 Eumenes de Cardia, especie de secretario de Alejandro, como lo había sido, con anterioridad, de Filipo. Redactó un diario oficial de la expedición —*Efemérides*— del que se ha hecho mención en la «Introducción». En medio de las luchas encarnizadas de los generales de Alejandro tras la muerte del rey, con motivo de la división del Imperio, Eumenes mantuvo una postura encomiable de fidelidad a la causa de la familia real, es decir, la reina-madre Olimpíade y los dos reyes, Filipo Arrideo y Alejandro, el hijo del conquistador y de Roxana, y eso a pesar de que Eumenes no era macedonio, sino griego de Cardia, en el Quersoneso de Tracia. Murió, víctima de su propia fidelidad, a manos de Antígono, el año 316, a la edad de 45 años. PLUTARCO ha dejado su biografía, formando pareja con la de Sertorio, y también CORNELIO NEPOTE escribió su vida.

20 poblaciones. Éstos, a pesar de que habían enviado una em-
bajada a suplicar al rey, no obstante se preparaban para
la guerra; y es que había surgido una sedición que había
dividido al pueblo en tendencias contrarias: unos estima-
ban que cualquier cosa era mejor que la rendición, mien-
tras que otros eran de la opinión de que no tenían ningún
21 medio de defensa. Pero he aquí que, mientras se andaba
en consultas que no conducían a un acuerdo general, los
partidarios de la rendición abrieron las puertas de la ciu-
22 dad y acogieron al enemigo. Alejandro, aunque con toda
justicia podía dar rienda suelta a su cólera contra los parti-
darios de la guerra, sin embargo los perdonó a todos y,
una vez recibidos rehenes, se puso en marcha en dirección
23 hacia la ciudad más cercana. Los rehenes abrían filas de-
lante de la columna y, al reconocerlos los habitantes de
la ciudad desde lo alto de las murallas, dado que eran com-
patriotas, les invitaron a un coloquio. Los rehenes les die-
ron a conocer la clemencia y, al mismo tiempo, el poder
del rey, con lo que les empujaron a la rendición. Alejan-
dro se apoderó del resto de las ciudades que se sometieron
de igual manera.

24 Partiendo de aquí, llegaron al reino de Sofites [824]. Se-
gún piensan los bárbaros, se trata de un pueblo que sobre-
sale por su sabiduría y en el que reinan las buenas costum-
25 bres. Los niños, al nacer, no son reconocidos y educados
de acuerdo con el criterio de sus padres sino con el de
una comisión a la que le ha sido encomendada la tarea
de inspeccionar la complexión de los recién nacidos. Si los
encuentran anormales o con alguna tara física, los hacen

[824] Tanto DIODORO, XVII 91, 4, como ARRIANO, VI 2, 2, lo llaman Sopithes. Era «rajah» de Saubhuta, en el país de los cateos.

matar [825]. Cuando se unen en matrimonio no lo hacen te- 26
niendo presente la nobleza del linaje del cónyuge sino de
acuerdo con la belleza física porque ésta es precisamente
la cualidad que es apreciada en los hijos.

La plaza fuerte, capital de este pueblo, a la que Alejan- 27
dro había acercado sus tropas, estaba bajo el dominio per-
sonal de Sofites. Las puertas de la ciudad estaban cerradas
pero ningún soldado armado se dejaba ver ni sobre la mu-
ralla ni en las torres, por lo que los macedonios no sabían
qué pensar, si es que los habitantes habían abandonado
la ciudad o si estaban escondidos para tenderles una em-
boscada, cuando de repente se abrió la puerta y les salió 28
al encuentro, en compañía de sus dos hijos ya adultos,
el rey indio, muy superior por su talla a todos los bábaros.
Su vestidura, que le colgaba hasta los pies, estaba bordada 29
en oro y púrpura; sus sandalias, de oro, llevaban incrustá-
das piedras preciosas e incluso sus brazos de arriba a abajo
iban adornados con perlas. De las orejas le colgaban, co- 30
mo pendientes, unos brillantes maravillosos por su brillo
y tamaño. Su cetro, igualmente de oro, llevaba incrusta-
ciones de berilos. Sofites se lo entregó a Alejandro y, tras
suplicarle que lo recibiera de buen grado, puso en sus ma-
nos a sí mismo, a sus hijos y a su propio pueblo.

Son famosos los perros de caza de aquella región; se 31
dice que dejan de ladrar cuando han visto la fiera y son
extremadamente hostiles a los leones. Con el fin de hacer 32
ver a Alejandro la fuerza de tales animales, Sofites ordenó
que, ante su vista, se dejara en libertad a un león de ex-
traordinaria corpulencia y que fueran soltados sólo cuatro
perros que inmediatamente se arrojaron contra la fiera.

[825] Costumbres en íntima contradicción con las romanas. Curcio parece inspirarse en las tradiciones espartanas.

Entonces uno de los encargados de tales menesteres comenzó a tirar de la pata de uno de los perros que habían hecho presa en el león y como el perro no cejaba empezó
33 a cortársela. Dado que ni siquiera así era reducida su obstinación, se dedicó a amputar otro miembro y, al seguir el animal con sus dientes clavados con el mismo ardor, seguía cortando con el cuchillo una y otra vez. El perro, aunque agonizante, seguía con sus dientes clavados en la herida de la fiera: ¡tan grande es, según cuentan, la pasión por la caza con la que la naturaleza ha dotado a tales
34 animales! La verdad es que yo transcribo más cosas que las que en realidad creo, pues ni puedo afirmar cosas de las que dudo ni pasar por alto las que me han sido transmitidas [826].

35 Así pues, dejando a Sofites en su reino, Alejandro avanzó hasta el río Hipasis [827], tras habérsele unido Hefestión,
36 que había sometido la región opuesta. El rey del pueblo más cercano era Fegeo, quien ordenó a sus súbditos seguir cultivando sus campos como de ordinario y salió con obsequios al encuentro de Alejandro, poniéndose enteramente a su disposición.

2 El rey fue huésped de Fegeo durante dos días; al tercero había decidido atravesar el río, difícil de vadear no sólo por su anchura sino también por los obstáculos de sus es-
2 collos. Alejandro hizo a Fegeo diversas preguntas sobre cuestiones que le interesaba conocer y así llegó a saber que, después de atravesar el río, tendría que caminar durante

[826] Tal vez sea éste el pasaje más claro de Curcio en que el autor deja ver cuál era su actitud ante las diversas fuentes empleadas.

[827] El Hifasis de los griegos, moderno Bias, uno de los cinco ríos del Panjab.

doce días a lo largo de amplias zonas desérticas; después 3
llegaría al Ganges, el mayor río de toda la India; al otro lado vivían los gangaridas y los prasios [828] y su rey Agrames [829] tenía ocupados militarmente los caminos con 20.000 jinetes y 200.000 infantes; por si fuera poco, iba al frente 4
de 2.000 cuadrigas y —lo que constituía el mayor motivo de terror— de elefantes que, según decía Fegeo, hacían un número de 3.000 [830]. Todo aquello le parecía a Alejan- 5
dro increíble; por eso le preguntó a Poro, que estaba a su lado, si era verdad lo que se le contaba. Poro le aseguró 6
que la información sobre las fuerzas del pueblo y del reino era cierta, pero que el personaje que ostentaba el reino no sólo no pertenecía a la nobleza sino que era de la más baja capa social: en efecto, su padre —un barbero que con su jornal diario con dificultad podía dejar de pasar hambre—, apoyándose en su prestancia física se había ganado el corazón de la reina. Ésta le había hecho acceder a la amis- 7
tad del soberano y, una vez asesinado éste alevosamente, con el pretexto de desempeñar la regencia se había apoderado del reino; después de dar muerte a los príncipes, había engendrado al que ahora ostentaba el reino, odioso y digno de desprecio a los ojos de sus gobernados y que recordaba más la condición paterna que la suya propia de rey.

[828] Los gangaridas (llamados por Plutarco, *Alej.* LXII 3, *gandaridas*) formaban parte tal vez del pueblo del Gandhara. Los prasios (llamados por Plutarco, *l.c.*, *presios*) eran habitantes del gran reino de Magadha.

[829] Diodoro, XVII 93, 2, lo llama «Xandrames».

[830] Las cifras dadas por Diodoro, XVII 93, 2, coinciden exactamente con las de Curcio, a excepción del número de elefantes que, según el historiador griego, eran 4.000. Plutarco, *Alej.* LXII 3, por su parte, ofrece unas cifras mucho más elevadas: 80.000 jinetes, 200.000 infantes, 8.000 carros de combate y 6.000 elefantes.

8 Las palabras de Poro levantaron en el corazón del rey
una compleja inquietud. Sentía desdén por el enemigo y
sus elefantes pero temía la naturaleza del lugar y la violen-
9 cia de los ríos. Perseguir a un enemigo relegado a los últi-
mos confines del mundo y sacarlo de sus escondrijos le
parecía una tarea ardua. Por otro lado, su avidez de gloria
y su deseo insaciable de fama hacían que nada le pareciera
10 inflanqueable, nada remoto, y a veces se preguntaba, en-
tre dudas, si los macedonios, después de recorrer tan gran-
des extensiones de tierra y de haber envejecido en los cam-
pos de batalla y en los campamentos, estarían dispuestos
a seguirle a través de los obstáculos de tantas dificultades
y si, repletos y cargados como estaban de botín, no prefe-
rirían disfrutar del conseguido más bien que fatigarse en
11 alcanzar otro nuevo. No tenían él y sus soldados los mis-
mos ánimos: él, que en su mente abarcaba el imperio uni-
versal, se encontraba al comienzo de su empresa; sus sol-
dados, agotados por la fatiga, lo que pretendían era poner
fin a los peligros y gozar inmediatamente de los frutos.
12 Venció la pasión a la reflexión y, tras convocar a los sol-
dados a asamblea, les habló más o menos en estos términos:
«No ignoro, ¡oh soldados!, que durante estos días los
habitantes de la India han venido propalando, aposta, mu-
13 chos rumores para intimidaros; pero no os coge de sorpre-
sa la insistencia de tales supercherías. De igual manera los
persas nos habían mostrado como terribles los desfiladeros
de la Cilicia, las llanuras de la Mesopotamia, los ríos Ti-
gris y Éufrates, de los cuales uno lo hemos atravesado por
14 un vado y el otro mediante un puente. La fama jamás co-
rresponde a la pura verdad: lo que ella cuenta siempre es
más exagerado que la realidad. Nuestra misma gloria, aun-
que es cierto que está bien cimentada, es mayor por su
15 renombre que por la realidad de los hechos. Hace poco

¿quién creía que se pudiera hacer frente a fieras que pare-
cían murallas?, ¿quién al río Hidaspes o a los demás obs-
táculos que eran más grandes según su fama que según
la realidad? ¡Por Hércules!, hace tiempo que hubiéramos
huido de Asia, si nos hubiéramos dejado abatir por las
habladurías.
¿Creéis que las manadas de elefantes son más nutridas 16
que los rebaños, en otros sitios, de bueyes, siendo como
es un animal raro, difícilmente capturable y al que es más
difícil todavía domesticar? Pues bien, con la misma ligere- 17
za se han calculado las tropas de a pie y las de a caballo.
De hecho, un río, cuanto más ancho es, con mayor placi-
dez se deslizan sus aguas: en efecto, cuando están encajo-
nados entre sus orillas angostas y se estrellan contra un
cauce más estrecho todavía, entonces arrastran unas aguas
torrenciales; por el contrario, en un río cuanto más ancho
es el cauce, más lento es su curso. Además, todo el peligro 18
está en la orilla en donde el enemigo nos espera al desem-
barcar; por eso, sea cual sea la extensión del río, el peligro
seguirá siendo siempre el mismo: el poner pie en tierra.
Pero, admitamos que todo lo que cuentan es verdad. 19
¿Qué nos aterroriza, la corpulencia de los elefantes o el
número de enemigos? Por lo que se refiere a los elefantes,
tenemos un ejemplo reciente: se abalanzaron con mayor
ímpetu contra sus dueños que contra nosotros y moles tan
corpulentas las mutilaron nuestras hachas y nuestras hoces.
¿Qué importa que sean tantos cuantos tuvo Poro o que 20
sean 3.000, cuando con matar uno o dos de ellos vemos
que los demás huyen a la desbandada? Además, si con 21
dificultad pueden gobernarse unos pocos, cuando se amon-
tonan tantos millares chocan unos contra otros, al no ser
capaces tan desmesuradas moles ni de permanecer quietas
ni de huir. Hasta tal punto me parecen desdeñables unos

animales de este tipo que, a pesar de tenerlos [831], no los he alineado contra el enemigo, convencido como estoy de que son más peligrosos para sus dueños que para el adver-
22 sario. Pero, ¡he aquí que tal vez sea la multitud de tropas de a pie y de a caballo la que os conmueve! En efecto, hasta ahora estáis acostumbrados a luchar con sólo un número reducido y es ahora por primera vez cuando vais a entablar combate con una multitud desordenada [832].
23 Testigo del valor invencible macedónico frente a muchedumbre de enemigos es el río Gránico y la Cilicia inundada de la ardorosa sangre de los persas y es testigo Arbelas cuyas llanuras han quedado alfombradas con los
24 huesos de aquellos a quienes hemos vencido. Habéis comenzado tarde a contar las legiones enemigas, después que a puro de victorias habéis convertido el Asia en un desierto. Teníais que haber pensado en nuestra pequeñez cuando navegábamos a través del Helesponto. Ahora los escitas forman parte de nuestra comitiva, los refuerzos bactrianos están a nuestra disposición, los dahas y los sogdianos lu-
25 chan codo a codo en nuestras filas. Pero no es en esta multitud en la que yo confío: mis miradas están fijas en vuestras manos y es vuestro valor el fiador y garante de las hazañas que tengo intención de llevar a cabo. Mientras en el campo de batalla os tenga a mi lado, no voy a andar contando las tropas ni de mi ejército ni del ejército enemigo. Vosotros mostradme —y eso me basta— un ánimo lle-
26 no de entusiamo y confianza. No estamos en el umbral de nuestra empresa y de nuestras penalidades sino en la recta final. Hemos llegado al punto en donde el sol se levanta y a la orilla del Océano; si la cobardía no

[831] Después de Gaugamelas.
[832] Evidentemente, en sentido irónico.

se nos cruza en el camino, después de haber sometido los últimos confines de la tierra volveremos, victoriosos, a la patria. No dejéis escapar de vuestras manos, por indolencia, como hacen los agricultores perezosos, los frutos maduros. Los premios son mayores que los peligros y la 27
región es, al mismo tiempo, rica y no belicosa [833]; por eso más que a la gloria, a donde os conduzco es al botín. Os merecéis llevar a vuestra patria las riquezas que aquel famoso mar deposita en las playas [834] y no dejar, por miedo, nada de lado y sin ponerlo a prueba. En nombre de voso- 28
tros mismos y en nombre de vuestra gloria por la que sobrepasáis la cima concedida al hombre, en nombre de mis merecimientos para con vosotros y de los vuestros para conmigo —rivalidad en la que ninguno, ni vosotros ni yo, hemos salido derrotados— os ruego y suplico que, cuando está a punto de poner su mano sobre el límite de empresas humanas, no abandonéis, no digo a vuestro rey, sino a vuestro discípulo y compañero de armas. Todo lo demás 29
os lo he ordenado: respecto a esto solo me consideraré vuestro deudor. Y os lo pido yo, que nunca di una orden sin que fuera el primero en arrostrar los peligros; yo, que muchas veces os protegí vuestra formación con mi escudo. No rompáis en mis manos la palma con la que, si no se opone la envidia, igualaré a Hércules y al Padre Líber. Conceded esto a mis súplicas y romped finalmente vuestro 30
obstinado silencio. ¿Dónde están aquellos vuestros famosos gritos, reveladores de vuestro entusiasmo? ¿Dónde el rostro de mis macedonios? Ya no os reconozco, ¡oh solda-

[833] Al principio de este capítulo, en 2-3, se había dicho lo contrario (véase, en la misma línea, ARRIANO, V 25, 1); pero una cosa es la realidad y otra la oratoria y la razón de Estado.
[834] Las perlas.

dos!, ni me parece que vosotros me reconocéis a mí. Hace ya mucho tiempo que vengo golpeando oídos sordos y que intento reavivar unos ánimos hostiles y abatidos».

31 Como ellos persistieran en seguir callados, con las cabezas agachadas, prosiguió: «Yo no sé qué delito cometí, sin saberlo, contra vosotros que no queréis ni dirigir siquiera hacia mí vuestras miradas. Me da la impresión de
32 encontrarme en un desierto. ¿A quiénes hablo? ¿Qué es lo que pido? Lo que tratamos de reivindicar es vuestra gloria y vuestra grandeza. ¿Dónde están aquellos a los que hace poco vi rivalizar en ser los primeros en acoger el cuerpo de su rey herido? He sido abandonado, suprimido, en-
33 tregado en manos de mis enemigos. Pero aunque sea solo proseguiré mi camino. Exponedme a los ríos y a las fieras y a aquellos pueblos cuyos nombres os aterrorizan: encontraré quienes me acompañen después que me hayáis abandonado. Los escitas y los bactrianos, hace poco enemigos
34 y ahora compañeros de armas, estarán a mi lado. Es preferible morir que tener un mando precario; ¡andad, volved a casa!; ¡marchad en triunfo después de haber abandonado a vuestro rey! Yo aquí encontraré el camino o de la victoria en la que vosotros no habéis confiado o de una muerte gloriosa».

3 Ni siquiera así pudo sacar una palabra a ninguno de los soldados. Éstos esperaban que los jefes y generales le hicieran saber al rey que, agotados como estaban por las heridas y las continuas penalidades, no se negaban a cumplir con su deber, pero que no tenían fuerzas para llevarlo a la práctica. Pero los oficiales, presas del pánico, tenían
2 su mirada clavada en el suelo. Así pues, al principio surgió espontáneamente un murmullo, después se elevaron incluso gemidos, y poco a poco comenzó a manifestarse con

más libertad el dolor, rompiendo la tropa a llorar, hasta el punto de que el rey, trocada su cólera en compasión, ni él mismo, aunque lo deseaba, pudo contener las lágrimas. Por fin, al dar toda la asamblea libre curso al llanto, 3
Ceno, en medio de la perplejidad general, osó acercarse a la tribuna, haciendo señas de que quería hablar. Los sol- 4
dados, al ver que se quitaba el casco (así es costumbre dirigirse al rey), comenzaron a exhortarle a que defendiera la causa del ejército. Entonces Ceno comenzó diciendo: 5

«¡Que los dioses aparten de nosotros pensamientos impíos! y, ciertamente, los mantienen apartados. El ánimo de tus soldados sigue siendo el que siempre ha sido: ir a donde les ordenes, luchar, arrostrar los peligros, inmortalizar entre la posteridad tu nombre a costa de nuestra sangre. Por consiguiente, si persistes en tu idea, incluso inermes y hasta desnudos y exangües te seguiremos a donde tú quieras o incluso te adelantaremos. Pero, si quieres oír 6
a tus soldados que te hablan no con doblez sino empujados por la necesidad más extrema, presta oídos propicios, te suplico, a los que, sin desfallecer un momento, han seguido tu mando y tus auspicios y que están dispuestos a seguirlos a dondequiera que te dirijas. ¡Oh rey!, tú has 7
vencido, con la grandeza de tus hazañas, no sólo a tus enemigos sino también a tus soldados. Hemos llevado a término todo aquello de lo que la naturaleza humana es capaz: hemos recorrido mares y tierras que hemos llegado a conocer mejor que sus mismos habitantes. Nos hemos 8
detenido casi en el último confín del orbe y tú te dispones a marchar a otro mundo cuando buscas una India desconocida incluso de los mismos indios. Deseas hacer salir de sus escondrijos y cubiles a gentes que viven entre fieras y serpientes, a fin de hacer resplandecer con tu victoria más tierras que las que el sol divisa. ¡Ideal ciertamente digno 9

de tu ánimo pero demasiado elevado para el nuestro! En
efecto, tu valor va siempre en aumento mientras que nues-
10 tras fuerzas están ya en declive. Dirige una mirada sobre
nuestros cuerpos exangües, acribillados por tantas heridas,
deformes por tantas cicatrices. Las armas ofensivas están
ya embotadas y las defensivas nos faltan. Nos vestimos
con indumentaria persa porque no pueden traerse de la
patria vestiduras nacionales y nos hemos rebajado hasta
11 vestirnos como extranjeros. ¿Cuántos poseen una coraza?
¿Quién tiene un caballo? Haz que se investigue a cuántos
les han seguido sus propios esclavos y qué es lo que le
queda a cada uno de su botín. Vencedores de todos, esta-
mos necesitados de todo. Y no nos vemos entre penalida-
des a causa de nuestro afán de lujo, sino que en la guerra
12 hemos consumido los recursos de la guerra [835]. Y este her-
mosísimo ejército, ¿lo vas arrojar, desnudo, a los pies de
los elefantes? Admitamos que los bárbaros exageran inten-
cionadamente su número, pero que el contingente es ele-
vado lo puedo deducir incluso de sus propias mentiras.
13 Ahora bien, si sigues decidido a penetrar en la India, la
región es menos dilatada por el sur; una vez sometida ésta,
podrás llegar a aquel mar que la naturaleza ha querido
14 establecer como término de las empresas humanas. ¿Por
qué intentas apoderarte de la gloria dando un rodeo cuan-
do la tienes al alcance de la mano? [836]. También aquí nos
encontraremos con el Océano; a no ser que prefieras andar
errante de un lado para otro, he aquí que hemos llegado

[835] Una descripción del lamentable estado en que se encontraba el ejército después de ocho años de campañas puede verse en DIODORO, XVII 94, 1 sigs.

[836] Indudablemente se trata de una exageración retórica; Alejandro tardó casi un año en recorrer aquel espacio.

a donde tu Fortuna te conduce. Yo por mi parte he prefe- 15
rido decir estas cosas en tu presencia a decírselas a éstos
cuando tú estuvieras ausente y ello no para granjearme el
agradecimiento del ejército que nos rodea sino para que
oyeras nuestras propias palabras más bien que nuestros sor-
dos lamentos».

Cuando Ceno terminó de hablar, surgió desde todas 16
partes un clamor y, al mismo tiempo, un llanto entre los
soldados que, con voces confusas, llamaban a Alejandro
rey, padre y señor. Y eran también otros oficiales, y muy 17
especialmente los de más edad (aquellos que por sus años
podían oponerse a seguir adelante sin perder su dignidad
y aquellos que tenían mayor autoridad) los que le dirigían
las mismas súplicas. Alejandro no podía ni castigar su 18
obstinación ni mitigar su propia cólera. Por ello, no sa-
biendo qué determinación tomar, bajó de un salto de la
tribuna y dio orden de que se cerrara la tienda real, no
permitiéndose el paso a nadie más que a sus íntimos.

Permaneció dos días sin dar tregua a su cólera; al ter- 19
cero salió de la tienda y ordenó levantar doce altares de
piedras cuadradas, como recuerdo de su expedición; igual-
mente hizo ampliar las defensas del campamento y dejar
unos lechos de dimensiones más grandes que las dimensio-
nes de un cuerpo humano: era su deseo agrandar la apa-
riencia de todas las cosas, preparando así para la posteri-
dad un falso motivo de admiración [837].

[837] Curcio no dice nada al respecto pero DIODORO, XVII 94, 3, informa de que Alejandro, al percatarse de la firme decisión de sus tropas de no secundar el plan de su rey, cayó en la cuenta de que lo mejor por el momento era ganarse la voluntad de sus soldados; para ello les dio permiso para saquear la región enemiga y distribuyó presentes y regalos entre las viudas y los huérfanos de los hombres caídos en campaña (información confirmada sólo por JUSTINO, XII 4, 2 sigs., de entre los historiadores de Alejandro).

20 Volviendo desde aquí sobre sus pasos, acampó junto al río Acesines [838]. Y sucedió que Ceno vino a caer enfermo en aquel lugar y murió; es cierto que el rey lamentó su muerte pero, no obstante, añadió, que para los pocos días que le quedaban de vida, Ceno había pronunciado un discurso bien largo, como si él solo fuera el que iba a ver
21 de nuevo Macedonia. Ya la flota que había mandado construir se encontraba en el agua [839]. Mientras tanto Memnón [840] había traído, como refuerzo, 5.000 jinetes desde la Tracia y, ofrecidos por Hárpalo [841], 7.000 infantes así

[838] En la vuelta sobre sus pasos, Alejandro llega al Hidaspes, río en torno al cual se van a desarrollar los acontecimientos de que se hace mención en los siguientes párrafos del texto. Curcio sigue la misma tradición que JUSTINO, XII 9, 1, y DIODORO, XVII 95, 3. Los ríos que tienen relación con los episodios mencionados en el texto y que acaban vertiendo sus aguas en el Indo son (de oeste a este): el Hidaspes, el Acesines, el Hiarotis/Hidroatis y el Hipasis (= Bias). El Hidaspes (en cuyas orillas Alejandro fundó las ciudades de Nicea y Bucéfala) desemboca en el Acesines por la derecha de este último, mientras que el Hiarotis y el Hipasis lo hacen por su izquierda. Por ello, o hay que pensar en un error de Curcio, confundiendo el Acesines con el Hidaspes, o hay que considerar que atribuye el nombre de «Acesines» al Hidaspes antes de que éste vierta sus aguas en aquél o se ha olvidado de narrar la marcha desde el Acesines al Hidaspes. De todas formas, en 4, 1, de este libro se habla taxativamente de la zona en que el Hidaspes desemboca en el Acesines. Sabemos por ARRIANO, V 29, 2-5, que Alejandro no se paró en el Acesines sino que volvió al Hidaspes, cerca de las ciudades de Nicea y Bucéfala, fundadas en su viaje de ida. Allí, junto al Hidaspes, murió Ceno y se preparó la flota.

[839] En el Hidaspes, no en el Acesines; véase ARRIANO, VI 1, 1.

[840] Según DOSSON, se trata de un personaje desconocido; BARDON piensa en un noble macedonio mombrado *strategós* de Tracia; promovió un levantamiento de esta región, lo que le valió la enemistad de Antípatro, quien aprovechó la oportunidad para alejarlo de Europa.

[841] Hijo de Macatas. Fue uno de los amigos de Alejandro que, junto con Ptolomeo, hijo de Lago, Nearco, hijo de Andrótimo, Erigio y Lao-

como 25.000 armaduras cinceladas en oro y plata. Alejandro distribuyó éstas entre la tropa e hizo quemar las viejas. 22
Estando a punto ya de lanzarse al Océano con sus 1.000 naves [842], restableció la paz, mediante lazos de parentesco, entre Poro y Taxiles, reyes indios, que se hallaban enfrentados por haber vuelto otra vez a sus antiguos odios y los dejó al frente de sus reinos después de haberse aprovechado de la preciosa ayuda de ambos en la construcción de la escuadra. Fundó, además, dos ciudades [843]; a una 23
de ellas la llamó «Nicea» y a la otra «Bucéfala», en memoria y renombre del caballo perdido. Dio orden de que 24
los elefantes y el bagaje le siguieran por tierra y él descendió navegando, siguiendo el curso del río; avanzaba cada día unos 40 estadios [844], a fin de que sus tropas pudieran

medonte, hijos de Larico, todos ellos personajes destacados de la expedición a Asia, sufrió el destierro a causa de su fidelidad al rey, con ocasión de las rencillas palaciegas promovidas por Atalo. ARRIANO, III 6, 4 sigs., nos cuenta cómo Hárpalo, vuelto del destierro, se unió a Alejandro y, no pudiendo tomar parte en la dura vida militar a causa de sus escasas fuerzas físicas, fue nombrado tesorero y guardián de las riquezas reales. Poco antes de la batalla de Iso, huyó con parte del tesoro; perdonado por Alejandro, fue puesto al frente de los tesoros de Ecbatana; también aquí disipó parte de las riquezas y, a la vuelta de Alejandro de la India, huyó a Atenas; expulsado de aquí, buscó refugio en Creta en donde, según DIODORO, XVIII 19, 2 y XVII 108, 8, fue asesinado por Thibron que era considerado como uno de sus amigos o, según PAUSANIAS, II 33, 4, por unos esclavos que le estaban aguardando o un macedonio llamado Pausanias. (Véase nota 956).

[842] Según ARRIANO, VI 2, 4 (que confiesa seguir a PTOLOMEO en este punto), el número total de naves de todo tipo era de 2.000 más 80 de 30 remos cada una. DIODORO, XVII 95, 5, da, como Curcio, un total de 1.000 naves.

[843] Estas ciudades habían sido fundadas, como se indicó en 1, 6 de este libro (véanse notas 815 y 838), a ambas orillas del Hidaspes, después de la victoria sobre Poro. (Véase ARRIANO V 19, 4).

[844] Cerca de 7 km. y medio.

desembarcar de cuando en cuando en los lugares que se
les presentaran apropiados.

4 Se había llegado a la región en la que el Hidaspes de-
semboca en el Acesines. Desde allí el río desciende al terri-
2 torio de los sibos. Éstos se vanaglorian de que sus antepa-
sados formaron parte del ejército de Hércules: al ser aban-
donados por encontrarse enfermos, habían ocupado el te-
3 rritorio que ahora poseían. Por vestidos llevaban pieles de
fieras y por armas, clavas; pero, a pesar de que las cos-
tumbres habían caído entre ellos en desuso, sin embargo
4 mostraban numerosas huellas de su origen. Alejandro de-
sembarcó y avanzó 250 estadios [845] y, tras devastar la re-
5 gión, se apoderó, mediante un asedio, de su capital. Otro
pueblo [846] había alineado 40.000 infantes en la orilla; Ale-
jandro atravesó el río y los puso en fuga. Aquéllos se ence-
rraron tras las murallas de su ciudad, que Alejandro tomó
al asalto. Los adultos fueron pasados por las armas y los
6 demás vendidos como esclavos. Intentó después tomar otra
ciudad pero, rechazado con extraordinaria violencia por
sus defensores, perdió muchos macedonios. Como Alejan-
dro perseverara en el asedio, los habitantes, sin esperanza
ya de salvación, prendieron fuego a sus casas y se arroja-
ron a las llamas en compañía de sus hijos y de sus mujeres.
7 Al tratar los sitiados de aumentar el incendio y los ene-
migos de apagarlo, surgió un nuevo tipo de combate: los
habitantes destruían su ciudad, los enemigos la defendían:
hasta tal punto la guerra trastrueca incluso las mismas le-
8 yes de la naturaleza. La ciudadela de la plaza estaba intac-

[845] Algo más de 46 km.

[846] JUSTINO, XII 9, 2, los llama «agensonas» y DIODORO, XVII 96, 3, «agalasses».

ta y en ella dejó Alejandro una guarnición; él mismo, con
unos navíos, dio una vuelta alrededor de la ciudadela;
tres ríos —los más caudalosos de toda la India si se excep-
túa al Ganges— concurren con sus aguas a la defensa de
la misma: por el norte se desliza el Indo; por el sur el
Acesines une sus aguas a las del Hidaspes [847]. Ahora bien, 9
la confluencia de tales ríos levanta unas olas semejantes
a las del mar; el limo, abundante y fangoso, que es remo-
vido incesantemente por el embate de las aguas, reduce
a un estrecho canal el paso libre a las naves; por ello, al 10
lanzarse repetidamente las olas y al golpear éstas por un
lado las proas, por otro los costados de las embarcaciones,
los marineros comenzaron a recoger las velas pero tanto
los embates de las olas como la vertiginosa rapidez de la
corriente impedían las maniobras. A la vista de todos, dos 11
de las embarcaciones mayores se fueron a pique; las más
ligeras, al no poder ser tampoco ellas gobernadas, fueron
arrojadas contra la orilla, aunque sin sufrir daño. El rey,
por su parte, vino a dar en unos remolinos vertiginosos
que, zarandeando la nave, la pusieron de costado, sin obe-
decer ya al timonel. Ya el rey se había desnudado con la 12
intención de arrojarse al río; sus amigos nadaban en las
cercanías dispuestos a recibirlo, pero tan peligroso parecía
echarse al agua como permanecer en la embarcación [848].

[847] Se trata de un error de Curcio (o de su fuente): el episodio que aquí se cuenta tuvo lugar en la confluencia del Hidaspes y del Acesines pero estos ríos —unidos ya bajo el nombre de Acesines— no desembocan en el Indo hasta mucho más al sur, unas 40 millas más abajo.

[848] DIODORO, XVII 97, 2, dice que el rey se quitó la ropa y saltó al agua, salvándose como pudo, dejándose entrever que sabía nadar, en contra de lo que dice PLUTARCO, *Alej.* LXVIII 6, según el cual el rey en una ocasión habría exclamado: «¡Desgraciado de mí!, ¿por qué no habré aprendido a nadar?».

13 En tales circunstancias se pusieron a remar en una emulación extraordinaria, empleando toda la fuerza humana posible en romper las olas que se les echaban encima. Se creería que el oleaje se abría y los remolinos retrocedían.
14 La nave, liberada de la corriente, no pudo sin embargo atracar en la orilla, sino que encalló en el bajo fondo más cercano. Se diría que con quien se había entablado la guerra era con el río [849]. Así pues, tras erigir tantos altares como ríos había y tras celebrar un sacrificio, avanzó 30 estadios [850].

15 Desde allí se llegó a la región de los sudracas [851] y de los malos, a los que, acostumbrados como estaban a luchar entre sí, la comunidad del peligro los había hecho sin embargo asociarse. Tenían un ejército de 90.000 jóvenes como tropa de infantería y, además, 10.000 jinetes y
16 900 carros [852]. Los macedonios, que creían que ya habían pasado todo tipo de peligros, al darse cuenta de que todavía les quedaba una nueva guerra con los pueblos más feroces de la India, aterrorizados por un miedo imprevisto, comenzaron a murmurar del rey con palabras sediciosas:
17 obligado Alejandro a renunciar al Ganges y a los territorios que estaban al otro lado, no había por ello puesto fin a la guerra sino únicamente la había cambiado de lugar; se veían enfrentados con pueblos indómitos con el fin de, al precio de su sangre, abrirle al rey el camino hacia el Océano; eran arrastrados más allá de las estrellas y del 18
sol y se veían obligados a hacer frente a regiones que la naturaleza había escondido a los ojos de los hombres. Ante sus armas ininterrumpidamente renovadas se alzaban nuevos enemigos; y aun suponiendo que derrotaran y pusieran en fuga a todos ellos, ¿qué premios les aguardaban?: la oscuridad y las tinieblas y una noche perpetua recostada sobre el mar profundo; un mar repleto de bestias monstruosas, aguas estancadas en las que la naturaleza, moribunda, viene a languidecer.

El rey, preocupado no por su propia ansiedad sino por 19
la que le producían sus soldados, reunió la asamblea y les informó de que los enemigos que provocaban su temor no constituían en realidad una nación belicosa: además, aquel pueblo era el único obstáculo que les restaba por franquear para, tras recorrer la extensión de las tierras, llegar al final del mundo y, al mismo tiempo, al final de sus penalidades. Ante el temor de ellos, había cedido frente al Ganges y 20
la multitud de naciones que se extendían al otro lado del río, y había desviado el camino hacia donde la gloria era igual y el peligro menor. El Océano estaba ya a la vista 21
y llegaba hasta ellos la brisa del mar; que no tuvieran celos de la gloria a la que él aspiraba: ellos habrían superado los límites de Hércules y del Padre Líber y con un pequeño sacrificio otorgarían a su rey una gloria inmortal; que consintieran en que su marcha de la India fuera un regreso, no una huida.

Toda muchedumbre, y más una formada por soldados, 22
se deja llevar por impulsos inestables; por eso, poner fin a una sedición no es más difícil que hacerla brotar. En nin- 23
guna otra ocasión el ejército había prorrumpido en un cla-

[849] Diodoro, XVII 97, 3, recuerda expresamente que Alejandro había tenido que luchar con un río lo mismo que lo había hecho Aquiles (véase *Ilíada* XXI 228-382).

[850] Unos 5 km. y medio.

[851] Este nombre presenta diversas variantes según los distintos autores: «sydracas» en Diodoro, XVII 98, 1, y Estrabón, XV 1, 8; «sugambros» en Justino, XII 9, 3; «oxydracas» en Arriano, VI 4, 3. Este pueblo se extendía entre Râvi y Sutlej.

[852] Según Justino, XIII 9, 3, las tropas eran 80.000 de infantería y 60.000 de caballería (lo que parece un despropósito). Según Diodoro, XVII 98, 1, 80.000 de infantería, 10.000 de caballería y 700 carros.

mor tan entusiasta pidiendo al rey que los condujera a la batalla con el beneplácito de los dioses y que con su gloria igualara a los que trataba de emular [853]. Complacido por estas aclamaciones, levantó el campamento inmediatamente, dirigiéndose hacia el enemigo.

24 Se trataba de unos pueblos los más valerosos de la India; se preparaban para la guerra con toda diligencia y habían elegido como caudillo a un sudraca de reconocido valor. Éste acampó al pie de una montaña e hizo encender hogueras a lo largo de una extensa zona con el fin de hacer creer que se trataba de un ejército mayor que el que tenía e intentó, aunque en vano, aterrorizar a los macedonios, entregados al descanso, con gritos y aullidos, según la cos-
25 tumbre local. Al despuntar el alba, Alejandro, lleno de confianza y de esperanza, ordenó a sus soldados, entusiasmados, tomar las armas y alinearse en formación de combate; pero los bárbaros, no se sabe si por miedo o debido a un motín surgido entre ellos, lo cierto es que al instante
26 se dieron a la fuga. De lo que no hay duda es que se refugiaron en unas montañas impracticables e inaccesibles; el rey los persiguió en vano y se apoderó de sus bagajes.

Se llegó después a una plaza fuerte de los sudracas [854] en la que la mayor parte habían buscado refugio con no
27 mayor confianza en las murallas que en las armas. Ya se disponía el rey a atacar, cuando un adivino se puso a aconsejarle que no emprendiera el asedio o que, al menos, lo
28 pospusiera, pues preveía que su vida corría peligro. El rey,

[853] A Hércules y al Padre Líber, de los que acaba de hacer mención en el párrafo 21.

[854] Como dice ARRIANO, VI 11, 3, que se confiesa en desacuerdo con la tradición, no se trata de una ciudad de los sudracas sino de los malos; igualmente, PLUTARCO, *Alej.* LXIII 2 sigs.

clavando su mirada en Demofonte [855] —éste era el adivino—, le dijo: «Si alguien te interrumpiera así mientras estás dedicado a tu arte, contemplando las vísceras, no tengo la menor duda de que te parecería importuno y molesto». Y como Demofonte le contestara que así sería, 29
en efecto, le respondió Alejandro: «¿Y piensas que, mientras tengo ante la vista no las entrañas de unos animales sino una empresa tan grande, puede haber algo más importuno que un adivino presa de su superstición?». Y, sin 30
detenerse más de lo que era necesario para dar esta respuesta, ordenó adosar las escalas y, en medio del titubeo general, se lanzó hacia lo alto de la muralla [856]. La cornisa del muro era estrecha; su cresta no estaba coronada, como en otras defensas, por almenas sino que un parapeto continuo cortaba el paso. En consecuencia, el rey estaba en po- 31
sición más inestable que firme sobre la cornisa, rechazando con su escudo los dardos que desde todas partes le dirigían, pues era el blanco general de las flechas lanzadas 32
desde las torres. Sus soldados no podían deslizarse hasta él porque desde arriba eran abrumados por una lluvia de proyectiles. Por fin su sentido del honor superó la magnitud del peligro, pues se daban cuenta de que con su indeci-

[855] La intervención de Demofonte es contada también por DIODORO, XVII 98, 3: muchos prodigios desaconsejaban la intervención de Alejandro en el asalto a esta plaza. ARRIANO, VII 26, 2, informa de que, según los diarios reales (*Efemérides*), Demofonte formaba parte del grupo (junto con Pitón, Atalo, Peucestes, Cleomenes, Menidas y Seleuco) que más tarde consultó al dios Serapis (= Marduk), en Babilonia, sobre si era mejor que Alejandro, enfermo, fuera llevado al templo para ser curado por el dios. (La respuesta —muy lógica y realista, dado el estado del enfermo— fue que era preferible que se quedase donde estaba).

[856] Según ARRIANO, VI 9, 3, junto con el rey subieron, por la misma escala, Peucestes y Leonnato y, por otra distinta, Abreas; después el rey se quedó solo, separado de sus compañeros.

sión estaban poniendo a su rey en manos de los enemigos.
33 Pero su misma prisa retardó el auxilio, pues al rivalizar
unos con otros, queriendo ser los primeros en subir, apli-
caron demasiado peso a las escalas; éstas no fueron capa-
ces de resistirlo y, al venirse a tierra los escaladores, priva-
ron al rey de la única esperanza que le quedaba. En efecto,
se encontraba de pie, a la vista de un ejército tan numero-
so, como abandonado en un desierto.

5 Ya tenía agotado el brazo izquierdo con el que hacía
girar el escudo para parar los tiros y sus amigos le gritaban
que saltara en medio de ellos, preparados para recogerlo,
cuando llevó su osadía a realizar una hazaña increíble e
inaudita, más apropiada para granjearle fama de temeri-
2 dad que de gloria: dando un salto en el vacío se precipitó
dentro de la ciudad llena de enemigos, no pudiendo tener
otra esperanza que la de morir con las armas en la mano
y la de ser vengado por los suyos; en efecto, antes de que
se levantara del suelo, podía ser asaltado y apresado vivo;
3 pero afortunadamente balanceó el cuerpo de manera que
vino a caer de pie y así, derecho, comenzó a luchar, de-
biendo a la fortuna la circunstancia de no poder ser rodea-
4 do por los enemigos. Había no lejos de la muralla un año-
so árbol que ofrecía sus ramas, revestido de abundante fo-
llaje, como si aposta quisiera proteger al rey [857]. Alejandro
adosó su espalda al corpulento tronco del árbol a fin de
no ser cercado y con su escudo se defendía de los proyecti-
5 les que se le lanzaban, en masa, de frente, pues, aunque
eran tantos los brazos que, desde lejos, intentaban abatir-
lo, sin embargo nadie se atrevía a acercarse y los proyecti-

[857] Diodoro, XVII 99, 2 y Justino, XII 9, 9, mencionan la favorable circunstancia del árbol que se alzaba junto a la muralla, pero ni Plutarco, *Alej.* LXIII, ni Arriano, VI 9, hacen ninguna alusión al mismo.

les caían en mayor cantidad sobre las ramas que sobre el
escudo. Luchaban a favor del rey, antes que nada, la gloria 6
de un nombre prestigioso y, después, la desesperación, que
es un gran estímulo a la hora de morir honrosamente.
Pero, al acudir sin cesar nuevos enemigos, ya Alejandro 7
había recibido en el escudo una gran cantidad de proyecti-
les, ya las piedras habían abierto una brecha en su casco,
ya las rodillas, agobiadas por el esfuerzo, le flaqueaban.
Por eso, los que estaban más cerca, temerariamente y sin 8
tomar las debidas precauciones, arremetieron contra el rey,
pero éste les hizo frente con la espada de tal manera que
a dos de ellos los hizo caer, sin vida, a sus pies. A partir
de este momento, ningún otro tuvo el valor de atacarle
de cerca sino que los dardos y flechas se los arrojaban
desde lejos. Alejandro, expuesto como estaba a todos los 9
tiros, no por ello se defendía mal, dejándose caer de rodi-
llas, hasta que un indio le arrojó una flecha de dos codos
de largo (como lo hemos hecho notar más arriba [858], las
flechas indias eran así de largas) de tal manera que, atrave-
sándole la coraza, se vino a clavar un poco por encima
del costado derecho. Postrado por esta herida y ante la 10
pérdida de abundante sangre, dejó caer sus armas; como
si estuviera para morir, estaba hasta tal punto desfallecido
que sus manos no tenían fuerza ni siquiera para arrancarse
la flecha. A la vista de esto, el que le había herido, dando 11
saltos de alegría, acudió corriendo a despojarlo. Al darse
cuenta el rey de que ponían las manos sobre su cuerpo,
conmovido, pienso, por el ultraje de esta suprema ignomi-
nia, hizo un llamamiento a su espíritu que ya le estaba
abandonando y, alzando su espada, la hundió en el costa-
do, desguarnecido, del enemigo. Al lado de rey yacían, 12

[858] Véase VIII 9, 28. El codo tenía cerca de 44 cm.

tendidos, tres cadáveres mientras los demás enemigos, estupefactos, se mantenían a distancia. Con el fin de, antes de rendir el último suspiro, caer luchando, intentó levan-
13 tarse apoyándose en el escudo, y, al comprobar que no le quedaban fuerzas para llevar a cabo este esfuerzo, trataba de levantarse agarrándose con la derecha a las ramas que colgaban sobre su cabeza y, al no obedecerle ni siquiera así las fuerzas corporales, se dejó caer de rodillas, provocando con la mano a los enemigos a ver quién tenía el valor de entablar combate con él.

14 Finalmente, después de barrer de defensores otra parte de la muralla y siguiendo las huellas del rey, se presentó
15 de improviso Peucestes [859]. Al verlo Alejandro, pensando que lo que llegaba era no una esperanza de vida sino un consuelo en la muerte, se dejó caer, agotado, sobre su escudo. Después hicieron su aparición Timeo [860] y, poco des-
16 pués, Leonnato y, a continuación, Arístono [861]. También los indios, al darse cuenta de que el rey estaba dentro de

[859] Hijo de Alejandro de Mieza. En pago a la valerosa ayuda que en esta circunstancia presta a Alejandro, éste le admitirá en el número de sus guardias de corps. (Véase nota 901). Tomó parte en las luchas entre los generales de Alejandro con motivo de la división del Imperio.

[860] Personaje desconocido. PLUTARCO, *Alej.* LXIII 7, lo llama «Linmeo».

[861] Hijo de Peisaios de Pela. A la muerte de Alejandro, y en la contienda sobre quién debía ser su sucesor, Arístono —según cuenta el mismo Curcio en X 6, 16— defendió la candidatura de Perdicas. ARRIANO no menciona a Arístono; cuando habla de los que, junto con el rey, se lanzaron a las escalas para subir a lo alto de la muralla, cita a Peucestes, Leonnato y Abreas, y cuando hace mención de los que protegieron a Alejandro con sus escudos deja constancia de que todos los testimonios antiguos están de acuerdo en que uno de ellos era Peucestes pero que no están de acuerdo sobre el otro; según unos, sería Leonnato, según otros, Abreas.

las murallas, desentendiéndose de todos los demás, acudieron allí y acosaron a los defensores de Alejandro. De entre éstos Timeo cayó después de haber recibido, de frente, numerosas heridas y tras librar un glorioso combate; Peuces- 17
tes, a pesar de encontrarse también atravesado por tres flechas, no se protegía sin embargo a sí mismo con el escudo sino al rey; Leonnato, herido gravemente en la cabeza al rechazar un violento asalto de los bárbaros, vino a caer medio muerto a los pies de Alejandro [862]. Ya Peucestes, 18
igualmente agotado por las heridas, había dejado caer el escudo. La última esperanza radicaba en Arístono, pero éste, herido asimismo de gravedad, no podía seguir haciendo frente por más tiempo a tan gran cantidad de enemigos. Mientras tanto llegó a oídos de los macedonios el rumor 19
de que Alejandro había muerto y lo que a otros hubiera llenado de terror, a ellos los envalentonó. En efecto, olvidándose de todo miedo, a golpes de dolabra [863] perforaron la muralla y, por el boquete abierto, irrumpieron en la ciudad dando muerte a los indios de los que eran más los que se dedicaban a huir que los que se atrevían a entablar combate. No se perdonó ni a ancianos ni a mujeres ni a 20
niños, pensando que cualquier persona que se encontraban al paso podía haber sido la que había dado muerte al rey; finalmente con el exterminio de los enemigos dieron satisfacción a su justa cólera.

Clitarco y Timágenes [864] informan de que Ptolomeo, 21
que después llegó a ser rey [865], tomó parte en esta batalla;

[862] Pero no murió; de él se vuelve a hablar en 10, 6 de este mismo libro.

[863] Se trataba de una herramienta que era, al mismo tiempo, hacha y pico.

[864] Sobre estos dos historiadores, véase lo que se ha dicho de ellos en la «Introducción».

[865] De Egipto. Véase X 10, 1.

pero el mismo Ptolomeo, que indudablemente no iba a oponerse a su propia gloria, dejó constancia de que no estuvo presente por haber sido enviado a una expedición: ¡tan grande fue la despreocupación o —lo que es un defecto tan grave como éste— la credulidad de los que recogieron los documentos de la historia antigua! [866].

22 El rey fue llevado a su tienda y los médicos cortaron la madera de la flecha clavada en su cuerpo de modo que
23 la punta metálica no se moviera. Al desnudarlo después, comprobaron que el dardo tenía garfios y que la única manera de extraerlo sin grave riesgo era ensanchando la heri-
24 da mediante una incisión, pero temían que, al hacerlo, sobreviniera una hemorragia, ya que el dardo clavado era enorme y daba la impresión de que había penetrado hasta
25 las vísceras. Critóbulo [867], médico de sobresaliente habilidad pero aterrorizado ante una situación tan crítica, no se atrevía ni a poner sus manos sobre el herido ante el temor de que recayera sobre su cabeza el fracaso de la
26 operación. El rey, al verlo con lágrimas en los ojos, lleno de miedo y lívido de preocupación, le dijo: «¿Qué es lo que esperas y hasta cuándo vas a aguardar sin decidirte a librarme cuanto antes de este dolor, dado que voy a morir? ¿O acaso temes ser acusado de haber recibido yo una
27 herida incurable?». Finalmente Critóbulo, desaparecido o disimulado su miedo, le exhortó que se dejara inmovilizar mientras le extraía el casquillo: incluso un ligero movimiento
28 podía ser fatal. El rey le aseguró que no había ninguna

[866] Sobre la actitud de Curcio ante sus fuentes, véase, por ejemplo, 1, 34 de este mismo libro y X 10, 11, aunque no siempre él se vio libre de la «credulidad» que aquí critica.

[867] Había sido ya médico de Filipo. Según ARRIANO, VI 11, 1, sería Critodemo, médico originario de Cos, quien extirpó el hierro y curó a Alejandro.

necesidad de que lo inmovilizaran y, tal como le había sido recomendado, puso su cuerpo, inmóvil, en manos del médico. Cuando la herida fue ensanchada y arrancada la punta, he aquí que se produjo una enorme hemorragia; el rey se desmayó, los ojos se le nublaron y quedó tendido
como moribundo. Al no poderse detener la hemorragia por 29
ningún medio, los amigos del rey comenzaron a gritar y a llorar creyendo que éste había muerto. Por fin la sangre dejó de manar, el rey fue recobrando el conocimiento y comenzó a reconocer a los circunstantes.

Durante todo aquel día y la noche que siguió, el ejérci- 30
to, en armas, puso cerco a la tienda del rey, prueba evidente de que todos vivían por su respiración y no se retiraron hasta que se les informó de que Alejandro dormía, descansando un poco, volviéndose ellos al campamento con una más segura esperanza de su curación.

La herida, aunque sin llegar a cicatrizar, curó en siete 6
días y el rey, al enterarse de que había tomado cuerpo entre los bárbaros el rumor de su muerte, dio orden de que se ensamblaran dos embarcaciones y de que en medio fuera colocada una tienda que pudiera ser divisada desde todas partes y desde la que pudiera mostrarse a los que creían que había muerto. Los indígenas, al verlo, perdieron la esperanza que con la falsa noticia habían concebido.
Después se deslizó río abajo, adelantándose un corto espa- 2
cio al resto de la flota, a fin de que el reposo, todavía necesario a su cuerpo extraordinariamente débil, no se viera turbado por el batir de los remos. Al cuarto día de 3
navegación, llegó a una región abandonada por sus habitantes pero rica en trigo y ganado. Este lugar le pareció apropiado para su propio descanso y el de la tropa. Era 4
costumbre de los amigos íntimos del rey y guardias de corps

velar ante la tienda real cada vez que aquél se encontraba
enfermo. Siguiendo esta vez también esta costumbre, en-
5 traron todos en la cámara del rey. Éste, preocupado por
si eran portadores de alguna mala nueva, al verlos entrar
a todos juntos, les preguntó si venían a anunciarle la llega-
6 da repentina del enemigo, pero Crátero, al que se le había
encomendado hacer llegar al rey las súplicas de sus ami-
gos, le dijo: «¿Crees acaso que la llegada del enemigo, aun-
que estuviera ya con un pie sobre la empalizada, nos iba
a inquietar más que la preocupación por tu salud que,
como se ve, a ti personalmente te tiene sin cuidado?
7 Sea cual sea la muchedumbre de todo tipo de pueblos que
conspire contra nosotros, que llene de armas y de soldados
el universo todo, que alfombre de escuadras los mares, que
alinee en combate fieras nunca vistas, tú nos convertirás
8 en invencibles. Pero, ¿qué divinidad nos puede prometer
que va a durar mucho tiempo esta columna y esta estrella
de Macedonia, cuando tú te arriesgas con tanto ardor ante
peligros manifiestos, olvidando que arrastras a la ruina
9 tantas vidas de conciudadanos? En efecto, ¿quién de noso-
tros desea o puede sobrevivir? Siguiendo tus auspicios y
tu mando, hemos llegado a un punto desde donde, si no
es guiándonos tú mismo, ninguno puede volver a la patria.
10 Y si lucharas todavía con Darío por la posesión del trono
de Persia, nadie, aunque lo desaprobara, dejaría de admi-
rar tu audacia tan dispuesta a arrostrar cualquier tipo de
peligros: cuando el peligro y el premio andan equiparados,
no solamente el fruto es más considerable en el éxito sino
11 que también el consuelo es mayor en la adversidad. Ahora
bien, que pagues con tu vida la conquista de una aldea
despreciable, ¿quién no sólo de tus soldados sino incluso
cualquiera de los habitantes de una nación bárbara que
12 conozca tu grandeza lo podría soportar? Me siento horro-

rizado al pensar en el espectáculo del que poco ha hemos
sido testigos. Me da miedo decir que unas manos, las más
cobardes, habrían profanado los despojos de tu cuerpo in-
vencible si, después de habernos sido arrebatado, la fortu-
na, compadeciéndose de nosotros, no te hubiera salvado.
Cuantos no hemos podido seguirte somos, todos, otros 13
tantos traidores, otros tantos desertores. Aunque taches de
deshonor a todos tus soldados, ni uno solo se negará a
sufrir el castigo debido por una culpa que no estuvo en
su mano dejar de cometer. Consiente, te lo suplico, en mos-
trarnos tu desdén de manera distinta; iremos a donde nos
mandes. Pedimos para nosotros los peligros sin brillo y 14
los combates sin renombre; tú resérvate para aquellas em-
presas que están a la altura de tu grandeza. La gloria se
marchita pronto con enemigos oscuros y nada hay más in-
digno que consumirla allí donde no puede brillar».

Ptolomeo vino a decir más o menos lo mismo y pareci- 15
do los demás y ya con voces confusas y con lágrimas en
los ojos le suplicaron que pusiera límite a su deseo de
gloria, saciado como estaba ya, y que mirara por su pro-
pia salud que en realidad venía a ser la salud de todos.
Al rey le agradó la devoción demostrada por sus amigos 16
y así, después de abrazarlos uno a uno con más familiari-
dad que de ordinario, les invitó a tomar asiento y, remon-
tándose en el tema más lejos, les dijo: «A vosotros, los 17
más fieles y los más devotos de mis conciudadanos y ami-
gos, os estoy profundamente agradecido no sólo porque
anteponéis mi salud a la vuestra sino porque desde el inicio
de la guerra no habéis dejado pasar ninguna prueba, nin-
guna muestra de cariño hacia mí, hasta el punto de que
me veo obligado a confesar que nunca la vida me ha sido
tan querida como ha comenzado a serlo ahora en mi deseo
de disfrutar de vosotros por largo tiempo; pero los pensa- 18

mientos de los que desean morir por mí no son los mismos que los míos, pues pienso que precisamente ese vuestro cariño me lo he granjeado yo con mi valor; vosotros, en efecto, lo que deseáis es obtener de mí un fruto duradero, tal vez hasta eterno: yo, a la hora de medirme, no me mido por la extensión de la edad sino por la de la gloria.

19 Yo pude muy bien, contentándome con los bienes de mi padre, sin salir de las fronteras de Macedonia, aguardar, en medio de la ociosidad, la llegada de una vejez sin brillo y sin gloria, aunque ni siquiera los indolentes pueden disponer a su albedrío de su destino y muchas veces una muerte prematura sorprende a los que consideran que el único bien consiste en vivir mucho tiempo. Pero yo, que cuento no los años sino las victorias, si no me equivoco al echar las cuentas de los beneficios de la fortuna, me
20 encuentro con que he vivido ya mucho tiempo. Al principio era rey sólo de Macedonia; ahora tengo la hegemonía sobre la Grecia, he sometido la Tracia y la Iliria y me obedecen los tribalos [868] y los medos [869]; poseo el Asia desde la zona bañada por el Helesponto hasta la bañada por el mar Rojo [870] y ya estoy a dos pasos de los confines del mundo; una vez traspasados, he decidido abrir un camino
21 hacia una nueva naturaleza, hacia un nuevo mundo. En el espacio de una sola hora he pasado del Asia a los confines de Europa [871]. Vencedor de ambas regiones, después de nueve años de reinado y a mis 28 de vida [872], ¿os parece

868 Pueblo que habitaba la Mesia.

869 Habitantes de la Tracia; en latín, *Maedi,* que no hay que confundir con los «Medi» de la Persia.

870 Aquí, el océano Índico. Véase VIII 9, 14 y nota 41.

871 Al atravesar el Tanais (que, según los antiguos, separaba Europa de Asia), en seguimiento de los escitas. Véase VII 7, 13 y 9, 4 sigs.

872 Dado que los acontecimientos narrados en el texto sucedieron en

acaso que puedo cejar en la búsqueda de la gloria a cuyo único fin me he consagrado? No me echaré para atrás y dondequiera que empuñe la espada creeré que lucho sobre el teatro del mundo. Otorgaré la celebridad a lugares des- 22
conocidos y abriré, en beneficio de todos los pueblos, tierras que la naturaleza hasta ahora había mantenido apartadas. Morir en esta misión, si así lo quiere el destino, es una hermosa empresa. Procedo de una estirpe que me obliga a desear, más que una vida larga, una vida intensa. Pensad, os lo suplico, que hemos llegado a unas tierras 23
que su mayor timbre de gloria se lo deben al arrojo de una mujer. ¡Qué ciudades fundó Semíramis! ¡Qué pueblos sometió a su poder¡ !Qué de empresas llevó a cabo! ¡Todavía no hemos igualado la gloria de una mujer y ya nos sentimos saciados de gloria! Con el favor de los dioses to- 24
davía son mayores las hazañas que nos quedan por realizar; pero las cosas a las que todavía no hemos tenido acceso serán nuestras sólo en el caso de que no estimemos como pequeño aquello que es susceptible de ofrecer una ocasión para alcanzar gran gloria. Vosotros no os preocupéis más que de mantenerme a salvo de las emboscadas internas y de las asechanzas domésticas, que yo arrostraré, impávido, los peligros de la guerra y de Marte. Filipo se 25
encontró más seguro en el campo de batalla que en un teatro [873]: no fueron pocas las veces que se libró de las manos de sus enemigos, pero no pudo escapar a las de sus súbditos. Si pasáis revista también a las muertes de otros

el verano del año 326, Alejandro en aquel momento tenía 30 años (había nacido en el 356) y llevaba 10 años de reinado.

873 Filipo fue asesinado por el joven Pausanias cuando se dirigía al teatro donde iba a asistir a los Juegos que se iban a celebrar con motivo de la boda de su hija, Cleopatra, con Alejandro, rey del Epiro. Diodoro cuenta la escena en XVI 94, 1 sigs. (Véase VII 1, 6 y nota 527).

reyes, os encontraréis con que han sido más los que han
muerto a manos de sus conciudadanos que a manos de
sus enemigos.
26 Por lo demás, puesto que ahora se me presenta la
acasión de haceros conocer un proyecto por mucho tiempo
por mí acariciado, consideraré como la recompensa más
preciada a mis penalidades y a mis hazañas el que mi ma-
dre Olimpíade, cuando muera, reciba la consagración de
la inmortalidad. Si se me ofrece la oportunidad, yo mismo
procederé a otorgársela, pero si el destino me llama a mí
antes que a ella, recordad que yo os lo he encargado».
Y, después de dirigirles tales palabras, despidió a sus ami-
gos, pero durante varios días mantuvo allí su campamento.

7 Mientras estas cosas sucedían en la India, los soldados
griegos que recientemente el rey había enviado a fundar
unas colonias en los alrededores de Bactras [874], tras una
discordia surgida entre ellos, se habían rebelado no tanto
por enemistad con Alejandro como por temor al castigo.
2 En efecto, después de haber asesinado unos cuantos com-
patriotas, los más fuertes comenzaron a pensar en una re-
belión armada y, tras apoderarse de la ciudadela de Bac-
tras que casualmente estaba poco protegida, empujaron a
los bárbaros a unirse a la rebelión.
3 El caudillo de los rebeldes era Atenodoro [875], que
incluso había adoptado el título de rey no tanto por afán
de mando como por deseo de volver a la patria con
4 aquellos que reconocían su autoridad. A Atenodoro le
puso una emboscada un tal Bitón, griego también, pero

[874] Según Diodoro, XVII 99, 5, los griegos que habían sido estableci-
dos como colonos en la Bactriana y en la Sogdiana.
[875] Como Bitón y Boxo, de los que se hace mención a continuación
en el texto, se trata de un personaje desconocido.

enemigo suyo por motivos de rivalidad, quien, habiéndole
invitado a un banquete, le hizo asesinar en la mesa por
medio de un bactriano llamado Boxo. Al día siguiente, 5
convocada la asamblea, Bitón consiguió convencer a la ma-
yoría de que Atenodoro, sin mediar provocación alguna,
había urdido una emboscada contra él, pero otros sospe-
charon la traición de Bitón y la sospecha comenzó a
abrirse paso entre cada vez más gente. En consecuencia, 6
los soldados griegos tomaron las armas con intención de
asesinar a Bitón si se les presentaba la oportunidad, pero
sus jefes apagaron la cólera de la multitud. Bitón, escapa- 7
do del peligro presente en contra de lo que él mismo espe-
raba, poco después puso una emboscada a los que le ha-
bían salvado la vida, pero su traición fue descubierta y
fue arrestado en compañía de Boxo. En cuanto a este 8
último, se tomó la decisión de darle muerte inmediatamen-
te, pero por lo que se refería a Bitón debía morir en el
tormento, y ya lo estaban aproximando a los instrumentos
de tortura, cuando los griegos, sin que se supiera por qué,
corrieron como locos a tomar las armas. Al oír la algara- 9
bía, los que habían recibido la orden de someter a tortura
a Bitón lo soltaron, temiendo, por los gritos de los suble-
vados, que no les iban a dejar llevar a cabo su obra.
Bitón, desnudo como estaba, fue en busca de los griegos, 10
y su aspecto, digno de lástima, de condenado al suplicio,
provocó de repente un profundo cambio en los ánimos de
los griegos, que ordenaron que fuera puesto en libertad.
Salvado de este modo del castigo por dos veces, volvió 11
a la patria junto a los otros compañeros que abandonaron
las colonias otorgadas por el rey. Éstos fueron los sucesos
acaecidos en los alrededores de Bactras y de los confines
de los escitas.

12 Mientras tanto llegaron a presencia de Alejandro cien
legados de los dos pueblos de los que antes hemos habla-
do [876]; todos ellos, de una talla verdaderamente excepcio-
nal, iban en carros y vestían suntuosamente: vestiduras de
13 lino bordadas en oro y con adornos de púrpura. Decían
que sometían al rey sus propias personas, sus ciudades y
sus campos: iban a entregar por primera vez a su lealtad
y a su dominio una libertad que habían conservado invio-
lada a lo largo de tantas generaciones; los dioses, y no
su propio miedo, eran los que les habían movido a la ren-
dición, ya que se sometían al yugo cuando sus fuerzas
14 estaban todavía intactas. El rey, tras deliberar, los recibió
en sumisión, imponiéndoles el tributo que ambos pueblos
venían pagando a los aracosios [877] y además les exigió 2.500
jinetes, condiciones todas que los bárbaros aceptaron.
15 A continuación invitó a un banquete a los legados y a los
reyezuelos e hizo que les fuera aderezado un suntuoso fes-
tín. Fueron colocados cien lechos de oro con pequeños in-
tervalos entre uno y otro; alrededor de ellos colgaban unos
tapices resplandecientes de oro y púrpura: Alejandro quiso
hacer ostentanción en aquel banquete de toda la corrup-
ción que entre los persas era fruto de su antigua suntuosi-
dad y entre los macedonios de su reciente transformación,
entremezclando los vicios de ambos pueblos. Tomaba par-
16 te también en el banquete el ateniense Dioxipo [878], un púgil

[876] Es decir, los malos y los sudracas, como lo dice expresamente ARRIANO, VI 14, 1.

[877] Esto no se compagina con «la libertad que habían conservado inviolada a lo largo de tantas generaciones», de la que se acaba de hacer mención. Por otra parte, los aracosios eran tributarios de los persas y se hallaban muy distantes de los malos y sudracas, de los que estaban separados por el Indo y el Acesines.

[878] Había conseguido una victoria en los Juegos Olímpicos, probablemente en el año 336.

famoso que, debido a su extraordinaria fuerza física,
era ya conocido y apreciado incluso del rey. Los envi-
diosos y malintencionados, medio en broma medio en
serio, le echaban en cara que iba tras el ejército como
un animal bien cebado y que, mientras los demás entraban
en combate, él, bien embadurnado de aceite, preparaba
su estómago para el festín. Durante el banquete, el mace- 17
donio Horratas [879], ya borracho, comenzó a dirigirle estas
mismas acusaciones y a desafiarle a que, si era hombre,
mantuviera un duelo a espada con él al día siguiente: en-
tonces finalmente el rey podría juzgar o de su propia
temeridad o de la cobardía de Dioxipo. Éste, burlándose 18
despectivamente de lo que no era más que una fanfarrona-
da de soldado, aceptó el desafío y, al día siguiente, el rey,
como los contendientes pidieran con más ardor aún el com-
bate, al ver que no podía hacerles desistir de su idea, con-
sintió en que se celebrara el desafío.

Una gran cantidad de soldados, entre los cuales se 19
encontraban los griegos, estaban del lado de Dioxipo. El
macedonio se había revestido de las armas reglamentarias:
en la mano izquierda, un escudo de bronce y una lanza
denominada «sarisa» [880]; en la derecha, una pica [881] y, en
la cintura, una espada, como si fuera a combatir con
varios enemigos a la vez. Dioxipo, resplandeciente de acei- 20
te y con una corona en la cabeza, llevaba en la izquierda
un pequeño manto de púrpura y, en la derecha, un garrote

[879] DIODORO, XV 100, 2, lo llama «Córago» y dice de él que tenía unas fuerzas físicas extraordinarias y se había distinguido en numerosas ocasiones en el campo de batalla.

[880] La «sarisa» de los soldados de a pie medía alrededor de 6 m.; la de los jinetes era más corta.

[881] El término «lancea», vago, parece designar una pica más corta que la «sarisa».

resistente y nudoso. Esto era precisamente lo que mantenía en vilo, expectantes, los ánimos de todos: entablar combate, desnudo, con un rival armado parecía no una temeri-
21 dad sino una locura. Así pues, el macedonio, no dudando de que podía dar muerte a su rival a distancia, arrojó contra Dioxipo su pica; éste, con un ligero quiebro, evitó el golpe y, antes de que Horratas pasara la «sarisa» a la mano derecha, dio un salto y de un garrotazo se la partió
22 por la mitad. Al verse privado de ambos proyectiles, el macedonio se disponía a desenvainar la espada pero Dioxipo se le adelantó: lo cogió por la cintura y, poniéndole la zancadilla, lo arrojó al suelo; le arrebató la espada, le puso el pie sobre el cuello y, blandiendo su garrote, se disponía ya a aplastar al vencido, si no hubiera sido porque el rey se lo impidió.

23 El resultado del espectáculo no sólo desagradó a los macedonios sino también al propio Alejandro, sobre todo porque los bárbaros habían sido testigos del mismo: en efecto, temía que el tan celebrado valor de los macedo-
24 nios viniera a convertirse en objeto de mofa. Por ello, los que tenían envidia de Dioxipo encontraron los oídos del rey abiertos a la acusación. Pocos días después se pusieron de acuerdo para que faltara una copa de oro en medio de un banquete; los camareros, como si hubieran perdido lo que en realidad ellos mismos habían sustraído, acudie-
25 ron a informar al rey. Con frecuencia se es menos fuerte en el rubor de una injusta acusación que en la misma culpabilidad: Dioxipo no pudo soportar que clavaran en él unas miradas con las que se le acusaba de ladrón: salió de la sala del banquete, le escribió una carta al rey y se quitó
26 la vida con una espada. Su muerte causó profunda tristeza a Alejandro, al pensar que aquélla era más bien prueba de indignación que de remordimiento, sobre todo cuando

el desbordante regocijo de los envidiosos dejó claro que Dioxipo había sido acusado falsamente.

Los embajadores indios que habían sido enviados a sus 8
casas volvieron a los pocos días con regalos: 300 jinetes, 1.030 carros [882] tirados por cuatro caballos, gran cantidad de vestidos de lino, 1.000 escudos indios, 100 talentos de hierro blanco [883], leones de una extraordinaria corpulencia y tigres (ambas clases de fieras domesticadas y domadas), 2
así como pieles de enormes lagartos [884] y conchas de tortuga.

Después el rey ordenó a Crátero conducir las tropas 3
sin separarse mucho del río [885] que él pensaba recorrer navegando: embarcó con los que solían formar parte de su comitiva y, a favor de la corriente, llegó a los territorios de los malos [886]. Desde allí se dirigió a la región de los 4
sabarcas [887], una poderosa nación de la India que tenía una forma de gobierno democrático, no monárquico. Tenían un ejército formado por 60.000 infantes y 6.000 jinetes a los que seguían 500 carros y habían elegido como caudillos a tres jefes de reconocido mérito militar.

---

882 La cifra parece exagerada. ARRIANO, VI 14, 3, dice que eran 500 carros con sus conductores.

883 Los comentaristas estiman que no está claro qué hay que entender por *ferrum candidum;* como en *plumbum candidum* y *aes candidum,* parece que hay que entender que se trata de una aleación, buscada no se sabe si con fines estéticos o para dar mayor consistencia y solidez al acero.

884 Indudablemente se trata de cocodrilos.

885 El Acesines.

886 Del relato de Curcio parece desprenderse que los malos habitaban más al sur que los sudracas (véase IX 4, 26), cuando lo cierto era lo contrario según ARRIANO.

887 DIODORO, XVII 102, 1, los llama «sambastas». Los efectivos de su ejército coinciden exactamente con los ofrecidos por Curcio.

5 Los habitantes de los pueblos próximos al río —las
aldeas eran numerosas, sobre todo a las orillas—, al ver
que toda la extensión del mismo a donde podían dirigir
sus miradas estaba alfombrada de navíos, y al divisar el
resplandor de las armas de tantos soldados, presas de te-
rror ante la novedad del espectáculo, creían que llegaba
un ejército de dioses y otro Padre Líber, nombre famoso
6 entre aquellos pueblos. Los gritos de los soldados, el batir
de los remos y las distintas exclamaciones de los marineros
animándose unos a otros, aturdían sus oídos llenos de
7 espanto. A la vista de ello, echaron a correr todos sin
excepción hacia los que habían empuñado las armas, di-
ciéndoles a gritos que estaban locos y que iban a luchar
contra dioses: imposible contar los navíos que transporta-
ban a unos hombres invencibles y fue tan grande el miedo
que provocaron en su propio ejército que enviaron legados
8 a anunciar su rendición. Aceptada su sumisión, después
de tres días de viaje Alejandro llegó a otros pueblos [888]
que no mostraron más valor que los anteriores. Fundó una
ciudad a la que hizo llamar «Alejandría» y después pene-
tró en los territorios de los musicanos [889].

9 Aquí tuvo conocimiento del comportamiento del sátrapa
Teriolte [890], a quien había puesto al frente de los parapa-

[888] DIODORO, XVII 102, 4, da los nombres de los sodras y los masanos, en la confluencia del Acesines y el Indo.

[889] DIODORO, XVII 102, 5, y lo mismo ARRIANO, VI 15, 5, dicen que el rey se llamaba Musicano (sobre la costumbre de que el rey llevara el nombre de su pueblo, véase nota 782, final); Alejandro se apoderó de él y lo ajustició, sometiendo a su pueblo.

[890] ARRIANO, VI 15, 3, lo llama «Tiryaspes» y dice que su satrapía fue entregada a Oxiartes, el padre de Roxana, circunstancia a la que se va a aludir en el texto inmediatamente, pero no dice nada de que fuera ajusticiado.

misadas [891], y que era acusado por los mismos goberna-
dos; al comprobarse que era reo de muchos actos de ex-
torsión y de soberbia, lo hizo ejecutar. En cuanto a Oxiar- 10
tes, gobernador de la Bactriana, no sólo lo absolvió sino
que incluso, en razón del cariño que sentía por él [892], am-
plió los confines de su mando. Después sometió a los mu-
sicanos y dejó en su ciudad una guarnición.

Desde allí llegó al territorio de los prestos [893], otro 11
pueblo de la India. Su rey era Porticano [894], que, en com-
pañía de un gran contingente de tropas indígenas, se había
encerrado en una plaza fuerte que Alejandro tomó al ter-
cer día de haber comenzado el asedio. Porticano, habien- 12
do buscado refugio en la ciudadela, envió una embajada
al rey para tratar de las condiciones de rendición, pero
antes de que los legados llegaran a presencia de Alejandro,
se desplomaron, con un estruendo ensordecedor, dos to-
rres de la ciudadela; los macedonios, a través de los es-
combros, irrumpieron en ella y la tomaron, dando muerte
a Porticano, que ofrecía resistencia con unos pocos solda-
dos. Después de destruir la ciudadela y poner en venta a 13
todos los prisioneros, Alejandro penetró en los territorios
del rey Sambo [895]; muchas plazas fuertes se rindieron y
y la ciudad más poderosa del país [896] la tomó sirviéndose

[891] Habitantes cercanos al Hindukush.

[892] Padre de Roxana, la esposa de Alejandro.

[893] Pueblo desconocido.

[894] ARRIANO, VI 16, 1, lo llama «Oxycano» y dice que fue hecho prisionero pero no que fuera muerto.

[895] PLUTARCO, *Alej.* LXIV 1, lo llama «Sabbas» y, según dicho historiador, la rebelión del reyezuelo fue instigada por los gimnosofistas. ESTRABÓN, XV 1, 33, lo llama «Sabus». Hay que identificarlo con el príncipe indio Sambhu que, según ARRIANO, VI 16, 3, había sido nombrado por Alejandro sátrapa de los indios moradores de las montañas.

[896] Según ARRIANO, VI 16, 4, la ciudad tenía el nombre de «Sindima-

14 de una galería subterránea. A los bárbaros, desconocedores de toda técnica militar, aquello les parecía una especie de prodigio: casi en medio de la ciudad surgían de la tierra hombres armados, sin que existiera antes ninguna señal
15 de excavación. Clitarco nos informa de que en aquella región murieron 80.000 indios y que muchos prisioneros fueron vendidos, en subasta, como esclavos.

16 Los musicanos volvieron a rebelarse de nuevo; Alejandro envió a Pitón [897] con la misión de someterlos; éste apresó al jefe de la nación, que había sido, él mismo, el instigador de la rebelión y lo condujo a presencia del rey. Alejandro lo hizo crucificar y retornó al río donde había dado
17 orden de que le esperara la flota. Después de tres días de viaje, siguiendo el curso del río llegó a una plaza fuerte situada en la extremidad del reino de Sambo [898]. Éste se había rendido hacía poco, pero los habitantes rechazaban
18 su autoridad y cerraron las puertas de la ciudad. Despreciando su escaso número, Alejandro dio orden de que se acercaran a las murallas 500 agrianos y que, retirándose después poco a poco, atrajeran fuera de ellas al enemigo, que indudablemente había de ir en su persecución si creían

na». Como hace notar Giacone, tanto el nombre de la capital como el de la región, Sindolia, eran derivados del nombre del río Indo, llamado «Sindhu» en indio.

[897] Hijo de Agenor. ARRIANO, VI 15, 4, nos informa de que Alejandro lo había colocado, junto con Oxiartes, al frente de la satrapía que comprendía las tierras que van desde la confluencia del Acesines y del Indo hasta el mar con toda la zona costera de la India. Después de la muerte de Alejandro, tuvo a su cargo la satrapía de la Media. Eumenes lo hizo ejecutar el año 316.

[898] Nos apartamos del texto de BARDON («*quod in regno erat Sambi*»); frente a la lectura de los códices («*quod in regnum erat Sambi*»), los editores han propuesto distintas lecturas: aparte de la de BARDON, VOGEL propuso «*quod in regno ultimo...*» y JEEP, «*quod in regno imo...*», que es la que hemos seguido.

que aquéllos huían. Los agrianos, tal como les había sido 19
ordenado, después de hostigar al enemigo, volvieron la espalda y los bárbaros, al perseguirlos en desorden, vinieron a encontrarse con otros combatientes entre los cuales se encontraba el rey en persona. Se reemprendió la lucha y, de los 3.000 bárbaros, 600 cayeron en el campo de batalla, 1.000 fueron hechos prisioneros y los restantes se encerraron tras los muros de la ciudad. Pero la victoria no fue 20
en sus resultados tan risueña como parecía en un primer momento: en efecto, los bárbaros habían teñido sus espadas con veneno y, debido a ello, los heridos morían al instante y los médicos no podían dar con la causa de muerte tan violenta cuando incluso las heridas ligeras eran incurables.

Ahora bien, los bárbaros habían esperado que, tratán- 21
dose de un rey tan imprudente y temerario, Alejandro podría ser alcanzado, pero dio la casualidad de que, a pesar de ser uno de los combatientes más decididos, no había recibido ni el menor rasguño. El rey estaba particularmen- 22
te preocupado por Ptolomeo que, aunque herido sólo levemente en el brazo izquierdo, la verdad era que se encontraba en un peligro mayor que el que hacía presumir su herida. Ptolomeo tenía un parentesco de sangre con Alejandro [899] y algunos creían que era hijo de Filipo: de lo que no había duda era de que era hijo de una concubina suya [900]. Pertenecía al grupo de guardias de corps [901] y era 23

[899] La madre de Ptolomeo, Arsínoe, era descendiente de la familia de los Lincestes, emparentada con la familia real.

[900] PAUSANIAS, I 6, 2, dice que los macedonios consideraban a Ptolomeo hijo de Filipo. La madre de Ptolomeo, al casarse con Lago, estaría encinta de Filipo. Que esa madre fuera una esclava es absolutamente falso. Como se ha dicho en la nota anterior, pertenecía a una familia noble.

[901] Era uno de los miembros del reducido grupo de oficiales (siete u ocho) que, distinguidos por su nacimiento, su valor o su talento, acom-

un guerrero decidido, aunque de más peso y más brillo
en las artes de la paz que en las de la guerra: modesto
como un simple ciudadano, generoso sobre todo y sin man-
tener distancias en su trato, en ningún momento había adop-
24 tado nada del fasto de la corte. Por todo ello, no se sabía
con certeza si era más querido del rey o de sus compatrio-
tas. Lo cierto es que entonces por primera vez tuvo la prue-
ba de los sentimientos de sus compañeros hasta el punto
de que los macedonios, en aquel momento crítico para él,
parecieron predecir la fortuna que con el tiempo alcan-
25 zó [902]; en efecto, sintieron por él una preocupación no
menor que la que sentía el propio rey [903]. Éste montó
vela al lado de Ptolomeo, pero, agotado como estaba por
la lucha y la preocupación, hizo que le trajeran un lecho
26 en el que descansar. En cuanto se tumbó en él, se sumió
en un profundo sueño. Al despertarse, hizo saber que en
sueños había tenido la visión de un dragón con una hierba
en la boca que se la ofrecía indicándole que era un antído-
27 to contra el veneno; recordaba incluso hasta el color de
la hierba y afirmaba que la podría reconocer si alguien
daba con ella. Muchos fueron los que se dedicaron a bus-

pañaban al rey y hacían las funciones de nuestros ayudas de cámara. Arriano, VI 28, 4, da los nombres de los ochos componentes del grupo cuando Alejandro celebró su triunfo, de regreso de la India: Leonnato, hijo de Anteas; Hefestión, hijo de Amintor; Lisímaco, hijo de Agatocles; Arístono, hijo de Piseo, todos ellos de Pela; Perdicas, hijo de Orontes, natural de Orestias; Ptolomeo, hijo de Lago, y Pitón, hijo de Crateas, naturales ambos de Eordea; a los que Alejandro añadió Peucestes por haberle protegido con su escudo (véase nota 859).

[902] Véase nota 109.

[903] Nos separamos del texto ofrecido por Bardon («*non leuior illis Ptolomaei fuit cura, quam regis*»), que es la propuesta por Freinsheim, y seguimos la lectura de los códices («*non leuior ... quam regi*»), defendida por Giacone.

carla y, una vez encontrada, Alejandro la aplicó sobre la
herida de Ptolomeo; inmediatamene el dolor desapareció
y al poco tiempo la herida cicatrizó [904].
Los bárbaros, al ver que sus esperanzas primeras ha- 28
bían fracasado, se rindieron y entregaron la ciudad. De
aquí llegaron a una nación vecina, Patalia [905]. Su rey era
Meris [906] que, abandonando la ciudad, había buscado re-
fugio en los montes. A la vista de ello, Alejandro se 29
apoderó de la ciudad y devastó los campos; se consiguió
un gran botín de ganado mayor y menor y se encontró
una gran cantidad de trigo. Tomando después como guías 30
a unos buenos conocedores del río, descendió a lo largo

[904] También en griego, como en latín, «dragón» designa un animal fabuloso en general y una serpiente en particular. Cicerón, *Diuin.* II 135, cuenta el sueño de Alejandro ofreciendo tres rasgos que no menciona Curcio: se trata de un dragón que Olimpíade alimentaba; el dragón señaló a Alejandro el lugar en que crecía la hierba y fueron muchos los soldados que, heridos como Ptolomeo, fueron curados con la misma hierba. También Diodoro, XVII 103, 7, dice que el dragón indicó a Alejandro el lugar donde se encontraba la hierba. Arriano (y es sintomático tratándose de un episodio que tiene como protagonista a Ptolomeo, la fuente de su historia) no dice nada sobre este sueño.

[905] Se trata de la región que comprendía las tierras del delta del Indo, en cuyo vértice se encontraba su capital que tal vez pueda identificarse con la moderna Haïderabad, según unos, o con Tatta, según otros. Arriano, V 4, 1, cuando describe el Indo, dice que el delta —análogo al del Nilo— es llamado en lengua india «Pattala»; en VI 17, 2, sostiene que el delta del Indo es mayor que el del Nilo.

[906] Personaje desconocido. Lassen ha propuesto la lectura «*Soeris*». Curcio simplifica el relato. Según Arriano, VI 17, 2, el gobernador de Pattala, del que no da el nombre (lo llama «arconte», no «rey»), vino por propia iniciativa y puso a sí mismo y a su región en manos de Alejandro; más adelante, VI 17, 5, se informa a Alejandro de que aquél —ahora lo llama «hiparco»—, en compañía de gran número de compatriotas, ha huido y ha dejado la región abandonada.

del mismo hasta una isla que surgía más o menos a mitad
del lecho.

9 Allí se vio obligado a permanecer bastante tiempo pues
los guías, que no estaban bien vigilados, habían huido. En-
vió a buscar otros; al no encontrarlos, el obstinado afán
por ver el Océano y alcanzar los confines del mundo le
empujó, privado de conocedores de la región, a exponer
su vida y la vida de tantos hombres valerosísimos en las
2 aguas de un río desconocido. Navegaban, pues, a ciegas,
sin conocer nada de las naciones por las que pasaban: a
qué distancia estaban del mar, qué gentes habitaban aque-
llas tierras, si la desembocadura del río era apacible, si
consentía el paso de naves de amplio calado; toda estima-
ción se conjeturaba ambigua y ciegamente. El único con-
suelo, en medio de su temeridad, era la buena estrella que
3 siempre les había acompañado. Ya habían recorrido 400 es-
tadios [907], cuando los timoneles hicieron saber al rey que
reconocían la brisa del mar y que, en su opinión, el Océa-
4 no no estaba muy lejos. Alejandro, lleno de gozo, exhortó
a los marineros a remar con ardor: estaba a dos pasos el
final de las penalidades tantas veces deseado. Ya no falta-
ba nada a su gloria; ningún obstáculo se oponía a su valor
y, sin ningún combate, sin derramamiento de sangre, se
encontraban dueños y señores del universo. La misma na-
turaleza humana no podía ir más lejos y en breve verían
cosas que sólo los dioses conocían.

5 Hizo desembarcar, sin embargo, en una chalupa a unos
pocos en la orilla a fin de que tomaran contacto con los
campesinos, que estaban desperdigados por un lado y por
otro, esperando que éstos le podrían ofrecer información

[907] Unos 74 km.

más precisa. Después de haber inspeccionado todas las cho-
zas, por fin los descubrieron en sus escondrijos. A la pre- 6
gunta de a qué distancia se encontraban del mar, respon-
dieron que ni siquiera habían oído hablar de ningún mar,
pero que al tercer día de navegación podrían llegar a un
lugar en el que un agua amarga corrompía el agua dulce.
Todos comprendieron que se estaban refiriendo al mar,
aunque desconocían su naturaleza. Ante tal información 7
los marineros se dedicaron a remar con un vivo entusias-
mo y cada día que pasaba, conforme se iba acercando más
el final de su esperanza, tanto más crecía su entusiasmo.
Al tercer día, el mar se adentraba en el río y la marea,
todavía suave, mezclaba las aguas de origen diverso. En- 8
tonces, habiendo llegado a otra isla situada en medio del
río y habiéndolo hecho algo más lentamente porque el avan-
ce era refrenado por la marea, atracaron y se dispersaron
en busca de víveres, sin caer en la cuenta, en su ignoran-
cia, del peligro que cayó sobre ellos.

Habían pasado ya cerca de tres horas cuando el Océano, 9
de acuerdo con el movimiento periódico de las mareas, hin-
chándose, comenzó a avanzar y a hacer retroceder al río.
Éste, detenido al principio y rechazado después con más
violencia, era empujado hacia atrás con más ímpetu que con
el que se precipita un torrente por su cauce en pendiente.
La mayor parte no conocían la naturaleza del mar y les 10
parecía que estaban viendo prodigios y manifestaciones de
la cólera divina. El mar continuaba aumentando su volu-
men y, desbordándose, anegaba los campos que poco
antes estaban secos. Las embarcaciones fueron levantadas 11
por el agua y toda la escuadra dispersa y, al verlas, los
que habían desembarcado, llenos de miedo y estupefactos
ante la imprevista desgracia, acudieron corriendo hacia las
naves. Pero en todo tumulto la misma prisa es motivo de 12

retraso: unos empujaban las naves con las pértigas; otros
se habían sentado en los bancos de los remeros, no dejan-
13 do colocar los remos; algunos, con prisa por navegar, no
habían aguardado a los que tenían que compartir el puesto
con ellos, con lo que sus maniobras carecían de efectividad
en unas naves desequilibradas y que no podían manejar.
Algunas embarcaciones no podían contener a los que se
precipitaban hacia ellas de un modo irreflexivo: tanto los
muchos como los pocos eran igualmente motivo de retraso.
14 Por un lado, a gritos, se daba orden de esperar; por otro,
de avanzar, y las voces discordes de quienes perseguían
fines distintos habían añadido a la imposibilidad de ver
15 la imposibilidad de oír. Ni siquiera los timoneles podían
servir de ayuda, ya que ni su voz podía ser oída en me-
dio del tumulto ni sus órdenes puestas en práctica por
quienes se encontraban aterrorizados y a la desbandada.
16 Así pues, las naves comenzaron a chocar entre sí, los
remos a romperse unos contra otros y las embarcacio-
nes de los unos a empujar a las embarcaciones de los
demás. Se diría que no era la flota de un solo ejército
la que se ponía en movimiento sino que eran las escua-
dras de dos ejércitos que habían entrado en combate.
17 Las proas chocaban contra las popas; los que habían em-
pujado a los que les precedían eran, a su vez, empujados
por los que venían detrás y la cólera, en medio de la discu-
18 sión, les hacía llegar a las manos. Mientras tanto la marea
había inundado todos los campos cercanos al río a excepción
de unos montículos que sobresalían a modo de islotes, ha-
cia los que la mayor parte de la tropa, abandonando las
19 embarcaciones, se dieron prisa en llegar a nado. La flota,
dispersa, una parte sobrenadaba en aguas muy profundas
allá donde el terreno presentaba cavidades; otra parte per-
manecía encallada en los vados según las desigualdades del

terreno ocupado por las aguas, cuando de repente se echó
encima un nuevo terror, mayor que el anterior. El mar co- 20
menzó a retroceder, las aguas, con un ingente reflujo, vol-
vieron de nuevo a su lecho y las tierras, poco antes sepul-
tadas por las profundas aguas, volvieron a aparecer. Por
consiguiente, las naves, desprovistas de agua, unas caían de
frente sobre sus proas o acababan tumbándose de costado.
La llanura aparecía alfombrada de bagajes, armas y frag-
mentos de remos y tablas arrancadas. Los soldados no se 21
atrevían ni a desembarcar ni a permanecer en las naves,
esperando, a cada momento, desgracias mayores que las
presentes. Apenas si podían dar crédito a sus ojos ante el
espectáculo del peligro corrido: un naufragio en tierra firme,
un mar en el río. Pero aún no habían terminado sus des- 22
gracias: ignorando que poco después la marea volvería a
traer consigo el agua y las embarcaciones podrían ponerse
a flote, presagiaban el hambre y las mayores calamidades.
Por otro lado, vagaban por todas partes terribles mons-
truos depositados en tierra por las aguas. La noche se echa- 23
ba ya encima y también el rey se encontraba entristecido
ante la idea de que no había salvación; pero las preocupa-
ciones no consiguieron abrumar su ánimo invicto hasta el
punto de impedir que se pasara la noche en continua ob-
servación y enviar por delante unos jinetes hacia la desem-
bocadura del río con el encargo de que, en cuanto advirtie-
ran que el mar comenzaba a agitarse, se adelantaran con
la noticia. Al mismo tiempo dio orden de restaurar las na- 24
ves dañadas y de levantar las que habían sido tumbadas
por las olas, exhortando a la tropa a estar preparados y
atentos para cuando el mar inundara de nuevo las tierras.

Transcurrió toda aquella noche en velas y órdenes y 25
he aquí que los jinetes regresaron a la carrera, adelantán-
dose a la marea. Ésta, deslizando con suavidad las aguas

por debajo de las embarcaciones, al principio comenzó a
levantarlas y después, inundada la llanura en toda su
26 extensión, incluso puso en movimiento a la flota. Los aplau-
sos de los soldados y de los marineros, que celebraban con
manifestaciones inmoderadas de gozo su salvación inespe-
rada, resonaban en las orillas y en las playas. Se pregunta-
ban, llenos de asombro, de dónde había venido rápida-
mente un mar tan grande, a dónde se había retirado el
día anterior, cuál era la naturaleza de aquel elemento,
ahora contradictoria, ahora sometida al imperio del tiem-
27 po. El rey, conjeturando por lo que había pasado que la
marea sobrevendría después de la salida del sol, a media
noche, con el fin de adelantarse a la misma, con unas cuan-
tas embarcaciones se deslizó río abajo a favor de la co-
rriente. Habiendo alcanzado su desembocadura, se aden-
tró 400 estadios [908] en el mar, dando por fin cumplimiento
a su deseo y, tras hacer un sacrificio a los dioses tutelares
de aquel mar y de aquellos lugares, regresó a su flota [909].

10 Ésta emprendió la marcha río arriba, contra corriente,
y, al día siguiente, atracó no lejos de un lago salado; al

[908] Unos 74 km.

[909] Una vez más, Curcio simplifica la narración. DIODORO, XVII 104, 1, dice que, en compañía de sus amigos, se adentró en el mar, descubriendo dos islas; ARRIANO, VI 19, 3, habla también de dos islas: una, llamada por los nativos *Cilluta,* todavía en el curso del río Indo, en la que ancló la escuadra, y otra, a 200 estadios de distancia (unos 37 km.), ya en el mar, a donde se dirigió con sus marinos más expertos; PLUTARCO, *Alej.* LXVI 1, sólo habla de una isla, de la que dice que Alejandro mismo la llama (tal vez en alguna de sus cartas) *Scilloustis* y que otros la denominan *Psiltoucis.* El viaje, a través de los ríos, hasta el mar había durado, según el mismo historiador, siete meses: habiendo partido de Bucéfala en noviembre del 326, llegó a Pattala en julio del 325.

desconocer la mayor parte de los soldados la naturaleza
del mismo, se bañaron en él sin tomar precauciones con
lo que contrajeron la sarna, que, por contagio, se extendió
en forma de epidemia. La curaron con aceite. Después 2
Alejandro envió por delante a Leonnato con el encargo
de excavar pozos por donde, en su viaje por tierra, pensa-
ba que habría de pasar con su ejército (la región, en efec-
to, era árida y seca) y, por lo que a él le tocaba, hizo
un alto con sus tropas esperando la llegada de la primavera.
Mientras tanto se dedicó también a fundar un gran 3
número de ciudades [910]. A Nearco [911] y a Onesícrito [912]

[910] JUSTINO, XII 10, 6, habla de una ciudad en concreto, llamada «Barce»; ARRIANO, VI 20, 1, por su parte, nos dice que, al regresar a Pattala, la encontró «fortificada», pero ningún otro historiador informa de la «fundación de gran número de ciudades».

[911] Hijo de Andrótimo. Como se ha dicho en nota 841, fue desterrado por su fidelidad a Alejandro con ocasión de las intrigas palaciegas promovidas por Atalo. Era originario de Leto, en Creta. Como dice ARRIANO, III 6, 6, fue nombrado gobernador de Licia y de la zona limítrofe a Licia hasta el Monte Tauro. Era uno de los favoritos del rey y, después de haber tenido el mando sobre los hipaspistas, fue puesto por Alejandro a la cabeza de la flota durante la expedición a la India. El encargo que ahora recibe de ir costeando el océano Índico y el golfo Pérsico constituye la coronación de la expedición de Alejandro a la India. El mismo Nearco relató su viaje en su *Periplo,* del que han llegado algunos fragmentos. Arriano, a partir del capítulo XX de su *Indica* (como dice en el párrafo 9 del cap. XIX), se propone precisamente narrar el periplo de Nearco.

[912] Hijo de Filisco. Va a actuar como primer piloto o timonel de la embarcación principal o nave capitana (PLUTARCO, *Alej.* LXVI 3), como lo ha sido de la nave real en el Hidaspes, el Acesines y el Indo. Como se ha dicho en la «Introducción», dejó una historia de Alejandro (de la que nos han llegado algunos fragmentos), que ya en la Antigüedad gozaba de poco crédito y estima por su tendenciosidad; por ejemplo, ARRIANO en diversos pasajes (VI 2, 3; *Indica* III 6, etc.) critica algunas de sus afirmaciones.

—expertos en náutica— les ordenó que condujeran al Océano las naves más potentes y se adentraran en él mientras pudieran hacerlo sin correr riesgos a fin de conocer la naturaleza de aquel mar: cuando quisieran volver a su lado no tenían más que remontar aquel mismo río o el Éufrates.

4 Al mitigarse los rigores del invierno, y tras quemar las naves que le parecían inservibles, Alejandro se puso al frente
5 de sus tropas [913] en una marcha por tierra. En nueve etapas llegaron a la región de los arabitas [914] y, en otras tantas, a la de los cedrosios [915], un pueblo independiente que, después de haber celebrado una asamblea, se rindió, no exigiéndoseles a los rendidos más que suministros de víve-
6 res. Partiendo de aquí, después de cuatro días llegaron a un río llamado Arabo [916] por los habitantes del país. Penetró a continuación en una región desierta y falta de agua y, después de atravesarla, pasó al territorio de los horitas [917]. Allí hizo entrega a Hefestión de la mayor parte

---

913 No con todas; una parte de ellas había sido enviada, a las órdenes de Crátero, a Carmania, como avanzadilla, para preparar el regreso del grueso del ejército. Véase ARRIANO, VI 17, 3.

914 Que habitaban al este del río Arabis. DIODORO, XVII 104, 4, los llama «abritas». Según ARRIANO, VI 21, 4, los arabitas, una tribu india independiente, al enterarse de que Alejandro estaba al llegar y no queriendo rendirse, huyeron al desierto.

915 El término normal es el utilizado por ARRIANO, VI 22, 1: «gadrosios», habitantes de la Gadrosia o Gedrosia (DIODORO, XVII 104, 4, «Cedrosia»). La zona correspondía a la región actual del Beluchistán, zona tórrida y desértica.

916 Inexactitud manifiesta de Curcio o de su fuente: el Arabo (o Arabis) fue atravesado por Alejandro tras dejar atrás la región de los arabitas, como lo dice ARRIANO, VI 21, 4. El nombre del río es transmitido de diversas maneras por los historiadores y algunos comentaristas lo han identificado con el Purali.

917 ARRIANO, VI 21, 5, dice que, al llegar a la capital de la región, Rambacia, Alejandro quedó impresionado por la situación estratégica de

del ejército y repartió entre Ptolomeo y Leonnato la tropa armada a la ligera.

Tres ejércitos devastaban al mismo tiempo la India y 7
se consiguió un gran botín: la región marítima era incendiada por Ptolomeo, el resto por el rey en persona, por su lado, y por Leonnato, por otro [918]. También en esta región fundó una ciudad a la que fueron deportados los aracosios [919]. Desde aquí llegó al territorio de los indios 8
marítimos [920]. Habitan una amplia región desértica y no tienen la más mínima relación comercial ni siquiera con los pueblos más próximos. Este mismo aislamiento ha he- 9
cho todavía más feroz su carácter ya salvaje por naturaleza: llevan las uñas largas, sin cortarlas jamás, lo mismo que el cabello, sin cortar e hirsuto; construyen sus cabañas 10
con conchas y otros desechos del mar. Se visten con pieles de animales salvajes y se alimentan de peces secados al sol y también de la carne de otros animales mayores arrojados a las playas por las olas.

---

la misma y pensó que una ciudad fundada allí se convertiría en grande y próspera. Curcio, en el párrafo 7, habla de la fundación de tal ciudad.

918 DIODORO, XVII 104, 5-6, especifica más: al llegar al territorio de los horitas, Alejandro dividió el ejército en tres partes: una, al mando de Ptolomeo, recibió la orden de saquear la zona costera; una segunda, al mando de Leonnato, las llanuras del interior; una tercera, comandada por el mismo Alejandro, se encargó de devastar las zonas montañosas. Esta triple máquina devastadora causó, según Diodoro, miles de víctimas y fue tal el pavor suscitado que todos los pueblos vecinos se sometieron al rey.

919 Se trata de la ciudad aludida por Arriano y de la que se ha hecho mención en la nota 917. Esta ciudad es la Alejandría de los horitas (mencionada, por su nombre de «Alejandría», por DIODORO, XVII 104, 8). Según ARRIANO, VI 22, 3, fue construida por Leonnato.

920 Los *ictiófagos* = 'los que se alimentan de peces'; DIODORO, XVII 105, 3 sigs., los describe en términos parecidos a los de Curcio.

11 Los macedonios, una vez consumidos sus alimentos,
comenzaron a sentir primero los efectos de la carestía, y
finalmente, el hambre, dedicándose a excavar las raíces de
las palmeras, el único árbol que brota en aquella región;
12 pero, al faltarles incluso estos alimentos, se dedicaron a
matar los animales de carga y ni siquiera perdonaron a
los caballos y, como se encontraran con que no tenían ani-
males para transportar los bagajes, pegaron fuego al botín
tomado al enemigo, un botín que, para alcanzarlo, habían
13 recorrido los últimos confines del Oriente. Al hambre le
siguió después la peste: en efecto, los alimentos malsanos
a los que no estaban acostumbrados y, además, las penali-
dades de la marcha y la misma inquietud espiritual, habían
provocado epidemias y ni podían avanzar ni podían per-
manecer en el sitio sin grave quebranto; si se quedaban,
les oprimía el hambre; si avanzaban, una peste más viru-
14 lenta. Así pues, los campos se encontraban cubiertos casi
más de moribundos que de cadáveres y ni siquiera los leve-
mente enfermos podían seguir, ya que la columna avanzaba
a marchas forzadas, pensando cada uno que tenían tantas
posibilidades de salvarse cuanto fuera mayor el espacio re-
15 corrido a toda prisa. En consecuencia, los que desfallecían
rogaban a los conocidos y a los desconocidos que les ayu-
daran a levantarse, pero no había animales de carga para
transportarlos y los soldados apenas si podían llevar las
armas y tenían ante la vista la imagen de la desgracia que
los amenazaba a ellos mismos. Por ello, a pesar de ser
llamados una u otra vez, no tenían el valor de volverse
a mirar a sus compañeros: la compasión se había converti-
16 do en temor. Aquellos, abandonados, invocaban el testi-
monio de los dioses, la comunidad de sentimientos religio-
sos, e imploraban la ayuda del rey; y como fatigaran
en vano unos oídos sordos a sus súplicas, trocando su de-

sesperación en rabia, pedían para sus compañeros un fin
igual y unos amigos y compañeros de armas semejantes
a ellos [921].
El rey, preocupado al mismo tiempo por el dolor y por 17
la vergüenza, puesto que él, personalmente, era la causa
de tan gran calamidad, envió un mensaje a Fratafernes,
sátrapa de los partieos, pidiéndole que le hiciera llegar,
utilizando caravanas de camellos, alimentos ya condimen-
tados y también puso al corriente de su crítica situación
a los sátrapas de las regiones vecinas.
Éstos no dejaron de colaborar y así el ejército, aplaca- 18
da al menos el hambre, pudo llegar por fin a los territorios
de Gedrosia [922]. La región es fértil en todo tipo de produc-
tos y en ella acampó Alejandro a fin de que los soldados,
abatidos, recuperaran sus fuerzas con el descanso [923].

---

[921] Según PLUTARCO, *Alej.* LXVI 4, las bajas debidas al hambre y la peste alcanzaron a la cuarta parte de las tropas que habían iniciado el regreso de la India, un ejército, como el mismo autor dice —y su testimonio coincide con el de ARRIANO, *Indica* XIX 5, y el de Curcio, VIII 5, 4—, compuesto de 120.000 soldados de infantería y 15.000 de caballería. En lo que Plutarco no está acertado es en señalar que el hambre y la peste diezmaron el ejército en la región de los horitas; en realidad fue en el territorio de los indios marítimos (= *ictiófagos*) y en el desierto de Gedrosia.

[922] A decir verdad, los sufrimientos del ejército no acabaron hasta llegar a la capital del territorio de Gedrosia, situada al oeste de la región, no lejos de Carmania, denominada «Pura» (identificable, tal vez, con la moderna Punpoor). La penosa marcha desde el territorio de los horitas hasta Pura duró 60 días (véase PLUTARCO, *Alej.* LXVI 7).

[923] Durante la estancia en Pura, donde el ejército repuso fuerzas, el rey hizo que se celebraran diversos juegos festivos que duraron, según DIODORO, XVII 106, 1, siete días, aunque la mención que hace este autor del *kômos* (= 'fiesta') dionisíaco hace pensar que sitúa en Pura la festiva procesión dionisíaca de la que Curcio va a hablar a partir del párrafo 24 y que tuvo lugar ya en Carmania.

19 Estando allí recibió una carta de Leonnato en la que le
comunicaba que había entablado combate con 8.000 infan-
tes y 400 jinetes horitas y había conseguido la victoria [924].
También recibió un mensaje de Crátero en el que le infor-
maba de que había abatido a Ozines [925] y Zariaspes, no-
bles persas, promotores de una revuelta, a los que había
encarcelado.

20 Después de poner al frente de la región a Sibirtio [926],
ya que Menón, su gobernador, acababa de morir de enfer-
21 medad, avanzó hasta la Carmania. El sátrapa de aquella
región era Astaspes [927], sospechoso de haber intentado re-
belarse mientras el rey estaba en la India. Al salirle el sá-
trapa al encuentro, el rey disimuló su cólera y le habló
con toda afabilidad y, en espera de poder constatar por
sí mismo los hechos sobre los que versaban las acusacio-
22 nes, lo mantuvo en su cargo. Después los gobernadores,

---

[924] Arriano, VII 5, 5, al hablar de las recompensas ofrecidas por Alejandro a algunos oficiales por sus méritos, menciona a Leonnato, galardonado con una corona de oro precisamente por la victoria conseguida sobre los horitas y los pueblos vecinos.

[925] Personaje desconocido, lo mismo que Zariaspes.

[926] Macedonio de noble familia. Arriano, VI 27, 1, ofrece un cuadro completo de la reorganización administrativa de la región llevada a cabo por Alejandro: a Apófanes le fue arrebatada la satrapía de Gedrosia porque había desobedecido sus órdenes; en su lugar fue nombrado gobernador Toas (Curcio habla de Memnón, que, en realidad, estaba al frente de la satrapía de los aracosios), pero, al morir de enfermedad, la satrapía pasó a manos de Sibirtio; éste había sido recientemente nombrado gobernador de Carmania, pero ahora pasaba a desempeñar la doble satrapía de los aracosios y de los gedrosios, mientras que la de Carmania sería desempeñada por Tlepolemo, hijo de Pitófanes, como se confirma en *Indica* XXXVI 8.

[927] Noble persa. Alejandro lo había dejado al frente de la satrapía. «Astaspes» es una lectura propuesta por Fuhr; los manuscritos presentan «Aspastis». Arriano no lo menciona.

obedeciendo las órdenes recibidas, le enviaron, proceden-
tes de toda la región sometida, gran cantidad de caballos
y animales de carga y el rey los distribuyó entre los que
habían perdido los suyos. También se renovaron las ar- 23
mas, volviéndolas a su antiguo lujo, ya que estaban cerca
de Persia, región no solamente pacificada, sino también
opulenta.

Así pues, tal como ha sido dicho más arriba [928], tratan- 24
do de emular no sólo la gloria que el Padre Líber había
conseguido entre aquellos pueblos sino también su renom-
bre, Alejandro, dejando elevarse su orgullo más allá de
las cimas permitidas a un hombre, se decidió a imitar el
triunfo de Baco, bien sea que este triunfo fuera iniciado
por el propio dios o fuera simple juego de las bacantes.
Dio orden de que las aldeas por donde había de pasar fue- 25
ran alfombradas de flores y guirnaldas y de que en los
umbrales de las casas fueran colocadas crateras repletas
de vino y otras vasijas de gran cabida; además, muchos
carros, cubiertos con tablas de modo que fueran capaces
de transportar bastantes soldados, fueran decorados, a ma-
nera de pabellones, unos con mantos blancos y otros con
vestiduras preciosas. Abrían la marcha los amigos del rey 26
y la cohorte real, adornados con flores y coronas diversas;
de un lado se oía el sonido de las flautas, de otro, el de
las liras; detrás venían los soldados, en plan de fiesta, so-
bre carros engalanados según las posibilidades de cada uno
y llevando colgadas, a los costados, sus armas más lujosas.
El rey y sus invitados iban sobre un carro atiborrado de
crateras de oro y de enormes copas del mismo metal.

De este modo avanzó durante siete días este ejército, 27
entregado a la orgía báquica, presa puesta al alcance de

---

[928] Véase, por ejemplo, 2, 29 y 4, 21 de este mismo libro.

los vencidos si éstos hubieran tenido algún valor contra aquella crápula. ¡Por Hércules!, mil hombres, con tal de que fueran verdaderamente hombres y no estuvieran borrachos, podían haberse apoderado, en medio del triunfo, de aquellos soldados amodorrados por una borrachera de
28 siete días. Pero la fortuna, que establece la fama y el valor de las cosas, trocó en gloria incluso este oprobio del ejército: no sólo los contemporáneos sino también la posteridad se ha venido maravillando de que hubieran podido avanzar, borrachos como iban, a través de pueblos todavía no suficientemente dominados, mientras los bárbaros creían que era confianza lo que en realidad no era más que teme-
29 ridad [929]. Pero este cortejo lo cerraba el verdugo: en efecto, Alejandro dio orden de que Astaspes, de quien se ha hecho mención más arriba [930], fuera ajusticiado: hasta tal punto es cierto que ni la crueldad es obstáculo para el libertinaje ni el libertinaje para la crueldad.

---

[929] Este cortejo báquico, que se ha denominado «la Bacanal de Carmania», no es seguro que se celebrara. ARRIANO, VI 28, 1, confiesa taxativamente que él no cree que tuviera lugar y afirma que ni PTOLOMEO ni ARISTOBULO ni ningún autor digno de crédito lo mencionan en sus relatos. Plutarco, por el contrario, *Alej.* LXVII, describe el «triunfo» con todo lujo de detalles, en una descripción viva y en gran manera sugestiva.

[930] En el párrafo 21 de este mismo capítulo.

LIBRO X

SINOPSIS

(Invierno del 325-4 - junio del 323)

Invierno del 325-324: Alejandro castiga a algunos gobernadores que, en su ausencia, se habían comportado despóticamente. Regreso de Nearco y Onesícrito, quienes informan al rey de las maravillas vistas durante su periplo. Planes de conquista para el futuro. Llegada a Parsagada; triste final de su sátrapa Orsines (1).

Primavera del 324: Asuntos de Grecia. Nueva rebelión en el campamento macedonio. Discurso de Alejandro a su tropa. El rey, enfadado con los suyos, castiga a los promotores de la sedición y adopta una guardia persa. Un macedonio reprocha a Alejandro el rigor con el que trata a sus soldados (2-4).

Junio del 323: Muerte de Alejandro. Consternación entre los macedonios y entre los mismos persas. A la noticia de su muerte, Sisigambis, la madre de Darío, se deja morir de inanición. Etopeya del héroe (5). Asamblea de los generales de Alejandro. Planes para imponer el sucesor del rey. Meleagro y una parte del ejército proclaman rey a Filipo Arrideo. Discordia entre los generales. Meleagro intenta hacer morir a Perdicas, pero es éste el que consigue dar muerte a aquél (6-9). Distribución del imperio entre los generales de Alejandro. El cadáver del rey es transportado a Alejandría (10).

1 Más o menos por los mismos días [931] llegaron Cleandro y Sitalces [932] y, con ellos, Agatón y Heracón [933] que, siguiendo las órdenes del rey, habían dado muerte a Parmenión [934]. Venían con ellos 5.000 infantes y 1.000 jinetes,
2 pero también les seguían unos acusadores procedentes de la provincia que había estado sometida al gobierno de aquéllos [935] y eran tantos los crímenes que los gobernadores habían cometido que ni siquiera el haber servido de instrumento de una muerte que hacía las delicias del rey podía
3 servir de compensación. En efecto, después de haber despojado todo lo profano no habían perdonado ni lo sagrado: doncellas y mujeres de la más alta sociedad, tras haber sido ultrajadas, deploraban la afrenta hecha a sus personas,
4 con lo que el nombre macedonio, a causa de la codicia y el desenfreno de aquéllos, se había tornado odioso
5 entre los bárbaros. Pero por encima de todos sobresalía el frenesí de Cleandro, quien, después de haber violado a una doncella noble, se la había entregado, como concu-

[931] ARRIANO, VI 27, 3, coloca estos acontecimientos nada más entrar Alejandro y sus tropas en Carmania (véase IX 10, 20).

[932] Príncipe tracio, jefe de las tropas tracias en el ejército de Alejandro; permaneció en la Media a las órdenes de Parmenión, en cuyo asesinato tomó parte, como se dice en el texto. Estuvo presente en las grandes batallas contra Darío.

[933] Macedonio, oficial del ejército de Parmenión. En ningún otro sitio se hace mención de este personaje.

[934] Cuando en VII 2, 27 Curcio cuenta el asesinato de Parmenión, dice que Cleandro le clavó la espada en el costado mientras el viejo general leía la falsa carta de su hijo Filotas y que «los demás» lo remataron; no menciona a ningún otro personaje en particular.

[935] Según ARRIANO, VI 27, 4, las acusaciones contra Cleandro y Sitalces procedían no sólo de los indígenas sino también de las mismas fuerzas del ejército que habían sido dejadas en la Media a las órdenes de Parmenión.

bina, a su propio esclavo. La mayor parte de los amigos 6
de Alejandro tenían su atención puesta no tanto en la atrocidad de los crímenes de los que les acusaban abiertamente como en el recuerdo de la muerte de Parmenión perpetrada por aquéllos (delito que, en secreto, podía servir a los reos de provecho ante el rey), y se alegraban al ver que la cólera recaía sobre los instrumentos de la cólera y que nadie puede disfrutar por mucho tiempo de un poder conseguido mediante el crimen. El rey, después de conocer las acusa- 7
ciones, manifestó que los acusadores habían pasado por alto un delito y, por cierto, el más grave: el que los acusados no habían confiado en que Alejandro regresaría: en efecto, nunca se hubieran atrevido a tales desmanes si hubieran deseado su vuelta o si hubieran creído que podía volver sano y salvo de la India. Así pues, los hizo encarce- 8
lar y, por otro lado, dio orden de que fueran pasados por las armas 600 soldados que habían sido instrumento de la crueldad de los reos. Aquel mismo día fueron ajusticia- 9
dos los promotores de la rebelión persa, traídos por Cratero [936].

No mucho después llegaron Nearco y Onesícrito [937], a 10
los que el rey había ordenado adentrarse en el Océano.

[936] Es decir, Ozines y Zariaspes, de los que se ha hecho mención en IX 10, 19.

[937] ARRIANO, VI 28, 5-6 e *Indica* XXXIII sigs., especifica que la entrevista con Alejandro tuvo lugar en el interior de Carmania, después de que Nearco y Onesícrito hubieran costeado las regiones de los horitas, los gedrosios y los ictiófagos y hubieran desembarcado en Harmozeia (= Hormuz). Arriano pasa por alto las informaciones en las que Curcio se detiene: Alejandro les ordenó seguir con su periplo hasta la Susiana y la desembocadura del Tigris, periplo, dice Arriano, cuyas peripecias contará en otro libro (*Indica*). DIODORO, en contra de la tradición más generalizada, dice (XVII 106, 4) que la entrevista se llevó a cabo en una ciudad de la costa llamada *Salmus* (inidentificada): la flota llegó al puer-

Entre las cosas que contaban, unas las sabían sólo de oídas,
11 otras las habían observado directamente: la isla que se encontraba en la desembocadura del río abundaba en oro pero estaba desprovista de caballos; se habían enterado de que sus moradores pagaban un talento por cada caballo que cualquiera se atreviera a transportar desde el continen-
12 te. El mar estaba plagado de monstruos [938] que seguían el curso de la marea, corpulentos como grandes navíos; al ser aterrorizados mediante un canto estridente, tales monstruos habían dejado de seguir a la flota, sumergiéndose bajo las aguas con un gran estrépito, parecido al
13 de unas naves al hundirse. En cuanto a las demás cosas habían dado crédito a las informaciones de los indígenas; así, por ejemplo, a la noticia de que el mar Rojo no se llama así, como normalmente se cree, por el color de sus
14 aguas, sino debido al rey Eritro [939]. No lejos de tierra firme hay una isla de abundantes palmeras; en medio, más o menos, de un bosque se alza una columna —un monumento erigido al rey Eritro— con una inscripción en len-
15 gua indígena. Añadían que unas embarcaciones que trans-

to mientras Alejandro asistía a un espectáculo en el teatro; pero lo más notable es que Diodoro confunda la entrevista de Carmania (de la que hablan Curcio, Arriano, *l. c.* y en *Indica* XXXIII-XXXVI) con una segunda entrevista llevada a cabo en el Pasitigris (véase nota 377), en el puente de barcas que Alejandro había hecho preparar para que su ejército atravesara el río en su viaje hacia Susa, es decir, a una distancia de 600 estadios (= unos 112 km.) de esta ciudad, entrevista narrada también minuciosamente por Arriano, *Indica* XLII. Por cierto que Arriano coloca en esta segunda entrevista la entrega a Leonnato de la corona de oro por su victoria sobre los horitas, junto con otra igualmente de oro a Nearco por el éxito de su periplo.

[938] Las ballenas, que son descritas minuciosamente por Arriano, *Indica,* XXX 1 sigs.

[939] Véase nota 742.

portaban cantineros y mercaderes, al ser atraídos sus timoneles por las noticias referentes al oro, habían zarpado rumbo a la isla pero que después nadie los había vuelto
a ver. El rey, inflamado por el deseo de ampliar sus 16
conocimientos, les ordenó seguir costeando la tierra firme hasta abordar con la flota la desembocadura del Éufrates; desde allí, y navegando contra la corriente del río, subirían hasta Babilonia [940].

Alejandro, abarcando en su ánimo proyectos sin límite, 17
había decidido, una vez sometida toda la región marítima hacia Oriente [941], y odiando como odiaba a Cartago [942], dirigirse desde Siria a África; desde allí, y tras atravesar los desiertos de Numidia, encaminarse hacia Cádiz (donde

[940] En el emotivo encuentro de Nearco con Alejandro (Arriano, *Indica* XXXVI 4 sigs.) el rey, conmovido a la vista del gran almirante que, después de haber pasado mil penalidades, apenas si es reconocible, decide dispensarle de continuar el viaje por mar y propone nombrar otro almirante de la flota, a lo que Nearco se opone. Las órdenes recibidas las lleva a cabo el diestro marino a la perfección y, según *Indica* XLI 6, se presenta en la desembocadura del Éufrates dispuesto a remontar la corriente del río para encontrarse con Alejandro en Babilonia, siguiendo las instrucciones de las que Curcio se hace eco en el texto; pero, al enterarse de que el rey se dirige a Susa, da marcha atrás con su flota (*Indica* XLII 1 sigs.) y remonta el Pasitigris, como se ha dejado entrever en nota número 937.

[941] Alejandro indudablemente tiene en mente la región que, desde Carmania —donde se encuentra en este momento— llega hasta Babilonia (que acaba de mencionarse en el texto), es decir, toda la zona costera del golfo Pérsico, que, desde el punto de vista de Babilonia, es zona oriental.

[942] Por sus relaciones con Tiro en general y, en particular, porque Cartago —como ya lo había indicado Curcio en IV 2, 11— se había comprometido a sostener el cerco de Tiro frente al asedio de Alejandro, aunque su ayuda fue más bien moral que real y efectiva. Al caer Tiro en manos del rey, a los embajadores cartagineses, que se encontraban en la ciudad, les entregó una declaración de guerra que sería efectiva en su momento (véase lugar citado).

era voz común que estaban colocadas las columnas de Hér-
18 cules); después, alcanzar las Hispanias, que los griegos llaman «Iberia» por su río Ebro, y, tras atravesar los Alpes, costear el litorial de Italia desde el que la travesía al
19 Epiro es corta [943]. Así pues, ordenó a los gobernadores de Mesopotamia que cortaran madera en el monte Líbano, la transportaran a Tapsaco, ciudad de Siria, que con ella hicieran construir las quillas de 700 naves, todas de siete hileras de remos, y que las condujeran a Babilonia. A los reyes de Chipre se les ordenó que suministraran bronce, estopa y velas.

20 Mientras estaba en tales preparativos, le llegaron unas cartas de los reyes Poro y Taxiles en las que le informaban de que Abisares [944] había muerto de enfermedad y de que Filipo, su lugarteniente, había sido asesinado [945]: sus asesi-
21 nos habían sido ajusticiados. A la vista de ello, Alejandro puso en el lugar de Filipo a Eudemón [946], general tracio, y el reino de Abisares se lo entregó al hijo de éste.

22 Después llegó a Parsagada [947]; se trata de un pueblo persa cuyo sátrapa era Orsines, que sobresalía entre todos

[943] El sueño de Alejandro de unificar Oriente y Occidente se plasma en los proyectos que aquí Curcio presta al rey macedonio; sometido el Oriente, sus miradas se lanzan sobre Occidente y en esta perspectiva se comprenden las cábalas ideadas por los historiadores y hombres de letras romanos sobre qué hubiera pasado si Alejandro se hubiera tenido que enfrentar a los ejércitos romanos. Véase, por ejemplo, Tito Livio, IX 17, 1.

[944] Véase IX 1, 7.

[945] Arriano, VI 27, 2, informa de que Filipo había sido alevosamente asesinado por los mercenarios; al enterarse de ello Alejandro, envió unas cartas a Taxiles y a Eudemón para que se hicieran cargo de la satrapía de Filipo hasta tanto que nombrara un nuevo gobernador para la región.

[946] Tras la muerte de Alejandro, asesinó a Poro y se apoderó de su reino, siendo a su vez ejecutado por orden de Antígono.

[947] Véase nota 398. En V 6, 10 se dice que la ciudad había sido fundada por Ciro.

los bárbaros por su nobleza y sus riquezas. Descendía de 23
Ciro, antiguo rey de los persas; sus riquezas, en parte, las había heredado de sus antepasados y, en parte, las había aumentado personalmente durante el largo ejercicio del
poder. Orsines salió al encuentro de Alejandro cargado de 24
regalos de todo tipo no sólo para el rey sino también para sus amigos. Traía consigo rebaños de caballos domados, carros adornados de oro y plata, mobiliario de gran valor, piedras preciosas, pesadas vasijas de oro, vestidos de
púrpura y 3.000 talentos de plata acuñada. Ahora bien, 25
tanta generosidad fue la causa de la muerte del bárbaro: en efecto, habiendo mostrado su afecto a todos los amigos del rey, con regalos que sobrepasaban los mismos deseos de éstos, no tuvo ningún detalle con el eunuco Bagoas [948], quien, valiéndose del obsequio de su propio cuerpo, tenía a Alejandro ligado a su persona.

Advertido por algunos sobre cuán grande era el afecto 26
que Alejandro sentía por Bagoas, Orsines respondió que él honraba a los amigos del rey y no a las concubinas y que los persas no tenían costumbre de considerar hombres
a quienes se prostituían como mujeres. Al enterarse de 27
esto el eunuco, echó mano, para perder a un hombre nobilísimo e inocente, de todo el poder que había conseguido mediante la deshonra y el deshonor. En efecto, sobornó a los más mezquinos compatriotas de Orsines, advirtiéndoles que presentaran sus falsas acusaciones contra el sátrapa cuando él se lo ordenara.

Mientras tanto, cada vez que se encontraban sin testi- 28
gos, saciaba los oídos, crédulos, del rey sin decir una palabra del motivo de su cólera a fin de que sus acusaciones

[948] Véase VI 5, 23 y su nota y, en cuanto al nombre de «Bagoas», véase la nota 454.

29 tuvieran más peso. Orsines todavía no era sospechoso, pero ya había descendido en la estima del rey: en secreto se le consideraba ya reo, aunque él desconocía el peligro latente, y el prostituto más abominable, no olvidándose de su fraude ni siquiera en medio del estupro y del ejercicio del deshonor, cada vez que encendía la pasión del rey hacia su cuerpo, aprovechaba la ocasión para acusar a Orsines, unas veces de avaricia y, otras, incluso hasta de intrigas sediciosas.

30 Las falsas acusaciones estaban ya maduras para perder a un inocente y amenazaba ya el destino cuya suerte es ineluctable. En efecto, dio la casualidad de que Alejandro hizo abrir la tumba de Ciro en la que estaba enterrado
31 su cadáver, al que quería rendir honras fúnebres. Pensaba que estaría repleta de oro y plata pues así lo pregonaba la fama divulgada entre los persas; pero no encontró más que un escudo oxidado, dos arcos escitas y una cimitarra [949].

---

[949] Arriano, VI 29, 4 sigs., describe con todo lujo de detalles el emplazamiento de la tumba de Ciro, la misma tumba y el saqueo de que había sido objeto. El relato del pillaje Arriano confiesa tomarlo de Aristobulo, que fue precisamente el encargado de reconstruir la tumba y nos ha dejado su descripción. La tumba se encontraba en medio del parque real y estaba rodeada de toda clase de árboles y vegetación. Tenía forma rectangular y en su interior había una estancia en piedra rosa con una puerta tan estrecha que con dificultad entraba por ella un hombre poco corpulento. Contenía un sarcófago de oro en el que estaba encerrado el cuerpo de Ciro. Junto al sarcófago había un diván con pies de oro, cubierto con tapices babilonios. Había además vestidos de púrpura, túnicas, estolas de variados colores, collares, pendientes y puñales de oro esmaltados de piedras preciosas. Cuando Alejandro, en su viaje de regreso, quiso visitar la tumba, encontró solamente el sarcófago y el diván, que no habían podido ser sacados a través de la estrecha puerta. El rey encargó a Aristobulo la restauración de la tumba y, según Plutarco, *Alej.* LXIX 4, hizo traducir al griego y grabar en ella la inscripción que, en persa, aparecía sobre la misma tumba: «¡Oh hombre!, seas quien seas

Después de depositar una corona de oro, Alejandro cubrió 32
el ataúd, en el que yacían los restos, con el manto que él solía llevar, admirándose de que un rey tan famoso y tan rico no hubiera sido enterrado con más honor que con el que podía ser enterrado un plebeyo. Estaba a su lado el eunuco, el cual, dirigiendo sus miradas al rey, le dijo:
«¿Por qué extrañarse de que los sepulcros de los reyes 33
estén vacíos cuando las casas de los sátrapas no pueden contener el oro sacado de ellos? Por lo que a mí respecta, 34
yo no había visto antes personalmente este sepulcro pero por Darío sabía que, al enterrarse a Ciro, se habían encerrado con él 3.000 talentos. De aquí proviene la generosidad 35
de Orsines para contigo: regalando lo que no podía conservar impunemente, pretendía alcanzar incluso tu agradecimiento». Ya Bagoas había encolerizado el ánimo del rey 36
cuando hicieron su aparición aquellos a los que el eunuco había dado el mismo encargo: por un lado Bagoas, por otro los sobornados por él, llenaron de falsas acusaciones los oídos de Alejandro. Orsines se vio encarcelado antes 37
incluso de sospechar que se le acusaba. El eunuco, no contento con el suplicio de un inocente, tomó también parte en el castigo cuando aquél estaba a punto de morir. Orsines, mirándole fijamente, le dijo: «¡Había oído que en Asia en otro tiempo habían reinado las mujeres, pero esto es nuevo, que reine un castrado!». Este fue el fin del más 38
noble de los persas, que era no sólo inocente sino que incluso había mostrado una extraordinaria generosidad hacia el rey [950].

---

y vengas de donde vengas (y yo sé que vendrás): yo soy Ciro, que conquistó para los persas el Imperio; por ello, no envidies esta poca tierra que cubre mi cuerpo».

[950] La historia que aquí cuenta Curcio no parece que se atenga a la realidad de los hechos: se trata, una vez más, de uno de los embelleci-

39 Por aquel mismo tiempo fue ejecutado Fradates [951], sos-
pechoso de haber aspirado al trono. Alejandro comenzaba
a dejarse llevar de la precipitación a la hora de aplicar
40 las ejecuciones y de prestar oídos a las calumnias. Evidente-
mente la prosperidad tiene el poder de trocar la naturaleza
y muy rara vez uno se muestra lo suficientemente precavi-
do ante su propia felicidad. El mismo que poco antes no
había tenido valor para condenar a Alejandro Lincestes [952],
41 a pesar de ser acusado por dos delatores; que había con-
sentido en absolver, en contra de su propia voluntad, a
unos reos incluso de menor importancia porque a los de-
más les parecían inocentes, y que había devuelto sus reinos a
42 enemigos vencidos, al final degeneró hasta tal punto que,
habiendo tenido en otro tiempo un ánimo que no se doble-
gaba ante la pasión, ahora otorgaba a unos el reino y qui-
taba a otros la vida siguiendo los dictámenes de un
prostituto.

43 Más o menos por aquellos días recibió una carta de
Ceno [953] en la que le informaba de los acontecimientos ocu-

---

mientos narrativos de nuestro autor o de su fuente. ARRIANO, VI 30, 1 sigs., dice que Orsines, que había tomado el mando de la satrapía de Persia después de la muerte de Frasaortes, era culpable del pillaje de templos y de tumbas reales, así como de haber condenado a muerte a muchos persas inocentes. En el caso de la tumba de Ciro, había permitido, al menos, que fuera saqueada. PLUTARCO, *Alej.* LXIX 3, dice que el saqueador fue un macedonio, Polímaco de Pela, que fue condenado a muerte.

951 Véase VI 5, 21 y VIII 3, 17.

952 Véase VII 1, 5-9.

953 Dado que en IX 3, 20, se ha informado de que Ceno había muerto en la India, se ha estimado que «a Coeno» es aquí, en el texto, una interpolación; ROLFE, por su parte, recuerda la interpretación de WARMINGTON, según el cual «a Coeno» habría sido una errónea lectura de *apò toû koinoû* del original. GIACONE recuerda la misma interpretación, pero aplicándosela a MÜTZELL. Incluso se ha pensado que lo que es erróneo es la noticia de la muerte de Ceno en IX 3, 20. (De tal interpretación se hace eco BARALDI). Por otra parte, JUSTINO, XII 1, 4, dice que las noticias de la guerra de Zopirión en Escitia, la de Agis, rey de Esparta, en Grecia, y la de Alejandro, rey del Epiro, en Italia, eran dadas a Alejandro en una carta por Antípatro. La guerra en la que toma parte Zopirión fue, en efecto, contemporánea a la de Agis, aunque puede ser que llegara a oídos de Alejandro más tarde.

rridos en Europa y Asia mientras él andaba sometiendo
la India: Zopirión, gobernador de Tracia, en el curso de 44
una expedición contra los getas, había sido aniquilado con
todo su ejército, al desencadenarse de repente unas tor-
mentas y borrascas [954]; Seutes [955], al tener noticias de este 45
desastre, había empujado a los odrisas, sus compatriotas,
a la rebelión. La Tracia estaba casi perdida y ni siquiera
la Grecia ....
.... [956].

---

954 JUSTINO, XII 2, 16-7, da otra versión sobre la expedición de este noble macedonio: Zopirión, dejado por Alejandro como gobernador del Ponto, pensando que estaba mano sobre mano si no hacía algo importante él también, reunió un ejército de 30.000 hombres y llevó la guerra a los escitas (= getas), siendo aniquilado él y todo su ejército, en justo castigo a una guerra infligida a un pueblo inocente.

955 Príncipe de los odrisas, población poderosa tracia que se extendió desde Abdera hasta Histria.

956 La laguna que aquí presentan los manuscritos (como la del final del libro V y comienzo del VI) fue subsanada por FREINSHEIM en una interpretación personal basada en informaciones ofrecidas por otros historiadores de Alejandro. Lo más probable es que en el relato primitivo de Curcio se hablara del castigo de los sátrapas y gobernadores que se habían comportado despóticamente, del licenciamiento de los mercenarios, de la infidelidad y fuga de Hárpalo (véase nota 841) y de las llamadas «bodas de Susa» (Alejandro y Hefestión se casaron en esta ciudad con sendas hijas de Darío, Estatira —también conocida con el nombre de Bársines— y Dripetis respectivamente, así como muchos amigos suyos con jóvenes nobles persas; véase nota 974).

2 Así pues, con 30 naves dejaron atrás [957] Sunio —promontorio del Ática— desde donde habían determina-
2 do dirigirse al puerto de la ciudad [958]. Al tener conocimiento de estos hechos, Alejandro, indignado tanto con Hárpalo como con los atenienses, ordenó preparar la flota, con la intención de zarpar rápidamente hacia Atenas.
3 Mientras andaba planeando este proyecto, recibió una carta en la que se le hacía saber que, en efecto, Hárpalo había penetrado en Atenas y que, a base de dinero, se había granjeado la amistad de los dirigentes, pero que después, celebrada una asamblea popular, había recibido la orden de abandonar la ciudad; que se había dirigido a los soldados griegos, que éstos lo habían apresado y que uno de sus amigos le había tendido una emboscada y había
4 sido asesinado [959]. Dándose por satisfecho Alejandro con estas noticias, desistió de su proyecto de pasar a Europa pero dio orden de que todas las ciudades griegas acogieran a los desterrados [960], que habían sido expulsados de ellas, a excepción de aquellos que estuvieran manchados de sangre de compatriotas [961].

5 Los griegos, aunque eran de la opinión de que éste era un primer atentado a sus propias leyes, no se atrevieron a desafiar esta orden e incluso devolvieron a los condena-
6 dos lo que quedaba de sus bienes. Únicamente los atenienses [962], defensores no sólo de su propia libertad sino de

[957] Hárpalo y los suyos.

[958] La ciudad es Atenas, y su puerto, el Pireo.

[959] Sobre el asesinato de Hárpalo, véase Diodoro, XVIII 19, 2; 108, 8 y la nota 841, final.

[960] Más de 20.000. Véase Diodoro, XVIII 8, 5.

[961] Según Diodoro, XVIII 109, 1, y Justino, XIII 5, 2-3, la carta de Alejandro fue leída en Olimpia durante los Juegos olímpicos (verano del año 324).

[962] También los etolios se opusieron a tal decisión de Alejandro.

la libertad de todos los griegos, acostumbrados como estaban a regirse no por la autoridad de un rey sino de acuerdo con las leyes y las costumbres patrias, no se mostraban dispuestos a soportar aquella mescolanza de partidos [963].
Prohibieron, pues, a los desterrados el regreso a sus terri- 7
torios, decididos a hacer frente a cualquier cosa antes que admitir a los que en otro tiempo no eran más que la hez de su ciudad y ahora lo eran incluso del destierro.

Alejandro, tras repatriar a los soldados de más edad [964], 8
procedió a la selección de 13.000 soldados de a pie y 2.000 jinetes, con la idea de retenerlos en Asia, estimando que un ejército de pocos efectivos se bastaba para conservar aquel país, dado que había colocado puestos de guarnición en muchos puntos y había llenado las ciudades recién fundadas de colonos que sólo deseaban rehacer sus vidas [965].
Pero antes de escoger a los que tenía intención de mante- 9
ner a su lado, dio orden de que toda la tropa hiciera una declaración de sus deudas. Él sabía muy bien que la mayor parte las tenían, y graves, y, aunque las habían contraído a causa de su prodigalidad, estaba, no obstante, dispuesto
a pagarlas. Los soldados, pensando que se les estaba ten- 10
diendo una trampa, a fin de descubrir más fácilmente cuáles eran íntegros y cuáles despilfarradores, a base de dilaciones habían ganado cierto tiempo y el rey, dándose perfecta cuenta de que, si se oponían a una declaración de

[963] Siguiendo a Bardon y Giacone, hemos traducido «ordines» por 'partidos'. Como hace notar Bardon, indudablemente Curcio, al emplear este término, piensa en la lucha de partidos y de clases sociales en Roma, pero «ordines» no corresponde a nada en la política ateniense del tiempo de Alejandro.

[964] Unos 10.000. Véase Diodoro, XVIII 109, 2.

[965] Como hace notar Giacone, Alejandro aparecía como el legítimo sucesor de los Aqueménidas y era ya más difícil rebelarse contra él.

sus deudas, lo hacían más por vergüenza que por desobediencia, hizo que fueran colocadas unas mesas a lo largo de todo el campamento y en ellas se expusieran, a la vista de
11 todos, 10.000 talentos. Entonces, por fin, hicieron su declaración y con toda sinceridad y de tan gran cantidad de dinero no quedaron más de 130 talentos [966]: así aquel famoso ejército, que había vencido a tanto pueblos riquísimos, se trajo de Asia más gloria que botín.

12 Pero, en cuanto los soldados se enteraron de que unos eran repatriados y otros retenidos, pensando que Alejandro se disponía a fijar para siempre la sede de su reino en Asia, fuera de sí y olvidándose de la disciplina militar, hicieron resonar sus gritos de rebelión en todo el campamento y, atacando al rey con más violencia que nunca, todos a una comenzaron a pedir el licenciamiento, mostrando sus rostros deformados por las cicatrices y sus ca-
13 bezas cubiertas de canas [967]. Ni los reproches de sus jefes ni el respeto debido al rey les impresionaban sino que con gritos tumultuosos y con la violencia propia de soldados le impedían hablar, diciendo abiertamente que de allí no moverían un pie si no era para regresar a su patria.
14 Finalmente guardaron silencio más porque creían que el rey estaba conmovido que porque ellos pudieran serlo por sus

---

[966] Del relato de DIODORO, XVII 109, 2, y JUSTINO, XII 11, 3-4, se desprende que Alejandro saldó las deudas de sus soldados antes de repatriar a los de más edad. En cuanto a la cantidad pagada por el rey, PLUTARCO, *Alej.* LXX 3, da exactamente la misma cantidad que Curcio: 9.870 talentos; Diodoro, *l.c.*, dice que llegó «a poco menos de 10.000 talentos». Justino, por su parte, *l.c.*, dobla la cantidad: 20.000 talentos. Plutarco pone en relación este rasgo de generosidad con la magnificencia y esplendidez de las «bodas de Susa» (véase nota 974).

[967] Esta nueva rebelión tuvo lugar en Opis, al norte de Babilonia, como dice ARRIANO, VII 8.

palabras y aguardaban con expectación qué era lo que iba a decirles. Alejandro les habló así: «¿Qué significa este 15
repentino tumulto y este tan descarado y desbordado desenfreno? Me da miedo decirlo: abiertamente habéis echado por tierra mi autoridad y soy un rey en precario, al que no habéis dejado el derecho de hablaros, de conocer vuestros sentimientos o de miraros cara a cara. Lo cierto 16
es que, a pesar de que he decidido repatriar a unos y a los otros llevarlos conmigo poco después, ahora veo gritar tanto a los que están a punto de partir como a los que me van a acompañar cuando, según mi plan, sigamos tras los que van por delante. ¿Qué quiere decir esto? ¡A propó- 17
sito de una causa contradictoria todos gritan al unísono! Me gustaría saber si los que tienen quejas de mí son los que se van a los que se quedan».

Se creería que el grito, unánime, de todos salía de una 18
sola boca, hasta tal extremo desde todos puntos de la asamblea surgió la respuesta de que eran todos los que se quejaban.

Entonces Alejandro continuó: «De ninguna manera, 19
¡por Hércules!, me podréis convencer de que todos a una tenéis para quejaros este motivo que me manifestáis, pues la mayor parte del ejército no tiene nada que ver con él, ya que he licenciado a más gente que a la que tengo intención de retener. Hay —y eso es evidente— un mal más 20
profundo que es el que os aparta a todos de mí. En efecto, ¿cuándo a un rey le ha abandonado su ejército en pleno? Ni siquiera los esclavos abandonan en masa a sus dueños sino que dan muestras de cierto pudor al verlos abandonados por los demás. Pero he aquí que yo, olvidándome de 21
motín tan loco, estoy tratando de aplicar remedio a personas que se muestran incurables. Desecho, ¡por Hércules!, la esperanza que había puesto en vosotros y es mi decisión

comportarme con vosotros no como con soldados, pues
ya habéis dejado de serlo, sino como conviene con los in-
22 dividuos más ingratos [968]. La prosperidad en la que nadáis
ha sido la causa de que hayáis empezado a desvariar, olvi-
dándoos del estado del que os librasteis gracias a mí y en
el que, ¡por Hércules!, merecéis envejecer puesto que os
es más fácil someter a vuestro dominio la fortuna adversa
23 que la próspera. ¡He aquí unos hombres que, tributarios
hace bien poco de los ilirios y de los persas.[969], hacen as-
cos ahora de Asia y de los despojos de tantos pueblos!;
los que, poco ha, andaban medio desnudos bajo Filipo,
ahora desdeñan los mantos de púrpura; su vista no puede
soportar el oro y la plata y echan de menos sus escudillas
de madera, sus escudos de mimbre y sus espadas oxidadas.
24 En ese brillante estado estabais cuando os recibí a vosotros
y a una deuda de 500 talentos mientras que todo el tesoro
real no sobrepasaba la suma de 60 talentos [970]. Estos fue-
ron los fundamentos de vuestras empresas posteriores y
sobre los cuales (que me sea permitido decirlo) he edifica-
25 do el imperio de la mayor parte del mundo. ¿Os sentís
hastiados, acaso, del Asia, que por la gloria de vuestras

[968] Nos apartamos del texto ofrecido por Bardon («*ut cum ingratissimis operis agere decreui*»), que es lectura sugerida por Ruben, y seguimos la lectura de los códices («*ut cum ingratissimis oportet agere decreui*»), defendida por Giacone.

[969] En el reinado de Amintas, rey de Macedonia, los macedonios habían pagado tributo a los ilirios por un largo tiempo; en cambio, a los persas lo hicieron por muy poco tiempo, cuando fueron sometidos por Megabazo, general de Darío Histaspis (véase Justino, VII 3, 1 sigs.).

[970] Plutarco, *Alej.* XV 1 sigs., evalúa los recursos de Alejandro al comenzar la campaña y ofrece, además, el testimonio de diversos autores sobre esta cuestión: según Aristobulo, no contaba más que con 70 talentos; según Douris, no tenía víveres más que para 30 días y, según Onesícrito, había tenido que aceptar un préstamo de 200 talentos.

hazañas os ha hecho iguales a los dioses? Tenéis prisa en
volver a Europa, abandonando a vuestro rey, cuando la
mayor parte de vosotros no tendríais ni dinero para el via-
je, si yo no hubiera pagado vuestras deudas precisamente
con el botín obtenido en Asia. Y no os da vergüenza, 26
paseando como paseáis en vuestros estómagos sin fondo
los despojos de los pueblos vencidos, querer volver a pre-
sencia de vuestros hijos y de vuestras esposas, ante quienes
sois pocos los que podéis mostrar los premios de vuestra
victoria, porque en cuanto a los demás, cerrando el paso
a toda esperanza en el futuro, habéis empeñado hasta vues-
tras propias armas. ¡Valientes soldados los que me van a 27
faltar, pegados a las faldas de sus concubinas y a los que,
de tantas riquezas, sólo les queda lo que es precisamente
ocasión de gasto! [971] Por consiguiente, si me abandonáis,
que os abran las puertas de par en par. ¡Marchaos lo antes
posible! Yo con los persas protegeré las espaldas de los
fugitivos. A nadie retengo; ¡quitaos de mi vista, los más
ingratos de mis conciudadanos! Vuestros padres y vuestros 28
hijos os recibirán llenos de alegría, al ver que volvéis sin
vuestro rey y saldrán al encuentro de unos desertores y
de unos traidores. ¡Por Hércules que he de celebrar los 29
honores del triunfo por la victoria conseguida sobre vues-
tra huida! y, dondequiera que me encuentre, me vengaré
de vosotros concediendo los honores y los privilegios a aque-
llos en cuya compañía ahora me abandonáis. Bien pronto
sabréis, por un lado, cuánto puede un ejército sin rey y,
por otro, cuánto poder tengo yo solo».

Después, rechinando sus dientes de indignación, saltó 30
desde lo alto de la tribuna e irrumpió en medio de las filas
de la tropa armada; a los que había observado que eran

[971] Es decir, las concubinas.

los que con más ferocidad habían protestado los fue cogiendo uno a uno con sus propias manos sin que ellos se atrevieran a ofrecer resistencia y a trece de ellos los puso bajo la vigilancia de sus guardias de corps [972].

3 ¿Quién podría creer que una multitud enfurecida poco antes podía quedar paralizada por un súbito temor,
2 a pesar de ver que eran conducidos al suplicio unos compañeros que sólo se habían atrevido a hacer lo que habían
3 hecho todos los demás? Lo que les aterrorizó fue o bien el respeto hacía el título de rey que los pueblos que están sometidos a los reyes veneran como a los nombres de los dioses, o la veneración hacia la propia persona de Alejandro o la seguridad demostrada por aquel hombre que ejer-
4 cía el mando con tanta energía: lo cierto es que ofrecieron un extraordinario ejemplo de resignación y hasta tal punto no se conmovieron ante el castigo de sus compañeros de armas (según tenían noticias, habían sido ejecutados al caer la noche) que pusieron el mayor empeño, cada uno por
5 su parte, en mostrarse más obedientes y fieles. En efecto, como al día siguiente no se les permitiera el acceso a presencia del rey, y sólo les fuera concedido a los soldados asiáticos, hicieron resonar todo el campamento con sus lúgubres gritos, declarando que estaban dispuestos a darse muerte inmediatamente, si el rey perseveraba en mostrarse
6 encolerizado. Pero Alejandro, inflexible a la hora de poner en práctica todas sus decisiones, hizo reunirse en asamblea a los soldados extranjeros, mientras los macedonios eran obligados a permanecer en el interior del campa-

[972] Según ARRIANO, VII 8, 3, los apresó antes de pronunciar su discurso ante el ejército y —a lo que expresamente no alude ahora Curcio, pero se referirá a ello en 3, 4— los mandó ajusticiar.

mento. Cuando se reunieron un gran número, el rey, por medio de un intérprete, les dirigió el siguiente discurso:

«Al pasar de Europa a Asia, yo esperaba añadir a mi 7
imperio muchos pueblos famosos y una gran cantidad de hombres y no quedé decepcionado al haber creído en este punto a la fama. Pero debo añadir a todo ello el hecho 8
de que veo a unos hombres valientes mantener una devoción inquebrantable hacia sus reyes. Yo siempre había creído 9
que el lujo lo arrollaba todo y que, a causa de la demasiada prosperidad, todo quedaba sumergido en el placer; pero, ¡por Hércules!, las cargas de la vida militar las soportáis con igual energía física y moral y, siendo, como sois, valientes y esforzados, no cultiváis menos la lealtad que el valor.

Esto lo reconozco hoy por primera vez, pero hace tiem- 10
po que lo sé; por eso he hecho entre vosotros un reclutamiento de jóvenes y os he incorporado a mi ejército. Lleváis el mismo uniforme y las mismas armas pero, en cuanto a la obediencia y a la disciplina, estáis muy por encima de los demás. Por eso yo mismo me uní en matrimonio 11
a la hija del persa [973] Oxiartes y no he considerado un deshonor reconocer los hijos que pudiera tener con una cautiva. Después, deseando propagar con más amplitud 12
los descendientes de mi estirpe, contraje matrimonio con la hija de Darío [974] e induje a mis amigos más ínti-

[973] Más bien, bactriano.

[974] Véase nota 956, final. Las «bodas de Susa» (celebradas hacia marzo del año 324) se prolongaron durante cinco días; al banquete fueron invitados aquellos macedonios que ya se habían casado con mujeres bárbaras y que, según PLUTARCO, *Alej.* LXX 3, ascendían a 9.000 (según ARRIANO, VII, 4, 8, pasaban de 10.000), recibiendo cada uno de ellos una copa de oro para libaciones. Ambas hijas de Darío, Estatira (llamada «Bársines» por ARRIANO, VII 4, 4, quien dice seguir un testimonio

mos[975] a tener hijos con las cautivas, con el fin de borrar con esta sagrada alianza las diferencias entre vencedores y
13 vencidos. Por eso, pensad que sois mis soldados por nacimiento, no por alistamiento. El Asia y la Europa constituyen uno solo y un mismo reino. Yo os entrego a vosotros las armas de los macedonios. De vosotros, que sois novatos, he hecho unos veteranos y sois mis conciudadanos y mis
14 soldados. Todo tiene el mismo color y no es indecoroso ni para los persas copiar las costumbres de los macedonios ni para éstos imitar a los persas; deben tener la misma ley todos los que van a vivir bajo el mismo rey .....
.... [976].

4 «¿Hasta cuándo», le dijo, «te dejarás llevar de tu resentimiento incluso aplicando castigos y, además, siguiendo el procedimiento extranjero? Tus soldados, tus compatriotas, sin ser sometidos a juicio —¡ay!— son arrastrados al suplicio, conducidos por sus propios prisioneros. Si pien-

de Aristobulo) y Dripetis tuvieron un final trágico: después de perder a sus esposos (Alejandro y Hefestión), cayeron bajo las iras de Roxana, la primera esposa del rey: ésta, contando con la ayuda de Perdicas, tendió una emboscada a ambas hermanas, haciéndolas llegar a su presencia con artimañas; después las hizo matar y arrojó sus cadáveres a un pozo que hizo cegar a continuación (véase PLUTARCO, *Alej.* LXXVII 6).

[975] Según ARRIANO, VII 4, 6, fueron 80 los amigos y compañeros de Alejandro que en Susa celebraron sus bodas con jóvenes bárbaras elegidas y el mismo historiador da los nombres de siete de sus íntimos que contrajeron matrimonio (Hefestión, Crátero, Perdicas, Ptolomeo, Eumenes, Nearco y Seleuco) así como el de sus esposas.

[976] Una nueva laguna en los manuscritos. El rey terminaría su discurso y —según se desprende de la continuación—, después de mandar ejecutar a algunos soldados rebeldes, uno de ellos pronunciaría un discurso, parte del cual se recoge en el capítulo 4. (El texto ha sido recompuesto por J. FROBEN y puede leerse, por ejemplo, en la edición de ROLFE para la colección «Loeb»).

sas que merecen la muerte cambia, al menos, los ejecutores del castigo». Este era un consejo de amigo si Alejandro 2
hubiera sido capaz de admitir la verdad, pero la cólera se había trocado en furor; y así de nuevo (pues los que habían recibido la orden se habían quedado indecisos por un poco de tiempo) ordenó que fueran arrojados al río encadenados como estaban. Ni siquiera este castigo provo- 3
có la rebelión de los soldados. En efecto, manípulos enteros acudieron a presencia de sus jefes y de los amigos del rey, pidiéndoles que, si éste consideraba que algunos seguían todavía manchados con la antigua culpa, diera orden de que fueran ejecutados: ellos se ofrecían como víctimas de su cólera; que los pasara a cuchillo ....
.... [977].

Los soldados, al verlo, rompieron a llorar y daban la 5
impresión de que estaban contemplando no al rey sino su cadáver; pero la aflicción era todavía mayor entre los que 2
rodeaban su lecho; al darse cuenta de su presencia, el rey les dijo: «Cuando yo me haya ido, ¿encontraréis un rey digno de tales soldados?». Lo que es increíble, a la hora 3
de contarlo y de oírlo, es que el rey permaneció en la misma postura que había adoptado al disponerse a recibir a los soldados, hasta que desfiló todo el ejército rindiéndole el último saludo; al terminar de pasar la multitud, como si se hubiera liberado de toda deuda para con la vida, dejó caer sus miembros agotados. Hizo acercarse a sus ami- 4
gos (la voz comenzaba ya a faltarle) y, quitándose el anillo

[977] Esta laguna es mucho mayor que la anterior. FREINSHEIM, apoyándose en los relatos sinópticos de DIODORO, ARRIANO y PLUTARCO, ha recompuesto el texto, que puede leerse en la ed. citada en la nota anterior: el rey se habría reconciliado con sus tropas, se contaría después la muerte de Hefestión, la entrada en Babilonia y la enfermedad, mortal, de Alejandro.

del dedo, se lo entregó a Perdicas, añadiendo la recomendación de que ordenara que su cadáver fuera llevado al
5 templo de Amón. Al preguntarle sus amigos a quién dejaba el reino, respondió que al más digno, pero que ya preveía él que, a propósito de la disputa por el reino, se le
6 deparaban unos magníficos juegos fúnebres. A una nueva pregunta de Perdicas sobre cuándo quería que se le otorgaran los honores divinos, respondió que era su deseo que lo hicieran cuando ellos fueran felices. Estas fueron las últimas palabras del rey y poco después expiró [978].

7 Al principio todo el palacio se llenó de llantos, lamentos y gemidos; después, como en un dilatado desierto, todo se inmovilizó, presa de un lamentable silencio, y al dolor siguió el pensamiento de qué iba a suceder a conti-
8 nuación. Los jóvenes nobles, acostumbrados a formar parte de la guardia personal del rey, ni podían soportar la magnitud de su dolor ni mantenerse en el vestíbulo del palacio: vagaban de un lado para otro, como fuera de sí, y llenaban una ciudad tan grande de duelo y de tristeza, sin omitir ningún tipo de lamentos que suele sugerir el
9 dolor en tales desgracias. Acudieron, pues, corriendo en masa los que estaban estacionados fuera de palacio, tanto macedonios como bárbaros, y en medio de su dolor común no podían distinguirse los vencidos de los vencedores. Los persas lo llamaban el señor más justo y más clemente; los macedonios, el mejor y el más valiente de los reyes, y unos y otros andaban rivalizando en una especie de certamen
10 sobre quiénes estaban más apenados, y no solamente se escuchaban voces de dolor sino también de indignación,

[978] Alejandro murió el 13 de junio del año 323 sin haber llegado a cumplir 33 años. En cuanto a la enfermedad que le llevó a la tumba, véase la nota 1019.

acusando a los dioses de que por envidia se habían llevado, arrebatándoselo a la humanidad y sin dejarlo madurar, a quien estaba en la flor de la edad y de la fortuna. Pasaba ante su vista el vigor y la expresión de su rostro cuando conducía a los soldados al combate, cuando ponía cerco a las ciudades, cuando asaltaba las murallas, cuando premiaba a los héroes a la vista de la asamblea. Entonces 11
los macedonios se sentían presa de remordimiento, al pensar que no le habían otorgado los honores divinos y reconocían que habían sido ímpios e ingratos para con él, al haber privado a sus oídos de una denominación que le era debida. Después de detenerse largo tiempo en venerar y añorar al rey, la compasión se tornó hacia ellos mismos: partidos de Macedonia, se veían, más allá del Éufrates, 12
abandonados en medio de unos enemigos que desdeñaban el nuevo dominio; sin heredero legítimo del rey, sin un heredero del reino, cualquiera podría apoderarse del poder. Presagiaban ya —como luego sucedió— las futuras gue- 13
rras civiles: de nuevo tendrían que derramar su propia sangre y ello no por la posesión de Asia sino por la sucesión del rey; las viejas cicatrices se tendrían que abrir con nuevas heridas; viejos, extenuados, cuando hacía bien poco 14
que habían pedido el licenciamiento a su rey legítimo, se veían ahora a punto de morir en pro de la tiranía tal vez de un oscuro guardaespaldas.

Mientras seguían dando vueltas a estos pensamientos, 15
les sobrevino la noche y el pánico aumentó. Los soldados montaban guardia con las armas en la mano; los babilonios, unos desde lo alto de las murallas, otros desde los tejados de sus propias casas, miraban de lejos, como si fueran a ver cosas que les pudieran dar más confianza. Ninguno se atrevía a encender una antorcha y, puesto que 16
no podían sacar partido de la vista, intentaban percibir

con sus oídos los ruidos y las voces y con frecuencia,
presas de un vano terror, tropezaban unos con otros a lo
largo de las callejuelas oscuras, llenos de preocupación y
17 entre sospechas mutuas. Los persas, con el cabello corta-
do, siguiendo la costumbre nacional, vestidos de luto y
acompañados de sus mujeres e hijos, con sincero dolor lo
lloraban no como a un vencedor y, poco ha, enemigo sino
como al rey más justo de su pueblo, y acostumbrados co-
mo estaban a vivir bajo un rey, reconocían abiertamente
que ninguno había sido más digno de reinar sobre ellos.
18 Y el luto no se ceñía al interior de las murallas sino que
la noticia de una desgracia tan grande se había extendido
por la región circundante y, a continuación, por gran parte
19 del Asia del lado de acá del Éufrates. Rápidamente llegó
también a oídos de la madre de Darío [979]. Rasgó el vestido
que llevaba puesto, se vistió de luto y, mesándose los cabe-
20 llos, se arrojó al suelo. Le hacía compañía una de sus dos
nietas [980], sumida a su vez en el luto por la muerte, recien-
te, de su esposo Hefestión [981] y a la que la aflicción gene-
ral no hacía más que renovar unos motivos personales de
21 dolor. Pero Sisigambis, sola, era depositaria de las desgra-
cias de todos los suyos: ella deploraba su propia suerte

[979] Probablemente se encontraba en Susa; al menos en esta capital la había dejado Alejandro en el invierno de año 331, según nos informa el mismo Curcio, V 2, 17.

[980] Dripetis. Véase notas 956 y 974.

[981] Hefestión murió en Ecbatana, como consecuencia de los excesos en la comida y en la bebida, después de una orgía organizada por Alejandro y a las que tan aficionados eran los acompañantes del rey. Hefestión estuvo entre la vida y la muerte durante siete días. Alejandro no quiso enterrarlo en Ecbatana sino que hizo llevar su cadáver a Babilonia, adonde él pensaba dirigirse, y allí se celebraron las honras fúnebres que costaron 12.000 talentos. Alejandro sintió en lo más íntimo de su corazón la muerte de su compañero y amigo.

y la suerte de sus nietas. El reciente dolor le traía recuer-
dos de las vicisitudes pasadas. Se diría que acababa de per-
der a Darío y que la desgraciada tenía que celebrar, al mis-
mo tiempo, las honras fúnebres de dos hijos. Lloraba, a
la vez, a los muertos y a los vivos: ¿quién, en efecto, se 22
iba a ocupar de las jóvenes? ¿Quién podría ser el segundo
Alejandro? Helas aquí de nuevo prisioneras, he aquí de
nuevo el reino destruido. Tras la muerte de Darío, habían
encontrado un protector; desaparecido Alejandro, no ha-
bían de encontrar quien les dirigiera siquiera una mirada.
Recordaba, al mismo tiempo, el asesinato, en el mismo 23
día y a manos de Oco [982], el más cruel de los reyes, de
sus ochenta hermanos, número ingente de muertes a las
que se había añadido el asesinato del padre; de los siete
hijos que ella misma había engendrado, sólo uno le queda-
ba [983] y el mismo Darío no había florecido, durante un
corto espacio de tiempo, más que para poder extinguirse
más cruelmente. Finalmente sucumbió al dolor y, cubrién- 24
dose la cabeza, apartó de su lado a su nieta y a su nieto
que se habían abrazado a sus rodillas, renunciando tanto
a la comida como a la luz y, al quinto día a partir de
la fecha en que había decidido morir, expiró. De la benig- 25
nidad de Alejandro para con ella y de su justicia para con
todos los prisioneros es una prueba palpable la muerte de
esta mujer que, cuando murió Darío, tuvo fuerzas para se-

[982] Se trata de Artajerjes Oco, rey entre el 359 y 338. Sobre el río de sangre que hizo correr a su llegada al trono, véase Justino, X 3, 1, y Valerio Máximo, IX 2, ext. 7. Sisigambis, como se ha dicho en nota 59, era hija de Ostanes, uno de los hijos de Darío II Oco, y hermana y esposa de Arsanes.

[983] El más joven, Oxatres, que hemos encontrado en diversos momentos de esta historia: III 11, 8; VI 2, 9; VII 5, 40.

guir viviendo, mientras que no tuvo valor para sobrevivir
a Alejandro.
26 Y, ¡por Hércules!, a la hora de hacer una crítica impar-
cial del rey, se echa de ver que sus cualidades hay que
adjudicárselas a su naturaleza, sus defectos, a la fortuna
27 o a la edad. La fuerza de su espíritu era increíble; su resis-
tencia, a la hora de soportar las fatigas, casi excesiva; su
fortaleza, sobresaliente no sólo entre los reyes sino incluso
entre aquellos en los que la fortaleza es su única virtud;
28 su generosidad llegaba al punto de conceder mayores gra-
cias que las que se les piden a los dioses; clemente para
con los vencidos; tantos reinos o devueltos a quienes se
los había arrebatado por las armas o regalados gratuita-
29 mente; un desprecio continuo de la muerte ante la que los
demás hombres se quedan exangües de miedo; su deseo
de gloria y alabanza superior, es verdad, a lo normal, pero
comprensible en un joven como él y en medio de unas ha-
30 zañas tan grandes; por otra parte, su piedad para con sus
padres: a Olimpíade había decidido consagrarla a la in-
mortalidad y, en cuanto a Filipo, había tomado cumplida
31 venganza de su muerte; aparte, su benignidad para con
la mayor parte de sus amigos; su benevolencia para con
los soldados; su prudencia, pareja con su grandeza de
alma y su destreza en lo que podía dar de sí su edad;
32 su moderación en las pasiones desenfrenadas; sus relacio-
nes amorosas limitadas al deseo impuesto por la naturale-
za y, en cuanto a los placeres, únicamente los permi-
tidos: éstas eran ciertamente cualidades de su carácter.
33 En cuanto a lo que hay que atribuir a la fortuna: igualarse
a los dioses y reivindicar honores divinos; dar crédito a
los oráculos que le empujaban precisamente a creer en ellos;
encolerizarse más de lo justo con quienes desdeñaban ve-
nerarlo; trocar su atuendo personal por un atuendo ex-

tranjero; imitar las costumbres de los pueblos vencidos,
costumbres que antes de la victoria había despreciado.
En cuanto a su cólera y su afición a la bebida, así como 34
su juventud las había estimulado, de igual modo la vejez
las hubiera podido mitigar. Hay que reconocer, sin embar- 35
go, que si debió mucho a su propio valor, su deuda fue
mayor para con la fortuna a la que, él solo entre todos
los hombres, tuvo sometida a su poder. ¡Cuántas veces
lo libró de la muerte! ¡Cuántas veces lo protegió con una
dicha ininterrumpida después de haberse lanzado temera-
riamente en medio de los peligros! A la hora de fijar tér- 36
mino a su vida se lo fijó el mismo que a su gloria. El
destino se mantuvo a la expectativa hasta que, sometido
el Oriente y alcanzado el Océano, Alejandro abarcó cuan-
to un hombre es capaz de abarcar.
A este rey y a este caudillo se le buscaba un sucesor, 37
pero el peso era demasiado grande para las espaldas de
uno solo; y así su mero nombre y la fama de sus hazañas
desparramó por casi todo el orbe reyes y reinos y fueron
considerados como cubiertos de gloria aquellos que parti-
ciparon, aunque fuera en una mínima parte, de tan ex-
traordinaria fortuna.

Pero, volviendo a Babilonia de donde la digresión me 6
había apartado [984], los guardias de corps del rey convoca-
ron a palacio a los principales amigos y a los generales
del ejército. Vino detrás toda una muchedumbre de solda-
dos, deseosos de saber a quién iba a pasar la fortuna de
Alejandro. Muchos generales, bloqueados por la multitud 2
de soldados, no pudieron penetrar en palacio, a pesar de
que el pregonero impedía la entrada a todo aquel que no
fuera llamado por su nombre. Pero no se hacía caso de

[984] En X 5, 18.

3 una orden sin respaldo. Al principio se renovaron los agudos gemidos y los llantos, después la expectación por el futuro hizo detener las lágrimas e impuso silencio.
4 Entonces Perdicas mostró a la multitud el trono real en el que estaban colocados la diadema y el vestido de Alejandro junto con sus armas y depositó, en ese mismo trono, el anillo que el día anterior había recibido de manos del rey. Al ver todo aquello, la multitud se echó de nuevo a
5 llorar y comenzó de nuevo el duelo. Perdicas dijo: «Yo, por mi parte, os devuelvo a vosotros el anillo con el que él acostumbraba a sellar lo que constituía la fuerza del reino y del mando, a pesar de que me lo ha entregado a
6 mí personalmente. Por otro lado, aunque los dioses, en su irritación, no pueden imaginar contra nosotros un desastre semejante al que nos han infligido, sin embargo, al contemplar la magnitud de las hazañas que nuestro rey ha llevado a cabo podemos pensar que los dioses sólo nos han prestado a la humanidad este hombre con la idea de, una vez cumplida su misión, reclamarlo inmediatamente
7 para su estirpe. Por consiguiente, puesto que sólo nos queda de él lo que no forma parte de la inmortalidad, rindamos cuanto antes los honores debidos a su cadáver y a su nombre, sin olvidarnos de en qué ciudad y entre quiénes nos encontramos y de qué jefe y de qué rey nos hemos
8 visto despojados. Tenemos que reflexionar y recapacitar, ¡oh compañeros de armas!, acerca de cómo podemos conservar la victoria entre aquellos pueblos sobre los que la hemos conseguido. Necesitamos un jefe: si éste ha de ser uno o varios depende de vosotros, pero debéis saber que
9 un ejército sin jefe es como un cuerpo sin alma. Roxana está en el sexto mes de su embarazo [985]. Nuestro deseo

[985] Según Justino, XIII 2, 5, habíase cumplido ya el octavo mes de

es que dé a luz un varón que, con la aprobación de los dioses, ciña la corona cuando sea adulto, pero, mientras tanto, designad al que queréis que gobierne sobre vosotros». Así habló Perdicas.

Entonces Nearco, tomando la palabra, hizo saber que 10
nadie ponía en duda que la majestad real sólo pertenecía a la sangre y a la descendencia de Alejandro, pero que 11
ni iba con la manera de pensar de los macedonios ni con las circunstancias del momento ponerse a esperar un rey que todavía no había nacido y dejar de lado a uno que ya existía. Existía un hijo del rey, habido de Bársines [986]: a él se debía dar la diadema. Sus palabras no agradaron 12
a nadie por lo que, siguiendo una costumbre nacional, comenzaron a golpear los escudos con las lanzas y siguieron metiendo ruido y, al persistir Nearco en mantener con más obstinación su parecer, casi se desencadenó un motín.

Entonces Ptolomeo dijo: «¡Verdaderamente se trata de 13
una descendencia digna de gobernar al pueblo macedonio la constituida por el hijo de una Roxana o el de una Bársines, en su mayor parte cautivos y cuyos nombres Europa tendrá incluso vergüenza en pronunciar! ¿Valía la pena ha- 14
ber vencido a los persas para convertirnos en esclavos de sus descendientes? Esto es precisamente lo que intentaron, aunque en vano, con tantos miles de hombres armados y tan impresionantes escuadras sus legítimos reyes, un Darío

embarazo. Por fin nació un niño al que se le impuso el nombre de Alejandro, que murió el año 311.

[986] Se trata no de la hija mayor de Darío, llamada así por Arriano, VII 4, 4, por ejemplo —y conocida más comúnmente con el nombre de «Estatira»—, sino de la hija de Farnabazo, esposa de Memnón (véase III 13, 14), que fue concubina de Alejandro y del que tuvo un hijo, llamado «Hércules», allá por el año 328; a la sazón el niño tendría, pues, unos 5 años (véase Justino XIII 2, 7).

15 y un Jerjes. Mi opinión es que, colocado el trono de Ale-
jandro en palacio, se reúnan los que constituían su consejo
asesor cada vez que haya que tomar una decisión en co-
mún, que todo el mundo se atenga a lo que decida la ma-
yoría y que los generales y prefectos del ejército se some-
tan a este consejo».

16 Algunos se mostraban de acuerdo con Ptolomeo y otros,
en menor número, con Perdicas. Entonces Arístono co-
menzó a hablar diciendo que, al consultársele a Alejandro
a quién dejaba el reino, éste había querido que fuera elegi-
do el más digno, pero que el mismo Alejandro había esti-
mado que el más digno era Perdicas, al hacerle entrega
17 de su propio anillo; y no estaba solo Perdicas en aquel
momento a la cabecera del moribundo sino que éste, pa-
seando en torno sus ojos, lo había elegido, para entregarle
el anillo, de entre todo el grupo de amigos; era, pues, de
la opinión de que el mando supremo debía ser puesto en
manos de Perdicas.

18 Nadie ponía en duda de que Arístono decía la verdad
y, por ello, todos a una invitaron a Perdicas a que diera
un paso al frente y recogiera el anillo del rey. Aquél se
mostraba indeciso entre el deseo y la modestia y creía que
cuantos más reparos pusiera en aceptar lo que estaba de-
19 seando, con más insistencia se lo ofrecerían. Así pues, ha-
biéndose mostrado durante largo rato vacilante y sin saber
qué resolución tomar, finalmente se retiró y se quedó de
pie tras aquellos que estaban sentados los más próximos;
20 pero Meleagro, uno de los generales, tomando valor preci-
samente de la misma indecisión de Perdicas, dijo: «No con-
sientan los dioses que la fortuna de Alejandro y la grandeza
de un reino tan excelso vengan a parar sobre los hombros
de este hombre. Los hombres al menos os aseguro que no
lo consentiremos. No me refiero a los que son más nobles

que éste [987] sino que hablo sencillamente de hombres au-
ténticos contra cuya voluntad nada se debe soportar. Ningu- 21
na diferencia hay en tener por rey al hijo de Roxana cuan-
do nazca o en tener a Perdicas, dado que, bajo la excusa
de ser su tutor, se ha de apoderar del trono. Por eso sólo
admite como rey a aquel que todavía no ha nacido y, en
medio no sólo de una justa sino incluso necesaria prisa
general, sólo él espera el final del embarazo y ya prevé
que lo que va a nacer va a ser un varón. ¿Tenéis acaso duda
de que, en caso de necesidad, no esté dispuesto a buscarle
un sustituto? Si Alejandro nos hubiera dejado a este 22
hombre por rey, a fe mía que de entre todas sus recomen-
daciones ésta sería la única que, en mi opinión, no debería
ser cumplida. ¿Por qué, pues, no salís corriendo a saquear 23
el tesoro público? De todas estas riquezas del rey el pueblo
es, a la verdad, el heredero». Dichas estas palabras, se lan- 24
zó en medio de los soldados armados y aquellos que, al
pasar, le habían abierto paso, se fueron tras él a apoderar-
se del botín que se les había ofrecido.

Ya se había formado junto a Meleagro un grupo de 7
gente armada [988] y la asamblea estaba degenerando en una
sedición y un motín, cuando un soldado, procedente de
las capas más bajas de la plebe, desconocido incluso de
la mayor parte de los macedonios, dijo: «¿Qué necesidad 2
tenemos de enfrentaciones armadas y de una guerra civil
cuando tenéis ya el rey que andáis buscando? Os estáis
olvidando de Arrideo [989], hijo de Filipo, hermano de Ale-

---

[987] En 7, 8 de este mismo libro, Curcio dice que Perdicas (y lo mismo Leonnato) era de estirpe real. Véase nota 992.

[988] Según 9, 18 de este mismo libro, unos 300.

[989] Era hijo de Filipo y de una bailarina de Larisa llamada Filine, a la que el padre de Alejandro estuvo ligado sentimentalmente. Arrideo

jandro, vuestro último rey, copartícipe con él de los sacrificios y ceremonias religiosas y ahora único heredero suyo. ¿Y por qué lo dejáis de lado? ¿Qué pecado ha cometido para que sea privado de un derecho que es reconocido por todos los pueblos? Si buscáis uno semejante a Alejandro, no lo encontraréis jamás; si lo que buscáis es el más cercano a él, sólo éste lo es».

3 Al oír esto, al principio la asamblea, como si se lo hubieran ordenado, guardó silencio; después, todos a una, comenzaron a dar gritos diciendo que debía llamarse a Arrideo y que merecían la muerte aquellos que habían convo-
4 cado una asamblea sin él. Entonces Pitón [990], llorando a lágrima viva, comenzó a decir que Alejandro era digno de compasión especialmente ahora, al verse privado del disfrute y de la presencia de compatriotas y de soldados tan extraordinarios: en efecto, fijando sólo su atención en el nombre y en el recuerdo de su rey, estaban ciegos para
5 todo lo demás, apuntando hostilmente contra el joven a quien se destinaba el reino, pero sus ataques levantaron más odio hacia su persona que desdén hacia Arrideo pues, al sentir compasión por éste, comenzaron incluso a incli-
6 narse de su bando. Así pues, con una aclamación insistente hicieron saber que no admitirían otro rey que el que tenía

había nacido hacia el 358 (es decir, unos dos años antes que Alejandro). PLUTARCO, *Alej.* LXVII 7-8, dice que era débil de espíritu a causa de una enfermedad contraída como consecuencia de las drogas que Olimpíade le hacía tomar con intención de desequilibrarlo mentalmente. Alejandro siempre lo había tratado con afecto y, tras la muerte del rey, Olimpíade lo hizo asesinar.

[990] General de Alejandro, gobernador de la Media tras la muerte del rey. Eumenes lo hizo matar el año 316. Pertenecía al grupo de los siete guardias de corps (que fue elevado a ocho con el nombramiento de Peucestes, véanse notas 859 y 901).

derecho por nacimiento y reclamaron que se le hiciera venir. Meleagro, enemigo encarnizado de Perdicas y odia- 7
do a su vez por éste, con toda diligencia condujo a Arrideo al palacio y los soldados lo saludaron como a rey bajo el nombre de «Filipo».

Pero si ésta era la voz del vulgo, el parecer de los jefes 8
era muy otro [991]. De entre ellos, Pitón, comenzando a dar cumplimiento a los planes de Perdicas, designó como tutores del futuro hijo de Roxana a Perdicas y Leonnato, descendientes de estirpe real [992]. Añadió que Europa debía ser 9
gobernada por Crátero y Antípatro y se obligó a jurar a todos que se someterían al rey nacido de Alejandro.

Meleagro que, aterrorizado (y no sin motivo) ante el 10
temor al suplicio, se había retirado con sus partidarios, irrumpió de nuevo en palacio arrastrando consigo a Filipo y diciendo a voz en grito que la flor de la edad en que se encontraba éste era una garantía de la esperanza popular [993] que el nuevo rey había despertado poco antes: bastaba con que pusieran a prueba al descendiente de Filipo, hijo y hermano de dos reyes [994], y con que pusieran su confianza únicamente en sí mismos.

[991] «La frase subraya bien el antagonismo de la masa (las tropas de a pie), que quiere un príncipe macedonio, y de los hiparcos, más imbuidos del pensamiento de Alejandro, que optan por el hijo de Roxana» (BARDON).

[992] Perdicas pertenecía a la familia de los Orestis, emparentada con la dinastía macedonia, y, por su parte, Leonnato estaba ligado a la misma casa real a través de la madre de Filipo.

[993] Nos apartamos del texto de BARDON («*clamitans suffragari spei de nouo rege*»), frente al que ofrecen los códices: «*clamitans suffragari rei publicae de nouo rege*», para seguir la lectura hábilmente propuesta por GIACONE: «... spei publicae...».

[994] Hijo del rey Filipo y hermano del rey Alejandro.

11 Ningún océano profundo, ningún mar dilatado y proceloso levanta tantas olas como movimientos levanta una multitud, sobre todo en la embriaguez de una libertad
12 nueva y efímera. Unos cuantos daban el poder a Perdicas, recién elegido, y los más se lo daban a Filipo a quien siempre habían despreciado. Incapaces de permanecer durante mucho tiempo en una actitud de querer o no querer una cosa, ya se arrepentían de su decisión, ya se arrepentían de su arrepentimiento. Por último se inclinaron en sus preferencias por la descendencia del rey.

13 Arrideo, asustado ante la autoridad de los jefes, había abandonado la asamblea, pero, con su marcha, la simpatía de los soldados hacia su persona más que languidecer lo que había hecho era acallarse. Por eso fue hecho llamar de nuevo y se le vistió con el vestido de su hermano, el mismo que
14 había sido depositado en el trono. Meleagro, por su parte, se puso la coraza y tomó las armas, constituyéndose en guardia de corps del nuevo rey; le siguió la falange, golpeando los escudos con sus lanzas, dispuestos a hacer correr un río de sangre entre todos aquellos que, sin tener ningún derecho, habían puesto sus aspiraciones en el trono [995].
15 Estaban contentos de que el poder supremo siguiera permaneciendo en la misma casa y dentro de la misma familia: la propia descendencia del rey sabría defender en su provecho el imperio como una herencia: estaban acostumbrados a respetar y venerar el nombre mismo de rey y no consentirían que nadie se lo adueñara sin estar destinados al trono por su nacimiento.

16 Así pues, Perdicas, aterrorizado, hizo cerrar la sala en que yacía el cadáver de Alejandro. Tenía consigo 600 soldados de probado valor; también se le había añadido Ptolomeo junto con la cohorte real de los pajes. Pero tan- 17
tos miles de soldados armados no tuvieron la menor dificultad en hacer saltar los cerrojos. También el rey [996] había irrumpido en la sala, rodeado de una multitud de guardias de corps a las órdenes de Meleagro. Perdicas, en- 18
colerizado, intentó atraerse a cuantos estuvieran dispuestos a defender el cadáver de Alejandro, pero los que habían entrado violentamente en la sala arrojaban desde lejos dardos contra él. Muchos fueron heridos y por fin los veteranos, quitándose los cascos a fin de poder ser reconocidos más fácilmente, comenzaron a rogar a los que estaban al lado de Perdicas que cesaran en su lucha y se sometieran al rey y a la mayoría. El primero en deponer las armas 19
fue Perdicas y los demás siguieron su ejemplo. Al recomendarles después Meleagro que no se separaran del cadáver de Alejandro, dieron en pensar que lo que se les deparaba era una emboscada y por la parte trasera del palacio emprendieron la huida hacia el Éufrates. La caballería [997], 20
compuesta por los jóvenes más nobles, seguía, en gran número, a Perdicas y Leonnato, deseando salir de la ciudad y acampar en las llanuras; pero Perdicas no perdía la 21
esperanza de que le seguiría incluso la infantería; por eso, con el fin de no dar la impresión de que, al sacar la caballería, había roto los lazos con el resto del ejército, permaneció en la ciudad.

Pero Meleagro no cesaba de aconsejar al rey que su 8
derecho al trono debía sancionarse con la muerte de Perdi-

[995] De JUSTINO, XIII 3, 1, se desprende que la infantería en bloque se pone decididamente de parte de Arrideo, llamándole «rey» y adjudicándole el nombre de su padre, «Filipo».

[996] Es decir, Arrideo.

[997] Como hacen notar los comentaristas (por ejemplo, BARDON, GIACONE), no toda la caballería sino sólo aquella parte que formaba la guardia de corps, o sea, los *hippeîs hetaírōn*.

cas; si no se adelantaba a su ambición sin límites, aquél llevaría a cabo una rebelión: Perdicas recordaba muy bien todo lo que había hecho contra el rey y nadie es lo sufi-
2 cientemente fiel para con aquel a quien teme. El rey lo dejaba hablar más bien que asentía a sus palabras y así Meleagro, tomando su silencio por una orden, envió una comisión en nombre del rey con el encargo de que hicieran venir a Perdicas y con el mandato de darle muerte si
3 ofrecía resistencia. Al serle anunciada a Perdicas la llegada de los guardias, acompañado únicamente de 16 pajes de la cohorte real se plantó en el umbral de su casa y apostrofó a aquellos, llamándolos una y otra vez esclavos de Meleagro; los guardias, asustados ante la firmeza de su ánimo y la expresión de su rostro, emprendieron la huida poco
4 menos que fuera de sí. Perdicas hizo montar a caballo a los pajes y con unos pocos amigos llegó donde Leonnato con la idea de, si era atacado, poder rechazar el ataque
5 con mayor contingente de fuerzas. Al día siguiente, a los macedonios les pareció indigno el que Perdicas se hubiera encontrado en peligro de muerte y determinaron vengarse,
6 con las armas, de la temeridad de Meleagro[998]. ***Éste, habiendo previsto la conjuración, se presentó ante el rey y le preguntó si no había dado orden de apresar a Perdicas y él respondió que lo había hecho por instigación de Meleagro, pero que no tenían por qué soliviantarse, puesto que Perdicas estaba con vida.

7 Así pues, levantada la asamblea, Meleagro, aterrorizado sobre todo por la deserción de la caballería, sin saber qué partido tomar (ahora le amenazaba a él el mismo peligro que había hecho correr antes a su rival), pasó casi tres

[998] Algunos editores, en seguimiento de una propuesta de HEDICKE, estiman que aquí habría una pequeña laguna en los códices.

días dando vueltas a proyectos inseguros. Por lo demás, 8
la apariencia externa de la vida en palacio seguía siendo la misma que antes: los embajadores eran recibidos por el rey en audiencia; los generales no se ausentaban y el vestíbulo de palacio estaba lleno, a rebosar, de guardias de corps y de hombres armados; pero una inmensa triste- 9
za, que brotaba espontáneamente, era la prueba patente de una extrema desesperación; sospechando unos de otros, no se atrevían ni a abordarse ni a mantener diálogo entre sí, dando vueltas cada uno dentro de sí mismo a sus secretos pensamientos y la comparación del nuevo rey con el anterior promovía la añoranza por el perdido. Se pregun- 10
taban dónde estaba aquel rey cuyo mando, cuyos auspicios ellos habían seguido: helos ahora abandonados, en medio de pueblos hostiles e indomables, pueblos dispuestos a vengarse de todas las derrotas sufridas en cuanto se les presentara la ocasión.

Estando con sus ánimos corroídos por estos pensamien- 11
tos, he aquí que les llegó la noticia de que la caballería a las órdenes de Perdicas, tras ocupar las llanuras que se extienden junto a Babilonia, se había apoderado del trigo que era transportado a la ciudad. Así surgió, al principio, 12
la carestía y, después, el hambre y los que estaban dentro de la ciudad eran de la opinión o de que había que hacer las paces con Perdicas o de que había que llegar con él a una confrontación armada. Daba la casualidad de que 13
los que vivían en el campo, ante el temor de ver saqueadas sus alquerías y aldeas, huían hacia la ciudad y los de la ciudad, al faltarles los alimentos, lo hacían hacia los campos, pareciéndoles a cada uno que era más seguro el asentamiento del otro. Los macedonios, temiendo un le- 14
vantamiento general, acudieron en masa al palacio y expusieron su plan: opinaban que lo mejor era enviar una

embajada a la caballería a fin de lograr que pusieran fin
15 a la deserción y depusieran las armas. En consecuencia, el rey designó para esta embajada a Pasas de Tesalia, Amiso [999] de Megalópolis y a Perilao [1000]. Éstos llevaron a cabo el encargo del rey y volvieron con la respuesta de que la caballería no depondría las armas más que en el caso de que el rey pusiera en sus manos los responsables de
16 la sublevación. Cuando los soldados se enteraron de tales exigencias, sin que nadie les animara a ello, empuñaron las armas; al oír el tumulto, Filipo salió del palacio y les dijo: «No hay ninguna necesidad de una revuelta pues el premio disputado por los contendientes se lo llevarán en
17 ese caso los que han permanecido mano sobre mano. Al mismo tiempo, recordad que estáis enfrentados a compatriotas a los que, si les arrancáis de golpe la esperanza de
18 reconciliación, los empujaréis a una guerra civil. Hagamos la prueba de si pueden calmarse con una segunda embajada; por otra parte, yo creo que, al no haberse dado sepultura todavía al cadáver de nuestro rey, todos se unirán
19 a la hora de rendirle las honras fúnebres. Por lo que a mí respecta, prefiero devolveros el mando que ostento antes que ejercerlo al precio de la sangre de mis compatriotas, y, si no hay ninguna otra esperanza de llegar a una reconciliación, os lo ruego y os lo suplico, elegid a otro más digno que yo».

20 Después, con lágrimas en los ojos, se quitó la diadema de la cabeza, extendiendo la derecha, en la que la tenía, hacia la multitud, por si alguien se consideraba más digno
21 y quería tomarla. Palabras tan comedidas provocaron en el auditorio una extraordinaria esperanza en el carácter de

[999] Personajes desconocidos.

[1000] Uno de los *hetaîroi.*

Arrideo, que hasta aquél día había permanecido ofuscado por el resplandor de su hermano. Y por eso, todos sin excepción, comenzaron a rogarle que pusiera, por favor, su plan en práctica. Volvió a enviar de nuevo la misma 22
embajada, portadora de la petición de que aceptaran a Meleagro como tercer caudillo [1001]. La propuesta fue aceptada de inmediato: en efecto, Perdicas deseaba separar a Meleagro del rey y opinaba que uno solo no podría competir contra dos. Así pues, Perdicas, al frente de los escuadro- 23
nes de caballería, salió al encuentro de Meleagro que, a su vez, había salido en su busca acompañado de la falange. Ambos ejércitos, después de saludarse mutuamente, se fusionaron, convencidos de que la paz y la reconciliación quedaba sellada para siempre.

Pero ya los hados acercaban al pueblo macedonio la 9
guerra civil pues eran muchos los que solicitaban el poder real, que es indivisible [1002]. Así pues, se comenzó por un 2
violento choque de fuerzas; después se dispersaron y, al encontrarse el cuerpo del Estado abrumado con más cabezas [1003] que las que podía soportar, los restantes miembros

[1001] Junto con Perdicas y Leonnato.

[1002] Se ha hecho notar que la expresión utilizada por Curcio («*insociabile est regnum*») es una vieja fórmula retórica que se encuentra, con algunas variantes, en Lucano y Estacio, por ejemplo (así lo pone de relieve Bardon). Nosotros añadiríamos que Tácito, *Anales* XIII 17, 2, al contar el asesinato y entierro de Británico, hace constar que la gente hasta cierto punto justificaba todo aquello, «*antiquas fratrum discordias et insociabile regnum aestimantes*»; y los casos de luchas fratricidas por el poder, en la historia y en la leyenda antiguas, eran abundantes: Artajerjes y Ciro, Eteocles y Polinices, Atreo y Tiestes, Rómulo y Remo, lo que estaba en la base de la «justificación» del asesinato de Británico por Nerón.

[1003] Nos apartamos del texto de Bardon («*cum pluribus corpus, quam capiebat, onerassent*»), siguiendo la interpretación de Niebuhr y de Vo-

comenzaron a flaquear y el imperio, que pudo mantenerse en pie bajo el mando de uno solo, se vino abajo al ser
3 varios los que intentaban sostenerlo. Por eso [1004], con todo derecho y con todo merecimiento el pueblo romano reconoce que debe la salvación a su príncipe, quien, como un nuevo astro, iluminó la noche que parecía que iba a
4 ser la última [1005]. Fue, ¡por Hércules!, la aparición de este astro y no la del sol la que devolvió la luz al mundo sumido en las tinieblas, cuando, privados de su cabeza, los
5 miembros, en discordia, se echaron a temblar. ¡Cuántas teas apagó él entonces! ¡Cuántas espadas envainó! ¡Qué tormenta tan grande disipó, trayendo una súbita calma! Así pues, el imperio no sólo reverdece sino que incluso
6 está floreciente. Si los dioses no se oponen, el reino actual lo proseguirá la descendencia de esta misma casa, si no para siempre, al menos durante mucho tiempo [1006].

7 Pero, volviendo a la narración de la que la felicidad pública me había apartado, Perdicas tenía depositada su única esperanza de salvación en la muerte de Meleagro: había que tomarle la delantera a éste, que era un frívolo y, al mismo tiempo, un hombre poco de fiar, dispuesto a intentar un golpe de estado y que era su mayor enemigo.
8 Pero, echando mano de un profundo disimulo, mantenía oculto su plan con el fin de abatir a Meleagro al hallarlo

GEL (defendida también por GIACONE): «*cum pluribus corpus, quam capiebat, ⟨capitibus⟩ onerassent*».

[1004] Aquí comienza el pasaje (que se extiende hasta el final del párrafo 6) en el que, como se ha dicho en la «Introducción», se han apoyado comúnmente los investigadores de todas las épocas para tratar de fijar la época en que vivió Curcio.

[1005] Si se admite la interpretación de que el Príncipe aquí aludido es Claudio, la noche en cuestión es la del 24 al 25 de enero del año 41 d. C.

[1006] Dentro de la misma interpretación, aquí se haría alusión al nacimiento de Británico (12 de febrero del citado año 41).

desprevenido. En consecuencia, sobornó a unos cuantos que formaban parte de las tropas que estaban bajo su propio mando, a fin de que, como si él no tuviera la menor idea del asunto, se quejasen abiertamente de que Meleagro hubiera sido equiparado a Perdicas [1007]. Al enterar- 9
se aquél de tales habladurías, se enfureció y, encolerizado, hizo saber a Perdicas lo que había descubierto. Éste, fingiendo encontrarse aterrorizado por lo que para él constituía una novedad, comenzó a llenarse de asombro, a quejarse y a dar la sensación de que lo sentía en el alma. Finalmente se pusieron de acuerdo en detener a los promotores de habladurías tan sediciosas. Meleagro le dio las gra- 10
cias y, abrazando a Perdicas, alabó su lealtad y sus muestras de cariño para con él. Entonces, de común acuerdo, 11
trazaron un plan para quitarse de en medio a los culpables. Decidieron hacer una «purificación» del ejército siguiendo la costumbre nacional y la pasada discordia les parecía una razón muy apropiada. Los reyes macedonios 12
solían purificar el ejército de acuerdo con el siguiente ceremonial: mataban una perra y sus vísceras las arrojaban en las dos extremidades de una llanura; en medio era introducido todo el ejército armado, a un lado la caballería, al otro la falange [1008].

Así pues, el día que había sido señalado para la cere- 13
monia religiosa, el rey se había colocado, con la caballería y los elefantes, frente a la infantería que estaba a las órdenes de Meleagro. La caballería se había puesto ya en movi- 14

[1007] Véase 8, 22 de este mismo libro.

[1008] TITO LIVIO, XL 6, 1 sigs., describe minuciosamente el ceremonial que se solía seguir para la purificación del ejército entre los macedonios; la ceremonia terminaba —lo que explica el terror que se apoderó de la infantería adicta a Meleagro, como se dice a continuación en el texto— con una especie de simulacro de lucha entre ambas formaciones del ejército.

miento cuando la infantería, presa de un súbito terror a causa de la reciente discordia, que no les hacía presagiar nada bueno, se puso a pensar si no sería más oportuno retirar las tropas a la ciudad, ya que la llanura beneficiaba
15 a la caballería; pero, temiendo condenar a la ligera la lealtad de unos compañeros de armas, se mantuvieron en sus puestos decididos a entablar combate, si se les atacaba. Ya las formaciones estaban próximas una a la otra y era
16 escaso el intervalo que las separaba, cuando el rey, con un escuadrón de caballería, se adelantó, cabalgando, en dirección a la infantería y, obedeciendo a las instigaciones de Perdicas, pidió que le fueran entregados, para ser ejecutados, los responsables de la sedición —a los que él, en persona, debía proteger—, amenazando con que, si se oponían a ello, lanzaría contra la infantería los escuadrones
17 de caballería y, con ellos, los elefantes. Los soldados de a pie quedaron estupefactos ante un golpe con el que no contaban; ni siquiera Meleagro sabía qué pensar ni qué hacer: en las circunstancias presentes parecía más seguro
18 mantenerse a la expectativa que probar fortuna. Entonces Perdicas, al verlos paralizados y en sus manos, apartó, sacándolos de entre las filas de la infantería, a los 300, más o menos, que habían seguido a Meleagro cuando éste se había marchado violentamente de la asamblea (la primera que se había celebrado tras la muerte de Alejandro [1009]) y, a la vista de todo el ejército, los arrojó a los elefantes; todos fueron pisoteados por los animales sin que Filipo
19 ni lo prohibiera ni lo autorizara: estaba claro que él sólo reivindicaría como propio aquello que tuviera éxito. Esto constituyó para los macedonios el presagio y el comienzo
20 de las guerras civiles. Meleagro se dio cuenta demasiado

[1009] Véase el final del cap. 6 de este mismo libro.

tarde del engaño de Perdicas, pero como por entonces no se le hacía a él personalmente ningún ataque físico, permaneció en la formación sin ofrecer resistencia; pero 21
después, perdida toda esperanza de salvación al ver que sus enemigos abusaban para su perdición del nombre de aquel que él mismo había convertido en rey, se refugió en un templo, pero ni siquiera la santidad del lugar le protegió y allí mismo fue asesinado [1010].

Perdicas condujó el ejército a la ciudad y convocó una 10
asamblea de los hombres más notables en la que se tomó la decisión de dividir el imperio de la siguiente manera: el rey, por supuesto, conservaba la soberanía; Ptolomeo era nombrado gobernador de Egipto y de los pueblos sometidos de África. A Leomedonte [1011] le fue otorgada 2
la Siria y la Fenicia; a Filotas [1012], la Cilicia; Antígono [1013] fue puesto al frente de Licia, Panfilia y Frigia Mayor; Casandro [1014] fue enviado a Caria; Menandro [1015] a la Lidia. Frigia Menor, junto con el Helesponto, constituyó la pro-

[1010] Sólo Curcio menciona la circunstancia del asesinato de Meleagro.

[1011] Era hijo de Laricos de Mitilene y hermano de Erigio, que ha aparecido en numerosos pasajes de esta obra y cuya muerte y honras fúnebres se relatan en VIII 2, 40. Leomedonte, durante toda la campaña de Alejandro, habría estado al frente de los persas incorporados al ejército macedonio.

[1012] No se sabe con seguridad si se trata de Filotas Augeo (véase, por ejemplo V 2, 5) o del gobernador de Tiro mencionado en IV 5, 9.

[1013] Véase IV 1, 35 y nota a dicho pasaje.

[1014] Hijo de Antípatro. Era de la edad, más o menos, de Alejandro pues había nacido el 355; parece ser que no tomó parte en la campaña de Asia, apareciendo en Babilonia el año 325. En el año 316 se casó con Tesalónica, hermana de Alejandro.

[1015] Jefe de los mercenarios en el ejército de Alejandro; había sucedido a Asandro como sátrapa de la provincia que ahora precisamente se le adjudicaba en propiedad, la Lidia.

3 vincia asignada a Leonnato. Eumenes recibió la Capadocia
junto con la Paflagonia, con la orden de defender aquella
región hasta Trapezunta [1016] y de combatir a Ariarates [1017],
4 que era el único que no se había sometido; Pitón recibió
la Media; Lisímaco la Tracia y las poblaciones del Ponto
vecinas a la Tracia. En cuanto a los gobernadores de la
India, de la Bactriana y de la Sogdiana, así como de las
otras poblaciones ribereñas del Océano o del mar Rojo [1018],
se decidió que cada uno siguiera ostentando el mando sobre los territorios en los que lo venía ejerciendo. Perdicas se mantendría junto al rey, al frente de las tropas que seguían al monarca.

5 Algunos han creído que esta división de las provincias
había sido ya fijada por Alejandro en su testamento, pero
nosotros hemos comprobado que esta noticia, aunque man-
6 tenida por algunos autores, carece de fundamento. Al dividirse el imperio, daba la impresión de que cada uno había
cimentado sobre bases sólidas su propio poder, si es que
hay un límite que pueda oponerse al desenfreno de las pa-
7 siones. En efecto, aquellos que poco antes no eran más
que unos subordinados del rey, bajo pretexto de que ahora
ejercían el poder por simple delegación, cada uno por su
parte se habían adueñado de amplios reinos, a pesar de
no haber por medio motivos de rivalidad ya que, por un

[1016] O Trebisonda, ciudad del Ponto.

[1017] Príncipe de la Capadocia del norte. Alejandro, en su marcha victoriosa, no había llegado hasta el norte del Asia Menor, por lo que este príncipe había podido mantenerse libre e independiente.

[1018] Como hace notar ROLFE, el «Océano» designa aquí el Océano del norte que se suponía se extendía no lejos del norte del Himalaya y del Irán. En cuanto al «mar Rojo», como en otros pasajes, designa, al mismo tiempo, a lo que nosotros llamamos golfo Pérsico, mar Arábigo y océano Índico.

lado, todos eran compatriotas y, por otro, cada uno estaba separado de los demás por los confines de su propio
estado. Pero era difícil que se contentaran con lo que la 8
ocasión les había puesto en sus manos: lo que uno alcanza
al principio se desdeña cuando se esperan cosas mayores;
y así, a todos les parecía empresa más fácil aumentar sus
reinos que lo que había sido recibirlos.

Hacía ya seis días que el cadáver de Alejandro yacía 9
en su féretro, olvidados todos de los solemnes deberes, preocupados como estaban únicamente de consolidar el régi-
men político. Ahora bien, no hay otra región en la que 10
el calor sea más intenso que Mesopotamia, hasta el punto
de que la mayor parte de los animales perecen, si son sorprendidos en campo desierto: ¡tan grande es el ardor del
sol y del cielo, debido al cual todo se quema como puesto
al fuego! Las fuentes son, por un lado, raras y, por otro, 11
los habitantes las ocultan fraudulentamente; sólo ellos las
utilizan sin limitaciones, mientras que los extranjeros las
desconocen. Lo que voy a contar es fruto de una tradición
más bien que digno de fe: cuando, por fin, los amigos 12
tuvieron tiempo libre para dedicarse a rendir sus cuidados
al cadáver, los que entraron en la cámara mortuoria lo
encontraron sin muestras de corrupción, sin descomposición y sin siquiera señal de lividez. Ni siquiera la lozanía,
que es fruto del soplo vital, había abandonado los rasgos
de su rostro. Así pues, los egipcios y los caldeos que 13
habían recibido la orden de embalsamar el cadáver siguiendo
las costumbres nacionales, al principio no se atrevieron a
poner sus manos encima, como si todavía respirara. Después, tras haber suplicado que los dioses y los hombres
les permitieran a ellos, simples mortales, el poder tocar
a un dios, limpiaron el cadáver, llenaron de perfumes el

sarcófago de oro y colocaron sobre la cabeza del rey los emblemas de su fortuna.

14 La opinión más extendida era que Alejandro había muerto envenenado [1019]; el veneno habría sido ofrecido al rey por uno de sus servidores, Iolas [1020], hijo de Antípatro, quien precisamente habría sido el instigador. Lo cierto es que con frecuencia se había podido oír a Alejandro decir que Antípatro aspiraba a las cimas de la realeza; éste se consideraba por encima del gobierno y por encima del título de simple prefecto y, ensoberbecido por la victoria

[1019] DIODORO, XVII 117, 5 y 118, 1 sigs., no se pronuncia al respecto, contando lo que otros autores decían sobre el particular. JUSTINO, XVI 13, 8 sigs., afirma taxativamente, oponiéndose a los que piensan lo contrario, que Alejandro murió asesinado. PLUTARCO, *Alej.* LXXVII 2, dice que en un principio nadie pensó en un envenenamiento; que fue cinco años más tarde cuando Olimpíade hizo morir a muchas personas (a saber, Arrideo, su esposa Eurídice y un centenar de nobles macedonios, amigos de Casandro —véase DIODORO XIX 11, 8—) movida precisamente por una denuncia en tal sentido e hizo arrojar al viento los restos de Iolas, bajo pretexto de que había envenenado a su hijo. Es más, el mismo Plutarco aduce como argumento de que no fue envenenado el hecho que se acaba de mencionar en el texto de Curcio, a saber, que a pesar de haber estado el cadáver abandonado durante cinco días (éste es el tiempo señalado por Plutarco) en medio de los rigores caniculares de Babilonia, no presentaba ninguna señal de descomposición. ARRIANO, VII 27, 1 sigs., se hace eco de las numerosas versiones ofrecidas sobre la muerte y desecha categóricamente la del envenenamiento. Los historiadores modernos están al lado de Arriano y de Plutarco: Alejandro se sintió mal una mañana, a comienzos de junio, después de un banquete en honor de Nearco y después de haber estado bebiendo en casa de Medio, un príncipe tesalio con quien le unían estrechos lazos de afecto. Probablemente la enfermedad que le llevó a la tumba fue la malaria, unida a complicaciones pulmonares, sin olvidar que el organismo del rey estaba muy maltratado por los excesos en la bebida y las numerosas heridas recibidas.

[1020] Como Casandro, era también hijo de Antípatro. ARRIANO, VII 27, 2, dice que era el escanciador de los vinos del rey.

conseguida sobre Esparta, afirmaba que todo lo que Alejandro le había dado él se lo había conseguido a pulso [1021]. Se creía igualmente que Crátero, junto con un destacamento 15
de veteranos, había sido enviado a darle muerte. Por otro 16
lado, es cosa sabida que un veneno que se encuentra en Macedonia es tan violento que incluso destruye el hierro y que sólo los cascos de los animales de carga pueden soportar este líquido. La fuente de la que mana este virus 17
tiene por nombre «Styx». Este veneno habría sido llevado por Casandro y entregado a su hermano Iolas, quien lo habría vertido en la última copa bebida por el rey. Sea cual sea el crédito que se dé a estas habladurías, lo 18
cierto es que pronto quedaron apagadas ante el poder de aquellos que se habían visto salpicados por ellas. En efecto, Antípatro se apoderó del trono de Macedonia y de la misma Grecia [1022]. Después le sucedió su hijo [1023], quien 19
hizo asesinar a todos aquellos que tuvieran algunos lazos de parentesco, aunque fuera lejano, con Alejandro [1024]. Por 20

[1021] De algunas empresas llevadas a cabo por Antípatro se ha hecho eco Curcio en la parte del cap. 1 del libro VI que ha llegado hasta nosotros.

[1022] Antípatro abortó, mediante la denominada «guerra lamíaca», la rebelión de algunas ciudades griegas empujadas a la revuelta contra Macedonia por Atenas. El alma de la rebelión fue, una vez más, Demóstenes que, después de la victoria de Antípatro, se suicidó mediante veneno, en una pequeña isla de la Argólide, para no caer con vida en manos de Antípatro.

[1023] Casandro.

[1024] En efecto, la familia de Alejandro fue totalmente aniquilada: Casandro hizo matar a Olimpíade (año 316), a Roxana y a su hijo Alejandro (año 310/309), así como a Estatira, la hija mayor de Darío, casada con Alejandro en Susa (véanse notas 956 y 974). El hijo de Alejandro y Estatira, Hércules, fue asesinado por Poliperconte en el año 309. Por su parte, Arrideo y su esposa Eurídice, como se ha dicho en nota 1019, habían sido asesinados por instigación de Olimpíade. La desaparición de

lo demás, el cadáver de éste fue transportado por Ptolomeo, a quien le había correspondido Egipto, a Menfis y desde allí, pocos años después, a Alejandría [1025] donde su recuerdo y su nombre gozan de toda clase de honores [1026].

la familia real dejaba el camino abierto a las luchas y contiendas entre los generales de Alejandro. Al final de tales luchas, el fruto de la conquista de Alejandro quedó desmembrado en tres imperios: Egipto, en manos de los Ptolomeos; Asia, en las de los Seléucidas, y Macedonia, en poder de Antígono.

[1025] Alejandro (véase 5, 4 de este mismo libro) había manifestado, en su lecho de muerte, su deseo de ser enterrado en el templo de Júpiter Amón.

[1026] Filipo Arrideo hizo que el cadáver de Alejandro fuera trasladado de Babilonia a Egipto el año 321. Por su parte, Ptolomeo lo hizo colocar en un magnífico mausoleo erigido expresamente en Alejandría. Allí los restos de Alejandro fueron siempre objeto de gran veneración y personajes ilustres acudieron a visitar su tumba, entre ellos César y Augusto. Calígula arrebató de la tumba la coraza del rey macedonio con la que le gustaba revestirse, como dice SUETONIO, *Calígula,* 52, 3.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

ABDALÓNIMO, IV 1, 19, 20, 23, 24, 26.
ABISARES, VIII 12, 13; 13, 1; 14, 1; IX 1, 7; X 1, 20, 21.
ABISTÁMENES, III 4, 1.
ÁBREGO, IV 2, 7, 8.
ABULITES, V 2, 8, 9, 17.
ACADIRA, ciudad india, VIII 10, 19.
ACARNANIA, península de la Grecia central, III 6, 1.
ACARNANIOS, III 2, 16.
ACAYA, región del Peloponeso, IV 5, 14.
ACESINES, río de la India, VIII 9, 7; IX 3, 20; 4, 1, 8.
ADARRIAS, V 2, 5.
AFOBETO, VI 7, 15.
ÁFRICA, IV 3, 20; 4, 19; 8, 5; 9, 1; VIII 9, 17; X 1, 17; 10, 1.
AGATÓN, de Pidna, general de Alejandro, V 1, 43.
AGATÓN, hijo de Tirimna, comandante de la caballería odrisa, X, 1, 1.
AGENOR, IV 4, 15, 19.
AGIS (= Agis III), rey de Esparta, IV 1, 39; VI 1, 1, 12.
AGIS, poeta argivo, VIII 5, 8, 21.
AGRAMES, IX 2, 3.
AGRIANOS, población tracia, III 9, 10; IV 13, 31; 15, 21, 22; V 3, 6; VIII, 11, 9; 14, 24; IX 8, 18, 19.
ALEJANDRÍA, del Cáucaso, VII 3, 23.
ALEJANDRÍA, de Egipto, IV 8, 2, 5; X 10, 20.
ALEJANDRÍA, en la India, IX 8, 8.
ALEJANDRÍA, junto al Tanais, VII 6, 25.
ALEJANDRO (= A. Magno), III, 1, 1, 6, 7, 8, 14, 16, 17, 21, 24; 2, 10; 3, 3-5, 28; 4, 1, 11, 13, 15; 5, 7, 9, 16; 6, 1, 3, 5, 9; 7, 1, 2, 10, 11, 13-15; 8, 3, 13, 16-18, 24, 27; 9, 7, 9-11; 10, 2, 4; 11, 1, 7, 8, 10, 16, 18, 23, 27; 12, 1, 6, 13, 15-18; 13, 2, 3; IV 1, 4, 6, 8, 10, 16, 19, 24, 26, 27, 35; 2, 2, 3, 5, 9, 15, 17, 20; 3, 1, 7, 11, 16; 4, 2, 6, 8, 10, 13; 5, 1, 3, 4, 7-9, 14, 16; 6, 5, 7, 8, 10, 12, 13, 18, 21, 26, 28; 7, 1, 2, 4, 8, 9, 25, 27, 30; 8, 1, 7, 9, 13; 9, 2, 8, 11, 12, 15, 24; 10, 1, 4, 9, 15, 16, 18, 23, 29, 30, 32; 11, 1, 10, 13, 14; 12, 2, 14, 16, 21, 24;

13, 15, 22, 25, 31, 33, 35, 37; 14, 18; 15, 1, 2, 7, 12, 13, 18-21, 23, 26, 31; 16, 3, 16, 18, 23; V 1, 4, 6, 10, 11, 16-18, 36, 43; 2, 8, 9, 16, 18, 20; 3, 3, 5-7, 11, 14, 16; 4, 10, 12, 15, 16; 5, 3, 22; 6, 1, 10, 11, 19; 7, 1, 3, 11; 8, 1, 2, 12; 9, 2, 12; 10, 4-6, 15; 12, 1, 5; 13, 1, 4, 7, 9, 10, 12, 14, 16, 19, 21; VI 1, 18, 21; 2, 1, 6, 11, 15, 18, 21; 4, 3, 7, 12, 14, 23, 24; 5, 2, 9, 17, 18, 23, 25, 31, 32; 6, 11, 17, 20, 27, 29, 34; 7, 16, 17, 25, 26, 28, 30; 8, 1-3, 12; 9, 2; 10, 11, 27; 11, 5, 18, 24, 29, 39; VII 1, 3, 6, 18, 35; 2, 7, 35; 3, 1, 5, 23; 4, 1, 4, 7, 19, 20, 22, 34, 38; 5, 11, 16, 21, 22, 25, 26, 29, 31, 38-40, 43; 6, 7, 10, 14-17, 19, 24, 25, 27; 7, 5, 8, 21, 23, 31, 39; 8, 1, 6, 9; 9, 21; 10, 13; 11, 5, 24, 27, 28; VIII 1, 1, 2, 7, 9, 13, 14, 18, 20, 21, 22, 23-25, 42, 45, 47; 2, 5, 15, 16, 22, 25, 32, 40; 3, 2-4, 10, 16; 4, 17, 21, 25; 6, 1, 14, 17; 7, 7; 8, 22; 9, 1; 10, 1, 20, 21, 27; 11, 3, 4, 8, 11, 19; 12, 3, 5, 7, 9, 11, 12, 14-17; 13, 1, 3, 17, 20; 14, 5, 14, 17, 24, 34, 35, 38, 40, 41, 44, 46; IX 1, 1, 3, 6-8, 14, 17, 19, 22, 23, 27, 30, 32, 35; 2, 2, 5; 3, 16, 18, 22; 4, 4-6, 8, 17, 25, 29; 5, 4, 7, 9, 15, 17, 18, 30; 7, 1, 12, 15, 26; 8, 8, 11, 12, 13, 16, 18, 21, 22, 27, 29; 9, 3; 10, 2, 4, 18, 24, 29; X 1, 6, 7, 17, 21, 24-26, 30, 32, 36, 39; 2, 2, 4, 8, 12, 15, 19; 3, 3, 6; 4, 2; 5, 22, 25, 36; 6, 1, 4, 10, 15, 16, 20, 22; 7, 2, 4, 16, 18, 19; 9, 18; 10, 5, 9, 14, 18.

Alejandro (= Alejandro II), hermano de Filipo, VI 11, 26.

Alejandro, nacido de la reina Cleofis, VIII 10, 36.

Alejandro, soldado, escalador de la roca Aornis, VIII 11, 10, 14, 15.

Alejandro Lincestes (véase Lincestes), VII 1, 5, 8, 19; VIII 7, 4; 8, 6; X 1, 40.

Alpes, X 1, 18.

Amazonas, VI 4, 17; 5, 24, 27.

Amintas, «quiliarca», V 2, 5.

Amintas, general de Alejandro, VI 9, 28, 29.

Amintas, general de Alejandro, hijo de Andrómenes, III 9, 7; IV 6, 3; 13, 28; V 1, 40, 42; 4, 20, 30, 33; VI 4, 2; VII, 1, 10, 12, 15, 17, 18; 2, 1, 8, 10.

Amintas, hijo de Antíoco, III 11, 18; IV 1, 27, 28, 31, 33; 7, 1.

Amintas, hijo de Nicolao, VIII 2, 14, 16.

Amintas, hijo de Perdicas III, VI 9, 17; 10, 24.

Amintas, partícipe en la conjuración de Dimno, VI 7, 15.

Amiso, X 8, 15.

Amón (véase «Júpiter Amón»), IV 7, 22; 8, 1; VI 10, 28; 11, 5; X 5, 4.

Ancira, ciudad del Asia Menor, III 1, 22.

Andrómaco, IV 5, 9; 8, 9, 11.

Andrómenes, V 1, 40.

Andronico, VII 3, 2.

Andros, una de las Cícladas, IV 1, 37.

Anfótero, III 1, 19; IV 5, 14, 17, 21; 8, 15.

Anticles, VIII 6, 9.

Antífanes, VII 1, 15, 17, 32, 34, 35.

Antígenes, «quiliarca», V 2, 5.

Antígenes, general de Alejandro, VIII 14, 15.

Antígono, IV 1, 35; 5, 13; X 10, 2.

Antípatro, gobernador de Macedonia, III 1, 20; IV 1, 39; V 1, 40; VI 1, 17-19; 6, 35; VII 1, 7; 10, 12; X 7, 9; 10, 14, 18.

Antípatro, oficial de Alejandro, VIII 6, 9.

Aornis, macizo rocoso, VIII 11, 2.

Apolo, dios, IV 3, 21, 22.

Apolodoro, V 1, 43.

Apolónides, IV 5, 15-17.

Apolonio, IV 8, 5.

Aqueos, IV 13, 29; VI 1, 20; 3, 2.

Aquiles, IV 6, 29; VIII 4, 26.

Aquilón, viento, VIII 9, 12.

Árabes, IV 2, 24; 6, 30; 7, 18.

Arabia, IV 3, 1, 7; V 1, 11.

Arabitas, población india, IX 10, 5.

Arabo, río en el territorio de los arabitas, IX 10, 6.

Aracosios, población entre la Drangiana y el Indo, IV 5, 5; 12, 6; VII 2, 26; 3, 4, 5; VIII 13, 3; IX 7, 14; 10, 7.

Árado, isla en la costa fenicia, IV 1, 5.

Araxes, río de Armenia, IV 5, 4; VII 3, 19.

Araxes, río de Persépolis, V 4, 7; 5, 2, 3; 7, 9.

Arbelas, aldea de Asiria, IV 9, 9; 16, 9; V 1, 2, 3, 10; VI 1, 21; IX 2, 23.

Aretes, IV 15, 13, 18.

Ariarates, X 10, 3.

Arimaspos, población al sur de la Drangiana, VII 3, 1.

Arimazes, VII 11, 1, 5, 6, 23, 27, 28.

Ariobarzanes, IV 12, 7; V 3, 17; 4, 15, 20, 28, 33.

Arios, población iraní, VI 6, 20; VII 3, 1, 2; 4, 32.

Aristandro, IV 2, 14; 6, 12; 13, 15; 15, 27; V 4, 2; VII, 7, 8, 22, 23, 26, 29.

Aristogitón, III 13, 15.

Aristómedes, III 9, 3.

Aristómenes, IV 1, 36.

Aristón, IV 9, 24, 25.

Aristonico, IV 5, 19, 21; 8, 11.

Arístono, IX 5, 15, 18; X 6, 16, 18.

Armenia, IV 9, 14; 12, 10 (= A. Menor), 12 (= A. Mayor); V 1, 13, 44; VI 3, 3; VII 3, 20.

Armenios, III 2, 6; IV 12, 10.

Arquelao, general de Alejandro, V 2, 16.

Arquelao, rey de Macedonia, VI 11, 26.

Arquépolis, VI 7, 15.

Arrideo (véase «Filipo (= Arrideo)»), X 7, 2, 3, 5, 7, 13; 8, 21.

Arsaces, VIII 3, 17.

Arsames, general persa, VIII 3, 17.

Arsames, sátrapa de la Cilicia, III 4, 3, 5.

Artabazo, III 13, 13; V 9, 1, 2, 12, 13, 17; 10, 10, 11; 12, 7, 8, 18; VI 5, 1-6, 22; VII 3, 2; 5, 1; 11, 5, 29; VIII 1, 10, 19.

Artacana, capital de los arios, VI 6, 33.

Artajerjes (nombre tomado por Beso), VI 6, 13.

ARVAS, ciudad de Hircania, VI 4, 23.
ASACANO, VIII 10, 22.
ASANDRO, VII 10, 12.
ASCLEPIODORO, general de Alejandro, VII 10, 12.
ASCLEPIODORO, joven oficial de Alejandro, VIII 6, 9.
ASIA, III 1, 13, 16; 3, 5; 7, 11; 10, 4; IV 1, 13, 20, 38; 3, 11; 4, 1; 5, 14; 10, 34; V 1, 1, 39; 4, 9; 5, 9; 9, 4; 10, 3; VI, 2, 13, 14; 6, 6; 11, 29; VII 1, 3; 3, 19, 21; 7, 2, 4, 14; 8, 13, 30; 9, 17; 11, 10; VIII 1, 26, 37; 4, 29; 8, 10, 12; IX 1, 5; 2, 15, 24; 6, 20, 21; X 1, 37, 43; 2, 8, 11, 12, 23, 25; 3, 7, 13; 5, 13, 18.
ASTASPES, IX 10, 21, 29.
ÁTALO, gobernador de los agrianos, IV 13, 31.
ÁTALO, pariente de Filipo, VI 9, 17; VII 1, 3; VIII 1, 42, 52; 7, 4, 5; 8, 7.
ÁTALO, sosias de Alejandro, VIII 13, 21.
ATARRISA, VI 8, 19-21; VII 1, 5; VIII 1, 36.
ATENÁGORAS, IV 5, 15, 17.
ATENAS, III 2, 10; 10, 7; IV 8, 12; X 2, 2, 3.
ATENIENSES, III 13, 15; IV 8, 12; VIII 1, 33; X 2, 2, 6.
ATENODORO, IX 7, 3-5.
ÁTICA, X 2, 1.
ATINAS, VIII 1, 3, 5.
ATIZIES, III 11, 10.
AUSTRO, viento, VIII 9, 3.

BABILONIA, ciudad, III 2, 2; 3, 3; IV 6, 2; 9, 2, 6; 16, 7; V 1, 7, 16, 17, 28, 35, 36, 43-45; 6, 9; X 1, 16, 19; 6, 1; 8, 11.
BABILONIA, región, V 1, 43; VIII 3, 17.
BABILONIOS, IV 12, 10; V 1, 15, 19, 22, 37; X 5, 15.
BACO, dios, (véase «Padre Baco» y «Padre Líber»), IX 10, 24.
BACTRAS, capital de la Bactriana, III 10, 5; IV 5, 8; 11, 13; V 8, 1; 9, 8, 16; 10, 6, 9; 11, 6; 13, 2, 18; VI, 3, 9; 6, 22; 11, 32; VII 4, 31; 7, 4, 31; 8, 21; 9, 20; 10, 10; IX 7, 1, 2, 11.
BACTRIANA, región oriental del imperio persa, IV 5, 4; 6, 2; V 8, 4; 9, 5; VII, 4, 25-27; 5, 1; 8, 19, 30; VIII, 1, 3; 2, 13; IX 8, 10; X 10, 4.
BACTRIANOS, III 2, 9; IV 6, 3; 9, 2; 13, 5; 15, 18, 20, 22; V 9, 10, 16; 12, 6, 13, 19; VII 3, 7; 4, 13, 20, 30; 6, 13; 7, 2, 6, 11, 16; IX 2, 33.
BACTRO, río de la Bactriana, VII 4, 31.
BAGISTANES, V 13, 3.
BAGOAS, eunuco, favorito de Alejandro, VI 5, 23; X 1, 25, 26, 36.
BAGOAS, eunuco, víctima de Darío, VI 3, 12; 4, 10.
BAGÓFANES, V 1, 20, 44.
BÁLACRO, IV 5, 13; 13, 28; VIII 11, 22.
BÁRBAROS, III 4, 15; 7, 3, 7; 9, 10; 11, 14, 16; IV 1, 11, 35; 10, 11; 13, 10, 13; 14, 5; 15, 9; 16, 25; V 3, 17, 21; 4, 14, 16, 30; 5, 19; 6, 2, 3; 7, 3; 13, 13, 18; VI 3, 6; 4, 2; 5, 12, 13, 21, 29; 6, 31, 34; 9, 28; VII 3, 6, 15, 16; 4, 13, 24, 33, 34 (= Satibarzanes), 36 (*idem*), 37 (*idem*), 38; 5, 36, 40; 6, 1, 2, 5, 11; 8, 10, 30 (= jefe de embajada escita); 9, 8, 10, 13; 11, 5, 6 (= Arimazes), 9, 22, 23 (*idem*), 24 (*idem*), 25, 27; VIII 1, 2; 2, 22, 24, 26, 28 (= Sisimetres), 37, 38; 4, 13, 23; 5, 21, 22; 7, 11; 11, 13, 14, 18, 21; 12, 9 (= Onfis), 10 (*idem*), 16 (*idem*), 17 (*idem*); 13, 7; 14, 18; IX 1, 15, 19, 24, 28; 3, 12; 4, 25; 5, 17; 6, 1; 7, 2, 14, 23; 8, 14, 19-21, 28; 10, 28; X 1, 4, 22, 25 (= Orsines); 5, 9.
BARCANOS, población confinante con los hircanos, III 2, 5.
BÁRSINES, X 6, 11; 6, 13.
BARZAENTES, VI 6, 36; VIII 13, 3, 4.
BAZAIRA, región tal vez de la Bactriana, VIII 1, 10.
BEIRA, ciudad india, VIII 10, 22.
BELITAS, población del ejército de Darío, IV 12, 10.
BELO, mítico fundador de Babilonia, III 3, 16; V 1, 24.
BEOCIA, región de Grecia, III 10, 7; IV 4, 19; VI 3, 2.
BESO, IV 6, 2, 4; 12, 6; 15, 2; V 8, 4; 9, 2, 8, 10, 11, 16; 10, 1, 12; 11, 2, 7, 8; 12, 1, 3, 5, 14, 19; 13, 6, 9, 11, 13, 15, 18; VI 3, 9, 12, 15, 18; 4, 8; 6, 13, 19, 20, 21, 25, 36; VII 3, 2; 4, 1, 3, 7, 9, 14, 19, 20, 32, 40; 5, 19-26, 36, 38-40, 43; 6, 14, 15; 10, 10.
BETIS, IV 6, 7, 20, 25, 27, 29.
BIBLOS, ciudad fenicia, IV 1, 15.
BIÓN, IV 13, 36.
BITÓN, IX 7, 4-10.

BOLÓN, VI 11, 1.
BORÍSTENES, río de los escitas europeos, VI 2, 13.
BÓSFORO, VI 2, 13, 14; VII 6, 12; VIII 1, 7.
BOXO, IX 7, 4, 7.
BRÁNQUIDAS, dinastía sacerdotal de Mileto, VII 5, 28, 30, 31.
BROCÚBELO, V 13, 11.
BUBACE, V 11, 4; 12, 11.
BUBACENE, región de la Escitia, VIII 5, 2.
BUCÉFALA, ciudad fundada por Alejandro en la India, IX 3, 23.
BUCÉFALO, caballo de Alejandro, VI 5, 18.
BUMELO, río junto a Gaugamelas, IV 9, 10.

CÁDIZ (véase «Gades»), X 1, 17.
CADUSIOS, población de la Media, IV 12, 12; 14, 3; 15, 12.
CALAS, III 1, 24; IV 5, 13.
CALDEOS, III 3, 6; V 1, 22; X 10, 13.
CÁLIBES, población ribereña del Caspio, VI 4, 17.
CALÍCRATES, V 2, 17.
CALICRÁTIDES, III 13, 15.
CALIS, VI 11, 36, 37.
CALÍSTENES, VIII 5, 13, 14, 20; 6, 1, 24, 25, 27, 29; 7, 3, 8, 10; 8, 19, 21.
«Campamento de Alejandro», IV 7, 2.
«Campamento de Ciro», III 4, 1.
CAPADOCIA, región de Asia Menor, III 1, 24; 4, 1; IV 1, 34; VI 3, 3; VII 3, 20; X 10, 3.
CAPADOCIOS, IV 12, 12.
CARANO, VII 3, 2; 4, 32.

CARES, IV 5, 22.
CARIA, región de Asia Menor, VI 3, 3; X 10, 2.
CARIDEMO, III 2, 10, 11, 17-19.
CARMANIA, región del Golfo Pérsico, IX 10, 20.
CARO, VIII 11, 10, 14, 16.
CARTAGINESES, IV 2, 11; 3, 19, 22, 23.
CARTAGO, IV 2, 10, 11; 3, 19, 20, 22, 23; 4, 19; X 1, 17.
CARTASIA, VII 7, 1.
CASANDRO, X 10, 2, 17.
CASPIANOS, IV 12, 9.
CASPIO, mar, III 2, 8; VI 4, 16, 18, 19; VII 3, 19, 21.
CASTÁBALO, ciudad de la Cilicia, III 7, 5.
CÁSTOR, dios, VIII 5, 8.
CATANES, VII 5, 21, 22, 41, 42; 6, 14; VIII 5, 2.
CATÁONES, pueblo de la Capadocia, IV 12, 11.
CÁUCASO, cordillera, IV 5, 5; V 4, 5; VI 5, 25; VII 3, 19-21; 4, 22; VIII 9, 3.
CAUNIOS, población de la Caria, III 7, 4.
CEBALINO, VI 7, 16-24, 26, 28, 31-34; 8, 11, 13; 9, 7, 9; 10, 5, 8, 17, 19, 20; 10, 34.
CEDROSIA, provincia persa, IX 10, 18.
CEDROSIOS, IX 10, 5.
CELENAS, ciudad de la Frigia, III 1, 1.
CELENESES, habitantes de Celenas, III 1, 7.
CELESIRIA, IV 1, 4; 5, 9 (= Cele).
CENO, III 9, 7; IV 13, 28; 16, 32; V 4, 20, 30; VI 8, 17; 9, 30; 11, 10, 11; VIII 1, 1; 10, 22; 12, 1; 14, 15, 17; IX 3, 3, 5, 16, 20; X 1, 43.
CERCETAS, población ribereña del Caspio, VI 4, 17.
CIDNO, río de la Cilicia, III 4, 8; 5, 1.
CILICIA, mar de C., III 1, 12.
CILICIA, región de Asia Menor, III 4, 1-4, 6, 7; 5, 1, 10; 7, 1; 8, 12; IV 1, 39; 5, 8, 9; 9, 3, 22; 13, 6; 14, 1, 10, 14; V 1, 43; 3, 22; 7, 12; VI 3, 3, 16; VII 3, 19, 20; 4, 4; 11, 8; IX 2, 13, 23; 10, 2.
CIRENE, colonia griega en el nordeste de África, IV 7, 9.
CIRO EL GRANDE, III 4, 1 (= «Campamento de C.»); IV 12, 8; 14, 24; V 6, 10; VI 3, 12; VII 3, 1, 3; 6, 11, 20; X 1, 23, 30, 34.
CIRÓPOLIS, ciudad de la Sogdiana, VII 6, 16, 19.
CLEANDRO, III 1, 1; IV 3, 11; VII 2, 19, 27, 30, 32; X 1, 1, 5.
CLEÓCARES, VIII 13, 2.
CLEOFIS, VIII 10, 22.
CLEÓMENES, IV 8, 5.
CLEÓN, VIII 5, 8, 10, 18, 19, 21.
CLITARCO, IX 5, 21; 8, 15.
CLITO, IV 13, 26; VIII 1, 19, 21, 22, 28-31, 33, 34, 38-42, 45, 50, 51; 2, 12, 14; 4, 30; 7, 4; 8, 7, 22; 12, 18.
COASPES, río de la India, VIII 10, 22.
COASPIS, río de la Susiana, V 2, 9.
COBARES, VII 4, 8, 10, 14, 19.
COFES, VII 11, 5, 22-24, 26.
CORASMIOS, población de la Sogdiana, VII 4, 6; VIII 1, 8.

CORICIO, localidad de la Cilicia, III 4, 10.
COS, isla del mar Egeo, III 1, 19.
COSEAS, montañas, IV 12, 10.
CRÁTERO, III 9, 8; IV 3, 1, 11; 13, 29; V 4, 14-16, 29, 34; 6, 11; VI 4, 2, 23; 6, 25, 33; 8, 2, 9, 17; 11, 10-12, 14, 18; VII 6, 16; 7, 9; 9, 20, 22; VIII 1, 6; 5, 2; 10, 4, 5; IX 6, 6; 8, 3; 10, 19; X 1, 9; 7, 9; 10, 15.
CRESO, III 4, 1.
CRETA, isla, IV 1, 38, 40; 8, 15.
CRETENSES, III 7, 15; 9, 9; IV 13, 31.
CRITÓBULO, IX 5, 25, 27.

CHIPRE, IV 1, 27; 3, 11; 8, 14; X 1, 19.

DAHAS, población escita del Cáucaso, IV 12, 6; VI 3, 9; VII 4, 6; 7, 32; VIII 1, 6, 8; 3, 1, 16; 14, 5; IX 2, 24.
DAMASCO, ciudad de Siria, III 8, 12; 12, 27; 13, 1, 2, 4; IV 1, 4; 11, 11.
DARÍO I, hijo de Istaspes, III 10, 8; IV 1, 10; V 6, 1.
DARÍO III CODOMANO, III 1, 8, 10, 19; 2, 1, 9, 10, 17, 19; 3, 1, 3-6, 22, 28; 5, 6, 10, 12, 16; 6, 4; 7, 1, 12; 8, 1, 5, 10, 11, 13, 15-17, 24, 27; 9, 3, 10; 11, 1, 7, 9, 11, 18, 19, 23, 24, 26; 12, 1, 4-6, 11-13, 22, 24, 26; 13, 1, 6, 12, 17; IV 1, 1, 7, 8, 10, 16, 29, 34; 5, 1, 4, 6-8, 13, 15; 6, 1, 5, 15; 7, 4; 8, 14, 16; 9, 1, 4, 6, 9-11; 10, 9, 15, 16, 18, 20, 24-26, 29, 30, 34; 11, 1, 2, 4, 5, 8, 9, 16, 18, 22; 12, 1, 2, 4, 5, 7, 10, 14, 18; 13, 9, 11, 23, 35, 36; 14, 8; 15, 1, 3, 10, 18, 23, 28, 30, 32, 33; 16, 2, 3, 8, 15; V 1, 2, 3, 5, 9, 23; 2, 8, 10, 14, 17; 3, 12, 15; 6, 11; 7, 12; 8, 2; 9, 1, 2, 9, 12, 13, 17; 10, 1, 3, 5-7, 10, 12, 14, 15; 11, 3, 4, 7, 11; 12, 1, 3, 5, 7, 8, 10, 20; 13, 1, 2, 4, 6, 7, 11, 12, 15, 16, 20, 23; V 1, 21; 2, 7, 9-11; 3, 9, 12, 13, 17; 4, 8-10, 23; 5, 1, 7, 10, 22, 23; 6, 4, 6, 8, 10; 11, 29; VII 3, 4; 4, 3; 5, 20, 25, 37, 40, 43; 7, 8; 10, 10; VIII 1, 47; 4, 25; IX 6, 10; X 1, 34; 3, 12; 5, 19, 21-23, 25; 6, 14.
DATAFERMES, VII 5, 21, 22; VIII 3, 16.
DEDALA, región de la India, VIII 10, 19.
DEMETRIO, VI 7, 15; 9, 5; 11, 35-37.
DEMÓCRATES, VI 5, 9.
DEMOFONTE, IX 4, 28, 29.
DÉRBICES, población del imperio persa, III 2, 7.
DERDAS, VII 6, 12; VIII 1, 7.
DIARDINES, VIII 9, 9.
DIDIMEON, templo, VII 5, 28.
DIMNO, VII 7, 2, 3, 5, 6, 8, 13, 15, 24, 29, 30, 34; 8, 26; 9, 5, 8, 16; 10, 6, 7, 9, 19-22; 11, 30.
DIOXENO, VI 7, 15.
DIOXIPO, IX 7, 16, 17, 19-22, 24-26.
DITAMENES, VIII 3, 17.
«DORÍFOROS», III 3, 15.
DRANGAS, habitantes de la Drangiana, VI 6, 36; VIII 3, 17.
DRÓPIDES, III 13, 15.

EBRO, río de España, X 1, 18.
ECBATANA, capital de la Media, IV 5, 8; V 8, 1; 13, 1; VII 10, 10.

ECBOLIMA, ciudad india, VIII 12, 1.
EGIPCIOS, IV 1, 28, 30; 7, 1, 3, 5, 8; X 10, 13.
EGIPTO, III 7, 11; 11, 10; IV 1, 27, 28, 30; 4, 1; 6, 13, 30; 7, 2, 5; 8, 3-5; 9, 1; 14, 1; VII 8, 18; X 10, 1, 20.
ELAPTONIO, VIII 6, 9.
ELEOS, población de la Élide, en el Peloponeso, VI 1, 20.
EÓLIDE, región de Asia Menor, IV 5, 7; VI 3, 3.
EPIMENES, VIII 6, 9, 20, 24.
EPIRO, región noroccidental de Grecia, X 1, 18.
ERICE, VIII 12, 1, 3.
ERIGIO, VI 4, 3, 23; 8, 17; VII 3, 2; 4, 32, 34, 36-38, 40; 7, 9, 21, 22, 24; VIII 2, 40.
ERITRO, VIII 9, 14; X 1, 13, 14.
ERSILAO, IV 8, 11.
ESCITAS, IV 6, 3; 9, 2; 13, 5; 14, 3; 15, 12, 13, 18; VI 2, 13, 14; 6, 13; VII 4, 6, 32; 6, 12; 7, 1, 2, 6, 11, 12, 15, 16; 8, 10, 22, 29; 9, 5, 9, 17, 18; VIII 1, 7, 9; 14, 5; IX 2, 24, 33; 7, 11.
ESCITAS ABIOS, VII 6, 11.
ESCITIA, IV 12, 11; VII 3, 19; VIII 2, 14.
ESCULAPIO, dios, III 7, 3.
ESPARTA, VI 3, 2; X 10, 14.
ESPARTANOS, IV 1, 40; VI 1, 16; VII 4, 39.
ESPITACES, VIII 14, 2.
ESPITAMENES, VII 5, 19, 20, 22, 36-38; 6, 14, 24; 7, 31, 33, 38; 9, 20; VIII 3, 1, 4, 8, 12, 16.
ESQUILO, IV 8, 4.
ESTASANOR, VIII 3, 17.
ESTATIRA, IV 5, 1.
ESTRATÓN, rey de Árado, IV 1, 6.
ESTRATÓN, rey de Sidón, IV 1, 16, 26.
ETIMANTO, río de la India, VIII 9, 10.
ETÍOPES, IV 7, 18, 19.
ETIOPÍA, IV 8, 3.
ETOLIOS, III 2, 16.
EUBEOS, IV 12, 11.
EUCTEMÓN CIMEO, V 5, 9, 16, 23.
EUDEMÓN, X 1, 21.
ÉUFRATES, río de Mesopotamia, III 1, 10; 3, 7; 7, 1; IV 1, 3; 5, 4; 8, 16; 9, 6, 9, 12; 11, 5, 13, 19; 14, 10, 15; V 1, 12, 28, 29; VI 2, 12; IX 2, 13; 10, 3; X 1, 16; 5, 12, 18; 7, 19.
EUMENES, IX 1, 19; X 10, 3.
EURILOCO, VIII 6, 20, 21, 23, 26.
EURÍPIDES, tragediógrafo griego, VIII 1, 28, 29.
EUROPA, III 10, 4; IV 1, 38; V 5, 14; 6, 1; 7, 8; VI 2, 13, 14; 6, 6; VII 6, 12; 7, 2, 12, 13; 8, 13, 30; VIII 4, 29; IX 6, 21; X 1, 43; 2, 4, 25; 3, 7, 13; 6, 13; 7, 9.
EUXENIPO, VII 9, 19.
EVERGETAS, apelativo de la población de los arimaspos, VII 3, 1.

FARNABAZO, III 3, 1; 8, 1; 13, 14; IV 1, 37; 5, 15, 17, 19, 20.
Faros, frente a Alejandría de Egipto, IV 8, 1.
FASIS, río junto al territorio de las Amazonas, VI 5, 25.
FAVONIO, viento, VI 6, 28.
FEGEO, IX 1, 36; 2, 1, 2, 4.
FENICIA, IV 1, 15; 2, 1, 6; 5, 10; VI 3, 3; X 10, 2.

FILIPO (=Arrideo), (véase «Arrideo»), X 7, 7, 10, 12; 8, 16; 9, 18.
FILIPO, hermano de Lisímaco, VIII 2, 35, 37.
FILIPO, hijo de Bálacro, IV 13, 28.
FILIPO, hijo de Menelao, IV 13, 29; VI 6, 35.
FILIPO, lugarteniente de Abisares, X 1, 20, 21.
FILIPO, médico, de Acarnania, III 6, 1, 2, 4, 9, 12, 14, 17; IV 6, 17; VI 10, 34.
FILIPO, rey de Macedonia, padre de Alejandro, III 7, 11; 10, 7; IV 1, 2; 7, 27; 10, 3; 15, 8; V 9, 1; VI 4, 25; 5, 2; 6, 9; 11, 23; VII 1, 3, 6; VIII 1, 20, 23-25, 27, 30, 33, 36, 52; 7, 13; IX 6, 25; 8, 22; X 2, 23; 5, 30; 7, 2, 10.
FILOTAS, gobernador de la Cilicia, X 10, 2.
FILOTAS, gobernador de Tiro, IV 5, 9.
FILOTAS, hijo de Parmenión, IV 13, 26; V 2, 15; 4, 20, 30; VI 6, 19; 7, 18, 19, 21, 27, 28, 30-33, 35; 8, 1-3, 5, 7, 8, 10, 12, 15, 16, 20, 21, 24; 9, 5, 7, 9, 10, 12, 13, 16-18, 20, 21, 25, 28-30, 32, 35, 36; 10, 1, 22, 36; 11, 2, 3, 8, 10, 11, 13, 14, 16, 19-21, 32, 34-37, 39, 40; VII 1, 1, 5, 10, 11, 13, 15, 16, 25, 26, 28, 30-32; 2, 4, 16, 27, 34; VIII 6, 21; 7, 4; 8, 5.
FILOTAS, partícipe en la conjuración de Hermolao, VIII 6, 9.
FILOTAS AUGEO, V 2, 5.
FRATAFERNES, gobernador de los Corasmios, VIII 1, 8.
FRATAFERNES, sátrapa de Darío, VI 4, 23; VIII 3, 17; IX 10, 17.
FRIGIA, región de Asia Menor, III 1, 11; VI 3, 3; X 10, 2 (= F. Mayor), *ibidem* (= F. Menor).
FRIGIOS, III 1, 17; IV 12, 11; VI 11, 4.
FURIAS, divinidades infernales, VI 10, 14.

GADES (véase «Cádiz»), IV 4, 19.
GANGARIDAS, población india, IX 2, 3.
GANGES, río de la India, VIII 9, 5, 8; IX 2, 3; 4, 8, 17, 20.
GAZA, ciudad de Palestina, IV 5, 10; 6, 7; 7, 2.
GAZABA, región de la Sogdiana, VIII 4, 1.
GETAS, población balcánica, X 1, 44.
GOBARES, V 6, 10.
GORDIEOS, montes, IV 10, 8.
GORDIEOS, población asiática, V 1, 14.
GORDIO, ciudad de la Frigia, III 1, 12.
GORDIO, padre de Midas, III 1, 14.
GORGATAS, VII 1, 38.
GORGIAS, VII 1, 38.
GORTUAS, población del imperio de Darío, IV 12, 11.
GRÁNICO, río de Asia Menor, III 1, 9; 10, 7; IV 9, 22; 14, 1, 10; VIII 1, 20; IX 2, 23.
GRECIA, III 9, 10; 10, 8; IV 1, 10, 11, 36, 38; 5, 11; V 1, 1; 5, 8, 10, 22; 7, 3, 4, 8; 8, 16; 11, 6; VI 2, 5; 6, 35; VII 4, 32; 5, 28; VIII 1, 30; IX 1, 2; 6, 20; X 1, 45; 10, 18.
GRIEGOS, III 1, 2, 9; 3, 6; 8, 7; 10,

8; 11, 18; IV 1, 3, 10, 27, 39; 5, 11, 12; 10, 6, 16; 14, 21; V 1, 32; 5, 9; 6, 1; 7, 11; 8, 3; 10, 7; 11, 5; 12, 3, 4, 7; VI 1, 19; 2, 15; 5, 6; VII 3, 4; 8, 29; VIII 1, 29; 3, 15; 5, 7; 8, 22; 10, 12; IX 1, 5; 7, 8, 10, 19; X 1, 18; 2, 5, 6.

HALICARNASO, ciudad de Asia Menor, III 7, 4; V 2, 5; VIII 1, 36.
HALIS, río de Asia Menor, IV 5, 1; 11, 5.
HAMONIOS, población junto al santuario de Amón, IV 7, 20.
HÁRPALO, IX 3, 21; X 2, 2, 3.
HAUSTANES, VIII 5, 2.
HECATEO, VII 1, 38.
HECATOMPYLOS, VI 2, 15.
HÉCTOR, IV 8, 7, 8; VI 9, 27.
HEFESTIÓN, III 12, 15, 17, 26; IV 1, 16-18; 5, 10; 16, 32; VI 2, 9; 8, 17; 11, 10, 11; VII 7, 9; 9, 19; VIII 1, 1, 10; 2, 13; 10, 2; 12, 4, 6, 15; 14, 15; IX 1, 35; 10, 6; X 5, 20.
HEGÉLOCO, III 1, 19; IV 5, 14; 5, 17, 21; VI 11, 22, 27, 28.
HEGESÍMACO, VIII 13, 13.
HELANICE, VIII 1, 21.
HELANICO, V 2, 5.
HELESPONTO, estrecho, III 1, 19, 20; 5, 7; 12, 18; IV 1, 10, 36; 5, 1, 7; 11, 5; 14, 9; VI 3, 3, 15; IX 2, 24; 6, 20; X 10, 2.
HÉNETOS, población de la Paflagonia, III 1, 22.
HERACÓN, X 1, 1.
HÉRCULES, héroe, III 10, 5; 12, 27; IV 2, 2, 4, 17; 3, 22; 8, 16 (= H. tirio); VIII 5, 8, 11, 17; 10, 1; 11, 2; 14, 11; IX 2, 29; 4, 2, 21; X 1, 17.
HERMOLAO, VIII 6, 7, 8, 25; 7, 1, 3, 7, 8, 15; 8, 5, 9, 14.
HIAROTIS, río de la India, IX 1, 13.
HIDASPES, río de la India, IV 5, 4; VIII 12, 13; 13, 3, 5; IX 2, 15; 4, 1; 4, 8.
HIPASIS, río de la India, IX 1, 35.
HIPSIDES, VII 7, 36, 37.
HIRCANIA, región costera del mar Caspio, IV 5, 4; V 13, 11, 18; VI 3, 9; 4, 2, 3, 19, 25; 5, 1, 11, 22, 24; VII 3, 21; VIII 3, 17.
HIRCANIO, mar, VI 4, 18.
HIRCANOS, III 2, 6; 9, 5.
HISPANIAS, X 1, 18.
HISTASPES, VI 2, 7.
HORITAS, población de la Cedrosia, IX 10, 6, 19.
HORRATAS, IX 7, 17, 21.

IBERIA, X 1, 18.
IDARNES, IV 5, 13.
IFÍCRATES, III 13, 15.
ILIONEO, III 13, 13.
ILIRIA, III 10, 6; V 1, 1; VI 6, 35; IX 6, 20.
ILIRIOS, III 10, 9; IV 13, 31; VI 3, 2; VIII 1, 25; X 2, 23.
IMBRO, isla del mar tracio, IV 5, 22.
INDIA, III 10, 5; IV 11, 13; V 2, 10; VI 2, 18; 4, 19; 6, 36; VII 1, 24; 4, 20, 39; 8, 19; 11, 8; VIII 2, 27; 5, 1, 2; 9, 1, 2, 9, 13, 17, 37; 10, 1; 12, 17; 13, 4; IX 1, 8; 2, 3, 12; 3, 8, 13; 4, 8, 16, 21, 24; 7, 1; 8, 4, 11; 10, 7, 21; X 1, 7, 43; 10, 4.
ÍNDICO, mar, VII 3, 7.

INDIOS, III 2, 9; IV 5, 5; 9, 2; 12, 9; V 9, 5; VI 3, 9; VII 4, 6; VIII 8, 15; 9, 30; 11, 20, 22; 12, 3, 8 (= Onfis); 13, 3, 12, 14, 18; 14, 5, 10, 35, 39 (= Poro); IX 1, 1; 3, 8; 5, 9 (= «un indio»), 16, 19; 8, 15; 10, 8 (= «i. marítimos»).
INDO, río de la India, VIII 9, 4, 6; 10, 2; 11, 7; 12, 4; IX 4, 8.
IOLAO, VI 7, 15.
IOLAS, X 10, 14, 17.
ISO, ciudad de Cilicia, III 7, 6-8; 8, 14; IV 1, 34.
ÍSTMICOS, juegos, IV 5, 11.
ISTRO, río (= Danubio), IV 11, 13; VII 7, 4.
ITALIA, VIII 1, 37; X 1, 18.

JENIPA, VIII 2, 14, 15.
JENÓFILO, V 2, 16.
JERJES, III 2, 2; 10, 8; IV 1, 11; V 6, 1; 7, 11; VII 5, 28, 35; X 6, 14.
JONIA, región marítima de Asia Menor, IV 5, 7; VI 3, 3.
JÚPITER, dios (véase «Amón» y «J. Amón»), III 1, 14; 3, 11; 12, 27; IV 7, 8, 24, 25, 28, 30; 13, 15; V 5, 8; VI 10, 26, 27; 11, 5-7, 23; VIII 1, 42; 5, 5; 7, 13; 8, 14; 10, 1, 12, 29.
JÚPITER AMÓN (véase «Amón» y «Júpiter»), IV 7, 5; VI 9, 18.

LACEDEMONIOS, III 13, 15; IV 1, 39; VI 1, 3, 6, 8, 16, 20; 5, 6, 7, 10; VII 4, 32.
LEOMEDONTE, X 10, 21.
LEÓNIDAS, VII 2, 35.
LEONNATO, III 2, 7, 10, 12; VI 8, 17; VIII 1, 46; 6, 22; 14, 15; IX 5, 15, 17; 10, 2, 6, 7, 19; X 7, 8, 20; 8, 4; 10, 2.
LESBOS, III 1, 19.
LEUCOSIROS, población ribereña del mar Negro, VI 4, 17.
LÍBANO, monte, IV 2, 18, 24; X 1, 19.
LICAONIA, región de la Frigia, IV 5, 13.
LICIA, región de Asia Menor, III 1, 1; V 4, 10; VII 10, 12; X 10, 2.
LICIOS, V 7, 12.
LICO, río de la Frigia, III 1, 5.
LICO, río de Asiria, IV 9, 9; 16, 8, 16.
LIDIA, región de Asia Menor, III 4, 1; IV 1, 34; 5, 7, 8; 11, 5; VI 3, 3; 6, 35; VII 8, 19; X 10, 2.
LIDIOS, IV 14, 24.
LINCESTAS, población epirota, IV 13, 28.
LINCESTES (véase «Alejandro Lincestes»), VII 1, 6.
LINCESTES AMINTAS, V 2, 5.
LIRNESO, ciudad de Panfilia, III 4, 10.
LISÍMACO, VIII 1, 14, 15, 17, 46; 2, 35, 36; X 10, 4.
LOCRENSES, IV 13, 29.

MACEDONIA, III 1, 24; 6, 1; 7, 8; 10, 5; IV 1, 8, 10, 39; 6, 30; 11, 13; V 1, 42; 2, 18; 8, 16; VI 2, 15; 6, 10; 7, 30; 9, 17; 10, 22; VII 1, 37; 2, 36; 8, 30; VIII 8, 3; IX 1, 2; 3, 20; 6, 8, 19, 20; X 5, 12; 10, 16, 18.
MACEDONIO(S), III, 1, 17; 7, 9; 8, 14; 9, 12; 10, 1, 4; 11, 2 (= «el Macedonio» = Alejandro), 9, 10; IV 1, 36, 40; 2, 8, 13, 14, 24; 3, 14,

21; 4, 3, 5, 7, 12, 15; 5, 22; 6, 30; 7, 31; 8, 6; 12, 19, 23, 24; 13, 13, 14, 33; 14, 4; 15, 4, 9, 14, 15, 18, 28; 16, 1, 21, 33; V 2, 10, 16; 3, 10; 4, 31; 7, 10; 8, 2 (*idem*), 14; 9, 2 (*idem*); 13, 3; VI 1, 8, 16; 5, 12; 9, 34, 35; 11, 4, 37; VII 2, 19; 3, 4, 23; 4, 20, 32; 5, 36; 6, 1, 4, 6; 7, 1, 18; 9, 16; 10, 9; 11, 6; VIII 1, 9, 18; 2, 12, 17, 27; 4, 25, 27; 5, 6, 7, 13; 6, 6; 7, 4, 11-13; 8, 13, 16, 17, 19; 10, 9; 12, 8; 13, 8, 12; 14, 12, 23; IX 1, 16, 18, 27; 2, 10, 30; 4, 6, 16, 24; 5, 19; 7, 15, 19 (= Horratas), 21 (*idem*), 22 (*idem*), 23; 8, 12, 24; 10, 11; X 3, 13; 5, 9, 11; 6, 11; 7, 1; 8, 5, 14; 9, 19.

MAGOS, sacerdotes persas, III 3, 9; IV 6, 6; V 1, 22.

MALIENSES, IV 13, 29.

MALOS, ciudad de la Cilicia, III 7, 5.

MALOS, población de la India, IX 4, 15; 8, 3.

MANAPIS, VI 4, 25.

MARACANDA, ciudad de la Sogdiana, VII 6, 10, 24; 9, 20; VIII 1, 7, 19; 2, 13.

MÁRATOS, ciudad de Fenicia, IV 1, 6.

MARDONIO, IV 1, 11.

MARDOS, población ribereña del Cáucaso, IV 12, 7; V 6 17; VI 5, 11; VIII 3, 17.

MAREOTIS, laguna, IV 7, 9; 8, 1.

MARGIANA, capital de la región homónima, VII 10, 15.

MARSIAS, río de la Frigia, III 1, 2, 5.

MARTE, dios, IV 5, 7; IX 6, 24.

MASÁGETAS, población escita, IV 12, 7; 15, 2; VI 3, 9; VIII 1, 3, 6, 8.

MÁZACES, IV 1, 32; 7, 4.

MAZAGAS, ciudad de los Asacenos, VIII 10, 22.

MAZEO, IV 9, 7, 12, 14, 23; 10, 14; 11, 20; 12, 1, 4, 5, 15, 18, 19; 15, 5; 16, 1, 4, 7; V 1, 17, 18, 20, 44; 8, 12; 13, 11; VIII 3, 17.

MEDATES, V 3, 4, 12, 15.

MEDIA, IV 5, 4; V 1, 9; 4, 2; 7, 12; 8, 1; 13, 1; VI 2, 11; 3, 3; 8, 18; 9, 11, 22; 11, 6; VII 2, 15; 8, 18; VIII 3, 17; X 10, 4.

MEDO, río de Persia, V 4, 7.

MEDOS, habitantes de la Media, III 2, 4; 9, 5; IV 2, 11, 12; 14, 24; V 1, 14.

MEDOS, habitantes de la Tracia, IX 6, 20.

MEGALÓPOLIS, X 8, 15.

MEGALOPOLITANOS, VI 1, 20.

MELEAGRO, III 9, 7; IV 13, 27; V 4, 14; VII 6, 19, 21; VIII 12, 17; X 6, 20; 7, 1, 7, 10, 14, 17, 19; 8, 1-3, 5-7, 22, 23; 9, 7, 8, 10, 13, 17, 18, 20.

MELÓN, V 13, 7.

MEMACENOS, población junto al Iasartes, VII 6, 17, 18, 21.

MEMNÓN, mítico hijo de la Aurora, IV 8, 3.

MEMNÓN, oficial de Alejandro, gobernador en Siria, IV 8, 11.

MEMNÓN, oficial de Alejandro, IX 3, 21.

MEMNÓN, de Rodas, general de Darío, III 1, 21; 2, 1; 3, 1; 4, 3; 13, 14.

MENANDRO, X 10, 2.

MENEDEMO, VII 6, 24; 7, 31, 34, 35; 9, 21.

MENES, V 1, 43.

MENFIS, ciudad de Egipto, IV 1, 30; 7, 4, 5; 8, 2; X 10, 20.

MÉNIDAS, IV 12, 4; 15, 12; 16, 32; VII 10, 11.

MENNIS, ciudad de la región de Babilonia, V 1, 16.

MENÓN, gobernador de los aracosios, VII 3, 5; IX 10, 20.

MENTOR, III 3, 1; 13, 14.

MEOTIS, laguna, VI 4, 18.

MERIS, IX 8, 28.

MEROS, montaña de la India, VIII 10, 12.

MESOPOTAMIA, III 2, 3; 8, 2; IV 9, 1, 6; V 1, 15: IX 2, 13; X 1, 19; 10, 10.

METIMNA, ciudad de Lesbos, IV 5, 19; 8, 11.

METRÓN, VI 7, 22, 23; 9, 7, 9.

MIDAS, rey de la Frigia, III 1, 11, 14.

MILESIOS, IV 1, 37; VII 5, 29, 30.

MILETO, ciudad de la Caria, IV 5, 13; VII 5, 28, 35; VIII 2, 8.

MINDIOS, población de una colonia doria en Caria, III 7, 4.

MINERVA, diosa, III 7, 3; 12, 27.

MINERVA VICTORIA, IV 13, 15; VIII 2, 32; 11, 24.

MITILENE, ciudad de Lesbos, IV 5, 22; 8, 13.

MITRA, divinidad persa, IV 13, 12.

MITRACENES, V 13, 9.

MITRENES, III 12, 6; V 1, 44; 8, 12.

MOSINOS, población ribereña del mar Negro, VI 4, 17.

MULINO, VIII 11, 5.

MUSICANOS, población de la India, IX 8, 8, 10, 16.

NABARZANES, III 7, 12; 9, 1; V 9, 2, 3, 11; 10, 1, 12, 13; 11, 8; 12, 14; 13, 18; VI 3, 9; 4, 8, 10; 5, 22, 23.

NASAMONES, población de África, IV 7, 19.

NAUTACA, región de la Sogdiana, VIII 2, 19.

NEARCO, IX 10, 3; X 1, 10; 6, 10, 12.

NEGRO (mar), (véase «Ponto Euxino»), VII 3, 21; 4, 27.

NEPTUNO, dios, IV 2, 20; 4, 5.

NICANOR, hijo de Parmenión, III 9, 7; IV 13, 27; V 13, 19; VI 6, 18; 9, 13, 27.

NICANOR, partícipe en la conjuración de Dimno, VI 7, 15.

NICANOR, soldado de Alejandro, VIII 13, 13.

NICÁRQUIDES, V 6, 11.

NICEA, ciudad fundada por Alejandro en la India, IX 3, 23.

NICÓMACO, VI 7, 2, 16, 25; 8, 1, 12; 9, 7; 10, 5-7; 11, 37, 38.

NICÓSTRATO, VIII 6, 9.

NILO, río, IV 7, 3; 8, 4, 7; VIII 9, 9.

NINO, III 3, 16.

NISA, ciudad de la India, VIII 10, 7.

NUMIDIA, región africana, X 1, 17.

OCCIDENTE, VII 8, 12.

OCÉANO, III 12, 18; IV 4, 19; 5, 5; 14, 9; VII 1, 24; VIII 5, 1; 10, 18; IX 2, 26; 3, 14, 22; 4, 17, 21; 9, 1, 3, 9; 10, 3; X 1, 10; 5, 36; 10, 4.

OCO, hijo de Darío III, IV 11, 6; 14, 22.

OCO, rey de Persia, III 13, 12, 13; VI 2, 7, 8; 4, 25; 5, 2; X 5, 23.

OCO, río de Asia, VII 10, 15.

ODRISAS, población tracia, X 1, 45.
OLIMPÍADE, V 2, 22; IX 6, 26; X 5, 30.
OLINTO, ciudad macedonia, VIII 8, 19.
ONCAS, localidad entre Iso y Tapsaco, IV 1, 3.
ONESÍCRITO, IX 10, 3; X 1, 10.
ONFIS, VIII 12, 5, 11, 14.
ONOMANTE, III 13, 15.
ONOMASTÓRIDES, III 13, 15.
ORA, ciudad de la India, VIII 11, 1.
ORESTAS, población epirota, IV 13, 28.
ORIENTE, III 2, 12; 10, 4, 6; IV 5, 1, 8; 9, 16; V 1, 29; 5, 14; 7, 8; 8, 16; VI 2, 18; 11, 29; VII 8, 12; VIII 9, 5; IX 1, 1; 10, 12; X 1, 17; 5, 36.
ORONTÓBATES, IV 12, 7.
ORSILOS, V 13, 9.
ORSINES, IV 12, 8; X 1, 22, 24, 26, 27, 29, 35, 37.
OXARTES, VIII 2, 25, 27, 30, 31.
OXATRES, III 11, 8; 13, 13; VI 2, 9; VII 5, 40, 41.
OXIARTES, VIII 4, 21, 23; IX 8, 10; X 3, 11.
OXIDATES, VI 2, 11; VIII 3, 17.
OXO, río que desemboca en el Caspio, VII 4, 5, 21; 5, 13; 10, 13, 15.
OZINES, IX 10, 19.

PADRE BACO (véase «Baco» y «Padre Líber»), VII 9, 15; VIII 2, 6.
PADRE LÍBER (véase «Baco» y «Padre Baco»), III 10, 5; 12, 18; VIII 5, 8, 11, 17; 10, 1, 11, 12, 17; IX 2, 29; 4, 21; 8, 5; 10, 24.
PAFLAGONIA, región de Asia Menor, III 1, 22; IV 1, 34; 5, 13; VI 3, 3; X 10, 3.
PAFLAGONIOS, VI 11, 4.
PALAETIRO, IV 2, 4, 18.
PANFILIA, región de Asia Menor, III 1, 1; V 3, 22; VI 3, 3; X 10, 2.
PARAPAMISADAS, habitantes del Parapámiso, VII 3, 6; IX 8, 9.
PARAPÁMISO, cordillera del Hindukush, VII 4, 31.
PARETACENE, región entre la Media y Persia, V 13, 2.
PARMENIÓN, III 4, 15; 6, 4, 9, 14; 7, 6-8; 9, 7, 8, 10; 11, 3; 12, 27; 13, 1-4, 8; IV 1, 4; 5, 9; 8, 7; 10, 17; 11, 11, 14; 12, 21; 13, 4, 7, 8, 11, 20, 22, 27, 35; 15, 6, 7; 16, 1-4, 6, 19; V 3, 16; 6, 11; VI 6, 18; 7, 18; 8, 7, 11; 9, 4, 13, 27; 10, 34; 11, 20, 29, 39; VII 1, 27; 2, 11, 13, 16, 20, 23-26, 33, 35; 3, 4; VIII, 1, 33, 38, 52; 7, 4, 5; 8, 5; X 1, 1, 6.
PARSAGADA, antigua capital de Persia, V 6, 10; X 1, 22.
PARTIA, región entre la India y la Bactriana, V 8, 4; 12, 18; VI 2, 12; 3, 3; 4, 2; 5, 32.
PARTIEOS, población del imperio de Darío, IV 12, 11; IX 10, 17.
PARTOS, población escita, IV 12, 11; V 7, 9; 8, 1; VI 2, 14.
PASAS, X 8, 15.
PASIPO, III 13, 15.
PASITIGRIS, río persa, V 3, 1.
PATALIA, ciudad junto al delta del Indo, IX 8, 28.
PATRÓN, V 9, 15; 11, 1-4, 7-9, 12; 12, 4, 7.

PAUSANIAS, VII 1, 6.
PELOPONESIOS, III 9, 8; VII 4, 32.
PELOPONESO, III 1, 1; IV 13, 29; V 1, 41; VI 3, 2.
PELUSIO, ciudad de Egipto, IV 1, 29, 30; 7, 2, 3.
PEONIA, región cercana a Macedonia, IV 12, 22.
PERDICAS, III 9, 7; IV 3, 1; 16, 32; VI 8, 17; VII 6, 19, 21; VIII 1, 45, 48; 10, 2; 14, 5, 15; IX 1, 19.
PERDICAS III, rey de Macedonia, VI 10, 24; 11, 26.
PERILAO, X 8, 15.
PERSAS, III 1, 23; 2, 4; 3, 8, 10, 13, 19; 4, 14; 7, 4, 9; 8, 14; 10, 1, 5; 11, 4, 13, 17, 27; 12, 23, 24; 13, 5, 7, 15; IV 1, 27, 30, 35; 5, 18, 22; 6, 3, 5, 30; 7, 3; 9, 25; 10, 6, 10, 23; 12, 7, 8 (= «los siete Persas»), 23; 13, 16; 14, 2, 3, 20, 24; 15, 2, 10, 19-21, 23, 28, 31; 16, 5, 24, 26; V 4, 10; 5, 5; 6, 17; 7, 11; 9, 4, 16, 17; 10, 7, 8; 12, 6, 7, 13, 19; 13, 9; VI 2, 1, 7; 3, 18; 4, 14; 6, 5; VIII 4, 17, 25; 5, 11; 7, 5; 8, 10; IX 1, 2; 2, 13, 23; 7, 15; X 1, 23, 26, 31, 38; 2, 23, 27; 3, 14; 5, 9, 17; 6, 14.
PERSÉPOLIS, capital de Persia, IV 5, 8; V 4, 33; 6, 11, 19.
PERSIA, III 1, 9; 11, 19; IV 14, 24; V 1, 37; 2, 16; 3, 3, 16, 17; 4, 4, 5, 11; 6, 1, 3, 12, 17; 7, 3, 12; VI 3, 3; VII 8, 18, 19; IX 6, 10; 10, 23.
PÉRSICO (golfo), V 3, 2.
PEUCESTES, gobernador de Egipto, IV 8, 4.
PEUCESTES, oficial de Alejandro, IX 5, 14, 17, 18.
PEUCOLAO, VI 7, 15; 9, 5; VII 10, 10.
«PILAS» (= «puertas de Cilicia»), III 4, 2, 11.
«PILAS AMÁNICAS», III 8, 13.
PÍNARO, río de Asia Menor, III 8, 16, 28; 12, 27.
PÍRAMO, río de la Cilicia, III 4, 8; 7, 5.
PISIDIA, región de Asia Menor, VI 3, 3.
PITÓN, hijo de Agenor, IX 8, 16.
PITÓN, hijo de Crateas, X 7, 4, 8; 10, 4.
PLATÓN, V 7, 12.
PLÉYADE, constelación, V 6, 12.
PNITÁGORAS, IV 3, 11.
POLEMÓN, hermano de Amintas, VII 1, 10; 2, 1, 2, 7.
POLEMÓN, hijo de Teramenes, IV 8, 4.
POLIDAMANTE, IV 15, 6, 7; VII 2, 11, 13, 17, 19-21, 23, 24, 29.
POLIPERCONTE, IV 13, 7, 28; V 4, 20, 30; VIII 5, 2, 22; 6, 1; 11, 1.
POLÍSTRATO, V 13, 24.
POLO NORTE, VII 3, 7.
PÓLUX, dios, VIII 5, 8.
POLYTIMETO, río de la Sogdiana, VII 10, 2.
PONTO, región de Asia Menor, X 10, 4.
PONTO EUXINO (véase «Negro, mar»), III 1, 12; VII 3, 4.
PORO, VIII 12, 13; 13, 2, 5, 7, 16, 19, 27; 14, 1, 2, 8, 13, 18, 20, 22, 31, 35-38, 40, 42, 43; IX 1, 7; 2, 5, 6, 8, 20; 3, 22; X 1, 20.
PORTICANO, IX 8, 11, 12.
PRASIOS, población india, IX 2, 3.
PRESTOS, población india, IX 8, 11.

Prometeo, héroe mitológico, VII 3, 22.
Ptolomeo, III 9, 7; VII 10, 11; VIII 1, 45, 48; 6, 22; 10, 21; 13, 18, 19, 23, 27; 14, 15; IX 5, 21; 6, 15; 8, 22, 25, 27; 10, 6, 7; X 6, 13, 16; 7, 16; 10, 1, 20.
Puertas de Susa, V 3, 17.

Quérilo, VIII 5, 8.
Queronea, VIII 1, 23.
Quíos, isla del Egeo, III 1, 19; IV 5, 14, 19; 8, 12.
Quíos, ciudad, IV 1, 37.

Reomitres, III 11, 10.
Ridagno, río de Partia, VI 4, 6.
Rodas, isla, IV 8, 12.
Rodios, IV 5, 9.
Rojo (mar), III 2, 9; IV 7, 18; 12, 9; V 1, 15; 4, 5; VI 2, 12; VII 3, 21; VIII 9, 6; IX 6, 20; X 1, 13; 10, 4.
Roma, IV 4, 21.
Romanos, III 3, 10; VIII 6, 6.
Rosace, VIII 1, 20.
Roxana, VIII 4, 23, 25; X 6, 9, 13, 21; 7, 8.

Sábaces, III 11, 10; IV 1, 28.
Sabarcas, población india, IX 8, 4.
«Sabios» (= filósofos indios), VIII 9, 31.
Sacas, población escita, V 9, 5; VI 3, 9; VII 4, 6; 9, 17, 19; VIII 4, 20.
Samaritanos, IV 8, 9.
Samaxo, VIII 13, 4.
Sambo, IX 8, 13, 17.
Samotracia, isla del Egeo, VIII 1, 26.
Sangario, río de la Frigia, III 1, 12.
Sardes, capital de la Lidia, V 1, 44.
Sármatas, habitantes de la Sarmacia, VII 7, 3.
Satibarzanes, VI 6, 13, 20-22, 25, 34; VII 3, 2; 4, 33, 37, 40.
Satrópates, IV 9, 7, 25.
Saturno, dios, IV 3, 23.
Semíramis, V 1, 24; VII 6, 20; IX 6, 23.
Seutes, X 1, 45.
Sibirtio, IX 10, 20.
Sibos, población india, IX 4, 1.
Sicilia, VIII 5, 8.
Sicilianos, VIII 5, 8.
Sidón, ciudad fenicia, IV 1, 15, 16; 4, 15.
Sidonios, IV 4, 15.
Sifno, isla de las Cícladas, IV 1, 37.
Simias, VII 1, 10, 12.
Simuos, población etíope, IV 7, 19.
Sinopenses, habitantes de Sinopo, ciudad de la Paflagonia, VI 5, 6.
Siracusa, ciudad de Sicilia, IV 3, 22.
Siracusanos, IV 3, 20.
Siria, III 8, 12, 13; 12, 27; IV 2, 1, 6; 5, 9; 8, 9; 14, 1, 10; V 1, 35; 13, 11; VI 3, 3; VII 8, 18, 19; 10, 12; VIII 1, 15; X 1, 17, 19; 10, 2.
Sirios, IV 1, 5; 12, 12.
Sirtes, golfo de la costa septentrional de África, IV 7, 19.
Sísenes, III 7, 11-14.
Sisigambis, III 3, 22; 12, 14, 17, 24; IV 15, 10, 11; V 2, 18-20; 3, 1, 12, 13; X 5, 21.
Sisimetres, VIII 2, 19, 20, 27, 28, 31, 32; 4, 19, 20.

Sisocosto, VIII 11, 25.
Sitadenes, región de Asia entre el Tigris y el Coaspes, V 2, 1.
Sitalces, X 1, 1.
Sócrates, IV 5, 9.
Sofites, IX 1, 24, 27, 30, 32, 35.
Sogdiana, región oriental del imperio persa, VII 5, 1, 19; 10, 1, 10; VIII 1, 35; X 10, 4.
Sogdianos, III 2, 9; IV 5, 5; 12, 7; VI 3, 9; VII 4, 5, 21; 6, 13; 8, 21; VIII 1, 7; IX 2, 24.
Sol, divinidad persa, III 3, 11; IV 7, 22; 13, 12; 14, 24; IX 1, 1.
Solos, ciudad de la Cilicia, III 7, 2.
Sopolis, VIII 7, 2.
Sóstrato, VIII 6, 7, 8.
Styx, X 10, 17.
Sudracas, población india, IX 4, 15, 24, 26.
Sunio, promontorio del Ática, X 2, 1.
Susa, ciudad de Persia, V 1, 7; 2, 8, 16, 17; 3, 3, 16; 6, 9.
Susianos, IV 12, 6.

Tabas, ciudad de la Paretacene, V 13, 2.
Tais, V 7, 3.
Talestris, VI 5, 25, 26, 29, 32.
Tanais, río (= el Don y Sir-Daria), IV 5, 5; VI 2, 13, 14; 6, 13; VII 4, 6, 15, 32; 5, 36; 6, 12, 13, 25; 7, 1, 2, 4, 12; 8, 22, 30.
Tapsaco, ciudad de Siria, X 1, 19.
Tapuros, población asiática ribereña del Caspio, III 2, 6; VI 4, 24, 25; VIII 3, 17.
Tarso, ciudad de la Cilicia, III 4, 14.
Tauro, cadena de montañas, VII 3, 20.
Taurón, V 3, 6, 10; VIII 14, 15.
Taxiles, VIII 12, 14; 13, 5; 14, 35, 36, 41; IX 3, 22; X 1, 20.
Tebas, ciudad de Beocia, IV 4, 19; VIII 1, 33.
Tebas, ciudad de la Cilicia, III 4, 10.
Teeteto, V 5, 17.
Tegeatas, habitantes de Tegea, en Arcadia, VI 1, 20.
Temiscira, ciudad de las Amazonas, VI 5, 24.
Ténedos, isla del Egeo, IV 5, 14.
Teodoto, V 2, 5.
Teriolte, IX 8, 9.
Termodonte, río de la región de las Amazonas, VI 5, 24.
Tersipo, IV 1, 14.
Tesalia, región del norte de Grecia, X 8, 15.
Tesalios, III 2, 16; 11, 14, 15.
Tifón, gigante mítico, III 4, 10.
Tigris, río de la Mesopotamia, IV 5, 4; 9, 6-8, 14, 16; 10, 8; 14, 10, 15; 16, 7; V 1, 12; 3, 1; VI 2, 12; IX 2, 13.
Timagenes, IX 5, 21.
Timeo, IX 5, 15, 16.
Timodes, III 3, 1; 8, 1; 9, 2.
Tiridates, personaje desconocido, VIII 6, 26.
Tiridates, tesorero de Darío, V 5, 2; 6, 11.
Tirios, IV 2, 2, 4, 10, 13, 15, 20, 21, 24; 3, 2, 5, 9, 12, 13, 16, 20, 22; 4, 5-7, 9, 12, 15.
Tiriotes, IV 10, 25, 28, 30, 32, 33.
Tiro, ciudad fenicia, IV 2, 1, 2, 10; 3, 22; 4, 2, 19-21; 5, 9; 8, 14.

TITONO, mítico esposo de la Aurora, IV 8, 3.
TRACIA, III 10, 6; V 1, 1; VI 2, 13; VII 7, 3; 8, 30; IX 3, 21; 6, 20; X 1, 44, 45; 10, 4.
TRACIOS, III 4, 13; 9, 9; 10, 9; IV 13, 31; V 3, 3: VIII 14, 24.
TRAPEZUNTA, ciudad a orillas del mar Negro, X 10, 3.
TRIBALOS, población de la Mesia, VI 3, 2; IX 6, 20.
TRÍPOLI, ciudad en la costa fenicia, IV 1, 27.
TROGODITAS, población árabe, IV 7, 18.

UXIOS, población de la Susiana, V 3, 1, 3, 16.

VÉNETOS, presuntos antecesores de los Hénetos, III 1, 22.

ZARIASPES, IX 10, 19.
ZIOBETIS, río de Partia, VI 4, 4.
ZOILO, VI 6, 35.
ZOPIRIÓN, X 1, 44.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
INTRODUCCIÓN	7
Datación del autor y de la obra	7
Identificación del autor	29
Las fuentes de Q. Curcio	34
Curcio, historiador y escritor	48
Quinto Curcio y la posteridad	54
La tradición manuscrita de Q. Curcio	60
Ediciones y traducciones más importantes de Q. Curcio	61
Curcio en España	64
LIBRO III	71
LIBRO IV	131
LIBRO V	225
LIBRO VI	281
LIBRO VII	341
LIBRO VIII	408
LIBRO IX	490
LIBRO X	551
ÍNDICE DE NOMBRES	601